



MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 10

UNA HERENCIA SALVAJE

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Amanda McRae, la hija pequeña de Duncan y Megan, es una joven apasionada y de fuerte carácter, conocida por su franqueza y su amor por los niños. Desde siempre ha soñado con unos misteriosos ojos grises que cree que pertenecen al hombre de su vida, por lo que descarta a cualquier pretendiente que no posea esa mirada enigmática.

Brodrick Fraser, conde de Aviemore, acaba de quedar viudo tras un matrimonio sin amor que terminó en tragedia y con dos pequeños a su cargo.

El destino los reúne cuando Amanda y sus padres visitan el castillo del conde para presentarle sus condolencias. Durante su estancia, la conexión que sintieron meses atrás en el castillo de Eilean Donan resurge con una fuerza inesperada.

Lo que comienza como una mera obligación se convertirá en una apasionada y emotiva historia de amor. Amanda y Brodrick descubrirán que, a veces, el amor surge de las situaciones más inesperadas y complicadas; que vale la pena luchar por lo que realmente importa, y que los sueños se cumplen no solo soñándolos, sino también trabajando por ellos.

LAS GUERRERAS MAXWELL, 10

Una herencia salvaje

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

*Para mis Guerreras y Guerreros.
Amar de verdad significa respetar y
respetarse,
superar dificultades, crecer juntos día a día
y, sobre todo, no olvidar ese loco sentimiento
que un día os enamoró.
Cuando es de verdad, el amor
respeto vuestro pasado sin juzgaros,
acepta vuestro presente sin abrumaros
y desea un futuro juntos sin cambiaros.
Por todo ello, si creéis que lo que tenéis es de
verdad,
dejaos querer y quered, porque cuando esa
clase
de amor aparece, es el mejor regalo
que puede daros la vida.
Con cariño,*

MEGAN

Capítulo 1

Castillo de Eilean Donan, Escocia

Habían transcurrido varios meses desde Navidad, y, un año más, la familia McRae al completo la había disfrutado.

En esta ocasión había sido muy especial, pues a ellos se les habían unido Alan McGregor, el flamante esposo de Johanna, la hija mayor del laird Duncan y lady Megan McRae. Alan era un joven abierto y divertido que, para deleite de sus suegros, demostraba su amor hacia su esposa y hacia ellos sin importarle el qué dirán. Algo de mucho valor, pues si había una cosa que ambos habían deseado siempre era que sus hijas encontraran el verdadero amor en su camino.

Duncan McRae estaba sentado en su despacho pensando en ello mientras observaba el crepitar del fuego en la chimenea cuando de pronto la puerta se abrió y apareció su esposa, Megan, su gran amor.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—¿La añoranza puede contigo? —insistió ella sentándose en su regazo.

Duncan al final asintió. Si había alguien con quien podía ser él mismo y hablar abiertamente de lo que fuera era su

preciosa Megan.

—Todavía no entiendo cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo —musitó mirándola.

Ella sonrió al oírlo, y Duncan prosiguió:

—Hace nada, Johanna y Amanda correteaban por aquí volviéndome loco y haciendo trastadas, y ahora...

—A ver, cariño —lo cortó su mujer—. Si lo que te preocupa es que Amanda y Johanna ya no hagan más trastadas, olvídale..., porque ¡eso nunca ocurrirá!

Ambos sonrieron por aquello y, acto seguido, Megan indicó:

—Da igual la edad que tengan. Nuestras hijas tienen un carácter especial, por lo que estoy segura de que, para tu fastidio, trastadas seguirán cometiendo.

—Lo sé. —Duncan rio sin poder remediarlo.

—Y tranquilo, papito. Tu niña y su marido vendrán de visita, y Amanda todavía sigue aquí.

—Sí, pero ¿hasta cuándo? —preguntó el guerrero.

—Hasta que aparezca ojitos grises —se mofó Megan.

Al ver su sonrisa, Duncan la besó con amor y, una vez que el beso acabó, ella susurró divertida:

—Cuando no estén, prometo hacer trastadas para que tu vida sea más intensa y desesperante.

—¡Lo exijo! —bromeó Duncan.

Tras besar de nuevo a la mujer que lo había enamorado locamente desde el primer instante en que la vio, el guerrero se dispuso a hablar cuando ella se le adelantó:

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Creo que no tardaremos mucho en tener correteando por aquí a un pequeño o dos, o tres... Solo hay que ver cómo se miran Johanna y Alan para saber que...

—Mujerrr...

Megan sonrió al oír el gruñido de su esposo.

—A ver, Halcón... —cuchicheó mirándolo—. Tu hija ya está casada. Tiene un marido. Y, por lo que sabemos y hemos oído, en el lecho lo pasan bastante bien...

—¡Megan! ¡Para!

—Y Amanda...

—Por san Ninian, mujer, ¡basta ya!

Ella sonrió. A pesar de poder hablar de cualquier tema con Duncan, todo lo relacionado con el sexo con respecto a sus hijas le daba cierto pudor. Así pues, tras levantarse, se dirigió hacia la puerta y, abriéndola, finalizó:

—De acuerdo. No diré nada más... Pero que sepas que todo lo bien que tú y yo lo pasamos en el lecho y las cosas que hacemos, ¡ellas las harán también!

—¡Megannnn! —rugió él.

Y, sin más, la aludida salió sonriendo de la estancia mientras Duncan maldecía. Estaba claro que su mujer no se iba a callar. Y estaba claro que, a pesar de que le costase hablar de ello, él quería que sus hijas fueran felices y dichosas en todos los sentidos. Incluido el lecho...

Seguía pensando en ello cuando la puerta del despacho volvió a abrirse y entraron Ewen y Myles, sus amigos y hombres de confianza de toda la vida. Durante un rato estuvieron charlando, hasta que la puerta se abrió de nuevo y aparecieron Lorenzo Gordon y su hijo Damien. Esa mañana tenían una reunión para hablar del negocio de las

ovejas, pues la lana del ganado de Duncan era muy apreciada en toda Escocia. Y, una vez que sellaron el pacto con un apretón de manos, Ewen se marchó, y Duncan y Myles sirvieron unas cervezas y se interesaron por la familia Gordon.

Los cuatro hombres charlaron animadamente durante un rato, hasta que la puerta del despacho se abrió y ante ellos apareció Amanda, la hija pequeña de Duncan. Morena. Racial como su madre.

—A ver cómo os lo cuento... —dijo mirándolos.

—Miedo me da —susurró Myles.

—¿Qué has hecho? —inquirió su padre.

—Algo me dice que su especialidad —se mofó Myles conteniendo una sonrisa.

La joven trató de no sonreír mientras miraba a aquellos, que la observaban. Su impulsividad a la hora de hacer o decir lo que en ocasiones debería callar era conocida por todos. Y en ese momento entró tras ella el hijo pequeño de Lorenzo Gordon, Arnold. Llevaba la boca ensangrentada, y rápidamente dijo señalándola:

—¡La muy bruta me ha agredido!

—¿A que te atizo otra vez? —soltó ella.

—¡Amanda! —exclamó Duncan.

Enseguida todos se levantaron de sus sillas para atender al muchacho. Y cuando Duncan miró a su hija en busca de una explicación, ella, con gesto ofuscado y sin mirar a su padre, inquirió sacándose la espada del cinturón:

—Mira, sabandija..., no empieces por el final. Si lo cuentas, sé un maldito hombre y cuéntalo bien desde el principio.

—Ha sido un malentendido —aseguró Arnold.

—¡Pero ¿tú eres tonto?! —gritó la joven.

Molesto, el muchacho la miró y siseó:

—¡Yo no soy tonto!

—Pues no digas tonterías —replicó ella.

Arnold negó con la cabeza, y Amanda, al ver que todos la miraban, aclaró mientras volvía a guardarse la espada:

—Vale, lo admito... Efectivamente, lo he golpeado con todas mis ganas, pero...

—¡Amanda! —protestó Duncan.

—Papá, le estaba enseñando a *Dalmore* en las caballerizas y, de pronto, el muy cerdo se me ha abalanzado y ha intentado propasarse poniendo la mano en mi trasero. ¿Qué querías que hiciera?

Las miradas se centraron ahora en Arnold. Duncan cambió la expresión por otra menos conciliadora, cuando Ewen, junto a otro hombre, entró en la estancia y afirmó:

—Amanda tiene razón. Yo lo he visto. Como lo ha visto Pach, vuestro hombre de confianza, Lorenzo.

Lorenzo y su hijo Damien miraron a Pach, que, con gesto serio y sin dudarlo, asintió con la cabeza.

—Arnold —inquirió Lorenzo con expresión tensa—, ¿qué tienes que decir al respecto?

El joven guerrero, acostumbrado a salirse siempre con la suya con respecto a las mujeres, no respondió, y su hermano Damien, con gesto incómodo, siseó:

—Es la palabra de tres personas contra la tuya... ¡Contesta!

Arnold tomó aire. Lo ocurrido lo avergonzaba al tiempo que lo enfadaba. ¿Cómo había reaccionado así aquella

muchacha, si él era irresistible? Y, viendo que era imposible negarlo, respondió:

—Creía entender que...

—¿Creías entender? —lo cortó Amanda—. ¿Qué creías entender, maldito patán?

Todos aguardaron una respuesta en silencio por parte de Arnold y, como esta no llegaba, finalmente Amanda indicó acercándose de nuevo a él:

—A partir de ahora piensa un poco más lo que creas entender, porque partirte la boca es lo menos que he podido hacer, ¡sabandija! Y que te queden muy claras dos cosas. La primera: a mí me gustan los hombres, no los niños. Y la segunda: que una mujer hable y sonría no quiere decir que desee intimidad contigo. —Acto seguido se sacó un pañuelo del bolsillo de su chaleco y, tendiéndoselo, añadió—: Anda, límpiame esa sangre y pídeme disculpas.

—¡¿Qué?!

—Lo que has oído, ¿o acaso ahora también eres sordo, además de tonto? —insistió la joven.

—Muchacha...

—Lorenzo —lo interrumpió Duncan—, ¿acaso crees que lo que pide mi hija no es lo que toca?

El aludido resopló. Llevarse mal con el Halcón nunca era bueno, y, entendiendo sus palabras, ordenó dirigiéndose a su hijo:

—¡Pide disculpas!

Los hombres los observaron en silencio mientras Amanda era consciente de que las comisuras de la boca de su padre se elevaban tímidamente en una sonrisa.

—Hermano —intervino entonces Damien Gordon—, ¿a qué esperas?

Lorenzo resopló, cansado de las tonterías de su hijo menor. No era la primera vez que algo así ocurría.

—¡Hazlo, maldita sea, Arnold! —exigió con voz de «orden y mando».

El aludido cogió el pañuelo que Amanda le tendía, se limpió la sangre que brotaba del labio partido y, consciente de que de allí no iba a salir sin hacer lo que le pedían, murmuró:

—Os pido disculpas, lady Amanda.

La aludida asintió y respondió con jovialidad:

—¡Disculpado!

Todos guardaron silencio, hasta que Lorenzo, mirando a un ofuscado Duncan, murmuró:

—Siento que mi hijo...

—Las disculpas ya las ha pedido quien tenía que pedir las —lo cortó él—. Tranquilo, amigo, que entre nosotros todo está bien —añadió fulminando a Arnold con la mirada.

Ambos se estrecharon la mano con la cordialidad que siempre había existido entre ellos. Minutos después, Lorenzo, Damien y Arnold se marcharon; Duncan iba a hablar cuando Myles, que se había mantenido en silencio hasta el momento, se mofó:

—Muy bien, muchacha...

—Ni te imaginas el rechazo que le ha dado —comentó Ewen divertido.

Amanda sonrió.

—Pues porque ha caído para atrás —señaló—, porque tras el rechazo iba el izquierdazo y...

—¡Amanda!

—Papi..., se lo merecía sí o sí. ¿O acaso crees que no?

Duncan resopló. Ver a aquellos tres reír hizo que finalmente sonriera él también. Si algo había enseñado a sus hijas Johanna y Amanda era a defenderse de quienes se tomaran ciertas libertades, y estaba claro que aquel imbécil se las había tomado, por lo que dijo:

—Has hecho bien, mi cielo. Pero esa manía tuya de decir lo que...

—Es mi especialidad..., ¿qué quieres?

De nuevo todos sonrieron y, acto seguido, el guerrero afirmó mirando a su hija con amor:

—Como ha pronosticado tu madre, seguirás volviéndome loco con tus trastadas.

—Lo pronostico yo también —soltó Ewen.

Amanda levantó las cejas al oír eso, y su padre, abrazándola, añadió:

—Dicho esto..., has hecho lo que tenías que hacer. Quien te toque sin tu consentimiento que se atenga a las consecuencias, tanto por tu parte como por la mía.

Capítulo 2

Esa noche, durante la cena, Duncan y Megan charlaban y reían con Amanda mientras comentaban lo sucedido con el pequeño de los Gordon.

—*Dalmore*, tu caballo, me inquieta —comentó el laird en un momento dado.

—¿Por qué?

—Porque es muy osado. No ve el peligro y...

—Papá, ¡pero si eso es lo ideal!

—Amanda, ¡por san Ninian!

—Son tal para cual —afirmó Megan divertida.

Duncan resopló y ella miró a su marido.

—Cariño, *Dalmore* es un excelente caballo —dijo sonriendo—. Solo es joven, pero aprenderá. ¿Y con quién mejor que con Amanda?

Él suspiró. Aquel caballo tenía la misma osadía que su hija.

—No estoy convencido de ello —repuso.

—Lo que te pasa es que no le perdonas que te marcara en el hombro —cuchicheó Amanda poniendo los ojos en blanco.

Al recordar aquello, el guerrero miró a su hija.

—Ningún caballo se ha atrevido nunca a mordirme —indicó.

—No te mordió..., ¡te marcó! —apostilló Megan.

Duncan resopló al oír eso, y Amanda, tras intercambiar una mirada cómplice con su madre, indicó:

—Papito..., sabes tan bien como yo que si hay algo que *Dalmore* no soporta son los gruñidos y los chillidos. Eso lo saca de sus casillas.

Megan soltó una carcajada. Lo ocurrido aquel día había sido gracioso. Amanda hizo una de las suyas con el caballo; Duncan, enfurecido, la regañó con chillidos y el caballo simplemente lo marcó.

Al final el guerrero, al ver a su mujer reír, sonrió a su vez.

—A ver, papá..., *Dalmore* ¡es *Dalmore*! —agregó Amanda.

Él asintió, pero añadió mirándola:

—*Cara*, tu antigua yegua, me daba otra seguridad.

—Papá, *Cara*, que curiosamente es la madre de *Dalmore*, fue una excelente yegua para mí durante dieciséis años y siempre estará en mi corazón. Pero *Dalmore* apenas tiene tres, y aún le queda mucho por aprender. Y, te guste o no, ¡su impetuosidad a mí me encanta! Porque es como yo, pero en caballo.

Duncan cabeceó. No podría haberlo descrito mejor.

—Ten cuidado, *Dalmore* —musitó acto seguido.

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que la joven comentó:

—Esta tarde he visto a Serena y a Lindsey y me han dicho que su padre está mejor.

—¡Qué excelente noticia! —exclamó Megan.

Duncan asintió. Que su gente estuviera atendida y bien era algo indispensable para él.

—Me alegro mucho por Claudio —señaló.

Los tres sonrieron y, acto seguido, el guerrero dijo:

—He recibido una misiva de Brodrick Fraser indicándome que ha regresado a Aviemore tras estar un tiempo en Dumfries. Le he respondido que iremos a presentarle nuestros respetos por lo sucedido.

Oír eso hizo que Megan y Amanda lo miraran. La esposa de aquel, Scarlett, una mujer rara de narices, se había quitado la vida las Navidades pasadas, y el conde había decidido darle sepultura en Dumfries.

—¿Cuánto tiempo estará en el castillo de Aviemore? —preguntó Megan.

Duncan se encogió de hombros. El verano anterior, cuando Brodrick Fraser había estado en su hogar, le había contado que el castillo de Aviemore no era su sitio. Su mujer no se adaptaba a él, y estaba pensando que solo lo utilizaría unos meses al año. Pero, al morir aquella, ignoraba cuáles serían los planes de Brodrick, por lo que respondió:

—No lo sé. Solo sé que de momento está ahí.

—Conocí poco a la condesa —susurró Megan—. Pero, con verla una sola vez, supe que nunca seríamos amigas.

—Menuda cara de rancia malvada tenía.

—¡Amanda, esa boca! —la regañó Duncan.

La joven, entendiendo que sus palabras en referencia a la fallecida no eran adecuadas, tras mirar de reojo a su madre, que hizo un movimiento con la cabeza que indicaba que pensaba lo mismo que ella, murmuró:

—Vale... Lo retiro.

—Era una mujer extraña y complicada —afirmó finalmente Duncan—. Ya lo decía Magnus Fraser en vida: «¡Esa mujer no le va a dar felicidad a mi hijo!». Pero Brodrick, por querer hacer una buena acción...

Megan y él intercambiaron una mirada, y Amanda cuchicheó:

—Sé de lo que hablas, papá. Tía Shelma nos contó el cotilleo que circulaba.

El laird asintió. El «cotilleo», que era conocido por todos, era que Brodrick se había casado con aquella mujer estando embarazada de otro hombre.

—Eso que él hizo por ella —añadió Amanda— me hace pensar que el conde es una buena persona.

—¡Y muy bobo! —apostilló Duncan.

—¡Papáááá!

—¡Duncan!

El guerrero, que precisamente corazón tenía, y mucho, repuso:

—A ver, amores, no pienso que Brodrick sea tonto en el sentido que imagináis. Lo que hizo por esa mujer y sus circunstancias fue admirable. Ese muchacho siempre me ha agradado. Pero lo que no es admirable en absoluto es la vida que ha llevado por...

—Lo hizo por el bebé que venía en camino —lo cortó Megan.

—Por Peyton —insistió Amanda recordando a la niña.

Su padre asintió. Entendía lo que ellas decían.

—Años de matrimonio viviendo angustias, engaños, reproches, inquietudes y mentiras... —indicó—, eso no es bueno para nadie.

—Ha de ser terrible —convino Megan.

Amanda y su madre se miraron. Entendían la postura de Duncan.

—Sabéis que aprecio a Brodrick —prosiguió él—, como apreciaba a Magnus, su padre, porque siempre los he considerado de la familia. Y en todo lo que pueda ayudarlo, ahí estaré. Pero en cuanto a lo que hizo casándose con esa rara mujer, sigo pensando como su padre. Fue muy tonto. Demasiado.

Los demás asintieron en silencio.

—Espero que cuando vayamos a darle las condolencias, su desagradable y estirada madre no esté allí —añadió Duncan.

Eso llamó la atención de Amanda, que preguntó:

—¿Tan tremenda es?

Él negó con la cabeza e indicó:

—Las pocas veces que la vi en el castillo de Roy Trust fue muy desagradable conmigo y con el abuelo. —Y, bajando la voz, añadió—: Es medio francesa.

—¿Y qué pasa porque sea medio francesa? ¿Acaso yo no soy medio inglesa? —protestó Megan, y, viendo que su marido la miraba, añadió—: Quizá era desagradable por a saber Dios qué razones, no por ser medio francesa.

Él miró a su mujer. Sabía que Magnus y aquella mujer no habían terminado bien.

—Razones o no, cuando uno tiene invitados en su hogar, ha de saber comportarse —indicó.

Como en muchas ocasiones, Duncan y Megan no estuvieron de acuerdo con aquello, mientras Amanda los escuchaba en silencio. Oír hablar del conde Brodrick, sin

saber por qué, le aceleraba el corazón, y, mirando a sus padres, pidió:

—¿Podéis dejar de discutir?

—No discutimos, mi vida —repuso Megan—. Simplemente vemos ese tema desde distintos puntos de vista.

—Como siempre —matizó Duncan.

El guerrero y su esposa se miraron.

—Si vais a darle las condolencias que no habéis podido darle antes porque se marchó a Dumfries, quiero ir con vosotros —dijo la joven.

Duncan asintió con curiosidad, y Megan preguntó sorprendida:

—¿Quieres venir con nosotros a Aviemore?

—Sí.

La joven había conocido a Magnus Fraser, el padre de Brodrick. Era un hombre que siempre que iba a Eilean Donan se desvivía por Johanna y por ella, y su fallecimiento le había causado una pena terrible.

Por el contrario, a Brodrick y a su mujer los había conocido meses atrás, durante los festejos que sus padres organizaban anualmente en Eilean Donan. Había oído hablar a su padre y a Magnus de él y de su hermano Richard. Y, al igual que Scarlett le pareció amargada e insufrible, él le dio la impresión de ser un hombre muy agradable, además de un guerrero gallardo e interesante.

Inexplicablemente, al conocerlo se había sentido atraída por él, algo que nunca le había ocurrido antes con ningún hombre, pero de inmediato lo descartó. Primero porque estaba casado y, segundo, porque sus ojos no eran grises.

Un sueño que tenía desde niña y que la hacía creer que el gris sería el color de los ojos de su amor.

—¿Por qué quieres acompañarnos para algo tan incómodo? —preguntó Duncan interesado.

—Porque siempre dices que los Fraser son de la familia, y cuando conocí a Brodrick me cayó bien.

Él asintió. Aquello que su hija decía era cierto.

—Además —añadió Amanda—, sabéis que mi punto débil son los niños, y él tiene dos. Y, bueno, a Ossian, el pequeñín, no lo conocí, pero a Peyton sí, y me gustaría volver a verla, y más aún tras lo sucedido con su madre.

Duncan y Megan intercambiaron una mirada. Los niños y los animales siempre habían sido la debilidad de su hija. Y, sin darle mayor importancia, el primero indicó:

—Pues no se hable más, mi vida. Vendrás con nosotros.

Al oír eso, y en especial al ver su mirada, Megan observó a su marido. Lo conocía muy bien y, cuando miraba así, sabía que algo pasaba por su mente.

—¿Cuándo creéis que podríamos viajar? —preguntó Amanda contenta.

—¿Qué os parece la semana que viene? —propuso Megan.

Duncan lo pensó; sin embargo, entendiendo que era precipitado, dijo:

—Mi vida, los viajes hay que planearlos y...

—Papi, por favor, ¡pero si lo que no se ha planeado es más divertido!

Oír eso hizo sonreír al guerrero. Amanda era como su mujer, impaciente e imprevisible.

—Está bien —murmuró, viendo como las dos lo miraban—. Hablaré con Ewen y Myles para organizar el viaje. Estaba pensando que podrían acompañarnos hasta Fort Augustus y que se quedaran allí para comprar las cosas que necesitamos.

Madre e hija se miraron emocionadas y luego la primera propuso:

—Ya que viajamos a Aviemore, ¿qué te parece pasar por Fort William para ver a Johanna?

—¡Oh, sí! —aplaudió Amanda.

Ya comenzaban a variar los planes... Ambas eran especialistas en aquello. Pero ir a ver a Johanna, aunque los desviaba un poco de su camino, le gustó a Duncan, que afirmó:

—Me parece una excelente idea. Seguro que Myles e Ewen también querrán acompañarnos.

Madre e hija se miraron de nuevo y sonrieron, y la primera musitó:

—Encargaré ese bizcocho que tanto le gusta a Johanna en la panadería para llevárselo junto a una buena olla del estofado de Marieta. Seguro que le encantará.

Amanda, emocionada por saber que iba a ver a su hermana, rápidamente se levantó y, acercándose a su padre, le acarició el rostro con mimo.

—¡Qué bonito eres, papito! —murmuró.

—Más bonita eres tú, mi vida —afirmó el guerrero, a quien de pronto se le había ocurrido algo que podría ser una gran solución.

* * *

Esa noche, cuando Amanda estaba en su habitación desenredándose el cabello mientras se miraba en el espejo, se observó con detenimiento. Su pelo oscuro, el rostro redondo, los labios carnosos y los ojos verdes como los de su hermana y su padre siempre habían llamado la atención; levantó el mentón y contempló su cuello fino y delicado.

Los hombres la deseaban. Lo veía en sus ojos y en la forma en que muchos la miraban.

¿Encontraría alguna vez a ese amor de ojos grises que la perseguía en sus sueños?

Capítulo 3

Castillo de Roy Trust, Aviemore

Brodrick Fraser, el conde de Aviemore, contemplaba las estrellas en soledad apoyado en una pared del castillo de Roy Trust mientras le resultaba imposible ignorar un problema que le rondaba por la cabeza.

La vorágine vivida los últimos meses con la muerte de su esposa y la misiva que había recibido después lo tenía martirizado. Acostumbrarse a que Scarlett ya no estuviera en su vida no era algo que lo frustrara ni le quitara el sueño. Pero aquella misiva no lo dejaba descansar.

—Conde, ¿os encontráis bien?

Al oír eso, Brodrick se volvió. A escasos pasos de él estaba Joshua, el mejor amigo de su difunto padre y el hombre que lo ayudaba con todo desde que él había regresado como conde de Aviemore.

—Joshua, ¿cómo he de decirte que para ti soy simplemente Brodrick?

El anciano sonrió. Había visto nacer y crecer a aquel joven.

—Lo sé, lo sé —indicó moviendo la cabeza—. Pero ahora eres el conde y he de acostumbrarme a llamarte por el

título que te corresponde ante la gente. No puedo seguir llamándote «muchacho».

—Ahora estamos solos —matizó el highlander. Joshua asintió con una sonrisa y Brodrick añadió—: Solos o no, para ti únicamente quiero ser quien he sido siempre.

Ambos rieron por aquello y luego Joshua comentó mirándolo:

—Tu gesto sombrío me indica que te ocurre algo. No deseo atosigarte con preguntas, pero quiero que recuerdes que siempre estoy aquí para ti.

Con cariño, Brodrick miró a aquel hombre al que consideraba como un padre. Aun sabiendo que podía confiar en él al cien por cien, no deseaba hablar de aquello que lo martirizaba y, tomando aire, musitó:

—Gracias, Joshua.

Se quedaron unos instantes en silencio, hasta que el anciano preguntó:

—¿Sigues pensando en regresar a Dumfries?

El guerrero asintió.

—Creo que te equivocas —agregó el hombre—. Este es tu hogar y...

—Joshua, aunque este sitio me gusta, creo que mi vida y la de los niños está en Dumfries.

—Tu vida y la de ellos está donde esté vuestra felicidad.

Brodrick asintió, pero, cuando iba a hablar, el hombre añadió:

—La que fue tu mujer no te dio una buena vida aquí, pero ahora ella no está y tú podrías tener una excelente vida aquí con tus hijos. ¿Por qué no lo consideras? ¿O acaso he

de suponer que eres de los que creen que los que vivimos en las Highlands somos unos salvajes?

Oír eso al guerrero no le gustó. Él no pensaba las mismas sandeces que la que fue su mujer, y miró a aquel, al que adoraba.

—En la vida creería semejante tontería —respondió—. Es solo que me veo más viviendo en Dumfries con los niños y visitando este lugar un par de veces al año.

—Eso es un gran error.

—¿Por qué?

—Porque la gente de estas tierras, entre las que me incluyo, necesitamos tener a nuestro laird cerca. Y ese eres tú.

Brodrick negó con la cabeza. Entre sus planes no estaba vivir en las Highlands.

—Joshua —repuso—, apenas tengo trato con los clanes de alrededor.

—Otro gran error. Siempre hay que tener aliados.

—Y tampoco tengo confianza con la que es mi gente.

—Porque tú no quieres.

—Joshua...

—Llevas casi un año y medio viviendo en Roy Trust, desde que murió tu padre. Y, la verdad, no te has esforzado por conocer a nadie.

—Intento mejorar sus vidas, ¿qué dices?

—Digo la verdad, muchacho. El hecho de que mejores sus vidas acondicionando sus casas o arreglando las cosas materiales que tu padre tenía olvidadas no es suficiente. La gente de aquí quiere conocerte. Quiere saber quién es su señor y, sobre todo, necesitan sentir que este se preocupa

por ellos. Por cierto, esta tarde han venido Simon Fraser y su mujer con la intención de hablar contigo.

Al guerrero no le sonaban de nada aquellos nombres. Los granjeros y ganaderos de Aviemore, desde que había heredado el título de conde, querían confraternizar con él, estar más presentes en su vida. Sabía que, como señor de aquellas tierras, aquello que su gente demandaba era lo que tocaba, pero él hacía caso omiso. Si algo tenía claro era que cuidaría de su gente, pero sin implicarse emocionalmente con ellos.

—¿Acaso no les ha llegado la ayuda? —replicó.

Joshua asintió. Si algo tenía Brodrick era un buen corazón.

—Que yo sepa, sí —indicó.

—Entonces ¿qué demonios quieren?

—Pues no lo sé, muchacho.

Molesto y ceñudo, el guerrero negó con la cabeza; no le gustaban los imprevistos ni la implicación emocional. Desde que había llegado había delegado en Joshua para todos aquellos temas.

—Que hablen contigo —sugirió.

—Solo quieren hablar contigo.

—Pues déjales claro que lo han de hacer contigo.

—Sería un bonito detalle que lo hicieras tú y...

—No tengo tiempo para eso —lo cortó.

—Brodrick, ¡es tu gente! Han de sentir que estás con ellos como lo hizo tu padre y...

—Yo no soy mi padre.

—Lo sé, pero...

—Joshua —lo interrumpió—. Se acabó el tema.

Sin saber qué hacer, el anciano suspiró. Había dos cosas que separaban a Brodrick de su gente. La primera, que se había criado en Dumfries, lejos de un padre que lo hubiera enseñado a querer y a valorar su título de conde de Aviemore, y la segunda, Scarlett. El tiempo que estuvo casado con ella lo volvió un hombre frío y distante, y eso no era bueno para nadie. Y menos para él. Por ello, e incapaz de callar lo que pensaba, dijo aun a riesgo de enfadarlo:

—Esto son las Tierras Altas, Brodrick. Entiendo que muchas cosas no se hacen como en Dumfries, pero...

—Joshua, ¡basta ya!

—No, muchacho. Lo siento, pero no. Alguien tiene que hablarte de la realidad. Y la realidad es que, si no te preocupas por cultivar las amistades con los clanes cercanos, todos los que estamos aquí terminaremos pagándolo.

—Maldita sea, Joshua. En este momento, tras lo ocurrido con Scarlett, lo único que me importa son mis hijos. Y creo que estarán mejor en Dumfries que aquí. ¿De verdad crees que a mí en este instante me preocupan los clanes o la gente?

—Pues deberían importarte.

Ambos se miraron unos momentos y el anciano, viendo la preocupación de Brodrick en la mirada, añadió:

—Muchacho, debes ser el señor de Aviemore que todo el mundo espera, y en ello entra conocer a una mujer que te agrade y...

—Por favor, ahora no quiero pensar en eso. Bastante tengo con intentar entender a Peyton y sacar adelante este lugar.

—Vale..., vale..., callaré. Pero tu madre...

—No, por favor. Ahora no me hables de mi madre.

—Sé que ella es la primera que desea que regreses a Dumfries, cuando tu lugar está aquí, ¡con tu gente! Y, bueno, conociéndola, una vez que estés allí, no parará de organizar fiestas hasta encontrarte otra mujer.

Brodrick resopló. Antes de marcharse de Dumfries, el acoso al que su madre lo sometía con respecto a encontrarle una nueva esposa era desesperante.

—Madre puede ser agotadora —murmuró con un suspiro.

—¡No lo sabes tú bien!

—Lo sé... Lo sé...

Ambos sonrieron por aquello. Su madre, de origen francés, aun siendo hija de un guerrero escocés, en cuanto se separó de Magnus, dejó de lado a aquella familia que la había obligado a contraer matrimonio y se instaló en Dumfries con sus hijos, donde inició una nueva vida.

—Hablando de tu madre —indicó el anciano—. ¿Es cierto que va a venir a Roy Trust?

Brodrick asintió y Joshua, sorprendido, comentó:

—Llevo sin verla desde que se marchó. Juró que nunca volvería a poner sus pies en estas tierras.

—Si viene es porque se siente obligada.

—Ya decía yo.

—Ossian está con ella y le exigí que lo trajera personalmente.

Joshua asintió. Ahora entendía que aquella volviera al lugar de donde se había marchado de malos modos.

—He de decirte que tu madre nos ha enviado misivas a Emilia y a mí para que te organicemos alguna fiesta con

jóvenes casaderas —cuchicheó.

Brodrick bufó exasperado. Si había algo que le gustara a su madre eran las fiestas.

—¡Ni hablar! —siseó.

—No le comentes que te lo he dicho. Guárdame el secreto.

El conde suspiró con frustración. Odiaba las mentiras. Había soportado tantas con Scarlett que en su vida no consentía ni una más. Los imprevistos tampoco eran algo que le agradara, y el anciano, conociéndolo, afirmó:

—Sé lo poco que te gustan las mentiras. Pero, muchacho, si tu madre se entera de que te lo he dicho, la va a liar.

Brodrick puso los ojos en blanco y, para cambiar de tema, preguntó:

—¿Cómo se encuentra Emilia?

Joshua pensó en su mujer y respondió:

—Que yo sepa, bien. Ya sabes cómo es. No hay quien la pare.

Ambos asintieron y, acto seguido, el anciano añadió:

—Dicho esto..., sobre la mesa he dejado invitaciones recibidas de fiestas y eventos de los alrededores. Muchacho, ¡vuelves a estar en el mercado!

Los dos hombres sonrieron por aquello.

—Y, sin más dilación, me retiro —dijo luego Joshua—. Mis viejos huesos necesitan descanso.

Cuando aquel dio media vuelta, Brodrick lo miró con cariño. Tanto su padre como Joshua, a pesar de que él y su hermano Richard se habían marchado con su madre tras separarse el matrimonio, siempre los habían tratado con respeto, amor y cariño. Pero si algo tenía claro Brodrick era

que su padre había sido un buen padre pero un mal marido. Lo que le había hecho a su madre no tenía perdón.

Con curiosidad, miró al cielo. Desde el castillo de Roy Trust, en noches como esa se veían infinidad de estrellas que parecían bailar en el firmamento. El verano llegaría pronto, y aquella época llena de luz y color siempre le había encantado. Pasaría el verano allí con los niños y luego regresaría a Dumfries. Sin duda, eso era lo acertado.

—Brodrick.

Al oír su nombre, miró hacia su derecha y sonrió. Hasta él se acercaba uno de sus amigos de toda la vida, Derek Fraser, que dijo sonriendo:

—Cuando no te he encontrado dentro, he sabido que estarías mirando las estrellas.

—Siempre me ha gustado hacerlo.

—¡Lo sé!

Ambos sonrieron de nuevo. Se conocían desde pequeños. La tía de Derek, Isobel, servía como cocinera en el castillo. Durante los años en los que Brodrick y su hermano se marcharon a Dumfries, estuvieron alejados. Pero, una vez que Brodrick comenzó a visitar a su padre en Aviemore, Derek y él se reencontraron y luego ya nada había vuelto a separarlos.

—¿Necesitas hablar?

Brodrick cerró los ojos. Derek era el único que sabía lo que tanto lo atormentaba, pero respondió:

—No.

El guerrero asintió y, cuando miró las estrellas, el conde preguntó:

—¿Me vas a decir qué mujer es la que te tiene tan apático últimamente?

Oír eso hizo que Derek mirara a su amigo, pero Brodrick insistió:

—La última vez que te vi algo taciturno fue por lady Camila Olson.

—Si estuve taciturno fue porque decidió seguir conociendo a Thomas Johnson en vez de a mí, y eso me dolió.

—Él deseaba casarse. Tú no.

Derek resopló; eso era cierto. Tres años antes, el matrimonio no entraba en sus planes.

—Éramos demasiado jóvenes —afirmó sonriendo.

Acto seguido ambos guardaron silencio, hasta que Brodrick, viendo a su amigo mirar las estrellas, cuchicheó:

—¿Me vas a hablar de ella?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no hay nada de lo que hablar.

El conde cabeceó, pero, sin dar su brazo a torcer, continuó insistiendo:

—Dime al menos si es de Aviemore.

—Lo es —afirmó su amigo, escueto.

Brodrick sonrió. Adoraba a Derek y sabía que era recíproco, y, cuando iba a hablar de nuevo, este comentó:

—Estoy convencido de que mi tía nos estará preparando algo excepcional para cenar.

—Qué bien sabes desviar temas.

Ambos rieron y, acto seguido, Brodrick indicó:

—Joshua cree que es un error que solo pase por aquí un par de veces al año.

—Yo también lo creo.

El conde miró a su amigo.

—El encargado de estas tierras serás tú, junto con Joshua, y...

—Brodrick, el conde eres tú. La gente te necesita a ti, ¡no a mí!

De nuevo, el ceño del aludido se frunció. Pero ¿qué iba a hacer él allí?

Como conocía a su amigo, Derek calló. Sabía que el lío que tenía en la cabeza, y más aún tras lo ocurrido con su mujer, hacía que estuviera totalmente desconcertado. Así pues, obviando aquel tema, que, le gustara o no a su amigo, tarde o temprano tendrían que afrontar, preguntó:

—¿Sigues pensando en la misiva que recibiste de lady Bedellia?

Brodrick asintió.

—Lo resolveré cuando regrese a Dumfries —declaró.

—Si yo fuera tú, lo hablaría mañana mismo... —insistió Derek.

—Mira..., apelo a su cordura o al final tendremos un grave problema, porque yo no pienso ceder.

Su amigo asintió, entendía a Brodrick, por lo que musitó:

—Sabes tan bien como yo que los rumores están a la orden del día, y lo que esa mujer ...

—No está en su derecho —lo cortó él.

Acto seguido se adentraron en el castillo y comenzaron a caminar en silencio, hasta que Derek, al percibir un delicioso olor, murmuró:

—Carne estofada con tomillo, ¿acaso puede haber algo mejor?

Sonriendo, los dos hombres caminaron hasta la mesa, y a ellos rápidamente se les unieron Nigel Murray y Wallace Stewart. Los cuatro eran amigos de toda la vida, con la diferencia de que Wallace y Nigel habían conocido a Brodrick en Dumfries, y Derek era un Fraser que lo conocía desde la niñez. Con los años, Wallace, que era médico, y Nigel se convirtieron en sus guerreros, y entre los cuatro habían creado una bonita y sana amistad.

—Solo quiero comer y dormir. Estoy agotado. —Wallace suspiró.

Brodrick asintió al oírlo. Ese día habían ido a Pitlochry a encargarse de unas cosas que necesitaban para las reformas del castillo y alrededores. Desde que habían regresado de Dumfries no paraban de viajar para comprar materiales.

—Cena y ve a dormir. Te entiendo perfectamente. —Brodrick sonrió.

Los cuatro se sentaron alrededor de la mesa para comer la carne estofada. De pronto la puerta del salón se abrió y Derek, al ver quién estaba allí, saludó con una sonrisa:

—Bienvenida, preciosísima Peyton.

La niña, de apenas siete años, a quien el hambre había despertado, parpadeó al oír eso. Y Brodrick, levantándose, preguntó raudo:

—Peyton, ¿necesitas algo?

La pequeña lo miró y, dando un paso atrás, se encogió; entonces Wallace dijo abriendo los brazos:

—¿Cómo está la pelirroja más bonita de Escocia?

Oír eso hizo que la niña diera otro paso atrás y, con los ojos muy abiertos, tras mirar al que era su padre con gesto asustado, dio media vuelta y, después de cerrar la puerta, desapareció corriendo.

Eso hizo que los hombres se miraran y Nigel preguntara:

—¿Por qué tu hija parece siempre un ratoncillo asustado y viste esas ropas tan desastrosas?

Brodrick se encogió de hombros muy serio. Odiaba que su hija lo rehuyera así y que siempre vistiera como una mendiga.

—Come y calla —replicó.

Eso hizo que los demás se miraran, hasta que Brodrick añadió con sequedad para dar una explicación:

—Para mi desgracia, Peyton es como su madre.

Todos habían vivido en primera persona el complicado carácter de aquella mujer.

—Creo que no es así, y no me cansaré de decirlo —repuso Wallace.

—Ya estamos —murmuró Nigel.

—Ya estamos, no. Es mi opinión —defendió Wallace. Según dijo eso, los tres lo miraron, y él añadió—: Desde mi punto de vista, Peyton está aún intimidada por lo sucedido con su madre y por eso se comporta así. Pero ¿acaso no veis sus ojos asustados y su gesto de necesitar ayuda? Ella no es como la Innombrable. Solo es una niña apocada y asustada que necesita cariño y seguridad para poder ser ella misma.

Oír eso hizo que Brodrick resoplara. No era la primera vez que hablaba del tema con Wallace.

—Te recuerdo, amigo, que en esta habitación estamos nosotros, no su madre, para que sienta esa inseguridad y ese miedo —indicó con retintín.

Wallace asintió, entendía lo que su amigo decía, pero insistió:

—Como médico, no solo he visto heridas y laceraciones. Y aunque puedo equivocarme, soy tremendamente consciente de que los miedos y las inseguridades no se van de un día para otro, y menos si no se trabaja en ellos y...

—Para su desgracia y la mía, Peyton es como su madre —lo cortó Brodrick molesto—. Poco puedo hacer al respecto, salvo intentar que no se quite la vida.

—Pero ¿qué tontería dices...?

—Digo lo que conozco, lo que he vivido y...

—La culpable de que la niña esté así es la Innombrable.

—¿Qué tal si dejas de echarle la culpa de todo a su madre? —gruñó Brodrick.

—A ver, amigo, te he dicho que...

—Wallace, ¡mejor cállate! —lo interrumpió él.

—¿Qué tal si nos tranquilizamos todos y cenamos? —terció Derek dirigiéndose a aquellos dos. Ni Wallace ni Nigel conocían el secreto que martirizaba a Brodrick. Y aunque querría contárselo a aquellos, por lealtad a su amigo debía esperar a que fuera él quien lo hiciera.

Nigel y Derek intercambiaron una mirada. Si por algo discutían siempre Wallace y Brodrick era por determinadas actitudes de este último y por Peyton.

Nigel, cansado, iba a hablar cuando Wallace declaró viendo entrar a Emilia:

—De acuerdo, me callaré.

—Te lo agradeceré —afirmó Brodrick.

Wallace, al oír ese comentario de su amigo, negó con la cabeza. Él siempre había pensado que Scarlett no solo había destrozado la vida de Brodrick, sino también la de su hija. Por suerte, Ossian, el niño, era demasiado pequeño para haber sufrido a su madre. Pero con Peyton era diferente. Ella había sufrido a una madre cruel que la había llenado de miedos e inseguridades, aunque su padre no quisiera verlo.

Los cuatro guardaban silencio cuando Emilia, la mujer que se ocupaba del buen funcionamiento de la fortaleza, se acercó a ellos y preguntó dirigiéndose a Wallace:

—¿Todo bien, muchacho?

Él se encogió de hombros.

—Mejor no digo lo que yo pienso al respecto de la madre de nuestra Peyton, ¿verdad, mi niño? —comentó Emilia mirando a Brodrick.

El conde puso los ojos en blanco. Si Wallace era crítico, Emilia, que era la mujer que lo había cuidado desde que nació, era peor.

—Mejor... —respondió.

Todos se quedaron unos segundos en silencio hasta que Wallace le preguntó a la mujer:

—¿Se te pasaron esos mareos que te daban?

Ella asintió sin dudarlo. Era mentira, seguían dándole mareos, pero como no quería hablar de ello, cambió de tema:

—Flora ha regresado a la cocina con la cena de Peyton intacta. Esa niña cada vez come menos.

Brodrick resopló. El patrón que seguía su hija era el mismo que había seguido su madre. Y Emilia, viendo que aquel no pensaba responder a lo que había dicho, indicó:

—Nela ha dicho que me buscabas.

Él asintió. Adoraba a Emilia como adoraba a Joshua. Para él eran su familia.

—Si viene gente del pueblo a darme el pésame, por favor, quítamelos de encima —indicó—. Dales las gracias por el detalle y que se vayan.

—Pero, mi niño...

—Emilia. No tengo ganas ni tiempo, ¿entendido?

—Pues muy mal que no tengas tiempo ni ganas. Ahora eres el señor de Aviemore y deberías cultivar las amistades que tu padre tenía y afianzarlas por el bien de todos.

—Opino lo mismo que Emilia —terció Wallace ganándose una mirada seria de su amigo.

Brodrick resopló. Que todos pensaran lo contrario que él era agotador.

—He decidido pasar el verano aquí y después regresaré a Dumfries, donde madre me ayudará con los niños —declaró.

A la mujer no le gustó oír eso.

—Oh, no..., no puedes hacer eso —murmuró.

—Emilia...

—Te necesitamos aquí —insistió aquella.

Durante un buen rato debatieron aquel tema, hasta que finalmente Emilia, cansada, dijo:

—No estoy de acuerdo. Lo siento, pero no pienso estar de acuerdo.

Brodrick cabeceó y, mirando el gesto cansado de aquella, señaló:

—Es tarde, Emilia, ve a descansar con Joshua.

Enfadada y molesta, ella se marchó y, cuando los guerreros quedaron de nuevo solos, Wallace preguntó:

—¿Quién de vosotros comentó que nos habían invitado a una fiesta en Aberdeen?

—Fui yo —indicó Nigel—. Mi primo Louis se casa. ¿Os apetece ir?

Los demás intercambiaron una mirada, y luego Brodrick preguntó:

—¿Cuándo es?

—No hay fecha todavía —respondió Nigel.

El conde asintió y, mirando a aquellos, indicó:

—Dudo que pueda asistir.

—¡Oh, qué raro! —se mofó Wallace.

Al oírlo, Brodrick resopló.

—¡Qué tocapelotas eres!

Los amigos se miraron y, sin hacerle caso, Wallace preguntó acto seguido:

—¿Hay mujeres guapas e interesantes en tu familia?

—Por supuesto.

Eso provocó que los cuatro rieran.

—Las mujeres de mi familia son dóciles y fáciles de tratar —explicó Nigel—. Algo que siempre ha agradado a nuestro clan a la hora de formar alianzas matrimoniales.

Se miraban divertidos por aquello cuando Derek le preguntó a su amigo:

—¿Y hay alguna en tu punto de mira?

Nigel negó con la cabeza.

—Ninguna. Así pues, en la fiesta podrás cortejar a cualquier soltera. —Y, señalando a Brodrick, afirmó—: Y tú también.

—A mí dejadme en paz —masculló el guerrero.

Los tres amigos se miraron y Nigel comentó:

—Para buenas fiestas, las que organiza Eleanor, tu madre.

Brodrick asintió, pues sabía que su amigo tenía razón.

—Hablando de tu madre... —dijo entonces Wallace con curiosidad—. ¿Al final traerá ella a Ossian?

—Sí.

Los amigos intercambiaron una mirada. Por todos era sabido que, tras marcharse de Roy Trust, la madre de Brodrick nunca había regresado allí. Pero ahora que Magnus había muerto la posibilidad existía.

Y Derek, viendo el gesto de su amigo, indicó:

—Tengo ganas de ver al pillastre de Ossian. ¿Caminará ya?

Brodrick pensó en su hijo pequeño. Tras lo sucedido con Scarlett, en el viaje a Dumfries para darle sepultura, el pequeño había enfermado a causa del frío y, en vez de regresar con su hermana y con él a Aviemore, lo había dejado con su madre hasta que mejorara.

—Habría estado muy bien que tu madre, además de organizar sus maravillosas fiestecitas, hubiera querido quedarse también con Peyton, ¿no crees? —señaló Wallace—. El cariño y el amor siempre les vienen muy bien a los niños.

Al oír eso, Brodrick miró a su amigo. A diferencia de Nigel y Derek, Wallace era el más crítico ante todo. Y,

cuando iba a contestar, Derek, que sabía por qué la niña estaba con ellos y no con su abuela, se le adelantó y repuso:

—Wallace, amigo, no empecemos.

—No empiezo. Solo digo lo que pienso.

—Pues en ocasiones lo que piensas no es interesante —le reprochó Brodrick.

—Será para ti...

—Qué tocapelotas eres —lo increpó Nigel.

Wallace ni siquiera gesticuló. A su parecer, todos lo estaban haciendo mal con Peyton, y el primero, Brodrick.

—Estupendo estofado —dijo antes de llevarse un trozo de carne a la boca.

El resto de la cena fue amena y amigable. Hablaron sobre sus cosas, hasta que llegó la hora de descansar.

Una vez que Brodrick se despidió de sus amigos, como cada noche, subió a la planta de arriba para ver a su hija Peyton antes de ir a su habitación.

—Señor conde. Buenas noches.

Era la niñera que cuidaba de sus hijos, que había sido contratada por su mujer.

—Buenas noches, Flora —contestó él. E, interesándose, señaló—: Me han dicho que Peyton apenas ha cenado esta noche.

La mujer asintió con pesar.

—Hacerle comer es imposible. Se niega, como todos los días, e incluso hoy ha hecho trizas varias de sus cosas en un arranque de ira —dijo sacándose unas tijeras del bolsillo.

A Brodrick le dolió oír eso. Cada día era más consciente de que Peyton se comportaba como su madre, y eso le partía el alma.

—Mantén lejos de ella cualquier objeto punzante y no le quites el ojo de encima —pidió.

—Descuidad, señor conde.

Acto seguido guardaron silencio, hasta que ella indicó:

—Lleva durmiendo desde que se ha negado a cenar.

Eso sorprendió a Brodrick. Su hija sí se había despertado, él la había visto. Se había presentado en el comedor, donde él estaba con sus amigos, y luego había salido corriendo. Pero, omitiendo ese detalle, que Flora no sabía, repuso:

—Entonces dejémosla dormir. Ve a descansar tú también.

La mujer asintió y, dando media vuelta, entró en la habitación de al lado.

Una vez que desapareció, Brodrick abrió la puerta del cuarto de su hija y entró. Al fondo, sobre la cama, la niña dormía hecha un ovillo, mientras sobre la mesilla había tres velas encendidas que iluminaban la estancia. Peyton tenía un miedo terrible a la oscuridad.

Con paso seguro, se acercó hasta la cría para observarla. Cuando dormía, su rostro se relajaba, su expresión se suavizaba. Volvía a ver a la princesa que tanto lo adoró en el pasado, y sonrió. Nada le gustaría más que volviera a ser quien fue. Pero la realidad era otra muy diferente.

Con mimo y delicadeza, le acarició el cabello. Adoraba a su niña de cabello rojo, y, en cuanto se lo recolocó, tras coger la manta que estaba tirada a un lado, la arropó con

ella. Luego apagó dos de las tres velas y salió de la habitación para dirigirse a la suya.

Poco después, tan pronto como llegó a su dormitorio, cerró la puerta y miró a su alrededor. Aquel era su refugio. Allí estaban sus cosas. Sus recuerdos. Su tranquilidad. Para su suerte, allí no había ni tampoco había habido en el pasado nada de Scarlett. Ella nunca había querido dormir allí y, la verdad, Brodrick lo agradecía.

Su matrimonio con Scarlett había sido una tortura y una farsa llena de malentendidos y mentiras. En un principio su madre intentó evitarlo, pero él no se lo permitió. Brodrick se casó con Scarlett para salvarla de la vergüenza pública por estar embarazada de otro, y para darle un hogar y apellido al bebé que venía en camino. Sin embargo, ese fue su gran error, porque la vergüenza pública al final tuvo que vivirla él. A pesar de estar casada, Scarlett no renunció al hombre que amaba, Errol, y se convirtió en su amante.

Durante mucho tiempo, Brodrick intentó que su esposa fuera consciente de la realidad por la niña y por él. No se amaban, no se querían. Pero ella, sin que le importara avergonzarlo, le mentía, lo engañaba. Scarlett era egoísta y vivía en su mundo. Era la amante de Errol Williamson y no le importaba si a su marido le dolía o no.

Cuando murió su padre y se llevó a Scarlett a Aviemore para ejercer de condesa, Brodrick pensó que la situación tal vez cambiaría. Sin embargo, todo empeoró, y más aún cuando ella se quedó encinta de Ossian. Scarlett, embarazada de su marido y alejada de su amante, se volvió aún más manipuladora, cruel y mentirosa, y lo peor de todo fue que arrastró a Peyton consigo. Al poco de llegar al

castillo de Roy Trust, la niña cambió. Dejó de sonreír, de ser pizpireta, y fue cuando, para horror de su padre, comenzó a llamarlo «señor».

Scarlett odiaba las Highlands y a sus gentes, como odiaba a Brodrick por separarla de Dumfries y de Errol, su amor. Su locura llegó hasta tal punto que finalmente, tras recibir una noticia que la enloqueció, se quitó la vida.

Al dar sepultura en Dumfries a Scarlett, pues sabía que esa era su última voluntad, Brodrick tuvo que soportar los comentarios y que todo el mundo los observase a Peyton y a él. De nuevo regresaban los cuchicheos acerca de la paternidad de la niña, puesto que Peyton había nacido con el cabello escandalosamente rojo de Errol, su padre. No obstante, eso a Brodrick le daba igual. La niña era su hija, como lo era Ossian, y no había más que hablar.

Al moverse, notó que algo caía al suelo y, cuando miró, vio que se trataba de un dibujo que Peyton le había regalado hacía dos años por su cumpleaños. Se agachó a recogerlo y lo miró. En aquel dibujo solo había tres monigotes y, en su momento, y con su media lengua, la niña le explicó que eran ellos dos, y el tercero y lejano era la señora. Estaban en el jardín de la casa de Dumfries jugando a perseguirse, algo a lo que solían jugar, pero al poco de llegar a Roy Trust dejaron de hacerlo.

Una vez que depositó aquel dibujo sobre la mesilla, Brodrick abrió un libro y sacó de él una misiva. Con gesto serio, la desplegó y volvió a leer el mensaje de lady Bedellia. Lo había leído cientos de veces desde el día que lo recibió, y, tras maldecir una vez más, la volvió a dejar donde estaba y cerró el libro.

A continuación se miró en el espejo que tenía frente a él. Ese era él. Un hombre de treinta y seis años, conde, viudo y con dos hijos a los que criar. Como le había dicho su madre, por el bien de los niños y de él mismo, debía encontrar una nueva esposa, pero de momento necesitaba tiempo. Tenía otros asuntos que resolver.

Por ello, y con toda la intranquilidad del mundo, se quitó la ropa que llevaba y, en cuanto se tumbó en la cama, miró el techo a la espera de que el sueño lo venciese.

Capítulo 4

Según se acercaban a Fort William para reencontrarse con su hermana Johanna, Amanda se inquietaba. A pesar de llevar bien la distancia, la añoraba muchísimo, y saber que en breve la vería la hacía sonreír sin parar.

—*Dalmore* —dijo agachándose sobre la cabeza de su caballo para hablarle a la oreja—, ¡hoy veremos a la tata!

Según dijo eso, el animal relinchó y Amanda rio a carcajadas. La conexión que había entre ellos, a pesar de la juventud del caballo, era increíble.

—Cuando ríes de esa manera, los ojos se te iluminan de felicidad —comentó Duncan al verlo.

—Papá, saber que vamos a ver a Johanna nos hace muy felices a *Dalmore* y a mí.

Duncan y su hija se miraron, y entonces Megan, acercándose en su caballo, indicó:

—No veo el momento de ver a nuestra niña. ¡La sorpresa que le vamos a dar!

Los tres sonrieron, y luego Duncan preguntó:

—Amanda, ¿has pensado que quizá este viaje podría cambiarte la vida?

Oír eso hizo que Megan mirara a su marido. ¿De qué hablaba? Y Amanda preguntó:

—¿Y por qué me iba a cambiar la vida?

—¿Quién te dice que no conocerás a alguien especial? —afirmó Duncan.

Según oyó eso, Megan y su hija lo miraron, y este explicó sonriendo:

—Yo conocí a tu madre cuando fui a visitar a un amigo.

—Pero fue en circunstancias diferentes —replicó Megan—. Se iba a organizar la boda de Axel en el castillo de Dunstaffnage, no ibas a expresar unas condolencias por una muerte.

Duncan asintió, su mujer tenía razón.

—Cuando comencé ese viaje, nunca esperé enamorarme —declaró.

El matrimonio se miró con cariño y luego el guerrero indicó:

—Recuerdo que, la primera vez que te vi en la escalinata del castillo de Dunstaffnage, llamaste mi atención y mis ojos ya no pararon de buscarte.

Ambos sonrieron. Recordar esos primeros momentos siempre era bonito.

—Me enamoré de ti cuando me dijiste por primera vez «deseo concedido» —murmuró Megan.

Los dos se miraron con complicidad.

—Mi vida —añadió él entonces—, creo que mi percepción sobre ti no habría cambiado aunque hubiera ido a dar el pésame. Fue verte y sentir que eras diferente, especial, a la par que complicada y guerrera.

Los tres rieron por aquello y luego Amanda señaló:

—Si he de conocer a ojitos grises en este viaje, bienvenido sea.

Megan soltó una carcajada, pero Duncan preguntó con seriedad:

—¿Y si no tuviera los ojitos grises?

La joven sonrió. Si de algo estaba convencida era de que los ojos de su amor tendrían esa tonalidad. Pero su padre, para sorpresa de su madre, insistió:

—¿Y si te enamoraras de alguien que no tiene los ojos de ese color?

Amanda negó con la cabeza y, tocando con mimo la redondez de la empuñadura de su espada, insistió:

—Eso no va a pasar.

—Pero, Amanda...

—Que no, papá, ¡dudo mucho que eso ocurra!

—¿Cuántos hombres conoces con los ojos de ese color?

—Ninguno.

—¡¿Entonces...?!

La joven se encogió de hombros y, sonriendo, musitó:

—Pues no lo sé, papá... Pero si sueño con esos ojos es por algo, ¿no?

—Esa cabezonería tuya es tremenda —apostilló el guerrero.

—A alguien me pareceré, ¿no crees?

Padre e hija se miraron de nuevo y Megan, para destensar el momento, indicó:

—El hogar de Johanna está tras aquella colina.

Amanda asintió y, mirando con complicidad a su madre, preguntó:

—¿Acaso me estás retando?

Megan soltó una carcajada y, antes de que Duncan pudiera abrir la boca, sus dos amores clavaron los talones

en los costados de sus caballos y salieron disparadas al galope.

—Locuelas —susurró el guerrero con una sonrisa.

—La felicidad les puede —comentó Myles acercándose a él.

Duncan asintió gustoso, y Myles añadió:

—El día que Amanda ya no esté con nosotros, tendrás que ser tú quien le proporcione esos retos a Megan; ¿lo has pensado?

Él asintió. Sabía que tarde o temprano Amanda se enamoraría como le había pasado a su hermana y se iría del hogar.

—Johanna encontró el amor cuando menos lo esperaba —dijo Ewen, que se había acercado también—. ¿Quién dice que Amanda no lo pueda encontrar?

Duncan cabeceó. El tiempo pasaba rápidamente.

—Si lo encuentra, yo seré el primero en celebrarlo —declaró con una sonrisa.

Divertidos, Myles e Ewen se miraron, y Duncan, clavando los talones en los flancos de su bonito caballo oscuro, se lanzó al galope tras sus amores.

Capítulo 5

En el interior de la casa, Johanna y Alan se miraban cuando ella siseó enfadada:

—Como sigas así, te juro que la vamos a tener.

—Johanna...

—Que no, Alan, ¡que estás muy pesado!

—Pero, Johanna...

—Por san Ninian..., creo que te mataré.

—Johanna...

—¿Qué tal si dejas de repetir mi nombre?

—¿Qué tal si me escuchas?

Pero no, ella no quería escucharlo. Y, dando media vuelta, salió de la estancia. Necesitaba tomar el aire y serenarse.

Alan resopló. La cabezonería de su mujer hacía que tuviera que contar hasta veinte en numerosas ocasiones.

Una vez fuera, y tranquila porque Alan no la hubiera seguido, Johanna comenzaba a caminar por el jardín cuando divisó a unos jinetes a lo lejos. Con curiosidad, y poniéndose una mano en la frente para protegerse del sol, los observó, hasta que un grito escapó de su boca al oír un silbido.

Alan, al oír el grito de su mujer, salió corriendo de la casa. ¿Qué le ocurría?

Una vez en el exterior, al verla saltar y correr campo a través como una posesa, comenzó a correr tras ella. ¿Adónde iba? ¿Qué pasaba? Y, cuando consiguió alcanzarla y pararla, antes de que pudiera preguntar, ella exclamó nerviosa:

—¡Ahí vienen!

Al mirar, Alan vio a unos jinetes a lo lejos.

—¿Quiénes vienen? —inquirió.

Emocionada y alterada, Johanna miró hacia los jinetes, que cada vez estaban más cerca.

—¡La familia! —afirmó.

Un nuevo silbido hizo que esta vez Alan adivinara quiénes eran. Y, mirando a su mujer, preguntó:

—¿Les enviaste una misiva?

—No.

Ambos sonrieron y Alan, mirándola, le advirtió:

—No saltes ni corras como lo hacías, ¿me has entendido?

—Oh, por favor, Alan. No empecemos —gruñó la joven.

—¡Johannaaaaaaa!

Cuando Amanda y Megan llegaron hasta ellos y se bajaron de sus caballos aún en marcha, Alan, como siempre, se sorprendió; la pericia y la impetuosidad de aquellas montando los caballos era increíble. Al ver como Johanna las abrazaba, sonrió.

Instantes después, Duncan llegó también y, cuando vio a sus tres amores abrazados, miró a Alan y, con mofa, señaló mientras desmontaba:

—Creo que me toca abrazarte a ti.

Alan asintió gustoso y, acercándose a aquel, abrió los brazos y declaró:

—Bienvenido a tu casa, suegro.

Yerno y suegro se fundieron en un cálido abrazo. Sus diferencias habían quedado olvidadas hacía ya mucho y, cuando se separaron, al mirar a las chicas, que continuaban abrazándose y besándose, Alan preguntó:

—¿Y esta visita sorpresa?

Emocionado, y sin poder apartar la vista de aquellas tres, Duncan respondió con una sonrisa en los labios:

—Vamos a Aviemore a visitar al conde Brodrick Fraser y decidimos pasar primero a veros.

Alan asintió y, divertido, cuchicheó:

—Nos encanta teneros aquí, pero creo que os habéis desviado un poco del camino.

—Papiiiii —gritó Johanna corriendo hacia él.

—El desvío merece la pena —afirmó Duncan abriendo los brazos para estrechar a su hija.

Padre e hija se abrazaron con fuerza y, cuando se separaron, Duncan besó con cariño a Johanna en el rostro y murmuró:

—Estás radiante, mi vida.

La joven asintió y, feliz por aquella sorpresa, respondió:

—Y ahora, con vosotros aquí, mucho más.

Instantes después llegaron Myles e Ewen, quienes enseguida abrazaron a Johanna con todo su amor; aquella muchachita y Amanda eran como sus hijas. Después de que la joven saludara a varios de los guerreros que los acompañaban, el grupo se dirigió hacia la casa.

Los sirvientes, comandados por Johanna, rápidamente se movilaron para preparar varias habitaciones. Los padres, los tíos y la hermana de su señora pasarían la noche allí,

junto a los guerreros McRae que acampaban en una zona de sus tierras.

Una vez acomodados todos, sus padres y sus tíos se reunieron con Alan en el salón, y Johanna, tras pasar un rato con ellos, se disculpó y, corriendo escaleras arriba, entró en la habitación que ocupaba su hermana. Amanda, que estaba terminando de vestirse, sonrió al verla.

—Me moría por verte —dijo abrazándola.

—Ni te imaginas lo feliz que me hace teneros a todos aquí. ¡Qué gran sorpresa! —afirmó Johanna.

Encantadas, se sentaron en la cama, donde comenzaron a hablar. Tenían muchas cosas que contarse.

—Annie se ha prometido con Augusto Singleton y Connie está tonteando con Albert Marx —cuchicheó Amanda.

Johanna sonrió. Sus amigas siempre habían deseado encontrar marido.

—¿Y están contentas? —se interesó.

—Ni te lo imaginas —afirmó su hermana poniendo los ojos en blanco.

Se miraban divertidas por aquello cuando Johanna comentó:

—Hace un mes, Alan me regaló un caballo de una hermosa tonalidad roja muy llamativa que vuela más que corre. Cuando lo veas te vas a enamorar de él, ¡es precioso!

Amanda cogió la mano de su hermana.

—Siempre quisiste uno así —murmuró.

—Y mi Bicho me lo consiguió.

—Cuando se entere papá, lo va a matar.

—Amandaaaaaaa...

Ambas rieron por aquello. A pesar de las asperezas del pasado, en la actualidad Duncan y Alan tenían una relación maravillosa.

—Sigo esperando encontrar algún día a tu yegua de pelaje blanco, piel rosa y ojos azules a la que llamarás *Nieve* —declaró Johanna.

—*Nieve* llegará. Aunque sé que no es fácil encontrar un cruce entre un sangre caliente y un sangre fría.

—Alan se informó al respecto y me dijo que algunos proceden de España.

Amanda se encogió de hombros. Siempre había soñado con tener esa rara yegua, algo muy difícil de conseguir en Escocia.

—Con *Dalmore* estoy muy contenta, ¿ni te imaginas lo intrépido que es! —indicó sonriendo a su hermana.

Johanna asintió, sabía cómo era *Dalmore*.

—*Dalmore* es un buen caballo —aseguró—, pero tiene un punto de locura que...

—¡Otra como papá!

Ambas rieron por aquello, y Amanda añadió:

—Las cosas difíciles siempre han sido lo mío. Y *Dalmore* y *Nieve* lo son.

Las hermanas volvieron a reír y, al cabo, Johanna señaló:

—Hablando de cosas difíciles... He oído que vais a Aviemore para ver al conde Brodrick Fraser.

—Sí. Vamos a expresarle nuestras condolencias por la muerte de su mujer ahora que ha regresado de Dumfries.

Johanna levantó las cejas, conocía a Amanda y sabía que aquel hombre había llamado su atención.

—Deja de pensar tonterías, que te conozco —ordenó esta.

—Te atrae lo difícil. Lo acabas de decir.

—Tataaaa, ¡¿qué dices?!

Sonreían por aquello cuando Amanda se levantó de la cama y prosiguió:

—El conde simplemente me pareció un hombre agradable cuando lo conocí en la fiesta de Eilean Donan, pero también me pareció algo sosito. No sé por qué me miras así...

Johanna no dijo nada y Amanda insistió:

—Tata, ¡que es de la familia!

—¡¿Y...?!

—No tiene los ojos grises.

Ese dato hizo que Johanna asintiera y finalmente indicara:

—Lo sé. Sé que sus ojos son negros como los de papá y no grises como los que ves en tus sueños. Pero fue la primera vez que te he visto mirar a un hombre como lo miraste y...

—Tataaaaaa, por favorrrrrr.

—Es apuesto...

—Lo es.

—Y gallardo...

—Pero no baila...

—Y ahora está viudo.

—¡Tataaaaa, que no!

Ambas rieron y Johanna indicó tocándose la falda del vestido:

—Tras lo ocurrido, el conde no tardará en buscar esposa.

—Y hará bien —afirmó Amanda con indiferencia—. Es joven y tiene dos hijos que criar. Solo espero que esta vez sepa elegir mejor.

De pronto Johanna se llevó la mano a la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó Amanda alarmada.

Con rapidez, su hermana se levantó también. Buscó alrededor de la habitación con la mirada y, tras encontrar un recipiente, vomitó en su interior sin poder evitarlo.

—Tata, ¿qué te ocurre?

—Dame un segundo —murmuró Johanna con un hilo de voz.

Preocupada, Amanda miró a su hermana. ¿Qué le pasaba?

—¿Algo te ha sentado mal?

—O muy bien...

Acto seguido se quedaron en silencio y, cuando Amanda entendió sus palabras y en especial aquella sonrisa, susurró:

—Nooooo...

—Sí.

—¿Estás...?

—Sí.

—Madre mía..., madre mía...

—¡Estoy embarazada!

—Tataaaaaaa...

Emocionada y feliz, Amanda abrazó y besuqueó a su hermana.

—¡Ay, Dios! Pero ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Johanna se sentó de nuevo en la cama, se secó la boca con un pañito y, sonriendo, respondió:

—Desde hace unos días. Iba a enviaros una misiva para daros la buena nueva, ¡pero habéis aparecido aquí!

—¡Voy a ser tía!

—Sí.

—¡Voy a tener un sobrino!

—O sobrina. —Johanna rio.

Las hermanas se miraban sonriendo cuando Amanda murmuró:

—No veo el momento de que se enteren los Halcones y los tíos. Les va a dar algo... ¡Van a ser abuelos!

—Aguántalos —se mofó Johanna, que añadió—: Pero se lo diré yo misma cuando lo decida. Por tanto, ¡voto de silencio!

—Te lo prometo.

Se abrazaban divertidas ante la buena nueva cuando Johanna anunció:

—Se lo diré durante la cena.

—Gracias por hacer que mi voto de silencio sea corto.

Oír eso hizo que ambas soltaran una carcajada. Aquello sería una tremenda sorpresa para sus padres y sus tíos Ewen y Myles. Por lo que, cogiendo la mano de su hermana, Amanda preguntó:

—¿Eres feliz por lo que va a ocurrir?

—Mucho.

Emocionada, Amanda sonrió. Para ella, su hermana era lo mejor de su mundo.

—Pero qué bonita eres, tata —susurró con cariño.

Ambas sonrieron por aquello, y Amanda preguntó:

—¿Y Alan?

Oír el nombre de su marido a Johanna le hizo soltar una carcajada y, bajando la voz, contestó:

—Está muy feliz, pero muy insoportable también.

Eso hizo que la otra parpadeara.

—Desde que sabe que estoy encinta me trata como si fuera tonta —aclaró Johanna—, como si fuera a romperme, y eso me está sacando de mis casillas. Creo que lo mataré.

Amanda soltó una carcajada. Sabía cuánto amaba su cuñado a su hermana.

—En su defensa, he de decir que seguro que lo hace porque te quiere y se preocupa por ti —indicó.

—Pero, Amanda, ¿tú sabes lo pesado que está?!

—Recuerda lo que mamá siempre dice de papá. Que durante los embarazos se volvió el ser más tonto y terriblemente protector del mundo.

—Otro que seguro que me tratará como si fuera idiota cuando se entere...

Amanda rio de nuevo. Conociendo a su padre, lo que su hermana decía se quedaría corto.

—¿Qué tal si vamos a cenar?! —propuso mirando a Johanna.

* * *

En el comedor todos hablaban y reían de las cosas que se contaban. Amanda contemplaba feliz a su hermana y a su cuñado. Ver cómo se miraban y se sonreían le demostraba lo enamorados que estaban el uno del otro, y, con lo romántica que ella era, lo disfrutaba.

Amanda deseaba un amor como el suyo o el de sus padres. Un hombre que la mirara como su cuñado miraba a su hermana, pero eso, en los tiempos que vivían, no era lo habitual. Lo habitual era casarse por conveniencia o por negocios, aunque, por suerte, su padre aún no había llegado a eso.

Mientras cenaban y charlaban, Amanda y Johanna se sonreían con complicidad. Ambas tenían un secreto que tan solo Alan conocía, y eso las hacía reír. Sin embargo, esa complicidad fue interceptada por Megan, que, deseosa de saber, preguntó:

—¿Se puede saber qué ocultáis vosotras dos?

Eso hizo sonreír a las hermanas. Esconderle algo a su madre siempre había sido complicado. Y Alan, entendiendo las miradas de aquellas, terció:

—Seguro que nada bueno.

—¡Yo he hecho voto de silencio! —indicó Amanda.

El comentario hizo sonreír a todos. Aquel juego entre las hermanas siempre había sido algo muy suyo.

—A ver, señoritas, ¿qué ocurre? —cuchicheó Myles.

—¡Tengo caballo nuevo! —soltó Johanna.

—¡Qué maravilla! —exclamó Megan.

—Un alazán, como ella quería —apostilló Alan.

—Que vuela más que corre —puntualizó la joven.

Duncan miró a su yerno. Le gustaba que le diera caprichos a su hija, pero mirándolo indicó:

—Alan, por favor. Que tenga cuidado cuando lo monte.

—Papáááá —protestó Johanna.

—Tranquilo, que ya la controlo.

—¡Alannnnnn! —gruñó Johanna.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Ewen.

—*Duff* —respondió ella.

A partir de ese instante comenzaron a hablar de caballos, hasta que Amanda, nerviosa por lo que sabía y quería que los demás supieran, miró a su hermana y murmuró:

—Mi voto de silencio comienza a flaquear.

—¡Amandaaaa! —gruñó Johanna.

—O se lo dices tú o se lo digo yo —insistió ella.

Eso hizo que Duncan y Megan se miraran, y finalmente el primero preguntó con gesto serio:

—¿Qué ocurre?

En el comedor se hizo de pronto un silencio sepulcral, hasta que Johanna cuchicheó:

—Lo que tengo que decirlos es..., bueno..., no sé cómo decirlo sin asustaros.

—¡Miedo me das! —susurró Ewen con seriedad.

—Si quieres se lo digo yo, cariño —interrumpió Alan.

—¡Ni hablar!

—Quizá si lo cuento yo lo entiendan mejor —se mofó él.

Johanna, divertida al ver la expresión de sus padres y sus tíos, repuso:

—Dudo que nadie se lo explique mejor que yo.

—Eso no lo sabrás si no lo hago.

—Alan, no seas cabezón... ¡Quiero hacerlo yo! —insistió.

Duncan, Megan, Myles e Ewen se miraban entre sí. Fuera lo que fuese, querían saberlo ya.

—Johanna McRae, ¡dilo de una vez! —exigió Megan—. ¿O acaso pretendes que se nos pare el corazón?

—¿En qué problema te has metido ahora, muchacha? —inquirió Myles.

Con gesto inocente, Johanna miró a su padre, que estaba tenso, y cuchicheó:

—A ver, papito...

—Uisss, *papito* —se mofó Ewen.

—Por todos los santos, Johanna, ¿en qué jaleo te has metido ahora? —insistió Duncan crispado.

—En uno muy gordo —afirmó su hija.

—¡Gordísimo! —recalcó Amanda.

Ewen se rellenó la copa de vino. Tanto secretismo le hacía ver que lo que fuera iba a impactarlos.

—No perdamos los nervios antes de escuchar —murmuró.

—Sírreme vino, Ewen —pidió Megan con el corazón acelerado.

—Sea lo que sea, lo arreglaremos —insistió Ewen llenándole la copa.

—¡Lo dudo! —apostilló Alan.

Duncan, al oír a su yerno, tomó aire y, mirándolo, preguntó:

—Sabiendo que pasa algo, ¿cómo puedes estar tan tranquilo?

—Tranquilo... tranquilo no estoy.

—Muy tranquilo no está —terció Amanda haciendo reír a su cuñado.

—¿Y por qué os reís ahora? —gruñó Megan.

Amanda y Johanna se miraron. Siempre les había encantado tomarles el pelo a sus padres. Entonces la segunda se levantó y dijo:

—Nos reímos porque Alan va a ser papá, yo mamá, Amanda tía y vosotros ¡abuelos!

Según dijo eso, los cuatro futuros abuelos se levantaron con rapidez de sus sillas y Megan, caminando hacia su hija, la abrazó llena de felicidad. ¡Iba a ser abuela!

A ella la siguieron Myles e Ewen y, cuando Duncan llegó hasta su hija, susurró mirándola a los ojos:

—Te voy a matar.

—¿Por hacerte abuelo? —Johanna rio.

Emocionado, él la abrazó. Su niña. Su pequeña iba a ser mamá. Tras darle un sonoro beso en la mejilla, declaró mirándola a los ojos:

—Te mataría porque hasta para decirme que voy a ser abuelo antes me tomas el pelo.

Megan abrazó emocionada a Amanda. Aquella buena nueva era algo maravilloso para todos.

—¿Qué tal si vamos con ellos a expresar nuestras condolencias al conde? —sugirió entonces Johanna a su marido.

Duncan negó con la cabeza al tiempo que Alan decía:

—No.

—Pero deberíamos ir. Es de la familia y...

—No, cariño —sentenció Alan—. Precisamente si es de la familia entenderá que estás en estado de buena esperanza y has de descansar.

—Pero, vamos a ver —gruñó Johanna molesta—, estar embarazada no significa que...

—Opino igual que Alan —interrumpió Duncan a su hija—. Brodrick entenderá que no es momento de viajar.

—Papááááá...

—Haz caso a tu padre, muchacha —indicó Ewen mientras Myles asentía.

Alan y Duncan negaban muy serios con la cabeza, y Megan, entendiendo a su hija, murmuró:

—Todo en su justa medida y controlado puede ser. No veo por qué Johanna no puede viajar y...

—Megan —murmuró Alan—. Necesito tu apoyo, no que le des apoyo a ella.

Según oyó eso, la aludida miró a su yerno, después a su marido, y finalmente indicó:

—Pues lo siento, pero apoyo a Johanna.

—Y yo —apostilló Amanda.

—¡Megan y Amanda! —bramó Duncan irritado—. ¿Qué tal si os calláis?

Molesta por aquello, Megan miró a su marido y, cogiendo del brazo a su hija menor para que no saltara, replicó sin pelos en la lengua:

—¿Qué tal si te callas tú y dejas de exagerar? Johanna solo está embarazada, no enferma.

Esa frase abrió la veda de las discusiones. Los hombres decían, las mujeres contestaban. Y Alan, ignorando las protestas de su esposa, dijo:

—Siéntate y descansa.

Johanna lo miró al oírlo.

—No quiero sentarme —sentenció con gesto serio.

—Has de hacerlo —intervino Duncan—. Es más, deberías estar en cama.

—Papááááá —gruñó Amanda.

—Y tú —indicó Duncan a Alan—. Sé firme con ella y no te dejes convencer.

—Tranquilo, suegro, tranquilo —afirmó aquel con seguridad.

Megan suspiró. Ya se conocía aquello. Cuando iba a hablar, su marido insistió mirando a Johanna, que asesinaba con la mirada a su marido:

—En tu estado tienes que descansar, no montar a caballo. Y, por supuesto, debes comer correctamente. ¡Y no se hable más! Por cierto, Alan..., creo que ahora no es un buen momento para el alazán que le has comprado...

—Yo también lo creo —afirmó aquel sin dejarlo terminar.

Según dijo eso, Duncan y Alan se miraron con complicidad. Estaban de acuerdo por completo. Y Megan, mirando a su hija, que rechinaba los dientes, indicó:

—Respira hondo, cariño..., respira. Lo vas a necesitar.

Capítulo 6

Dos días después, Amanda, con sus padres, sus tíos y sus guerreros, se despidió de su hermana y de Alan y prosiguieron su camino. Eso sí, prometieron que a su regreso pasarían de nuevo a verlos.

La primera noche decidieron dormir al pie del Ben Nevis, un macizo unido por la cresta de Càrn Mòr Dearg, considerado el punto más alto de toda Escocia, al que la gente llamaba simplemente «The Ben».

—Esta noche vamos a tener tormenta, por lo que voy a pedirles a los hombres que monten las tiendas.

—¿Hay algún lago cerca? —preguntó Megan enseguida.

Duncan sonrió y negó con la cabeza. Si algo les gustaba a su mujer y a sus hijas era bañarse en cualquier lago cuando llovía y tronaba.

—No. Y se acabó el tema —musitó mirándola.

Megan y Amanda asintieron divertidas, y Duncan añadió:

—Esas nubes de ahí me indican que va a tronar.

—Ojalá no ocurra —murmuró su hija mirando a su caballo.

Si algo le asustaba a *Dalmore* eran los truenos. Cualquier sonido alto lo incomodaba. En Eilean Donan, aun estando resguardado en el establo, cuando tronaba el animal se

ponía muy nervioso. En medio del monte, como estaban ahora, no sabía cómo se lo iba a tomar.

* * *

Un rato después, el tiempo había empeorado. Una fuerte lluvia arreciaba y, cuando sonó el primer trueno, Amanda salió a toda prisa de la tienda en la que estaba con sus padres y exclamó echando a correr:

—¡*Dalmore*!

Según dijo eso, se oyó al caballo relinchar. Duncan salió a toda prisa de la tienda y, al ver a su hija correr y al caballo encabritado, susurró:

—¡Maldita sea!

Megan, que lo siguió, al ver a Amanda correr como una loca hacia su caballo, que trotaba hacia ella, gritó:

—Amanda, ¡a tu derecha!

Ella asintió. Entendía las instrucciones de su madre. Y, concentrándose a pesar de la lluvia que le caía por la cara, al pasar el caballo al galope por su lado, se agarró a sus crines con fuerza y, dando un salto, lo montó.

—¡Por san Fergus, Amanda! —gritó Duncan al ver lo que acababa de hacer.

—Esa es mi niña. —Megan sonrió.

Según dijo eso, su marido la miró con gesto hosco, y ella añadió:

—Y la tuya. No me mires así.

Desorientado y asustado, *Dalmore* corría y corría mientras Amanda, agarrada como podía a él, le gritaba:

—¡Sooooo, *Dalmore*!... ¡Sooooo!

Duncan y Megan, seguidos por algunos de sus hombres, se subieron rápidamente a sus monturas para ir tras la joven. Tenían que ayudarla. El caballo no paraba y en cualquier momento podía lanzarla por los aires.

Por suerte, igual que habían llegado, los truenos pronto comenzaron a alejarse y, cuando *Dalmore* paró, Amanda, empapada y agotada de sujetarse para no caerse, le murmuró:

—Tranquilo, *Dalmore...*, tranquilo. Todo está bien. Todo está bien.

Duncan y Megan consiguieron acercarse por fin a su hija. El guerrero iba descompuesto. Sin poder hacer nada, había visto como Amanda, a lomos de su intrépido caballo, había saltado por sitios imposibles, y, en cuanto llegó a su lado, la joven dijo al ver su mirada:

—Lo sé, papá, lo sé. Pero...

—¡Pero nada, Amanda! Este caballo es indomable.

—Tampoco ha sido para tanto, papá, por favorrrrrr...

Atónito y boquiabierto, el guerrero miró a su mujer. Al contrario que él, se la veía muy tranquila, y de pronto la oyó decir:

—Cariño, está bien. ¿No la has oído?

—Papito, ¡estoy bien!

—Pero, Amanda, ¡casi te mata!

—Papito..., no seas exagerado —cuchicheó la joven viendo como los hombres de su padre la miraban con incredulidad.

Oír eso hizo sonreír a Megan. Su marido era siempre muy exagerado con cualquier cosa que pudiera dañarla a ella o a las niñas.

—Vamos, cariño... —terció de nuevo—. ¿No la has oído?
¡Está bien!

El guerrero miró furioso al caballo. Después miró a Amanda y, cuando iba a protestar de nuevo, esta dijo:

—¿Te he dicho lo guapo que estás empapado de agua?

Oír eso y ver el gesto de guasa de su hija pudo con él. Las mujeres de su vida podían con él.

—¡Cállate, lianta! —soltó finalmente sonriendo—. Y que sepas que este caballo no termina de gustarme.

Amanda sonrió. Entendía a su padre, pero ella adoraba a *Dalmore*.

—Vamos —dijo entonces Megan—. Regresemos al campamento. Todo está bien.

* * *

La segunda noche, tras un bonito día de sol, durmieron junto a un lago, en el que aprovecharon para bañarse bajo las estrellas. Aquel momento entre Duncan, Megan y Amanda era algo especial para ellos. Megan y sus hijas adoraban el agua, por lo que el guerrero había acabado adorándola también.

Al día siguiente cabalgaban hacia Aviemore cuando Duncan preguntó mirando a su mujer:

—¿En qué piensa mi bella esposa?

—En Johanna.

—Tranquila, Johanna está bien.

—Lo sé. Pero mi instinto de madre hace que me preocupe por ella.

—Te recuerdo que querías que viniera con nosotros.

Megan lo miró y, tomando aire, siseó:

—Como te dije, está embarazada, no enferma. Y, sí, claro que quería que viniera con nosotros. No creo que este viaje fuera algo malo, y más estando nosotros con ella. Pero, claro, te pones tan cerril e insoportable que, con tal de que te callaras, ha claudicado..., de momento.

—¿De momento?

Megan asintió.

—Conozco a mi hija y sé que no se quedó convencida.

Cuando Duncan iba a protestar, uno de sus guerreros se acercó para comentarle algo y, una vez que este se marchó, indicó mirando a su mujer:

—Ya estamos en Aviemore, en las tierras de Brodrick. Le he enviado una avanzadilla para avisarlo de que no tardaremos mucho en llegar al castillo de Roy Trust.

A Megan le gustó oír eso y, con complicidad, a continuación preguntó:

—Hablando de Brodrick...

—¿Qué ocurre?

—¿A qué venía lo que le dijiste a Amanda acerca de que quizá este viaje le cambiaría la vida?

Duncan sonrió. A su mujer no se le escapaba una.

—Venía a que esas cosas pueden pasar, igual que nos sucedió a nosotros cuando nos conocimos.

—¿Brodrick y Amanda?

—¿Por qué no?

Megan sonrió. Y, negando con la cabeza, afirmó con seguridad:

—Olvidalo, Halcón. Tu hija es demasiado impetuosa y salvaje para un tipo como Brodrick Fraser.

—La verdad es que tienes razón.

—¿Entonces...?

Duncan se encogió de hombros. Aquello era una auténtica locura.

—Los polos opuestos se atraen... —respondió.

—Duncan, pero ¿qué dices?

El guerrero le guiñó un ojo y no contestó.

—¿Sabes? —dijo ella entonces—. Siento que esta noche me apetece dormir sobre una cómoda cama.

Oír eso sorprendió a Duncan.

—Está claro que me estoy haciendo mayor —añadió Megan—. Y, dicho esto, cualquier día me prohibirás montar a caballo y me sentarás frente a la ventana con una mantita sobre las piernas, ¡que te conozco!

Ambos sonrieron por aquello, y a continuación oyeron una risotada de Amanda que hizo reír también al guerrero. El amor que sentía por ellas tres era increíble.

Tras el embarazo de Amanda, por problemas que surgieron, Megan ya no había vuelto a quedarse embarazada.

—Voy a preguntarte algo que nunca te he preguntado antes —soltó en ese momento.

—Tú dirás, mi vida.

—¿Te quedaste con ganas de tener más hijos? ¿Quizá un varón?

Oír eso hizo sonreír a Duncan. Muchos otros le habían hecho esa pregunta a lo largo de los años, pero su esposa no. Por lo que, mirándola, y seguro al cien por cien de su respuesta, afirmó:

—Johanna y Amanda son todo lo que quería. Es más, si mi vida se repitiera, querría tenerlas de nuevo a ellas, como querría tenerte a ti todos y cada uno de mis días. ¿Y sabes por qué? Porque tú y solo tú eres el amor y la luz de mi vida. Me has dado lo mejor que tengo, y creo que con esto ya te he contestado.

Acto seguido acercaron sus caballos para darse un cariñoso beso en los labios y, al separarse, Megan indicó:

—Como diría Amanda, ¡pero qué bonito eres, papito!

—Tú sí que eres bonita, mi vida.

Ambos soltaron una carcajada y luego Megan señaló:

—Espero que, cuando Amanda se enamore, sepa elegir bien, ya tenga los ojitos marrones, azules, negros o grises.

—¿Y si aparece ojitos grises y no la trata bien?

Ambos se miraron y, al cabo, Megan sentenció:

—Lo mataré.

—Si antes no lo he matado yo —afirmó Duncan con seguridad.

La voz de Amanda acercándose en su caballo los sorprendió de repente:

—Papi...

—Uis, *papi*... ¡¿Qué querrás?!

Los tres rieron y luego la joven indicó:

—Gibson dice que, si cogemos el siguiente camino a la derecha, iremos derechos a su pueblo. Al parecer, allí hay una buena taberna donde preparan un exquisito caldero de carne.

—No. Nos desvía del camino.

—Papááááá...

—Amanda, ya he mandado a un hombre a avisar a Brodrick de nuestra llegada.

—Pero, papá, así Gibson podrá ver a su familia. ¿Qué más da llegar un poco más tarde?

—Mi vida, hay que...

—Cariño... —intervino Megan—. ¿Acaso no eres padre como para imaginar que a los padres de Gibson les encantará ver a su hijo y viceversa?

Oír eso enterneció a Duncan. Como padre, entendía lo que su mujer decía y finalmente, viendo a aquellas dos morenas, a las que adoraba, claudicó:

—De acuerdo. Vayamos a comer al pueblo de Gibson.

Capítulo 7

Poco rato después llegaron a un bonito pueblo, donde la gente, al verlos aparecer, los miró con curiosidad. Todos sabían quiénes eran los guerreros McRae y, por consiguiente, el famoso y temido Halcón. Como siempre que llegaban a un sitio, todos los observaban con respeto y cierto temor. Su fama de sanguinarios era algo que a ellos les hacía gracia, porque en realidad no eran así, pero estaba bien que la gente los temiera. Menos problemas.

Poco después, cuando pararon en la taberna, el dueño y su mujer se deshicieron en halagos con ellos. Siempre era bueno llevarse bien con el Halcón. Hacer lo contrario era de tontos.

Como bien había dicho Gibson, el caldero de carne que preparaban allí era maravilloso, pero la hija de los taberneros estaba empezando a incomodar a Megan. Ver como, cada vez que se acercaba a Duncan, esta se le echaba encima a pesar de que el guerrero se lo recriminaba con la mirada era algo que la enfadaba. Pero, comprendiendo que Duncan se contenía para no armar un escándalo que pudiera disgustar a Brodrick, decidió contenerse ella también.

Sin embargo, Amanda, viendo lo que ocurría, dijo en un momento dado levantándose de la mesa:

—Enseguida regreso.

Se alejó con paso rápido y, entrando en la cocina, localizó a la joven. Se acercó a ella e inquirió con voz áspera mientras desenvainaba su espada para ponerla en el cuello de aquella:

—¿Cómo te llamas?

La muchacha, dejando caer unos platos que sostenía en la mano, murmuró asustada:

—Clementina, *milady*.

Amanda asintió y acto seguido siseó con gesto fiero:

—Eres una descarada, Clementina. Por no decir una sinvergüenza que no tiene cabeza. Y me da igual si tu señor Brodrick Fraser se enfada conmigo por lo que acabo de decir.

—*Milady*, pero ¿qué decís? —musitó la tabernera sorprendida.

Amanda, ignorándola, apretó la espada contra el cuello de la joven e insistió:

—¿Acaso no te estás dando cuenta de que mi padre no quiere nada contigo?

—*Mi-milady*. Yo... yo...

—¿Tú? ¿Tú qué? No entiendo cómo mi madre no te ha rebanado aún el pescuezo por tu descaró.

La tabernera miró con gesto de reproche a su hija. Sin haber visto lo que ocurría, podía imaginárselo.

—Si vuelves a ponerle tus gordos pechos a mi padre en el hombro —prosiguió Amanda—, aunque me manche las manos de sangre, te los corto, ¿te queda claro?

—*Milady*, ¡por Dios! —murmuró la tabernera horrorizada.

Por todos era sabido que los McRae eran unos feroces.

Y entonces Megan, que había visto las intenciones de su hija y la había seguido, se les acercó, tocó la espada de aquella para que la bajara e indicó:

—Tranquila, Amanda, antes se los corto yo.

Dicho eso, madre e hija salieron de la cocina con una sonrisa en los labios.

—Cuando Brodrick se entere de lo sucedido, deja que yo se lo explique, ¿de acuerdo, Amanda? —susurró Megan con tranquilidad.

Encogiéndose de hombros, la joven asintió, y acto seguido su madre preguntó divertida:

—¿Cómo se te ocurre ponerle la espada en el cuello?

—Era para intimidarla, mamá. Eso me lo enseñaste tú.

Ambas sonrieron y, tras chocar las manos con complicidad, se sentaron de nuevo a la mesa.

—¿Y esas sonrisitas? —preguntó Duncan.

Amanda y Megan se encogieron de hombros, y de pronto vieron a la hija de la tabernera salir llorando de la cocina y a su madre muy enfadada. Duncan miró de nuevo a sus amores e inquirió clavando los ojos en su hija:

—¿Se puede saber qué has hecho?

Ella masticó un pedazo de pan tranquilamente.

—Mi especialidad —repuso al cabo. Oír eso hizo sonreír a Megan, y más cuando su hija añadió—: Decir a cierta perra algo que no le ha gustado oír y ponerla en su sitio.

—Amanda, son Fraser... ¡Gente de Brodrick!

—Papá..., como si son Campbell o Gordon, ¡me da igual!

Duncan levantó las cejas.

—Es tan temeraria como tú —cuchicheó mirando a su mujer.

Megan asintió divertida.

—Y tan protectora como tú —repuso—. Y, por cierto, tu hija Amanda acaba de redoblar nuestra fama de sanguinarios entre los Fraser.

Poco después, cuando terminaron de comer, Duncan hablaba con Myles e Ewen, que regresaban a Eilean Donan con parte de los guerreros. Amanda y Megan, tras escuchar las muchas disculpas de la apurada tabernera, salieron del local. Hacía un bonito día y querían aprovechar las horas de sol.

Esperaban sentadas junto a sus caballos cuando se les acercaron dos niños cogidos de la mano. El mayor las observaba, no les quitaba ojo, y finalmente Amanda dijo mirándolo:

—Oye, pequeñajo, ¿sabes que veo preguntas en tu mirada?

Oír eso hizo que Megan sonriera y el crío parpadeara sorprendido.

—Vamos, dime, ¿qué deseas preguntar? —insistió la joven animándolo.

Sin soltar de la mano al chiquillo más pequeño, este susurró:

—Señoras, ¿me... me podríais ayudar?

Madre e hija, al ver que habían conectado con aquel, asintieron.

—¿Qué ocurre, muchachito? —preguntó Megan.

Este miró hacia los lados con ojos inquietos y luego indicó:

—Mi hermana, que no se encuentra bien. Y, como hombre de la casa, busco una solución.

Megan y Amanda se miraron. Que aquel chiquillo fuera el hombre de la casa les hizo saber que no tenía padre, y la primera preguntó:

—¿Dónde está tu hermana?

Rápidamente el niño señaló hacia la izquierda e, incorporándose, Amanda insistió:

—¿Qué le pasa a tu hermana?

—Se retuerce y llora de dolor, señora.

Madre e hija intercambiaron una mirada y, sin dudar, la segunda preguntó mientras veía como su madre sacaba de las alforjas de su caballo su talega de medicinas:

—¿Cómo te llamas?

—James, y él es mi hermano Donald —respondió el crío con cara de susto.

Amanda sonrió a los pequeños. Los niños eran su debilidad.

—Preciosos nombres.

—Gracias, señora.

—Ella es Megan, mi madre, y yo soy Amanda.

El niño asintió.

—Llévanos con tu hermana —pidió Megan a continuación.

Una vez que se levantaron, esta última, intercambiando una mirada con varios guerreros de su marido, les hizo entender que debían seguirlos y avisar a Duncan, cosa que estos hicieron.

Sin perder a los muchachos de vista, fueron tras ellos hasta una humilde casita de la que salían unos alaridos de

dolor.

—Es aquí —declaró el niño.

Amanda y Megan entraron de inmediato y se encontraron con una mujer que atendía a una niña de unos doce años que, postrada en la cama, se retorció de dolor.

—*Miladies...* —dijo la mujer al ver a las recién llegadas—. ¿Qué deseáis?

—Mamá, las he traído yo.

Atónita, la mujer miró al crío y lo regañó:

—James, pero ¿para qué las traes?

Megan, que observaba a la joven que se retorció de dolor, se acercó a la mujer.

—James está preocupado por su hermana y nos ha pedido ayuda —aclaró—. No lo regañes.

—Pero, *milady*, no tengo con qué pagaros vuestra ayuda y...

—No tienes que pagar nada. ¿Cómo te llamas?

—Adele, *milady*.

—Muy bien, Adele. No perdamos tiempo y dime qué le pasa a tu hija.

Rápidamente la mujer miró a la cría e indicó:

—Lleva días con una dolencia en la boca. Es una muela. La llevé al doctor Owen y empezó a sacársela, pero cuando supo que no tenía bastante dinero para pagarle, se negó a terminar el trabajo.

—Será sinvergüenza —gruñó Amanda, que enseguida preguntó—: ¿Esto lo has hablado con tu señor?

La mujer negó con la cabeza con cierto pudor.

—El señor Fraser no está para estas cosas.

Amanda y su madre se miraron. En Eilean Donan, ellos estaban para cuidar y proteger a su gente.

—¿Cómo que no está para estas cosas? —repitió Amanda sorprendida.

Apurada, la mujer no contestó, y la joven preguntó acto seguido dirigiéndose al pequeño James:

—¿Ese doctor es del pueblo?

—Sí. Owen está al lado del herrero.

—Pues le haré una visita antes de partir —apostilló ella.

Megan asintió. Por desgracia, había muchos casos como ese con cierto tipo de médicos.

—¿Cuántos días lleva así? —se interesó.

—Ocho.

Ella la miró horrorizada, pues sabía que el padecer de la cría era intenso.

—¿Cómo se llama tu hija? —preguntó Amanda.

—Genoveva.

Megan miró a Amanda y ambas se entendieron sin necesidad de hablarse.

—James, espera fuera con Donald —pidió entonces esta última.

Segundos después, dentro de la cabaña ya solo quedaban las mujeres, y Megan se acercó a la jovencita.

—Hola, Genoveva, me llamo Megan y ella es mi hija Amanda, y entre las dos, junto a tu madre, vamos a ayudarte, preciosa. ¿Puedes abrir la boca para que vea lo que te pasa?

La niña asintió con la mano en la mejilla a causa del intenso dolor. Abrió la boca para que Megan pudiera mirar y, cuando la cerró, balbuceó sollozando:

—Me duele... Me duele mucho, *milady*.

Apenada, Megan asintió. La chiquilla tenía la muela despegada de la encía, a medio camino de salir, e, intentando sonreír, dijo mientras pasaba con cariño la mano por el cabello de la pequeña:

—Tranquila. Vamos a intentar que el dolor cese.

Dicho esto, se dio la vuelta y, mirando a su madre, indicó:

—Hay que terminar de sacarle esa muela, que, dicho sea de paso, tiene una pinta horrorosa. Necesitaré agua para cocer unas hierbas. Eso la dormirá para que yo pueda acabar la faena que ese sinvergüenza dejó sin terminar.

Rápidamente la mujer puso un caldero con agua al fuego y Megan, acercándose a Amanda, cuchicheó al ver su gesto de preocupación:

—Espero que haber estado con la muela así durante ocho días no le haya causado una grave infección. Ni te imaginas lo mal que tiene esa niña la boca y el dolor tan intenso que debe de sentir...

Sin tiempo que perder, las tres se pusieron manos a la obra y, tras conseguir que Genoveva se tomara el brebaje que Megan había preparado para que se quedara dormida, esta última sacó unas herramientas de hierro de su talega.

—Adele y Amanda, necesito que la sentéis en la silla —pidió—. Que una la sujete erguida y otra le abra la boca para que yo pueda proceder.

Ellas obedecieron de inmediato y, tras encajar las herramientas de hierro para su función, Megan se acercó hasta ellas. En ese instante, sin embargo, la puerta de la cabaña se abrió de par en par y apareció Duncan.

El guerrero, al ver aquella escena, enseguida preguntó con seriedad:

—¿Qué ocurre?

Sin tiempo que perder, y a pesar de la cara de susto de Adele al reconocer a aquel hombre por los colores de su tartán, Megan se lo explicó a su marido, y este, entendiendo la situación, ofreció:

—¿Necesitáis ayuda?

—No, papá —contestó Amanda—. Podemos nosotras.

Duncan asintió y, al mirarlas, dijo haciéndose cargo del imprevisto:

—Esperaré fuera, entonces.

Una vez que él se marchó y cerró la puerta, Adele preguntó con un hilo de voz:

—¿Sois... sois la mujer y la hija del Halcón? ¿Sois McRae?

—Tranquila, no pensamos matarte —se mofó Amanda.

Divertida al oír eso, Megan miró a la mujer y abrió la boca de la niña.

—Estamos aquí para ayudarte —declaró—, somos amigos de tu señor, el conde Fraser. Por tanto, déjate de miedos y sujétala bien mientras yo extraigo la muela.

Y, con determinación y fuerza, se apresuró a hacerlo. La sangre comenzó a manar de la boca de la niña, que estaba adormilada, y Amanda, con rapidez, asistió a su madre. Si algo había hecho Megan era enseñarles a sus dos hijas todo lo que ella sabía, y la medicina era una de esas cosas que sabía que en el futuro alguna podría necesitar.

Poco a poco fue saliendo menos sangre, y Amanda, viendo que aquello estaba solucionado, dijo:

—Mamá, he de ir a un sitio.

Megan la miró, sabía adónde iba.

—Dale un buen escarmiento —pidió—. Y sal por la ventana de atrás para que tu padre no te vea. Cuando termine aquí, iremos a buscarte.

Amanda se marchó mientras Megan metía en la boca de la niña un paño untado con una pasta para ponerlo en el agujero que había dejado la muela.

—Escucha bien, Adele —empezó a decir—. Diariamente debes untar al menos tres veces el hueco de la muela de Genoveva con este ungüento durante los próximos siete días. Y darle varias veces una infusión de corteza de sauce, ¿lo has entendido?

La mujer asintió y murmuró:

—He de deciros que la fama que tenéis de...

—Somos buena gente —la cortó Megan—. Pero si alguien nos hace daño, nos limitamos a defendernos.

Adele asintió y ella continuó explicando:

—Esta corteza de sauce que te dejo le aliviará el dolor. Y el ungüento ayudará a la cicatrización. Eso sí, cuando despierte, seguramente estará dolorida, pero ya verás como el dolor no tendrá nada que ver con el que sentía antes.

Emocionada y agradecida, Adele se echó a llorar, y, viendo como aquella se lavaba las manos para limpiarse la sangre, musitó:

—Gracias, *milady*. Nunca tendré vida suficiente para agradeceros lo que vos y vuestra hija habéis hecho por mi niña.

—Tengo dos hijas —susurró Megan conmovida—, y sé que el dolor que siente un hijo es algo insoportable para una madre. Por tanto, no has de agradecerme nada. Como madre, solo espero que, si mis hijas pasan por un mal momento, alguien haga algo por ellas.

En ese instante, la puerta de la cabaña se abrió de nuevo y aparecieron James, con gesto preocupado, y su hermano pequeño, que aún iba cogido de su mano.

—El verdadero héroe aquí es James —dijo Megan sonriendo—. Él ha sido quien, con valentía y determinación, ha buscado la solución como el hombre de la casa.

Cuando los niños entraron, Adele los abrazó. Los amaba por encima de todo.

Y, cuando esta intentó darle un poco de queso y pan a Megan, ella se negó. Lo que habían hecho había sido de corazón. No tenía por qué pagarle nada.

Una vez que se despidió de aquellos y salió de la cabaña, Duncan, que estaba esperando sentado, miró a su mujer y preguntó:

—¿Y Amanda?

Sin dudarle, ella respondió mientras caminaba:

—Ha ido a hacerle una visita al médico que dejó así a la niña.

Sin dar crédito, Duncan maldijo y preguntó mirando a su mujer:

—¿Y por qué se mete ella en esto?

—Porque, al parecer, Brodrick Fraser no está para estas cosas.

Sorprendido, Duncan la miró. Si algo había cuidado siempre Magnus era a su gente.

—¿Dónde está Amanda? —preguntó tomando aire.

No hizo falta responder. El jaleo que se oyó al final de la calle les indicó que allí ocurría algo.

—Creo que ahí —cuchicheó Ewen.

Amanda, que había ido en busca de aquel mal doctor, tras sacarlo de su consulta a empujones y darle un par de puñetazos que aquel no supo esquivar, lo tenía acorralado delante de ella.

—Eres un maldito gusano —siseó—. ¿Cómo has podido hacerle eso a una niña?

—¡No tenían dinero! —gritó el médico asustado por aquel ataque, que no esperaba—. ¿Por qué malgastar mi tiempo?

—Afortunado el hombre que tiene tiempo para ayudar —masculló Amanda.

Temeroso y enfadado a partes iguales, el hombre siseó entonces:

—El conde Fraser se enterará de esto.

—Uiss..., ¡qué miedo! —se mofó ella.

—Le contaré cómo me habéis golpeado y vejado ante todos.

Oír eso hizo que Amanda asintiera y, tras agarrarlo y asestarle un nuevo puñetazo tal como le había enseñado su tío Niall, hizo que aquel chillara de dolor y declaró:

—Por favor, Owen. Cuéntale esto también. No te dejes ni un solo detalle.

Entonces el hombre se retorció furioso, eso hizo que Amanda cayera hacia un lado y, al levantarse, se encontró con que aquel mequetrefe la apuntaba con una espada. La joven lo observó. A aquel le temblaba el pulso, sudaba y

tenía mal cogida la espada. Estaba claro que defenderse no era su fuerte.

—Suéltala si no quieres salir malparado —ordenó.

El hombre lanzó un par de mandobles con la espada que Amanda evitó, y, mientras veía a sus padres y a sus tíos llegar con gesto bravío, repitió:

—Te he dicho que la sueltes, Owen.

De nuevo aquel no hizo caso, por lo que ella, levantando una pierna, le dio en el pecho y rápidamente el hombre cayó hacia atrás, perdiendo la espada. Acobardado por el arrojo que veía en aquella joven, y al ver que todos los que lo rodeaban lo increpaban a él y animaban a la muchacha, iba a hablar cuando esta, poniendo la punta de su espada en su garganta, le advirtió:

—Cuando hables con tu señor, el conde Fraser, que no se te olvide decirle que me llamo Amanda McRae. Y, dicho esto, si vuelvo a enterarme de que dejas a medio atender a otro paciente, te juro por todos los dioses que, sin importarme que seas un Fraser, vendré, te buscaré y te mataré. ¿Te queda claro, Owen Fraser?

Horrorizado y tembloroso frente a las gentes del pueblo, que se reían de él, el médico asintió, y Amanda, retirando la espada de su garganta, añadió:

—Regresa a tu consulta y atiende como el médico que deberías ser y no como el gusano podrido en el que te has convertido. —Y, viendo la mirada de su madre y entendiéndola, añadió—: Y, mira, te voy a decir algo que mi padre, el hombre más inteligente que conozco, suele decir. Y es que uses tu tiempo con sabiduría, porque eso hará ver al resto y en especial a ti mismo quién eres.

Una vez que el lío se acabó y la gente se disipó, un hombre maduro de la edad de su padre y de pelo canoso que estaba apoyado en la pared de la herrería se adelantó.

—Tranquila, *milady* —dijo—. Dudo que el conde Fraser lo escuche. Pero gracias por vuestra implicación.

Oír eso hizo que Amanda lo mirara y se acercara a él.

—¿Y tú eres...?

—Calum Buchanan, señora.

Amanda le sonrió con cariño e indicó tendiéndole la mano:

—Calum, soy Amanda McRae, encantada de conocerte.

Sorprendido por aquello, el hombre rápidamente se limpió las manos en su sucio mandil y estrechó la mano de aquella.

—¿Por qué has dicho que dudas que el conde lo escuche?
—la oyó preguntar a continuación.

El hombre, tras mirar más allá y ver que los McRae lo observaban, respondió sin miedo:

—Porque es la verdad. Desde que murió el laird Magnus Fraser, nadie se preocupa por nosotros. El nuevo conde se cree que con arreglar nuestros hogares o mejorar las instalaciones de los puestos de trabajo está todo solucionado, pero no. Aquí necesitamos un laird justo y con poder que vele por nuestros intereses, que, al fin y al cabo, son también los suyos.

Oír de nuevo aquello sobre Brodrick Fraser sorprendió a Amanda, y, tras pedirles a sus padres unos segundos con la mirada, preguntó:

—¿Me estás diciendo que el conde Fraser no se ocupa de vosotros?

—Sí, *milady*, así es. Y aunque sé que esto posiblemente llegue a sus oídos y me traerá problemas, me da igual, porque los problemas ya están aquí. Tenemos un mal médico que apenas nos atiende. Vienen gentes de otros clanes a incomodarnos y a saquearnos. A mí mismo, unos guerreros del clan Burnett y otros del clan Lannister me encargaron unas piezas para sus caballos y, en cuanto las recogieron, no me las pagaron. Yo no puedo pelearme con cien hombres. Soy uno solo. Y he de pensar en mi hija Margot. Por eso, estoy sopesando cerrar la herrería y marcharme de aquí.

Sorprendida por aquello que oía, Amanda preguntó:

—¿Cuántas herrerías hay por esta zona?

—Solo la mía, *milady*. Mientras el laird Magnus Fraser vivía, la gente de otros clanes valoraba y respetaba mi trabajo. Pero cuando murió todo cambió. Si trabajo y no me pagan, no puedo comprar más material para seguir trabajando.

Ella asintió. Sin duda, Brodrick tendría que resolver aquel problema.

—Calum, veré cómo puedo ayudarte —dijo mirando al hombre.

—No os corresponde a vos.

La joven asintió. En eso tenía razón. Ella era una McRae, no una Fraser, aquel problema era algo que a ella no le incumbía.

—Lo sé; pero no soporto las injusticias —indicó aun así.

Sorprendido, el hombre asintió y ella susurró con una sonrisa:

—Y ahora, Calum, si me disculpas, he de regresar con mi familia.

Dando media vuelta, Amanda se guardó la espada en su cinturón mientras se acercaba a sus padres y a sus tíos. Estaba claro que, por el gesto de todos, a excepción del de su madre, tenían algo que decir.

—Tema zanjado —exclamó sonriendo—. ¡Ya podemos irnos!

Acto seguido, sin mirar hacia atrás para que su padre no le dijera nada, se encaminó hacia su caballo.

—Estoy por matarla... —gruñó Duncan.

—Anda ya, Halcón... —replicó Megan—, ¡pero si en el fondo estás encantado!

Acto seguido corrió hacia Amanda y, cuando ambas se cogieron del brazo y comenzaron a cuchichear y a reír, el guerrero sonrió y se volvió hacia Ewen y Myles.

—Ahorraos vuestros comentarios... —pidió—, y no olvidéis comprar lo que acordamos en Fort Augustus. Ya nos veremos cuando regresemos a Eilean Donan. Tened buen viaje.

Capítulo 8

—Mi señor, los McRae ya están aquí.

Brodrick, que charlaba en el salón con Derek y sus amigos, se volvió al oír eso y contestó mirando al hombre que estaba en la puerta:

—Gracias, Logan.

Tener aquella visita en aquel momento no era algo que el conde hubiera planeado, pero había recibido su misiva y la había aceptado. Al fin y al cabo, era Duncan McRae, alguien que era considerado familia, y aquel y los suyos siempre tenían las puertas de su hogar abiertas.

Derek, Wallace y Nigel, que estaban con él, se levantaron. A excepción de Derek, los otros no conocían al afamado Halcón y sentían curiosidad.

Los cuatro se dirigieron hacia la puerta del castillo y, al abrirla, vieron como toda una comitiva equipada con antorchas se acercaba a ellos.

—Intimidante gesto del Halcón —musitó Nigel.

Derek y Brodrick asintieron. Duncan, por su gesto serio y su fama, siempre intimidaba, pero, consciente de cómo era aquel, Derek comentó:

—Intimidante es, pero es aún mejor persona.

—Pues siempre he oído hablar barbaridades de él y de su clan en las Lowlands —apostilló Wallace.

—Si hay alguien justo y respetuoso, ese es Duncan —aseguró Brodrick mientras observaba como se acercaba la comitiva—. Eso sí, no le hagas algo a él o a su gente o te encontrarás con el Halcón...

—¿Quién es la mujer que lo acompaña? —preguntó Nigel.

—Es lady Megan, su esposa —indicó Brodrick.

—Mmm..., pues, por lo que veo, es una preciosa mujer —afirmó Nigel.

—Lo es, pero evita esos comentarios si no quieres tener problemas —advirtió Derek.

Cuando la comitiva llegó a la puerta, Brodrick sonrió al ver la media sonrisa de Duncan, y, bajando los escalones para acercarse a su amigo, que desmontaba de su impresionante caballo oscuro, saludó:

—Qué alegría teneros aquí. Aunque os esperaba hace rato.

—Surgió un imprevisto que luego te contaré —respondió Duncan mientras volvía la cabeza para buscar a su hija, que aún no había llegado.

Brodrick y él se fundieron en un sincero abrazo, y al cabo Duncan comentó:

—Habría venido antes, pero partiste hacia Dumfries. —El conde asintió y él añadió—: Lamento mucho lo sucedido con tu esposa.

—Gracias, Duncan.

Tras un nuevo abrazo sentido, Brodrick notó la presencia de alguien a su lado y, al mirar, saludó:

—Lady Megan, qué alegría teneros aquí.

—El placer es mío, conde Fraser. Y, por supuesto, siento lo ocurrido.

Esta vez, sin abrazarla, él asintió e indicó besándole con respeto la mano:

—Gracias, *milady*.

—De nada, conde Fraser.

—Por favor —informó aquel mirándola—, con «Brodrick» es suficiente. Somos familia.

Megan cabeceó y, sintiendo la mirada de su marido, repuso:

—Me parece perfecto, siempre y cuando, como os dije cuando nos visitasteis en Eilean Donan, vos me llaméis simplemente Megan.

Ambos sonrieron y de pronto oyeron que alguien decía a sus espaldas:

—Curiosa apreciación.

Al volverse para comprobar quién había hablado, Brodrick se dio cuenta de que allí estaba Amanda. Seguía montada en su caballo, con una capa oscura con la capucha puesta y, como siempre, lo miraba con sus impresionantes y vivarachos ojos verdes.

Sin saber por qué, el corazón le dio un vuelco al verla. Con todo lo que le había pasado en los últimos meses, había evitado pensar en ella tras conocerla el verano anterior. Estaba intentando no parecer turbado ante su presencia cuando ella se bajó del caballo de un salto y, acercándose, dijo:

—Como han dicho mis padres, lamento lo sucedido.

—Gracias por tus palabras, Amanda —contestó cogiéndole la mano para besarla.

Que recordara su nombre a ella le gustó.

—No conocí mucho a tu mujer —empezó a decir—, pero...

—Mejor que no la conocieras —la cortó Brodrick.

Ella levantó las cejas sorprendida por su comentario y, al ver la seriedad que se le había instalado en el rostro, dijo señalando a sus padres para desviar el tema:

—Felicítalos..., ¡que van a ser abuelos!

Ahora el que levantó la ceja fue Brodrick, y Amanda, al entender su gesto, aclaró:

—¡Por san Fergus! Mío no..., de mi hermana Johanna.

Rápidamente el gesto del conde cambió y, con una sonrisa, felicitó a los sonrientes abuelos. En ese mismo instante, vio con el rabillo del ojo que se acercaban sus hombres y, entendiendo sus miradas, declaró:

—Amanda, te presento a Wallace Stewart, Nigel Murray y Derek Fraser. Amigos, ella es lady Amanda McRae, hija de Duncan y Megan.

Los tres la miraron con sonrisas bobaliconas. Aquella joven era muy bonita.

—Encantada de conoceros —saludó ella sonriendo.

—El placer es nuestro, lady Amanda —afirmó Wallace.

Gustosa, ella observó como Brodrick presentaba a sus amigos a sus padres, y mientras aquellos se saludaban, al coincidir con la mirada del conde, comentó:

—Has de saber que hemos parado en uno de tus pueblos a tomar un riquísimo estofado y allí he tenido un par de percances.

Oír eso hizo que Brodrick parpadeara sorprendido, pero Amanda, quitándole importancia, musitó:

—A una he estado a punto de cortarle los pechos por ser una descarada con mi padre, y a otro he tenido que darle una paliza por ser un gusano inmundo que solo piensa en el

dinero y no atiende a sus pacientes. Te lo digo por si alguien te lo cuenta y deseas preguntar.

Asombrado por aquello, el guerrero miraba a la joven cuando *Dalmore* le dio un cabezazo en la espalda que lo tiró prácticamente sobre Amanda.

—Brodrick —dijo ella riendo—, te presento a *Dalmore*, mi precioso e inteligente caballo.

Sorprendido por lo que acababa de oír pero divertido porque le presentara al caballo como si fuera una persona, él acarició la cabeza del animal y, mirándolo a los ojos, murmuró:

—Bienvenido a mi hogar, *Dalmore*. Pareces un caballo tranquilo.

Duncan se acercó a ellos al oírlo.

—Solo te diré que es como mi hija: ¡intratable! —se mofó.

—Papááááá.

Eso provocó que todos rieran, y al cabo la joven preguntó:

—¿Dónde están Peyton y Ossian?

—Peyton está con su niñera y Ossian en Dumfries, con mi madre. Pronto estará aquí.

Con una sonrisa, la joven asintió, y luego el conde comentó con caballerosidad:

—Seguro que venís hambrientos.

—La verdad es que un poco bastante —afirmó Amanda, a la que el corazón se le había acelerado ante la presencia de aquel.

A Brodrick le hizo gracia la apreciación, por lo que indicó:

—Por favor, pasad. Estáis en vuestra casa.

Sin dilación, tras ordenar a sus hombres que acamparan en las inmediaciones del castillo, Duncan entró con su mujer y su hija en la fortaleza de Roy Trust.

Capítulo 9

Joshua y Emilia, que conocían a Duncan y a Megan de las veces que estos habían ido a la fortaleza para visitar a Magnus, rápidamente los saludaron con cariño. Y, como era de esperar, quedaron maravillados al conocer a Amanda. Qué hija tan preciosa y simpática tenían.

Y, sin dilación, Emilia se dispuso a mostrarles dónde estaban sus habitaciones. Tras el viaje, y antes de la cena, con seguridad querrían refrescarse.

—Bonita muchacha la hija del Halcón —oyó Brodrick que decía Nigel cuando se quedaron solos.

—Sin duda lo es, pero para vosotros es «lady Amanda», no «muchacha» —matizó.

—¿Sabes si está comprometida con alguien? —preguntó Wallace.

Sin saber por qué, oír eso lo incomodó.

—Ni lo sé ni me importa —replicó mirando a su amigo.

Los hombres sonrieron ante su comentario, y Wallace insistió:

—Pues habrá que preguntárselo al padre.

—O a la madre. —Derek sonrió.

—Haréis bien —apostilló Brodrick.

—Parece una fina y delicada flor —murmuró Wallace.

—Y tiene unos ojos y una sonrisa impresionantes, por no hablar de su bonita figura —insistió Nigel.

Oír eso hizo que Brodrick los mirara. Amanda era una preciosa flor, pero no delicada, aunque eso era algo que a ellos no les incumbía.

—Solo os voy a decir una cosa —señaló—. No quiero problemas con Duncan.

Nigel, al que le encantaban las mujeres, asintió y luego cuchicheó con una sonrisa:

—Tranquilo, amigo, Duncan ni se enterará.

Wallace y Nigel prosiguieron hablando de Amanda mientras él los escuchaba. Estaba claro que los había impresionado en apenas pocos minutos.

—Es una McRae..., ¿será una sanguinaria? —se mofó Derek.

Oír eso hizo que Brodrick sonriera; aún recordaba como la había visto partirle la nariz a un muchacho que no la dejaba en paz.

—Siendo hija de quien es, posiblemente —indicó.

Los cuatro hombres rieron por aquello y luego Nigel afirmó mirando a Wallace:

—Será interesante conocerla, ¿no crees, amigo?

—Y peligroso —aseguró Wallace sonriendo.

De nuevo, eso molestó a Brodrick, pero, encogiéndose de hombros, se acercó a la mesa donde estaban las bebidas.

—¿Alguno quiere tomar algo? —dijo.

* * *

En la parte superior del castillo, Emilia dejó a Duncan y a Megan en su habitación, y acompañó a Amanda a la que ella ocuparía; al entrar dijo señalando a la joven que allí había:

—Lady Amanda, os presento a Nela.

Las dos jóvenes se miraron, parecían de la misma edad.

—Encantada de conocerte, Nela —saludó Amanda.

—Lo mismo digo, *milady*.

Emilia, contenta por aquel saludo tan afectuoso entre ellas, se apresuró a decir:

—Cualquier cosa que necesitéis, *milady*, podéis pedírsela a Nela o a mí sin ningún problema. —Y, mirando a la joven, añadió—: Nela, ahora baja a la cocina. Te necesitan allí.

Una vez que la joven se marchó, Emilia se dirigió hacia una ventana.

—Esta era la habitación de Brodrick cuando era pequeño —comentó.

Amanda asintió. La estancia era enorme y en ella había una camita relativamente pequeña. Nada que ver con la suya, que era bastante espaciosa y mullida. Pero, sin querer quejarse por algo que no debía, preguntó curiosa:

—¿No la ocupan los hijos de Brodrick?

—No.

—¿Por qué? Seguro que les encantaría saber que esta fue la habitación de su padre cuando era pequeño.

—Cosas de la Innombrable —cuchicheó Emilia.

—¿Y quién es «la Innombrable»? —quiso saber Amanda.

—La que fue esposa de Brodrick —afirmó la mujer con sequedad.

Acto seguido guardaron silencio. Saber eso era un buen dato, pensó Amanda, pero, obviándolo para no parecer una entrometida, preguntó:

—¿Y la habitación de los niños dónde está?

—¿Conocéis a Peyton y a Ossian?

—Solo a Peyton, que, por cierto, es una niña preciosa.

Sorprendida por aquel dato que Emilia ignoraba, descorrió las cortinas y musitó, sintiendo un mareo que la hizo dar un traspié:

—¿Cuándo la conocisteis?

—En la fiesta que mis padres dieron en Eilean Donan el verano pasado... ¿Qué te sucede, Emilia?

La aludida rápidamente se recompuso.

—Oh, no es nada, *milady* —respondió.

Pero Amanda negó con la cabeza e insistió:

—Eso de que no te pasa nada no me lo creo. Dime ahora mismo qué te ocurre o tendré que preguntárselo a Brodrick.

Con gesto de pesar, aquella asintió y, bajando la voz, indicó:

—Estuve enferma hace unos meses y sigo un poco floja. Pero estoy bien. No quiero asustar ni a mi marido ni al conde, que son muy pesados. —Aunque no muy convencida, Amanda afirmó con la cabeza y la mujer, para desviar el tema, prosiguió—: Y hablando de lo que comentábamos..., a la vuelta de esa fiesta fue el comienzo del gran desastre.

Amanda, al oírla, quiso preguntar. ¿Por qué decía aquello? Y, sobre todo, ¿de qué había enfermado?

—Los niños duermen en el piso superior, junto a Flora, su *simpática* cuidadora —continuó Emilia—. La mujer que la

Innombrable trajo de Dumfries, pues al parecer las mujeres de las Highlands no tenemos categoría suficiente para cuidar de sus hijos.

El tonito de la mujer para referirse a Flora y a la condesa le indicó a la joven que las cosas por allí no habían sido ni eran buenas, pero intentando ser discreta preguntó:

—¿Por qué duermen los niños en el piso superior, si su padre duerme en este?

—Porque la madre de los niños así lo quiso. Según ella, eran una incomodidad con sus desvelos y sus lloros, y cuanto menos molestaran, mejor. De hecho, ella dormía en la primera habitación de la derecha. La que tiene la puerta cerrada a cal y canto.

Amanda asintió. ¿Brodrick y su mujer no compartían dormitorio? Eso la sorprendió. Sin embargo, si continuaba preguntando iba a parecer una curiosa maleducada, y calló. Era lo mejor.

—¿Necesitáis algo más, lady Amanda?

Según oyó eso, observó fijamente a la mujer de bonita mirada.

—Sí —indicó.

—¿Qué necesitáis?

—Que me tutees y solo me llames Amanda.

Emilia sonrió. Si la muchacha ya le había caído bien, oír eso hizo que le cayera aún mejor.

—Será un placer, Amanda —cuchicheó.

Capítulo 10

Minutos después, cuando la joven entró en el salón principal del castillo, se encontró con sus padres, el conde y los amigos de este. Rápidamente todos la miraron y ella, sonriendo, exclamó:

—¡Ya estoy aquí!

Encantados, Derek, Wallace y Nigel se dirigieron a toda prisa hacia ella, cosa que a Duncan no se le pasó por alto, pero no dijo nada. Aquello era lo normal. Con cariño y tristeza, alzó la mirada hacia el retrato de su buen amigo Magnus y, acercándose a él con su copa en la mano, murmuró:

—Amigo..., es la primera vez que vengo a tu hogar y tú no estás.

Acto seguido levantó la copa y brindó por él. En silencio, y sumido en sus propios pensamientos, se comunicó con el hombre que le sonreía desde el cuadro.

—Lo sé..., es una locura —cuchicheó divertido—. Pero ¿cuántas veces hablamos de esa locura?

Magnus y él habían hablado en varias ocasiones de la posibilidad de que sus hijos se enamoraran. Estaba pensando en aquello cuando Brodrick, acercándose a él, preguntó:

—¿Hablas con un retrato?

—En todo caso, hablo con tu padre —lo corrigió Duncan.

En silencio, los dos contemplaron el cuadro de Magnus, y al poco Duncan añadió:

—Tu padre fue un buen amigo para mí.

—No era perfecto. Pero fue un buen padre, aunque un mal marido.

Duncan iba a discrepar sobre aquello, pues la madre de Brodrick nunca fue santo de su devoción, pero, evitando mencionarla, repuso:

—Ahora, muchacho, el nuevo laird y conde de Aviemore eres tú. Y espero que el día de mañana tu gente hable maravillas de ti como las que habla de tu padre.

—Dejó el listón muy alto. Demasiado.

Sonriendo, los dos hombres se miraron, hasta que Megan se acercó a ellos.

—Vamos. Hemos de ir a la mesa —dijo.

Una vez que se sentaron alrededor de la mesa, el buen humor de todos quedó patente, y más cuando los sirvientes comenzaron a deleitarlos con exquisitos y elaborados platos.

Amanda, que era de buen comer, sonreía mientras masticaba y escuchaba a su padre y a Brodrick mientras relataban cómo la vieron romperle la nariz a Norman Sheridan, y, riendo, los cortó.

—A ver. En mi defensa tengo que decir que era muy pesado y que, antes de actuar, lo advertí. Pero él decidió ignorarme.

Wallace, que estaba maravillado con el desparpajo de la joven, la miró y preguntó manteniendo la compostura:

—¿Cuál fue vuestra advertencia?

Amanda miró a su madre, ambas sonrieron, y luego respondió:

—Le dije algo así como: «Vuelve a rozarme sin mi consentimiento, maldito gusano, y tomaré medidas que no te gustarán». —Los guerreros la observaban boquiabiertos, y ella finalizó—: Y, como lo hizo, no me quedó más remedio que darle un golpe, que, ¡oh!, le rompió la nariz.

Wallace, Nigel y Derek se miraban sin dar crédito cuando Brodrick terció divertido:

—¡De ahí vuestra fama de sanguinarios!

Duncan y Amanda rieron, y Megan afirmó:

—Varios años me ha costado enseñarles a mis hijas a dar ese toquecito especial en la nariz... ¿Y sabéis qué os digo? Mala suerte para el muchacho. Seguro que en un futuro procurará tener las orejas bien abiertas para escuchar.

—En esas enseñanzas digo yo que algo habré tenido que ver también... —repuso Duncan.

—No seas celoso, papito. Todo lo que sé os lo debo a los dos.

—*¿Papito?!* —Brodrick rio al oírla, tocándose el lóbulo de la oreja.

Duncan miró divertido a su hija. Le había dicho cientos de veces que no lo llamara así delante de la gente, pero tomó aire para contestar.

—Desde pequeñas, y gracias al carácter indomable de su madre —dijo sonriendo a su mujer—, cuando Johanna y Amanda hacen algo que he de perdonarles o quieren conseguir alguna cosa me llaman así. Digamos que es un juego entre nosotros.

Ese comentario los hizo reír a todos, y al cabo Nigel comentó:

—No solo habéis heredado los ojos de vuestro padre y el cabello de vuestra madre, sino también el espíritu aventurero e indomable de ambos.

Amanda asintió divertida al tiempo que Brodrick murmuraba:

—Sin duda eres una herencia salvaje.

Esas palabras, dichas en aquel momento y de aquella forma, hicieron que a la joven se le erizara el vello de todo el cuerpo. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué la impresionaba haber oído eso? Intentando que nadie notara su turbación, sonrió.

—Puedes llamarme «lady Herencia Salvaje» —se mofó.

Eso provocó que todos rieran. Amanda era ocurrente, mucho. Y Megan, al ver como su hija y aquel guerrero se miraban de aquella manera tan especial, se sorprendió. Rápidamente, y con disimulo, miró a su marido, y al descubrir su sonrisa parpadeó. ¿Podría Duncan tener razón?

—Recuerdo que, en aquella fiesta —prosiguió Brodrick viendo sonreír a Amanda—, Myles se acercó a tu padre para informarlo de que el tal Sheridan estaba muy pesadito contigo. Yo me ofrecí para ir a poner orden, pero entonces Duncan soltó, y cito textualmente: «Tranquilo, que el orden ya lo pondrá ella...».

Amanda miró divertida a su padre, que, sin dudarlo, señaló:

—Te conozco. Vi tu mirada y cómo alzabas la barbilla y supe que le darías un escarmiento. Que, por cierto, ¡se lo merecía!

Padre e hija chocaron las manos con complicidad.

—Quien la hace, aun siendo avisado, ¡la paga! —exclamó Megan.

—Y tanto —afirmó Amanda chocando en esta ocasión la mano con la de su madre.

Brodrick disfrutaba observándolos. Estaba claro que la conexión y la complicidad que había entre Duncan y Megan se había extendido a sus hijas.

—¿Te ha vuelto a molestar el tal Sheridan? —preguntó sin poder evitarlo.

—No se ha vuelto a acercar a mí, ni a Eilean Donan.

Oír eso hizo que todos prorrumpieran en carcajadas, y Brodrick, recordando algo, señaló:

—Por cierto, cuando habéis llegado me has contado que habías tenido un par de percances con mi gente. ¿Qué ha ocurrido realmente?

Duncan miró a su hija pidiéndole prudencia. Megan sonrió, y Amanda respondió:

—Hemos parado en una taberna para degustar un exquisito guiso y la hija de la tabernera, una tal Clementina, que para mi gusto es una...

—Eso te lo puedes ahorrar, mi vida —la cortó su padre.

Amanda, tras ver que su madre le indicaba que hiciera caso, prosiguió:

—Pues eso. Que he tenido que tomar cartas en el asunto y decirle cuatro cositas.

—Vaya... —Nigel sonrió divertido.

—Y después mamá y yo, al ser reclamadas por un niño llamado James, que, por cierto, era encantador, hemos ido a su casa para atender a su hermana.

—¿Para atenderla? —inquirió Brodrick.

La joven asintió.

—Al parecer, Owen, el médico, comenzó a extraerle una muela, pero al saber que su madre no tenía suficiente dinero para pagarle, no tuvo ningún escrúpulo en dejársela a medio sacar.

—¡Por san Ninian! —murmuró Derek conmovido.

—Y bueno —continuó la joven—, al acabar de atenderla, he decidido hacerle una visita para decirle cuatro cositas a ese gusano, que seguro vendrá y te lo contará. Y quiero que sepas, Brodrick, antes de que te lo expliquen, que no me arrepiento ni de lo que le he dicho a esa sinvergüenza de la taberna ni de lo que le he hecho a ese gusano. Es más, ahora que lo pienso, creo que me he quedado corta con ambos.

—Amanda —le reprochó su padre.

Los hombres, ante la sinceridad de aquella, se miraban sin dar crédito, y la joven, ignorando el gesto de su padre, miró al conde.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Tienes aprecio por tu gente?

—Por supuesto.

—¿Y por qué se sienten desatendidos por ti?

Oír eso tan directo hizo que Brodrick se sintiera incómodo.

—Eso... ¿Por qué? —terció Wallace.

El conde, viendo que todos lo miraban, bebió de su copa y, después de tragar, dijo:

—Los ayudo en todo cuanto puedo, simplemente no me implico en sus vidas.

—¿Por qué no te implicas, si es tu gente?

—Amanda... —susurró su madre.

—Mamá, si lo pregunto es porque nosotros nos implicamos con nuestra gente, y me gustaría saber por qué Brodrick no lo hace.

Acalorado, y consciente de que aquello que escuchaba era incómodo, el aludido se limitó a responder:

—Los motivos de cómo procedo con mi gente son algo mío, no creo que deba darte ninguna explicación.

De inmediato, en la mesa se hizo un silencio incómodo. La respuesta de Brodrick, unida a su tono de voz, daba a entender que estaba molesto. Y cuando Amanda se disponía a preguntar otra vez, de pronto una mujer entró en el salón y, tras hacer una reverencia, se acercó a Brodrick y comentó:

—Señor conde, la señorita Peyton ya está dormida.

Él asintió y, después de mirar a aquella, indicó dirigiéndose a Duncan y a su familia:

—Ella es Flora, la niñera de mis hijos. Flora, ellos son el laird Duncan McRae, su esposa, lady Megan, y su hija, lady Amanda.

—Encantada de conoceros, señores McRae —saludó aquella con una reverencia.

Brodrick, al que las preguntas de Amanda le habían escocido, miró a la recién llegada y dijo:

—Ve a descansar, Flora. Buenas noches.

Una vez que la mujer se marchó del salón, Megan preguntó con curiosidad:

—¿Esta es la misma niñera que vino con vosotros a Eilean Donan?

Brodrick iba a contestar cuando Amanda, adelantándose, respondió:

—Sí. Lo único es que ahora lleva flequillo y antes no.

Sorprendido porque recordara aquello, Brodrick señaló:

—Buena memoria la tuya.

—¡Para lo que quiere! —se mofó Duncan.

—¡Papááááá!

Eso hizo reír de nuevo a todos.

—Diciendo eso me haces quedar muy mal —soltó Amanda.

—Solo dice la verdad —apostilló Megan—. ¿O acaso vas a decir que tu padre y yo mentimos?

Amanda, al oír eso, miró a su madre, después a su padre, y finalmente afirmó divertida:

—Confieso que tengo una memoria bastante selectiva.

—Esa es mi niña —se mofó Duncan.

—¿Una memoria selectiva? —preguntó Wallace.

La joven asintió con desparpajo y, tras beber un poco del vino que tenía en su copa, cuchicheó:

—Simplemente olvido lo que no me interesa. Más o menos lo que hace Brodrick con su gente, ¿verdad?

—¡Amanda! —la regañó Megan ante el gesto serio del guerrero.

Duncan, que observaba la situación, era consciente de la fascinación con que aquellos hombres miraban a su hija. El carácter de Amanda la hacía única, atrayente. Era preciosa. Sus ojos verdes, su pelo negro como la noche, su bonito y dulce rostro y su carácter combativo y en cierto modo

descarado nunca la hacían pasar desapercibida. Para romper el delicado momento, iba a intervenir cuando la puerta del salón se abrió de nuevo y Joshua anunció mirándolos:

—Señores, si habéis terminado de cenar, podéis pasar al salón contiguo.

El primero en levantarse fue Brodrick, pero Nigel se apresuró a retirar la silla de Amanda y le ofreció el brazo, que la joven aceptó sin dudarlo.

—Maldito Nigel..., cómo se me ha adelantado —se mofó Wallace.

Molesto por los comentarios de Amanda, Brodrick cabeceó. Y, viendo como su amigo y aquella charlaban, replicó:

—La próxima vez sé más rápido.

Poco a poco, todos fueron entrando en el salón contiguo, donde Joshua enseguida les ofreció algo de beber que, encantados, aceptaron.

Mientras Brodrick hablaba con Duncan, era consciente de como aquel miraba hacia el lugar donde estaba su hija con sus amigos.

—Tranquilo. Son de mi máxima confianza —susurró.

Duncan lo entendió, pero Megan indicó:

—Da igual lo que digas. Él tiene que observarlos fijamente y atemorizarlos.

Brodrick y Megan sonrieron ante el gesto serio de Duncan, que repuso mirándolos:

—Amanda es uno de mis tesoros. ¿Qué queréis?

De nuevo aquellos sonrieron.

—Que tú, Brodrick, la mires con cariño y fascinación, o que ella te mire a ti así lo entiendo —añadió Duncan—. Sois familia. Pero que ellos la miren de esa forma..., reconozco que me incomoda.

Megan se sorprendió al oír eso. Pero ¿qué decía su marido?

—¿Has pensado en desposarte de nuevo? —preguntó de pronto Duncan dirigiéndose a Brodrick.

El guerrero resopló. Su madre y todo el mundo no paraban de recordárselo.

—No —dijo—. Pero sé que he de hacerlo.

—Intenta que esta vez sea la acertada.

—¡Duncan! —lo regañó Megan.

El matrimonio se miró y luego este último dijo:

—A ver, cariño... Brodrick ya se equivocó en una ocasión. Y si digo esto es porque hay confianza y para que esta vez haga las cosas desde el corazón y no se equivoque.

Megan asintió, pensaba como él, pero era más cauta.

—El amor y sus sentimientos no es algo que yo busque —aclaró Brodrick.

—Pues muy mal —apostilló Megan—. Y si te digo esto es porque creo que mereces amar y ser amado.

Al conde le hizo gracia oír eso y, sonriendo, se tocó el lóbulo de la oreja. Por todos era sabido que la relación entre Duncan y Megan, aun habiendo pasado los años, era apasionada. Y, viendo sus manos agarradas, indicó:

—Megan, esta vez, cuando elija mujer, lo haré a conciencia y sabiendo bien con quién me caso para no tener sorpresas.

La aludida asintió y, sin mirar a su marido, dijo:

—Vamos, que no quieres una mujer con carácter.

—¡Es lo último que quiero! —afirmó él.

Duncan, al entender la mirada de su esposa, apretó la mandíbula.

—Simplemente quiero una mujer tranquila que cuide de mis hijos y no me dé el más mínimo problema —añadió Brodrick.

—¿Y quién te va a cuidar a ti? —preguntó Megan.

—Yo me cuido solo.

—Pero, Brodrick, si te dejas llevar por el corazón...

—Por el corazón me dejé llevar y mira cómo salió —la cortó.

—¿Acaso no tienes dos hijos maravillosos? —preguntó Duncan.

El guerrero asintió. Eso había sido lo mejor de su matrimonio. Y Megan, que los entendía a los dos, terció:

—Brodrick, sabemos que por el bien de ella y en especial del bebé que venía en camino hiciste algo que más tarde te dio dos hijos maravillosos pero que causó tu infelicidad. Sin embargo, ahora todo es diferente. Ahora solo debes dejar que tu corazón se enamore. Seguro que conocerás a muchachas encantadoras, ¿y quién te dice que entre ellas no está la que os dará una vida llena de amor a ti y tus hijos?

El guerrero sonrió. Esas palabras eran bonitas, pero en él caían en saco roto.

—En esta ocasión, lo siento, Megan, pero seré práctico —insistió.

—Lo que serás es ¡un cabezón!

—¡Megan! —la regañó Duncan.

—Cariño, ¿no dices que es de la familia? Pues, siendo de la familia, si creo que es un cabezón, ¡lo digo!

Brodrick y Duncan sonrieron, y Megan insistió tras mirar inconscientemente a su hija:

—Brodrick, entiendo que quieras ser práctico. Pero créeme que una unión por amor y con sentimientos es siempre lo mejor.

—Ahí le doy toda la razón a mi mujer.

—Solo quiero una vida placentera para Ossian y Peyton. No quiero más.

Oír eso provocó que Megan pellizcara en el muslo a su marido y preguntase:

—¿No deseas tener más hijos?

—No, Megan —confirmó con seguridad.

A Duncan lo sorprendió saber eso. ¿En serio no quería más hijos si volvía a casarse? Y el guerrero, que parecía leerle el pensamiento, añadió:

—Más familia, amor y sentimientos no es algo que busque en ninguna mujer. Solo la practicidad.

Finalmente, Duncan y Megan dejaron el tema. Estaba claro que, por mucho que dijeran, no lo harían cambiar de parecer. Entonces ella, viendo a su marido mirar a Amanda, cuchicheó:

—Tranquilo, Halcón, que ninguno de los tres los tiene.

—Ya me he fijado.

—Pues relájate...

Brodrick los escuchaba sin entenderlos.

—¿Qué es eso que no tiene ninguno de los tres? —preguntó.

Duncan y Megan se miraron sonriendo.

—No es importante —dijo ella.

Brodrick levantó las cejas y Duncan, deseoso de contar aquello para ver su reacción, cuchicheó:

—Cariño..., Brodrick es de la familia.

Megan lo miró y él, bajando la voz, cotilleó:

—Desde que era niña, Amanda tiene un sueño. En él ve unos ojos grises, y siempre ha dicho que esos ojos son los de su amor. Los del hombre con el que se desposará y compartirá su vida.

El conde asintió con gesto serio. Saber ese detalle lo picó. Tener los ojos grises no era algo muy común, e iba a hablar cuando Amanda, que era un torbellino, se acercó a ellos y dijo:

—Papá, mamá... Este año, para la fiesta de verano en Eilean Donan, quiero invitar a Wallace, a Nigel y a Derek.

Ellos asintieron sin decir nada. La fiesta que daban anualmente en su castillo y que duraba una semana era de las más sonadas. Y Brodrick, al sentirse excluido, preguntó sonriendo mientras se tocaba el lóbulo de la oreja:

—¿Y a mí no me invitas?

La joven lo miró. El gesto que hacía al sonreír con la mano en la oreja era simpático, la cautivaba verlo. Pero sentir su mirada la turbó. Eso la hizo parpadear y, sin mostrar su turbación, respondió sin darle importancia:

—A ti ya te invitan mis padres. Pero a ellos los invito yo.

Dicho esto, se alejó de nuevo, y Duncan, viendo el desconcierto en el rostro de aquel, preguntó:

—¿En serio necesitas invitación formal a nuestra fiesta para sentirte invitado?

—Brodrick, ¡por favor! —musitó Megan sonriendo por lo que había visto.

El aludido los miró. El año anterior había sido la primera vez que había asistido a aquella fiesta, tras fallecer su padre, que era el que siempre lo hacía. Y, la verdad, no se había planteado repetir, pero entonces la risa de Amanda y de sus amigos llegó a sus oídos y, sin volverse para mirar, respondió:

—Gracias por vuestra amabilidad.

* * *

Esa noche, cuando todos se fueron a dormir, Brodrick subió a la habitación de su hija Peyton. Como cada noche, la colcha estaba en el suelo y la niña desarropada, por lo que, cubriéndola, sonrió. Después apagó dos de las tres velas que siempre dejaban encendidas y se marchó a dormir, aunque, al pasar frente a la habitación en la que sabía que se alojaba Amanda, le dio la impresión de que su inquietante perfume flotaba en el aire.

Capítulo 11

Cuando, a la mañana siguiente, Amanda se despertó desperezándose, miró al techo. La cama era tan pequeña y el colchón tan incómodo que había decidido dormir en el suelo.

Una vez que se incorporó, se aseó y se vistió, salió al pasillo, y caminaba por él cuando se fijó en la primera puerta de la derecha. Emilia le había dicho que esa habitación había pertenecido a Scarlett, la Innombrable, y, aminorando el paso, se detuvo frente a su puerta. El olor que salía de aquella estancia era muy extraño. La curiosidad podía con ella, por lo que apoyó la mano en la manija e intentó abrir, pero estaba cerrada.

¡Maldita sea!

Eso llamó más aún su curiosidad, pero negó con la cabeza y prosiguió su camino. Aquello que estaba pensando no era lo que se esperaba de ella. Sin embargo, antes de bajar la escalera dio media vuelta, regresó a la puerta y, sacándose la daga que llevaba en la cintura, introdujo la punta en la cerradura y la abrió.

Sin tiempo que perder, Amanda entró en el dormitorio. Se encontró con una habitación fría, lúgubre, en la que olía a quemado. Se acercó al ventanal y, sin descorrer la

cortina, comprobó que tenía unas vistas y una luz espectaculares.

Curiosa, miró a su alrededor en la penumbra. Aquella habitación, que daba miedo por cómo estaba, tenía pinta de haber sido un bonito lugar en otro momento. Parte de ella estaba quemada, de ahí el olor que flotaba en el aire. Las cortinas rosáceas estaban quemadas. La ropa de cama, acuchillada. Las paredes de piedra golpeadas y manchadas. Había papeles por todos lados en los que se repetían las palabras *Muerte* y *Errol*. Algunos de los muebles de madera estaban quemados y otros, hechos añicos. Pero ¿qué había ocurrido allí?

Un ruido fuera de la habitación la sobresaltó. Debía salir antes de que la encontraran husmeando allí. Con el mismo cuidado con que había entrado, salió de nuevo al pasillo.

Mientras bajaba por la escalera era consciente de que aquella habitación dejaba claro el grado de locura de la condesa, y sintió lástima por Brodrick y los niños. No había tenido que ser fácil para ellos.

Instantes después, al entrar en el salón para desayunar, se encontró con el conde y sus tres amigos. A pesar de que no era el hombre al que ella dejaría llegar a su corazón, ver a Brodrick la ponía nerviosa... ¿Por qué?

Rápidamente los cuatro se pusieron en pie al verla y, antes de lo que imaginaba, Wallace le retiró una silla a su lado para que se sentara.

—Muchas gracias, Wallace, y ¡buenos días a todos!

El aludido, encantado por su rapidez en esta ocasión, miró a Nigel, que dijo:

—Buenos días, *milady*; ¿os apetece un poco de leche?

—¿Y riquísimo bizcocho? —ofreció a su vez Derek.

Amanda asintió. Derek y Nigel se levantaron enseguida ante la mirada curiosa de Brodrick, pero cuando Nigel fue a servirle leche en el tazón, ella indicó parándolo:

—Gracias, pero ya me sirvo yo.

—No me cuesta hacerlo, *milady*.

—Lo sé. Pero prefiero hacerlo yo —insistió la joven.

Al oír eso Nigel se quedó parado, y Derek soltó el bizcocho ante las disimuladas sonrisas de Brodrick y Wallace. Una vez que aquellos regresaron a sus asientos, Amanda declaró mirándolos:

—Sois muy amables. Gracias por vuestra deferencia.

Ellos asintieron algo azorados. Y Brodrick, sonriendo mientras se tocaba el lóbulo de la oreja, preguntó:

—¿Has descansado bien?

Amanda lo miró con sus inquietantes ojos verdes. Aquel gesto que hacía cuando sonreía era curioso.

—¿Puedo ser sincera? —preguntó.

—*Debes* ser sincera —afirmó Brodrick con convencimiento.

Ella asintió y entonces, mirándolo, soltó:

—La cama es vieja y pequeña y el colchón, incomodísimo. Vamos, ¡una mierda! Entiendo que fuera tu cama y tu colchón de niño, pero ahora es insufrible. Dicho esto, decidí dormir en el suelo por el bien de mi espalda.

—¡Pero, *milady*! —murmuró Derek.

Brodrick levantó las cejas. ¿En serio le había dicho eso?

—Mi cama en Eilean Donan es grande y tiene un buen colchón mullido —aclaró ella a continuación—. Por lo que te

aconsejo que cambies ese colchón y esa cama, porque quien duerma ahí terminará destrozado.

Wallace soltó una carcajada. Si antes le gustaba esa mujer, ahora le encantaba.

—Excelente crítica —susurró.

—Si son constructivas, las críticas siempre van bien —afirmó ella.

Brodrick asintió boquiabierto. La verdad era que esa cama había sido la suya de niño y, como ya no la utilizaba, no se había dado cuenta de aquello.

—Tomo nota de lo que me dices —declaró.

—¡Harás bien! —Ella sonrió.

Dicho eso, se quedaron en silencio. Amanda, cortándose un pedazo del bizcocho, se fijó en los cuatro hombres y decidió que Brodrick era el más serio; Derek, el que siempre sonreía; y Nigel y Wallace, dos conquistadores.

Estaba pensando en ello cuando Nigel preguntó:

—¿Conocéis esta zona?

Amanda, tras dejar el bizcocho sobre su plato y coger la leche para servirse, respondió:

—Alguna vez, al ir a Aberdeen, hemos pasado por Aviemore, pero conocer la zona..., la verdad es que no la conozco.

Los guerreros se miraron entre sí y Wallace preguntó:

—¿Cuántos días estaréis por aquí?

Al oír eso, Nigel miró a su amigo.

—Justo has preguntado lo que iba a preguntar yo —señaló.

—¡Pero yo he sido más rápido! —apostilló Wallace.

Amanda los miró. La competición de aquellos por su atención era algo que ya había vivido en otras ocasiones, sola o con su hermana.

—No lo sé. Lo que mis padres digan —respondió.

Los guerreros asintieron; entonces la puerta del salón se abrió y aparecieron Duncan y Megan. Como siempre, iban cogidos de la mano y, al ver allí a su hija, el guerrero preguntó:

—¿Cómo es que te has levantado antes que nosotros?

Amanda miró entonces a Brodrick con complicidad y respondió mientras su padre y su madre la besaban, como cada mañana:

—Porque la cama y el colchón de mi cuarto ¡son una mierda!

—¡Amandaaaaa! —la regañaron sus padres.

—Tranquilos —se apresuró a replicar ella; señaló al conde con el dedo y añadió—: Ya se lo he dicho a él.

Rápidamente Duncan miró a Brodrick para disculparse, pero este sonrió.

—Le he dicho que *debía* ser sincera. No os preocupéis —dijo.

—A eso nadie la gana —murmuró Megan sonriendo a su vez.

La espontaneidad de Amanda hizo volver a sonreír a Brodrick. Aquella joven no tenía nada que ver ni con la que fue su mujer ni con otras que conocía. Y, cuando Megan y Duncan se sentaron, preguntó mirando a Nigel:

—¿No les ofreces leche?

El guerrero, al oírlo, miró a su amigo. Sabía por qué se lo decía.

—¿Deseáis leche? —preguntó cogiendo una de las jarras.

Megan asintió sin dudarlo y, una vez que cogió la jarra que Nigel le tendía y sirvió un poco en el tazón de su marido y en el suyo propio, dijo mientras la dejaba de nuevo sobre la mesa:

—El olor del bizcocho es delicioso.

—Ni te imaginas cómo está de rico, mamá —afirmó Amanda, que lo devoraba.

—Lo ha hecho mi tía —se apresuró a decir Derek—. Ella es la cocinera desde hace tiempo y...

—¿Tu tía es Isobel? —quiso saber Megan.

Al decir que sí, la conversación giró en torno a Isobel, la cocinera. Megan y Duncan la conocían de las veces que habían ido a visitar a Magnus al castillo y sabían de su buen hacer en la cocina. Mientras hablaban, Brodrick observaba en silencio a Amanda, que reía y escuchaba lo que su madre y Derek hablaban; de pronto oyó a Duncan decir:

—Me gustaría ver el estado de las granjas de la zona. Sé que ayudas a los granjeros.

Rápidamente Brodrick, prestándole toda su atención, asintió.

—Si te parece bien, en cuanto terminemos de desayunar puedo mostrártelas.

—¡Me apunto! —afirmó Amanda.

Al oírla, Brodrick la miró sorprendido, pero Nigel intervino:

—¿No preferís que os lleve a dar un paseo por los alrededores para ver preciosas flores? Con el consentimiento de vuestros padres, por supuesto.

Amanda lo miró y, sonriendo, respondió:

—La verdad es que no. Las florecitas, para las delicadas damiselas.

—Amanda... —murmuró Megan.

La aludida, al entender el toque de su madre, miró a Nigel.

—Disculpa mi franqueza, pero tanto si gusta como si no, soy sincera —explicó—. Y la verdad es que me apetece más ver las granjas que florecitas.

Rojo como un tomate, Nigel asintió ante los gestos de guasa de sus amigos.

—*Milady*, ¡sois de las mías! —musitó Wallace.

—¿A qué te refieres?

—A que os gusta la franqueza.

Amanda sonrió. Que él fuera como ella le agradaba.

—Aunque hay veces que tanta franqueza no suele gustar. Es más, incomoda —cuchicheó.

—¡Qué me vais a contar! —afirmó Wallace mirando a Brodrick, que, al entenderlo, resopló.

Una vez que Amanda terminó su porción de bizcocho, pensaba si comer un poco más cuando oyó a Brodrick decir:

—Si te apetece más, ¡come!

Ella sonrió. Si comía era ya por gula.

—Solo comería para tener la boca llena —indicó.

—¡Excelente idea! —aplaudió Duncan.

Con complicidad, Brodrick y Amanda se miraban cuando la joven preguntó:

—¿Peyton no baja a desayunar?

—Peyton desayuna con Flora, su niñera, en su habitación.

—¿Por qué?

Al oírla, Megan la miró.

—Amanda, no seas indiscreta.

—Tranquila, Megan —dijo Brodrick—, no pasa nada porque pregunte. —Y añadió—: Desayuna con su niñera porque ella sabe tratarla y yo no.

—¿Cómo no vas a saber tratarla, siendo su padre? —repuso Amanda. Él no respondió, y ella añadió—: Y más ahora, que falta su madre. Que, por cierto, era algo rarita...

—¡Amanda! —la regañó Duncan.

—¡Esta mujer me encanta! —cuchicheó Wallace riendo y dirigiéndose a Nigel.

Brodrick tomó aire por la nariz. Las palabras de Amanda lo habían molestado, pero cuando iba a hablar ella contraatacó:

—¿Peyton come o cena contigo alguna vez?

—Los domingos comemos juntos.

—¿Solo los domingos? —insistió ella.

—Sí.

—¿Por qué?

—Amanda, ¿no quieres más bizcocho? —preguntó Megan para acallarla.

La joven negó con la cabeza y Duncan insistió:

—Deja tu especialidad ahora... No es momento.

Eso llamó la atención de todos y Nigel, curioso, preguntó:

—¿De qué especialidad hablamos?

Megan y Duncan se miraron.

—La de preguntar o decir lo que por norma no se quiere responder ni oír —soltó su hija.

Acto seguido, todos se quedaron en silencio. Y Brodrick, viendo que la joven esperaba respuesta a su pregunta anterior, se encogió de hombros y contestó:

—Digamos que seguimos haciendo lo que hacíamos cuando su madre vivía.

Vale. Hablaba de la Innombrable... Pero, sin referirse a ella con ese término tan despectivo, preguntó:

—¿Y no crees que a Peyton le gustaría cambiar esa rutina y comer todos los días contigo ahora que ella no está?

—Amanda... —murmuró Duncan.

Brodrick la miró.

—Interesante pregunta —afirmó Wallace.

El conde miró a su amigo y lo reprendió con la mirada.

—Mi hija Peyton no es una niña fácil. Y con quien mejor está es con Flora —respondió después de tomar aire.

Amanda se sorprendió al oír eso.

—Pero ¿qué dices? ¡Si es encantadora!

Todos la miraron y Brodrick, para cortar aquello de raíz, declaró:

—No dudo que sea encantadora. Estamos hablando de una niña, de *mi* hija. Pero, si no te importa, ahora no quiero seguir haciéndolo.

—Como siempre —apostilló Wallace.

Amanda comprendió perfectamente el modo en que el conde fulminó a su amigo con la mirada. Sin duda le molestaba que le hablaran con franqueza. Tras ver que sus padres le indicaban que callara, cogió el bizcocho que tenía

ante ella y, partiendo una nueva porción, comió en silencio. Si tenía la boca llena, no hablaba.

Después del desayuno, cuando el grupo se encaminó hacia el lugar donde estaban los caballos, Brodrick, al ver que Duncan, su mujer y su hija se alejaban unos pasos para hablar, miró a su amigo Wallace y musitó:

—Aprende a tener tu boca cerrada.

—Aprende tú a escuchar lo que no quieres oír.

—Wallace...

—Brodrick...

Estaba claro que ninguno de los dos iba a dar su brazo a torcer.

—Amanda es una joven preciosa. No hay más que verla —declaró Wallace—. Pero, sin duda, lo que tiene en su interior es todavía más bonito. Y, mira, te guste o no, ya hay alguien tan franco como yo para decirte las cosas que no quieres oír, aunque por desgracia se marche dentro de unos días.

Brodrick resopló y, sin querer contestarle, dijo mirando a sus amigos:

—Por cierto, y esto va por los tres. ¿Queréis dejar de hacer el ridículo delante de Amanda y sus padres?

Estos se miraron.

—¡Lo de la leche ha estado muy bien! —se mofó el conde. Nigel, al oír eso y ver reír a Derek, soltó:

—Tú no te rías, que bien ibas con el bizcocho.

—Y tu cara —observó Derek—. Cuando te ha dicho que prefería otras cosas a pasear contigo.

Nigel lo miró molesto.

—Mira que sois tontos —cuchicheó Wallace riendo.

Derek y Nigel lo miraron, y el primero se mofó.

—Tú, más que franco, eres tocapelotas.

Brodrick soltó una risotada y Wallace, mirándolo, indicó:

—Y tú no te rías y cambia el catre y el colchón, ¡que son una mierda!

Ese último comentario hizo que los cuatro rieran a carcajadas, y Derek, pensando en otra, murmuró:

—Hay mujeres muy complicadas.

—Y lady Herencia Salvaje es muy graciosa —afirmó Wallace.

Brodrick observó a sus amigos en silencio. Estaba claro que Amanda no estaba dejando indiferente a ninguno.

—Olvidaos de ella —dijo sin dudarlo.

Según dijo eso, sus amigos lo miraron.

—¿Por qué? —preguntó Nigel.

—Porque sí.

Los tres amigos se miraron. Aquel repentino interés de su amigo por aquella no era lo normal, y Derek preguntó a su vez:

—¿Acaso te interesa?

Brodrick rápidamente negó con la cabeza y, sin permitirse pensar en el tema, respondió:

—No digáis tonterías.

—Demasiado franca y directa para él —apostilló Wallace.

—¡Qué tocapelotas eres! —susurró Brodrick.

Sus amigos se miraron.

—Si os digo que os olvidéis de ella es porque, según sus padres, el hombre en el que se fijará Amanda ha de tener los ojos grises —explicó el conde—. Y, que yo sepa, vosotros dos los tenéis verdes y tú, azules. Así pues, ¡descartados!

Los hombres se miraron entre sí sorprendidos por aquella matización.

—Y tú, negros —soltó Wallace—. ¡Descartado también!

Brodrick lo miró, pues no le gustó nada oír eso.

—¿Acaso he dicho yo que Amanda me atrajera? —repuso.

—Amanda atrae a cualquiera —aseguró Wallace.

De nuevo aquellos rieron, y Nigel indicó:

—Muy mal gusto has de tener si una mujer como ella no te atrae.

Brodrick asintió, Nigel tenía razón.

—Creo que mi mal gusto en lo referente a las mujeres ya quedó patente, ¿no? —añadió.

Los amigos se miraron y asintieron. Sabían que aquel se refería a la que había sido su esposa. Y, sin más, montaron sus caballos en silencio. Era lo mejor.

Capítulo 12

Desde la ventana de la habitación de Flora, Peyton observó como el grupo formado por su padre y sus invitados se alejaba a caballo.

Al mirar a la chica que los acompañaba rápidamente la identificó. Era la misma que había conocido en el viaje del verano anterior y que le cosió el lazo del vestido para que su madre y Flora no la regañaran.

Le gustó verla allí. El poco tiempo que había estado con ella sintió un cariño y una protección que llevaba mucho tiempo sin sentir.

—Cuando regrese el señor, quiero bajar a saludar a los invitados —dijo volviéndose hacia Flora.

La mujer levantó las cejas al oírla.

—Antes le preguntaré al señor si lo aprueba.

A Peyton le dolió oír eso. Saber que su padre la escondía de todo el mundo porque se avergonzaba de ella no era fácil de digerir.

—Ya sabes que cuanta menos gente te vea, mejor —insistió Flora.

Peyton hizo un puchero y aquella remató con sangre fría:

—No eres su orgullo, sino más bien todo lo contrario, y yo que tú permanecería en la sombra, porque, como bien te

dijo la condesa, cualquier día el señor te abandonará o te entregará a otra familia.

—Nooooo...

—Ossian es su heredero. Su hijo predilecto. Y tú solo eres su molestia.

Horrorizada, la niña negó con la cabeza. Vivir con el constante temor a ser abandonada y separada de su hermano era algo que la hacía huir del que era su padre para que la ignorara. Sentándose en una silla, comenzó a lloriquear.

Flora sonrió al verla. Nada le gustaba más que llevar a aquella niña al límite.

Ella y la condesa, antes de morir esta última, tenían un plan. Lograrían que el conde repudiara a la niña por sus actos para así poder llevársela a lady Bedellia, y ahora que no estaba aquella, el plan continuaba. Como fuera, Flora haría que la niña finalmente terminara ingresada en Kilmarnock. Y, así, una vez que Brodrick Fraser la dejara, lady Bedellia podría llevársela a su hogar.

Aquella mujer le había prometido que, si conseguía que la niña fuera ingresada, le regalaría una casa y algunas tierras en Glasgow. Algo que le solucionaría el futuro. Por ello, para meter más el dedo en la llaga, insistió dejando sobre una mesita unas tijeras y sobre su cama unas enaguas recién compradas:

—Ese pelo rojo tuyo es...

—¡Cállate! —pidió la niña.

—¿Por qué callar, cuando sabes que ese pelo es la vergüenza del señor?

—¡Eres mala! —La pequeña sollozó.

—Su vergüenza es tal que ni «padre» quiere que lo llames.

Enfadada, Peyton se levantó. A pesar de lo retraída que se mostraba siempre, era una niña con carácter. Se acercó a aquella y la empujó. Flora le soltó entonces un bofetón que la hizo caer de culo al suelo y, mirándola, siseó en un tono de voz bajo:

—Vuelve a tocarme, ¡maldita huerfanita!, y lo lamentarás.

Instantes después, la mujer salió ofuscada de la habitación y la niña, sin pensarlo, agarró las tijeras que aquella había dejado. A continuación cogió las enaguas que había sobre la cama y, furiosa, las destrozó con ellas. Hacer eso estaba mal, lo sabía. Pero la rabia que sentía la hacía comportarse así.

De pronto la puerta se abrió y Flora musitó con fingida inocencia:

—Por todos los santos..., ¡otra vez!

Tras ella entró Emilia con una bandeja de comida. En silencio, la mujer se quedó mirando a la niña hasta que dejó la bandeja y murmuró:

—Pero, Peyton, ¿qué has hecho?

La niña las miró acalorada. Con rabia, había destrozado las enaguas de Flora, y la damnificada dijo con la voz quebrada:

—Esto cada vez es más difícil, Emilia. Esta niña se está convirtiendo en un monstruo...

—¡Flora!

—La enfermedad mental heredada de su madre es cada vez más evidente. Y, aunque me apene, al final el señor

tendrá que llevarla a Kilmarnock para que la internen.

Emilia la miró con furia. No debía decir aquello delante de la niña. Pero Flora insistió:

—Comienzo a temer por mi vida, la suya y la de cualquiera que se acerque a ella.

—¡Flora, cállate!

A Emilia nunca le había gustado aquella mujer por su manera de comportarse. Pero estaba claro que quien había destrozado las enaguas había sido Peyton. La habían pillado con las manos en la masa y, ante eso, nada se podía decir.

Una vez más, la niña había caído en el juego sucio de Flora y, soltando las tijeras y las enaguas, se sentó en la silla y comenzó a llorar.

—Y ahora a llorar, ¡como siempre!

—¡Flora, ya basta! —la regañó Emilia.

La mujer rápidamente cogió las tijeras, se las guardó en el bolsillo de su amplia falda y, sentándose junto a Peyton, la abrazó y, acunándola, dijo:

—Mi niña..., tranquila. No pasa nada. No pasa nada.

—¿Que no pasa nada? —Flora levantó la voz—. ¡Claro que pasa! Esas enaguas eran nuevas. Las compré en...

—¡Flora, ¿te quieres callar?!

Pero aquella prosiguió con gesto ofuscado:

—Hablaré con el señor conde. Soy yo quien cuida a esta niña y la que vive el día a día con ella. ¿Acaso no has visto con tus propios ojos lo que hacía con las tijeras?

Emilia no respondió. Negar lo que había visto era imposible, pero, viendo que la niña tenía sangre en uno de sus deditos, pidió:

—Flora, ve a por unas gasas.

—No soy tu criada.

Oír eso la hizo tomar aire y, mirándola con odio, siseó:

—Peyton se ha cortado y necesita ser atendida. ¡Ve ahora mismo!

Enfadadísima, y sin dejar de protestar, tras clavar la mirada en la pequeña a modo de advertencia, Flora desapareció. Y Emilia, cogiendo entre sus manos la carita de la niña, murmuró mientras le retiraba el pelo del rostro:

—¿Por qué lo has hecho?

Ella no contestó. No podía. Antes su madre y ahora Flora la tenían amenazada con que, si contaba lo que ocurría, le harían daño a Ossian, y eso no podía ocurrir. Una vez había estado a punto de contárselo a Emilia y esa noche Ossian pasó un mal rato en la bañera cuando su madre, ayudada por Flora, sumergió su cabecita bajo el agua. Su hermano era pequeñito. Temía por él. Y por nada del mundo permitiría que volvieran a hacerle daño.

—Escúchame, mi niña... —insistió Emilia—. Destrozar las cosas de los demás no es algo bueno ni para quien se lo destrozas ni para ti. Eso no se hace, ¿entendido?

Peyton asintió. Sabía que tenía razón.

—Dime por qué lo has hecho —pidió entonces la mujer.

Contar la verdad podía ser fácil. La rabia, las inseguridades y el miedo le hacían proceder así, pero, como no quería explicar aquello que podía hacerle daño a su hermano, calló.

—Peyton —insistió Emilia—, no puedes seguir comportándote de este modo. Pero ¿qué te ocurre? ¿Por qué haces estas cosas?

Ante el silencio de la chiquilla, la mujer suspiró. Estaba claro que, como siempre, permanecería callada.

—He traído un cazo con sopa —dijo levantándose—. Anoche apenas cenaste y...

—Déjalo en la habitación de la señorita Peyton, Emilia —indicó Flora tras entrar en el cuarto con unas gasas.

Con celeridad, se acercó hasta la pequeña y, tomando el dedo que sangraba, lo limpió. Una vez que logró que la sangre dejara de manar, dijo mirando a la mujer, que las observaba de pie:

—Intentaré que coma la sopa.

Emilia asintió. Las tres fueron hasta la habitación de Peyton, y después de que ella dejara el cazo de sopa sobre la mesa, se marchó. Con una fingida sonrisa, Flora la acompañó hasta la escalera del pasillo y, una vez que vio que aquella desaparecía de la planta donde estaban sus habitaciones, volvió al dormitorio de la niña, entró, cerró la puerta y, tras coger el cazo de sopa, lo lanzó por la ventana mientras gritaba:

—¡Peyton! Eso no se hace.

Sin moverse, la cría la observó.

—Tu padre no tardará en alejarte de aquí por tus malos actos —cuchicheó la otra.

—No...

—Sí, pequeña huerfanita, sí. Y, de momento, castigada sin sopa.

Acto seguido, salió de la habitación mientras la niña se acurrucaba en su cama y comenzaba a llorar.

Capítulo 13

Brodrick y sus invitados pasaron la mañana visitando los alrededores del castillo y varias de las aldeas que componían Aviemore. Cuando salían de una de ellas decidieron parar en el siguiente pueblo para comer algo en una taberna. Al llegar, resultó ser el mismo en el que habían estado Duncan y su familia el día anterior.

Varios de los lugareños, al ver a Amanda y a Megan, enseguida les sonrieron. Las reconocieron como las mujeres que habían ayudado a la hija de Adele, y, cuando se apearon de sus caballos, una mujer se acercó a Amanda.

—*Milady* —le dijo—, muchísimas gracias por lo que hicisteis por Genoveva. Sé que sois una McRae, pero vuestra acción desinteresada me demostró que no todos los McRae son unos sanguinarios.

Conmovida, Amanda sonrió y musitó cogiendo las manos de la mujer:

—Era lo que había que hacer. No me des las gracias. Y por supuesto que no todos los McRae somos sanguinarios.

Con complicidad, las dos mujeres se miraron, y la aldeana añadió:

—Ese Owen Fraser es un maldito usurero que solo te atiende si tienes dinero para pagarlo, y, por desgracia, no siempre disponemos de ello.

Amanda asintió al oírlo y, con cariño, viendo que Brodrick las escuchaba desde donde estaba, indicó:

—Hablaré con tu señor para que esté al tanto de todo y eso no vuelva a pasar.

Una vez que la mujer se alejó, Amanda observó como Brodrick hablaba con orgullo de los arreglos que se habían hecho en las viviendas de muchos de los vecinos, pero no se acercaba a ellos. Sus hombres habían creado una barrera que así lo impedía.

Pero ¿acaso aquella no era la gente de Brodrick? ¿Por qué no podían acercarse o saludarlo?

Duncan y Megan, al igual que su hija, se percataron de aquello. En vida, Magnus siempre estuvo implicado con sus gentes en todos los sentidos; ¿acaso eso no lo sabía Brodrick?

En un momento dado, Amanda, al ver al herrero que había conocido el día anterior, lo saludó sin dudarle con la mano y el hombre le sonrió. Brodrick, que veía como las gentes de allí sonreían a la joven, en un instante en el que Megan y Duncan observaban las mejoras de una de las casas, el guerrero decidió acercarse a ella.

—Está visto que eres popular entre mi gente —comentó.

—¿Será porque les presté atención?

El tonito de voz con que Amanda dijo eso lo molestó, y ella, sin señalar al herrero, preguntó:

—¿Tú sabías que guerreros de otros clanes vienen por aquí a increpar a tu gente, a atemorizarlos y a robarles?

Sorprendido, Brodrick la miró.

—Pues si no lo sabías, ya te lo he dicho yo —afirmó ella—. Y ahora tienes dos opciones: o seguir pasando del tema

como hasta el momento o intentar poner solución a algo que, si no resuelves, se convertirá en un enorme problema.

—¿Acaso pretendes darme lecciones?

—No. Solo pretendo que sepas lo que pasa.

Molesto y ofuscado por lo que oía, el guerrero resopló.

—Les diré a Derek y a Joshua que se informen.

—¿Por qué ellos y no tú?

—Porque ellos son los que viven aquí. Yo no.

Oír eso hizo que Amanda levantara las cejas sorprendida.

—¿Tu hogar no es el castillo de Roy Trust y tu gente no es esta? —inquirió.

Incómodo con la conversación, y sin querer dar más explicaciones, Brodrick respondió:

—Después del verano regresaré a Dumfries. Creo que mis hijos y yo estaremos mejor allí.

—¿Vas a abandonar a tu gente y a ignorar el buen hacer que tenía tu padre con ellos y viceversa?

—¿Y a ti eso qué te importa?

—Por san Ninian, ¡es tu gente!

—¡¿Y...?!

—Pero ¿tú eres tonto...?

Al guerrero no le gustó oír eso. A él nadie lo insultaba.

—No vuelvas a llamarme así —siseó.

—Pues no digas tonterías.

Brodrick, molesto por la osadía de aquella, no respondió. Simplemente se dio la vuelta y se alejó, dejando a Amanda muy sorprendida por aquel desplante.

Estaba mirándolo cuando una mujer que llevaba un ramo de flores silvestres se cruzó en su camino y, con timidez, le

sonrió. Al sentir sus ojos clavados en ella, rápidamente Amanda la miró, y la mujer se le acercó.

—*Mi-milady*, son pa-para vos —tartamudeó.

—¿Para mí? —preguntó, consciente del miedo que le provocaba.

—Para agradeceros lo que hicisteis ayer por la hija de Adele.

Estaba claro que lo sucedido había sido algo muy comentado por la zona.

—Son preciosas —afirmó cogiendo el ramo—. Muchas gracias. ¿Cómo te llamas?

—Br-Brianca, *milady*.

Encantada, Amanda asintió, y la mujer empezó a decir temblando como una hoja:

—Qui-qui-qui...

—Tranquila, Brianca, no te voy a matar —la interrumpió la joven.

Según dijo eso, se percató de cómo la miraba. Aquella no era su gente. No conocía su sentido del humor. Y, tomando aire, murmuró:

—Era broma, mujer. ¿Qué deseas?

—¿Puedo pe-pediros un favor?

—Claro, Brianca.

La mujer, tras mirar al hombre que estaba detrás de ella, empezó a decir:

—¿Podríais decirle al con-conde Fraser, cuando regreséis al castillo, que mi marido Si-Simon Fraser y yo queremos hablar con él? Es muy urgente.

Sin dudarlo, Amanda asintió. Que los granjeros de Brodrick quisieran hacerlo era lo normal.

—Si es muy urgente, ahora mismo se lo digo —señaló.

—Oh, *milady*... ¿En serio?

La joven asintió.

—Por supuesto. Si es tan urgente, tiene que atenderos.

La mujer y su marido se miraron aliviados. Y Amanda, dirigiendo su caballo hacia el de Brodrick, dijo acercándose a él:

—Simon Fraser y su mujer Brianca desean hablar contigo.

Al oír eso, Brodrick ni la miró, pero repuso:

—Diles que se dirijan a Joshua.

Amanda, oyendo aquel tono de voz tan seco, intercambió una mirada con su padre e insistió:

—Es muy urgente. ¿Por qué no hablar con ellos ahora?

—Porque ahora estoy haciendo otras cosas.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Te estoy diciendo que les digas que hablen con Joshua.

—Y yo te estoy diciendo que es ¡muy urgente!

Su insistencia lo hizo resoplar. Que fuera tan impertinente le molestaba. Y esta vez, mirándola, soltó:

—¿Qué parte de lo que he dicho no has entendido?

A Amanda no la sorprendió en absoluto su voz de enfado.

—Los imprevistos no me gustan —añadió Brodrick—. Y esto lo es. Por tanto, diles que hablen con Joshua y tema acabado.

Boquiabierta, ella se disponía a contestar, pero su padre ordenó adelantándose:

—Amanda, para.

—Pero, papá, esas personas tienen urgencia en hablar con él y...

—Te agradecería que no me complicaras la vida —la acalló Brodrick.

—¿Y por qué te voy a complicar la vida? —quiso saber ella.

—Porque te estás metiendo en algo que no te incumbe.

—Serás to...

—¡Amanda! —la paró su padre.

Brodrick negó con la cabeza. Aquella joven que lo cuestionaba lo estaba sacando de sus casillas. Miró a su padre con gesto ceñudo.

—Duncan, disculpa el tono en el que le estoy hablando a tu hija —indicó—, pero me creo en el derecho de poder hacerlo, y más viendo su impertinencia.

Duncan, entendiéndolo, asintió. En ocasiones Amanda era impertinente.

—En mis tierras y con mi gente, las normas las pongo yo —añadió Brodrick dirigiéndose ahora a ella—. Las urgencias las atiendo como yo decido, y si digo que tienen que ir a ver a Joshua, no hay más que hablar; ¿te queda claro?

—Pero...

—¿Te queda claro? —insistió.

Esas palabras, dichas de esa forma, eran una clara advertencia, por lo que la joven, viendo en el gesto de su madre la palabra *¡cállate!*, asintió y simplemente dijo:

—¡Clarísimo!

Una vez que Duncan y Brodrick prosiguieron su camino, Megan se acercó a su hija.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

Molesta por el modo en que le había hablado, Amanda respondió:

—Pasa que el que va con papá ¡es un idiota!

—¡Amanda! —la regañó Megan.

Instantes después, la joven se acercó a Simon Fraser y a su mujer Brianca con la mejor de sus sonrisas, y les indicó de la forma más suave que pudo que en ese instante el conde no podía atenderlos, pero que podía hacerlo ella. La pareja intercambió una mirada, negaron con la cabeza y, tras despedirse, se alejaron.

Un rato después llegaron hasta otro de los pueblos de Aviemore y decidieron parar a tomar algo. Necesitaban refrescarse la garganta mientras Megan y Amanda se acercaban al mercadillo semanal.

Con gusto, ambas miraban a su alrededor, y en un momento dado Amanda exclamó:

—Ohhh, mira..., en ese puesto tienen cachorritos.

Megan asintió. Los niños y los animales volvían loca a su hija.

—Cariño, si metemos un perro más en casa, tu padre nos matará —indicó.

Eso hizo que ambas sonrieran. En Eilean Donan Amanda tenía siete perros que había ido recogiendo.

—De acuerdo. No miraré. No miraré —murmuró tapándose los ojos con las manos.

Divertidas, ambas sonreían hasta que Megan soltó con disimulo:

—Qué agradables son todos en el castillo de Roy Trust, ¿verdad?

Amanda asintió.

—Brodrick y sus amigos son encantadores —insistió su madre.

Eso hizo que la joven se encogiera de hombros y, sin querer darle mayor importancia, afirmara:

—Brodrick es un impertinente. Pero, sí, sus amigos son encantadores.

—¡Amanda!

—Mamá —dijo ella tocando el ramo de flores que llevaba en la mano—, no entiendo qué le costaba atender a ese matrimonio. ¡Es su gente! Y ellos querían hablar con él.

—Cariño, cada persona lleva la relación con su gente como desea.

—Sí. Pero tú y papá tratáis a todo el mundo con cariño. Siempre habéis dicho que a las personas, y más cuando son tu gente, hay que tratarlas con respeto y consideración. Y creo que Brodrick no ha tenido ninguna de esas cosas con ellos.

—Estoy contigo.

—Al parecer, tiene pensado regresar a Dumfries. Solo utilizará Roy Trust como una residencia de verano, ¿te lo puedes creer?

Megan no respondió, y su hija insistió:

—Pero ¿cómo puede querer vivir en Dumfries, teniendo a su gente y su hogar en Aviemore? ¿Acaso no se da cuenta de que su sitio está donde está su gente?

La mujer miró a su pequeña.

—Creo que eso ocurre porque no se ha criado en Aviemore y, para él, este no es su hogar —indicó.

Deambularon en silencio por el mercadillo durante un rato, hasta que Amanda cuchicheó:

—¿Sabes que en Roy Trust se refieren a la que fue la mujer de Brodrick como «la Innombrable»?

Saber eso sorprendió a Megan.

—No lo sabía, pero sus razones tendrán —señaló.

—Mamá...

—¿Qué, mi vida?

—Tengo que contarte algo que no te va a gustar.

—Ay, Dios...

—Pero si no te lo cuento no me sentiré bien, porque sé que no debería haberlo hecho y...

—Madre mía, Amanda. ¿Qué has hecho?

Ver la mirada de su madre hizo sonreír a la joven.

—¿Sabes la puerta de la habitación que está enfrente del cuarto donde dormís tú y papá? —preguntó.

—Sí.

—Pues era la alcoba de la Innombrable.

Megan asintió y, de pronto, entendiendo la mirada de su hija, murmuró:

—Amanda McRae..., ¿qué has hecho?

—Vale. Lo admito. La puerta estaba cerrada con llave, pero la he abierto con la daga y he entrado.

—¡Amanda!

La joven asintió y, acercándose más a ella, cotilleó:

—Deberías haber visto esa habitación... Parte de ella estaba quemada, algunos de los muebles calcinados, destrozados, las cortinas y la ropa de cama igual. Y había cientos de papeles donde se leían las palabras *¡Muerte!* y *¡Errol!*

Madre e hija se miraron entonces, y Megan cuchicheó:

—¿Errol no era el nombre de...?

—Sí. Su amante.

—Por san Ninian.

Ambas se entendieron.

—Esa mujer debió de perder la cabeza, mamá —susurró Amanda—. Esa habitación lo grita por todas partes.

Megan cabeceó. Ahora entendía de dónde provenía el olor a quemado que a veces notaba al subir al dormitorio.

—Mejor dejemos de hablar de algo que ignoramos, ¿te parece? —sugirió.

Amanda asintió. Su madre tenía razón. Hablar por hablar en ocasiones sobraba, pero entonces la oyó preguntar:

—¿Ha llamado tu atención algún hombre en Roy Trust?

—Mamáááá...

—Será un secreto entre tú y yo.

Oír eso le hizo gracia. Estaba claro que a sus padres comenzaba a preocuparles que encontrara pareja.

—A ver, mamá, son muy agradables —respondió—, pero ninguno tiene los ojitos grises.

—Aisss, ojitos grises...

Ambas sonrieron por aquello, y luego Megan afirmó:

—La verdad es que entre todos ellos tienen una gran variedad de colores.

—Así es...

—Y los de Brodrick, tan parecidos a los de tu padre, son preciosos.

Amanda se detuvo al oír eso. Miró a su madre y, arrugando la nariz, cuchicheó intentando no mostrar que ella también había reparado en aquello:

—Por san Ninian, mamá... ¡Brodrick es como de la familia! Pero ¿qué dices?

Megan asintió, oír eso era lo normal, pero insistió:

—Solo digo que tiene unos ojos preciosos, es un guerrero gallardo y...

—Gruñón, tonto y aburrido.

—¡Amanda!

Divertida, la aludida se retiró el pelo del rostro y murmuró:

—A ver, mamá, ¿de qué va esto?

Megan calló. Lo que estaba dando a entender era una auténtica locura, algo absurdo. Brodrick y Amanda no tenían nada que ver.

—Que te quede muy pero que muy claro que, antes de tener algo con él, me hago monja en un convento —aseguró la joven.

—En dos días te echarían.

—Posiblemente.

Ambas rieron por aquello, pero el interrogatorio de su madre agobió a la joven. Ella misma sabía que, cada vez que Brodrick la miraba o le sonreía, algo en su interior se removía. Pero, sin querer sincerarse, porque aquello que su madre insinuaba nunca se haría realidad, respondió:

—Mira, mamá, puede que con lo que te diga creas que soy más descarada de lo que soy, pero a mí los hombres me gustan más salvajes e impetuosos.

Megan soltó una carcajada al oírla.

—¡Qué buen gusto tienes, mi vida! —exclamó.

De nuevo, ambas rieron, y entonces la joven comentó mirando uno de los puestos de venta del mercadillo:

—¡Oh, qué anillos tan bonitos! Compraré uno para Johanna y otro para mí.

Y, dando el tema por zanjado, Amanda se dirigió hacia el puesto de anillos, donde, segundos después, comenzó a charlar y a reír con el vendedor mientras se probaba el que le gustaba y finalmente compraba dos.

Capítulo 14

En otro lugar del pueblo, Duncan y Brodrick estaban tomando algo tranquilamente cuando el primero afirmó:

—Creo que tu padre estaría muy orgulloso con los arreglos que estás haciendo en los hogares y las granjas de tu gente.

Oír eso le gustó a Brodrick.

—Ahora que soy el conde de Aviemore, es lo mínimo que puedo hacer, ¿no crees? —murmuró.

Duncan asintió. Aquello que el muchacho hacía era lo que él llevaba haciendo toda su vida con su gente: ayudarla. Pero él también la cuidaba, algo que, tras pasar una mañana con aquel, había visto que no era así.

—La gente que nos rodea es lo mejor que tenemos —comentó.

Brodrick no contestó, y Duncan añadió:

—Cuidarlos y atenderlos significa que ellos te cuidarán y te atenderán a ti.

Al oír eso, el guerrero susurró mirándolo:

—¿He de tomarme tus palabras como un toque de atención? ¿Acaso ahora tú también vas a querer darme lecciones como tu hija?

Sorprendido, Duncan levantó las cejas. En ningún momento había pretendido eso, pero, incapaz de callarse,

respondió:

—Brodrick..., simplemente dialogábamos.

—Pues vuestra manera de dialogar parecen continuas lecciones.

—Siento que te lo tomes así —repuso Duncan.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que el guerrero insistió:

—Mira, Brodrick. Mi intención no es darte lecciones, pues cada laird hace las cosas como le viene en gana. Y en cuanto a mi hija, si ha procedido así es porque nosotros en Eilean Donan cuidamos y respetamos a nuestra gente.

—¿Eso quiere decir que yo no lo hago?

Duncan resopló al oírlo. Brodrick le estaba buscando las cosquillas.

—Solo digo que nosotros lo hacemos —contestó, y viendo como aquel lo miraba añadió—: Para mí, como laird de mi gente, es importante saber qué les pasa en todo momento. Me implico en sus vidas y...

—Yo los ayudo en todo lo que puedo —lo cortó Brodrick con sequedad—. Pero, a diferencia de ti, no quiero implicarme en sus vidas porque, ¡maldita sea!, no pienso vivir aquí. Soy sincero... No me gustan las mentiras.

Un silencio incómodo se hizo entonces entre ellos y, al cabo, Duncan dijo:

—Quizá la confianza que hay entre nosotros me hace hablarte con sinceridad, pero siento las desafortunadas palabras de Amanda, y, por favor, no se lo tomes a mal.

Consciente de que no estaba siendo justo con aquel, Brodrick asintió, y cuando iba a disculparse por el tono que había empleado, Duncan añadió:

—Mi hija es demasiado impetuosa, y una vez más no ha podido velar sus pensamientos. Algo que, por cierto, ha heredado de su madre.

Brodrick lo miró y, cambiando el gesto, cuchicheó:

—Menuda lucha la tuya con ambas.

—¡No lo sabes tú bien! —se mofó el guerrero.

Con complicidad, los dos hombres se miraron. La relación entre ellos siempre había sido la mejor.

—Disculpa si no te he hablado bien —dijo Brodrick.

—Disculpado. Pero no todo el mundo acepta oír lo que se piensa de él. En ocasiones, las opiniones de los demás pueden molestar, y eso ni Megan ni Amanda lo evitan.

—Tu hija también me increpó al respecto de mis hijos. ¿Crees que soy un mal padre con ellos?

—Cada padre y cada madre lo hace como puede.

Brodrick lo miró. La sutileza de Duncan al responder le hizo gracia.

—¿Crees que lo hago mal? —insistió—. Sé sincero.

Duncan resopló; lo que bullía en su interior posiblemente a Brodrick no le gustara.

—Si te soy franco, yo intentaría pasar todos los momentos del día que pudiera con ellos —murmuró mirándolo—. De hecho, eso fue lo que hice con Johanna y Amanda. Cuando nacieron, ellas, junto con Megan, se convirtieron en mi prioridad, y...

—Peyton y Ossian son mi prioridad —lo cortó—. De hecho, si deseo regresar a Dumfries es por Peyton. Desde que llegamos a Roy Trust, cambió y se convirtió en una niña rara que huye de mí en cuanto me ve.

—¿Y no sabes el porqué de ese cambio?

A Brodrick le dolía hablar de ese tema, pero, tomando aire, susurró:

—Creo que es porque Peyton tiene la misma inestabilidad mental que su madre.

Oír eso apenó a Duncan. Saber que la hija de Brodrick podría haber heredado la inestabilidad mental de su madre no era agradable. Cuando se disponía a seguir preguntando, un hombre maduro se acercó a ellos, y, tocando el hombro de Brodrick, saludó:

—Conde Fraser, qué alegría tenerte de nuevo por aquí.

Se trataba de Sherman Lannister, un vecino y excelente amigo del que fue su padre.

—Sherman, te presento a Duncan McRae —dijo Brodrick después de abrazarlo—. Duncan, él es Sherman Lannister.

Aquellos dos se saludaron con cordialidad, y Sherman comentó:

—Magnus me habló de ti en varias ocasiones.

—¡Espero que bien!

—Así fue —afirmó aquel sonriendo.

Instantes después, los tres se sentaron juntos a la mesa de madera.

—¿Qué haces por aquí? —se interesó Brodrick.

El hombre suspiró.

—Mi mujer y mi nieta se han empeñado en bajar al mercadillo, y, mientras ellas compran, yo he venido a tomarme un trago.

—Ahí están ahora también mi mujer y mi hija —apostilló Duncan.

Los tres sonrieron, y en ese momento en el local resonaron unas fuertes carcajadas. Eran Derek, Wallace y

Nigel, que charlaban con dos de las taberneras, y, por lo que se veía, lo pasaban muy bien.

—Bendita juventud —comentó Sherman—. No se sabe lo que se tiene hasta que se pierde.

—No digas eso, hombre. —Brodrick rio—. Estás hecho un caballo.

—Un caballo percherón —afirmó aquel haciendo reír a Duncan.

El humor de aquel hombre le agradó a Duncan, que oyó que decía a continuación:

—Por cierto, el cumpleaños de mi nieta Olivia es el sábado. ¿Qué tal si venís a la fiesta?

De inmediato Brodrick negó con la cabeza. Sabía que, cuando comenzara a ir a fiestas, las casaderas de la zona se volverían locas.

—¿Hasta cuándo pensáis quedaros? —preguntó entonces Sherman dirigiéndose a Duncan.

—Unos días. Pocos, para no molestar.

—Vosotros nunca molestáis —afirmó Brodrick.

Sherman cabeceó al oír eso e insistió:

—Duncan, acabamos de conocernos, pero, ya que estáis aquí, me encantaría que asistieras junto a tu mujer y tu hija a la fiesta de mi nieta Olivia. Sería un gran honor poder decir que el Halcón estuvo en mi hogar.

Eso los hizo sonreír a todos.

—Vamos, Brodrick, ¡convéncelo! —añadió el hombre—. Y venid todos, incluidos tus amigos. Habrá preciosas jovencitas que estoy seguro de que os encantarán. Y tú, más que nadie, necesitas una mujer.

Sin dar crédito, el conde lo miró y, cuando se disponía a replicar, Sherman dijo algo que desvió la conversación y Brodrick guardó silencio.

Pasado un buen rato, aparecieron la mujer y la nieta de Sherman, Otta y Olivia. Brodrick se apresuró a saludarlas y, tras presentarles a Duncan, las mujeres se sentaron con ellos a tomar algo.

No habían pasado ni cinco minutos cuando aparecieron también Megan y Amanda. Una vez hechas las presentaciones, Amanda intercambió una mirada con Brodrick y sintió que se le aceleraba el corazón cuando él le ofreció que se sentara a su lado; a continuación Olivia y ella empezaron a hablar y de inmediato se creó una bonita conexión entre ellas. Que dos jóvenes de edades similares no compitieran por ser la más bella no era lo normal, y eso se hizo patente ante todos.

Mientras charlaban y reían, Olivia se fijó en el anillo que aquella joven lucía en el dedo.

—¡No te puedo creer! —cuchicheó.

Amanda la miró directamente a los ojos. ¿A qué se refería? Y Olivia, señalando el anillo idéntico en forma de ala de pájaro que ella llevaba, murmuró divertida:

—El vendedor me ha dicho que contenía un hechizo que atraía el amor verdadero.

—¡A mí me ha dicho que ahuyentaba a los moscones! —se mofó Amanda—. Y he comprado otro para mi hermana Johanna.

Ambas reían por aquello cuando Nigel, acercándose a ellas con sus dos amigos, comentó:

—Preciosos anillos.

—Muy bonitos —corroboró Wallace.

Contenta, Amanda los miró, y entonces se fijó en que Derek extrañamente no sonreía. ¿Qué le ocurría? Ese detalle tampoco le pasó inadvertido a Brodrick. ¿Qué le sucedía a su sonriente amigo?

Duncan, feliz por ver a su hija tan integrada con aquel grupo, asintió e indicó mirando a su mujer:

—El sábado, junto con Brodrick, iremos a la fiesta de cumpleaños de Olivia.

—¡Estupendo! —Megan sonrió.

—¡Pero qué alegría! —afirmó Otta.

Amanda sonrió contenta y Olivia, mirándola, murmuró:

—¡Me encanta la idea!

—Y a nosotras —aseguró Megan mirando a su hija, que parecía algo turbada por la cercanía de Brodrick.

De nuevo, las dos jóvenes hablaban y reían mientras el resto charlaba tranquilamente. Sin embargo, Amanda se percató de que, de vez en cuando, Olivia miraba a Derek como buscando algo, pero este, a diferencia de Nigel y Wallace, se había sentado al otro lado de la mesa.

Seguían charlando cuando Olivia, de pronto, preguntó dirigiéndose a los guerreros:

—Vendréis a mi fiesta el sábado, ¿verdad?

—Encantado de asistir —afirmó Nigel.

—No me la perderé —apostilló Wallace.

Derek no dijo nada, y entonces Amanda preguntó mirándolo:

—¿Y tú, Derek? ¿Vendrás a la fiesta del sábado?

El guerrero dio un trago a su bebida y luego, con cierta seriedad, respondió:

—No. Estaré en Montrose.

—Montrose es precioso, ¡pásalo bien! —se apresuró a decir Olivia.

Al oír eso, y aunque estaba por otros temas, Brodrick los miró. Que su amigo se fuera a Montrose sin habérselo dicho antes no era lo normal en él, pero calló. Aunque algo le quedó claro: acababa de descubrir quién lo tenía tan ofuscado.

—¡Idiota atontado! —musitó Olivia muy bajito.

Amanda, que estaba a su lado, la oyó, y, sin pensarlo, se levantó y sugirió:

—¿Me enseñas tu caballo, Olivia?

—Por supuesto.

Rápidamente Nigel y Wallace se levantaron, pero Amanda se apresuró a decir:

—Podemos ir solas. Gracias.

Los dos guerreros volvieron a sentarse ante la sonrisa de Brodrick y, cuando las jóvenes salieron de la taberna, Sherman miró a Megan y cuchicheó:

—Parece que se han caído bien.

—Sí. Eso parece —afirmó ella con una sonrisa al comprobar que el conde, disimuladamente, seguía con la vista a su hija.

Capítulo 15

Una vez fuera de la taberna, Amanda y Olivia caminaban hacia el lugar donde estaban sus caballos. Al cruzarse con Amanda, algunos lugareños le sonreían, pero, en cambio, otros la miraban con miedo.

—¿A los McRae siempre os miran así? —quiso saber Olivia.

—Y peor... No olvides que somos unos salvajes sanguinarios.

Eso hizo que ambas sonrieran, y luego Amanda cuchicheó:

—¡¿«Idiota atontado»?!

Al oírla, Olivia murmuró:

—¡No te puedo creer!

—¿Qué no me puedes creer?

—Que hayas oído lo que he dicho.

Amanda rio. Por suerte, tenía un oído muy fino.

—Te he oído —repuso—, y tus razones tendrás para decir lo que has dicho.

—Las tengo.

Acto seguido guardaron silencio, hasta que Amanda, a la que le encantaba un romance, insistió:

—La verdad, no conozco mucho a Derek, pero, por lo poco que he visto de él, me parece un tipo agradable y

sonriente.

Olivia la escuchó y, sin poder evitarlo, cuchicheó:

—Mira, lo que es Derek Fraser ¡es un idiota! Por no añadir un ¡tonto! Y mil cosas más.

Oír eso a Amanda le hizo soltar una carcajada, y, cogiéndola del brazo con total confianza, musitó:

—Como dice mi madre, amores reñidos son los más queridos.

Olivia resopló.

—Aunque peque de indiscreta —insistió Amanda—, ¿puedo saber qué ha ocurrido entre vosotros?

La joven Lannister, al oírla, preguntó horrorizada:

—¿Tanto se nota?

—Sí.

—¡No te puedo creerrrrrrrr!

Amanda sonrió. Ella era especialista en notar ese tipo de cosas.

—Se nota si te fijas y prestas atención. Y yo me he fijado —respondió.

Olivia suspiró y, parándose, al ver que nadie podía oírlas, contó:

—Nos conocimos en la fiesta de mi prima Karla hace dos Navidades. Digamos que hablamos, nos caímos bien y, después, nos vimos en secreto varias veces en el bosque y en el río.

—Vaya..., ¡qué emocionante!

—Lo fue. —Y, bajando la voz, añadió—: Incluso nos besamos.

—¿En serio...?

Olivia, acalorada, se dio aire con la mano.

—Sucumbí al deseo de sus besos —murmuró.

—¡Madre mía!

—¡Por san Fergus, cómo me gustó!

Ambas rieron por aquello y luego Olivia continuó:

—Pero estas Navidades coincidimos en una fiesta y ni siquiera me saludó ni se acercó a mí.

—¿En serio?

Olivia asintió y, con gesto ofuscado, cuchicheó:

—Hizo como si no me conociera.

—¿Por qué?

—Porque, al parecer, me vio un día con Russell Birmingham y se creyó lo que no era. —Y, al ver como aquella la miraba, aclaró—: Russell Birmingham es el hijo de unos amigos de mis abuelos. Es como un hermano para mí. Y, bueno, necesitaba que lo aconsejara para comprar un anillo de compromiso para su novia, que, por cierto, vive en Edimburgo, y mira por dónde, ese tonto nos vio y pensó otra cosa.

—¡Será idiota!

—¡Muy idiota! Porque si se hubiera molestado en preguntarme, sabría la verdad y no lo que él imaginó. Pero, mira, si él ha decidido ignorarme y hacer que no me conoce, no seré yo quien vaya tras él.

Oír eso le hizo gracia a Amanda. Le gustó saber que aquella se respetaba como mujer, pues eso era lo que sus padres le habían inculcado desde siempre.

—Estoy contigo —afirmó—. Él se lo pierde.

Llegaron hasta los caballos en silencio, y Olivia comentó mientras acariciaba con cariño un caballo marrón con manchas blancas:

—El problema es que mis abuelos creen que ya ha llegado el momento de casarme.

—¿Y tus padres también lo creen así?

—Mis padres murieron en una contienda hace años, me crie con mis abuelos.

—Olivia, lo siento.

—Gracias. Y, bueno, el abuelo tiene un par de pretendientes que no me agradan nada y...

—Diles que no.

Olivia la miró al oír eso y aclaró:

—Ya he dicho que no a demasiados pretendientes a la espera de que el tonto se aclarara, y mis abuelos ya han llegado a su límite. Así que en la fiesta del sábado he de decidirme entre George Thomansen y Patrick McKeid. Mis abuelos quieren que esté casada después del verano.

—Madre mía..., madre mía...

—¡Y estoy horrorizada!

—No me extraña. Es para tirarse por un puente.

Las dos chicas se miraron con complicidad, y Olivia musitó tocándose su anillo:

—Siempre he querido casarme por amor, como lo hicieron mis abuelos y mis padres. Y cuando conocí a Derek, por el modo en que me miraba, me besaba y me trataba, pensé que había encontrado al hombre de mi vida. Alto, guapo, considerado, sonriente, divertido y respetuoso. Pero está claro que me equivoqué, y al final deberé tener una boda por conveniencia.

Amanda cabeceó; la tesitura en la que se encontraba aquella era habitual entre muchas jóvenes casaderas, y cuando iba a hablar, esta le preguntó:

—¿Tus padres no te buscan marido?

—Mi padre claro que busca... Pero ¿sabes lo mejor? Que el primero que no quiere que me case es él.

—¡No te puedo creerrrrr!

A Amanda le hacía gracia esa coletilla que tanto utilizaba Olivia. Su gesto y el modo en que abría los ojos al decirlo hacían que resultara muy graciosa.

—¿Tu clan es tan sanguinario como dicen? —le preguntó entonces a Amanda.

Oír eso hizo que ella sonriera.

—Mi clan es como cualquier otro. Eso sí, no nos busques, porque nos encontrarás.

La joven asintió con los ojos muy abiertos, y Amanda prosiguió cambiando de tema:

—En cuanto al tema boda, de momento me voy librando. Pero sé que llegará un día en el que tendré que elegir, sí o sí. Sin embargo, hasta que llegue ese día —dijo tocándose el anillo nuevo—, espero que este anillo ahuyente a los moscones.

Ambas rieron por aquello y luego Olivia preguntó:

—¿Te gustaría casarte por amor?

—Por supuesto. Mis padres y mi hermana así lo hicieron.

Se miraron unos segundos en silencio, hasta que Amanda cuchicheó mirando el dedo en el que lucía su nuevo anillo:

—Mi amor tiene los ojos grises.

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Entonces...?

—Desde pequeña sueño con ello.

—¿Con un hombre de ojos grises?

—Sí.

Olivia sonrió al oír eso y, bajando la voz, declaró:

—Creo que conozco a tu amor.

Boquiabierta, Amanda parpadeó, y Olivia añadió con retintín:

—Se llama Anderson Wellington. Es el hijo de unos buenos amigos de mis abuelos y vendrá a mi fiesta.

Sin dar crédito a lo que oía, Amanda se acaloró. Sería la primera vez que viera a un hombre con ese tono de ojos. ¿Sería su amor?

—Es alto, gallardo y un excelente bailarín —describió Olivia—, pero, si he de serte sincera, no lo veo para ti.

—¿Por qué dices eso?

Tras hacer un gracioso gesto con los ojos, Olivia contó:

—Es de los que, cuando consiguen su objetivo, lo olvidan y van a por el siguiente. Y si digo esto es porque lo sé de buena tinta.

—¡¿Tú?!

Rápidamente Olivia negó con la cabeza.

—Solange, mi prima. ¡Ay, Dios mío, qué chismosa soy! —susurró.

Amanda cabeceó. Saber que aquel hombre era un mujeriego no le gustó. Jamás en la vida querría tener nada que ver con alguien así, por lo que, negando con la cabeza, repuso:

—Entonces dudo que ese sea mi amor.

—Aun así, te lo presentaré.

—Me agrada conocerlo.

Ambas rieron por aquello, y Amanda, aún nerviosa por aquella información, acarició a su montura con mimo.

—Tu caballo es precioso —comentó Olivia.

—Gracias. Se llama *Dalmore* y es loco e intrépido.

Olivia lo tocó con cariño y Amanda, fijándose en el caballo de ella, susurró:

—El tuyo es muy bonito también.

—*Hansi* no solo es bonito. También es un amor.

Sonriendo, Amanda asintió y, acercándose más al animal, preguntó:

—¿Tiene un ojo azul y otro marrón?

Olivia asintió. Su caballo tenía esa particularidad.

—Heredó ese rasgo de su madre albina, junto con las manchas blancas de su pelaje.

Amanda miró aquel ojo azul que tan bonito le parecía.

—Mi ilusión es tener algún día una yegua de pelo blanco, piel rosada y ojos azules a la que llamaré *Nieve* —declaró.

—Estás describiendo a *Moyra*, la madre de *Hansi*.

Oír eso hizo que Amanda se acelerara. Aquella muchacha no paraba de decirle cosas que la sorprendían.

—¿Y dónde está *Moyra*? —se apresuró a preguntar.

—Murió hace dos años.

—Oh, qué pena.

Ambas sonreían cuando vieron salir de la taberna al resto del grupo. Rápidamente los ojos de Amanda fueron hasta Brodrick. La apariencia y la seguridad al andar de aquel siempre llamaba su atención, y al verlo sonreír por algo que Wallace le decía y sentir como la sangre de su cuerpo se revolucionaba, dejó de mirar.

Pero ¿qué le ocurría con ese hombre?

Una vez que todos se acercaron a ellas, Olivia miró a Amanda y comentó:

—Ni te imaginas la ilusión que me hace que vengas a mi fiesta.

—¿Por qué?

—Porque, sin apenas conocerte, siento que eres como yo.

—¿Como tú?

Olivia asintió e indicó en un susurro para que los demás no la oyeran:

—Como suele decir mi abuela, demasiado atrevida y loquita.

De nuevo las chicas rieron por aquello y luego Olivia añadió:

—Criarme junto a Russell y Lobrut Birmingham me permitió aprender cosas que las jóvenes no suelen saber.

—¿Aprender qué?

Olivia tomó aire y, volviéndose para que aquella conversación siguiera siendo privada, explicó:

—Por ejemplo, saber empuñar una espada, cazar, lanzar dagas... Virtudes que, según mis amigas, me desmerecen como mujer.

Oír eso le hizo gracia a Amanda. A ella, todo eso se lo habían enseñado sus padres.

—Mis dos amigas, las más cercanas, aunque las quiero, son excesivamente aburridas —contó Olivia—. Solo piensan en bordar tapices y en ir a la iglesia a ponerle velas al santo para encontrar un buen marido y tener infinidad de hijos.

Amanda rio. Muchachas como aquellas había muchas, y entendía las palabras de su nueva amiga.

—No me perderé tu fiesta por nada del mundo —aseguró.

Tan pronto como se despidieron y los Lannister emprendieron su camino, Amanda vio que Derek observaba con disimulo a Olivia.

—Deberías asistir a la fiesta —murmuró pasando por su lado.

Según él la miró, ella le sonrió y montó a *Dalmore*. Se colocó junto a su madre y, evitando mirar a Brodrick, oyó que sus tripas rugían.

—Comienzo a tener hambre —dijo.

Que Amanda tuviera hambre y le sonaran las tripas no era nada bueno, por lo que Megan apremió a los guerreros:

—Vamos. Regresemos al castillo. Hay que cenar.

Al oír eso y ver el gesto de su mujer, Duncan la entendió y, junto a aquellas, aceleró el paso.

Capítulo 16

Ya en el castillo, Amanda subió a su habitación para asearse y dejar la espada.

Sus tripas no paraban de rugir e incluso le temblaban las manos del hambre que tenía. Buscó entre sus cosas unas galletas que siempre llevaba para momentos como ese, pero, para su desgracia, se las había acabado durante el viaje.

Minutos después, una vez que se aseó con el agua de una aljofaina, se peinó con rapidez y salió del dormitorio. Las tripas le rugían y mucho. Estaba hambrienta.

En el pasillo oyó voces procedentes del piso de abajo y rápidamente identificó la voz de sus padres, que hablaban con alguien. ¡Ya estaban listos!

De nuevo, sus tripas rugieron. Cuando el hambre se apoderaba de ella salía siempre a relucir su parte más irracional. Y, tomando aire, susurró:

—Madre mía, ¡qué hambre!

Cuando iba a bajar por la escalera para reunirse con aquellos, de pronto oyó unos murmullos y se detuvo. Procedían del piso superior, y, procurando hacer caso omiso de sus tripas, dio media vuelta y comenzó a subir.

—Vuelve a darme un manotazo y dormirás a oscuras — oyó.

—Nooooo.

Amanda enseguida identificó las voces de Flora y de Peyton. Por lo que, caminando sin hacer ruido, se dirigió hacia la puerta abierta, y volvió a oír:

—Me haces dañoooooo...

—¡No te muevas!

—¡Me haces dañoooooo!

—¡Que no te muevas, maldita huerfanita!

—¡Déjame!

—¡Peyton! ¡Estate quieta!

Amanda se detuvo antes de llegar a la habitación; a continuación oyó que algo caía al suelo y, acto seguido, Peyton salió corriendo del cuarto. Con las prisas, la niña no la vio, su cuerpecito chocó con el de ella y, cuando se miraron, Amanda se quedó sin habla al verla. Su antaño precioso cabello rojo apenas le llegaba ahora por los hombros, tenía unas tremendas ojeras y estaba muy pero que muy delgada.

Pero ¿qué le había pasado?

Acto seguido Flora salió de la estancia con gesto de enfado, que cambió radicalmente al encontrarse con Amanda. Durante una fracción de segundo, ambas se miraron mientras las tripas de Amanda seguían rugiendo.

—Oh, *milady* —murmuró Flora al cabo, dulcificando su tono de voz—, no os he oído llegar.

Amanda asintió. Eso estaba claro o, de lo contrario, no le habría hablado así a la niña. ¿La había llamado «maldita huerfanita»?

Entonces la mujer extendió una mano y dijo:

—Señorita Peyton, venid aquí y dejad de molestar.

—No la toques o te arranco el moño —soltó Amanda.

—¡¿Cómo?! —preguntó la niñera sorprendida.

—He dicho que no la toques —repitió Amanda furiosa, y mirando a la pequeña, preguntó—: ¿Esta mujer te ha llamado «maldita huerfanita»?

La niña no respondió, solo la miró.

—Peyton —insistió ella—, acabo de hacerte una pregunta...

—Por todos los santos... ¿Cómo voy a decirle yo algo así a mi niña? —exclamó Flora.

—¡¿Tu niña?! ¡Tendrás poca vergüenza...!

A continuación ambas guardaron silencio y, de pronto, a sus espaldas se oyó:

—¿A qué se deben esas voces?

Era Brodrick, que las había oído al salir de su habitación.

—He preguntado qué sucede —reiteró acercándose a ellas.

Amanda lo miró. Acusar a aquella de algo que quizá no hubiera dicho no era su estilo. Y, viendo que la chiquilla no se movía de su lado para buscar refugio en ella, iba a hablar cuando la niñera comenzó a decir:

—Señor conde..., estaba desenredando el complicado cabello de la señorita Peyton cuando ella, enfadada, me ha tirado un zapato a la cabeza y..., bueno, ya sabe cómo es...

Brodrick resopló. Conocía el complicado carácter de su hija.

—Peyton... —murmuró mirando a la niña.

Amanda miró a su vez a la pequeña, que lo observaba en silencio. Sentir como sus manitas le apretaban la cintura la hizo entender que estaba asustada.

—Peyton, ¿lo que dice Flora es cierto? —demandó entonces su padre con voz autoritaria.

—Me... me hacía daño, señor —dijo ella con un hilo de voz.

—Peyton, ¡maldita sea!

—Te está diciendo que le hacía daño, ¿es que no la has oído? —terció Amanda.

Brodrick la miró. Aquel tono de voz y el modo en que lo miraba lo sublevaron. Pero ¿quién se creía aquella que era para hablarle así en su casa?

—Flora, llévate a la niña y que se acueste —ordenó molesto.

Peyton se agarró con más fuerza a Amanda, a la que le volvieron a rugir las tripas, y cuando la niñera iba a cogerla, Amanda se interpuso entre ambas al tiempo que decía con voz severa:

—Yo la acostaré.

Oír eso hizo que Brodrick la mirara.

—No hace falta. Su niñera lo hará y...

—Sé que su niñera lo hará. Pero, si no te importa, me gustaría ocuparme yo de hacerlo —lo cortó mientras cogía a Peyton en brazos.

Cada vez más sorprendido por el modo en que le hablaba aquella, el conde ladeó la cabeza.

—¿No crees que te estás extralimitando? —siseó.

—¿Por no llamarte «señor conde»? —se mofó ella.

Brodrick, sorprendido, no supo qué decir, y Amanda le soltó con mofa y gesto malhumorado:

—Entonces disculpad, *señor conde*. No era mi intención, pues lo único que pretendo es ocuparme de vuestra hija. —

Y, obviando el gesto de aquel, añadió—: Por cierto..., quizá quien se estaba extralimitando era Flora por las cosas que le decía.

Brodrick miró a su niñera, que azorada susurró:

—Señor conde, os juro que...

—No hay nada peor que una mentirosa que jura —soltó Amanda.

—¡Señor conde! Pero ¿qué dice esta mujer?

Sin darle tiempo a responder, ella la miró y cuchicheó:

—Mira, guapa... A las de tu calaña las calo yo enseguida. Y no sé si he oído bien, pero tú a mí no me la das. Ya no me gustaste cuando te vi en Eilean Donan, pero hoy me gustas menos aún.

—¡Señor conde!

—Señor conde..., señor conde —se burló Amanda—. ¡No te escondas detrás de él!

—¡Basta ya! —gruñó Brodrick.

Pero para Amanda aquello no terminaba ahí y, mirándolo, replicó:

—¿No crees que Peyton merece que la escuches?

El highlander observó a la pequeña a la espera de lo que dijera, pero ella guardó silencio y ni siquiera lo miró.

—Por lo que veo, Peyton poco tiene que decir —señaló cansado.

—Cielo, estamos aquí para escucharte —insistió Amanda.

La niña no habló, la intimidante mirada de Flora la advertía. Brodrick resopló y, cuando se disponía a replicar, oyó algo y preguntó:

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Mis tripas. Tengo hambre —respondió Amanda con seriedad.

—Pues razón de más para que Flora acueste a la niña.

—He dicho que quiero hacerlo yo —repitió Amanda entre dientes.

El conde la miró. Y, sorprendido tanto por su carácter como por el modo en que su hija se agarraba a aquella, a la que apenas conocía, claudicó para no montar una escenita.

—Vete a descansar, Flora. Lady Amanda acostará a Peyton —indicó.

—De acuerdo, señor conde —respondió dócilmente la aludida, dando media vuelta para desaparecer acto seguido.

Una vez que los tres se quedaron a solas en el pasillo, Brodrick miró a la joven.

—No me gusta que me lleven la contraria delante del servicio —reprochó.

Amanda asintió, sabía que no estaba bien lo que había hecho.

—Lo entiendo y lo respeto —afirmó.

—Y si lo entiendes y lo respetas, ¿por qué lo haces?

—Porque tengo mis motivos.

—¿Motivos? ¿Y qué motivos son esos?

—Esa mujer no estaba tratando bien a Peyton. ¿Te parece poco motivo? Y, aunque creo que no me equivoco, no voy a repetir lo que he oído porque, sin estar segura al cien por cien, no sería justo. Pero, vamos, que aun sin haber oído las palabras exactas, si alguien utiliza un tono así con una hija mía, lo tiro por la ventana.

Brodrick suspiró. Amanda ignoraba lo difícil que era tratar con su hija. Y, sin querer entrar en más controversias, miró a la pequeña y señaló con seriedad:

—Compórtate. Acuéstate y deja que Amanda pueda bajar al salón a cenar, ¿entendido?

La niña asintió asustada y su padre, tras oír nuevamente las tripas de Amanda, dio media vuelta y se marchó. Discutir con aquella era lo último que deseaba.

En cuanto se quedaron a solas, Amanda, que había cogido a la pequeña en sus brazos, resopló y preguntó:

—¿Por qué no hablas? ¿Por qué no te defiendes?

Peyton la miró fijamente sin contestar, y la joven, dándose por vencida, musitó:

—Si alguien me hubiera hablado así cuando era niña, te aseguro que calladita como tú no me habría quedado.

De nuevo, la niña calló.

—¿Recuerdas que me llamo Amanda? —preguntó entonces ella.

—Sí, señora.

Oír eso y ver como la miraba hizo que la joven indicara en un tono quizá demasiado serio:

—Soy Amanda, no «señora», ¿entendido?

La niña esbozó de pronto una tímida sonrisa y, con la mano, se tocó el lóbulo de la oreja.

—Tienes la misma sonrisa que tu padre —comentó Amanda—. E incluso te tocas la oreja como él al sonreír.

Eso hizo que Peyton parpadeara sorprendida.

—¿En serio? —dijo.

—Totalmente en serio. Brodrick también lo hace —afirmó ella.

Durante unos segundos la chiquilla sonrió y Amanda cuchicheó al percatarse de ello:

—Estoy convencida de que a tu padre le gusta ese parecido.

La sonrisa de la niña se esfumó de repente, regresó su gesto serio y murmuró en un tono de voz grave:

—Yo creo que no.

Sorprendida al oír eso, Amanda negó con la cabeza. Si algo tenía claro era que Brodrick amaba a su hija. Y, cuando iba a hablar, la niña se bajó de sus brazos y dijo:

—Tengo sueño.

—Pues entonces hay que dormir —indicó Amanda intentando entender lo ocurrido.

Con paso seguro, ambas entraron en la habitación. Y Amanda, al ver el peine lleno de cabellos rojos que, con seguridad, la niñera le había arrancado a la niña, dijo evitando preguntarle por aquella mujer:

—Mañana te prepararé una crema para el cabello. Eso hará que, cuando pasemos el peine, se desenrede mejor. Por cierto, ¿qué ha ocurrido para que ahora lleves el pelo corto?

Peyton la miró. Responder a aquello no era algo que le trajera buenos recuerdos, por lo que calló.

—Vale —musitó Amanda—. Veo que te acoges al voto de silencio.

Y, sin querer presionar a la niña, dijo, observando que había dos catres en la habitación:

—¿Es la camita de tu hermano?

—Sí, señora.

—Amanda..., llámame Amanda —insistió—. ¿Y dónde está Ossian?

Según lo preguntó, recordó que Brodrick le había dicho que estaba con su madre en Dumfries.

—Está con la señora Eleanor —respondió la cría.

—¿Y quién es la señora Eleanor?

—La madre del señor. Ella vive en Dumfries.

Amanda asintió asombrada. Eso de que la niña llamara «señor» y «señora» a familiares tan cercanos le resultaba muy extraño, e, intentando entenderla, preguntó:

—¿Quieres decir que está con tu abuela?

La niña asintió con un gesto extraño. Se tumbó en su cama y se quedó mirando el anillo con forma de ala de pájaro que Amanda llevaba en el dedo.

—¿Te gusta? —dijo ella al percatarse.

—Es precioso —afirmó Peyton con voz cautivada.

De pronto las tripas de Amanda volvieron a rugir, y la cría preguntó:

—¿Tanta hambre tienes?

Amanda asintió e, intentando sonreír, cuchicheó:

—¿Quieres saber un secreto? —La cría asintió y ella, en voz muy baja, contó—: Desde que era pequeña, cuando tengo hambre el malhumor me domina y puedo ser muy peligrosa...

—Entonces tienes que comer —dijo Peyton.

—Sin duda..., o te comeré a tiiiiiii —afirmó Amanda intentando hacerla sonreír, cosa que no consiguió.

Ambas se miraron en silencio, y luego la chiquilla murmuró:

—Hay que encender tres velas. Y esa —indicó señalando la más alta y ancha— ha de estar puesta en el centro.

—¿Por algún motivo en especial?

La pequeña asintió, pero cuando Amanda comprendió que no iba a contárselo, insistió:

—¿Por qué duermes con luz?

—Me da miedo la oscuridad.

—¿Por qué, cariño?, si tu padre y sus hombres están aquí para protegerte.

De nuevo el silencio se instaló en el cuarto. Peyton no quería hablar.

—¿Y han de ser tres velas? —siguió preguntando Amanda.

Con seriedad, la niña volvió a asentir y ella las encendió sin preguntar nada más. Una vez que las tres velas estuvieron encendidas y en el orden que la cría deseaba, se acercó para darle un beso en la frente, pero esta se retiró. El gesto que vio le hizo saber que desconfiaba de ella, por lo que, sin acercarse de nuevo, le lanzó un beso con la mano y dijo recordando una broma que compartía con sus padres:

—Vamos, ¡cógelo antes de que se escape!

La niña no se movió, solo la miró. Y Amanda se dirigió a la puerta.

—Descansa. Si necesitas cualquier cosa estoy durmiendo en la que fue la antigua habitación de tu padre, en el piso de abajo, ¿de acuerdo?

Peyton asintió.

—Buenas noches, señora.

Esta vez Amanda no la corrigió. Y, al salir, vio a la niñera en el mismo momento en que las tripas volvían a rugirle.

—¿Está en su cama la señorita Peyton? —preguntó Flora con gesto agrio.

Amanda asintió y, acercándose a ella, cuchicheó en tono sibilino:

—No sé si antes he oído bien o no, y no puedo afirmarlo ni acusarte porque Peyton no quiere hablar de ello. Pero, si vuelves a tratar mal a la niña y yo me entero, te juro, Flora, que te las vas a ver conmigo. Y, cuidadito, porque yo no soy el «señor conde»...

La aludida parpadeó al oír eso y Amanda, dando media vuelta, se encaminó hacia la escalera. Necesitaba comer para tranquilizarse.

Capítulo 17

Entró en el salón como un vendaval y, sin importarle lo que aquellos hombres pudieran pensar de ella, soltó:

—Peyton está ya en la cama; ¿cenamos?

Duncan y Megan se miraron. El gesto serio de su hija les indicaba que estaba para pocas bromas.

—Por supuesto, mi vida —afirmó él—. Vamos, ve sentándote.

Una vez que todos tomaron asiento, Megan cogió un trozo de pan, se lo tendió a su hija y señaló:

—Tiene pinta de estar delicioso, ¡pruébalo!

Sin hablar, y tratando de ignorar como la miraban todos, Amanda dio un mordisco al pan. Sentir que aquel bajaba por su garganta hizo que las tripas poco a poco comenzaran a calmarse y su oscuro humor empezó a cambiar, aunque, cada vez que miraba a Brodrick y sentía que la juzgaba, le daban ganas de lanzarle un tenedor.

Un rato más tarde, después de que Isobel, la tía de Derek, los deleitara con un buen plato de estofado y un exquisito postre, cuando pasaron al salón de al lado para que los hombres se tomaran un licor, Amanda sonreía ante las cosas que Wallace y Nigel decían. El humor de aquellos era encantador.

Por su parte, Derek, desde que habían regresado de la taberna, no había vuelto a acercarse a ella. Estaba claro que ver a Olivia lo había removido por dentro.

—Bonita noche —dijo Amanda aproximándose a él, que miraba por la ventana.

—Así es, *milady*.

—Me llamo Amanda.

—Lo sé. Pero Brodrick nos ha pedido que os llamemos así.

Se quedaron en silencio y luego ella, resoplando, comentó:

—Por suerte, la primavera ya está aquí, y tras ella vendrá el precioso verano.

Derek asintió y Amanda, viendo que aquel no iba a hablar, empezó a decir:

—Ni te conozco a ti ni conozco a Olivia, pero algo me dice que existe una historia entre vosotros dos.

Molesto, él la miró y la joven añadió dirigiendo la vista a Nigel y a Wallace, que hablaban justo enfrente de ellos:

—Y algo me dice que quizá ellos no saben nada de esto..., ¿o sí?

Inquieto, Derek parpadeó.

—Vamos, cuéntame qué pasó entre vosotros o tendré que preguntarles a ellos... —cuchicheó ella.

—¡No os atreveréis!

—Ponme a prueba.

—¡*Milady*!

—Derek...

Él volvió a parpadear asombrado. Aquella muchacha había pasado de ser un encanto a convertirse en una

auténtica bruja.

—No tengo por qué contaros mi vida —masculló.

—Cierto es —dijo Amanda, y, mirando por la ventana, añadió—: Como yo tampoco tendría que hablarte sobre la vida de cierta joven que dentro de pocos días ha de decidir sí o sí quién será su futuro marido.

Oír eso hizo que Derek se paralizara. Pero ¿qué decía aquella? Y, cuando vio que iba a darse la vuelta para marcharse, gruñó:

—¿De qué estás hablando, Amanda?

Viendo que había atraído toda su atención, ella sonrió y murmuró tocándose el pelo:

—Interesado en lo que digo y llamándome por mi nombre..., ¡no te puedo creerrrrr!

Derek, a quien los nervios le subían por el cuerpo, al oír eso último, tan de Olivia, siseó intentando guardar la compostura:

—¿Qué sabes?

Amanda lo miró y, cuando vio que no pretendía hablar, repuso:

—Cuéntame tú primero qué pasó para que la vieras en Navidad e hicieras como que no la conocías.

Inquieto, Derek tomó aire. Pero ¿cómo podía Olivia haberle contado aquello?

—La vi con Russell Birmingham muy contenta y feliz probándose un anillo —siseó molesto.

Oír eso le hizo gracia a Amanda.

—Un anillo que era para la novia de Russell, que, ¡oh, por cierto!, vive en Edimburgo... —musitó ella.

Enterarse de ese detalle dejó sin aliento a Derek.

—¿Russell tiene novia? —murmuró.

Amanda, que creía lo que le había contado Olivia, asintió y, viendo el gesto desconcertado de aquel, susurró sin ser oída por el resto:

—Russell y ella son como hermanos; ¿acaso no lo sabías?

—Pero yo pensé...

—Yo pensé..., yo pensé... Está claro que pensar no es lo tuyo.

—Os estáis pasando, *milady*...

Divertida, Amanda sonrió.

—Entre ellos solo hay una bonita amistad, y, si le hubieras preguntado, ella te lo habría contado. Y en cuanto al anillo, lo quería para declararse a su novia.

Derek parpadeó de nuevo y luego dijo tocándose la frente:

—No..., no..., no...

—Pues sí..., sí..., sí. Siento decirte que sí. ¡La has cagado!

—¡*Milady*!

—Vale. Tienes razón. Mi impulsividad me hace ser malhablada.

Entonces se miraron en silencio unos segundos, hasta que Amanda preguntó:

—¿Cómo eres tan tonto?

—Volvéis a pasaros, *milady*.

Ella asintió.

—De nuevo tienes razón. Me estoy pasando —dijo—. Pero ya he comentado que mi especialidad es decir lo que no se quiere oír.

La cabeza de Derek iba a mil. Todo lo que había imaginado e inventado no era cierto. Y Amanda, viendo con

el rabillo del ojo como Brodrick los observaba, insistió:

—Imagina que Olivia nos viera en este instante a ti y a mí, alejados de todos y cuchicheando junto a la ventana... ¿Crees que pensaría mal? —Él no respondió y ella prosiguió —: Probablemente la curiosidad le haría querer saber por qué estamos aquí, y lo lógico y normal es preguntar, ¿no? — Derek asintió con la cabeza en silencio—. ¿Y por qué no lo hiciste?

El guerrero maldijo para sus adentros.

—Pues, por no preguntar, ahora sus abuelos le han dado un ultimátum —musitó Amanda—. Por tanto, si Olivia significa algo para ti, o actúas rápido, o luego te darás de cabezazos contra la pared cuando la veas del brazo de otro y sepas que comparte lecho con él.

—¡*Milady!*

—¡Madre mía! Me he vuelto a pasar...

Oír eso no era agradable. Si algo tenía claro Derek era que adoraba a Olivia.

—¿Ella piensa en mí? —quiso saber.

Amanda cabeceó y respondió con sinceridad:

—Para que yo sepa esto, ¿tú qué crees?

Derek sonrió.

En ese instante Brodrick se les acercó y, mirándolos, preguntó curioso:

—¿Va todo bien por aquí?

Amanda y Derek intercambiaron una mirada y este último respondió:

—Claro que sí.

Tras dedicarles una mirada que ninguno supo interpretar, cuando Brodrick se alejó Amanda cuchicheó:

—¿Lo ves? Cuando uno tiene curiosidad, ¡pregunta!

Él asintió. Y, viendo como Brodrick llegaba hasta el grupo y, tras colocarse junto al padre de ella, volvía a mirarlos, murmuró:

—Que sepáis, *milady*, que me gusta vuestra franqueza.

—¿Aunque te llame «tonto»?

Consciente de que tenía que hacer algo para solucionar lo que él había provocado, él afirmó:

—Aunque me llaméis «tonto». —Y, tomando aire, añadió —: Ahora, si me disculpáis, *milady*, he de solucionar un error.

—¡Soluciónalo bien!

Segundos más tarde, después de que él saliera por la puerta sin despedirse de nadie, Wallace se acercó a ella.

—*Milady*, ¿adónde va Derek?

Amanda dio un trago a su bebida y respondió:

—La verdad es que no lo sé.

Capítulo 18

Mientras hablaba con Megan y Duncan, con disimulo, Brodrick observaba como Amanda y Wallace sonreían. Estaba claro que su gesto serio de antes de la cena había desaparecido.

—¿Puedo saber qué le ocurría a Amanda antes de la cena, que estaba tan ofuscada? —preguntó curioso.

Ellos se miraron con complicidad y luego Duncan respondió:

—Tenía hambre.

—¡Duncan!

Brodrick lo miró extrañado, y el laird añadió:

—Nunca le digas que te lo he contado, pero desde pequeña, cuando tiene hambre, Amanda se ofusca hasta tal punto que incluso podría matarte.

—¡Duncan!

El hombre sonrió ante la llamada de atención de su esposa. Si decía eso era porque deseaba que el conde conociera a su hija.

—Pero, una vez que come, se le pasa. Tranquilo —finalizó.

—Por san Ninian, Duncan, ¡¿qué haces contando esas cosas?!

El aludido miró a su mujer y, encogiéndose de hombros, respondió mientras sentía como aquella lo pellizcaba en la pierna:

—Mi vida, Brodrick es de la familia.

Sorprendido por aquello, el conde cuchicheó pensando en el malhumor de la joven:

—¿Me estáis diciendo que con hambre vuestra hija es temible?

—Básicamente —afirmó Duncan.

—¡Duncan! Por favorrrrr —le reprochó Megan sin dar crédito.

Poco rato después, mientras bebían y conversaban, Duncan se fijó en que su mujer y su hija hablaban retiradas de los hombres.

—He pensado en comprarte unas cien ovejas y probar a ver qué tal se le da a mi gente cuidarlas y criarlas —lo informó Brodrick.

—Cuando quieras hablamos de negocios —apostilló Duncan—. Ven a Eilean Donan. Pasa unos días con nosotros y Amanda o yo te enseñaremos el cuidado que necesitan.

—¿Amanda?!

Con seguridad, el guerrero asintió.

—Amanda y Johanna han aprendido muy bien el negocio.

Ambos hombres sonrieron y luego Brodrick indicó mientras observaba con disimulo como hablaban Amanda y su madre:

—Construí varios refugios para resguardar al ganado del frío invierno. A mi padre todos los años se le moría una tercera parte durante esa estación, pero este pasado año no ha sido así. Y supongo que es porque lo hice bien.

—Podemos ir mañana y enseñarles las instalaciones que construimos para el ganado —indicó Wallace.

—Quizá a ellas no les agrada ir... —señaló Brodrick, al ver ahora reír a Amanda y a su madre.

—Si te refieres a mi mujer y a mi hija, les encantará conocer las instalaciones —repuso Duncan.

Sorprendido, Brodrick lo miró.

—No es muy propio de mujeres —comentó Nigel.

Duncan asintió.

—Por suerte, mis amores son distintas —respondió divertido.

Todos sonrieron por aquello y Brodrick, viendo como sus dos amigos se acercaban a las dos mujeres, que ahora los miraban y sonreían, preguntó:

—¿Qué tal Johanna y su marido?

—¡Felices! Y yo, feliz por ellos —declaró Duncan.

Al oír eso, Brodrick le palmeó la espalda y murmuró:

—Enhorabuena, otra vez, por la estupenda noticia.

Duncan sonrió. Siempre que pensaba que su niña le iba a dar un nieto o nieta sonreía como un bobo.

—Hace dos días fui padre, y ahora voy a ser abuelo —susurró—. La vida pasa muy rápido, por lo que debes disfrutar de Peyton y Ossian, que cuando menos te lo esperes...

—Todavía son muy pequeños.

—Amigo, para ti siempre serán pequeños, por mucho que crezcan —afirmó viendo a su hija reír.

Acto seguido ambos guardaron silencio durante unos segundos, hasta que Duncan añadió:

—Pensar que algún día Amanda también se marchará de casa me parte el corazón.

—Es ley de vida, Duncan.

—Lo sé. Pero este sentimiento de amor y protección que yo tengo solo lo entenderás el día que Peyton mire a otro hombre con los ojos enamorados con los que te mira a ti. Ese día sabrás que tu niña seguirá siendo tu niña, pero la mujer de otro.

Brodrick suspiró. Dudaba que algún día Peyton lo mirara con amor, viendo como huía de él ahora.

—¿Eso quiere decir que Amanda tiene pretendiente? —se interesó.

Duncan se apresuró a negar con la cabeza. ¡Excelente pregunta! Bajando la voz, agregó:

—Sigue sin compromiso, pero no por falta de opciones y peticiones. —Y, señalando a los dos amigos de aquel, indicó —: Y, si no, mira como tus amigos buscan su complicidad.

Observando junto a Duncan lo que aquel decía, Brodrick asintió. Amanda era una preciosa mujer morena de ojos verdes digna de admirar. Estaba observándola cuando oyó que Duncan añadía:

—Solo espero que sepa elegir bien a su compañero de vida, como supimos elegir su madre y yo.

Brodrick asintió. Él, que había estado casado en un matrimonio incompatible, entendía muy bien sus palabras.

—Amanda es lista —aseguró—. Sabrá elegir.

—Eso espero —repuso Duncan sonriendo.

En silencio, cogieron dos copas de una de las mesas y, tras darles un trago, Duncan miró el retrato del fallecido Magnus.

—¿Tu madre sigue bien? —preguntó.

—Dentro de unos días estará por aquí. Va a traerme a Ossian y...

—¿Tu madre en Roy Trust?!

Brodrick asintió, entendía su sorpresa.

—Tras la muerte de mi padre, la obligué a venir —indicó.

—Procuraré marcharme antes de que llegue.

Oír eso hizo que Brodrick lo mirara.

—Lo siento, muchacho, pero lo poco que nos vimos fue complicado entre ella y yo —añadió Duncan—. Era vernos a mí o al abuelo y ponerse como una loca.

Brodrick asintió, pues estaba al corriente de lo sucedido.

—Quizá fue porque la decepcionasteis.

—¿Nosotros a ella?

—Sí.

Sorprendido, Duncan lo miró y Brodrick dijo:

—Madre se enteró de que, cada vez que mi padre iba a visitaros a Eilean Donan, aprovechaba para pasar unos días con su amante en Dornie.

Duncan levantó las cejas. Era la primera vez que oía aquello.

—¿Acaso no sabes de lo que hablo? —preguntó Brodrick.

Asombrado, él negó con la cabeza.

—Una mujer llamada Marianela fue la amante de mi padre durante años. Incluso le dio una hija —explicó el guerrero.

—¿Tienes una medio hermana?

—La tuve —matizó Brodrick—. Esa niña murió a los pocos días de nacer.

Duncan estaba tan sorprendido que no sabía ni qué decir.

—Cuando madre se enteró de aquello —continuó Brodrick—, nuestra vida se convirtió en un caos que empeoró más aún en el momento en que padre se llevó a esa mujer a vivir a Aviemore y terminó en el lecho de él aquí, en Roy Trust...

—Pero ¿qué me estás contando? —murmuró Duncan estupefacto.

—Madre no pudo soportar la vejación de ser reemplazada por la amante, y por eso nos marchamos. Cuatro años después, mi padre la ordenó llamar. Al parecer, Marianela murió por unas fiebres, pero madre ya no quiso regresar. Nunca se lo perdonó.

—Pero si tu padre nos dijo que tu madre se marchó porque no quería vivir en las Highlands...

Brodrick negó con la cabeza y, sabedor de la verdad, indicó:

—Padre os mintió.

Boquiabierto, Duncan seguía sin saber qué decir.

—Mi madre siempre ha creído que tu abuelo y tú lo sabíais y lo encubríais. De ahí la mala relación que tiene con los McRae.

—Te prometo por mi mujer y mis hijas que yo, al menos, no tenía ni idea.

Después de un rato, y para cambiar de tema, al ver como Brodrick observaba con disimulo a Amanda, Duncan comentó:

—Ahora que estamos solos, me gustaría preguntarte qué pasó con tu mujer...

El joven dejó de mirar a Amanda, cambió el gesto y respondió:

—En verano, cuando regresamos de la fiesta en tu casa, llegaron noticias de que el hombre al que Scarlett amaba, Errol Williamson, había muerto en una contienda junto a sus hijos y su esposa. Saber eso enloqueció a Scarlett. Y si antes ya era de trato difícil, a partir de ese momento fue a peor —musitó callando ciertas cosas—. Finalmente, en Navidades, tras provocar un incendio, se quitó la vida cortándose las venas pocos días después.

Duncan suspiró. Aquello no debía de haber sido fácil para Brodrick.

—¿Tú estás bien? —murmuró.

El guerrero asintió. Aunque la muerte de Scarlett lo había apenado, también le había dado tranquilidad, pues su vida con ella era un infierno.

—¿Y cómo lo llevan los niños?

—Ossian, al ser tan pequeño, ni se ha enterado. Pero Peyton...

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que Duncan, viendo el gesto desencajado de aquel, preguntó:

—¿Qué pasa, Brodrick?

El guerrero lo miró. La angustia que sentía al ser consciente de sus pensamientos podía con él.

—Ocurre algo, ¿verdad? —insistió Duncan inquieto.

Brodrick asintió con pesar. Aquello que ocultaba solo lo sabía Derek.

—Lady Bedellia, la madre de Errol Williamson, me envió una misiva mientras estaba en casa de mi madre, en Dumfries, cuando fuimos a enterrar a Scarlett —musitó mirando a Duncan.

Hablar de aquello no le resultaba fácil.

—¿Esa mujer vive en Dumfries? —quiso saber Duncan.

—No. Ella vive en Drummore.

—¿Y para qué te escribe a ti?

Inquieto, el guerrero tomó aire y, tras dar media vuelta, se encaminó hacia la terraza seguido de Duncan.

—Quiere conocer a Peyton —aclaró una vez fuera.

—¡¿Qué?!

Brodrick asintió descompuesto y añadió con un hilo de voz:

—Según ella, Peyton es una Williamson.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

—¿Y no le arrancaste la cabeza por decir esa atrocidad? —siseó Duncan molesto.

El guerrero negó con la cabeza. Cuando había recibido la misiva, lo único que quiso fue alejar a Peyton de Dumfries.

—Tras la muerte de su hijo Errol, Scarlett y ella se comunicaban por carta —contó—. Lo descubrí al morir Scarlett, cuando encontré determinados documentos en su habitación.

—¡¿Cómo?!

Furioso, y olvidándose de dónde estaba, Brodrick asintió e indicó levantando la voz:

—Lady Bedellia es viuda, Errol era hijo único y, al morir él, se ha quedado sola. Al parecer, Scarlett le prometió en una de sus cartas que en un futuro yo renunciaría a la niña y ella podría criarla como su nieta.

—¡¿Cómo?!

—Lo que oyes, Duncan —siseó Brodrick furioso.

—Me estoy poniendo malo con lo que dices... ¿Qué clase de mujer sin escrúpulos ni sentimientos era Scarlett?

Brodrick asintió. Nadie mejor que él sabía cómo era su mujer.

—Y ahora lady Bedellia quiere reconocer a Peyton como su nieta —añadió con rabia—. Pero no, Duncan, no. Yo no pienso renunciar a mi hija. Peyton es una Fraser. Y yo soy su padre. Su único padre.

—¡Por san Ninian! Por supuesto que Peyton es tu hija —bramó enfurecido Duncan—. Tú eres su padre. Y ni esa mujer ni nadie puede decir lo contrario.

Los guerreros se miraban en silencio cuando oyeron a sus espaldas:

—¿Por eso Peyton regresó con nosotros a Aviemore?

Oír la voz de Wallace hizo que Brodrick cerrara los ojos. Él no deseaba que se enterara de ese modo. Se volvió y maldijo al comprobar que él, Nigel, Emilia, Megan y Amanda lo miraban también. Estaba claro que, cuando habló de aquello con Duncan, se había calentado y había subido la voz.

Así pues, consciente de que aquello ya no era ningún secreto, Brodrick asintió.

—Sí, Wallace. Por eso Peyton regresó con nosotros —dijo—. No porque mi madre no quisiera quedarse con ella como se quedó con Ossian.

—¡Por san Ninian...! —murmuró Nigel.

—Sé que cuando vuelva a Dumfries con Peyton y Ossian no será fácil, porque vamos a tener que soportar murmullos y cotilleos. En cuanto regresemos, le haré una visita a lady Bedellia para aclararlo todo, y más le vale olvidarse de mi

hija o tendrá un grave problema, porque estoy dispuesto a luchar por Peyton y dejar claro ante todo el mundo que ella es una Fraser.

Nigel y Wallace se apresuraron a acercarse a su amigo. Ahora entendían la extraña inquietud y el malestar que lo acompañaban últimamente.

—Como siempre, puedes contar con nosotros para lo que sea —susurró Nigel tras abrazarlo.

—¿Cómo no nos habías dicho nada? —preguntó Wallace.

Entendiendo su preocupación, y mientras veía a Duncan acercarse a su mujer y a su hija, respondió:

—Lo siento. Siento no haberos informado. Pero necesitaba tener claras las cosas antes de hablarlo.

—Verás cuando se entere Derek —musitó Nigel.

—Derek ya lo sabe —afirmó Brodrick—. Estaba conmigo cuando llegó la misiva, pero le prohibí contarlo.

Nigel y Wallace asintieron, haciéndose cargo.

Acto seguido Emilia, a la que le temblaban las manos, dejó la bandeja que llevaba sobre una mesita y se acercó a él.

—Perdóname por lo que voy a decir, pero maldita Innombrable —declaró—. Ni muerta y enterrada deja de dar problemas.

Amanda rápidamente miró a su madre y Megan, entendiendo su mirada, le hizo saber que había oído el apodo.

—Escúchame, mi niño —apostilló Emilia—. Peyton es tu hija y lucharemos por ella. Pero ¿no crees que ella será más feliz aquí que en Dumfries, lejos de las crueles habladurías?

Todos se miraban inquietos por la niña cuando Amanda, que había estado callada y observando, se acercó a Brodrick.

—Las habladurías han existido siempre y seguirán existiendo —empezó a decir—. Y, por muy lejos que uno esté de ellas, siempre acaban llegando. Hay una verdad incómoda que Peyton debe conocer, y cuanto antes la sepa, mejor, porque, por mucho que hagas, esa verdad nunca desaparecerá. Así pues, te aconsejo que hables con ella antes de que oiga cosas que puedan confundirla...

—¡Amanda! —la cortó su madre—. Pero ¿qué dices?

Pero la joven no apartó la mirada de Brodrick.

—Los niños son más listos de lo que los mayores imaginamos —prosiguió—. Ellos observan, ven, intuyen y sacan sus propias conclusiones. Dices que Peyton tiene rarezas. Pero quizá ella se comporta así porque ha oído cosas...

—Pero ¿qué va a oír Peyton? —gruñó Brodrick.

—Pues no lo sé, pero ¿te has preocupado en preguntarle? Él no respondió.

—Cuenta conmigo y con mi gente para ir a visitar a lady Bedellia —intervino Duncan.

Acto seguido, todos se quedaron en silencio, y Amanda, al ver lo confuso que estaba Brodrick, comentó:

—Cuenta conmigo también. Pero antes creo que deberías tener una conversación con Peyton y dejarle claro que la quieres.

Conmovido por esas palabras, el guerrero murmuró:

—Eso ya debe de saberlo.

Amanda suspiró. No quería dárselas de lista, pero sin dejarse censurar por el gesto ceñudo de su padre, insistió:

—Posiblemente. Pero no estaría de más que se lo recordaras.

Capítulo 19

Amanda dormía cuando la despertaron unos golpecitos. Rápidamente miró a su alrededor, pero no vio nada, solo la oscuridad de la noche, que entraba por la ventana.

Se tocó la espalda y maldijo. No era lo mismo dormir en el campo, sobre la hierba, que sobre la dura madera del suelo; se sentó y murmuró mirando el catre vacío:

—Aun así, es más cómodo que tú.

De nuevo oyó el ruidito. Esta vez se percató de que provenía de la ventana y, levantándose, se acercó a ella y la abrió. Al mirar abajo vio de inmediato a Olivia y, sorprendida, preguntó entre susurros:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito tu ayuda —contestó Olivia, que montaba el caballo de Derek.

—¿A estas horas de la noche?

—¡Sí!

—¿Qué pasa?

Sin poder dejar de sonreír, la joven, que la miraba desde abajo, cuchicheó:

—¡Me casooooo con Derek!

Sin dar crédito, Amanda parpadeó. ¿Cómo que se casaba con Derek?

Su gesto de desconcierto era tal que Olivia susurró:

—Ha entrado en mi habitación por la ventana mientras dormía. Hemos estado hablando. Hemos aclarado lo ocurrido y hemos decidido casarnos esta misma noche.

—¿Qué?!

—Iremos a casa del reverendo Wilson. Él nos casará. Mis abuelos se enfadarán cuando se enteren, pero cuando les diga que ha sido por amor y lo conozcan se alegrarán. Lo sé.

Boquiabierta por aquel repentino cambio de planes que no esperaba, Amanda asintió.

—¿Y qué necesitas de mí? —preguntó.

—Que seas mi testigo y mi dama de honor.

Amanda levantó las cejas sorprendida.

—A mis amigas nunca les podría pedir algo así, porque no lo entenderían —aclaró Olivia—. Y mucho menos lo harían porque lo considerarían una locura, ¡pero es mi locura de amor!

Amanda asintió. Aquello que Olivia explicaba era una chifladura. Pero el amor, como siempre decían sus padres, era loco e irreverente, por lo que, sin pensarlo, dijo mientras veía más allá a Nela, que desaparecía entre los árboles con un hombre:

—Me visto y bajo.

—¡Genial!

Cerró la ventana y fue hasta el armario. Al abrirlo vio los vestidos que había tenido que llevar para la visita y, cerrándolo, miró sus pantalones, su camisa y su capa y decidió que con eso iría más cómoda.

Cuando iba a vestirse, el sonido de unos susurros volvió a llamar su atención. Esta vez provenían del pasillo, por lo

que, con sigilo, fue hasta la puerta y la entreabrió. Frente a la habitación de Brodrick estaban él y Derek.

—No creo que sea buena idea —decía el primero.

—Pero, Brodrick...

—Derek, ¿acaso has olvidado ya lo caro que me costó a mí lo que hice?

—Olivia no es Scarlett, por todos los santos...

Sin ser vista, la joven observó como se miraban en silencio, hasta que el futuro novio cuchicheó:

—De acuerdo. No vengas. Pero despertaré a lady Amanda.

—¡Ni se te ocurra! —gruñó Brodrick deteniéndolo.

—¡Se lo he prometido a Olivia!

—¡Que no! —masculló Brodrick.

—Pues ya estoy despierta —dijo la joven sorprendiéndolos entre cuchicheos. Y, mirándolos, se tocó la espalda y afirmó, vestida solo con una escueta camisola blanca—: Imposible dormir. El suelo me está matando.

Brodrick, que era consciente de por qué lo decía, maldijo para sus adentros. ¿Cómo era tan mal anfitrión que había olvidado ese detalle?

Amanda se acercó entonces a ellos y cuchicheó dirigiéndose a Derek:

—Ya me lo ha explicado Olivia. Me visto rápidamente y bajo.

—Ni hablar, Amanda.

Oír eso hizo que la joven mirara a Brodrick. Si algo la enfadaba era que no la dejaran decidir por sí misma, pero el conde insistió:

—Si tus padres se enteran, se...

—Cuando se enteren de que ha sido una boda por amor, se alegrarán —lo cortó ella.

Derek sonrió, mientras Brodrick, mirando a aquella joven despeinada que más bonita no podía estar, continuó:

—Te prohíbo que bajes por esa escalera.

Amanda clavó sus impresionantes ojos verdes en él y, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Mala palabra has ido a usar conmigo...

—Estás en mi casa y debes obedecerme —insistió él, sin comprender a qué se refería.

—Pues no se hable más, *señor conde*, obedeceré —declaró ella con docilidad.

Tan pronto como se dio la vuelta para regresar a su habitación, Brodrick miró a su amigo con gesto triunfal.

—No hay nada como saber imponerse.

Derek asintió.

—Ve con Olivia —musitó aquel—. Dadme unos minutos para que me vista y os acompañaré, aunque sigo pensando que es una locura.

Derek lo abrazó feliz.

—¡Gracias! —exclamó.

Tras cerrar la puerta, Amanda se apresuró a quitarse la camisola y comenzó a vestirse, consciente de que las palabras de Brodrick, igual que le habían entrado por un oído, le habían salido por el otro.

Una vez vestida, abrió de nuevo la ventana. Por suerte, estaba en un primer piso, algo fácil para llegar hasta el suelo.

—¡Que me prohíbe dice...! —se mofó sonriendo.

Sin dudarle, se sentó en el alféizar de la ventana y se colocó su daga en la cintura para que no le molestara al bajar, y de pronto oyó que Olivia cuchicheaba:

—No te puedo creerrrrr...

—Pues créelo —afirmó Amanda volviendo a sonreír.

—No se te ocurrirá, ¿verdad?

—Siento decirte que sí.

—¡Amanda!

—Chissss, ¡calla!

Con agilidad, la joven McRae comenzó a bajar por la pared, hasta que de repente se oyó la voz de Derek:

—Lady Amanda, ¿qué hacéis?

—Bajar.

Cuando dio un último salto para que sus pies tocaran el suelo, miró a aquellos dos, que la observaban, y dijo con una gran sonrisa:

—¡Rápido y fácil! ¿Adónde hay que ir?

Olivia y Derek se miraban boquiabiertos por aquello cuando se oyó:

—Por todos los demonios, ¿qué haces aquí?

Al volverse, Amanda se encontró con Brodrick montado en su caballo. Iba vestido con un pantalón negro y una camisa blanca y estaba imponente. Durante unos segundos se desafiaron con la mirada, hasta que él empezó a decir con voz tensa:

—Te he prohibido que...

—... que bajara por la escalera. Y no he bajado por ella —lo cortó Amanda.

Brodrick la miraba sin entender, y esta, con gracia, le señaló la ventana.

—Bajar por ahí ha sido más fácil —murmuró.

—¿Qué?!

—Y eso, que yo recuerde, no me lo has prohibido...

Boquiabierto, él no supo qué decir. ¿En serio se había descolgado por la pared?

—¿Podrías haberte roto la crisma! —protestó.

—Si no me hubieras prohibido bajar por la escalera, eso nunca habría ocurrido —se mofó Amanda sonriendo.

—¿Y encima te ríes?

—Si quieres, lloro.

—¿Eres contestona a la par que temeraria! —gruñó el conde entre dientes.

—Mira —rio ella—, esa frasecita es muy de mi padre.

Atónito por el modo en que le contestaba en todo momento, inquirió:

—Pero ¿es que no ves el peligro?

—¿Bajar desde esa ventana tiene peligro? ¡Por favorrrr!
—se mofó Amanda.

Cada vez más ofuscado, Brodrick resopló. Sin embargo, no podía hablar alto para no despertar a nadie, y, molesto por no poder soltarle un grito, siseó:

—Volverás a la habitación y por la escalera.

—Va a ser que no —replicó ella.

El conde y la joven se miraban con rivalidad. Estaba claro que ambos eran dos personas de fuerte carácter. Y Derek, agobiado, apremió:

—¿Podéis dejar el momento «Quién es más cabezón» para otro día?

—¡No! —contestaron al unísono Brodrick y Amanda.

—Voy a ir a despertar a tu padre —soltó él acto seguido.

—Ve —afirmó ella con seguridad—. Te espero aquí.

Derek y Olivia se miraron, y el primero gruñó:

—Se nos hace tarde. Debemos partir.

—Sí, por favor —rogó Olivia montada delante de Derek en su caballo—. He de regresar antes del amanecer o entonces sí que me meteré en un buen lío.

Al oírlo, Amanda asintió y, sabiendo que había ganado el juego con el conde, indicó:

—Esperad, ¡voy a por *Dalmore*!

Pero, sin dejarla caminar, Brodrick se agachó y, como si fuera una pluma, la izó en el aire y la sentó frente a él. Acto seguido clavó los talones en los flancos de su caballo para que este comenzara a moverse.

—Ya que te has empeñado en venir, vendrás conmigo —indicó.

—No.

—Sí. Y no se hable más.

Esta vez la que resopló fue Amanda. Y, cuando fue a protestar y vio la media sonrisa de él, algo en su interior se removió y pensó que quizá al final el juego no lo había ganado ella.

Capítulo 20

Cabargar con Brodrick le resultó extraño pero reconfortante. A excepción de su padre o sus tíos, Amanda nunca había compartido montura con ningún hombre y, como le pasaba cuando cabalgaba con su padre, se sintió pequeña.

El conde era un tipo grande. Con su cuerpo protegía el de Amanda en todo momento y, aunque al principio cabalgaron en silencio, al final la curiosidad de Amanda por saber la hizo hablar y preguntar, mientras el guerrero la escuchaba y le respondía gustoso.

Brodrick disfrutaba con sus preguntas. La que había sido su mujer nunca se interesó por nada de lo que los rodeaba. Las tierras de Aviemore no habían llamado su atención, por lo que poder hablarle de ello a Amanda le resultó muy especial.

En ese primer momento de intimidad entre los dos, Amanda comenzó a ver a un Brodrick diferente. Por cómo le contaba las cosas no parecía tan aburrido, y empezó a preocuparse. Aquel no tenía los ojos grises, ¿por qué se sentía atraída por él?

Cuando llegaron a la casa del reverendo, mientras Olivia y Derek iban a despertarlo, Brodrick se apeó de su montura

y, antes de que Amanda se bajara de un salto, la agarró con caballerosidad y la bajó al suelo.

—Puedo bajar sola.

El guerrero asintió. Lo sabía, la había visto cabalgar.

—Simplemente intento ser caballeroso —indicó—. Y, por cierto —añadió enseñándole algo—, esta daga que llevabas en la cintura te...

—¿Por qué me la has quitado?

Se miraron en silencio y luego ella, molesta, se la arrebató de las manos. Era su daga, la que sus padres le habían regalado. Cuando iba a hablar, este dijo:

—La he notado al subir al caballo. Llevándola ahí, tú misma podrías clavártela sin querer al hacer un mal movimiento, por lo que mejor cámbiala de sitio.

—La cambiaré si así lo veo pertinente —gruñó ella mientras volvía a guardársela en el mismo sitio.

Brodrick resopló. Aquella era una cabezota.

—Solo era un consejo —musitó.

Alejándose unos pasos de él, Amanda tomó aire. Necesitaba centrarse, dejar a un lado los extraños nervios que el roce de su cuerpo y su olor le provocaban, así que al ver unas flores más allá, comenzó a cogerlas. Hizo un pequeño ramo con ellas que ató con una cinta que llevaba en la muñeca y, tras volverse y acercarse de nuevo a Brodrick, dijo dulcificando su tono de voz:

—Toda novia merece llevar flores en su boda.

—Sin duda. —Él sonrió.

De nuevo se miraron. Luego Amanda acarició el hocico del precioso caballo negro y preguntó:

—¿Cómo se llama?

—*Dunne*.

Amanda miró al animal. Era un caballo fuerte y poderoso como los que solía llevar su padre.

—Eres raudó y veloz, *Dunne* —susurró tocándolo con mimo—. Además de un precioso animal que estoy convencida de que debe de causar furor entre las yeguas.

Como si la entendiera, *Dunne* dio un resoplido que los hizo reír, y Brodrick afirmó tocándose el lóbulo de la oreja:

—Está claro que está de acuerdo contigo.

—¿Será porque es tan engreído como su dueño? —se mofó Amanda.

Boquiabierto por aquel ataque, Brodrick iba a contestar cuando la puerta de la casa se abrió y Derek dijo sonriendo:

—Solucionado. El reverendo nos casa.

Los tres sonrieron y el futuro novio murmuró:

—Lady Amanda, he de deciros que...

—Voy a ser testigo en tu boda; ¡¿qué tal si me llamas simplemente Amanda?!

Sin necesidad de mirar a su amigo, Derek asintió y dijo:

—Amanda, Brodrick, gracias por todo. Por favor, pasad.

Al entrar en la casa, se encontraron con un hombre mayor que terminaba de ponerse una sotana marrón. Era el reverendo, que, mirando a Olivia, decía:

—Muchacha, ¿has pensado qué dirán tus abuelos?

—Creo que se alegrarán.

—Pero te estás casando a escondidas y sin su consentimiento —insistió. Y, al ver como aquella lo miraba y sonreía, afirmó—: La verdad es que no vas a hacer nada que ellos no hicieran o que no hiciera tu madre. Todavía

recuerdo la madrugada en que vino a despertarme para que la uniera a tu padre.

Ambos sonrieron y el reverendo, mirando entonces a un más que sonriente Derek, añadió:

—Joven, si el día de mañana tu hija hace lo que tu mujer, su madre o su abuela hicieron, ¡entiende que es cosa de familia!

Derek soltó una carcajada divertido y Olivia, al ver lo que le tendía Amanda, murmuró:

—¡No te puedo creerrrrr! Has hecho un ramo precioso.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

Ambas sonreían por aquello cuando Amanda, viendo a los tres hombres hablar, se acordó de una cosa.

—Olivia, sé que no es el momento, pero ¿podría pedirte algo?

—Claro, ¿qué ocurre?

Amanda se acercó más a ella para no ser oída y cuchicheó:

—Eres una Lannister y, por san Fergus, te pido, por favor, que no te tomes a mal lo que te voy a decir...

—Ay, Amanda, ¡me estás asustando!

La aludida suspiró. Lo que iba a decir era algo que a ella no la incumbía, pero, incapaz de obviarlo, prosiguió:

—Sé que unos guerreros Lannister encargaron varios objetos a Calum Buchanan, el herrero de Brodrick, y, bueno..., recogieron sus cosas y no le pagaron ni tienen intención de hacerlo.

Oír eso hizo que Olivia parpadeara. Conocía a aquel buen herrero.

—No te puedo creer... —dijo con un hilo de voz—. ¿Que unos guerreros de mis abuelos no han pagado los servicios prestados por Calum Buchanan?

Amanda asintió sin dudarlo.

—¡Por san Ninian, qué vergüenza! —murmuró Olivia—. Tranquila. Mañana mismo hablo con mi abuelo y nos ocuparemos de esto.

—Pero no quiero que Calum tenga problemas.

—No los tendrá —repuso la joven—, o te aseguro que entonces los problemas los tendrán ellos.

Amanda sonrió aliviada; en ese momento el reverendo cogió un libro y, dirigiéndose a los allí reunidos, preguntó:

—¿Quién entrega a esta mujer?

Sin dudarlo, Brodrick asió el brazo de Olivia y, de pronto, el sacerdote exclamó:

—Santo Dios, pero si sois el conde Fraser.

Brodrick asintió con la cabeza y, agarrando con firmeza el brazo de la joven, afirmó:

—Así es, reverendo. Soy el conde Brodrick Fraser, y también soy quien entrega a esta preciosa mujer.

Sorprendido, el sacerdote asintió, pero entonces reparó en la presencia de la otra joven.

—No me digáis que he de officiar dos bodas, conde Fraser... —demandó.

—Loco estaría —murmuró rápidamente el aludido.

—Antes me tiro por un puente —se mofó Amanda divertida.

El sacerdote miró a aquellos dos con gesto de no entender nada, e iba a hablar de nuevo cuando Amanda, para acabar con el incómodo momento, anunció:

—Yo entrego a este hombre enamorado.

Y, sin más dilación, la ceremonia dio comienzo y, mientras Derek y Olivia disfrutaban del momento, Brodrick y Amanda se observaban con curiosidad y sonreían. Estaba claro que aquella cabalgata juntos había vuelto a conectarlos. Y cuando la ceremonia llegó a su fin y el reverendo declaró a los novios marido y mujer, Brodrick y Amanda los abrazaron con sinceridad.

Una vez que se despidieron del reverendo, después de que este les asegurase que les guardaría el secreto hasta que ellos lo contaran, los cuatro se dispusieron a regresar al castillo. Amanda, que montaba de nuevo con Brodrick, preguntó a Olivia, que iba con su marido:

—¿Y ahora cuál es el plan?

Derek y Olivia se miraron y, sonriendo, esta respondió:

—Regresaré a casa. A la hora de la comida hablaré con mis abuelos y esta noche Derek vendrá a cenar y se lo presentaré formalmente.

—Y luego ella se vendrá conmigo a vivir al castillo —afirmó Derek mirando a Brodrick, que asintió.

El conde observó a su amigo. La felicidad que veía en él no tenía nada que ver con la felicidad que él sintió en su boda.

—¿Tus abuelos querrán recibirlo? —preguntó mirando a la joven.

—Sí. Como ha dicho el reverendo, nosotros no hemos hecho nada que antes no hicieran ellos o mis padres.

Amanda sonrió y Derek, enamorado, tomó la barbilla de la que era su esposa y susurró:

—Y ahora, preciosa, bésame.

El beso no se hizo esperar, y Brodrick, apretando con los talones los costados de su caballo, murmuró:

—Os dejaremos un poco de intimidad.

Una vez que se separaron de aquellos, que se besaban con pasión, Amanda musitó feliz mientras se recolocaba la daga que llevaba en la cintura:

—¿No te parece emocionante?!

—¿El qué? ¿Tirarte por un puente?

Oír eso hizo sonreír a la joven. Estaba claro que la contestación que le había dado al sacerdote le había molestado, pero, sin entrar en ello, respondió:

—¡Su amor! ¡Cómo se miran! ¡Cómo se besan! ¡Todo!

Brodrick asintió mirando al frente, y Amanda volvió la cabeza para hablarle.

—Ver a una pareja como Olivia y Derek me pone tan feliz... —comentó.

Divertido, el guerrero asintió y luego preguntó con curiosidad:

—¿Alguna vez tus ojos miraron a un hombre como ahora miran los de Olivia a Derek?

—No.

—¿Ni una sola vez?!

—Ni una sola vez.

—Quizá porque no tenía los ojos grises...

Amanda, al oírlo, se volvió de nuevo sorprendida. ¿Cómo podía saber aquello?

—Vale. Lo confieso —dijo él entonces—. Tu padre me lo contó cuando estaba valorando la peligrosidad de Wallace, Nigel y Derek.

Eso hizo que ambos soltaran una carcajada y, acto seguido, Brodrick, sin saber por qué, musitó:

—Con Scarlett nunca hubo amor. Existió entendimiento cuando éramos amigos, pero una vez que sus padres la repudiaron por el embarazo y nos casamos, ella... Bueno, mejor no hablar.

Amanda asintió. Entendía que aquello no debía de ser fácil, y, sin apartar los ojos de él, dijo:

—Fuiste un buen amigo.

—Y un buen bobo —murmuró Brodrick con amargura.

—¡No digas eso!

—Así lo siento.

Acto seguido, ambos guardaron silencio, hasta que ella dijo:

—Si hay algo que adoro en el mundo son los niños y los animales. Y a Peyton, según la conocí, la adoré..., pero cuando he vuelto a verla me he quedado muy sorprendida... Ha adelgazado mucho, y su preciosa melena larga y roja es ahora corta... ¿Qué ha ocurrido?

—El cabello se lo cortó ella.

—¡¿Peyton?!

El guerrero asintió.

—Una noche, al ir a su habitación, me quedé sin habla al ver el horror que ella misma se había provocado al cortárselo con unas tijeras —susurró tomando aire—. Flora me dijo que lo había hecho en un arranque de furia.

—Vaya...

—Y en cuanto al hecho de que está más delgada... Lo sé, me preocupa, pero es que apenas quiere comer. He

intentado hablar con ella, pero solo escucha y no me contesta, no sirve de nada.

Amanda, conmovida por lo que estaba oyendo, insistió:

—También hay un par de cosas que no entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—¿Por qué cuando tu gente habla de Scarlett la llaman «la Innombrable»?

Brodrick cabeceó.

—Durante el tiempo que estuvo en el castillo —empezó a contar—, Scarlett solo decía mentiras e hizo cosas imperdonables. Trató a la gente con desprecio y desconsideración, y eso se paga. Por eso, cuando la llaman así no los corrijo. Sus razones tienen, aunque yo, por mis hijos, sigo respetando su nombre.

Amanda quería seguir preguntando. Deseaba saber qué cosas imperdonables había hecho aquella, pero, consciente de que sería de mal gusto, preguntó en cambio:

—¿Por qué Peyton te llama «señor» en lugar de «papá» o «papi»?

—Scarlett se lo inculcó.

—¿Y por qué lo permitiste? ¿Acaso no te gusta que te llame «papá»?

El gesto de Brodrick se dulcificó. Pensar en la época en que Peyton lo llamaba así era un bonito recuerdo para él.

—Lo intenté —indicó—. Intenté por todos los medios seguir siendo «papá» para mi princesa, pero...

—¿«Tu princesa»?

El guerrero asintió.

—Así la llamaba —murmuró con desgarró—. Pero, al poco tiempo de llegar aquí, un día me gritó que ella no era

mi princesa, que nunca la volviera a llamar así...

—¿Y por qué le hiciste caso? ¡Es una niña!

Brodrick asintió y, encogiéndose de hombros, susurró:

—Si te soy sincero, no sé por qué le hice caso. Pero la rabia y el distanciamiento que vi en su mirada me indicaron que era mejor que dejara de hacerlo.

Amanda suspiró con tristeza.

—Ahora Scarlett ya no está y Peyton vive contigo — señaló—. Deberías prestarle más atención y así...

—No me lo permite. Peyton me ve y me rehúye. Intento acercarme a ella, pero si no está dormida es imposible. Ya viste cómo reaccionó cuando me vio la otra noche. Se abrazó a ti, una desconocida, antes que a mí..., y no lo entiendo. No comprendo por qué es así conmigo.

—¿Y crees que regresar a Dumfries, un lugar donde la gente la va a mirar mal y a criticar por lo que tú y yo sabemos, es lo mejor para ella?

Brodrick resopló.

—En Dumfries era feliz. Fue al poco de llegar aquí cuando cambió. Y he pensado que quizá volver a la que fue nuestra casa sea algo bueno y positivo para ella y, por consiguiente, también para todos.

La desazón que notaba en su voz y en su gesto le hizo entender a Amanda que Brodrick sufría por aquello.

—A pesar de esto que te digo, quiero que sepas que, aunque mi vida con Scarlett no fue fácil, por tener a Peyton y a Ossian a mi lado, lo repetiría —murmuró él convencido—. Amo a mis hijos. Moriría por ellos. Y solo espero que un día ella se dé cuenta de que sigue siendo mi princesa. De que la quiero y soy su padre. —Y, sonriendo, cuchicheó—:

Si la oyera llamarme «papito» como haces tú con tu padre, creo que moriría de felicidad.

Amanda sonrió al oírlo. Lo que acababa de decir le había salido directamente del corazón. Y, sin pensarlo, subió la mano hasta la mejilla de aquel y, tras rozarla con mimo, murmuró:

—Pero qué bonito eres, Brodrick Fraser.

Se miraron a los ojos en silencio. Aquel momento tan íntimo entre ellos de pronto se volvió dulce, tranquilo, deseado. Y el guerrero, atraído como un imán, la besó.

Al sentir sus labios, Amanda simplemente cerró los ojos y se dejó llevar. Aquellos labios eran suaves, carnosos, deseables. Una gran tentación.

Brodrick, por su parte, disfrutaba del sabor y la frescura que la joven le regalaba mientras sentía como el corazón se le aceleraba.

El beso apenas duró unos instantes. Los que ambos necesitaron para darse cuenta de lo que estaban haciendo, y, al separarse, Amanda preguntó frunciendo el entrecejo:

—¿Se puede saber por qué me has besado?

Al oír eso, él levantó las cejas y gruñó molesto:

—Perdona, ¡pero me has besado tú!

—¡¿Que yo te he besado?!

—Sí. Tú.

—Madre mía..., madre mía.

—¿Madre mía, qué?

Sin dar crédito, Amanda resopló y, mirando hacia delante con la respiración tan acelerada como el corazón, siseó:

—¡Serás tonto!

Boquiabierto por saber que había sido él quien había iniciado el beso pero era incapaz de aceptarlo, al oír eso Brodrick miró el cogote de aquella y, dándole con el dedo, gruñó:

—Vuelve a llamarme eso y tendrás problemas.

—¡Tonto!

—Amanda...

—¡Tonto y creído como tu caballo! Que yo te he besado, dices...

Sorprendido, él fue a hablar cuando esta, dándose de nuevo la vuelta, clavó sus espectaculares ojos en él y dijo mientras le daba con un dedo en la frente:

—Más te vale que mi padre no se entere del beso, porque, como sea así, entonces ¡los problemas los tendrás tú!

Y, dicho eso, se volvió otra vez hacia delante y Brodrick, cerrando los ojos, resopló.

En silencio, y sumidos en sus propios pensamientos, cabalgaron durante un rato, intentando que sus cuerpos no se rozaran con el trote del caballo, hasta que Derek y Olivia se desviaron para ir a la casa de aquella y Amanda, tras decirles adiós con la mano, declaró:

—Debemos tener cuidado para que no nos vean llegar ni mis tíos ni los hombres de mis padres.

Brodrick cabeceó. Eso ya lo tenía en cuenta.

—Iremos por un desvío —indicó con seriedad—. Aún es de noche y nadie nos verá.

Amanda asintió. No sabía cómo gestionar la incomodidad que había surgido entre ellos a partir del beso. Y, poco rato después, viendo el lateral del castillo, anunció:

—Ya estamos llegando.

—Por suerte —repuso Brodrick con la mandíbula tensa mientras no paraba de pensar por qué la habría besado.

Capítulo 21

Una vez que se bajaron del caballo y Brodrick ató las riendas a un árbol, retiró unas ramas del suelo y levantó una trampa de madera.

—¿Y esto? —preguntó Amanda con curiosidad.

—Una entrada secreta.

La joven bajó la escalera que tenía ante ella y, en cuanto entró, el guerrero la siguió. Él cogió entonces una antorcha, la encendió de una enorme vela que había colgada de la pared y, bajando tras de sí la trampa para cerrar la entrada, agarró a la joven de la mano con fuerza y dijo:

—Vamos...

El lugar, solo iluminado por velas de cera, era oscuro y sombrío.

—Un sitio curioso, apestoso y húmedo —murmuró Amanda con gesto de asco, viendo sus botas encharcadas.

—Hay sitios peores que este —replicó él al oírla.

Amanda asintió, sin duda tenía razón.

—¿Utilizas esta entrada a menudo? —preguntó mirando las velas.

Entendiendo por qué preguntaba eso, Brodrick respondió:

—Todos los días bajan para perpetuar la luz de las velas. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar pasar por aquí.

Ella asintió. Y, mirando sus pies, rodeados de aguas muy oscuras, iba a hablar de nuevo cuando Brodrick, que caminaba tirando de ella, dijo:

—Cuando mi hermano Richard y yo éramos pequeños, nos encantaba meternos por estos túneles para jugar, escondernos y espiar. Y, cuando regresamos de mayorcitos, trajimos por aquí a más de una joven para tener momentos de intimidad.

—Pues qué asco, con la peste que hace... —soltó Amanda.

El guerrero sonrió y, a continuación, Amanda, que sentía curiosidad por algo que le rondaba por la cabeza, preguntó:

—¿Qué mal aquejó a Emilia hace poco?

Brodrick la miró al oírla y se encogió de hombros.

—¿A qué viene eso ahora?

—A que creo que Emilia trabaja mucho.

El guerrero resopló.

—Emilia es la que lleva el castillo. Puede descansar cuando quiera y...

—¿Y no crees que es demasiado mayor para tener tanta responsabilidad?

—Emilia lleva toda la vida haciéndolo. Cuando yo nací, ella ya estaba aquí. ¿Quién mejor que ella?

—No sé quién puede ser mejor que ella. Pero lo que está claro es que necesita a alguien que comience a aprender su trabajo para que ella pueda descansar.

El guerrero volvió a resoplar. Lo que Amanda decía era una tontería.

—No solo criticas a Flora diciendo que es una mala niñera —murmuró—, sino que ahora también a Emilia, a la que supuestamente hago trabajar mucho y...

—¡Solo te digo lo que veo!

—Pues lo que ves ¡no me interesa! Bastante tengo yo con todo lo que me ha caído encima. Y ahora, cuando venga mi madre, volverá a hablar de desposarme.

—Vaya...

—Mi madre y todos insisten en que he de casarme. Y, al final, solo para que se callen, terminaré haciéndolo con cualquiera.

—¿Y no te da pena hacerlo con cualquiera?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no necesito amor —sentenció Brodrick.

Amanda asintió. Estaba claro que no todos pensaban en el amor como algo indispensable en sus vidas. Miró las telarañas que había en el techo y cuchicheó:

—En Eilean Donan hay una puerta secreta que te lleva al lago a través de un túnel, pero no es tan appestoso como este.

—Mi bisabuelo Hermógenes ordenó que lo construyeran. Lo vio en un castillo que atacó en la isla de Lewis y le pareció una excelente idea, tanto para esconderse como para salir y entrar sin ser visto.

—Pues tu bisabuelo pensó muy bien.

Al oírla, Brodrick se volvió para mirarla, y en ese momento ella, empujándolo con fuerza, gritó mientras se subía a su espalda:

—¡Ahhhhhhhh!

—¿Qué pasa?!

—¡Un dragónnnnnn! ¡Madre mía..., madre míaaaaaaaa!

El brusco movimiento hizo que el guerrero se golpeará en la cabeza con la pared y se clavara algo en la espalda que lo hizo encogerse.

—Maldita sea, ¿qué haces?!

—¡Un dragónnnnnn! —insistió ella aterrorizada.

Instantes después, cuando por fin ella bajó al suelo, sin entender lo ocurrido, Brodrick preguntó:

—¿Un dragón?!

Amanda, que desde pequeña tenía fobia a cualquier cosa que reptara, murmuró señalando muy tensa:

—Está ahí, ¿no lo ves?

Brodrick miró hacia el lugar donde ella señalaba y, tocándose la espalda dolorido, musitó:

—Maldita sea, Amanda... Eso es una culebra de agua, no un dragón.

Sin poder quitarle el ojo a aquella, que se alejaba, la joven asintió. Sabía que él tenía razón. Pero entonces lo miró y, al ver que aquel tenía sangre en el rostro, murmuró:

—Madre mía..., madre mía... ¿Qué te ha pasado?!

Brodrick, dolorido por el golpetazo, comprendió que se había dado con un saliente de una roca.

—Que, gracias a ti, me he golpeado —gruñó.

Consciente de que aquel tenía razón, Amanda insistió nerviosa:

—Madre mía..., madre mía... ¡Tienes sangre en la cabeza!

Sorprendido, él se miró la mano y, sí, tenía sangre, pero entonces reparó en la cintura de ella. Su camisa de color

claro estaba también manchada de sangre y, atrayéndola hacia sí, iba a subírsela cuando ella gruñó al tiempo que le daba un manotazo:

—Pero ¿qué narices haces?

Según dijo eso, la joven se percató de la sangre en su cintura y, tras comprobar que ella no tenía ni un rasguño, se fijó en la camisa blanca de él.

—Tienes un feo desgarró en la espalda —murmuró levantándosela.

Brodrick vio entonces la daga que Amanda llevaba en su cintura manchada de sangre.

—Gracias a ti —protestó.

Comprendiendo que la causante de la herida había sido ella con su daga al subírsele encima, iba a hablar cuando él le reprochó:

—Te lo he dicho. Te he dicho que llevarla ahí podía ser un peligro.

Consciente de que lo había herido al subirse, Amanda parpadeó con gesto horrorizado, pero Brodrick le quitó importancia al asunto:

—Tranquila, que de esta no me muero.

—Pero...

—Sigamos —la cortó él.

Prosiguieron el camino. Subieron unos escalones resbaladizos y al llegar a un recoveco, Brodrick se detuvo. Le pasó la antorcha a Amanda, que no podía dejar de mirar la camisa ensangrentada de aquel, y el guerrero, tras empujar una pequeña roca de la pared, hizo que se abriera una puerta que hasta ese momento había permanecido

oculta. Con celeridad, acto seguido metió la antorcha en un cubo de agua para apagarla y, tras mirar, dijo:

—Vamos.

Al salir, Amanda se percató de que estaban en el pasillo del castillo, justo enfrente de su habitación y cerca de la de Brodrick, que estaba al fondo. Este cerró un panel de madera que quedó totalmente encajado en la pared.

—Regresemos a nuestras habitaciones —dijo él en voz baja—. En breve tus padres se despertarán.

Pero Amanda solo podía pensar en las heridas de aquel, y musitó:

—Hay que curarte.

—No es nada.

—¿Cómo que no es nada?

—Amanda...

—No seas tonto.

—¡Que no me llames «tonto»!

—Pues no digas tonterías. Te he herido y he de curarte —insistió ella entre cuchicheos.

Sin decir más, la joven entró en la habitación que ocupaba. Rápidamente fue hasta unas alforjas y, tras coger una pequeña bolsa de cuero negro, salió de nuevo al pasillo y, acercándose a aquel, que la observaba, indicó:

—Vayamos a tu habitación.

—¿Te has vuelto loca?

Sonriendo, ella levantó las cejas.

—Solo quiero curarte las heridas... ¿Qué te has creído? —cuchicheó.

Él la miró. Aquella descarada no paraba de sorprenderlo.

—No me creo nada —replicó—. Solo que no veo correcto que entres en mi dormitorio.

—¿Tan irresistible te crees? Por favorrrrrrr...

Boquiabierto de nuevo, iba a responderle cuando se oyeron las voces de Duncan y Megan. Estos ocupaban la habitación del principio del pasillo, y estaba claro que ya se habían despertado. Así pues, Amanda, sin dudarlo, cogió de la mano al conde, se dirigió a toda prisa hasta la habitación de aquel y, tras abrir la puerta y entrar ambos, la cerró a su espalda.

—Mis padres se acaban de despertar, así que démonos prisa —murmuró.

Brodrick la miraba sin dar crédito. ¿Qué hacía aquella en su habitación?

—Si tus padres te ven salir de aquí, ¿qué crees que pensarán? —gruñó.

Amanda, consciente de dónde estaba, tomó aire. Su impulsividad siempre la metía en problemas, pero, sin querer pensarlo, pues se veía en el deber moral de curar la herida que ella misma había causado, respondió:

—Pensarán que tengo un gusto pésimo.

Asombrado por lo que acababa de oír, Brodrick iba a protestar cuando esta se dirigió hasta la cómoda y, tras abrir su talega, ordenó:

—Quita esa cara de ofendido y ven a sentarte. Quiero mirar la herida de tu cabeza. Vamos, ¡ven!

El conde resopló. Llevarle la contraria no serviría de nada, pues ya estaba en su habitación. Y, cuando se sentó, Amanda observó el picotazo que se había dado en la cabeza.

—Siento mucho lo ocurrido —musitó.

—Lo sé.

—Madre mía..., ¡qué culpable me siento!

Oír su tono de voz le hizo gracia a Brodrick. Cada vez que aquella decía lo de «madre mía» era porque estaba desconcertada.

—Te he dicho que esa daga ahí podía darte problemas —respondió—. Igual que me la has clavado a mí, te la podrías haber clavado tú misma.

—Tienes razón.

—Hombreeee..., me alegra ver un poco de lucidez por tu parte.

En silencio, y sintiéndose culpable por lo ocurrido, la joven curó la herida de la cabeza de aquel.

—Te ha faltado nada para que tuviera que darte puntos —susurró.

—No sería algo nuevo para mí —declaró él.

Con habilidad, Amanda hacía su trabajo cuando el guerrero preguntó:

—¿Por qué has llamado «dragón» a una simple culebra de agua?

Amanda se estremeció al recordarlo. Si había algo en el mundo que no soportaba era cualquier bicho que reptara, y, sin mencionar la palabra *miedo* para no mostrar esa debilidad suya, respondió:

—Sé que no era un dragón. Sé que son culebras o serpientes, pero desde niña las llamo así. No guardo un buen recuerdo de ellas.

Brodrick la miró con curiosidad a través del espejo de su cómoda y luego preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Cuando era pequeña, adoraba una espada de madera que mi tío Niall me regaló —empezó a contar Amanda—. El caso es que, tras casarse Niall con tía Gillian, regresábamos todos juntos y entonces, jugando con mi hermana y mi primo, la espada se me cayó a un lago. Mi tía Gillian apareció, le pedí que la recuperara y..., total, que ella se metió en el lago y un dragón le mordió y estuvo al borde de la muerte. Por eso les tengo tanta fobia a esos bichos.

El guerrero asintió comprensivo al ver su gesto serio.

—Y ahora quítate la camisa —pidió ella a continuación.

Brodrick la miró, pero Amanda insistió acalorada:

—Te he desgarrado la piel con mi daga y estás sangrando... ¡Quítate la camisa!

La autoridad con que le hablaba lo tenía muy sorprendido; no obstante, se levantó y, sin dudarlo, hizo lo que ella le pedía y se quitó la camisa.

Nada más hacerlo, a Amanda le entró un calor inesperado por todo el cuerpo. Brodrick, aquel hombre imponente que tan nerviosa la ponía, estaba ante ella desnudo de cintura para arriba y, por el modo en que la miraba, podía saber lo que pensaba. Entonces se fijó en una fea herida que él tenía en el estómago.

—Woooo... —se mofó—, quien te hizo eso te tenía ganas...

Pero, sin mirar la herida que ella le señalaba, Brodrick murmuró:

—Si no te importa, ocúpate de lo que ibas a ocuparte.

Su seriedad y su determinación hicieron que Amanda dejara las bromas a un lado y le examinó la herida de la

espalda.

—He de darte unos puntos, pero, tranquilo, lo haré lo mejor que sé —dijo.

De inmediato, él se dio la vuelta para mirarse en el espejo y, sí, Amanda tenía razón. Estaba resoplando cuando ella murmuró posando su cálida mano en la espalda de él:

—La piel está demasiado abierta aquí, ¿lo ves?

El conde miró a través del espejo, asintió, y ella añadió:

—Si el ángulo de abertura no hubiera sido este, no tendría que darte puntos, porque la carne cerraría sola. Pero mamá me ha enseñado que, cuando la piel se abre de esta forma, lo mejor es coser.

Según paseaba la mano por su espalda para explicarle aquello, a Amanda se le entrecortaba la voz. Era la primera vez que estaba sola en una habitación con un hombre medio desnudo. Era la primera vez que tocaba una piel tan sedosa como la de él. Era la primera vez que su cuerpo ardía de aquella manera. Pero, disimulando todo aquello, miró al guerrero, que apenas parpadeaba, y declaró con un hilo de voz:

—De verdad que lo siento. Jamás habría querido dañarte. Créeme.

—Lo sé. —Él sonrió finalmente, tocándose el lóbulo de la oreja.

Oír a Amanda turbada por su desnudez, explicando lo que iba a hacer, le avivó las ganas que sentía de besarla otra vez. Pero, conteniendo sus impulsos, se sentó en la cama y preguntó:

—¿Aquí estoy bien?

Nerviosa y acalorada, la joven asintió y, mientras limpiaba la herida con agua, afirmó:

—Sí.

En la habitación se había generado un extraño ambiente entre ellos, por lo que Brodrick, para tranquilizarla, preguntó:

—¿Has cosido muchas heridas?

—Alguna que otra —contestó ella sacando el hilo de la talega.

Se quedaron en silencio hasta que ella murmuró observándole la espalda:

—Tienes varias cicatrices importantes.

—Heridas de batalla.

—Curiosa mancha en forma de estrella la que tienes en el cuello, en lo alto de la nuca.

Brodrick asintió y se tocó con la mano el inicio del cabello en la nuca.

—Richard y yo la heredamos de mi padre —contó—. Y lo curioso es que los tres la tenemos en el mismo sitio.

A partir de ese instante, ninguno de los dos volvió a hablar. Amanda se empeñó en coser la herida lo más fina e indoloramente posible mientras Brodrick apretaba los dientes cada vez que ella le traspasaba la carne con la aguja. Por suerte, solo fueron doce puntos y, cuando la joven acabó, se lo cubrió con un trozo de tela.

—En unos días sanará —dijo.

—Eso espero.

Amanda asintió y, dejando unas hierbas sobre la cómoda, indicó:

—Pide a tu cocinera que las hierva en agua. Y luego toma dos cucharaditas dos veces al día durante cuatro días. Eso ayudará a que no se te infecte la herida.

—Gracias. Lo haré.

Estaban mirándose cuando ella repuso:

—No me des las gracias. Lo ocurrido ha sido culpa mía.

—Olvidalo ya. Los accidentes ocurren. Solo espero que hayas aprendido que llevar la daga donde la llevabas es peligroso.

Al oír eso Amanda lo miró y, sintiendo en los ojos de Brodrick el mismo deseo que sabía que había en los de ella, se acercó a él, que estaba sentado sobre la cama, y murmuró:

—No es buena idea.

Pero, buena idea o no, sus labios se juntaron y, en silencio y con calma, se besaron. Esta vez sus bocas se encontraron, sus lenguas jugaron y el vello de sus cuerpos se erizó, hasta que Amanda soltó un gemido de placer que los hizo darse cuenta a ambos de lo que hacían y, separándola de él, el guerrero dijo acalorado:

—Esto no está bien.

Tan acalorada como él, Amanda se dio aire con la mano y afirmó dando un paso atrás:

—Estoy de acuerdo contigo, y más porque he sido yo quien te ha besado. Esta vez lo asumo. ¡Madre míaaaaa!

De nuevo volvieron a quedarse en silencio, hasta que Brodrick murmuró confundido:

—Valoro la amistad que tengo con tu padre y tu familia, y por nada del mundo querría estropearla.

Entendiendo sus palabras, Amanda asintió y, después de tragar el nudo de emociones que se arremolinaba en su garganta, aseguró:

—No volverá a ocurrir.

—Es mejor que te vayas —sugirió Brodrick.

Consciente de lo que sucedía, el conde se levantó de la cama, abrió el armario y, tras sacar una camisa limpia, se la puso. La tentación que ambos sentían era evidente. Señaló una aljofaina que había junto a la bañera de cobre vacía e indicó mirando las manos ensangrentadas de Amanda:

—Puedes lavarte las manos ahí.

Aún aturdida, acalorada y deseosa de proseguir con aquel beso, ella hizo lo que aquel decía y, en cuanto acabó, se disponía a darse la vuelta para coger sus cosas cuando tropezó con Brodrick. Durante una fracción de segundo ambos se miraron. Estaba claro lo que sus cuerpos exigían. Pero también estaba claro que no debían. Por ello el guerrero, conteniéndose, dio un paso atrás y dijo:

—Me encargaré de que saquen el viejo catre y el colchón de la habitación donde duermes y compren algo en condiciones para que puedas descansar.

Tragando saliva, Amanda asintió y repuso mientras cogía sus bártulos:

—Mi espalda te lo agradecerá.

—¿Y tú?

Oír eso hizo que lo mirara de nuevo y, volviendo a ser la Amanda de siempre, respondió:

—Yo lo pensaré.

Ambos sonrieron y luego ella, abriendo con cautela la puerta, tras ver que no había nadie en el pasillo, se marchó,

dejando al conde Brodrick Fraser totalmente
desconcertado.

Capítulo 22

Tras asearse, Brodrick bajó al comedor y se encontró allí con Duncan y Megan, que ya desayunaban.

—Buenos días —dijo el primero.

El conde los saludó a su vez, y luego Megan se interesó:

—¿Has dormido bien?

—Perfectamente. ¿Y vosotros?

El matrimonio se miró, y luego Duncan, clavando sus ojos oscuros en él, respondió:

—Podríamos haber dormido mejor.

—¿La cama es incómoda? —preguntó el conde.

—No, para nada —musitó Duncan algo ofuscado.

Sin entender su actitud, Brodrick se disponía a bromear cuando el guerrero soltó:

—¿Siempre hay tanto tránsito por el pasillo de madrugada?

Oír eso hizo que Brodrick dejara de respirar.

—¿No tienes nada que contarnos? —terció Megan.

Sorprendido por su pregunta, el conde levantó las cejas, pero Duncan insistió:

—Sabemos que anoche Amanda se descolgó por la ventana de su habitación y luego partisteis junto a Derek y la nieta de los Lannister. Y también sabemos que, a la

vuelta, mi hija estuvo en tu habitación. ¡¿Cómo me explicas eso?!

Boquiabierto porque supieran todo aquello y hubieran sacado sus propias conclusiones, Brodrick los miraba sin saber qué contestar cuando Megan preguntó:

—La herida que tienes en la cabeza, ¿a qué se debe?

—Se la hice yo.

Oír la voz de Amanda, que entraba en el salón, hizo que Brodrick se volviera, y ella, tras dedicarle una breve mirada de tranquilidad, fue hasta sus padres, los besó como cada mañana y después dijo:

—Anoche Brodrick y yo acompañamos a Derek y a Olivia. Nos necesitaban como testigos para casarse.

—¡¿Cómo?! —bramó Duncan.

Amanda asintió y, sentándose, aclaró:

—Los abuelos de Olivia querían que se casara y debía elegir entre dos pretendientes. Y..., bueno, Derek y ella tienen su particular historia y decidieron casarse en una boda por amor. ¿No es ideal?

—Tremendamente ideal —convino Megan.

Amanda sonrió. A su madre ya la tenía de su lado. Y, ante el gesto ofuscado de su padre, insistió:

—A ver, papito. Era eso o casarse con alguien que la haría infeliz el resto de su vida, y yo no podía permitir que Olivia fuera infeliz. Vosotros siempre me habéis dicho que casarse por amor es la mejor opción, y si ella la tenía, ¿por qué no ayudarla? Por eso, Brodrick y yo los acompañamos como testigos en su enlace.

—Llamarme «papito» no va a reducir el enfado que tengo, Amanda.

Brodrick los miró. Estaba claro que iba a tener que dar muchas explicaciones. Pero Amanda, con una tranquilidad que lo sorprendía, cuchicheó:

—Lo sé, papito, lo sé. Pero estoy explicándote lo ocurrido y necesito que comprendas que nada estaba planeado. Todo salió así y...

—¿Y no se te ocurrió avisarme?! —exclamó su padre.

—Duncan, cariño, ¡te lo está explicando! —indicó Megan.

El aludido, al oír a su mujer, la miró y murmuró:

—¿Y a ti te vale con esa banal explicación? ¿O debo recordarte que luego Amanda estuvo en su habitación durante un buen rato?

—Por todos los santos, Duncan —protestó Brodrick—. ¿Qué estás insinuando?

Los dos guerreros se miraban sin parpadear cuando Megan, confiando en su hija, indicó:

—Duncan, te lo acaban de explicar, cariño.

Amanda miró a su madre agradecida y luego añadió:

—Papi, no tiene los ojitos grises y no me gusta. Tranquilo...

Sin dar crédito, Brodrick miró a la joven. Su boca al besarla no le había dicho lo mismo.

—Fue un favor que Olivia me pidió a mí —añadió esta—. Y Derek a Brodrick. Sabía que sería algo rápido y sin peligro, por eso no te avisé.

—¿Y por qué te descolgaste por la ventana?

—Porque él me prohibió bajar por la escalera —respondió aquella sirviéndose leche en el tazón.

Duncan y Megan miraron a Brodrick con reproche, y este se apresuró a decir:

—Se lo prohibí porque no quería que saliera del castillo. No me parecía bien que saliera durante la noche sin avisaros.

—Regla número uno, Brodrick: a mi hija jamás le digas «Te prohíbo», o conseguirás el efecto contrario.

—¡Duncan!

—¡Papááááá!

Sin entender por qué el hombre había dicho aquello, Brodrick lo miró, y Amanda se apresuró entonces a explicarles a sus padres:

—El caso es que, al regresar, entramos por un apestoso y sucio pasadizo secreto del castillo y, ¡madre mía!, había agua en el suelo, vi un dragón y, sin querer, herí a Brodrick.

—¡Amanda! —murmuró Duncan.

Rápidamente Megan se levantó. Se acercó al guerrero, que la observaba, y examinando la herida de su cabeza, comentó:

—La herida la veo bien curada.

—No solo le hice lo de la cabeza. También le clavé mi daga en la espalda. Lo desgarré y tuve que darle puntos.

—¡Por todos los santos, Amanda! —gruñó su padre.

—Estoy bien..., tranquilo, Duncan. Fue sin querer —indicó Brodrick al ver el gesto de aquel.

Pero esta vez el guerrero se levantó y fue hasta donde estaba su mujer. Megan miró a Brodrick y preguntó señalando su camisa:

—¿Puedo ver la herida?

Viendo que no podía negarse, él asintió. Se levantó de la silla y Megan le remangó la camisa, quitó la gasa y comprobó el desgarró.

—Muy bien, cariño. Lo has hecho muy bien —comentó a su hija.

Amanda sonrió, y Duncan, mirando a Brodrick y sabiendo que la herida debía de dolerle, preguntó:

—¿Te encuentras bien?

El guerrero asintió mientras se bajaba la camisa; en ese momento Duncan, acercándose a su hija, musitó:

—Amanda..., no sé cómo tengo que decirte que...

—¿El dragón era muy grande? —lo cortó Megan.

Madre e hija se miraron y luego esta última hizo un gesto exagerado con las manos. Y Brodrick, al ver la medida que indicaba, sonrió. Estaba claro que para Amanda era el doble de lo que habían visto.

—¡Era enorme, mamá! —exclamó a continuación—. Fue tal el susto que me di que me subí a la espalda de Brodrick, y entonces la daga que llevaba en mi cintura se le clavó y...

—Pues menos mal que se subió a su espalda —apostilló Duncan—. Porque si se hubiera subido a su pecho, el desgarró que tendría en las tripas o en el corazón quizá le habría costado la vida.

Los cuatro se miraron al oír eso y entonces Amanda, levantándose, se acercó a Brodrick y murmuró:

—Madre mía..., eso me habría hecho tirarme por un puente.

Asombrado por la poca vergüenza de aquella, el guerrero dio un paso atrás.

—Por suerte, no hay nada que lamentar —soltó, y, mirando al padre, añadió—: Siento no haberte informado de nuestra marcha, pero, al ser de madrugada, creí que dormiríais.

—Con estas dos a mi lado, ¿tú crees que duermo?

—¡Duncan!

—¡Papááááá!

El aludido resopló y luego, mirando a Brodrick, indicó:

—Por la confianza que tengo en ti, y porque somos de la familia, creeré que no pasó nada entre mi hija y tú en la habitación.

—Papááááá..., por favorrrrr.

—Gracias, Duncan —musitó Brodrick.

—Pero, si vuelve a pasar —advirtió Duncan—, si os vuelvo a encontrar en una situación similar, tened por seguro que solo habrá dos opciones. —El guerrero, al ver que todos lo miraban, continuó, señalando a su incorregible hija—: O te casas con él, o te ingreso en un convento de por vida.

—Papááááá...

—¡Duncan! —exclamó Megan.

Y ahora, mirando a Brodrick, el ofuscado padre de la joven añadió:

—Y en tu caso, y delante del cuadro de tu padre te lo digo, las opciones serán: o te casas con ella, o te mato.

—¡Por san Ninian, Duncan!

—¡Pero papááááá...!

El guerrero miró a sus dos mujeres, a aquellas a las que adoraba.

—Y me dará igual lo que digáis. Lo dicho dicho está —afirmó.

Amanda y Brodrick se miraron sin dar crédito. Pero ¿qué decía aquel? ¿Casarse ellos? Y Duncan, que vio el gesto de su mujer, declaró alto y claro:

—Quedáis advertidos.

Megan miró a su hija, que estaba tan sorprendida como ella, y Brodrick, al que la camisa no le llegaba al cuerpo, aseguró:

—Tranquilo, Duncan. No tienes de qué preocuparte.

Capítulo 23

Tras una mañana en la que Amanda intentó ver a Peyton pero le resultó imposible, pues Flora se la había llevado a dar un paseo, finalmente se unió a sus padres, a Brodrick y a Nigel, que salían a dar una vuelta por los alrededores. Duncan quería ver las nuevas instalaciones que Brodrick había mandado construir para los animales.

Tras lo ocurrido, él y Amanda se observaban desde la distancia, pero no habían vuelto a acercarse. Ambos tenían claro que no querían enfadar de nuevo a Duncan, aunque los besos que habían compartido aún les quemaban y, lo peor, ¡no podían dejar de pensar el uno en el otro!

Cuando regresaban hacia el castillo, Amanda iba charlando tranquilamente con Nigel mientras sus padres y Brodrick hablaban, pero de repente unos gemidos apenas audibles llamaron su atención. Miró hacia un lado. Miró hacia otro. ¿Qué era lo que se oía?

Prosiguió su camino, pero aquellos gemidos volvieron a llegar a sus oídos, por lo que paró su caballo.

—¿Ocurre algo, *milady*? —preguntó Nigel.

Amanda lo miró.

—¿No oyes eso? —dijo.

Nigel y ella guardaron silencio y prestaron atención, y de pronto el gemido volvió a oírse.

Enseguida la joven se bajó de su caballo y se acercó al precipicio que bordeaba el camino.

—*Milady*, cuidado. Podríais caer —la previno Nigel.

Pero Amanda buscaba algo, algo cuyo sonido provenía de ahí, y cuando lo localizó el alma se le cayó a los pies.

Al fondo de un precipicio de unos cincuenta metros vio a un animalito. Parecía un cachorrillo herido y desnutrido, y cuando sus ojos se encontraron con los de ella le imploraron auxilio.

Acalorada, miró a sus padres, que proseguían su camino ajenos a aquello. Sabía que, si les pedía ayuda, posiblemente discutirían entre ellos. Su madre querría ayudarla y su padre montaría en cólera, por lo que, sin dudarlo, decidió entrar en acción. Duncan se enfadaría, pero sería solo con ella.

—*Milady*, ¿qué miráis? —preguntó Nigel.

—Madre mía... Ahí abajo hay un perrillo que necesita ayuda.

Nigel se acercó para mirar y asintió con la cabeza. Las alturas lo mareaban y, retirándose rápidamente del borde, señaló:

—Por desgracia, ha caído en un mal sitio.

Amanda cabeceó. En peor sitio no podía estar, pero, sin pensar en el peligro, dejó su amada espada en el suelo, se sentó al borde del precipicio y, antes de que el guerrero pudiera reaccionar, comenzó a descender.

—¡*Milady*, os vais a matar!

—No es mi intención, Nigel.

Mareado y sin poder mirar, él insistió:

—Pero, *milady*...

—Diles a mis padres que necesitaré una cuerda para subir.

Acalorado, y sin poder acercarse al borde, Nigel miró a aquellos y acto seguido gritó:

—Brodrick... ¡Brodrick...!

El aludido miró hacia atrás. También lo hicieron Duncan y Megan y, de inmediato, el padre de la joven preguntó al ver el caballo de su hija y la espada, que descansaba en el suelo:

—¿Dónde está Amanda?

Nigel señaló muy pálido hacia el precipicio.

—Ahí —musitó.

—¿Ahí? ¿Cómo que ahí? —bufó Duncan.

Sin tiempo que perder, aquellos tres se aproximaron a él y, tras desmontar, Brodrick se asomó por el precipicio.

—¡Por san Ninian, ¿qué estás haciendo?! —gritó horrorizado.

—Bajar... —afirmó la joven.

Al asomarse al precipicio, Megan entendió por qué su hija estaba haciendo aquello; acto seguido oyó a su marido decir:

—La madre que la...

—Duncan McRae, ¡contén tu lengua, que la madre soy yo! —exigió.

Con el corazón en un puño, todos observaron como la joven bajaba por el precipicio con paso seguro. Debía hacerlo con tiento y seguridad. Un mal paso, una mano mal puesta y caería.

—¡Cabeza fría y despacio, mi vida! —gritó Megan.

—Sujétate con fuerza y pega bien el cuerpo a la pared — apostilló Duncan.

Brodrick los observaba y los escuchaba sin dar crédito.

—¿En serio no la vais a regañar?

Megan, con aire intranquilo, lo miró y, cogiendo una cuerda de su caballo, indicó:

—Ahora es momento de ayudar, no de regañar.

Brodrick dirigió la vista a Duncan, que soltó con gesto hosco:

—Ya has oído a mi mujer.

Sorprendido, el conde miró a su amigo Nigel, que estaba blanco como la cera, y, sabiendo de su aversión a las alturas, le advirtió:

—Retírate, no vayas a caer tú al precipicio.

—No me ha dado tiempo a detenerla —afirmó aquel alejándose—. Cuando he querido darme cuenta, ya estaba bajando.

El guerrero, angustiado, asintió con la cabeza, y en ese preciso momento se oyó:

—¡He llegado! ¡Estoy bien! ¡Estoy bien!

—Gracias a Dios. —Duncan suspiró.

Preocupado por la situación, Brodrick se sentó al borde del precipicio mientras Megan preguntaba:

—¿Qué vas a hacer?

—Primero, comprobar que está bien y, segundo, decirle cuatro cosas. Eso voy a hacer —afirmó con gesto hosco al tiempo que comenzaba a bajar con cuidado por la pared de piedra.

En cuanto el joven desapareció, Duncan miró a su mujer y, viendo que Nigel estaba a lo suyo, cuchicheó:

—Se preocupa por ella. Y está haciendo lo que habría hecho yo por ti.

—¡¿Y...?!

—Que Amanda le gusta.

—¡Duncannnn, por favorrrrrr!

Por su parte, Amanda se agachó con las manos doloridas de haberse agarrado para bajar por las piedras. El cachorro se acercó a ella de inmediato en busca de cobijo y, sin dudar, ella se lo dio. Lo besó en la cabeza y, observando las feas heridas que tenía en la cabeza, el morro y las patas, murmuró sobrecoyida por lo delgado que estaba. Se le notaban los huesos. Estaba claro que antes de tirarlo lo habían matado de hambre.

—Tranquilo, pequeño. Yo te sacaré de aquí.

Al incorporarse, vio un saco sobre una roca y fue hasta él. Este estaba rasgado, tenía un agujero y, al mirar en su interior, la joven vio varios cachorros muertos y golpeados, y de inmediato lo entendió. Alguien los había arrojado al barranco para deshacerse de ellos.

—Maldito hijo de Satanás —dijo con un hilo de voz—. Ojalá te pudras en el infierno.

Le dolió ver el aspecto de aquellos pequeños animalitos ensangrentados. ¿Cómo había gente con tan pocos escrúpulos? Las lágrimas acudieron a sus ojos. La imagen que contemplaba le partía el corazón.

—¿Cómo eres tan inconsciente? —oyó que alguien decía a su espalda en ese momento—. ¡Podrías haberte matado!

Era la voz de Brodrick. Se incorporó con los ojos llorosos y murmuró:

—Están muertos.

—¿Quiénes están muertos?

La joven señaló el saco y, mientras Brodrick se fijaba en sus manos, llenas de sangre y rasguños, que sujetaban a un cachorro entre ellas, susurró con voz temblorosa:

—Alguien sin sentimientos ni corazón los tiró para deshacerse de ellos.

El guerrero miró en el interior del saco y suspiró; la imagen de los cachorros muertos y ensangrentados no era muy agradable. Cuando se disponía a echarle la bronca a Amanda, ella empezó a decir con los ojos encharcados de lágrimas:

—Te juro que, si supiera quién ha sido, lo metería en un saco y lo tiraría a él.

Su mirada, la pena que veía en sus ojos, sus lágrimas, su voz. Todo aquello unido tocó el corazón del guerrero, que, obviando la bronca, se acercó a la joven y la abrazó. Amanda, sintiéndose como el cachorrillo segundos antes, se cobijó en sus brazos.

—Te aseguro que yo te ayudaría a tirarlo —dijo este tras besarle la frente con mimo.

Durante unos instantes permanecieron abrazados y en silencio, disfrutando de aquel extraño momento de conexión entre ellos. Sentirse tan cercanos el uno del otro les provocaba paz; hasta que se oyó a Duncan, que gritaba:

—¿Todo bien por ahí abajo?

Oír esa voz hizo que ambos regresaran a la realidad. Se separaron rápidamente, y Amanda dijo dando unos pasos atrás para que su padre la viera:

—Sí, papá. —Y, tragando las emociones que todo aquello le provocaba, indicó—: Hay varios cachorros de perro

muertos dentro de un saco, pero, por suerte, uno ha sobrevivido, aunque está bastante malherido.

—¿Tú estás bien, mi vida? —preguntó Megan, que sabía lo mucho que aquello afectaba a su hija.

—Sí, mamá. Tranquila.

Brodrick dio también un paso atrás para ser visto, miró hacia arriba y, sorprendiendo a Amanda, señaló:

—Vamos a dar sepultura a los cachorros, por lo que necesitaré algo con lo que poder cavar.

Sin dudarle, Nigel fue hasta su caballo y, una vez que cogió una pequeña herramienta que podría servirles, se la entregó a Duncan y este se la tiró.

Brodrick cogió el saco con los cachorros muertos, caminó unos metros y, al ver un árbol frondoso, miró a Amanda, que llevaba el cachorro vivo en sus brazos.

—¿Te parece bien aquí? —le preguntó.

Ella asintió y, sin hablar, él comenzó a cavar un hoyo.

—No —dijo Brodrick cuando ella intentó ayudarlo—. Tú tienes las manos destrozadas.

Pero a Amanda le daban igual los arañazos que se había hecho al bajar, y, cuando insistió, él añadió:

—Por favor, Amanda. Yo lo haré.

Finalmente ella se sentó a un costado con el cachorro en los brazos y el saco a su lado y observó como aquel cavaba. Cuando acabó, introdujeron el saco en el hoyo y luego lo taparon.

—Gracias —murmuró ella.

El guerrero, aún conmovido por la fragilidad que había visto en sus ojos momentos antes, sonrió.

—No hay de qué. Era lo que había que hacer —aseguró.

Se miraban con una sonrisa cuando Amanda musitó:

—Siento el rapapolvo de mi padre y la ridiculez que te ha hecho prometer.

—No te preocupes.

—No debería haber entrado en tu habitación..., ni besarte.

—Dos no se besan si uno no quiere —susurró él.

Oír eso y sentir cómo la miraba le erizó la piel a Amanda. Repetir aquel beso era lo que más le apetecía. Y Brodrick, que sentía lo mismo, dijo para cortar aquel momento:

—Vamos. Tus padres y Nigel nos esperan.

Minutos después, estos ayudaron a subir con la cuerda primero a Amanda y después a Brodrick; Megan, que miraba el cachorrito, comentó mientras su hija volvía a colocarse la espada en el cinturón:

—Esta perrita está muy débil. ¡Por san Ninian..., es puro hueso! Pobrecita. Debe de estar muerta de hambre.

—Lo sé, mamá. Lo sé —afirmó la joven, conmovida por la delgadez del cachorro.

—Hay que entablillarle la patita delantera derecha. No está rota, pero por el modo en que se queja, creo que podría tener algún hueso astillado. En cuanto a las heridas, son bastante feas. Necesitará paciencia y días para que se curen, si es que se curan...

Amanda asintió. Opinaba lo mismo. Entonces su madre miró sus manos y añadió:

—Cuando lleguemos al castillo, has de echarte el ungüento. Eso hará que cicatricen rápidamente esos rasguños que te has hecho.

—Lo haré, mamá.

Ambas se miraban cuando Duncan empezó a decir acercándose a su hija:

—Amanda McRae...

—Uis..., malo cuando te llama por tu nombre y apellido — se mofó Megan.

Eso hizo sonreír a madre e hija, para sorpresa de Brodrick y Nigel, y Duncan, sin importarle aquello, continuó:

—¡Eres incorregible!

—A la par que desesperante, incauta, contestona y muchas cosas más. Pero me quieres —replicó ella—. Y sabes que lo que acabo de hacer tenía que hacerlo, porque yo soy así. Y porque esa perrita se merecía que alguien la ayudara y la quisiera, ¿y quién mejor que yo para hacerlo?

Duncan cabeceó. Discutir con ella era como discutir con su mujer.

—Por todos los santos, muchacha... ¡Has podido matarte! —siseó—. ¿Por qué no has avisado?

—Porque, si lo hacía, mamá habría querido ayudarme y tú te habrías enfadado con las dos. Por ello decidí hacerlo sola, para que te enfadaras solo conmigo.

Oír eso a Megan la hizo sonreír.

—Aiss, Halcón. Qué bien te conoce tu hija —cuchicheó.

—¡Sois iguales! —masculló el aludido—. ¡Ha heredado tu impetuosidad!

—Y tu cabezonería —apostilló Megan.

—Por no hablar de tu desobediencia —insistió el guerrero.

—También ha heredado tus arranques de malhumor.

Nigel y Brodrick los escuchaban boquiabiertos.

—Vale. De los dos he heredado todo lo peor —afirmó Amanda con un suspiro—. Soy lady Herencia Salvaje. Y ahora, dejad de discutir, por favor.

Eso finalmente hizo sonreír a Duncan; sus mujeres podían con él.

—¿Eso es todo lo que le vais a decir? —preguntó Brodrick mirándolos—. ¿Acaso no se merece una buena reprimenda o un buen castigo por haber puesto su vida en peligro bajando por ese precipicio?

—No empieces tú ahora. Cállate y deja de decir tonterías.

—No digo tonterías.

La joven lo miró.

—Pues, que yo sepa, las tonterías solo las dicen los tontos —le soltó.

—¡Amanda! —protestaron sus padres.

El guerrero, atónito por su desfachatez, siseó sin apartar la mirada de ella, con intención de molestarla:

—Lady Herencia Salvaje..., no me gusta que me llames «tonto».

A la joven le hizo gracia oír cómo la había llamado, y, obviando el gesto de sus padres, respondió:

—Pues no digas tonterías.

—¡Amanda! —gruñó Duncan.

Ella, al ver entonces que su madre sonreía, miró a Brodrick e indicó:

—Por cierto..., tú también has bajado.

—He bajado para ayudarte.

—Pues, si pides una reprimenda o un castigo para mí, yo pido que al menos te echen un buen rapapolvo a ti, porque

también podrías haberte despeñado. Somos familia y hay confianza, ¿no?

Brodrick la miró boquiabierto. ¿En serio acababa de decir eso? ¿En serio tenía tan poca vergüenza?

Esta vez Duncan y Megan se miraron divertidos; en ocasiones, la poca vergüenza de su hija era tremenda. A continuación Duncan, devolviéndole la cuerda a Nigel, indicó:

—Todos estamos bien. Continuemos el camino.

Amanda se subió ágilmente al caballo con el cachorro en sus brazos. La mirada de Brodrick no la intimidaba, por lo que, con descaro, una vez que todos hubieron montado, lo miró y le guiñó un ojo para sorpresa del guerrero. ¿En serio lo estaba provocando?

Después de un buen rato, durante el cual visitaron varias de las instalaciones que Brodrick había construido para el ganado y se encontraron en una de ellas a Derek y a Wallace, llegaron a un camino y oyeron que alguien llamaba:

—¡Conde Fraser!

Al mirar, se encontraron con un grupo de personas, y el aludido, al reconocerlos, se bajó del caballo y se aproximó a ellos.

—Lord Athol Peanut, qué alegría encontraros —saludó.

El hombre rápidamente se apeó de su montura y abrazó a Brodrick.

—Lo mismo digo, muchacho.

Sin dilación, y ante la atenta mirada de Duncan y su familia, Brodrick saludó a los recién llegados y se apresuró a presentarlos:

—Duncan, él es lord Athol Peanut, compañero de guerrillas de mi padre, y ellas son su mujer, lady Augusta, y su hija, lady Caroline.

Según dijo ese último nombre, la aludida sonrió y, acercando su caballo a Brodrick, declaró:

—Ilusionada de verte es poco, querido.

Eso hizo que Amanda los mirara con detenimiento, pero Brodrick, separándose de la joven y omitiendo su comentario, indicó:

—Athol, ellos son el laird Duncan McRae, su mujer, Megan, y su hija Amanda. Mi padre y el abuelo de Duncan eran familia de vida, y ellos siguen siéndolo para mí.

—¿He oído «McRae»? —preguntó Athol dirigiéndose a Duncan.

—Sí —afirmó él con convicción.

Se quedaron unos segundos en silencio; estaba claro que su fama de sanguinarios los precedía. Pero entonces Amanda terció:

—Tranquilos, que no os arrancaremos la cabeza...

—¡Amanda! —se mofó Megan mientras Duncan sonreía. Le encantaba su hija.

—Es broma... —rio ella—, es broma...

Finalmente Athol y Duncan se saludaron, y Caroline, fijándose en un bulto que Amanda llevaba envuelto en un pañuelo, preguntó:

—¿Qué es eso que lleváis ahí?

Sin dudarle, la joven se lo mostró, y aquella, reparando en sus manos llenas de arañazos, exclamó:

—Por el amor de Dios, querida, ¿dónde habéis metido las manos?

Amanda la miró y, cuando se disponía a responder, aquella contempló el cachorrillo herido y ensangrentado con gesto de asco y soltó:

—Oh, ¡qué cosa tan desagradable! Apartadlo de mi vista.

Oír eso le hizo saber a Amanda que aquella era una estirada; y acto seguido Megan afirmó mirando con complicidad a su hija:

—Tremendamente desagradable.

Sonriendo al ver como sus dos amores se comunicaban, Duncan cabeceó, y Caroline, acercándose de nuevo a Brodrick, dijo alto y claro para que todos la oyeran:

—Estoy agotada y llena de picaduras de mosquitos.

—Ay, pobre —murmuró Megan al oírla.

—Si yo tuviera las manos como ella —insistió la joven—, tendría que estar en cama una semana.

—No lo dudo —repuso Amanda con retintín.

Con disimulo, Duncan miró a su mujer y a su hija para pedirles prudencia, y en ese momento lady Augusta preguntó dirigiéndose a Brodrick:

—¿Qué tal se encuentra tu encantadora madre?

—Muy bien, lady Augusta. Dentro de unos días estará por aquí. Se quedó con mi hijo Ossian en Dumfries y va a venir a traérmelo.

—¡Tu madre es maravillosa! ¡Maravillosa! —insistió la mujer, que, mirando a Brodrick, añadió—: Has de saber que, en nuestro último viaje a Dumfries, mi hija y yo

coincidimos con ella en casa de lord y lady Shepard, y quedó encantada con Caroline.

—Me alegra saberlo —contestó el guerrero con cordialidad.

—Hablamos de cositas muy interesantes —insistió aquella.

—Y quedó prendada por mi belleza y mi saber estar —musitó Caroline mirando a Brodrick, cosa que a Amanda no se le escapó.

Durante un rato siguieron charlando. Parecía evidente que a Brodrick le gustaba aquella joven de bello rostro y cabello claro como el sol, y viceversa. Solo había que ver cómo ella lo miraba. En un momento dado Brodrick preguntó con galantería:

—¿Puedo hacer algo por ti, Caroline?

La aludida cabeceó con una elegancia innata y, sin apartar la mirada de él, dijo retirándose con coquetería el cabello del rostro:

—Querido, ¿podrías sugerirle a mi padre que, por favor, descansáramos un par de días en tu encantador hogar? Necesito un baño de flores aromáticas con urgencia o moriré.

—¡Caroline! —gruñó lord Athol al oírla.

—Padre —indicó la aludida—, llevamos cuatro días durmiendo a la intemperie..., ¿acaso no merezco un poco de piedad?

Oír eso hizo que Amanda y su madre se miraran y sonrieran. Para ellas, cuatro días durmiendo a la intemperie era un regalo. Pero aquella impertinente insistió:

—Padre, mi piel está seca, ajada y áspera..., ¿no crees que esto estropeará mi belleza y, con ello, los posibles pretendientes que pueda tener?

Brodrick miró a Amanda con disimulo. Ver su expresión y su media sonrisa le hacían saber lo que estaba pensando. Y, aunque los imprevistos no le gustaban, declaró dirigiéndose a Athol:

—Creo que lo que Caroline propone es una excelente idea. Unos días en mi casa harán que ella vuelva a resplandecer.

—Pero ya tienes invitados. No queríamos molestar — insistió lord Athol.

Con discreción, Brodrick miró a Duncan y, al ver que este asentía, aseguró:

—Vosotros no molestáis.

—Oh, ¡qué maravilla! —aplaudió lady Augusta, la mujer de aquel.

—Nada me apetece más —afirmó Caroline mirando a Brodrick, que sonrió.

De todos ellos, unos sonrieron pero otros no, y acto seguido Brodrick preguntó:

—¿Hacia dónde os dirigís?

—Vamos a Keith. Mi sobrino Lebrón se casa dentro de unos días y, si no asistimos al enlace, mi hermano Ben se molestará.

—Pero, aunque estemos un par de días en tu castillo, ¡llegaremos a tiempo! —se apresuró a decir Caroline.

Brodrick asintió y la joven, encantada, propuso sonriéndole al guerrero:

—*Querido*, vayamos al castillo. Será estupendo pasar juntos estos días.

Sin entender por qué, su manera de llamarlo «querido» incomodó a Amanda, y cuando retomaron el regreso al castillo, aunque intentó bromear con Wallace, Nigel y Derek, ya nada era igual. Brodrick no miró ni una sola vez en su dirección. Parecía atontado con la recién llegada, y eso a cada segundo que pasaba la enfadaba más y más, hasta que Megan se acercó a ella y preguntó:

—¿Te encuentras bien, mi vida?

Amanda asintió con la cabeza y, tras bromear con Wallace, aseguró:

—Claro que sí, mamá.

Pero Megan, que había visto el entrecejo arrugado de su hija, cuchicheó:

—Tú eres mil veces más bonita, simpática y encantadora que ella.

—Mamáááá..., pero ¿de qué hablas?

—Solo digo lo que pienso, que para eso soy tu madre.

Finalmente Amanda asintió y, cuando vio que aquella se ponía a hablar con su padre, hizo que su caballo se retrasara y quedó junto al de Derek.

—¿Cómo fue con los abuelos de Olivia? —le preguntó cuando vio que nadie los escuchaba.

—Muy bien —contestó él.

Oír eso a la joven le gustó.

—Al principio se disgustaron —añadió él—, pero, cuando me conocieron, supieron dónde iba a vivir su nieta y que fue una boda por amor, todo cambió. Eso sí, nos han pedido que esperemos a la fiesta de cumpleaños para dar la noticia

a todo el mundo y que se traslade a vivir definitivamente conmigo.

Ambos se miraron con complicidad, pero de pronto una carcajada de Caroline hizo que los dos se volvieran hacia ella y Amanda preguntó:

—¿De qué se conocen?

—No soy ningún chismoso —replicó Derek.

Eso le hizo gracia a Amanda, que se disponía a contestarle cuando este empezó a decir:

—Han coincidido en varias fiestas y...

—Uffff, qué pereza —lo interrumpió ella—. No quiero saber más.

Él la miró y Amanda, sonriendo, cuchicheó:

—Pero qué chismoso eres, Derek.

—Serás malvada.

—¡No te puedo creerrrrr! —exclamó ella riendo.

Eso provocó que ambos soltaran una carcajada. Estaba claro que se entendían, y no se percataron de que Brodrick, al oírlos, se volvía con curiosidad para mirarlos. ¿De qué se reirían?

Capítulo 24

El viaje de regreso al castillo fue rápido, pues cogieron un atajo para llegar antes.

Cuando aparecieron al fondo del camino, Joshua, que hablaba con Perkins, el hombre que se ocupaba de los caballos, se quedó sorprendido al ver llegar a tanta gente, y llamó a gritos a Emilia, su mujer, para advertirla.

Nada más llegar, Brodrick presentó a los recién llegados a Joshua y a Emilia, y esta última se llevó diligentemente a los nuevos invitados para asignarles habitación y ocuparse de que no les faltara nada.

Por su parte, tras hablar con Perkins sobre sus caballos, Duncan y Megan se alejaron. Y Joshua, mirando a la perrilla que Amanda tenía entre sus brazos, comentó:

—Pobrecilla. Está muy malherida y tiene más hueso que carne.

Amanda asintió con pesar. La extrema delgadez de aquella dolía.

—No sé si vamos a poder sacarla adelante —señaló el hombre a continuación—. Es demasiado pequeña y está muy mal.

Eso era algo que no entraba en los planes de Amanda, que rápidamente dijo:

—La sacaremos adelante y la veremos crecer. Solo hay que pensar en positivo para que las cosas sean así.

—En ocasiones, aun pensando con positividad, no se puede.

—En esta ocasión, se podrá —afirmó la joven convencida.

A Joshua le gustó oír eso, esa muchacha era muy agradable, y afirmó:

—Va a ser grandota. Mirad las patas que tiene.

Amanda asintió y, viendo a Brodrick hablar con Derek, añadió:

—Lo sé. En casa tengo cinco perros propios, y esta va a ser como *Brisa*. Grandota.

—Veo que os gustan los perros.

—Mucho. ¿Y sabes por qué? —El hombre negó con la cabeza, y ella dijo—: Porque son más fieles y leales que muchas personas.

Maravillado por aquello, el anciano sonrió. Esa muchacha le gustaba cada vez más.

—Pero ahora lo importante es que sus heridas sanen —agregó Amanda—, que engorde para que dejen de notársele los huesos y que poco a poco se reponga.

Ambos asintieron y luego ella, mirando a Joshua, comentó:

—¿No te parece que Emilia trabaja mucho?

El hombre se mostró de acuerdo. La fortaleza que su mujer tenía era algo que siempre lo había asombrado.

—Me lo parece —indicó—. Se lo digo, pero ella no me escucha. Con decir que la buena marcha del castillo depende de ella, lo arregla todo.

—¿Y por qué no se lo dices a Brodrick? Me consta que os tiene mucho cariño, y él...

—Si hiciera algo así, Emilia me mataría.

—Pero, Joshua, ¿no te preocupan sus ojeras?

De nuevo, el hombre asintió y luego dijo, convencido de su respuesta:

—Me preocupan. Pero, si no hiciera lo que hace, Emilia se moriría.

Sin querer seguir hablando de aquello, pues estaba claro que la primera que no quería bajar el ritmo de trabajo era la propia Emilia, la joven preguntó:

—¿Por qué nunca he visto un perro por aquí?

Joshua cabeceó.

—Porque al padre de Brodrick nunca le gustaron y, posteriormente, a su mujer tampoco. A Magnus le mordió uno cuando era pequeño y les cogió ojeriza. En cuanto a la condesa, no le gustaban ni las personas ni los animales.

Amanda asintió. Le entraron ganas de seguir preguntando por aquella, pero entonces el anciano dijo:

—Si queréis, puedo ocuparme de la perra mientras estéis aquí.

—No, gracias, Joshua, prefiero hacerlo yo.

—¿Dentro del castillo?

—¿Dónde, si no?

El hombre negó con la cabeza.

—*Milady*... —cuchicheó.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames Amanda?

Divertido, aquel asintió.

—Amanda..., no creo que sea buena idea que metas al animalito en el castillo.

—Pues yo creo que es una idea excelente —afirmó ella gustosa.

Una vez que se despidió de aquel, se encaminó al castillo y reparó en que, junto a la puerta de entrada al patio de armas, había dos personas que la observaban y le hacían señas con la mano. Aguzando la vista, reconoció pronto al hombre: era Calum Buchanan, el herrero, por lo que se dirigió hacia ellos.

—¡Hola, Calum! —saludó.

—¡*Milady!*

—Pasad, por favor.

El hombre sonrió sorprendido porque recordara su nombre. Miró la enorme puerta de piedra que se abría ante ellos, no se movió y, agarrando del brazo a su hija, indicó:

—No hace falta, *milady*. Aquí estamos bien.

Amanda asintió; estaba claro que aquel no quería poner un pie en Roy Trust. Cuando iba a hablar, el hombre dijo:

—Os presento a mi hija, Margot. Margot, ella es lady Amanda McRae.

Sonriendo, Amanda miró a la joven de pelo oscuro y, al ver como parpadeaba al oír su apellido, cuchicheó:

—Tranquila, Margot... Solo mato cuando es necesario.

Eso hizo sonreír a Calum y, cuando la jovencita sonrió también, Amanda comentó:

—Preciosa hija la tuya, Calum. ¿Cuántos años tiene?

—Quince, *milady*.

—¿Tu mujer no os acompaña?

—No. —Y, al ver como lo miraba, añadió—: Mi mujer murió al dar a luz a Margot.

—Oh, lo siento..., siento... haber preguntado —se apresuró a disculparse Amanda.

De nuevo, padre e hija se miraron.

—No pasa nada, *milady*. No os apuréis —murmuró el herrero.

Acto seguido guardaron unos instantes de silencio, hasta que la joven, mirando lo que Amanda cargaba en sus brazos, preguntó:

—¿Qué lleváis ahí?

Rápidamente Amanda se lo mostró y el hombre comentó conmovido:

—Siento deciros que ese animalillo tiene muy mala pinta. Dudo que pueda salir adelante.

—¡Otro como Joshua! —exclamó Amanda, y, sonriendo a Margot, preguntó—: ¿Por qué será que los hombres son tan negativos?

El herrero sonrió, y en ese momento Margot dijo:

—*Milady*, hemos venido a traeros unas flores a modo de agradecimiento.

Al oír eso, Amanda los miró y, cogiendo con cariño el ramo de flores silvestres que la muchacha le tendía, musitó:

—Muchísimas gracias. Son preciosas. Pero ¿qué tenéis que agradecerme?

—Hoy a primera hora han venido los guerreros Lannister a disculparse por su comportamiento y a pagarme los trabajos realizados. Y si eso ha ocurrido no es porque ellos

así lo hayan decidido, sino porque vos hicisteis algo para que ocurriera.

Amanda sonrió al oír eso.

—Te dije que haría lo que pudiera, aun siendo una McRae. Y, gracias a Olivia Lannister, que es una buena amiga, veo que el tema se ha solucionado sin problema.

Calum sonrió, sabía quién era aquella.

—Pues dadle las gracias de nuestra parte a la señorita Olivia. Y, por supuesto, gracias a vos por vuestra implicación.

Los tres sonreían por aquello cuando vieron a Brodrick salir del establo y observarlos, y el herrero comentó:

—Tenemos que marcharnos. Pero quiero que sepáis que, en cualquier cosa en la que mi hija o yo podamos ayudaros, ahí estaremos.

—Sin lugar a dudas —afirmó la joven.

—Gracias, Calum. Gracias, Margot.

Una vez que aquellos se marcharon, Amanda se dirigió hacia el castillo con el cachorro y las flores en las manos y, antes de cruzar la puerta principal, Brodrick fue a su encuentro.

—¿Quién eran esas gentes con las que hablabas? —preguntó.

—Gente de tu clan. Tu herrero y su hija. ¿Conoces sus nombres?

Aquel negó con la cabeza y Amanda dijo:

—Se llaman Calum y Margot Buchanan. Y me acabo de enterar de que su mujer murió al dar a luz a la niña. Qué tristeza.

—¿Y qué querían de ti?

Si le decía que ella había solucionado algo que debería haber hecho él seguramente le molestaría por haberse metido donde no la llamaban, por lo que se apresuró a contestar:

—Oh..., nada en especial. Tan solo pasaban por aquí y, al verme, me han regalado este precioso ramo de flores silvestres.

Brodrick la miró. Sabía que mentía, pero lo ignoró y dijo señalando al cachorrillo:

—Joshua entiende de animales. Entrégaselo a él y, cuando subas a tu habitación, lávate las manos y échate el ungüento que te ha indicado tu madre.

Oír eso hizo sonreír a la joven, que soltó:

—¿Acaso ahora te crees mi padre?

Brodrick parpadeó. Solo se preocupaba por ella.

—Lo del ungüento lo tengo claro —añadió Amanda—. Lo del cachorrito, no.

—¿A qué te refieres?

Caminando junto a él hacia el castillo, la joven declaró:

—Se viene conmigo.

—No.

—Sí.

—He dicho que no.

—Pues yo he dicho que sí.

Asombrado, aquel se paró y siseó mirándola:

—¿Acaso pretendes llevarme la contraria en mi propio hogar?

Amanda, deteniéndose junto a aquel, respondió con gracia:

—No. Pero si en algo no estoy de acuerdo contigo, ¡por supuesto que sí! Y en esto, *querido*, no lo estoy.

Acto seguido ella echó a andar de nuevo, maldiciendo haber dicho aquel «querido», y Brodrick la siguió.

—Que seas una McRae no me da miedo —insistió.

—¡Ni lo pretendo! —La joven rio al oírlo.

Boquiabierto porque tuviera contestación para todo, él insistió:

—Mi padre nunca quiso animales dentro de casa. Era una de sus reglas.

—Tu padre ya no está.

—¿Y...?!

—Pues que ahora eres tú quien decide si entran animales o no. —Y, sin darle tiempo a pensar, preguntó—: ¿Crees que a Peyton le gustará tener un perrito?

Brodrick no contestó. Lo cierto era que nunca se lo había planteado.

—No te puedo creerrrrr —se mofó Amanda ante su silencio—; ¿no sabes si a tu hija le gustan los perros?

Molesto, él la miró. Aquella descarada sabía sacarlo de sus casillas.

—Como bien has dicho, estás en mi casa, y la regla sigue siendo que no entran perros —indicó con gesto ceñudo—. Por tanto, mi *querida* Amanda McRae, como no la cumplas, te echaré de aquí.

Ella lo miró sin dar crédito.

—No te atreverás —replicó.

—Ten por seguro que sí.

—¿En serio harías eso?

—Repito: sí.

—¿Y qué crees que diría mi padre?

Brodrick asintió con determinación y luego, sin dudarlo, afirmó:

—Ponme a prueba si quieres saberlo.

Dicho esto, el guerrero prosiguió su camino dejando a Amanda boquiabierta y desconcertada. En un principio la joven pensó en ignorar su advertencia; Brodrick no se atrevería. Pero finalmente recordó la seguridad que había visto en él, y pensando en su padre y en lo que aquello podría provocar, decidió claudicar. Al fin y al cabo, era el hogar de Brodrick, no el suyo. Por lo que, caminando hacia Joshua, que seguía hablando con el hombre que se ocupaba de los caballos, le dio momentáneamente al cachorro para que lo cuidara.

Capítulo 25

Amanda, molesta, subía los peldaños de la escalera que conducía a su habitación de dos en dos. ¿Cómo podía negarle Brodrick la entrada a la cachorrita? Estaba reflexionando sobre ello cuando, al abrir la puerta de su dormitorio, se encontró con Nela.

—*Milady*, he pensado que os apetecería daros un baño cuando regresaseis.

Amanda sonrió; un baño relajante le vendría muy bien. Pero al ver el ojo morado que lucía Nela, inquirió:

—¿Qué te ha ocurrido?

—Que soy muy torpe, *milady*. Y anoche, cuando regresaba a mi casa, me caí.

Ella asintió. Recordaba haberla visto desaparecer en el bosque con un hombre desde la ventana cuando hablaba con Olivia, pero, como no quería meterse en algo que no la incumbía, simplemente indicó:

—El próximo día ten más cuidado.

Con una sonrisa, aquella asintió y, tomando aire, dijo mientras señalaba dos cubos de agua que había a los pies de la bañera llena:

—Ahí hay más agua caliente, por si se enfría la que ya está en la bañera.

—Gracias, Nela. ¡Qué detallazo!

Oír eso hizo que la joven la mirara, y Amanda rápidamente preguntó:

—¿Ocurre algo?

—*Milady*, ¿os acordáis de mi nombre?

—Pues claro. ¿Por qué no iba a recordarlo?

Sorprendida, la muchacha asintió y Amanda se apresuró a decir:

—Donde yo vivo, en Eilean Donan, mi familia y yo intentamos recordar los nombres de todo el mundo. ¿Eso no pasa aquí?

Nela miró hacia la puerta. Y, al ver que no había nadie por el pasillo, cuchicheó:

—La condesa siempre me llamaba «chica».

Amanda cabeceó. Poco sabía de la condesa, pero, según iba sabiendo más, tenía claro que no debía de haber sido una persona compasiva ni buena.

—Para mí eres Nela —indicó cogiéndole la mano a la joven—. Ese es tu nombre, y no hay más que hablar. Y, por cierto, no sé nada de ti..., ¿estás casada?

—No, *milady*. Vivo con mis padres y mis cuatro hermanos.

—¿Y comprometida?

Oír eso hizo sonreír a la joven, que respondió:

—Sí. Con un guapo guerrero.

—¿Y cómo se llama ese guerrero? —preguntó Amanda interesada.

—Murdoch McAllister —contestó la joven azorada—. Es uno de los guerreros del conde.

Encantada por saber ese dato, Amanda asintió, y Nela de pronto murmuró:

—Pero, *milady*, ¿qué os ha ocurrido en las manos?

Amanda se las miró, suspiró y, sin darle mayor importancia, repuso:

—Nada que un poco de ungüento no solucione. No te apures.

Nela se acercó entonces a la mesita de madera que había junto a la bañera.

—*Milady*, aquí tenéis lo que me pedisteis —dijo—. Seguí los pasos que me indicasteis, y he de reconocer que esa crema huele muy bien.

Al mirar, Amanda vio que se trataba de la crema que necesitaba para desenredar el cabello de Peyton. El día anterior, cuando había ido a prepararla, Emilia y Nela le aseguraron que ellas lo harían, por lo que Amanda se lo explicó, gustosa de que aprendieran a prepararla para el bien de la niña.

Una vez que Nela se marchó del dormitorio, Amanda volvió a mirar la bañera. Era tentadora, muy tentadora. Sin duda, iba a darse un baño.

La parte bonita del regreso tras el día a caballo era el baño que podía darse. La fea era que no había podido subirse a la cachorrita y, para colmo, allí seguía el viejo y feo camastro de todos los días.

Con ganas de darse un buen baño, se sentó en el catre, se quitó las botas, el chaleco, la camisa y, cuando se sacó los pantalones y quedó solo con la camisola, se tumbó sobre el incómodo catre. Pero fue hacerlo y las imágenes de Brodrick y ella besándose regresaron a su mente. Aquel beso. Aquellos labios. Aquellos ojos oscuros como la noche.

—No..., no..., no..., ¡maldita sea, no!

—Señora, ¿estás bien?

Oír eso hizo que Amanda abriera los ojos como platos al tiempo que daba un salto en la cama. Aquella vocecita era la de Peyton. Rápidamente sus ojos la buscaron, y al final la encontró semiescondida tras las cortinas de la habitación, vestida solo con una camisola blanca.

Amanda la miró sorprendida durante unos segundos, hasta que preguntó:

—¿Qué haces ahí, Peyton?

La niña no se movió y tampoco respondió, y entonces ella volvió a preguntar:

—¿Voto de silencio?

Por su expresión, resultaba evidente que la cría no la había entendido, y Amanda, ignorándola, volvió a dejarse caer en la cama. Con los ojos semicerrados observaba a la cría, que no se había movido del sitio. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué había ido a su habitación?

Sin entender el proceder de aquella, finalmente, y tras un buen rato callada, se incorporó. Y viendo que Peyton no tenía intención de hablar, se levantó y, sin mirarla, se soltó el cabello. En cuanto lo hizo, se acercó con tranquilidad a la bañera y cuchicheó metiendo la mano en ella:

—Mmm..., qué buena temperatura tiene.

En ese momento oyó que, en el pasillo, alguien llamaba a Peyton, y de inmediato entendió que era Flora, la niñera. Tras oír el nombre de la cría en varias ocasiones, la joven dijo:

—Vale. Rompo mi voto de silencio... ¿Acaso no oyes que te están llamando?

La niña negó con la cabeza. Amanda vio angustia en sus ojos y, cuando iba a hablar de nuevo, se oyeron unos golpes en la puerta y preguntó mirándola:

—¿Qué pasa, cielo?

—No. Con ella, no. Por favor, señora. Por favor.

Ese «con ella, no» le tocó el corazón a Amanda, que susurró:

—Si no me cuentas por qué no quieres ir con ella, abro la puerta y le digo que estás aquí.

La niña, asustada, bajó la mirada al suelo y, cuando la alzó de nuevo, respondió:

—Toca baño. El agua cae en mi... mi cara y no puedo respirar.

Oír eso hizo que a Amanda se le revolvieran las tripas. Estaba claro que aquella bruja no trataba bien a la niña.

—Vuelve a esconderte en el mismo sitio —indicó.

Una vez que la niña lo hizo, Amanda abrió la puerta, miró a Flora de arriba abajo y preguntó con seriedad:

—¿Qué quieres?

La niñera, al ver que aquella solo iba vestida con una camisola, levantó la barbilla y dijo:

—¿Habéis visto a la señorita Peyton?

—No. Y si la hubiera visto, tampoco te lo iba a decir.

Y, dicho eso, le cerró la puerta en las narices y, cuando oyó que los pasos de aquella se alejaban, miró a la niña, que estaba al fondo del cuarto, y murmuró:

—¿Por qué no le cuentas eso a tu padre?

Peyton no respondió.

—De acuerdo. Volvemos al voto de silencio —indicó Amanda—. Si tú no me hablas, yo tampoco hablaré.

Oír eso incomodó a la chiquilla. Que Amanda le hubiera quitado de encima a Flora era algo bueno para ella, pero la joven, ignorándola, se acercó hasta la bañera, cogió un jabón y, oliéndolo, añadió en voz baja:

—¿A qué huele este jabón?

Sin mirar a la pequeña, vio como aquella se iba acercando poco a poco a ella y, mientras volvía a oler el jabón, susurró sin mirarla:

—¿Será pino? ¿Lirio? ¿Rododendro?

Movida por la curiosidad, Peyton se colocó finalmente a su lado y musitó:

—Es lavanda.

Amanda sonrió. Y, sin mirarla, dijo:

—Oh..., he oído una vocecita..., ¿será un hada del bosque?, ¿un ratoncillo? ¿O será que me estoy volviendo loca?

Eso hizo que la niña sonriera y por último dijera:

—He sido yo.

—¡¿Tú?!

La cría asintió. Y Amanda, que vio aquella sonrisa tan bonita, declaró:

—Pues gracias, Peyton. Sin ti no habría sabido que era lavanda.

Sin abandonar su sonrisa, la niña la observaba cuando Amanda, viendo dónde miraba, preguntó:

—¿Te gusta?

—Es que es muy bonito —murmuró Peyton sin poder apartar los ojos de aquel anillo.

Amanda sonrió. Estaba claro que el anillo que había comprado en el mercadillo había impresionado a Peyton. Y,

metiendo la mano en la bañera, al ver sobre la mesita el preparado para el pelo para la cría junto a otra cajita, preguntó curiosa:

—Peyton, ¿te gustan los perros?

Fue decir eso y a la chiquilla se le iluminó el rostro con una sonrisa. Tener un perrito con el que jugar era una de esas cosas que siempre había deseado.

—Sí —musitó; y, dejando de sonreír, añadió—: Pero a la señora y al señor no les gustan, y a Flora tampoco.

Amanda se apenó al oírla. Que una niña como aquella, viviendo donde vivía, no pudiera disfrutar de la preciosa compañía de un animalito la enfadaba, y sabiendo que le gustaban, calló. Tendría que hablar seriamente con Brodrick. Peyton necesitaba un perrito sí o sí.

—¿Qué te parece si te cojo en brazos y nos metemos las dos vestidas en la bañera?

Esa loca propuesta hizo que la niña abriera los ojos de golpe. Lo que Amanda decía no era algo que pudiera hacerse. Flora y la señora lo veían como algo inadmisibile. Nadie se metía en la bañera de ese modo.

—¿Vestidas? —preguntó sorprendida.

Sin dudarlo, Amanda cogió a la pequeña entre sus brazos y, haciendo equilibrios, metió primero una pierna en la bañera de cobre y después la otra. Agarrada a su cuello, Peyton no daba crédito a lo que aquella hacía, y Amanda susurró:

—Ahora me agacharé...

—¡No!

Pero, sin escucharla, prosiguió.

—... y me sentaré en la bañera.

—No, señora —dijo la cría con un tembloroso hilo de voz.

—¿Por qué dices que no?

La niña miró el agua, que cubría las piernas hasta las rodillas de Amanda, y, con el rostro desencajado, sollozó:

—No quiero la cabeza dentro del agua. No... no puedo respirar.

Oír eso hizo que las tripas se le revolvieran de nuevo. Estaba claro que quien bañaba a la niña no hacía que el baño fuera algo grato para ella.

—Por supuesto que no, mi cielo —repuso—. No tienes por qué meter la cabeza dentro del agua.

La niña temblaba. La inseguridad podía con ella.

—No tienes nada que temer —dijo la joven—. Estoy contigo dentro de la bañera, por lo que te sujetaré y no te soltaré.

—Pero...

—Confía en mí, ¿vale?

La mirada de Peyton era de puro pavor, y Amanda, mirándola directamente a los ojos, contó:

—Recuerdo que, cuando nos conocimos en Eilean Donan, mi hogar, confiaste en mí para que te cosiera el lazo del vestido que se te rompió en la fiesta; ¿te acuerdas? —La cría asintió—. Fue y sigue siendo un secreto entre las dos.

Temblando como una hoja, Peyton la miró, y Amanda murmuró:

—¿Confías en mí?

Desconcertada, la cría parpadeó, pero finalmente asintió con la cabeza. Eso le gustó a Amanda, que comenzó a agacharse poco a poco para sentarse en la bañera mientras el agua empezaba a desbordarse por los costados.

Con la que había sido su madre y con Flora, aquello sería motivo de castigo. Pero, viendo que Amanda, a diferencia de aquellas, sonreía, la niña la miró, y la oyó decir:

—Tienes cara de querer preguntar algo.

Peyton parpadeó y Amanda, recordando lo que su madre hacía con ella y con Johanna cuando eran niñas para enterarse de lo que les rondaba por la cabeza, insistió:

—Veo en tus ojos que tienes preguntas.

—¿Lo ves?

—Sí, cielo. Lo veo —afirmó Amanda sonriendo—. Y, ¿sabes?, las preguntas se tienen que hacer, porque, si no se hacen, se quedan dando vueltas y más vueltas en la cabeza. Por tanto, ¿qué preguntas quieres hacer?

La niña, asombrada porque aquella viera las preguntas en sus ojos, se apresuró a decir:

—¿No te enfadas porque el agua desborde y caiga al suelo?

—No.

—¿De verdad? —insistió.

Amanda, sonriendo, afirmó:

—Y tan de verdad.

Peyton parpadeó, y luego ella, sonriendo por la inocencia de la chiquilla, dijo:

—Luego lo secamos con las toallas ¡y tema solucionado!

Una vez que Amanda se sentó en la bañera con la niña en su regazo, al notar como la cría la apretaba, cuchicheó:

—Si sigues apretándome el cuello así, me lo romperás.

Con celeridad, y sintiéndose segura al estar encima de aquella, la niña cedió un poco, y Amanda murmuró:

—Gracias.

Abrazadas en la bañera, permanecieron en silencio mientras Amanda notaba como el cuerpo de Peyton se iba relajando lentamente. Sus piernas ya no estaban tensas, sus brazos tampoco, y su respiración comenzaba a serenarse.

—¿Qué te ha ocurrido en las manos?

Amanda, viendo los arañazos, que, bajo el agua, parecían el doble de grandes, respondió omitiendo parte de la verdad:

—Me lo hice al intentar ayudar a alguien. Pero no te apures, estoy bien.

La cría asintió y Amanda, cogiendo la cajita que había sobre la mesita, indicó:

—Esto es para ti, por haber confiado en mí.

Los curiosos ojos de Peyton pasaban de la cajita a Amanda cuando esta insistió:

—Vamos. Es un regalo para ti.

Roja como un tomate, la niña cogió la cajita y, al abrirla, musitó sorprendida:

—Es... es como el tuyo.

Lo que Amanda le había regalado era un anillo igual que el suyo, el que en su día había comprado para Johanna.

—Mira, es de los que se adaptan a los dedos —dijo sonriendo y sacándolo de la cajita—. Solo tienes que apretar aquí.

Con mimo y cuidado, Amanda ajustó el anillo al dedo de la cría y, cuando ella la miró emocionada, sugirió:

—Será nuestro anillo de la confianza, ¿qué te parece?

La niña asintió complacida. La manera en que Amanda la trataba y le hablaba era tan dulce y bonita que era incapaz

de decirle que no, por lo que afirmó:

—Me gusta la idea.

—Solo tenemos que chocar nuestros anillos así —dijo chocando la mano de la niña con la suya—, y eso nos hará saber que todo está bien.

Poco a poco, la tensión entre ambas se fue disipando. Aquel regalo significaba mucho para la niña.

—¿Qué te parece si, mañana, mi madre, tú y yo vamos al lago y nos damos un bañito vestidas? —sugirió entonces Amanda.

Sorprendida, la cría dejó de mirar su anillo y preguntó:

—¿Tu madre se baña vestida en el lago?

—Sí.

—¿Y no se enfada?

—¿Por qué se va a enfadar?

La chiquilla no respondió. Y Amanda, consciente de que necesitaba ayuda para exteriorizar no solo sus pensamientos, sino también sus sentimientos, comenzó a contarle cosas que había hecho con su madre y su hermana Johanna para hacerla reír. Y esta vez lo consiguió.

—¿Te gustaría lavarme el cabello, Peyton?

—¿Yo?

—Por supuesto, tú.

Acto seguido, le entregó el jabón a la niña y, para demostrarle que confiaba en ella, indicó:

—Vamos. Coge la jarra, llénala de agua y échamela sobre la cabeza. Necesito un buen lavado de cabello.

—¿Y si lo hago mal?

—Lo harás bien.

—¿Y si te ahogo al echar el agua?

—No me ahogarás. Llevamos el anillo de la confianza. Tranquila.

Pero la cría dudaba y, mirándola, insistió:

—Nunca lo he hecho, señora. Nunca le he lavado el cabello a nadie.

Sonriendo, Amanda se encogió de hombros y afirmó con cariño y seguridad:

—Pues hoy lo harás por primera vez. Y soy Amanda, ¡no «señora»!

Peyton cogió la jarra con sus manitas temblorosas. La llenó de agua y, con cuidado, comenzó a echársela por la cabeza. Amanda se fijó en que la niña intentaba ser especialmente cuidadosa en que el agua no le cayera sobre el rostro, y eso le corroboró que con ella no tenían ese cuidado. ¿En serio Flora estaba potenciando la fobia de aquella al agua?

Cuando acabó, la cría se apresuró a preguntar:

—¿Lo he hecho bien?

Ella se echó el cabello húmedo hacia atrás y afirmó:

—Mejor que bien. Te voy a nombrar mi lavadora oficial del cabello.

La niña sonrió. Estaba claro que no estaba acostumbrada a que le dijeran cosas positivas y bonitas, y Amanda, aprovechando el momento, preguntó:

—¿Puedo lavarte yo ahora a ti el cabello?

Eso hizo que la niña dejara de sonreír y su gesto cambiara. Durante unos segundos Amanda pensó que Peyton iba a decir que no, pero, sorprendiéndola, contestó al tiempo que miraba el anillo de su dedo:

—Sí. Puedes.

Contenta, Amanda llenó la jarra y la vació con cuidado sobre la cabeza de la chiquilla, evitando mojarle el rostro como ella había hecho.

Una vez que el corto cabello de Peyton estuvo totalmente empapado, Amanda reparó en dos feas cicatrices que esta tenía en el cuero cabelludo.

—¿Cómo te hiciste esto?

Sentir los dedos de Amanda sobre aquellas cicatrices todavía no curadas hizo que a la niña se le llenaran los ojos de lágrimas.

—No lo sé —murmuró.

—Yo creo que sí lo sabes.

—De eso no se habla.

—¿Por qué no se habla?

Angustiada, la cría negó con la cabeza y luego añadió con un hilo de voz:

—La señora y Flora me lo prohibieron o...

—¡¿O...?!

—Nada..., nada...

Amanda maldijo para sus adentros. ¿Qué le habrían hecho esas brujas a la niña? Pero, sin querer angustiarla más, trató de cambiar de tema y cogió algo que había sobre la mesita que estaba cerca de la bañera.

—Nela, Emilia y yo hicimos esta crema con unas raíces —contó.

Abriendo la tapa del bote, se la dio a oler y luego preguntó:

—¿Qué te parece su olor?

Peyton la olisqueó con curiosidad y respondió mirándola:

—Huele dulce.

Ella sonrió. Efectivamente, olía así.

—Cuando el cabello está limpio, solo hay que aplicarla sobre él, esperar un poquito y luego no habrá ni un solo tirón al peinar.

Peyton dudó. Observaba aquello que la joven tenía en la mano mientras su respiración se normalizaba cuando Amanda dijo:

—¿Qué tal si me das tú a mí esta crema en el pelo y luego te la doy yo a ti? A ambas nos vendrá muy bien para que luego no notemos tirones.

Acorralada por sentimientos contradictorios, finalmente Peyton asintió y, tras untar la crema sobre el cabello de Amanda, fue esta última quien se la untó a ella.

—¿Seguro que ahora no dolerá al peinarlo?

—Segurísimo —afirmó Amanda sonriendo.

Cuando, poco después, ella se retiró con agua la crema y le dio un peine a Peyton para que le desenredara el pelo, el gesto de felicidad de la niña al ver como este resbalaba sin tirar la hizo sonreír.

Una vez que acabó, Amanda procedió a hacer lo mismo, y sonrió al comprobar como la cría, feliz, se dejaba peinar. Estaba claro que aquello que Amanda hacía con delicadeza y cariño era un placer que la cría nunca había experimentado. Que le tocaran la cabeza y el dolor no la consumiera era, como poco, una de las mejores cosas de su vida.

Y, en cuanto acabó de peinarla, y viendo la tranquilidad de la niña, indicó mientras terminaba de contarle la historia:

—Y papá nunca puede hacer nada, pues sabe que nosotras al ver un lago, ¡tenemos que bañarnos!

La carcajada que soltó Peyton le supo a gloria a Amanda. Ver a la cría sonreír como la niña que era, y no con el gesto de inseguridad y miedo que siempre parecía tener en el rostro, la hizo feliz, y en un movimiento instintivo le echó agua en el rostro con las manos. Al hacerlo y ver que la cría se quedaba parada, rápidamente se disponía a pedir perdón, pero de pronto Peyton, imitando su movimiento, la salpicó. ¡Estaba jugando!

Divertidas y entre risas, no se percataron de que el agua comenzaba a salir por debajo de la puerta. De pronto esta se abrió y se oyó:

—Por todos los santos..., ¿qué hacéis?

Peyton se quedó paralizada al ver a su padre, y Amanda, sin importarle su apariencia, rápidamente echó agua a Brodrick con las manos y exclamó:

—¡Una batalla de aguaaaaa!

—¡¿Qué?!

Viendo el desconcierto en los ojos de aquel y de la niña, Amanda volvió a echarle agua. Esta vez el agua le dio en toda la cara.

—¿Juegas con nosotras? —insistió.

La carcajada de la cría al ver que a su padre le corría el agua por la cara dejó tan desconcertado a Brodrick que este solo pudo decir:

—Cuando acabéis, que Peyton se vaya a la cama. Flora la está buscando.

—Dile a Flora que yo daré de cenar a la niña y la acostaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Dicho esto, cerró la puerta con la misma celeridad con que la había abierto. Y, mientras oía las carcajadas de Amanda y de Peyton y veía el agua correr bajo la puerta, el conde sonrió. Llevaba mucho tiempo sin ver a su hija sonreír así, y solo por eso merecía la pena que el castillo se inundara.

Capítulo 26

Un buen rato después, tras llevar a Peyton a su habitación, asegurarse de que comía un buen plato de estofado y acostarla ante el gesto amargado de Flora, Amanda calló las cosas que deseaba decirle a aquella mala mujer y regresó a su dormitorio para arreglarse. Brodrick tenía invitados y quería estar a la altura.

Su madre pasó a verla por la habitación para recordarle que se diera el ungüento en las manos y, al contarle Amanda la negativa de Brodrick a que la perrita entrara en el castillo y por qué bajaría con retraso al salón, Megan sonrió y le indicó que no se preocupara. Ella daría las explicaciones pertinentes.

Aun así, Amanda se dio prisa en arreglarse. Quería ver a la cachorrita antes de la cena, por lo que, tras salir de su habitación, fue en busca de Joshua. Él, gustoso, la llevó a las caballerizas. Allí, en una de las cuadras vacías, estaba la perrita dormida entre unas mantas que parecían muy mullidas. Todo a su alrededor estaba limpio, y había un pequeño cazo con agua y otro con algo de comida.

—Joshua —susurró Amanda—, ¿qué tal si me cuidas a mí también?

El hombre soltó una risotada y la joven añadió:

—Te aseguro que este sitio tiene mejor pinta que donde duermo yo.

Ambos sonrieron por aquello y Amanda, emocionada al sentir el cuidado que aquel le prodigaba al animalito, murmuró:

—Gracias por tenerla tan consentida.

Joshua asintió, adoraba a los animales.

—La he bañado para quitarle la sangre y la suciedad que tenía incrustadas por todo el cuerpo. Después le he entablillado la patita, le he dado algo de comer y he curado sus heridas. Pero sigo pensando que esta perrita está muy débil. Demasiado.

Durante unos momentos Joshua y Amanda la observaron, hasta que el hombre dijo:

—¿Quién puede ser tan horrible como para haberle hecho esto a esta perrita?

Amanda suspiró.

—No lo sé. Pero, si lo supiera, ten por seguro que la horrible sería yo con él.

Joshua sonrió y, bajando la voz, se mofó:

—Cuidado, muchacha, eres una McRae, y ya sabes lo que se dice de vosotros.

—Salvajes y sanguinarios —soltó Amanda.

Ambos reían por aquello cuando la joven dijo:

—Esta salvaje y sanguinaria se quedaría gustosa aquí contigo, pero me temo que he de ir a cenar con el conde y sus finos invitados.

Él asintió y ella, tras darle un cariñoso beso en la mejilla que al anciano le encantó, corrió hacia el castillo.

Al entrar en el salón algo acelerada, vio como todos la miraban y ella los saludó con una radiante sonrisa. Se acercó a sus padres y preguntó:

—¿Me he perdido algo?

Duncan y Megan miraron a su preciosa hija y esta última comentó:

—Te has perdido la insufrible conversación sobre bordados que he tenido que mantener con la mujer de lord Athol..., y, por cierto, insufrible conversación e insufrible ella.

—¡Megan! —murmuró Duncan.

—Y su hija, ¡ya ni te cuento! Dos tortas bien dadas le quitaban toda la tontería.

—¡Megan! —gruñó de nuevo su marido.

La aludida y su hija se miraron con complicidad.

—Ya me ha contado tu madre que Brodrick no te ha dejado subir al perro a tu habitación —señaló Duncan a continuación.

Oír eso la hizo resoplar.

—Menudo rancio está hecho —cuchicheó mirándolo.

—¡Amanda, esa lengua! —protestó Megan.

—Vale, ¡lo sé! No he de decir eso, pero me...

—Mi vida —la cortó Duncan—, cada persona en su hogar tiene sus reglas. Y si aquí una de ellas es que no entran animales en el castillo, no hay más que hablar.

—Sí, papá, pero...

—No hay peros, Amanda —volvió a cortarla—. Sé consecuente y piensa si yo permitiría a cualquiera hacer algo en Eilean Donan que previamente hubiera prohibido.

La joven resopló. Mirándolo desde la perspectiva de su padre, lo entendía, y por último murmuró, sabiendo que tenía que pedir disculpas:

—De acuerdo, papá. Brodrick y tú tenéis razón.

Encantado porque lo comprendiera, el guerrero tocó con mimo aquel rostro que tanto adoraba.

—¿Batalla de agua? —preguntó.

Oír eso hizo sonreír a la joven, pero Duncan murmuró:

—Amanda, ¡no estamos en casa!

—¿También están prohibidas aquí las batallas de agua?

—¡Amanda! —protestó Duncan.

Al oír a su marido, Megan ladeó la cabeza. Había jugado con sus hijas a aquel juego desde que eran niñas y eso había hecho que perdieran el miedo al agua. Pero Amanda respondió mientras veía a Emilia entrar con una criada para atender a los invitados:

—Créeme que la ocasión lo merecía.

—Pero, hija...

—Papito, Peyton bien merece el suelo encharcado.

Durante un buen rato, todos los invitados charlaron disfrutando de un agradable momento antes de la cena, y Amanda, viendo a Brodrick solo y pensativo junto a la ventana, se acercó a él.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó.

Al oírla, él se volvió. Estaba preciosa con aquel vestido color berenjena, pero dijo:

—Si vienes a importunarme, no es el momento.

Eso hizo sonreír a la joven, que cuchicheó:

—Qué bonito concepto tienes de mí.

—El que tú creas con tus impertinencias, *lady Herencia Salvaje*.

—Mmm..., me encanta que me llames así.

Boquiabierto porque no se enfadara, sino que dijera que le gustaba, el guerrero curvó inconscientemente la comisura de los labios. Aquella joven le hacía gracia.

—Bueno..., bueno... —murmuró ella entonces—, ¿estás sonriendo?

—No.

—Sí..., sí..., estás sonriendo.

La insistencia de Amanda, unida a su bonito gesto y su sonrisa, descuadraron al guerrero. ¿Qué tenía aquella muchacha que lo hacía sonreír siempre como un bobo? Pero, sin querer darle la razón, indicó con gesto hosco:

—Por cierto, eso que les has dicho a los Peanut acerca de que no ibas a arrancarles la cabeza..., aunque fuera una broma, no ha sido de buen gusto.

—Pero ¿tú has visto sus caras? —se mofó la joven.

Brodrick, al ver que aquella sonreía ante algo que a él le parecía inaceptable, protestó:

—Diciendo cosas así, ¿cómo no van a pensar que los McRae sois unos sanguinarios?

Amanda levantó las cejas divertida.

—A ver, Brodrick..., si ya lo piensan, ¿por qué decepcionarlos?

Boquiabierto porque una vez más aquella tenía contestación para todo, él se disponía a hablar de nuevo cuando la joven preguntó:

—¿Te importa si mañana le enseño la perrita a Peyton?

—Olvídalo.

—¿Por qué?

—Porque su apariencia es terrible —repuso Brodrick con firmeza—, y, según me ha dicho Joshua, no tiene claro que siga muchos días con vida. Por tanto, no quiero que mi hija se encariñe y luego sufra por ella. ¿Te vale mi contestación?

Amanda asintió. Le gustara o no, la realidad era esa.

—De acuerdo. Te entiendo —murmuró al fin.

Sorprendido porque comprendiera sus palabras sin objetar nada, él la miró.

—Venía a pedirte disculpas por mis impertinencias —dijo ella acto seguido—. Como has dicho, esta es tu casa, son tus reglas, y no hay más que hablar. Y, por cierto, tal como tú dijiste, Joshua la cuida muy bien. Gracias.

Atónito, él la miró a los ojos. ¿Se estaba disculpando ante él? Esbozando una sonrisa, se tocó el lóbulo de la oreja con la mano y preguntó:

—¿Tú pidiendo disculpas?

—Claro. Mis padres me enseñaron que, cuando uno sabe que se ha equivocado, lo siguiente que debe hacer es pedir disculpas.

Maravillado, el guerrero clavó su oscura mirada en ella. Aquella mujer, que tan pronto lo retaba como lo desesperaba o lo hechizaba, estaba siendo un bonito descubrimiento para él.

—Disculpas aceptadas —susurró.

Ambos sonrieron. Cuando eran capaces de comunicarse con tranquilidad y sinceridad, entre ellos todo fluía maravillosamente bien.

—También me gustaría decirte otra cosa —añadió entonces Amanda en tono de broma.

Brodrick levantó las cejas con guasa.

—Algo me dice que ahora viene la parte mala —cuchicheó.

—Si el camastro donde va a dormir lady Caroline es tan insufrible como el que hay en mi habitación, siento decirte que sin duda cambiará el concepto que tiene de ti.

Oír eso al guerrero lo hizo sonreír abiertamente. Y, cuando iba a tocarse la oreja, Amanda murmuró acalorada:

—Bonita sonrisa.

—Gracias.

—Deberías usarla más a menudo.

Estaban mirándose con gestos sonrientes cuando él, reparando en el anillo con forma de ala de pájaro que aquella llevaba, comentó:

—Tuviste buen gusto al elegirlo.

Amanda asintió y, sin dejar de mirarlo, respondió:

—A Peyton también le gustó.

—¿A Peyton?

—Había comprado otro igual para mi hermana Johanna, pero al final se lo he regalado a Peyton. Lo hemos bautizado como nuestro «anillo de la confianza».

Conmovido por aquel precioso detalle con su hija, el guerrero se disponía a responder cuando se les unió lord Athol y su mujer, Augusta, y, obviando lo que hablaban, comenzaron a charlar sobre la primavera mientras Emilia se acercaba con una bandeja para que picotearan.

Un buen rato después era Amanda quien tomaba aire junto a la ventana, y Brodrick, atraído como un imán por

ella, se le acercó.

—¿Anillo de la confianza? —inquirió.

Ella sonrió al oírlo, y Brodrick, disfrutando de aquel rostro redondito tan precioso y de aquellos ojos verdes tan tentadores, preguntó a continuación:

—¿Batalla de agua?

Al oírlo, la joven asintió y, mirándolo, preguntó a su vez:

—¿Nunca has jugado a eso?

Rápidamente el conde negó con la cabeza.

—Tranquilo —musitó ella—. Te enseñaré y así podrás jugar con tus hijos.

—No, gracias.

—Pues a Peyton le ha gustado mucho.

—Enséñale entonces a Flora.

Oír ese nombre hizo que la expresión de la joven cambiara.

—Como yo tenga que enseñarle algo a esa mala bruja, será la puerta de la casa, para que salga y no vuelva a entrar.

—Pero ¿qué inquina le tienes?

—La que se merece. Lo que no entiendo es que no se la tengas tú, con lo mal que trata a tu hija.

—Nunca he visto nada parecido.

—Quizá porque solo miras, pero no ves.

Brodrick negó con la cabeza. Él no pensaba de ese modo; Flora cuidaba bien de sus hijos. Y, sin querer discutir con ella, preguntó:

—¿Qué has hecho para conseguir que sonría?

Entendiendo su pregunta, Amanda clavó sus ojazos verdes en él y respondió molesta al ver como desviaba el

tema:

—Hablar con ella, darle su tiempo, tener paciencia y, sobre todo, demostrarle afecto y cariño.

Brodrick dejó de sonreír. Por la forma en que había dicho aquello, daba a entender algo que no le gustaba.

—¿He de entender que yo no hago nada de eso? —gruñó molesto.

—Yo no he dicho eso. Eso lo estás diciendo tú, *querido conde*.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque sé que te molesta.

Ahí volvía a estar la Amanda que lo sacaba de sus casillas.

—Eres desesperante —murmuró Brodrick.

—Si tú lo dices...

—E insufrible —apostilló él.

—Llevo oyendo cosas así toda mi vida. No me descubres nada nuevo.

Asombrado porque no se callara, el guerrero la miró y, paseando los ojos por aquellos labios tan tentadores, indicó:

—También eres contestona.

Sin cambiar el gesto, la joven asintió.

—Si te oyera mi padre, te diría que mejor que sea así, porque cuando hago voto de silencio y no digo nada, malo..., malo.

Ofuscado por los sentimientos contradictorios que aquella le despertaba, resopló y, bajando la voz, gruñó:

—Pero ¿es que tú tienes contestación para todo?

—Lo intento. Y oye..., ¡me gusta!

—Eres desesperante.

—Eso ya lo has dicho —se mofó ella tras intercambiar una mirada con Emilia, que le sonrió.

Ambos se miraron con intensidad, sintiendo los chispazos que sus encontronazos les producían. Y entonces Amanda, viendo con el rabillo del ojo que sus padres y otros invitados los observaban con curiosidad, canturreó sonriendo:

—Yo que tú cambiaría de gestooooo...

—¿Por qué?

—Porque nos mirannnnn... —volvió a canturrear señalando.

—¿Y me lo tienes que decir cantando?

—Sííííí...

—¡Esto es ridículo!

—Tan ridículo como túúúúúú...

Con disimulo, Brodrick miró hacia donde ella indicaba y, resoplando, murmuró:

—Ahora entiendo por qué sigues soltera a pesar de tu belleza...

Oírlo decir que la consideraba bella era algo que la joven no esperaba.

—Con ese carácter endemoniadamente complicado que tienes, nada dulce y delicado, es normal que nadie te soporte —prosiguió él.

—Dijo el más tonto de Aviemoreeeee...

Boquiabierto, el highlander la miró. A él nadie lo llamaba «tonto» sin salir escaldado, pero ella, sin perder la sonrisa, canturreó una vez más:

—Creo que lo de «tonto» se te queda cortoooo...

—Amanda McRae, te he dicho ya más de una vez que no me llames «tonto».

—Pues no digas tonterías... —siguió.

A Brodrick le tembló el ojo. Aquella lo desesperaba. E, intentando no levantar la voz, murmuró:

—Vamos a ver. Apenas conoces a mi hija y a su cuidadora para opinar, y lo mismo digo para que me asegures que Emilia está cansada o que critiques cómo cuido de mi gente. ¿Por qué te empeñas en querer darme lecciones?

—¿Tomas mis comentarios como que te estoy dando lecciones?

—Sí.

De nuevo ella sonrió e indicó mirando aquellos labios tentadores:

—Pues a ver si con un poco de suerte abres los ojos y aprendes algo.

Sin dar crédito y sobrecogido, él la miró. Pero ¿cómo podía hablarle así? ¿Quién se había creído que era? Cuando iba a contestarle, esta cuchicheó:

—¿Con cuántas personas has visto a Peyton sonreír? ¿Cuántas veces la has visto disfrutar en el agua como la has visto conmigo? Y, por cierto, conmigo ha cenado un buen plato de estofado, y, por el apetito que tenía, creo que llevaba mucho tiempo sin hacerlo.

Brodrick tomó un trago de su copa. Contestar a aquello era complicado, y más cuando solo deseaba besarla.

—Tus palabras solo parecen reproches —respondió.

—Mis palabras, dependiendo de cómo te interese entenderlas, pueden parecer lo que tú quieras. Y no, no te las estoy diciendo como un reproche. Te las estoy diciendo

como me salen del corazón, te gusten a ti o no, porque para eso estamos hablando, ¿no es cierto?

Su razonamiento lo dejó sin palabras, y Amanda aprovechó para añadir:

—Pero, vamos, si lo que quieres es que te baile el agua y aplauda a la estúpida que cuida de tus hijos, pues lo siento, *señor conde*, pero no. Eso no lo vas a conseguir de mí, porque yo no soy así.

—¡Pero qué vestido tan bonito lleváis, lady Amanda!

Al volverse, se encontraron con Caroline, Derek y Wallace, que estaban a su lado. Y Amanda, mirando a la joven, contestó:

—Gracias, lady Caroline. El vuestro también lo es.

Con coquetería, Caroline se movió y, gustosa, mirando a Brodrick, propuso:

—He pensado que mañana por la mañana podríamos salir de caza.

Según dijo eso, el guerrero la miró.

—*Querido...*, recuerdo que me dijiste que los conejos y las liebres abundaban en estas tierras y tenían un sabor exquisito —insistió la joven.

Wallace y Nigel asintieron, pero Brodrick, a quien el plan no le apetecía lo más mínimo, repuso:

—Tendrá que ser en otra ocasión.

—¿Por qué?

—Porque es precipitado, tengo cosas que hacer y esto no estaba en mis planes.

Según oyó eso, Amanda soltó una risotada.

—Estarás de broma, ¿no? —preguntó.

Brodrick negó con la cabeza, y la joven McRae insistió:

—¿Y porque no estuviera planeado con antelación no se puede ir?

El guerrero miró entonces a Derek y Wallace, que entre ellos se sonreían.

—No me gustan los imprevistos —respondió—. Las cosas salen mejor cuando se...

—Por favorrrrr, qué aburrido eres —se mofó Amanda, que, obviando el gesto de aquel, miró a Caroline y propuso—: ¿Qué os parece si vamos nosotras? La verdad es que no es necesario que venga él para cazar.

Oír que lo llamaba «aburrido» molestó al guerrero, y Wallace rápidamente dijo:

—Derek y yo podemos acompañaros.

—¡Magnífica idea! —afirmó Amanda.

Caroline suspiró, pues a ella no le parecía tan magnífica.

—¿En serio no vendrás? —insistió dirigiéndose a Brodrick.

—Y tan en serio —afirmó Amanda moviendo las manos en el aire—. Como ha dicho, tiene cosas que hacer y no le van los imprevistos. Por tanto, ¡salgamos nosotros de caza! ¡Será divertido!

Molesto por aquello, Brodrick se disponía a protestar cuando Caroline comentó:

—Veo que vuestras manos han mejorado. Aunque aún se ven ajadas e imperfectas.

Ella se las miró y se encogió de hombros.

—Lo importante es que siguen permitiéndome hacer lo que necesito.

—¿Arrancar cabezas? —preguntó Caroline.

Aquel comentario hizo que Amanda mirara a Brodrick.

—Si es necesario, ¡sin duda! —soltó sonriendo.

Ignorando a Amanda, Caroline pasó entonces la mano por el brazo de Brodrick.

—¿Estás ofuscado, querido? —le preguntó.

El guerrero rápidamente suavizó su expresión y, tras mirar a sus amigos, que lo observaban curiosos, respondió:

—Para nada. Y menos contigo aquí.

Caroline, a la que aquel cumplido le encantó, soltó una risotada de gallina clueca, y Amanda, mirando la mano de aquella sobre el brazo de él, dijo:

—Lady Caroline, el conde nunca se ofusca. Es un hombre con el que se puede hablar de cualquier cosa, ¿verdad, *señor conde*?

Según dijo eso, el guerrero la miró. ¿Acaso pretendía que le soltara un bufido? ¿Por qué lo provocaba tanto?

Y Caroline, deseosa de tener su atención solo para ella, ignorando a Wallace y a Derek, que los observaban sorprendidos, propuso dirigiéndose a Brodrick:

—¿Qué tal si, antes de la cena, damos un paseo juntos por el jardín?

—¡Qué estupenda idea! —exclamó Amanda—. Hay una luna preciosa para pasear. Id. No perdáis el tiempo. Seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar.

—Querido..., dame un segundo —añadió entonces Caroline—. Le pediré a esa vieja criada que...

—Esa mujer se llama Emilia, ¡respétala! —la increpó Amanda, molesta, pasando al tuteo.

Caroline, al oír eso, la miró y prosiguió:

—Le diré a la criada que suba a mi habitación y me traiga un chal.

A Amanda le molestó oír eso.

—¿Qué tal si, en vez de enviar a Emilia, que está ocupada atendiendo a tus padres, vas tú misma a recoger tu chal? —siseó sin poder evitarlo.

Acto seguido todos guardaron silencio, y Caroline, viendo que la observaban con el ceño fruncido, cambió su actitud.

—Tienes razón. Lo que propones es lo mejor. Gracias, Amanda —afirmó tuteándola a su vez.

Una vez que aquella se retiró, Brodrick miró a Amanda molesto, y se disponía a decirle algo cuando ella, sin cortarse, cuchicheó:

—Recuerda: buscas mujer, y creo que esa rancia puede ser perfecta para ti..., *querido*.

—Mejor que tú, sin duda —replicó él.

—Dios me libre de tener tan mal gusto.

—Por san Ninian —se mofó Wallace divertido al ver la sonrisa de Derek.

Brodrick, a cada instante más sorprendido, y sin importarle que sus amigos lo oyeran, advirtió:

—Te estás extralimitando, y mucho.

—Dudo que eso me quite el sueño.

—¡Amanda McRae!

—No imites a mi padreeee... —canturreó ella.

Ver a sus amigos sonreír y, sobre todo, ver el gesto de Amanda, a Brodrick lo hizo tomar aire para no soltar un bufido, pero, antes de alejarse, soltó mirándola:

—En cuanto a lo del cambio de cama y colchón, olvídalo. Mis atenciones son para mujeres como lady Caroline, que son dulces, delicadas y...

—Uf, qué pereza, ¡adiós! —lo cortó ella con celeridad, dejándolo con la palabra en la boca.

Cuando Brodrick se alejó, Wallace se acercó a Amanda.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —le preguntó.

—Que tu amigo es muy tonto.

—¿«Señor conde»? ¿«Querido»? —insistió el guerrero.

Al oírlo, ella resopló, y Derek, que había visto en Brodrick algo que llevaba tiempo sin ver, preguntó divertido:

—¿«El conde nunca se ofusca»?

Los tres rieron.

—Es un maldito cabezón —cuchicheó Amanda—. Y, vale, sé que yo también lo soy. Pero si hablamos de Peyton me da igual lo que él piense, porque por mi boca solo saldrá lo que pienso yo, le guste a él o no.

—Ese es un tema con el que Brodrick suele ofuscarse —afirmó Wallace.

Los tres se miraron con complicidad y, al cabo, Amanda comentó:

—A ver..., es cierto que apenas conozco a la niña, pero siento que solo está insegura y repleta de miedos. Y, en cuanto a su niñera, no me gusta. No me fío de ella, y menos aún después de haber oído cositas que Peyton me ha ido soltando.

—Estoy totalmente de acuerdo con vos en lo referente a los miedos de la niña, *milady* —declaró Wallace—. El problema es que Brodrick cree que Peyton tiene el mismo desequilibrio en la cabeza que la Innombrable.

—Pero ¿qué tontería es esa?

—La que Brodrick cree —explicó Derek.

Durante el resto de la noche, Wallace, Derek y Amanda ya no se separaron. Y Brodrick, tras regresar de su insufrible paseo con Caroline, los observaba con disimulo y se preguntaba qué era aquello de lo que tanto tenían que hablar aquellos tres.

Capítulo 27

Cuando despertó por la mañana, Amanda se tocó las lumbares. Aunque el suelo era un buen sitio para dormir, tras varios días comenzaba a echar de menos hacerlo en un colchón.

Se levantó y rápidamente se aseó. Había quedado con Wallace, Derek y lady Caroline para salir de caza, y lo cierto era que le apetecía un montón.

Una vez que salió de su cuarto, al pasar por delante de la habitación donde dormían sus padres, los oyó hablar y, parándose, tocó con los nudillos a la puerta, la abrió y saludó:

—Buenos días, Halcones.

Duncan y Megan sonrieron al ver a su hija.

—Salgo de caza —anunció esta.

—¿Con quién vas?

—Con Derek, Wallace y lady Caroline.

—¿Y Brodrick? —preguntó Duncan.

—No le van los imprevistos y decidió no apuntarse —respondió Amanda según oyó eso, intentando que no se le notara que estaba molesta.

Megan y Duncan se miraron y la joven, bajando la voz, añadió:

—Es un aburrido, además de tonto. Cada día lo tengo más claro.

—¡Amanda! —protestó su padre.

Megan se acercó entonces a su hija, le dio un beso en la frente y, ajustando el cinturón de la espada que llevaba, comentó ignorando el gesto serio de su marido:

—Anda, mi vida. Ve y pásalo bien.

—Ten cuidado, en especial con *Dalmore* —indicó Duncan pensando en el caballo.

—Sí, papááááá.

Una vez que ella salió de la habitación, el hombre protestó:

—No me hace gracia que Brodrick no vaya con ellos.

—Ya lo has oído: ¡es un aburrido y un tonto!

—¡Megan! —se quejó Duncan.

Divertida, ella lo miró y, acercándose, cuchicheó:

—Siento decirte que eso que se te pasa por la cabeza no va a ocurrir. Nuestra niña y el aburrido ¡no tienen nada que ver!

Sentir como su mujer lo agarraba por la cintura lo hizo sonreír.

—¿Acaso no sabes tú, doña Impaciencia, que en ocasiones la persona que menos esperas es la que te roba el corazón, porque sus diferencias son lo que hace que una relación sea inquietante, emocionante y conmovedora? —afirmó.

Megan sonrió al oírlo. Entendía muy bien lo que su marido estaba tratando de decirle, y, besando aquella boca que tanto adoraba, aseguró:

—Por eso tú para mí eres tan apasionante y maravilloso.

* * *

Cuando Amanda llegó al salón principal del castillo, se encontró allí con Wallace, Derek y Nigel, que, al verla aparecer, rápidamente se levantaron por cortesía.

Tan pronto como Wallace le retiró la silla y ella tomó asiento, comentó dirigiéndose a Nigel:

—¡Qué bien que te hayas apuntado!

—Por nada del mundo me perdería una buena mañana de caza.

—Por cierto, *milady*, ¡preciosa espada la que lleváis! —señaló Wallace.

Con cariño, Amanda acarició la empuñadura redonda de su adorada espada.

—Me la regalaron mis padres, y es muy especial para mí.

Los tres sonreían cuando la puerta del salón se abrió y Caroline y Brodrick entraron del brazo.

—Me congratula deciros que al final Brodrick viene de caza —anunció la recién llegada—. ¡Lo he convencido!

El aludido sonrió, y Amanda murmuró con mofa:

—¡Me muero de la felicidad!

Al conde no le gustó oír eso. No había que ser muy listo para saber que lo decía con retintín. Y entonces Caroline, mirando a Amanda, preguntó:

—¿Por qué siempre vistes pantalones y llevas espada?

Amanda siguió masticando con calma el trozo de bizcocho que tenía en la boca y, en cuanto lo engulló, repuso viendo la falda que llevaba aquella:

—Porque los pantalones son cómodos, y más cuando salgo de caza. Y en lo referente a mi espada, porque nunca se sabe cuándo puedes necesitar defenderte.

Sin embargo, Caroline negó con la cabeza ante su respuesta.

—Amanda, con la gallarda compañía que llevamos, si alguien nos increpa, sin duda ellos nos defenderán.

Los hombres asintieron con convicción, pero Amanda contestó con tranquilidad:

—Entiendo lo que dices, pero yo me defiendo sola.

Los hombres, incluido Brodrick, sonrieron al oír ese comentario. Estaba claro que aquella jovencita no solo era osada, sino también graciosa.

Luego desayunaron mientras charlaban y bromeaban y, cuando finalmente salieron y fueron al establo a por los caballos, mientras Caroline y Brodrick hablaban, Amanda fue a ver a la cachorrilla.

Como el día anterior, estaba dormida, apenas se movía y su respiración era irregular. Estaba observándola cuando Joshua se le acercó.

—Ha pasado muy mala noche. Debes saberlo.

La pobre perrilla tenía un aspecto terrible, pero Amanda murmuró:

—*Bonnie* es fuerte...

—Pero muy pequeña para haber sufrido ya tanto —apostilló Joshua, que, percatándose de algo, añadió—: *Bonnie*. Precioso nombre para nuestra pequeña belleza.

Ambos sonrieron. En escocés, *bonnie* significaba «bonita», «hermosa».

Entonces Brodrick, acercándose junto a lady Caroline, preguntó:

—¿Alguna novedad por aquí?

Amanda ni siquiera se volvió al oírlo; le preocupaba el estado de la perrilla. Y Joshua afirmó:

—De momento, nuestra *Bonnie* sigue luchando por vivir.

Brodrick asintió. No había que conocer mucho a Amanda como para darse cuenta de la preocupación en su rostro. Conmovido por ello, se aproximó a la joven y murmuró:

—Los débiles no luchan, y ella está demostrando que no lo es.

A la muchacha le gustó oír eso, y, mirándolo a los ojos, esbozó una triste sonrisa; pero entonces se oyó a Caroline decir:

—La verdad es que es muy desagradable verla tan desnutrida y con tantas heridas.

Oír eso molestó a Amanda. Estaba claro que aquella solo quería a su lado belleza y perfección. Pero, viendo cómo Brodrick la miraba a la espera de su respuesta, se encogió de hombros y, dirigiéndose hacia su caballo, saludó:

—Buenos días, mi precioso *Dalmore*. ¿Preparado para desfogarnos un rato?

El animal movió la cabeza y relinchó, y Joshua comentó divertido:

—Creo que hemos entendido su respuesta.

Amanda, Brodrick y él sonrieron. Caroline no. Y la primera, dándole un beso en el hocico al animal, afirmó:

—Pues no se hable más. Desfoguémonos.

Una vez que todos hubieron recogido sus caballos, se dirigieron con calma hacia el bosque. Los alrededores del

castillo de Roy Trust estaban repletos de una vegetación frondosa, compuesta básicamente de pinos silvestres. Amanda iba disfrutando del momento cuando Wallace, que cabalgaba a su lado, señaló:

—Veo que los arañazos de las manos ya están mejor.

—Sí —afirmó la joven mirándoselas—. Mamá prepara un ungüento que hace que las heridas cicatricen con rapidez.

—¿Vuestra madre entiende de plantas medicinales?

—Sí. Y yo también.

Sorprendido, Wallace parpadeó.

—Mamá se ha encargado de que tanto mi hermana Johanna como yo conozcamos los beneficios de las plantas para usos medicinales —indicó Amanda.

—¿Lo decís en serio?

La joven asintió convencida.

—A ver, para que veas que digo la verdad, te diré que, por ejemplo, el tomillo es bueno para calmar los dolores de estómago y un estupendo desinfectante para limpiar heridas. La manzanilla es muy diurética. La dedalera es estupenda para la tos. Y la corteza de sauce es un magnífico calmante para el dolor de las heridas.

Encantado, Wallace asintió. Lo que aquella había dicho era cierto. Y entonces Amanda, viendo correr no muy lejos de ellos a una manada de gatos monteses, murmuró:

—¡Qué belleza!

Wallace los miró y, cabeceando, apostilló:

—Y qué peligro.

Entendiéndose, ambos asintieron; los demás se acercaron a ellos y Amanda sugirió:

—¿Qué tal si comenzamos a cazar?

—¿Por qué tanta prisa? —murmuró Caroline acomodándose su bonita falda.

Y, antes de que ninguno reaccionara, Amanda clavó los talones en los costados de *Dalmore* y salió al galope disparada como una flecha.

—¿Adónde va con tanta urgencia? —exclamó Caroline.

—Eso quisiera saber yo —gruñó Brodrick, que, sin dudarlo, empezó a cabalgar tras ella.

Nigel, Derek y Wallace observaron sorprendidos como aquellos se internaban en el bosque mientras Caroline, molesta, levantaba el mentón y siseaba:

—No pienso perseguirlos. Y menos por el entramado de ramas punzantes que tiene este horroroso bosque. Con seguridad me despeinaría, por no decir que podrían arañar mi precioso rostro.

Los hombres se miraron entre sí al oírla.

Brodrick corría tras Amanda como si le fuera la vida en ello, y Wallace indicó dirigiéndose a Caroline:

—Sigamos por este camino. Es mucho mejor que el que ellos han tomado y nos llevará al mismo sitio.

Disfrutando del viento, de la velocidad y del trote, Amanda se fusionó con *Dalmore*. Como siempre decía su madre, cuando cabalgaban eran tal para cual. Locura. Movimiento. Desfogue.

Sin dar crédito, Brodrick los perseguía sobre su caballo mientras con el corazón en un puño los veía hacer requiebros, saltar charcos y brincar sobre imposibles ramas atravesadas en el camino. De pronto, una de aquellas ramas se enredó en una pata del caballo al brincar

sobre ella, pero este, con un rápido movimiento, se deshizo de ella antes de caer.

—¡Por san Ninian! —susurró Brodrick.

Ajena a lo que aquel pensaba sobre su manera de montar y al tropiezo de su caballo, Amanda se sacó una flecha del carcaj que llevaba a la espalda, apretó las rodillas para no caer, apuntó con su arco hacia un conejo que corría y lo cazó. Complacida, fue hasta él, y, sin bajarse del caballo, se descolgó y exclamó mientras agarraba al conejo:

—¡Lo tengo!

Boquiabierto y en cierto modo espantado, Brodrick se le acercó. Pero ¿qué clase de descerebrada era aquella? Y, en cuanto agarró las cinchas de su caballo y lo detuvo, iba a protestar cuando ella exclamó emocionada:

—Por san Ninian, ¡qué divertido!

—Pero ¿acaso te has vuelto loca?

—¿Por qué?

Viendo sus mejillas arreboladas, su pelo revuelto y su respiración agitada, Brodrick insistió:

—¿Cómo que por qué? ¿Acaso no ves el peligro en tu forma de cabalgar?

—Por favorrrrr... —exclamó la joven poniendo los ojos en blanco.

Acto seguido se bajó de su caballo y, viendo que *Dalmore* respiraba con la misma agitación que ella, dejó el conejo en el suelo y, con una sonrisa, acercó la cabeza a la de su montura para decir:

—Lo necesitábamos..., ¿verdad, precioso?

El guerrero se apeó a su vez de su caballo y, aproximándose a ella, iba a hablar de nuevo cuando

Amanda preguntó mirando hacia los lados:

—¿Dónde está el resto del grupo?

—Por todos los santos, Amanda, has estado a punto de tener un terrible accidente, ¿o es que acaso no te has dado cuenta?

—No..., no..., nooooo —canturreó ella.

—Tu manera de montar a tu caballo es temeraria.

—Qué aburrido...o...

—Pero ¿es que tú no ves el peligro?

—Pareces mi padre...eee...

—¿Quieres dejar de responderme cantando? —protestó el guerrero.

Amanda sonrió. Sabía que cuando hacía aquello desesperaba a quien estuviera frente a ella. Y Brodrick, agachándose, le enseñó la sangre que *Dalmore* tenía en una pata.

—¿Cómo crees que se ha hecho esto? —insistió.

Al verlo, Amanda dejó de sonreír. *Dalmore* tenía un buen corte en una de sus patas.

—Pero ¿cuándo te has hecho esto? —susurró agachándose para verlo.

Brodrick se incorporó maldiciendo por lo ocurrido. Furioso como estaba con ella, la regañaba y le gritaba, pero entonces el caballo, acercando la boca a él, le dio un ligero mordisquito en el hombro.

—¡Maldita sea!

—¿Y ahora qué pasa?

—¿Por qué me muerde tu maldito caballo?

Al oír eso, Amanda se incorporó. Sabía muy bien por qué lo había mordido. Y, viendo que Brodrick se tocaba el

hombro, miró a *Dalmore* y murmuró:

—¿Qué has hecho?

Acto seguido el caballo relinchó y Amanda soltó mirando a Brodrick:

—Dice que ha sido sin querer. Te has puesto muy gruñoncito y...

—¡¿«Gruñoncito»?!

—Sí. Gruñoncito.

—¡Esto es increíble! ¡Increíble!

Furioso, el guerrero se alejó de ellos, y Amanda, mirando a su caballo, susurró:

—Caballo malo. Ya hablaremos tú y yo.

Acto seguido se dispuso a seguir a Brodrick, pero este le advirtió molesto:

—Ni te acerques.

—Oye..., ¡que yo no te he mordido!

Enfadado con aquella situación, que lo descolocaba, Brodrick resopló. Aquella joven lo estaba volviendo loco con su manera de ser, pero no podía separarse de ella. ¿Qué le ocurría? Y, viendo con el rabillo del ojo que se acercaba a él, siseó fastidiado:

—Estoy tan enfadado contigo y tu maldito caballo que...

—... que te estás poniendo muy pesadito.

Según la oyó decir eso, la miró con desafío. La rebeldía de aquella lo enfermaba al tiempo que lo hechizaba.

—Recuerda que soy una salvaje McRae y ¡arranco cabezas! —cuchicheó ella divertida.

Brodrick no contestó. Si lo hacía, con seguridad le diría algo no muy apropiado. Entonces ella lo alcanzó justo antes de llegar a un lago.

—A ver, quejica. Enséñame dónde te ha hecho daño *Dalmore* —pidió.

Molesto, Brodrick se quitó el chaleco, después la camisa y, quedándose desnudo de cintura para arriba, se miró la zona enrojecida.

—Madre mía. Tienes razón. Te ha marcado —afirmó Amanda desde atrás.

—¡Me ha mordido!

—No seas exagerado, por favorrrrrr...

Atónito porque creyera que mentía, él se dio la vuelta para levantarle la voz, pero sus cuerpos chocaron y, agarrándola por la cintura, la besó. Lo necesitaba.

Amanda, al sentir aquel beso repentino, sin dudarlo lo saboreó. Lo disfrutó. La excitación de la carrera, unida al ardor de tenerlo semidesnudo ante ella, le calentó la sangre. Y, cuando el beso acabó, sin separarse pero mirándose a los ojos, ella dijo:

—*Dalmore* no soporta los gritos ni los gruñidos. Eso lo saca de sus casillas y...

—No debería haberte besado —dijo él ignorando lo que acababa de oír.

Acalorada como él por aquel momento tan íntimo, la joven tomó aire y musitó:

—Dos no se besan si uno no quiere.

Decir eso hizo que ambos sonrieran.

—Ehhh..., estás sonriendo —murmuró ella acto seguido.

—No. No lo hago.

—Mmm..., permíteme que lo dude.

Brodrick tomó aire. Ella tenía razón. Sonreía. Y, cuando iba a hablar, esta dijo tocando con mimo el lugar donde el

caballo lo había marcado:

—Lo siento...

—No es nada. Tranquila. —Y, separándose de ella para acabar con aquel íntimo momento, indicó—: No debería haberme puesto *gruñoncito*.

Amanda asintió y, sin entender qué le ocurría con aquel hombre, dijo agachándose para tocar el agua del lago:

—Si te sirve de consuelo, *Dalmore* solo os ha marcado a mi padre y a ti, y creo que es por vuestro tono de voz cuando os ponéis en plan intenso.

Boquiabierto, él la miró y, sin saber bien si reír o enfadarse, preguntó:

—¿Y eso tiene que servirme de consuelo?

—La verdad, deberías considerarlo un honor..., ¡es mi padre!

Dicho esto, se quedaron en silencio hasta que se oyó el trote de un caballo. Al mirar vieron que se trataba de Derek, que, al reunirse con ellos, dijo sin apearse dirigiéndose a su amigo:

—No voy a preguntar por qué estás desnudo de cintura para arriba, y mucho menos por qué mis ojos han visto como os besabais desde lejos... Pero, si no quieres que los que vienen detrás te pregunten por tu desnudez, pues el beso dudo que lo hayan visto, ya puedes vestirte.

Entendiendo la premura, Brodrick se puso la camisa y después el chaleco mientras Derek miraba a Amanda con una media sonrisa. Instantes después Wallace, Nigel y Caroline llegaron junto a ellos y la última preguntó:

—¿Qué hacéis aquí parados junto al lago?

Rápidamente Amanda se agachó y, señalando el feo corte que su caballo tenía en la pata, dijo:

—*Dalmore* se ha cortado, lo estábamos atendiendo.

Caroline se limitó a sonreír y, acto seguido, mirando a Brodrick, pidió:

—Querido, ¿me ayudas a desmontar?

Sin dudarle, el guerrero se le acercó y, cuando esta posó una mano en su hombro y él se quejó, se apresuró a decir antes de que ella pudiera pedirle explicaciones:

—Esta noche debo de haber dormido en una mala postura.

—Aisss, pobre... —musitó Amanda ante el gesto serio de Brodrick.

Una vez que Caroline estuvo en el suelo, tras mirar más de cerca la herida de *Dalmore*, volvió a acercarse al único hombre que le interesaba y, agarrándolo del brazo, solicitó:

—Demos un paseo juntos mientras Amanda atiende a su caballo.

Cuando aquellos se alejaron y Nigel y Wallace se aproximaron al pequeño lago para dar de beber a sus caballos, Derek cuchicheó dirigiéndose a Amanda:

—Eres rápida dando respuestas.

Eso hizo sonreír a la joven, y luego Derek susurró:

—Vaya..., vaya..., ¿con besitos estamos?

—Cierra esa boca.

Divertido, él asintió, y la joven continuó:

—Déjate de chismorreos y ayúdame a vendarle la pata a *Dalmore*.

Derek cabeceó riendo. Lo que acababa de descubrir entre su mejor amigo y aquella era interesante. Muy

interessante.

Capítulo 28

A la mañana siguiente, cuando Amanda abrió los ojos, se sorprendió al ver a Peyton sentada en el suelo a su lado, todavía con la camisola de dormir puesta. Durante unos segundos la niña y ella se miraron en silencio, hasta que la chiquilla preguntó:

—¿Por qué duermes en el suelo?

Amanda, sentándose, se tocó las lumbares y murmuró:

—Porque tu padre es muy tonto y también muy gruñón.

Oír eso hizo que la niña abriera mucho los ojos sorprendida.

—El señor se enfadará si oye que dices eso —cuchicheó.

—Su problema será, no el mío.

La cría seguía boquiabierta, por lo que preguntó:

—¿No te da miedo el señor?

—No. ¿Por qué debería darme miedo?

Ella no contestó, y Amanda insistió:

—Peyton..., responde, por favor.

Con su manita, la aludida se retiró el rizado cabello del rostro y finalmente dijo con un hilo de voz:

—Por si se enfada y te echa del castillo.

Oír eso sorprendió a Amanda. ¿Por qué decía aquello la niña?

—Si me echa del castillo, con regresar a mi hogar, ¡solucionado! —repuso mirándola.

La pequeña asintió. Entendía que, teniendo un hogar, no le diera miedo que el señor la echara. Entonces Amanda, para suavizar el momento, decidió cambiar de tema:

—Si quieres que te diga la verdad, el colchón es tan incómodo que por eso prefiero dormir en el suelo.

Aunque sin entenderlo bien, Peyton asintió.

—¿Qué haces aquí, que no estás con Flora? —preguntó la joven a continuación.

Ella se encogió de hombros.

—Tenía algo que hacer en el pueblo y se ha ido. Mientras ella no está, son Emilia y Nela quienes se ocupan de mí.

Oír eso llamó la atención de Amanda, que, levantándose, propuso:

—¿Qué te parece si me visto y bajamos juntas a desayunar?

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes?

Sin moverse, la chiquilla rápidamente respondió mientras ella se vestía:

—No puedo entrar en el salón cuando están los mayores.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—La señora.

—¿Te refieres a tu madre?

Ella asintió y, bajando la voz, añadió:

—Los niños somos molestias. Y yo más.

—¿Por qué tú más?

—Porque el señor no quiere... verme.

Oír eso de nuevo desconcertó a Amanda. Pero ¿por qué decía Peyton aquellas cosas de su padre? No obstante, sin insistir en el tema, dijo cogiendo una diadema de pequeñas flores para colocársela en la cabeza:

—Escúchame, cielo... Los niños son una bendición para los hogares, y tú eres maravillosa.

La cría se encogió de hombros con indiferencia.

—La señora nunca pensó así —murmuró.

Oír eso a Amanda le dio pena. Estaba claro que Peyton no guardaba un bonito recuerdo de la que fue su madre.

—¡Es preciosa! —exclamó la cría tocando la diadema.

Ambas sonrieron por aquello y luego la pequeña añadió:

—Flora tampoco me deja ir al salón.

—¿Y Emilia y Nela?

El rostro de la niña se suavizó y cuchicheó:

—Ellas, sí. Pero es un secreto.

Sin entenderlo, Amanda iba a hablar cuando la cría se le adelantó:

—Si Flora se entera de lo que ellas me dejan hacer en su ausencia, se enfadará y me castigará.

Oír eso sublevó a la joven. Aquella fortaleza, con todas sus estancias, era el hogar de Peyton, el sitio donde más segura debía sentirse. Y, convencida de lo que hacía, indicó:

—Tú y yo vamos a ir ahora a desayunar al salón de *tu* casa. Y si a Flora se le ocurre castigarte, ten por seguro, cariño, que quien la castigará a ella seré yo.

—Pero, señora...

—Amanda. Y no vuelvas a llamarme «señora» o juro que no querré ser tu amiga, ¿entendido?

Con lentitud, la niña afirmó con la cabeza. Lo último que deseaba en ese instante era perder el cariño de Amanda.

Poco después la joven terminó de asearse y de vestirse y, cogiendo de la mano a la niña, indicó:

—Y ahora vamos a vestirme a ti.

Una vez en su habitación, Amanda se dirigió hacia el armario donde Peyton tenía su ropa. Al abrirlo, lo miró con curiosidad. Una niña como aquella, con la posición que el padre tenía, debería tener mucha más ropa nueva y bonita que la que allí había.

—¿Esta es toda tu ropa? —preguntó mirando a la cría.

Peyton asintió con la cabeza.

—Y la que tiene Flora en su habitación —agregó.

Sorprendida por aquello, Amanda salió de la habitación de la niña y, sin pensarlo, entró en la de Flora. Aquello no estaba bien. Sus padres y Brodrick la regañarían si se enteraban de lo que estaba haciendo.

—¿Dónde tiene guardada tu ropa? —preguntó con seriedad mirando a Peyton.

Ella señaló un arcón que había al fondo de la estancia, y Amanda, sin dudarlo, fue hacia él, pero de pronto se detuvo. Sobre la cómoda, que tenía un espejo, vio algo y, con las tripas revolviéndosele, exclamó:

—Madre mía..., madre mía... ¿Qué hace esto aquí?

Peyton se acercó. Ante ellas estaba el anillo que Amanda le había regalado.

—Flora me lo quitó —murmuró en un tono de voz muy bajo.

—Será...

Molesta y ofuscada, Amanda calló. Las que iba a decir no eran palabras apropiadas para que las oyera una niña. Y, sin más, cogió el anillo. Al hacerlo, vio que el tamaño no era el que había sido. Estaba claro que Flora se lo había ajustado a su dedo. Entonces Amanda, agachándose, indicó:

—Es tuyo, corazón. Ven, que te lo pongo.

Una vez que ajustó el anillo de nuevo al dedo de la niña, se acercó al arcón y, tras abrirlo y ver ropa de la cría metida allí, preguntó:

—¿Por qué tiene esto Flora guardado en su habitación?

Peyton se encogió de hombros. Ella no sabía por qué. Entonces Amanda comenzó a arrastrar el baúl al tiempo que le pedía:

—Ayúdame a llevarlo a tu cuarto.

Entre la niña y ella llevaron el baúl a la habitación de la chiquilla. Y, sin dudarlo, Amanda sacó los preciosos vestidos de aquella de su interior, hasta que oyó:

—Flora se enfadará.

—Yo me ocuparé de eso.

—Pero...

—Peyton, tranquila. No ocurrirá nada.

En silencio, la niña asintió, y viendo un vestido blanco murmuró con una sonrisita:

—Ese es mi preferido.

—¡Es precioso!

—Me lo regaló Emilia en Navidad.

Amanda asintió. Aquel vestido blanco era una preciosidad.

—¿Tu color preferido es el blanco? —se interesó.

La niña afirmó con la cabeza y luego ella comentó:

—El mío es el rojo.

Peyton la miró asombrada, y la joven asintió mientras le acariciaba la cabeza con cariño.

—Ojalá yo tuviera tu precioso pelo rojo. ¡Siempre me ha encantado ese color!

Peyton parpadeó. Llevaba toda su vida oyendo a la que fue su madre hablar de la maldición de aquel color. Y, viendo su expresión desconcertada, Amanda propuso:

—¿Qué te parece si le decimos a Emilia que estire este vestido blanco y te lo pones para la fiesta de cumpleaños de Olivia Lannister, que será dentro de un par de días?

Sin saber qué responder, la cría parpadeó.

—¿Voy a ir yo a esa fiesta? —preguntó luego.

—Por supuesto —le aseguró Amanda.

El gesto de sorpresa de la niña fue tal que la joven repuso:

—¿Por qué preguntas eso?

Peyton la miró y Amanda cuchicheó:

—No me vale el voto de silencio, por tanto, responde.

La cría cabeceó y, tomando aire, respondió con un hilo de voz:

—Al señor no le gusta que me vean.

Boquiabierta, Amanda no supo qué responder. El concepto que ella tenía de Brodrick era diferente. Tendría que hablar con él. Y, sin querer seguir hablando de aquello, cogió un vestido verde.

—Este está bien para el día de hoy —indicó.

Gustosa y feliz, la cría se puso el vestido. Con mimo, Amanda le peinó su corto pelo y, tras quitarse la diadema

de florecitas, se la colocó a ella y afirmó cuando acabó:

—Estás preciosa, Peyton.

Sonriendo, la niña se miró. No estaba acostumbrada a verse de ese modo. Flora, por norma, solo le ponía cosas viejas y feas, y pocas veces le arreglaba su corto cabello.

Amanda, consciente de que verse guapa era bueno para la niña, dijo cogiéndola de la mano:

—Y ahora, nos vamos a desayunar.

Cogidas de la mano bajaban la escalera cuando se encontraron con Emilia, que, al verlas, se paró y, mirando a la pequeña, dijo con voz cansada:

—Pero, mi vida, ¡qué preciosa estás!

—Gracias, Emilia —respondió Peyton mirándose en un espejo que había en la pared.

La aludida, que, como todos, estaba acostumbrada a los silencios de la niña, miró sorprendida a Amanda, que, sonriendo, dijo mientras le tendía el vestido blanco:

—Por favor, Emilia, ¿podrías darle a alguien este vestido para que lo estire? Peyton lo necesitará para asistir a la fiesta de los Lannister, que es dentro de un par de días.

—Lo haré yo misma.

—No, Emilia. Díselo a Nela o a quien sea, tú descansa.

—¿Descansar? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque tienes cara de cansancio. ¿Nadie te lo ha dicho?

Emilia negó con la cabeza. Su marido Joshua también se lo decía.

—No seas exagerada, Amanda —insistió.

—No soy exagerada. Tu labor aquí es tremenda. No puedes ocuparte de todo. ¡Es imposible!

Acalorada, la mujer suspiró; su vitalidad ya no era la que tenía años atrás.

—Necesito que Brodrick vea este sitio como un hogar y decida quedarse aquí —explicó en voz baja—. No soporto pensar que utilizará el castillo solo como un lugar de paso.

Conmovida, Amanda la miró. Ahora entendía por qué Emilia se esforzaba tanto. Cuando iba a hablar, la mujer añadió:

—Este sitio necesita un cuidado que yo puedo darle.

—¿Y quién te cuida a ti?

Emilia negó con la cabeza. Ella no era lo que importaba.

—Estoy convencida de que no hay nadie que conozca mejor que tú este castillo y de que nadie mejor que tú puede cuidarlo —prosiguió Amanda—. Pero también tienes que cuidarte tú, porque te veo agotada, y, como sigas así, llegará un momento en que no podrás continuar.

—El día que Brodrick decida quedarse aquí y tenga una esposa, sé que mis obligaciones en el castillo se reducirán, pero hasta entonces...

—Hasta entonces, ¿tienes que cuidarte, Emilia!

—Estoy bien, de verdad, Amanda. No te preocupes.

Y, dicho eso, la mujer agarró el vestido de la niña y, al mirarlo, parpadeó sorprendida. Aquel era el que ella le había regalado a la pequeña por Navidad.

—¿De dónde ha salido este vestido? —preguntó en un murmullo.

—De un baúl que había en la habitación de Flora, que yo misma he llevado al dormitorio de Peyton y que está repleto de ropa nueva de la niña —contó Amanda mientras la aludida seguía contemplándose en el espejo.

—Pero si Flora dijo que Peyton lo había destrozado con las tijeras...

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes —insistió Emilia—. Dijo que, en un arranque de furia, la niña lo había roto, como muchas otras cosas.

Ambas se entendieron con la mirada.

—Creo que esa bruja no es buena persona —cuchicheó Amanda.

—¡Maldita sinvergüenza!

Ofuscada, Emilia resopló y, antes de marcharse, reiteró:

—Me encargaré personalmente de estirar el vestido.

—Si te digo que eres una gran cabezota me quedo corta...

Ambas sonrieron y Amanda, agarrando de nuevo a la niña de la mano, anunció:

—Y ahora, Peyton y yo vamos a desayunar en el comedor principal.

Emilia asintió y, con todo el gusto del mundo, afirmó:

—Me parece una excelente idea.

Sin darle tiempo a la pequeña a pensar, ni soltarla de la mano, Amanda caminó con ella hacia allí, pero, antes de entrar, la cría se paró en seco y murmuró:

—¿Seguro que el señor no se enfadará?

Sobrecogida por su pregunta, ella rápidamente negó con la cabeza. No había hablado del tema con Brodrick, pero algo le decía que estaba dando la respuesta correcta.

—Por supuesto que no, cielo —susurró.

La niña no se movió, y Amanda, agachándose para quedar a su altura, insistió:

—Mira, en ocasiones los papás y las mamás son gruñones. Los míos lo son. Pero créeme cuando te digo que todo lo que tienen de gruñones lo tienen de buenos y cariñosos.

—La señora no era buena ni cariñosa.

Oír eso conmovió a Amanda. Estaba claro que Scarlett no había sido una buena madre para su hija.

—La señora ya no está —repuso—, pero tu papá sigue estando aquí. Y te aseguro que le encantará ver lo preciosa que estás con este vestido y que entres en el salón a desayunar con él.

—¿Te sentarás a mi lado?

—Eso no lo dudes ni un segundo, ¡claro que sí!

Finalmente la cría agarró su mano, se la apretó y, tomando aire, murmuró:

—De acuerdo, Amanda.

A la aludida se le desbocó el corazón al oírla. Por primera vez la niña había dicho su nombre. Dándole un cariñoso beso en la mejilla, preguntó antes de incorporarse:

—¿Preparada para entrar?

La pequeña la sorprendió al chocar su anillo con el suyo, y ambas sonrieron.

Capítulo 29

—Buenos días a todos de parte de Peyton y mía —saludó Amanda.

Y, dicho eso, se acercó a sus padres para darles su rápido beso matutino.

Al ver a su hija entrar en el salón, Brodrick se quedó muy sorprendido. Estaba preciosa con aquel vestido verde y el cabello corto peinado de aquella forma, y, gustoso, sonrió. Era la primera vez que la niña entraba en aquel salón por voluntad propia, sin llorar y sin patalear.

Cuando se disponía a levantarse, Wallace se le adelantó y, retirando dos sillas, declaró:

—Señorita Peyton, lady Amanda, ¡buenos días, bienvenidas!

Como un ratoncillo asustado, la cría miró hacia el suelo sin soltar la mano de Amanda. Y, una vez que las dos hubieron tomado asiento, esta última murmuró:

—Gracias, Wallace. Tan galante como siempre.

Al oír eso, Brodrick se sintió mal. Debería haber sido él quien hubiera tenido aquella deferencia con ellas.

—¿Y esta niña tan bonita quién es? —preguntó entonces lady Augusta.

—Mi hija Peyton —declaró Brodrick con seguridad.

La chiquilla lo miró de reajo. Fue un instante, pero él se percató de aquello.

—¡Qué mayor y qué guapa estás! —comentó Megan.

—Has crecido desde la última vez que te vimos en Eilean Donan —añadió Duncan con una sonrisa.

—Por cierto, Peyton, ¡llevas un anillo precioso! —afirmó Megan sonriendo, a lo que Amanda respondió:

—Es nuestro anillo de la confianza.

—¡Pero qué biennnn! —aplaudió Megan feliz.

La niña se puso colorada como un tomate. No estaba acostumbrada a tantos halagos por parte de los mayores.

Entonces lord Athol, que había oído los chismes que circulaban, musitó:

—Es una linda niña.

—Lo es. Es preciosa —aseguró Brodrick.

Caroline la miró. Sabía de su existencia y de los cotilleos que existían alrededor de ella.

—¿Cuántos años tienes, bonita? —preguntó.

La niña no contestó y Amanda murmuró dirigiéndose a ella:

—Te han hecho una pregunta y debes contestar.

Muerta de la vergüenza al ver como todos la miraban, Peyton dijo con un hilo de voz:

—Siete.

Brodrick parpadeó sorprendido por su respuesta después de que Amanda le hablara a su hija.

—Curioso color de cabello el tuyo, Peyton... —comentó Caroline acto seguido.

—Caroline... —la cortó Amanda—, ¿te han dicho alguna vez que calladita estás más guapa?

—¡Amanda! —la regañó Duncan.

—¿Amanda, qué? —gruñó Megan mirando a su marido.

La aludida les pidió tranquilidad con una fingida sonrisa. Sabía que decir aquello había sido una grosería. Pero, haciendo caso omiso de los demás, miró a la pequeña y preguntó cogiendo una jarra:

—¿Cuánta leche quieres?

Caroline parpadeó. No esperaba aquella contestación de aquella y, tras ver que su padre le indicaba que callara y que fuera discreta, se volvió hacia Brodrick, que la miraba con reproche, y pidió:

—¿Podrías pasarme el agua?

Sin dudarlo, el guerrero lo hizo. Aquel comentario que había hecho con respecto al cabello de su hija había estado completamente fuera de lugar, y le había gustado el modo en que había reaccionado Amanda.

Poco a poco, la tensión en el ambiente fue relajándose y los comensales siguieron con sus conversaciones. Poco después Amanda, sentada al lado de Peyton, cuchicheó:

—Si no me sueltas la mano, no podremos desayunar.

La niña la miró.

—Te prometo que no me moveré de tu lado —le aseguró ella.

Dicho eso, la chiquilla finalmente se la soltó y Amanda preguntó:

—¿Te gusta el bizcocho, Peyton?

—Le encantan los bizcochos —afirmó Brodrick.

—A mí también me gustan —terció Caroline.

Brodrick, ignorando a aquella, clavó sus oscuros ojos en los de su hija y, sonriendo, matizó:

—En especial le gusta el que sabe a limón, ¿verdad?

Amanda lo miró. Que recordara aquello y se lo hiciera saber a la cría era algo bueno. Entonces vio que él se levantaba, se aproximaba a la chiquilla y decía acercándose el bizcocho:

—¿Cuánto te apetece comer?

Peyton estaba paralizada, apenas si respiraba. Que su padre recordara eso la había sorprendido. Y Amanda, que estaba a su lado, indicó:

—Vamos, Peyton, has de responder a la pregunta de tu padre.

Desde su perspectiva, Brodrick vio como la niña tomaba la mano de Amanda por debajo de la mesa en busca de apoyo y luego la oyó decir:

—Un cachito, señor.

—Se dice «porción» —la corrigió Caroline.

—Se dice como ella quiera —replicó Amanda, y al ver como todos volvían a mirarla, aclaró intentando suavizar su tono de voz—: Querida Caroline, Peyton todavía es una niña, dale tiempo y poco a poco irá aprendiendo.

Brodrick cortó un buen pedazo de bizcocho y, después de ponerlo en un plato que colocó frente a su hija, dijo con emoción en la voz:

—Come todos los cachitos que quieras.

La niña asintió, y Amanda y Brodrick, entendiéndose, intercambiaron una mirada cómplice que sorprendió a Megan.

Cuando el conde se disponía a regresar a su asiento, la puerta del salón se abrió. Era Emilia, que, con un gesto, le

indicó que se acercara. Sin dudarle, él lo hizo y la mujer, bajando la voz, informó:

—Acabo de recibir una misiva de tu madre diciéndome que dentro de cuatro o cinco días lo tenga todo preparado porque estará aquí.

A Brodrick le gustó oír eso. Se moría por ver a Ossian. Y, tras sonreír y entregarle la carta de su madre, la mujer se marchó.

—Amanda, ¿hasta cuándo estarás por aquí? —preguntó Caroline.

La aludida, que acababa de meterse un trozo de bizcocho en la boca, asintió y, una vez que tragó, respondió:

—La verdad es que no lo sé. El tiempo que mis padres consideren.

—Iremos a una fiesta de cumpleaños a la que nos han invitado y, luego, posiblemente partamos hacia nuestro hogar al cabo de un par de días —apostilló Duncan.

Caroline pareció satisfecha con la respuesta. No le hacía gracia que aquella pasara tiempo con el hombre al que ella pretendía engatusar; miró a su madre y como esta le hizo una seña con la cabeza, se levantó y, al ver que Brodrick se despedía de una de sus criadas, se acercó a él.

—Si les dices a papá y a mamá que a nuestro regreso de la boda pasemos por aquí, lo harán encantados —cuchicheó—. Puedo estar aquí contigo unos días y conocernos mejor...

El guerrero la miró. Aquella joven podría resultar una excelente candidata a ser su esposa. Era bella, culta, con saber estar, le gustaba a su madre y, en cierto modo, le agradaba a él también; pero, sin saber por qué, respondió:

—A ver, Caroline...

—Creo que ese tiempo juntos sería bueno para ti, para mí y para tus hijos. Y mis padres estarían más que contentos si se encontraran aquí con tu madre y...

El guerrero no contestó, y aquella, con disimulo, susurró:

—¿Acaso te gusta esa vulgar McRae?

Ver como ella miraba a Amanda, sin saber por qué, lo hizo sonreír. Aquellas dos no podían ser más diferentes. Eran como la noche y el día. Y, negando con la cabeza, respondió escuetamente:

—No.

—¿Y por qué tienen esos ridículos anillos iguales, como si fueran madre e hija?

Brodrick las observó. La relación que veía entre Peyton y Amanda le parecía bonita. Por norma, su hija era arisca, no sonreía nunca. Pero, con Amanda, la niña parecía sentirse feliz.

—Deja de ver cosas donde no las hay —indicó mirando a Caroline.

A Caroline le gustó saber eso y, con coquetería, musitó:

—Que sepas que tu madre y la mía hablaron, y ambas estarían muy felices si tú y yo formalizáramos una relación.

Oír eso no le agradó nada al guerrero. Pero ¿qué hacía su madre? Que Caroline le gustaba era cierto. Era una joven que gustaba a cualquiera. Pero de ahí a que su madre ya estuviera haciendo otros planes había un mundo, por lo que respondió:

—Vayamos paso a paso y lo que tenga que ser...

Ofuscada y algo molesta por aquella contestación, que no esperaba, Caroline finalmente regresó a su asiento,

dejando al guerrero con la palabra en la boca. Enseguida se puso a cuchichear con su madre.

Sin moverse de su sitio, Brodrick comenzó a leer la misiva de su madre, hasta que de repente oyó:

—Pero yo no quiero que te marches, Amanda...

Se volvió hacia su hija y vio que hablaba con angustia y tristeza.

—Cielo —le respondió la aludida—. He de regresar a mi hogar.

—No quiero que te vayas... —susurró Peyton haciendo un puchero—. Tú... tú eres buena.

—Peyton...

—Pero yo confío en ti. ¡Tenemos nuestro anillo!

Amanda, apurada al ver que Brodrick las estaba escuchando, empezó a decir:

—Escucha, cielo...

—Llévame contigo.

—¡Peyton!

—Amanda, por favor, no nos dejes a Ossian y a mí con Flora. Por favor..., por favor...

Brodrick, conmovido por las palabras de su hija, no reaccionó, y Amanda, sabiendo que él lo había oído, aprovechó el momento y preguntó abrazando a la niña:

—¿Tan mal se comporta Flora contigo?

Sin dudarlo, la cría asintió. Amanda y Brodrick se miraron y él, confundido por lo que había oído, para intentar saber qué ocurría, se agachó entre ambas.

—Peyton, ¿qué pasa con Flora? —preguntó. La niña bajó la mirada al suelo y no respondió, y Brodrick insistió—: Escúchame, cielo, cuéntame qué te pasa con ella.

Pero ella ni siquiera lo miró. Eso ofuscó al guerrero.

—Tengo una buena noticia para ti —dijo tomando aire—. Me acaba de decir Emilia que dentro de unos días estará aquí la abuela con Ossian. ¿Qué te parece?

Horrorizada porque su hermano regresara, la niña se levantó y salió corriendo del salón. Amanda se incorporó rápidamente para seguirla, pero Brodrick la sujetó del brazo e indicó:

—Déjala.

—Pero...

—Déjala —insistió, molesto con la situación.

Sin querer llevarle la contraria delante de todo el mundo, ella finalmente asintió. Y, cuando Brodrick regresó a su asiento, lady Augusta, la madre de Caroline, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido con la pequeña para que se fuera así?

Brodrick tomó aire, y Amanda, para quitarle importancia, terció:

—Cosas de niños.

Los demás sonrieron al oír su respuesta, momento en que Caroline preguntó:

—¿Hay algún pretendiente que te espere a tu regreso, querida?

Ver como aquella y los demás presentes la observaban la hizo responder:

—¡Algunos hay!

Duncan la miró de inmediato, y Caroline insistió gustosa:

—Cuéntanos, entonces. Tener pretendientes siempre es divertido. Yo misma tengo algunos, pero, claro, siempre hay preferidos. Y yo lo tengo —aseguró mirando a Brodrick.

Con complicidad, Amanda miró a su madre, que se apresuró a decir:

—Si algo no le falta a Amanda son pretendientes. Solo hay que ver lo bonita que es.

—Como su madre —apostilló Duncan, haciéndola sonreír.

—¿Y cómo es que aún sigue soltera? —preguntó Athol curioso.

Amanda, al ver como todos la miraban, contestó evitando mirar a Brodrick:

—Porque, al parecer, tengo un carácter endemoniadamente salvaje y no soy dulce ni delicada.

—¡Por san Fergus! ¿Quién te ha dicho eso? —preguntó la mujer de Athol.

Esa pregunta hizo sonreír a la joven, que, sin mirar a un ofuscado Brodrick, respondió:

—Uno que se cree muy listo... Pero, entre nosotros, y ahora que no me oye, es muy pero que muy tonto.

Todos rieron por aquello, incluido Brodrick, pues, si no lo hacía, sabrían que ese tonto era él.

Capítulo 30

El resto de la mañana transcurrió sin más.

Amanda intentó hablar con Peyton, pero esta no le abría la puerta de su habitación, y finalmente decidió darle espacio. Con su manera de actuar, la niña así lo pedía, y lo último que deseaba era agobiarla.

La joven se dirigió entonces a los establos para ver a *Dalmore*, cuya herida de la pata se veía mejor, y a *Bonnie*. La pobre estaba débil, apenas se movía. En vez de mejorar, empeoraba. Y, cogiéndola entre sus brazos, le dio todos los cariños y cuidados que se merecía mientras murmuraba:

—Vamos, *Bonnie*. Sé que tú puedes con esto. ¡Eres fuerte! Si no moriste antes de que yo llegara, ¿por qué ibas a hacerlo ahora? Por favor..., por favor..., no me des ese disgusto.

Estaba mimando a la perrita cuando oyó movimiento fuera de los establos y salió, dejándola dormida. Lord Athol y sus hombres se despedían para reemprender la marcha, y entonces Amanda vio a Caroline y a Brodrick hablando a solas.

Sin moverse de donde estaba, los observó. Estaba claro que entre ellos al menos había atracción. Sus miradas hablaban por sí solas.

—Hacen una preciosa parejita, ¿no crees? —oyó entonces que decía alguien a su lado.

Al mirar, vio que se trataba de lady Augusta, la madre de Caroline. Amanda sonrió y repuso:

—La verdad es que sí.

Lady Augusta, feliz, cuchicheó entonces:

—Nada nos gustaría más a lady Eleanor y a mí que verlos formalizando su unión. No quiero ni imaginarme los nietos tan preciosos que nos darán. Y, bueno, hemos hablado tanto de ello que hasta hemos pensado que la bonita boda se celebre en Dumfries, donde organizaremos una preciosa fiesta a la que, por supuesto, me encargaré personalmente de invitar a tus padres y, desde luego, a ti.

—Ohhh, ¡qué detalle! —murmuró Amanda intentando sonreír.

—Lo sé. Es un bonito detalle por mi parte... Y ahora tu bonito detalle será que no te acerques a él.

Según oyó eso, Amanda parpadeó, y lady Augusta sentenció al tiempo que comenzaba a alejarse:

—Adiós, Amanda. Os veré en el enlace de mi hija.

Atónita por aquello, la joven asintió.

Seguía mirando a la mujer cuando oyó:

—Querida, ha sido interesante conocerte.

Se volvió y se encontró con su hija.

—Lo mismo digo, Caroline —respondió con formalidad.

Ambas se miraron durante unos momentos con una fingida sonrisa, y luego Caroline, tras ver a Brodrick, que reía por algo que decía su padre, añadió:

—Es uno de los hombres más atractivos que conozco..., ¿opinas lo mismo que yo?

Sin dudarle, Amanda asintió. Decir lo contrario sería mentir.

—Te voy a confesar algo que todavía muchos no saben — soltó entonces Caroline—. Brodrick y yo nos casaremos. Por tanto, te pido que mantengas tus ajadas manos lejos de él. Porque ese hombre es mío.

Amanda la miró molesta y, sin poder callar, replicó:

—¿Sabes, querida? No me interesa lo más mínimo Brodrick Fraser. Así que, tranquila, es toooodo para ti.

Caroline sonrió. Saber aquello era lo que necesitaba.

—Está mal que yo lo diga porque soy delicada y no osada como tú —murmuró acercándose a ella—, pero le he enseñado a hacer una cosa con los dedos en la intimidad que me lleva al séptimo cielo...

Oír eso fue indignante para Amanda, pero aquella, dándose la vuelta, indicó:

—Adiós, querida. Que tengas un excelente día.

Boquiabierta, y conteniendo el impulso que sentía de cogerla del brazo y decirle cuatro cosas, Amanda observó como se marchaba. Si soltaba lo que tenía en la punta de la lengua, sin duda a sus padres no les gustaría.

Y Megan, al ver entonces la expresión de su hija, se le aproximó y preguntó:

—¿Ocurre algo?

Amanda, callada, negó lentamente con la cabeza.

—Está claro que sííí... —canturreó entonces su madre.

—Mamááááá.

—Cariño, a mí no me puedes engañarrrrr...

—Mamá, ¿quieres dejar de canturrear?

Oír eso le hizo gracia a Megan, y, mientras veía que lady Caroline montaba en su caballo ayudada por Brodrick, comentó:

—Si tú o tu hermana hubierais salido tan insufribles como ella, no sé qué habría hecho con vosotras.

Divertida por oír eso, la joven sonrió.

—Tu padre y yo, junto con Wallace y Nigel, vamos a ir a ver unas tierras a las que Brodrick quiere traer unas ovejas de las nuestras. ¿Te vienes? —indicó su madre acto seguido.

Rápidamente ella negó con la cabeza. Su plan era estar con Peyton y la perrita. Al ver a Derek y a Brodrick desaparecer dentro de la fortaleza, respondió:

—Id vosotros. Yo prefiero quedarme.

—¿Dónde prefieres quedarte? —preguntó Duncan acercándose a ellas.

Enseguida Amanda le contó a su padre cuál era su plan, y este, mirando hacia Wallace y Nigel, que los esperaban junto a los caballos, declaró:

—Brodrick tampoco viene.

—¿Y eso? —preguntó Megan.

—Tiene que despachar unos temas urgentes con Derek. Ella asintió y, mirando a su hija, insistió:

—Creo que es mejor que vengas con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque aquí te vas a aburrir.

—Mamáááá...

—Déjala que se quede. Quiere estar con Peyton y la perrita —apostilló Duncan.

Que su marido dijera aquello cuando le costaba separarse de ellas hizo que Megan indicara:

—Estaremos todo el día fuera, mi vida.

—¿Y...?

—Que regresaremos por la tarde.

—¿Y...?

Entonces Megan, viendo como su marido la miraba, preguntó dirigiéndose a él:

—¿Acaso ves normal que se quede sola aquí mientras nosotros estamos fuera?

Duncan suspiró y, sorprendiendo a su propia hija, repuso:

—Cariño, sola no se queda. Brodrick es de la familia.

Megan levantó una ceja, y Duncan, agarrando por la cintura a su mujer, miró entonces a su hija.

—Si te quedas es porque creo que aquí estás protegida y confío en que no harás tonterías —indicó—. Además, nadie por aquí tiene los «ojitos grises»...

—Papááááá.

Tras darles un beso a cada uno, Amanda regresó al interior del castillo. Y Megan, mirando a su marido directamente a los ojos, preguntó:

—¿Todavía sigues con esa tontería?

Duncan, entendiéndola, sonrió.

—Tontería o no, he visto miraditas muy interesantes entre ellos —cuchicheó.

—¡Duncan!

—Mi vida..., sé de lo que hablo.

Megan resopló y, bajando la voz, declaró:

—Pues, según lady Augusta, Brodrick y Caroline están hechos el uno para el otro.

—¡Qué osadía! —se mofó el guerrero.

—Osadía o no —insistió Megan—, esa mujer y la madre de Brodrick ya están planeando el enlace.

—Que yo sepa, Brodrick no.

—¡Duncan, por favor!

—Nuestra Amanda vale mucho más que esa niña mimada.

—Eso, por supuesto. Pero creo que...

—Piénsalo... —canturreó el guerrero.

Al oírlo, Megan parpadeó, pero él insistió:

—Es paciente y un hombre agradableeeee... Además, es de la familiaaaaa... ¿Quién la va a cuidar mejorr...?

—Por san Ninian, Duncan, ¿quieres dejar de canturrear?

El guerrero soltó una carcajada.

—Pero ¿tú eres tonto? —preguntó Megan.

Según oyó eso, él parpadeó molesto, y ella, sin importarle su mirada, insistió:

—Él no tiene los ojitos grises.

Esa matización hizo sonreír a Duncan, que, tras darle un cariñoso beso a su mujer, replicó:

—Ni ella es tranquila y sosegada.

Capítulo 31

Al entrar en el castillo, Amanda se encontró con Emilia. Estaba sentada en una silla y, al verla, rápidamente se levantó. Durante unos segundos las dos se miraron, hasta que Amanda dijo acercándose:

—A mí no me engañas. Tú no estás bien.

La mujer suspiró y, bajando la voz, aseguró:

—Solo ha sido un mareíto.

—Emilia..., o te cuidas o volverás a caer enferma.

Consciente de que la joven tenía razón, ella asintió.

—Créeme cuando te digo que me cuido todo lo que puedo, pero la edad no perdona. Y, sí, vale. Vuelvo a tener fuerzas, aunque no las mismas que tenía, pero he de cuidar de todos ellos. De mí depende el buen funcionamiento del castillo.

—¿A costa de tu salud? —inquirió Amanda. La mujer no contestó, y ella insistió—: Si tú no lo haces, seré yo quien hable con Brodrick para que...

—Hablaré con él, pero, por favor, ahora dejemos el tema. No quiero que Joshua se angustie. Y tengo muchas cosas que hacer tras la marcha de los Peanut.

Oír eso hizo que Amanda asintiera y, al cabo, preguntó curiosa:

—¿Qué te parecería Caroline como futura señora Fraser?

—Dios no lo quiera.

—¡Emilia! —Ella rio.

La mujer cabeceó.

—A ver, Amanda, si Brodrick la elige, yo la aceptaré. Pero mi opinión es que no, no creo que esa bobalicona pueda hacer feliz a mi niño.

Amanda asintió. Y, sin querer ahondar en el tema, preguntó:

—¿Sabes si Peyton sigue en su habitación?

La mujer, cogiendo el cesto con la ropa de cama de los invitados que se marchaban, respondió:

—Posiblemente. Más aún porque está enfadada.

Amanda asintió.

—En confianza, Emilia... ¿Qué opinas de Flora? —preguntó en voz baja.

Al oír ese nombre, la mujer negó con la cabeza y, en un susurro, respondió:

—En confianza, Amanda... Es una mala perra.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la trajo la Innombrable, y nada de lo que hizo esa maldita mujer me gustó. Además, Flora siempre se ha creído superior al resto de los que trabajamos en el castillo. Y eso ha provocado que nadie le tenga aprecio. ¿O la has visto alguna vez acompañada de alguien?

Rápidamente Amanda hizo un gesto de negación, y luego empezó a preguntar:

—¿Y por qué Bro...?

—Amanda —la interrumpió Emilia sin dejarla terminar—, mi opinión es que él cree que ya ha habido muchos cambios

en la vida de Peyton y teme hacer otro más. No quiere equivocarse.

Entendiendo sus palabras, la joven asintió, y acto seguido preguntó:

—¿Por qué la habitación de Scarlett es un caos total?

—¿Has entrado allí?

—Sí.

Sorprendida, Emilia levantó las cejas, y la joven cuchicheó:

—Lo sé..., no debería haberlo hecho. Pero esa puerta cerrada a cal y canto llamaba mi atención y...

—Si se entera Brodrick, no le va a gustar.

—¿Y por qué se iba a enterar?

Las dos mujeres se miraron en confianza.

—Desde que regresó de vuestra fiesta en Eilean Donan, la Innombrable se volvió loca, ya que fue entonces cuando recibió la noticia de que Errol Williamson había muerto —susurró Emilia—. Fueron meses de locura para todos, pues ella perdió la razón. Rompía todo lo que estaba a su alcance. Se volvió más mentirosa y agresiva consigo misma y con nosotros. E incluso llegó a clavarle unas tijeras en el estómago a Brodrick una noche, cuando dormía.

—¡¿Qué?!

—Fue a su habitación y lo atacó. ¡Lo odiaba! Él se despertó y logró defenderse, pero fue horrible. Horrible. Las heridas fueron tremendas, estuvo a punto de matarlo. Por suerte, Wallace estaba aquí. Si no llega a ser por él, no creo que Brodrick hubiera sobrevivido.

Amanda escuchaba en silencio lo que aquella contaba cuando se percató de que había visto la herida que él tenía

en el estómago. La fea cicatriz de la que ella se burló el día que lo atendió.

—Unas semanas antes de que se quitara la vida — prosiguió entonces Emilia—, esa perra prendió fuego a su habitación con ella y Peyton dentro.

—¿Qué?!

—Brodrick las sacó, logró salvarlas. Y, a cambio, ella le clavó las tijeras en el estómago dos días después. —Y, con voz ajada, murmuró—: Mi niño no se merecía eso. Mi niño se merecía ser feliz, no a una mujer que le amargara la vida y perdiera la cabeza por el amor de otro.

Angustiada por todo lo que de pronto Emilia contaba, Amanda aseguró en un tono de voz bajo:

—Siento que tanto él como vosotros tuvierais que pasar por todo eso.

—Yo lo siento por Brodrick, Amanda, porque todo eso lo cambió. Mi niño era un hombre alegre y feliz. Le gustaba vivir y disfrutar de la vida. Pero ver ahora su infelicidad me parte el corazón.

Tras sacarse un pañuelo del bolsillo de la falda, Emilia se lo pasó por los ojos.

—Brodrick me pidió que cerrara esa maldita habitación a cal y canto —añadió—. No quiere que nadie entre allí. Creo que piensa que, si finge que no existe, no lo hará recordar. Pero eso no es una solución, pues si no sigue adelante nunca le pondrá un final a lo que sucedió.

Conmovida, Amanda suspiró y, con sinceridad, dijo:

—Estoy de acuerdo contigo en que cerrar esa habitación a cal y canto no es una solución, como no estoy de acuerdo

en que Flora siga ocupándose de la niña. Creo que Brodrick, Peyton y Ossian necesitan cambios en sus vidas.

Ambas se sonrieron con tristeza y luego Emilia, recomponiéndose, anunció:

—He de ir a poner en remojo estas sábanas.

Amanda cabeceó y esbozó una sonrisa.

—Recuerda —musitó— que me has prometido que hablarías con Brodrick.

La mujer asintió y ambas continuaron su camino. Pensando en aquello que Emilia le había contado, echó a andar por el castillo y, al pasar junto al despacho de Brodrick, oyó su voz. Tenía que hablar muy seriamente con él en lo referente a Flora. Por ello, sin dudarlo abrió la puerta y este, que estaba con Derek, preguntó al verla:

—¿Qué quieres, Amanda?

Al sentir la mirada de aquellos dos, ella respondió convencida:

—Hablar contigo un momento.

—¿Y tiene que ser ahora?

—Sí.

Derek asintió al ver su semblante serio y se dirigió de inmediato hacia la puerta.

—Vuelvo dentro de un rato —dijo—. ¡No os matéis!

Amanda sonrió al oírlo y Brodrick gruñó:

—¡Qué gracioso estás!

—También podría decir «besaos con tranquilidad»...

—¡Derek! —protestó su amigo.

Una vez que los dos se quedaron a solas, Brodrick, que había intentado esquivar a Amanda durante todo el día o no podría evitar besarla, le indicó que se sentara y ella lo hizo

sin dudarlo. Tras un tenso silencio, el guerrero la miró y preguntó:

—¿De qué quieres hablar conmigo?

—En primer lugar, ¿cómo está tu hombro?

—Bien. Pero mantén alejado a tu caballo de mí.

Amanda asintió y añadió:

—En cuanto al beso de ayer...

—Olvidalo.

—Vale. Lo olvido. Pero creo que si lo supiera lady Caroline se molestaría, ¿verdad?

El guerrero la miró con seriedad.

—No voy a hablar contigo sobre Caroline porque no es pertinente —replicó—. Y en cuanto a ese beso..., fue un error que no volverá a repetirse.

La seguridad que veía en él hizo que Amanda asintiera de inmediato. Sin querer ahondar en ello, tomó aire y declaró cambiando de tema:

—En realidad quiero hablar sobre Peyton..., y una cosilla sobre Emilia.

Brodrick suspiró al oírla.

—Lo tuyo realmente me sorprende —señaló con acidez.

Sin entender a qué se refería, la joven levantó las cejas y él aclaró:

—Llevas aquí unos días durante los cuales no solo me has reprochado que no cuido de mi gente, sino que también me has llamado «tonto» y «aburrido» cada dos por tres, has criticado a mis invitados, llamando, por ejemplo, «rancia» a lady Caroline, tu maldito caballo me ha mordido, pretendías meter un perro en mi hogar y, no contenta con eso, ahora también vas a tomarte la libertad de volver a

hablarme de mi hija y, en esta ocasión, encima también incluyes a Emilia... Lo dicho: lo tuyo es increíble.

Amanda parpadeó. Visto como lo veía él, sin duda debía de parecer una grandísima entrometida. No obstante, Brodrick se apoyó entonces en la mesa de madera de su despacho, cruzó los brazos sobre el pecho y declaró con gesto de incomodidad:

—Pero venga..., te escucharé. ¡Tú dirás!

Molesta, y siendo consciente de que nada de lo que le dijera le iba a gustar, con la misma chulería que él le demostraba en su mirada, ella alzó el mentón y replicó:

—Siento si mi manera de comunicarme te incomoda, pero, mira, seré directa en lo que tengo que decirte. En cuanto a Emilia, por favor, no le digas que te lo he comentado, pero creo que, para su edad, se encarga de demasiadas cosas. Trabaja mucho y...

—¿Me estás diciendo que esclavizo a Emilia?

—Nooooo.

—¿Entonces...?

—Te estoy diciendo que Emilia, a mi parecer, trabaja demasiado. Y debes saber que si lo hace es con la esperanza de que decidas quedarte aquí a vivir y no regreses a Dumfries.

Oír eso hizo que Brodrick se sorprendiera.

—Ella te quiere —añadió Amanda—. Y, por lo que veo, eres el hijo que nunca tuvo. Y que tú estés aquí con tus hijos a ella y a Joshua los hace inmensamente felices.

—Emilia trabaja lo que ella desea —puntualizó él molesto—. Y que te quede bien claro que nunca la obligaría a hacer algo que no quisiera.

Amanda asintió. Entendía sus palabras.

—A ver, Brodrick. Emilia por ti hace lo impensable, y tú estás tan acostumbrado a que ella proceda así que no te das cuenta de que tanto trabajo ya no es bueno para ella —agregó incapaz de callar—. Por tanto, no estaría de más que, con delicadeza, fueras implicando a otras personas para que le quiten trabajo, quiera ella o no. Porque, mira lo que te digo, o comienzas a cuidarla o, más pronto que tarde, tendrás un disgusto.

Asombrado por oír eso que él nunca había pensado, iba a hablar de nuevo cuando la incombustible Amanda prosiguió:

—Y en cuanto a Peyton, y esto sí que te va a enfadar..., creo que debes saber que si tu hija no quiere acercarse a ti es porque te tiene miedo.

—¿Que Peyton me tiene miedo?

—Sí.

—¿Por qué?

Amanda se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Y si no lo sabes, ¿cómo te atreves a asegurarlo?

La joven suspiró. Entendía lo que quería decirle.

—Pues me atrevo a asegurarlo porque, hablando con ella, me ha hecho saber a su manera que no la quieres cerca y que te avergüenzas de ella —respondió.

—Eso es ridículo.

—Ridículo o no, es lo que ella cree.

El guerrero parpadeó sin dar crédito. Pero ¿qué decía aquella?

—A ver, Brodrick..., si te estoy diciendo esto es porque ella, a su manera, me lo ha dicho. No porque yo me lo esté inventando. Aún no sé realmente el motivo por el cual te tiene miedo, pero sí sé que cree que te avergüenzas de ella por el color de su cabello. ¿Y quién le metió esa idea en la cabeza? Pues está claro que Scarlett, y Flora continúa haciéndolo.

Sobrecogido por aquello, el guerrero no sabía cómo reaccionar.

—En cuanto a Flora..., es una mala bruja —añadió Amanda—. ¿Sabes que tenía en su habitación un baúl lleno de ropa sin estrenar de Peyton, que, por cierto, os dijo que la niña destrozó?

—¡¿Qué?!

—¿O que le tiene prohibido entrar en el salón porque así tú lo has ordenado?

—Eso no es verdad.

—Pues eso es lo que tu hija cree, gracias a tu *simpática* Flora...

Boquiabierto, el guerrero caminaba de un lado a otro del despacho cuando, parándose, miró a la joven e insistió:

—Peyton puede entrar donde quiera. Esta es su casa. Su hogar.

La joven, sin moverse, hizo un gesto y Brodrick, sentándose desesperado declaró:

—Amanda, yo nunca le prohibiría entrar en el salón a ninguno de mis hijos. Es más, en ocasiones, para estar con Ossian y con ella, hago que los traigan, y ella se resiste a entrar. Huye entre fuertes pataletas.

—Porque te tiene miedo. Te lo acabo de decir. Hay algo que ella teme de ti, y deberías indagar para saber qué es.

Acto seguido ambos se quedaron en silencio hasta que Brodrick se levantó de nuevo y se acercó a la chimenea.

—Todo esto es ridículo —murmuró—. Incomprensible. No entiendo qué...

—¿Acaso no entiendes que, al igual que Scarlett no era buena para Peyton, Flora tampoco lo es?

Eso hizo que él volviera a mirarla y Amanda, levantándose a su vez, declaró:

—Si fuera mi hija, no permitiría que nadie le hablara como yo he oído que le habla esa perra. Peyton le tiene pavor, tanto que tú mismo has oído como la niña me rogaba que me la llevara conmigo a ella y a su hermano Ossian. ¿O acaso no lo has oído?

El highlander asintió. Lo había oído perfectamente.

—Y, vale, reconozco que tiendo a sobreproteger como hace mi padre, y a no callarme como hace mi madre —prosiguió Amanda—. Pero créeme cuando te digo que estoy del todo segura de que Peyton cambiaría de actitud si Flora desapareciera de su vida y de esta casa.

El guerrero asintió en silencio; aquello que la joven le pedía descuadraba por completo el esquema de su vida, pero, mirándola, afirmó:

—Sin duda Flora se irá de aquí, pues saber eso hace que desee matarla.

—Qué alegría saber que tienes sangre en las venas.

Él la miró con gesto ceñudo y luego la joven aclaró:

—Siento ser tan sincera. Pero es la primera vez que veo que reaccionas a algo cuando, por norma, te quedas

impasible y no haces nada.

Molesto y enfadado por entender que aquello que le decía Amanda ya se lo había oído a sus amigos, se acercó a ella y siseó:

—Tu comentario es ofensivo.

—Lo sé.

Se miraron a los ojos durante unos segundos en silencio, hasta que él musitó:

—¿Qué se supone que he de hacer si Flora se va? ¿Quién va a cuidar a mis hijos?

—Tú.

—¿Yo?

Amanda asintió y, entendiéndolo, indicó:

—Comprendo que eso te descuadre, pero no estás solo en el castillo. Te rodeas de gente que te quiere. Todos ellos pueden ayudarte. Y, por favor, no pienses solo en Emilia. Ella no está para andar corriendo detrás de unos niños, ¿entendido?

—Pero los niños necesitan un referente.

—Lo sé.

—Alguien que los cuide y les enseñe. La gente del castillo tiene sus propias labores y...

—Escucha, Brodrick —lo cortó acercándose a él—. Igual que encontraste a Flora, puedes encontrar a alguien mejor. Busca una persona que sea buena con ellos. Alguien que les agrade, que los entienda, los proteja y, sobre todo, les dé cariño. ¿Acaso en Aviemore no hay nadie así?

Se quedaron en silencio. Estaban uno frente al otro, a menos de un palmo de distancia, cuando, aturullado por

infinidad de emociones referentes a su hija, a Flora, a Emilia y a la propia Amanda, Brodrick declaró:

—En este momento solo conozco a una persona así.

—Si me dices que es tu amiga Caroline...

—Por supuesto que no es Caroline —la interrumpió en tono hosco.

Amanda asintió feliz de saber aquello. Y, al ver que Brodrick la miraba con intensidad, lo apremió:

—Pues, si no es ella, ¿de quién se trata?

—¡Eres tú!

Oír eso hizo que esta vez fuera la joven quien parpadeara asombrada. Pero Brodrick, seguro de sí mismo, le cogió la mano y dijo mientras sentía como el embriagador aroma de su piel comenzaba a apoderarse de él por completo:

—He visto con mis propios ojos que mi hija atendía a lo que le decías. Te miraba y te escuchaba de una manera que no ha ocurrido nunca ni con Flora, ni conmigo, ni con nadie. Ver que tenéis un anillo de la confianza es... es algo que a mí nunca se me habría ocurrido, pero tú, con una facilidad increíble, has conseguido que ella se abra a ti. Sin embargo, igual que digo esto, también entiendo que tú no has venido aquí para cuidar de mis hijos, sino que has venido de visita con tus padres y...

—Si le dices a Flora que se marche, yo me quedaré.

—¡¿Qué?!

—Te ayudaré a encontrar a alguien que los cuide y los quiera como ellos se merecen, pero aquí, en el castillo. Si regresas a Dumfries, allí no voy.

Los ojos de ambos se fusionaron mientras se miraban el uno al otro. La atracción que los dos sentían comenzaba a

traicionarlos. Y Brodrick, soltándole la mano o tiraría de ella para besarla, dio un paso atrás y, después de toser, iba a hablar cuando Amanda dijo:

—Quizá me he adelantado..., antes deberían saberlo mis padres y que les pareciera bien.

—¿Estarías dispuesta a hacer eso por Peyton y Ossian?

—Y por ti —sentenció la joven.

Oír eso hizo que el corazón de ambos se acelerara. Pero ¿qué les ocurría? ¿Por qué tan pronto se encontraban como se alejaban? Y Amanda, entendiendo que había hablado de más, indicó quitándole importancia:

—Por supuesto, siempre y cuando se cumplieran ciertas reglas.

—¿Reglas?

Sonriendo, ella asintió, pero, acalorada al sentir la mirada penetrante de Brodrick, cuchicheó:

—A ver si te crees que yo no tengo reglas... Pero las mías propias, no las que impongáis mi padre o tú.

El guerrero sonrió. Aquella joven testaruda era rápida pensando.

Ambos conocían a Duncan. Pondría infinidad de reglas si consentía que Amanda se quedara.

—Cuéntame tus reglas —pidió sonriendo al tiempo que se tocaba el lóbulo de la oreja.

Moviéndose por el despacho, Amanda tomó aire. La primera regla que quería imponer era que no sonriera tocándose el lóbulo de la oreja, pues eso la trastocaba. Pero se lo quitó de la cabeza.

—Primera regla: que te quedes en Roy Trust, nada de ir a Dumfries —respondió acalorada.

Él no habló y ella prosiguió:

—Segunda regla: seguiré siendo una invitada en tu casa, no una niñera ni una criada. Y esto te lo digo por si regresa lady Caroline o quien sea..., no quiero equívocos.

—Aceptada.

—Tercera —dijo, cogiéndose el cabello con las manos—: tener un colchón y una cama decentes para dormir. Creo que me lo merecería.

—Por supuesto —afirmó él observando su fino y delicado cuello.

—Cuarta regla: los niños han de bajar a la misma planta donde duermes tú y donde dormiría yo o su cuidadora una vez que me marche. Deben estar cerca de su padre y de la persona que los cuida para que se sientan tranquilos y protegidos.

—Me parece bien.

La joven, acalorada por el modo en que él la observaba, se dio aire con la mano y luego continuó:

—Quinta: tendría que poder moverme con libertad por Aviemore y sus alrededores, y, por supuesto, que dejaras a un lado tu faceta de «gruñoncito» conmigo.

Brodrick levantó las cejas, pero ella se apresuró a añadir:

—Sexta: en cuanto se reponga *Bonnie*, que lo hará, mientras yo esté aquí será una amiga para tus hijos, porque luego regresará conmigo a Eilean Donan. Y, vale, no entrará en tu casa porque esa me dejaste claro que era una de tus reglas. En cuanto a la séptima...

No pudo acabar la frase. La atracción que sentían entre ellos era tremenda y, tras acercarse uno al otro, se besaron olvidándose de todo. Aquel beso, deseado a la par que

inesperado, hizo que la sangre se les revolucionara, hasta que ella musitó separándose de él:

—Sé-séptima: nada de besos ni acercamientos entre nosotros.

Brodrick asintió, pero volvió a besarla. Aquella mujer tan diferente de él lo estaba volviendo loco. Y, cuando el beso acabó, murmuró sin aliento:

—Ni un beso.

—Ni uno —susurró ella deseosa de volver a besarlo.

Como si a ambos les quemaran las plantas de los pies, dieron un paso atrás para alejarse del otro, y Amanda susurró acalorada:

—Aunque no se me ocurre una octava o novena regla, seguro que más adelante saldrá alguna.

—No me cabe duda —afirmó Brodrick, que todavía saboreaba el beso.

Acto seguido se quedaron en silencio, tentándose con la mirada. Estaba claro que ambos deseaban repetir aquello, pero el guerrero murmuró:

—No es buena idea, Amanda.

—Lo sé.

—Ni tú eres lo que necesito en mi vida ni yo tengo los «ojitos grises».

—También lo sé.

Confundidos, ambos se miraban. Lo que Brodrick había dicho y ella había confirmado era cierto: ninguno era lo que el otro demandaba. Entonces el guerrero, sacando su lado frío, sentenció alejándose de ella:

—Me parece perfecto todo lo que has dicho.

—¿Incluso lo de quedarte en Roy Trust después del verano?

Según preguntó la joven eso, él asintió, pero matizó:

—Será así hasta que encuentre a la persona indicada para cuidar a mis hijos. Luego regresaré a Dumfries.

—Donde te casarás con Caroline...

—¿Quién te ha dicho eso?

Amanda no respondió.

—Eso aún está por ver —añadió él molesto—. Nadie me dice con quién tengo que casarme.

Acto seguido se miraron en silencio, hasta que el guerrero dijo:

—Si te quedas al cargo de mis hijos, lo más lógico es que tengas una remuneración que...

—Mi remuneración sería vivir aquí y poder tomar decisiones con respecto a los niños.

—¿Qué clase de decisiones?

—Lo normal. Poder sacarlos a pasear y enseñarles lo que crea pertinente.

—¿Estás segura?

—Segurísima. —E, intentando no lanzarse a sus brazos, agregó—: Si tuviera cualquier tipo de remuneración sentiría que trabajo para ti, y no podría decirte cosas tan interesantes como que eres muy tonto o canturrear para desesperarte...

—¡Serás irrespetuosa!

—Y bien que te gusta. No digas que no.

De pronto, ambos sonrieron. Eran capaces de pasar de la seriedad a la sonrisa en décimas de segundo.

—Prometo un colchón y una cama decente en tu habitación —dijo entonces Brodrick—. Los niños dormirán en la misma planta que nosotros, el cachorro formará parte de sus vidas mientras estés aquí, pero no entrará en el castillo, y, por supuesto, podrás moverte con libertad pero con cautela por Aviemore. En cuanto a mi faceta de «gruñoncito», eso depende de ti. No me saques de mis casillas y tema solucionado. Y en cuanto a la séptima regla, no volverá a repetirse.

Amanda asintió. No sabía si reír o llorar. Aquel hombre la atraía como un imán ¿y estaba planteando quedarse con él? Pero ¿acaso se había vuelto loca?

—¿Cómo se lo cuento a tu padre?

—Creo... creo que es mejor que se lo cuente yo.

Pero el guerrero negó con la cabeza. Era su hogar, eran sus hijos, y si Amanda se quedaba allí sería su responsabilidad.

—Lo haré yo —indicó.

—Conozco a mi padre, Brodrick, y...

—Tu padre no me da miedo. Pero ¿qué dices?

—No hablo de miedo.

—Amanda, he dicho que prefiero decírselo yo.

—Valeeeee... —canturreó ella.

—No empieces con tus canturreos —replicó él—. No es momento.

Sonriendo, Amanda se acercó entonces a él y, sin poder evitarlo, le retiró un mechón de su oscuro cabello de la frente y murmuró:

—Ya que eres tan listo y sabes cómo hablar con mi padre, ¡adelante, listillo!

—Vuelves a pasarte con tus comentarios.

Oír eso a Amanda le hizo gracia.

—Solo digo lo que pienso —respondió—. Recuérdalo: es mi especialidad. Y que conste que te lo he dicho sin canturrear.

Confundido por las extrañas emociones que la joven le hacía sentir, él se acercó más a ella e iba a hablar cuando Amanda se le adelantó:

—Como algo positivo te diré que hoy, cuando papá se ha ido con Nigel y Wallace, me ha dicho que permitía que no los acompañara porque sabía que estando aquí, contigo, estaba protegida y no haría tonterías. Creo que eso es algo bueno.

Ambos sonrieron y el guerrero, sintiendo como el perfume de Amanda se metía en sus fosas nasales, murmuró:

—Quizá lo ha dicho porque no tengo los ojitos grises...

—Quizá...

La atracción y el deseo volvieron a juntarlos y, cuando sus bocas se acercaban ya peligrosamente, de pronto oyeron que la puerta se abría.

—¿Habéis terminado ya de hablar?

Brodrick y Amanda dieron un paso atrás al mismo tiempo, separándose, y el primero afirmó mientras intentaba reprimir sus emociones:

—Sí, Derek. Hemos terminado.

Con el corazón desbocado, Amanda sonrió y se dirigió hacia la puerta.

—Piensa en lo que hemos hablado con respecto a Emilia —dijo—. Cuando Flora regrese te lo haré saber para que

puedas hablar con ella. Y cuando mis padres lleguen, también.

Brodrick asintió y dijo tras aclararse la garganta:

—Me parece bien. Y, Amanda...

—¿Qué?

—La próxima vez que entres en mi despacho, llama primero.

Según oyó eso, la joven resopló y, mientras salía, murmuró:

—Lo de tonto se te queda corto.

Una vez que ella cerró la puerta, Derek miró a su amigo con una sonrisa y soltó:

—¿Te acaba de llamar «tonto»?

Capítulo 32

Amanda estaba de los nervios mientras miraba por la ventana del salón principal del castillo. ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué estaba jugando? ¿Cómo iba a evitar besar a Brodrick cuando solo pensaba en repetirlo de nuevo? ¿Y acaso no estaba claro que entre él y Caroline había algo?

Pero, por más vueltas que le daba, siempre llegaba a la misma conclusión. Aquel hombre tenía algo que otros no tenían. Por primera vez se había olvidado del sueño que la perseguía desde niña, el que hacía referencia al color de ojos de su amor, y solo podía pensar en besarlo, acariciarlo, mimarlo y protegerlo. Pero ¿qué le ocurría? ¿Por qué aquel hombre primero casado y ahora con posible novia volvía a llamar su atención?

Seguía dándole vueltas cuando vio llegar a Flora.

Desde la distancia observó su gesto severo y adusto. Desde luego, esa mujer no sabía lo que era la alegría, y tuvo más claro que nunca que aquella debía mantenerse alejada de los niños.

Mientras la veía acercarse con su ridículo moño pensó en lo que había hablado con Brodrick y también en sus padres. En especial, en su padre. Conociéndolo, pondría el grito en el cielo en el instante que le propusiera que ella se quedara allí.

Pero eso sería algo que solventar cuando llegara el momento. Ahora lo primero era resolver lo de aquella maldita niñera.

Durante la tarde intentó en varias ocasiones hablar con Peyton, pero la niña ni la miraba. Estaba enfadada por su futura marcha, y Amanda decidió no contarle lo que había hablado con su padre. Primero había que dejarlo todo bien atado. No quería que se hiciera ilusiones y luego todo se desmoronara si Brodrick, por lo que fuera, se echaba atrás en lo de echar a Flora.

Amanda se dirigió a la cocina, donde sabía que estaba Peyton con Nela y Emilia, disfrutando de un trozo de bizcocho de limón. Ver a la niña comer con apetito y gusto emocionaba a las dos mujeres. Cuando entró cuchicheó dirigiéndose a Emilia:

—Ya está aquí.

La mujer asintió. Flora entró entonces por la puerta de la cocina y, al ver a Peyton con un pedazo de bizcocho en las manos, siseó con gesto ofuscado mirando a Nela:

—Si luego no cena, ¡será culpa tuya! ¡Que te quede claro!

Rápidamente Amanda se fijó en la expresión de la niña. Había pasado de tener un gesto de tranquilidad a estar envarada como un palo. Y, dirigiéndose a Flora, indicó:

—Si está comiendo bizcocho es porque se lo he dado yo.

Flora la miró. Estaba claro que entre ellas había una manifiesta antipatía.

—Amanda, por favor —terció entonces Emilia—. Ve al salón y tráeme lo que te he pedido.

La aludida asintió. Aquello significaba que debía avisar a Brodrick. Sin dudarlo, dio media vuelta y se alejó. Si se quedaba allí, le arrancaría a Flora el ridículo moño que llevaba.

Acelerada y con el corazón a mil, la joven corrió por el castillo hasta llegar al despacho, abrió la puerta y dijo al ver que Derek y Brodrick la miraban:

—Lo sé..., no he llamado a la puerta..., pero en breve Emilia traerá a Flora.

Ellos asintieron. Brodrick ya había puesto al día a su amigo, y, mirando a Amanda, dijo al verla respirar agitadamente a causa de la carrera:

—¿Estás bien?

Sin dudarlo, ella asintió.

—Voy un segundo a mi habitación. Siéntate y descansa —indicó Brodrick a continuación.

Según se sentó en una butaca, Derek llenó un vaso con agua y se lo tendió.

—Ya me ha contado Brodrick —dijo.

—¿Y...?

—Adiós, Flora. Hola, Amanda.

—Eso si mis padres aceptan..., y será mientras encuentra a alguien responsable.

Derek asintió y, omitiendo lo que pensaba, añadió:

—Solo puedo pensar en lo feliz que se pondrá Olivia cuando le diga que estarás aquí con ella durante un tiempo.

Ambos sonrieron y Derek, viéndola beber agua, cuchicheó:

—No tiene los ojitos grises, pero es un hombre que vale mucho.

Oír eso hizo que Amanda casi se escupiera encima toda el agua.

—Es curioso lo de los ojitos grises —susurró Derek soltando una carcajada—. Y, sí, me lo contó Brodrick.

Asombrada porque aquello tan privado hubiera trascendido, la joven vio al guerrero sonreír y murmuró:

—Luego decís de las mujeres. Pero hay que ver lo que os va un chisme a vosotros... Y, por cierto, antes de que sigas diciendo cosas imposibles, te recuerdo que existe lady Caroline y...

—Olvidalo.

—¿Cómo voy a olvidarlo?

Con seguridad, Derek miró a la joven.

—Caroline sería otro error, y él lo sabe —aseguró.

Instantes después, Brodrick volvió a entrar en el despacho con gesto serio. En su mano llevaba unos papeles. Tras sentarse frente a su mesa de madera oscura, miró a sus amigos. Estaba rígido, la tensión se le notaba en la mandíbula y en la postura; entonces se oyeron unos golpes en la puerta y dijo:

—Adelante.

Esta se abrió y apareció Flora acompañada de Emilia.

—Señor conde, Emilia me ha dicho que queríais verme —declaró la niñera.

—Así es. Pasad las dos.

—¿Las dos? —preguntó Flora.

Al asentir el señor, Flora calló. Una vez que entró se percató de que junto a la chimenea estaban Amanda y Derek, y eso no le gustó.

—Si deseáis hablar conmigo, señor conde, no entiendo que tenga que haber tanta gente aquí... —señaló nerviosa.

Para sorpresa de Brodrick, nadie dijo nada. Todos permanecieron en silencio. Y Flora, retorciéndose las manos, añadió:

—Me estáis poniendo muy nerviosa.

—¿Por qué, Flora? ¿Acaso has hecho algo? —replicó Brodrick.

La mujer negó con la cabeza y el guerrero añadió con una sonrisa:

—Pues tranquila si es así.

Ver la sonrisa de aquel hizo que ella tomara aire y, confiándose, indicara:

—He de deciros, señor conde, que no me parece bien que la señorita Peyton esté comiendo bizcocho en la cocina. Deje bien claro que la niña no ha de picar entre horas o luego no comerá; pero al parecer *lady Amanda* le...

—Flora, ¡cállate! —bramó de repente Brodrick.

Aquella orden en aquel tono sorprendió a la niñera, pero a Amanda le gustó. Por norma, el señor siempre era comedido con ella por el hecho de ser la cuidadora de sus hijos. Pero estaba claro que Brodrick seguía adelante con lo que habían acordado.

Entonces Emilia se dirigió hacia su señor y soltó:

—Vamos, mi niño. Ponla en su sitio.

La niñera, desconcertada ante aquello, miraba a todos los presentes, cuando Brodrick cogió los papeles que había sobre su mesa y empezó a decir:

—Estas son las cartas de recomendación que traje cuando te contratamos, ¿verdad?

—Verdad, señor.

El guerrero miró los papeles, leyó en voz alta los nombres de diversas personas de la alta aristocracia escocesa para las que la mujer había trabajado y comentó:

—Excelentes recomendaciones.

—Así es, señor —afirmó Flora gustosa—. He trabajado para las mejores casas de Escocia.

Acto seguido, Brodrick se levantó. Caminó hacia la chimenea y, arrojando los papeles al fuego para horror de aquella, pidió:

—Quiero que recojas tus cosas y te vayas de aquí inmediatamente.

Al ver como aquellos papeles tan valiosos para ella se quemaban, Flora inquirió mirándolo horrorizada:

—¿Cómo?!

—Lo que has oído, zorra.

—¿Emilia! —murmuró Brodrick.

—Pero... pero, señor conde, ¿qué ocurre? —insistió la niñera—. ¿Qué pasa?

Oír eso calentó al guerrero, que, acercándose a aquella, siseó:

—Pasa que te has permitido tratar mal a mi hija y hacerle creer cosas que no son. Al igual que me has hecho creer a mí y a todos cosas que Peyton hacía y ahora he comprobado que no es así. Porque, si no, ¿cómo explicas toda la ropa intacta de mi hija que tenías guardada en el baúl de tu cuarto y que supuestamente la niña destrozó y quemó?

Al oír eso, la mujer no supo cómo reaccionar. Y Brodrick, recordando todas las cosas que Amanda le había contado, se las soltó una detrás de otra mientras Flora solo podía

temblar. Ver como la mujer cambiaba una y otra vez sus respuestas ante las insistentes preguntas fue calentando cada vez más al guerrero, hasta que Amanda, dirigiéndose a ella, indicó molesta:

—Alégrate de que tu *señor conde* es tranquilo y sosegado, porque, si en vez de ser sus hijos, son los míos o los de mis padres, ten por seguro que no verías amanecer.

Horrorizada por aquello, la mujer comenzó a lloriquear, y Amanda, notando la mirada de reproche de Brodrick, añadió dirigiéndose esta vez a él:

—Siento si te molesta lo que digo, pero mi padre en tu caso ya le habría arrancado la cabeza.

—¡Me encanta tu padre! —murmuró Emilia con una media sonrisa.

El guerrero las miró boquiabierto. La situación lo tenía bloqueado. Él era un hombre de diálogo. Si algo le había enseñado su padre en vida era que, dialogando, en ocasiones se conseguía más que atemorizando. Pero aquel tema, y más tratándose de su hija, le resultaba difícil de gestionar. Y, entendiendo las palabras de Amanda, se planteó si estaba actuando con demasiada indolencia con Flora y era el tonto que Amanda decía.

—Señor conde, pero si yo adoro a vuestra hija... —insistió la niñera.

—¡Venga ya! —gruñó Amanda, y, acercándose a ella, aseguró—: A alguien que adoras no le dices cosas tan terribles como «maldita huerfanita».

Oír eso hizo que Brodrick jadeara.

—¿Es eso cierto, Flora? —siseó levantando la voz.

La mujer, que temblaba, no respondió.

—Es cierto. Yo lo oí —aseguró Amanda.

Emilia y Derek se miraban sobrecogidos cuando Amanda, agarrando a Brodrick, que iba a por la mujer, lo detuvo y añadió:

—Si realmente adoras a Peyton, ¿por qué ella te tiene pánico? Y, por cierto, ¿qué hacía el anillo que yo le regalé en tu habitación?

Horrorizada y asustada, Flora siguió en silencio, hasta que Brodrick soltó furioso:

—Quitadla de mi vista antes de que me entere de más cosas que me hagan arrancarle la cabeza.

—Cuidado, Fraser, que van a creer que eres un McRae —murmuró Amanda.

Oír eso hizo que Flora pusiera los ojos en blanco y cayera redonda al suelo. El susto había podido con ella. Al verla desmayada, todos se miraron, y Emilia propuso:

—¿Qué tal si se la echamos de comer a los cerdos?

—¡Emilia! —Derek rio.

Sonriendo, Amanda miró a la mujer.

—Cada día me gustas más, Emilia —musitó.

Ambas se entendieron, y Derek y Brodrick, tras auxiliar a la desmayada y sentarla en una silla, se miraban cuando Amanda se acercó a ellos y dijo remangándose:

—Tranquilos. Yo me encargo.

Acto seguido, y con toda la mano abierta, le soltó un bofetón a Flora. Tras el primero llegó el segundo, el tercero, y, después de que Emilia se animara y le propinara el cuarto y el quinto, Brodrick decidió detenerlas.

—Creo que ya vuelve en sí.

—¿Seguro? Mira que le están viniendo bien las tortitas — se quejó Emilia ante la sonrisa de Derek.

Flora abrió los ojos y comprendió que lo que estaba ocurriendo era real.

—Te lo advertí, Flora —dijo Amanda, de pie frente a ella—. A las perras y a las zorras como tú las calo muy rápido.

Bloqueada, y temblando, la mujer apenas si podía razonar. Ni en el peor de sus sueños se había imaginado pasando por un momento semejante, y de nuevo comenzó a llorar.

—Mi niño, ¿algo más que decir a esta sinvergüenza? —preguntó entonces Emilia.

El guerrero, confundido, negó con la cabeza y, acto seguido, la mujer dijo tirando de ella:

—Pues entonces la acompañaré a recoger sus cosas para que se vaya.

—Voy con vosotras —se ofreció Derek.

Una vez que aquellos salieron por la puerta, Brodrick cogió aire e iba a hablar cuando Amanda dijo:

—Eres demasiado bueno y condescendiente. —El guerrero levantó las cejas y ella añadió—: Mi padre la...

—Tu padre es tu padre —la cortó él—. Y yo soy yo. ¿¿Te queda claro?!

Amanda asintió. Aquel comentario no le había agradado.

De pronto se oyó el ruido de varios caballos al galope. Al mirar por la ventana del despacho y ver quién se acercaba a Amanda se le abrieron los ojos como platos.

—Madre mía..., madre mía... —murmuró.

—¿Qué ocurre?

—Son mi hermana Johanna y mi cuñado Alan.

Sorprendido, Brodrick miró por la ventana mientras Amanda salía a toda prisa del despacho. Como una flecha, la joven fue hasta la puerta principal y, al abrirla y ver más allá a su hermana, su cuñado y varios guerreros de ellos y de Brodrick, exclamó:

—¡Tataaaaaaa!

Johanna se volvió al oír eso. A pocos pasos de ella estaba su hermana. Bajándose del caballo de un salto, corrió para abrazarla mientras Alan susurraba al tiempo que se acercaba a ellas:

—Johanna, quedamos en que te lo tomarías con tranquilidad..., ¿o lo has olvidado?

Pero ella miró a su marido y, sonriendo, repuso:

—Te aseguro, cariño, que en este instante mi tranquilidad es plena.

Él levantó los ojos al cielo. En ese instante Brodrick salió por la puerta y Alan lo saludó:

—Conde Fraser. Soy Alan McGregor y ella es mi mujer, Johanna. Por favor, disculpad que nos hayamos presentado sin avisar.

Brodrick asintió. Los recordaba de cuando estuvo el verano anterior en la fiesta de Eilean Donan.

—Bienvenidos a mi hogar —dijo sonriendo—. Podéis llamarme Brodrick, y enhorabuena por el bebé que viene en camino.

Alan sonrió, y en ese momento se oyó que alguien gritaba más allá:

—¡Por todos los infiernos, Johanna!

Era la voz de Duncan, y las chicas, mirándose, cuchichearon:

—¡Ya ha llegado el Halcón!

Al ver a su hija y a Alan, Duncan se había quedado totalmente paralizado. Pero ¿qué estaban haciendo allí? Mientras, Megan se bajó del caballo con celeridad para abrazar a sus dos hijas, y Wallace y Nigel los observaban atónitos. ¿Quiénes eran aquellos?

Con la tensión por las nubes, Duncan miró a Alan. Que su hija estuviera allí, en su estado, no era bueno, y Alan, con un hilo de voz, se dirigió a Brodrick:

—Y ahora la bronca me la llevaré yo... ¿Qué te apuestas?

El conde sonrió cuando Duncan, apeándose del caballo, se acercó a su hija y preguntó abrazándola:

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí, que no estás en cama descansando?

—Papitoooo, no empieces —gruñó Johanna.

—¡¿Que no empiece?! —vociferó el guerrero.

—Ay, Duncan, por favor —le reprochó Megan.

—Venga, papi, respira —terció Amanda—. Johanna está bien. ¿Es que no lo ves?

Sin sonreír, el guerrero abrazó a sus dos niñas y a su mujer; tenerlas junto a él era lo que le daba vida. Pero a continuación las soltó, y renegó mirando a Alan:

—Maldito McGregor, ¿acaso no puedes cuidar de tu mujer?

—¿Lo ves? —susurró el aludido a Brodrick—. El culpable soy yo.

Oír eso hizo que el conde levantara las cejas sorprendido, y Alan respondió con tranquilidad:

—Suegro..., o la traía o la mataba. ¿Te parece bien mi respuesta?

—Mucho habéis tardado en venir —apostilló Megan divertida.

Finalmente Duncan sonrió; conocía a su hija. Abrazó a Alan, y viendo que sus hijas y su mujer hablaban de forma atropellada entre ellas, preguntó en otro tono de voz:

—¿Tan intensa se ha puesto?

Alan tomó aire y, mirando a su suegro, respondió:

—Desde que os marchasteis, no ha parado de reprocharme que no os acompañáramos en este viaje para expresarle nuestras condolencias al conde Fraser. Y, sabiendo que estabais vosotros aquí, no me ha quedado más remedio que venir o corría el peligro de que alguna mañana me levantara y ella ya se hubiera marchado.

—Lo dirás en broma, ¿verdad? —preguntó Brodrick.

Alan y Duncan lo miraron y, con seguridad, respondieron al unísono:

—No.

Sin poder creerse aquello, Brodrick parpadeó.

—De esas dos morenitas que ves ahí —murmuró entonces Alan—, siendo hijas de quienes son, ¡te puedes esperar cualquier cosa! Y te lo digo yo, que estoy casado con una de ellas, pero a la otra también la conozco muy bien.

Brodrick las miró y Johanna, de la mano de Amanda, que sonreía llena de felicidad, se acercó entonces a aquel.

—Mis condolencias por lo sucedido, Brodrick —dijo—. Espero que no te importe que hayamos venido aprovechando que mis padres y mi hermana estaban aquí.

Con gusto, el guerrero miró a la joven de rasgos parecidos a los de Amanda y respondió:

—Os agradezco vuestras condolencias. Es un placer teneros a todos aquí. Esta es vuestra casa, como siempre lo ha sido para toda mi familia de Eilean Donan.

—Y de lo que diga el liante de mi cuñado —apostilló Amanda sonriendo—, ¡ni caso! Es muy exagerado.

—¡Serás bicharraca! —se mofó aquel.

En ese instante, por la puerta principal salió una pálida y temblorosa Flora con una maleta, acompañada de Emilia y Derek. Sin poder evitarlo, los ojos de aquella y los de Amanda se encontraron, y la mujer soltó sin miramientos:

—Pagarás por lo que has hecho.

Oír eso hizo que Duncan rápidamente se moviera.

—Retira esa amenaza a mi hija si no quieres que te retuerza el pescuezo.

—¡Retíralo! —sentenció Brodrick furioso.

Flora se encogió temblorosa, pero Amanda, tras pedirles tranquilidad a su padre y a Brodrick, dijo acercándose a aquella:

—Vete antes de que sepa a ciencia cierta la verdad de todo lo ocurrido con Peyton porque, si Brodrick no te mata, te mataré yo.

El aludido agarró enseguida a Amanda del brazo a modo de protección y, tras hacerle una seña a Derek, este se llevó a la mujer.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó entonces Megan sorprendida dirigiéndose a su hija.

—Pues que quien es malo con un niño no tiene perdón, mamá —contó ella—. Y esa bruja lo ha sido con Peyton y posiblemente también con Ossian.

Megan asintió y, tras comentar lo ocurrido durante un rato, Brodrick declaró inquieto:

—He de hablar con vosotros, Megan y Duncan.

Según dijo eso, este se extrañó, pero el conde añadió con seriedad:

—Es importante. Id a refrescaros, después os espero a ambos en mi despacho. —Y, desviando la mirada, dijo—: Emilia, ellos son Alan McGregor y su mujer, Johanna, hija de Duncan y Megan. Por favor, acomódalos en una habitación.

Acto seguido se dio la vuelta con gesto serio y se alejó.

—¿Qué has hecho en mi ausencia? —preguntó Duncan a su hija menor.

—Nada.

—¿Seguro? —insistió aquel.

—¡Papááááá, no te pongas gruñoncito!

—¿En qué lío te has metido ahora? —cuchicheó Johanna.

Amanda sonrió y se encogió de hombros.

—En ninguno —repuso.

Oír eso hizo que Alan McGregor sonriera. Estaba claro que su suegro nunca se aburría con sus hijas.

Capítulo 33

Cuando su hermana, su cuñado y sus padres se encaminaron con Emilia a sus habitaciones, Amanda corrió hacia el despacho de Brodrick. Tenían que hablar sobre lo ocurrido con Flora y lo que ambos querían pedirles a Megan y Duncan.

Una vez que abrió la puerta y entró, él la miró y ella se apresuró a decir:

—Algún día llamaré.

—Lo dudo.

Oírlo decir eso hizo sonreír a la joven. Y él, al verla, se tocó el lóbulo de la oreja mientras sonreía a su vez.

—No te rías. Es lo que pienso —murmuró.

La carcajada que aquella soltó hizo que a Brodrick le aleteara el corazón. Amanda tenía algo que le hacía bajar todas sus defensas. Consciente de ello, tomó aire e indicó tratando de centrarse en lo que importaba:

—Gracias por abrirme los ojos con Flora.

—De nada. —Y, acercándose a él, añadió—: Ahora solo falta que los abras con Peyton, Emilia y el resto de tu gente.

—Pero ¿es que tú no paras?

—Mientras haya cosas por resolver, no —respondió Amanda con seguridad.

Brodrick tomó aire. Estaba claro que aquella era una guerrera combativa.

—A ver, lady Herencia Salvaje... —indicó con una media sonrisa—. Cuando tus padres entren en el despacho, no te preocupes por nada, yo me encargaré de hablar con ellos.

Hechizada por su sonrisa, por cómo se tocaba el lóbulo de la oreja y por aquellos ojos oscuros, la joven contestó con un hilo de voz:

—De acuerdo.

El silencio que se hizo a continuación entre ellos se volvió raro, extraño, y en cierto modo cautivador. La atracción que sentían el uno por el otro era enorme. Y, antes de que los dos se dieran cuenta, ya se estaban besando con auténtica pasión.

Esta vez no solo sus bocas se encontraron, sino también sus cuerpos. Ansioso de ella, y olvidándose de todo, el guerrero la cogió entre sus brazos mientras Amanda se colgaba de su cuello. Ahondar en sus bocas era lo que deseaban, lo que necesitaban, y Brodrick, sintiendo la fuerza arrebatadora de ella, murmuró:

—Amanda, para...

—No.

—La séptima regla...

—Cállate...

Y, dejándose llevar por la pasión, Amanda volvió a besarlo.

Un beso. Dos. Tres. Segundo a segundo, el momento iba subiendo de intensidad. Ya no eran sus bocas, ahora también eran sus manos las que se movían con urgencia por sus cuerpos, hasta que el guerrero, perdiendo

totalmente la compostura, la llevó en volandas hasta la mesa de su despacho. Acto seguido, tiró al suelo las cosas que había sobre ella y, tumbándola, le sacó un hombro de la camisa de un tirón y lo besó, mientras otra de sus manos le subía la falda con ansia.

Anhelaba lamerla entera, devorarla. Aquella joven le hacía perder la razón y la compostura, y, al oír el gemido de placer que ella soltó, la excitación lo enloqueció.

El deseo entre ellos iba en aumento, la locura se aceleraba. Sus cuerpos hablaban por sí solos y sus mentes, anuladas, solo se dejaban llevar.

Toda la contención y la cordura que durante días los habían frenado eran ahora irrefrenables, pero de pronto se oyó que alguien exclamaba:

—¡Por todos los malditos santos!

Oír esa voz hizo que las bocas, las manos, la locura y la pasión se detuvieran en seco. Ambos se miraron entonces a los ojos, pues sabían a quién pertenecía aquella voz, y cuando se volvieron hacia la puerta, ahí estaba Duncan boquiabierto, con Megan detrás.

Tumbada sobre la mesa con Brodrick encima, Amanda cerró los ojos. Ni en el peor de sus sueños habría imaginado que sus padres la pillarían jamás en un momento así. Quitándose a Brodrick de encima con rapidez, dijo mientras se apresuraba a cubrirse el hombro descubierto con la camisa:

—Papito..., esto tiene una explicación.

—Amanda, por tu bien..., no me llames «papito» en este maldito momento —siseó el guerrero en un tono de voz oscuro.

Megan, tan sorprendida como su marido al encontrarse a aquellos dos de aquella guisa, agarró la mano de Duncan y, tras advertirle a su hija con la mirada que fuera prudente, pidió dirigiéndose a su marido:

—Cariño. Tranquilo..., respira.

Duncan, que no daba crédito a la situación, viendo que aquellos dos lo miraban de frente, escupió con furia:

—Os lo dije. Fui claro y tajante. Confié en vosotros una primera vez y...

—Duncan —lo interrumpió Brodrick—, si me dejas, puedo explicarte lo que...

Como un rayo, Duncan llegó hasta él, lo cogió por el cuello y gritó desenchajado:

—¿De verdad quieres explicarme lo que estabas haciendo con mi hija sobre esa mesa con tu mano bajo su falda?!

—Papááááá... —dijo Amanda.

—¡Duncan! —exclamó Megan a su vez.

Y, en cuanto consiguieron que aquel soltara al conde, Duncan miró a su hija.

—¿Acaso me crees tan imbécil como para no saber qué hacíais?! —gritó.

Brodrick, reponiéndose de aquel ataque inesperado, agarró a Amanda del brazo para resguardarla, pero Duncan insistió levantando la voz:

—¿Tan idiota me creéis como para no dar por hecho que entre vosotros hay algo?

—Escucha, papá. Me creas o no, entre nosotros no hay...

—¡Cállate, Amanda!

La tensión podía cortarse con un cuchillo. Negar lo evidente, lo que habían visto, era imposible; pero entonces Brodrick, sin soltar el brazo de Amanda, dijo:

—Créeme, Duncan, cuando te digo que de esto que has visto no hemos pasado.

—Pues quién lo diría —murmuró Megan, que había ido a cerrar la puerta.

—Mamá...

—Amanda, ¡cállate! —gruñó Duncan en un tono de voz áspero que la joven pocas veces le había oído.

Y, acto seguido, se dirigió a Brodrick:

—Confíe en ti por el cariño que te tengo. Eres un hombre hecho y derecho. ¡No eres un niño como para andar con estos juegos con mi hija! ¡Por san Ninian, que unos minutos más y os habría pillado...!

—¡Papááááá!

Brodrick, abrumado por la situación, no sabía qué decir.

—Habría puesto las manos en el fuego por ti, Brodrick Fraser —añadió Duncan—, pero está visto que me habría abrasado, como me habría quemado por ti, Amanda. Pero ¿desde cuándo eres tan lujuriosa?

Horrorizado por la rabia que percibía en la voz de aquel, y sobre todo por haber decepcionado a alguien tan importante en su vida, Brodrick iba a hablar cuando Duncan soltó mirándolo:

—¿Boda o muerte?

—¡Papá!

—Duncan, ¡pero ¿qué tontería es esa?! —protestó Megan.

Totalmente fuera de sí, Brodrick parpadeó asombrado y, acto seguido, Duncan miró a su hija y preguntó:

—¿Boda o convento?

—Duncan, pero ¿qué dices? —consiguió murmurar el joven descolocado.

—Os dije que si volvía a pillaros, solo tendríais esas opciones.

—¡Papááááá!

—Duncan, ¡recapacita! —gruñó Brodrick.

—Recapacita tú y piensa en lo que has hecho con mi hija.

—Escucha, Duncan... —dijo Brodrick ofuscado—, no soy una persona que huye de sus errores, pero...

—Pues afronta tu error, ¡maldita sea! Sé el hombre que sé que eres y del que tu padre tan orgulloso estaba —insistió aquel, que, mirando a su hija, afirmó—: Decídete. ¿Boda o convento?

—Pero, papá...

—Boda —dijo Brodrick de repente.

Que él considerase que lo ocurrido era un error enfadó a Amanda, y por su mente pasó Caroline. Pero ¿qué había hecho?

—No voy a casarme contigo, ¿te queda claro? —siseó mirando a Brodrick.

Él la miró a su vez. Casarse no entraba en sus planes, pero morir, menos. Clavando sus ojos en los de ella, indicó:

—Le di mi palabra a tu padre de que no me acercaría a ti más de la cuenta y la he incumplido. Y, por si lo has olvidado, tengo dos hijos a los que no pienso dejar huérfanos. Por tanto, y aunque me horroriza, elijo ¡boda!

—¡Ni hablar!

—Amanda...

—¡No! —gritó ella—. Tú no eres mi amor. Tú no eres el hombre con el que deseo casarme, y me da igual lo que digáis mi padre y tú. ¡No voy a casarme! Y, por supuesto, tampoco pienso ingresar en un convento.

Duncan, que escuchaba en silencio, cabeceó. La chulería de su hija no tenía límites.

—Os casaréis esta misma noche —sentenció ignorándola.

—¡He dicho que no!

—Brodrick, ya puedes buscar un sacerdote.

—¡Duncan, por san Ninian! —intervino Megan apurada.

Amanda miró a Brodrick. Al igual que ella, él también tenía el rostro desencajado.

—¡Ni se te ocurra buscarlo o te mato! —le gritó.

Oír eso espoleó a Brodrick, que, mirándola, siseó:

—Mira, lady Herencia Salvaje... Tu vena sanguinaria no me asusta. Pero vuelve a decir que me matas ¡y lo lamentarás!

—Te mato —lo retó ella.

Sin dar crédito a la forma en que ella lo desafiaba, Brodrick iba a contestar cuando Duncan bramó:

—¡Amanda..., no nos calientes más!

—Duncan —terció entonces Megan—, creo que deberías relajarte y razonar.

—¡Razonar! ¡Razonar...! ¡¿Qué tengo que razonar?! Van a casarse y no hay discusión que valga.

Brodrick, que nunca había visto así a Duncan, estaba desconcertado. Miedo no le tenía, pero sí mucho respeto.

En ese instante la puerta del despacho volvió a abrirse y Johanna, que apareció seguida de su marido, preguntó:

—¿Quién va a casarse?

—Tu hermana y Brodrick Fraser —declaró Duncan.

—¡¿Qué?! —murmuró Johanna sorprendida.

Boquiabierta por lo que aquellos afirmaban, Amanda no podía ni reaccionar. Sin embargo, Alan, acercándose a Brodrick, le dio un golpe en la espalda con la mano y susurró:

—Cuñado... ¡Bienvenido a la familia!

Atónito, aquel no supo qué decir, y Johanna comentó entonces sonriendo:

—Siempre he sabido que te gustaba este hombre.

—¡Tataaaaa!

—Pero tú te empeñabas en decir que no porque no tenía los ojitos grises.

—¿Que te gustaba Brodrick? —preguntó Duncan boquiabierto.

Horrorizada, Amanda miró al aludido y, después, dirigiéndose a su hermana, siseó:

—Retira lo que has dicho o te tragas los dientes.

—Eh..., eh..., eh... —musitó Alan—. Apelemos a la cordura, cuñadita.

—¡Amanda! —le recriminó Megan—. Tu hermana está embarazada. Pero ¿qué dices?

La aludida, viendo como Brodrick la miraba con los ojos muy abiertos, se acercó a él e indicó con desconcierto:

—Madre mía..., madre mía... Tú, ni caso. Nunca me has gustado. Son tonterías de mi hermana.

—¡¿Desde cuándo te gusta Brodrick Fraser?! —bramó Duncan, quien intentaba no perder el enfado a pesar de que lo que oía le agradaba.

—Por san Ninian, papá —se defendió Amanda, que, señalando a Brodrick, añadió—: Este hombre no es divertido, ni romántico, ni tiene ese puntito salvaje que me gusta..., por no mencionar que no tiene los ojos grises. ¿De verdad crees que yo quiero casarme con un hombre tan aburrido, tonto y gruñón como él?

—¡Amanda, por favor! —murmuró Megan apurada al ver el gesto de ofuscamiento del que estaba siendo insultado.

—Que alguien me explique qué está pasando aquí —musitó Alan sorprendido.

Johanna, que cada vez entendía menos, miró entonces a sus padres, cambió el gesto y preguntó:

—A ver, un momento, un momento... Si Amanda no quiere casarse con él, ¿por qué estamos hablando de esto?

Brodrick los escuchaba boquiabierto. Lo que Amanda decía sobre él, en su propia cara, era indignante.

—Que te quede claro, Amanda McRae, que en la vida habría sopesado la posibilidad de pensar en ti como mi esposa —indicó mirándola—. Porque yo seré un aburrido y un gruñón, pero tú eres una salvaje inconsciente imposible de soportar.

—No sabes cuánto me alegra saberlo —replicó ella molesta.

Acto seguido todos guardaron silencio. Y Duncan, tras intercambiar una mirada con su mujer, que lo fulminó con los ojos, consciente de la que estaba liando, dijo deseoso de que su hija supiera algo:

—Os casaréis hoy mismo, y me da igual si Brodrick no quiere tener más hijos.

—¿No quieres tener más hijos? —preguntó entonces Amanda.

—No —contestó él.

—¿Y por qué no? —insistió la joven.

Brodrick, al verse interrogado y siendo el centro de atención, se apresuró a replicar:

—¿Y a ti por qué te importa eso?

—Le importa porque va a ser tu mujer —apostilló Duncan.

Johanna, que cada vez entendía menos, intervino:

—Pero ¿alguien me va a explicar qué ocurre aquí?

Megan miraba a su marido, lo iba a matar. Y cuando iba a responder, Duncan declaró:

—Pasa que tu hermana y él se han tomado demasiadas licencias en cuanto al placer de los cuerpos y yo los he pillado y los he visto con estos ojos. ¡Eso es lo que pasa! Y las opciones son boda o convento para tu hermana y boda o muerte para Brodrick.

—Madre mía... —murmuró Alan sin dar crédito.

Johanna parpadeó boquiabierta. En la vida se habría imaginado algo así, y, asombrada, musitó:

—Pero, papá...

Al cabo de dos segundos todos hablaban, todos decían. Cada uno exponía su opinión al respecto, hasta que Amanda levantó la voz y gruñó dirigiéndose a su padre:

—Pero ¿acaso te has vuelto loco?

—Loco me vais a volver tú y tu hermana con vuestro comportamiento.

—Papá, ¿y yo qué tengo que ver ahora? —protestó Johanna.

Duncan la miró, y Alan se acercó a ella.

—Yo que tú, mi cielo, me callaría, que esta vez no va con nosotros... —susurró.

Megan, que intentaba controlar la situación entre su marido y sus hijas, iba a hablar cuando Brodrick, tras dar un fuerte golpe sobre la mesa con la mano abierta para atraer la atención de todos, siseó:

—Duncan, aunque no es mi deseo, me casaré con Amanda.

—¡No! —exclamó la aludida.

Duncan asintió con gesto serio. Aquello era lo que quería oír. Miró a su mujer, que lo contemplaba con gesto fiero, y soltó:

—Asesíname cuanto quieras con la mirada. La decisión está tomada por parte de Brodrick y mía, y no hay más que hablar.

Amanda gritó, les hizo saber su disconformidad al respecto. Pero Duncan, mirando al que iba a ser su yerno, preguntó con repentina tranquilidad:

—Y, una vez resuelto ese tema, ¿para qué querías hablar con Megan y conmigo?

Brodrick, que observaba como Amanda gruñía y protestaba por la decisión que había tomado, contestó tratando de ignorarla:

—Quería pedirlos permiso para que Amanda se quedara cuidando de mis hijos al marcharse Flora.

Duncan abrió los ojos asombrado. Rápidamente negó con la cabeza y, levantando la voz, siseó:

—¿Pretendías que mi hija se quedara aquí contigo para calentarte la cama por las noches y cuidar de tus hijos sin

estar casada contigo?

—¡Noooooooo! —bramó Brodrick, que, acto seguido, bufó.

¿Por qué ese hombre lo malinterpretaba todo? ¿Por qué no se paraba a entenderlo?

—¡Por san Fergus, Amanda! —exclamó Duncan a continuación—. Pero ¿qué clase de educación te hemos dado tu madre y yo? ¡Ni que te hubieras criado en un lupanar!

—¡Duncan! —gritó Megan.

—¡Papááááá! —vociferó Johanna.

Amanda, que no daba crédito a que su padre hubiera entendido mal las palabras de Brodrick, iba a protestar cuando Megan ordenó:

—Johanna y Alan, fuera del despacho.

—Pero, mamáááá...

—Con lo interesante que está esto ahora —protestó Alan.

—Johanna y Alan, ¡por favor! —insistió ella.

Con gesto adusto, Johanna miró entonces a su hermana y murmuró:

—Decidas lo que decidas, estoy contigo.

Y, sin más, ella y Alan salieron del despacho. Una vez que la puerta se cerró, Megan los miró a todos y ordenó:

—Duncan, tranquilízate y siéntate en esa butaca. Vosotros dos, sentaos ahí. Y ahora me sentaré yo también y todos juntos hablaremos con tranquilidad.

Duncan miró a su mujer.

—Hablemos —concordó—. Pero, esta noche, o Amanda se casa o irá a un convento.

Capítulo 34

Tras una tarde complicada en la que ni Megan ni Brodrick o Amanda hicieron entrar en razón a Duncan, cuando este y su mujer estaban en la habitación, ella tenía todavía los nervios a flor de piel. Lo que su marido pretendía que hicieran Brodrick y Amanda era una locura. No se conocían, no se querían, ¿cómo iban a casarse?

Por ello, cuando vio que él terminaba de escribir algo en un papel, lo metía en un sobre y lo lacraba con su sello, le pidió:

—Por favor, recapacita... ¡Esto es una locura!

—Locura o no, ¡se hará!

—Pero, Duncan...

—Han decidido boda. No hay más que hablar.

—Lo ha decidido Brodrick, ¡ella no!

—Pues se casa o irá derecha a la abadía de Melrose. De ella depende.

Megan resopló.

—Dudo que en la abadía puedan hacerse con ella.

—Ese será su problema, no el mío.

—¡Duncan!

Con tranquilidad, el guerrero la miró y, en voz baja, explicó guardándose el sobre en su capa:

—Se atraen y se gustan, ¿o acaso no lo ves? —Megan no respondió, y él insistió—: Por san Ninian, pero ¿tú has visto cómo se besaban sobre la mesa? ¿Y cómo se retan continuamente? Y bueno, bueno..., ¿has visto cómo la protegía cuando me he enzarzado con ellos? Esa protección me indica que Brodrick mira por ella. Lo sé..., soy hombre ¡y lo sé!

Megan asintió, lo había visto todo.

—Y que conste que, porque es Brodrick —sonrió Duncan—, porque si yo veo a otro hombre besar así a Amanda sin ser su marido, ¡lo mato!

De nuevo, ella asintió. La pasión desmedida con la que aquellos se estaban besando por la tarde mostraba un evidente deseo entre ellos.

—Pero... casarlos, ¿no crees que es exagerado? —repuso.

Duncan negó con la cabeza y, acercándose a su mujer, indicó:

—Créeme cuando te digo que mi instinto me dice que están hechos el uno para el otro.

—Pero, Duncan...

—Mi vida..., amo a Amanda, como te amo a ti y amo a Johanna. ¿De verdad crees que yo la obligaría a casarse con alguien que pensara que no es su ideal?

—¿Y si te equivocas? ¿Y si tu instinto te falla?

Duncan meditó su respuesta y, con esa firmeza suya, replicó a continuación:

—No fallará.

Megan suspiró, la seguridad que su marido demostraba en ocasiones daba miedo.

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta. Megan se apresuró a abrir y se encontró frente a Amanda, que, mirándolos, preguntó:

—¿Puedo pasar?

Sin dudarle, sus padres asintieron dando su conformidad y, cuando ella cerró la puerta, el guerrero preguntó adoptando un tono de voz seco:

—¿Por qué te has cambiado y te has puesto esa ropa? — La joven no respondió, y él insistió—: ¿Acaso no vas a lucir un bonito vestido en tu boda?

—No. Porque yo no he dicho que piense casarme.

Vestida con unos pantalones de cuero marrones y una camisa blanca, la joven volvía a dejar clara su disconformidad en cuanto a aquello.

—Lo sé —añadió acto seguido—. Sé que lo que hacía con él no era decente. Pero os juro que...

—No me jures nada, Amanda, y asume las consecuencias —la cortó Duncan.

—Papá, no sé si lo sabes, pero él y Caroline Peanut tienen...

—Lo que tengan me importa bien poco.

La muchacha asintió. En aquel tema su padre siempre había sido muy tajante. Intimar con un hombre era algo prohibido.

—Entiendo que estés enfadada y decepcionada conmigo —declaró entonces Duncan—. Pero sé consecuente y piensa que yo también lo estoy contigo. Jamás me habría esperado esto de ti, Amanda.

Acto seguido, los tres se quedaron en silencio, hasta que la aludida dijo:

—Papá, no puedes hacernos esto a Brodrick y a mí.

—¿Y lo que vosotros me habéis hecho a mí?

—Madre mía, papá. Eso a lo que nos obligas es un error. No nos atraemos, no nos gustamos y...

—Pues para no sentir nada de eso, bien que os calentabais, ¿no?

—¡Duncan! —protestó Megan.

De inmediato ella se acercó a su hija y le cogió la mano para darle fuerza, pero Duncan continuó:

—He claudicado en que el enlace no sea definitivo, sino que sea una unión de manos porque así nos casamos tu madre y yo. No me calientes más o cambiaré de opinión.

—Pero, papááááá, deberías pensar en Caroline, que...

—Amanda —la cortó—. Si, después de un año, Brodrick y tú no queréis seguir juntos, ya se casará entonces con la tal Caroline.

—¡Maldita sea, papá! —se quejó con sequedad.

Duncan levantó las cejas.

—Siempre pensé que querías que me casara por amor —añadió ella mirándolo—. Jamás habría pensado que tú, mi padre, me obligarías a casarme con un hombre que no me quiere y al que ni siquiera conozco.

Oír eso le dolió al guerrero. Su hija tenía razón. Pero, siguiendo con su papel de hacerse el ofendido, declaró, consciente de lo que decía:

—Yo tampoco pensé encontrarte nunca como te he encontrado esta tarde..., regalada sobre una mesa como una vulgar...

—¡Duncan!

Amanda resopló, pero el guerrero agregó:

—No ha sido fácil verte en esa tesitura, ¡ha sido vergonzoso!

—Papá...

—¿No dices que te gustan la verdad y la claridad? ¡Pues esa es mi verdad y mi claridad! ¿O acaso yo no puedo decirlas como las dices tú?

Amanda se mordió la lengua y calló. Si sus padres no la hubieran pillado, podría haber rebatido aquello, pero no era el caso.

—Lo de «ojitos grises» es solo un sueño absurdo al que te has aferrado para evitar otros compromisos, ¡pero eso se acabó! —continuó Duncan—. Decídete: boda o convento. En el primer caso, si pasado un año no eres feliz, Eilean Donan seguirá siendo tu hogar. En el segundo caso, el convento será tu hogar para siempre.

Consciente de que nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión, Amanda finalmente dijo:

—Boda, ¡maldita sea!

Al guerrero le dolió sentirla tan enfadada. Amanda era un rayo de luz risueño y vivaracho. No era la mujer confundida y furiosa que ahora tenía ante él. Pero, seguro de que con aquello lo que hacía era darle una oportunidad a su hija para ser feliz, sentenció besándola en la mejilla:

—Ahora quédate con tu madre. Ambas tenéis que hablar.

Y, dicho esto, el guerrero abrió la puerta de la habitación y desapareció.

Una vez que se quedaron a solas Megan y Amanda, la primera pidió:

—Siéntate frente al espejo. Te arreglaré el cabello.

Sin decir nada, la joven obedeció.

—Aunque no es santo de mi devoción, me parece horrible lo que voy a hacerle a Caroline —murmuró al cabo de un rato—. Ella está como loca por formalizar una relación con Brodrick.

Megan asintió.

—No sé qué has visto tú entre ellos, pero yo no he visto nada especial.

—Su madre, lady Augusta, y ella misma me dijeron que...

—Amanda, preocúpate por lo que diga Brodrick, no por lo que digan Caroline y su madre. Y si te digo esto es porque efectivamente Caroline es una muchacha preciosa, pero también es insufrible. Y yo no vi que Brodrick la mirara de una manera especial. Lo que vi por parte de lady Augusta y Caroline fueron unos deseos irrefrenables de...

—Mamá, ¿cómo voy a casarme con él? —insistió Amanda.

Megan, comprendiéndola, respondió mientras le tocaba el cabello con los dedos:

—Te entiendo, mi vida. Ya sabes que, cuando yo me casé con tu padre, tampoco lo conocía.

—Pero papá y tú estáis hechos el uno para el otro.

Oír eso a Megan la hizo sonreír.

—Eso lo sé ahora, cariño, no lo sabía el día que me casé con él —indicó.

Amanda refunfuñó. Seguía sin estar de acuerdo con la decisión que su padre y Brodrick habían tomado.

—Siento todo esto, mi vida —continuó Megan—, pero la situación es la que es. Y, sí, tu padre es muy cabezón. Pero siento decirte, Amanda, que, esta vez, aunque a mí también me parezca una locura la boda, no hay otra opción. A no ser

que quieras recluirte en un convento para el resto de tu vida.

—Pues claro que no quiero eso, mamá.

—Pues obedece y cástate.

—No quiero...

—La otra opción es que huyas y no vuelvas a aparecer. Pero esa no te la recomiendo. Nos matarías en vida a tu padre y a mí y, conociéndote, serías desgraciada el resto de tu existencia.

—Mamá...

—Piénsalo, mi amor. La boda será por un año. Y si pasado ese tiempo las cosas no son lo que tú quieres, podrás regresar a casa, y si Brodrick quiere, podrá casarse con Caroline.

—Pero...

—Piensa, Amanda. Sé lista.

Oír eso hizo que la joven suspirara, y, entendiendo las palabras de su madre, susurró:

—Lo sé, mamá. Lo sé.

En silencio, Megan peinó el bonito cabello oscuro de su hija y comentó con mimo:

—En este instante tendría que hablarte por primera y última vez de la intimidad en el lecho entre un hombre y una mujer..., pero ya hemos hablado infinidad de veces de ello, ¿verdad?

Amanda asintió.

—¿Hay algo que quieras preguntar? —añadió Megan.

Amanda lo pensó. Su madre, a diferencia de otras, siempre les había hablado con sinceridad del placer de los cuerpos a ella y a Johanna.

—No voy a intimar ni a dormir con Brodrick, por lo que no hay nada que necesite saber o preguntar —indicó encogiéndose de hombros.

—¿Seguro? Porque mira lo que te digo, Amanda: os besabais de una manera que...

—¡Segurísimo, mamá!

Tan pronto como Megan colocó unas bonitas flores blancas en el cabello recogido de su hija, miró su imagen en el espejo y comentó:

—Estás bellísima, mi vida.

Amanda se miró. Toda su vida había soñado con casarse con un precioso vestido blanco y, sobre todo, por amor con el hombre de los ojos grises, no ataviada con pantalones y con un hombre que ni la amaba ni tenía los ojos de ese color; por lo que, arrancándose las flores del pelo, exclamó:

—¡Maldita sea, mamá!

Capítulo 35

Cuando Duncan abandonó la habitación, de entrada se quedó parado en el pasillo. Aunque quería seguir adelante con lo que había planeado, pues algo le decía que era bueno para Amanda, la decisión le quemaba por dentro. Amanda era su niña, su hija pequeña, y una parte de él se resistía a pensar que, a partir de esa noche, todo cambiaría.

Conmocionado por los numerosos sentimientos que sus hijas le provocaban, tomó aire. Debía recomponerse antes de enfrentarse a todo el mundo. Todo el que lo mirara debía ver la decisión en sus ojos. Cuando lo consiguió, prosiguió su camino.

Al llegar al salón principal, Johanna se le acercó.

—¿Todo bien, papito? —preguntó.

Oír eso le hizo mirarla.

—Tú y yo ya hablaremos sobre el hecho de que te hayas presentado aquí en tu estado —dijo—. Pero ¿se puede saber dónde tenéis la cabeza tu marido y tú?

Johanna puso los ojos en blanco al oírlo y, sin querer iniciar una nueva discusión con él, comentó:

—Uis..., creo que Alan me llama.

Una vez que aquella se alejó de él, el guerrero tomó aire, y en ese momento Emilia se le acercó.

—Laird McRae, en la parte trasera de la casa, en lo alto de la colina, justo donde se cruzan dos caminos, hemos hecho un gran círculo de piedras y flores como nos habéis indicado —lo informó.

Duncan asintió.

—Gracias, Emilia —repuso.

En cuanto la mujer se marchó, el guerrero se acercó al retrato de su buen amigo Magnus Fraser. Lo contempló en silencio durante un rato y recordó la de veces, cuando sus hijos eran pequeños, que ambos habían reído comentando la posibilidad de que estos se conocieran y se enamoraran. Solo habían sido palabras. Solo eran recuerdos. Pero la realidad era que Amanda y Brodrick se habían conocido, y no se habían enamorado, pero sí se habían sentido atraídos el uno por el otro. Por ello, Duncan, que vio la sonrisa de Magnus en el retrato, murmuró:

—Yo también creo que todo irá bien entre ellos, amigo. Y, por cierto, viejo zorro, qué bien ocultaste lo de Marianela... Ahora entiendo que tu mujer se marchara y no quisiera saber nada de aquí.

Instantes después, el guerrero salió del castillo por la parte trasera de la casa. El aire fresco de la noche lo despejaría.

—Esto es una locura, Brodrick —oyó entonces que decía Derek.

—¿Otra boda sin amor? —inquirió Nigel.

—Está visto que hay algunos que no aprenden —se mofó Wallace con amargura.

Brodrick hablaba con sus amigos Derek, Wallace y Nigel, cuando Duncan se acercó a ellos y sentenció:

—Locura o no, la boda se llevará a cabo.

Los cuatro hombres lo miraron. En las caras de todos se veía la disconformidad.

—¿Algo que objetar? —preguntó Duncan desafiándolos.

Según dijo eso, Wallace iba a hablar cuando Brodrick, parándolo, quiso saber:

—¿Tu hija ya ha tomado su decisión?

Duncan no contestó. En un caso así podía esperar cualquier cosa de ella, por lo que dijo:

—Amanda es lista y tomará la decisión acertada.

Segundos después, los cuatro hombres comenzaron a subir la colina y, una vez en lo alto, vio allí a Megan y a Amanda. Los tres se miraron en silencio y luego él preguntó:

—¿Estás preparada?

—No —respondió la joven.

—Pues, preparada o no, te vas a casar. Eso has dicho, ¿no?

Johanna, al ver a su hermana, rápidamente se acercó y, tras entregarle un ramo de flores que ella misma había hecho, dijo separándola un poco de sus padres:

—He estado pensando una manera de sacarte de aquí, pero es imposible. Papá lo tiene todo controlado.

—Como era de esperar.

Johanna suspiró.

—¿Qué has decidido?

Molesta y enfadada, Amanda farfulló:

—Boda.

Su hermana asintió y luego murmuró mirándola:

—Pues menos mal, porque no me veía llamándote «sor Amanda».

—Tataaaaaa.

Ambas se miraron. La situación era la que era. Y, queriendo darle ánimos a su hermana, Johanna cuchicheó mientras se tocaba su inexistente barriguita:

—Al menos, solo es un año y un día.

—Oh, ¡qué ilusión, ¿no?!

Ambas resoplaron y luego Amanda miró con disimulo a Brodrick. Verlo hablar con sus amigos con aquel gesto tan ceñudo le hizo gracia, y entonces oyó que Johanna cuchicheaba:

—Oye..., oye..., oye...

Amanda la miró.

—Por cómo lo miras, sigo pensando que ese hombre te gusta —cuchicheó su hermana.

Amanda resopló y luego musitó mirándola:

—Baja la voz y deja de decir tonterías.

Johanna parpadeó y Amanda susurró mientras volvía a mirar a Brodrick con disimulo:

—No puedo ignorar que es un hombre gallardo y atractivo...

—Y soso y aburrido, ¿no dijiste eso?

Ella asintió. En efecto, lo había dicho.

—Y si es soso y aburrido, ¿cómo se te ocurre dejarte llevar por la pasión? —continuó su hermana.

—No lo sé...

—Sí lo sabes, ¡claro que lo sabes! Y es porque algo dentro de ti te dice que es más que un hombre gallardo, soso, atractivo y aburrido. Ese hombre ¡es mucho más! Por

tanto, casarte con él tampoco es que sea un drama. Vale, no lo has elegido tú. Era él o la vida en un convento. Pero quizá no sea una mala elección y...

—Tú te casaste con quien quisiste por amor. ¿Qué narices dices?

—Digo que...

—Venga ya, tata, no empieces tú ahora.

—A ver, Amanda...

—«A ver, Amanda», nada, ¡Johanna! —la cortó—. Bastante tengo con lo que tengo como para que tú, ahora, también comiences a calentarme la cabeza diciéndome que Brodrick quizá sea una buena elección, cuando sé que se estaba planteando casarse con otra.

—Solo estoy hablando contigo.

—¡Pues no quiero hablar! —siseó Amanda dándose la vuelta.

Duncan y Megan se miraron. Como se pusieran a discutir aquellas dos, la cosa se podía calentar. Y Duncan, viendo a su hija menor marcharse, fue hasta ella.

—¿Adónde se supone que vas? —preguntó.

Amanda, molesta, iba a contestarle cuando su padre la agarró con fuerza del brazo e indicó:

—Será mejor que te sujete. No me fío de ti.

—Papááááá...

En ese instante Brodrick se les acercó y anunció muy serio:

—Ya está todo listo.

Amanda y él se miraron. Ninguno de los dos iba vestido de forma especial. Aquello que iban a hacer era un puro trámite sin emoción.

—Esto es una locura —cuchicheó Amanda—. Sigo pensando que...

—Mi vida, te esperamos allí —la interrumpió Megan dándole un beso, y después se lo dio a Johanna.

Una vez que ellas se marcharon, Amanda miró a Brodrick.

—Apelo a tu cordura... —insistió—. ¡Recuerda que soy una salvaje impertinente y di que no quieres casarte conmigo!

El guerrero suspiró y, tras mirar a Duncan, que cogía del brazo con fuerza a la joven, dijo:

—Por supuesto que recuerdo que eres una salvaje impertinente y por supuesto que no quiero casarme contigo. Pero le he dado mi palabra a tu padre, y mi palabra es ley.

—Estás cometiendo un error.

—No me cabe la menor duda —musitó Brodrick.

—No pienso compartir el lecho contigo.

—Ni yo contigo, por favorrrrrrr.

Enfadada por todo lo que oía, la joven tiró el ramo al suelo con rabia.

—¿Sabes? —replicó—. Acabo de decidir que prefiero pudrirme en un convento.

Molesto y enfadado, él la agarró del brazo y, obviando el gesto de Duncan, soltó:

—Pues yo he decidido que no quiero morir, ¿te queda claro?

Se miraron como enemigos. Ya estaban sumergidos en una nueva discusión. Y ella, para sacarlo más aún de sus casillas, siseó:

—¡Pero qué tonto eres!

—¿Acabas de llamarme «tonto» otra vez?

—¿Tanto te lo dice? —se interesó Duncan.

Brodrick, ofuscado, miró entonces a Amanda y siseó:

—Sí, Duncan. A tu hija se le da muy bien eso de llamarme «tonto».

—Si quieres, te llamo otras cosas. Tengo un repertorio enorme —soltó la joven.

—¡Amanda! —gruñó su padre tirando de ella.

Los tres estaban nerviosos, inquietos, y Brodrick pidió dirigiéndose a Duncan:

—¿Podría hablar un momento a solas con ella?

El guerrero miró a su hija. Después a Brodrick. Y, entendiendo que necesitaban unos instantes para comunicarse, repuso:

—Solo si la sujetas, porque es capaz de salir corriendo.

—Por Dios, papá...

—Amanda, que soy tu padre y te conozco.

Sin dudarle, Brodrick la sujetó del brazo y, cuando Duncan se alejó unos pasos, iba a hablar, pero ella soltó mirándolo:

—Me dijiste que a ti nadie te decía con quién debías casarte.

—Lo sé.

—¿Entonces...?

El guerrero cabeceó. Aquella tenía razón. Pero la situación con Duncan era complicada. Cuando se disponía a responder, Amanda prosiguió:

—Sabes que lo nuestro está condenado al fracaso. Ni tú eres para mí, ni yo para ti. Ambos lo tenemos claro. ¿Por

qué sigues empeñado en hacer semejante tontería? ¿Por qué vuelves a equivocarte en la vida, casándote con quien sabes que no te hará feliz?

Brodrick resopló. Entendía su postura.

—Porque mi opción es boda o morir —dijo—. Y, como te dije, tengo dos hijos a los que quiero y no pienso dejarlos huérfanos, ¿te queda claro?

Amanda asintió.

—Si te suelto el brazo, ¿escaparás? —preguntó él a continuación.

Oír eso hizo que ella lo mirara. Aquellos ojos negros que tenía ante sí la hechizaban, le calentaban lo más profundo de su alma. Y, sin sonreír, pero con tranquilidad, murmuró:

—No.

Acto seguido, Brodrick la soltó. Confiaba en ella.

—¿Cómo le vamos a explicar esto a...? —empezó a decir Amanda.

—Ese es mi problema. No el tuyo —la cortó él.

Se miraron en silencio. Aquello era surrealista.

—Está claro que esto es algo que ni tú ni yo deseamos —agregó él tomando aire—, pero...

—Madre mía..., madre mía..., ¡pero ¿qué?!

—¿Me dejas terminar?

Tensa de pies a cabeza, Amanda asintió y Brodrick continuó.

—Como te decía, el unirnos en matrimonio es algo que ni tú ni yo deseamos. Pero tus padres nos vieron haciendo algo que no debíamos sobre la mesa de mi despacho y, te guste o no reconocerlo, si no nos hubieran pillado, creo que entre nosotros en ese momento habría ocurrido algo más.

Oír eso hizo que Amanda se ruborizara. Sabía cómo se habían tocado y calentado.

—Hemos conseguido convencer a tu padre para que sea una unión por un año y un día, y no una unión definitiva —prosiguió Brodrick—. Y, si lo piensas fríamente, lo que les íbamos a plantear a tus padres era que te quedaras aquí para cuidar de los niños y...

—¡Cuidar de los niños..., no ser tu mujer! —apostilló ella.

—Exacto. Así era y así será. Y por ti, y porque te he dado mi palabra, durante este año nos quedaremos en Roy Trust y no iremos a Dumfries.

Oír eso hizo que Amanda enmudeciera asombrada.

—No pretendo que seas mi mujer en la intimidad, ni tampoco te lo voy a pedir —añadió el guerrero—. No seré un marido para ti, porque tú no serás una esposa para mí. Esto simplemente es algo circunstancial.

—Pero... pero tu madre pronto vendrá con Ossian y...

—De mi madre me ocupo yo —sentenció él.

Horrorizada, y con el corazón latándole a mil, la joven buscaba una vía de escape cuando Brodrick añadió:

—Soy un hombre de palabra, Amanda. A tu padre le debo un respeto, y esta es mi forma de respetarlo tras lo que ha visto. Casémonos. La unión será por un año. Si en ese tiempo vemos que es imposible soportarnos, firmaré una renuncia. Eso te permitirá regresar a Eilean Donan, aunque estemos casados, y cuando haya acabado el plazo volveremos a ser libres tanto tú como yo. Dicho esto, y esperando que lo entiendas, te pido, por favor, que respetes a mis hijos no privándolos de un padre y que acabemos con esto de una santa vez.

Ambos se miraron en silencio. Si Amanda lo pensaba fríamente, lo que él proponía podía ser una buena opción. ¿Cómo iba a permitir que su padre le quitara la vida? No..., eso no podía permitirlo.

Duncan, al ver que aquellos solo se miraban sin hablarse, se acercó a ellos. Le entregó el ramo de flores que había recogido del suelo a su hija y dijo:

—Te estás comportando igual que tu madre el día que nos casamos.

—¡Qué ilusión!

—Es que es curioso que hagas lo mismo —afirmó él, y, mirando a Brodrick, añadió—: Incluso me llamó «tonto»...

—Será que ambos sois muy tontos.

—¡Amanda! —protestaron al unísono su padre y Brodrick.

La aludida maldijo.

—Mi decisión está tomada —anunció entonces este—. Ahora que tu hija decida si quiere que yo viva o muera.

Cuando él se alejó con gesto serio, Amanda cuchicheó:

—La palabra «tonto»... se le queda corta.

—¡Amanda, basta ya, por favor!

Padre e hija se quedaron en silencio, hasta que Duncan dijo:

—El día que me casé con tu madre lo hice dentro de un círculo de flores y piedras en un cruce de caminos. Ella no quería. Protestaba y pataleaba buscando qué inventar para que la boda no se celebrara, pero yo no claudiqué. Y no lo hice porque algo en mi interior me decía que esa morena retadora era mi mujer. Mi única mujer.

—Pero, papá...

—Y hoy mi corazón, a pesar de tus negativas y tus pataletas, me dice que estoy haciendo lo acertado.

—No me jorobes, papá...

—Y si tanto el día de mi boda como hoy he ordenado que se hiciera un círculo de flores y piedras en un cruce de caminos ha sido porque mi madre siempre decía que traía buena suerte.

Amanda sudaba y el corazón le iba a mil. Lo que su padre decía era una locura. Brodrick no era el hombre que había esperado amar en su vida.

—No puedo permitir que lo mates —susurró.

—De ti depende que eso ocurra o no.

—Hemos hablado de firmar una renuncia en el caso de que nos sea imposible soportarnos.

Duncan asintió y, entendiendo los términos de aquello, declaró:

—Me parece bien, siempre y cuando lo intentéis antes de firmarla. Si no, no la aceptaré.

—Papááááá...

—Amanda..., no me calientes o te juro que saco la espada y comienzo a cortar cabezas. Y la primera, la de ese Fraser.

—Papááááá...

Duncan medio sonrió, pues sabía que en la vida haría algo así.

—Que sepas que no pienso compartir lecho con él —musitó entonces Amanda.

—Ese será vuestro problema. No el mío.

—Esto es una locura.

—Lo sé. Eso mismo pensé yo el día que me casé con tu madre, y eso que era ella la que protestaba como una fiera.

Amanda resopló. Desde lejos, todos los observaban. Lo que Brodrick le había dicho en lo referente a que no sería su mujer le gustaba, pero al tiempo la atizaba... ¿En serio podrían vivir sin matarse? Y, viendo el reto en los ojos oscuros de aquel, se agarró con fuerza a su padre y, tras tomar una decisión, declaró:

—No me veo como sor Amanda, por tanto, me caso.

Duncan asintió aliviado y, del brazo de su hija, caminó hasta donde los esperaba el grupo. Peyton, que también estaba allí, corrió entonces a abrazar a la joven.

—Qué bien que te quedas —murmuró—. Ossian se pondrá muy contento.

Rígida como un palo, Amanda asintió. En ese instante no podía compartir la alegría que la niña sentía. Y Megan, agarrando a la pequeña de la mano, indicó:

—Ven, cielo. Ponte conmigo aquí.

Una vez que todos se situaron dentro del círculo de flores y piedras, Joshua, el más mayor del castillo, señaló tras decir unas palabras:

—Brodrick, Amanda..., como manda la tradición, miraos a los ojos y juntad vuestras manos.

Oír eso molestó a la joven McRae. Lo último que quería era mirar a Brodrick. Pero, consciente de que debía hacerlo o la unión de manos no valdría, obedeció. Lo miró. Juntó sus manos con las de aquel formando el símbolo del infinito y, cuando Joshua colocó una cuerda alrededor de sus manos e hizo un nudo explicando que aquella unión duraría un año y un día, Amanda dijo con un hilo de voz:

—Madre mía..., madre mía...

Brodrick sonrió para sus adentros. Iba conociendo a la joven, y sabía que, cuando decía aquello, era porque estaba desconcertada.

—Y ahora, Brodrick Fraser —continuó Joshua—, has de decir unas bonitas palabras a la que va a ser tu mujer.

Él asintió en señal de conformidad. No se había preparado nada y, sin pensarlo, dijo:

—Te cuidaré mientras dure nuestra unión de manos e intentaré que no te aburras excesivamente conmigo.

Eso hizo sonreír a Amanda, mientras que el resto de los presentes se miraban sorprendidos. ¿Aquello eran unas bonitas palabras?

—¿Algo más? —preguntó Joshua acto seguido.

El guerrero negó con la cabeza y el hombre dijo entonces mirando a la muchacha:

—Y ahora, Amanda McRae, has de ser tú quien se las diga a él.

Ella resopló. Aquello era ridículo. Pero ¿qué estaban haciendo? Cuando se disponía a protestar se encontró con la mirada de Peyton. En su gesto había una sonrisa que hasta el momento no había visto. Estaba feliz. Encantada. Si se quedaba con ella durante un año, podría conseguir que la niña volviera a ser feliz.

—Peyton, ven aquí —musitó.

Colorada como un tomate, la niña, después de que Megan la empujara, lo hizo. Fue hasta Amanda y esta, ignorándolos a todos, incluido Brodrick, señaló:

—En tus ojos veo preguntas. ¿Quieres hacer alguna?

El guerrero sonrió conmovido. Le agradó que Amanda hubiera incluido en el enlace a Peyton. Y de pronto la cría,

envalentonándose, soltó:

—¿Vas a ser mi mamá y la de Ossian?

Oír eso a la joven le llegó al corazón. En ningún momento se lo había planteado. Ser madre era algo que tenía pensado para un futuro, no para el presente. Tras mirar a Brodrick y ver que este le guiñaba un ojo con complicidad, murmuró:

—De momento, soy Amanda.

Duncan cabeceó complacido. Le gustaba la complicidad que acababa de ver y oír. Y, tras intercambiar una mirada gustosa con su mujer, que lo entendió, sonrió. Su instinto no le iba a fallar.

Amanda y la niña se sonrieron, y luego la primera, tomando aire, miró a un emocionado Brodrick y declaró:

—Te cuidaré, te desesperaré, y seguramente querremos matarnos cuando no nos soportemos. Pero intentaré alegrar tu vida, la de Peyton y la de Ossian, a los que les vendrán muy bien sonrisas, diversión y vida mientras estemos en Roy Trust.

Ahora el que sonrió por aquello fue Brodrick, mientras todos de nuevo se miraban sorprendidos.

Joshua, boquiabierto por aquellos votos, dijo al cabo dirigiéndose al guerrero:

—Tienes que ponerle el anillo a tu mujer, Brodrick Fraser.

Él asintió. En el bolsillo de su pantalón llevaba el primer anillo que había encontrado entre sus cosas, pero, tras ver el gesto tan bonito que había tenido Amanda incluyendo a Peyton en el enlace, dijo:

—No tengo anillo.

Todos se miraron sobrecogidos, pero entonces él, clavando sus ojos en los de su hija Peyton, preguntó:

—¿Crees que deberíamos encargarnos un anillo especial para ella?

Sin dudarlo, la niña asintió, por lo que Brodrick, sonriendo por haber podido comunicarse con su hija, miró a Amanda e indicó:

—Peyton, Ossian y yo hemos decidido que encargaremos un anillo especial para ti. ¿Te parece bien?

Según dijo eso, Amanda asintió y sonrió. Su anillo no era algo indispensable.

Acto seguido, Joshua indicó emocionado:

—Podéis besaros.

—Ni hablar —soltó de repente Amanda.

Todos la miraron. ¿Cómo que no?

—No es necesario —terció Brodrick para apoyarla.

De nuevo, todos cuchichearon. Aquello iba a ser un auténtico desastre. Entonces Joshua, que miró a su mujer, Emilia, y vio que esta se tapaba los ojos con la mano, tomó aire y dijo:

—Sin anillo y sin beso, os declaro marido y mujer. Amigos, familia, os presento a Brodrick y Amanda Fraser, condes de Aviemore.

Capítulo 36

Esa noche, en el castillo de Roy Trust, no se celebró ningún festejo, puesto que los primeros que no querían celebrarlo eran los novios, que apenas se miraban.

Derek, Wallace y Nigel intentaban bromear, hacer que la velada fuera más amena. Pero las pocas ganas de participar de los novios, al final, hicieron que aquellos desistieran. Era lo mejor.

En silencio, el grupo cenó como una noche más alrededor de la mesa, hasta que Amanda, que necesitaba quitarse de en medio, tras ver que la niña había terminado con su cena, dijo mientras se levantaba:

—Voy a acostar a Peyton.

Todos la miraron. Estaba claro que felicidad no era algo que aquella sintiera. Y Brodrick, levantándose a su vez, declaró:

—Os acompañaré. Hemos de hablar con ella.

Entendiendo lo que tenían que hablar con la niña, Amanda asintió y, obviando la mirada de su padre, acompañada por la niña y el que era su marido, abandonó el salón.

En silencio, los tres subieron hasta la habitación de la pequeña, y, al entrar, Brodrick le pidió con gesto serio:

—Peyton, siéntate ahí.

Obedientemente, pero sin soltar la mano de Amanda, la niña hizo lo que le decía su padre, y luego este dijo mirándola:

—Como has podido comprobar, Amanda y yo nos hemos casado. A partir de ahora, ella será la persona que...

—¿Es mi mamá?

Oír eso a Brodrick le dolió. ¿Por qué a él no lo reclamaba como papá? Y Amanda, entendiéndolos a ambos, intervino:

—Escucha, cielo. De momento soy la persona que se ocupará de ti ahora que Flora se ha marchado.

Oír eso hizo que la pequeña abriera los ojos como platos.

—¿Flora ya no está? —preguntó.

Los dos adultos negaron con la cabeza y la niña, abrazándose a Amanda, murmuró:

—Gracias... Gracias...

Ver su alegría hizo que Amanda sonriera.

—Ha sido tu padre quien la ha echado, no yo —aclaró—. Deberías agradecersele a él.

La cría, separándose de Amanda, levantó un poco los ojos hacia su padre y murmuró:

—Gracias, señor.

Brodrick asintió. Nada le habría gustado más que recibir un abrazo como Amanda, pero, con paciencia, dijo:

—A partir de ahora, Peyton, cualquier cosa que te incomode, por favor, nos la tienes que decir a Amanda y a mí, ¿de acuerdo?

La niña asintió, y, sorprendiéndolos a los dos, miró a Amanda y señaló:

—Tu color preferido era el rojo, ¿verdad?

Sin saber por qué lo preguntaba, ella asintió, y la niña, mirando entonces directamente a su padre, indicó:

—El anillo de Amanda tiene que ser rojo.

Oír eso incomodó a la joven. Ella no esperaba ningún anillo. Pero Brodrick dijo:

—¿Un rubí?

Peyton, que no entendía de piedras preciosas, se encogió de hombros y preguntó curiosa:

—¿El rubí es rojo?

Brodrick asintió y, al ver una ligera sonrisa en el rostro de su hija, afirmó:

—Pues no se hable más. Será un rubí.

Acalorada al ver que hablaban de un anillo que debía ser para ella, Amanda iba a hablar cuando Brodrick indicó mirando a la pequeña:

—Dentro de unos días dormirás en la misma planta en la que dormimos Amanda y yo y, por consiguiente, también lo hará Ossian cuando regrese. Y todo lo que antes hacías con Flora ahora lo harás con Amanda.

La cría asintió y, sorprendiéndolos de nuevo, insistió:

—¿Puedo llamarte «mamá»?

Amanda tomó aire. Con el rabillo del ojo vio el dolor en el rostro de Brodrick. Si a él no lo llamaba «papá», ¿cómo la iba a llamar a ella «mamá»? Y, tomando la iniciativa, respondió:

—De momento es mejor que sigas llamándome Amanda. ¿Vale?

La niña asintió, aunque la sonrisa se le deslució un poco, y la joven se apresuró a añadir:

—Desayunarás, comerás y cenarás en el comedor principal con los demás, y puedes moverte por toda la casa con total tranquilidad. Este es tu hogar y, como tal, lo tienes que sentir. ¿De acuerdo, Peyton?

—De acuerdo, Amanda.

Acto seguido, los tres se sumieron en un silencio incómodo y cargado de preguntas, hasta que Brodrick dijo levantándose:

—Hasta mañana, Peyton. Que descanses.

—Hasta mañana, señor.

Amanda y él se miraron. ¿Por qué Brodrick no le daba un beso a Peyton? ¿Por qué no era más cariñoso con ella?

Entonces él, mirando a la joven, pidió:

—¿Puedes acompañarme un momento a la puerta, por favor?

Sin dudarle, ella se levantó y, una vez que se alejaron de la chiquilla, él dijo:

—Cuando termines aquí, ve a mi despacho. Tenemos que hablar.

—De acuerdo. —Y, antes de que aquel se diera la vuelta, lo detuvo y preguntó—: ¿Por qué no le das un beso de buenas noches a tu hija?

—Porque lo rechazaría. Y ya me cansé de sus rechazos —declaró Brodrick.

Amanda suspiró. Aquella no era la actitud.

—¿Cuándo hablarás con Peyton sobre eso que tú y yo sabemos? —preguntó de nuevo.

Brodrick miró a su hija. La conversación que tenía pendiente con ella no era fácil. Pero, consciente de que más pronto que tarde debería tenerla, contestó:

—Ya llegará el día. Creo que ya ha tenido demasiadas emociones por hoy.

Los recién casados se miraron en silencio, hasta que él salió de la habitación y desapareció.

Una vez que Amanda regresó junto a la niña intentando sonreír a pesar de la desazón que sentía por dentro, dijo:

—Vamos, has de quitarte ese vestido y acostarte.

Obedientemente y en silencio, la niña lo hizo.

—¿Por qué no sonríes? —quiso saber.

Que la niña se diera cuenta de que aquella noche la sonrisa era algo que faltaba en su rostro la hizo sentirse mal, y, sonriendo al fin, respondió:

—Estoy cansada. Ha sido un día lleno de emociones.

Pero la chiquilla no apartó los ojos de ella.

—¿Por qué estás triste? —insistió.

Amanda se sentó en la cama y empezó a decir:

—Escucha, Peyton. A veces los mayores tenemos que hacer cosas que no esperábamos hacer, y esas cosas te provocan cierta tristeza.

—¿Casarte con el señor te provoca tristeza?

Amanda resopló. Explicarle a la niña ciertas cosas no era fácil. Pero, no dispuesta a mentir, como nunca había hecho su madre, ni en las cosas más difíciles, dijo:

—Casarte es un paso que se da en la vida. Eso significa que ya no viviré en Eilean Donan con mis padres y mi gente, y eso me causa cierta tristeza.

Peyton asintió y, dentro de su inocencia como niña, aseguró:

—Flora era mala, pero Emilia, Nela, Joshua y todos los demás son buenos. Te tratarán bien.

Aquello hizo sonreír a Amanda.

—Por supuesto que son buenos, y seguro que me tratan fenomenal —afirmó—, pero eso no quita que vaya a echar de menos a mis padres, a mis amigos, a mis perros, a mi gente.

La carita de ángel con que aquella la miraba le hizo entender a Amanda que debía sonreír y dejarse de negatividad, por lo que indicó:

—Si te soy sincera, quedarme contigo es una de las cosas que más me apetecen.

—¿En serio?

—Totalmente en serio, porque sé que vamos a aprender muchas cosas juntas y lo pasaremos muy bien, y más aún cuando venga Ossian.

Emocionada, la niña asintió y luego inquirió:

—¿Por qué no quieres que te llame «mamá»?

De nuevo otra pregunta complicada.

—Porque antes debemos conocernos y querernos —dijo mirándola.

—Pero yo te quiero.

Oír eso aceleró el corazón a Amanda, que, abrazándola, aseguró:

—Yo a ti también, cariño. Pero es mejor esperar, ¿vale?

Peyton asintió sin abrir la boca, y entonces Amanda, para desviar el tema, dijo:

—¿Sabes montar a caballo?

—No.

—¡¿No?!

La niña negó con la cabeza.

—¿Y cómo es que no sabes montar a caballo?

—Porque la señora nunca quiso que me acercara a ellos.

Amanda asintió. Joshua le había dicho que a la condesa tampoco le gustaban los animales. Y, tomando aire, afirmó sonriendo:

—Pues que sepas, señorita Peyton, que, además de cuidarte, te voy a enseñar mil cosas y, entre ellas, a montar a caballo.

—¿A Ossian también?

—Por supuesto. Estoy como loca por conocerlo.

Ambas sonrieron por aquello y Peyton, levantándose, la abrazó y murmuró:

—Ossian y yo estamos muy contentos de tenerte, y seguro que el anillo rojo que el señor va a encargarte va a gustarte mucho, ¡ya lo verás!

Emocionada por aquellas demostraciones de cariño que la niña le prodigaba, Amanda cabeceó y la chiquilla, cogiendo entonces unas velas, indicó:

—Hay que encenderlas.

Amanda asintió y, al ver que había una vela más, preguntó:

—¿Por qué hoy hay cuatro?

Metiéndose en la cama, la niña contestó sin dudarle:

—La cuarta es por ti.

—¿Por mí?

—La luz de las velas me protege de la oscuridad. Estamos dos somos Ossian y yo. La grande, el señor. Y, ahora, estas eres tú.

—¿Y quién te enseñó esto?

—El señor. Él fue quien me lo enseñó.

Oír eso conmovió a la joven. Que Peyton le hubiera contado aquello, que en otro momento no quiso contarle, y que en la historia estuviera implicado su padre le gustó, y más cuando la oyó decir:

—Sé que en ocasiones el señor viene a verme cuando cree que estoy dormida. Apaga las velas de Ossian y la mía, pero la suya siempre la deja encendida. Yo creo que lo hace para que Ossian y yo durmamos mientras él permanece despierto por nosotros.

Conmovida por aquella historia, que nunca habría imaginado, Amanda tomó aire. A su manera, y sin manifestarlo, Peyton seguía anclada a la protección de su padre, y eso era buena señal.

Instantes después, cuando la joven encendió las cuatro velas y arropó a la pequeña, le dio un beso en la frente y murmuró con cariño:

—Descansa.

La niña asintió y, cuando aquella se disponía ya a salir por la puerta, oyó:

—Amanda.

Al volverse vio que Peyton se daba un beso en su manita y, tirándolo hacia ella, indicó:

—¡Cógelo!

Eso hizo sonreír abiertamente a Amanda. Con comicidad, cogió aquel beso que la niña le lanzaba y, llevandoselo al corazón, murmuró:

—Lo he cogido, ahora es mío.

Ambas rieron por aquello y, cuando Amanda salió de la habitación, tomó aire y se encaminó hacia el despacho del que ahora era su marido. Tenían que hablar.

Capítulo 37

Al llegar frente al despacho, Amanda se detuvo.

Brodrick le había pedido que llamara antes de entrar, pero, sin querer hacer caso de aquello, abrió la puerta e iba a saludar cuando vio que su padre estaba allí también.

Los dos la miraban con seriedad cuando entró.

—A ver, ¿qué se supone que he hecho ahora?

La pregunta le hizo gracia a Brodrick, y Duncan respondió:

—Cuando preguntas eso es porque algo has hecho.

—Papááááá...

El guerrero sonrió, y Brodrick, mirándola, indicó:

—Ya he hablado con tu padre al respecto de la renuncia.

La joven asintió y Duncan añadió:

—Renuncia que no aceptaré, ni mañana, ni la semana que viene, ni dentro de un mes. Antes de firmarla, tengo que ver que lo intentáis.

—Papá, por favorrrr...

El aludido suspiró y, clavando la mirada en aquella, sentenció:

—Si estamos en esta situación es por vuestros actos. ¿Os recuerdo lo que hacíais?

Amanda iba a protestar cuando Brodrick, agarrándola del brazo, dijo:

—Tranquilo, Duncan. Así será.

Los tres se quedaron en silencio y el aludido, acercándose entonces a su hija, declaró:

—Esto es para ti.

La joven cogió el sobre lacrado que le tendía.

—Pone Amanda McRae y es Amanda Fraser. Lo reconozco. No he caído al escribirlo. Ha sido un error mío

—aclaró Duncan.

Brodrick y Duncan se miraban cuando ella replicó:

—Qué error ni qué error, papá. Sigo siendo Amanda McRae y...

—Al menos durante un año y un día eres Amanda Fraser —matizó Duncan conmovido.

Consciente por primera vez de aquello, la joven miró a su padre y este afirmó:

—Mi vida, sigues siendo mi niña, pero ahora eres...

—... la mujer de otro —terminó Brodrick la frase por él.

De nuevo los dos hombres se miraron. Estaba claro que Brodrick lo escuchaba cuando hablaba. Y, sin decir más, se entendieron.

—Esta carta es para que la guardes y no la abras hasta dentro de un mes —indicó entonces Duncan con seriedad dirigiéndose a su hija.

—¿Un mes?

—Sí.

—Pero, papá...

—Amanda. Solo tienes que esperar un mes.

Ella puso los ojos en blanco y Duncan, mirando a su yerno, declaró:

—Te conozco desde niño, y sé que eres un hombre sensato y consecuente que posee un gran corazón, a la par que un guerrero valiente y luchador y un hombre de palabra. Ni caso a lo de «aburrido» o «tonto» que dice mi hija. —Ambos sonrieron y él prosiguió—: Como siempre hemos dicho, somos familia, aunque en algún momento he dicho que te mataría..., cosa que espero que no te haga odiarme.

—Por supuesto que no, Duncan. Eso nunca. Es más, entiendo tu postura.

El Halcón asintió. Aquel muchacho siempre le había gustado.

—Gracias, Brodrick. Y, dicho esto, espero que el hecho de que mi impetuosa hija sea ahora tu mujer no haga que cambies de opinión.

—Si eso ocurre, el único culpable serás tú, ¡que te quede claro! —afirmó la joven.

Duncan miró a su hija. Ese carácter suyo, el no callarse nunca, era algo complicado de gestionar. Pero Brodrick, sin saber por qué, sonrió y afirmó:

—Creo que sabré controlarla.

Aquella sincera sonrisa y las escuetas palabras por parte de aquel emocionaron a Duncan. Estaba claro que el joven quería conocer a Amanda.

—Prométeme que la cuidarás —susurró cogiendo la mano con firmeza del que ahora ya era su yerno.

—Duncan, por favor. ¿Acaso lo dudas? —gruñó el guerrero.

—¡Prométemelo! —insistió él.

—Te lo prometo —aseguró el otro con convicción.

Duncan, después, miró a su hija, a aquella niña que adoraba.

—Tú mejor no prometas nada —indicó.

—Papááááá...

Con el rabillo del ojo, él vio que Brodrick sonreía.

—Como te he dicho antes de la boda, no pienso compartir lecho con él —soltó Amanda a continuación.

—Como te he dicho antes de la boda —apostilló Duncan —, ese es vuestro problema, no el mío.

Brodrick puso los ojos en blanco. Amanda también. Y Duncan, acercándose a su hija, susurró:

—¿Me darás hoy un beso de buenas noches, aunque ya seas una mujer casada?

Sin dudarlo, Amanda se lo dio y él, con cariño, le acarició el rostro y dijo:

—Te quiero, mi vida. Eso nunca lo olvides.

Sin decir nada más, un Duncan emocionado se marchó del despacho. Una nueva etapa de su vida comenzaba, y ahora solo necesitaba ver a su mujer.

—¿Qué es eso de que sabrás controlarme? —preguntó Amanda dirigiéndose a Brodrick una vez que se quedaron a solas en el despacho.

Él tomó aire, la miró y, sin responder a su pregunta, indicó con retintín:

—Lady Herencia Salvaje, tenemos que hablar...

—Tremenda frasecita.

—¿Por qué dices eso?

Amanda suspiró.

—Porque siempre que mi padre dice algo parecido no es para nada bueno.

Brodrick asintió. Bueno o no, tenían una conversación pendiente.

—Llegados a este punto... —empezó.

—Has dicho que entre nosotros podríamos seguir siendo como somos, ¿verdad?

—Verdad —afirmó el guerrero.

Amanda suspiró de nuevo y murmuró:

—Menos mal. Porque nada me jorobaría más que tener que fingir algo tan ridículo como que nos queremos.

Brodrick asintió. Oír eso lo atizaba por dentro, pero repitió tomando aire:

—Como te decía, llegados a este punto, hemos de ser conscientes de que por un error ahora somos marido y mujer, y aunque nosotros no nos veamos así, y nuestros allegados lo saben, ha de quedar claro a ojos del resto de la gente.

Amanda asintió. Lo de «error» le dolía, pero, le gustara o no, aquel tenía razón.

—¿Podemos ser sinceros? —dijo.

—Podemos y debemos. Y, por si no te has dado cuenta, ¡odio las mentiras! Para mí son imperdonables.

La joven asintió y luego cogió aire.

—Lo siento —musitó—. Siento lo que ha ocurrido. Si no me hubiera empeñado en besarte como lo he hecho, mis padres no nos habrían pillado y ahora no estaríamos en esta ridícula situación. Y luego está Caroline. Sé que entre vosotros...

—Dos no se besan si uno no quiere —la cortó él.

Oír eso hizo que el vello de todo el cuerpo de Amanda se erizara.

—Nos hemos dejado llevar por un momento que nos ha cegado y ahora pagamos las consecuencias —continuó Brodrick—. Pero eso no volverá a ocurrir, porque ni tú eres para mí ni yo soy para ti. Solo te necesito para el cuidado de mis hijos hasta encontrar a la persona idónea. Y en cuanto a Caroline, deja de preocuparte por ello. Es solo una amiga.

Sin entender por qué, el corazón de Amanda se ralentizó al oír eso. Le resultó raro, incómodo, pero, intentando estar segura de lo que decía, afirmó:

—Los errores se pagan y aquí estamos, pagándolo.

Esta vez fue a Brodrick a quien le dolió la palabra *error*. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué no había utilizado otra palabra? Cuando fue a rebatirla, ella dijo:

—En cuanto al placer de los cuerpos, aunque mi padre piense que soy una libertina por lo que me ha pillado haciendo contigo, es un tema zanjado entre nosotros, ¿de acuerdo?

Aquella que Brodrick tenía ante él era una gran tentación y, encima, ¡era su mujer! ¿Cómo iba a poder controlar el deseo que le despertaba? ¿Cómo no iba a querer disfrutar con ella del placer de los cuerpos? Pero, consciente de lo que había dicho antes de la boda, convino:

—De acuerdo.

Acto seguido, se quedaron unos instantes en silencio, pensando en sus propias desilusiones, hasta que Brodrick dijo:

—Durante el tiempo que dure nuestro matrimonio estaremos en Roy Trust, y no quiero mentiras ni

habladurías. Con Scarlett soporté demasiadas. Era la amante de Errol, y me gustaría que tú no...

—No tengo la más mínima intención ni de mentirte ni de ser la amante de nadie —afirmó Amanda tajante.

Viendo cómo lo miraba, él asintió y ella continuó:

—Si algo tengo claro es que, cuando me entregue a un hombre, seré suya, como espero que él sea mío. Por lo que no me veo compartiéndome como hizo tu mujer en su momento.

De nuevo, la claridad de aquella quedaba patente.

—Por mi parte quiero decirte que, si durante este año deseas hablar con Caroline o cualquier otra y le explicas que ha de esperar a que se termine la unión de manos, no me molestaré —prosiguió ella.

—Lo mismo digo si aparece Ojitos Grises...

Amanda asintió. Sus palabras le dejaban claro que no estaba interesado en ella. Por lo tanto, quitándose el broche que le sujetaba el cabello, dijo sin percatarse de que aquel se acaloraba:

—Mi idea es cuidar a Peyton y a Ossian. El resto ahora es secundario.

Se miraban en silencio cuando ella, tragando el nudo de emociones que se arremolinaba en su garganta, dijo intentando sonreír:

—Me gustaría que el dormitorio de Peyton y Ossian fuera tu antigua habitación. Yo me instalaré en la que ocupan mis padres ahora. Y, bueno, ya que estamos, he pensado que el cuarto que fue de Scarlett podemos convertirlo en una habitación de juegos para los niños.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

Incómodo, Brodrick se movió y respondió:

—Porque dudo que guarden un buen recuerdo de esa habitación.

Amanda asintió. Lo que sabía no se lo había contado él, sino Emilia, pero, queriendo que el castillo de Roy Trust fuera un sitio seguro para los niños, insistió:

—Escucha, Brodrick, no sé realmente qué pasó con Scarlett, ni quiero saberlo. Pero los niños, e incluso tú, necesitáis cerrar una etapa para empezar otra. Como siempre digo, el comienzo de algo es el final de lo anterior. Y, mientras sigan existiendo puertas cerradas en un lugar, seguirán existiendo miedos. Por tanto, quiero pedirte permiso para abrir esa habitación, limpiarla y convertirla en un sitio bonito y lleno de paz para ellos.

Brodrick tomó aire. Ella no era la única que le había dicho eso de cerrar una etapa para abrir otra. Durante meses se había negado. Aquella maldita habitación estaba dentro de su hogar, un hogar que quería que fuera bueno y seguro para sus hijos. Pero, negando con la cabeza, dijo:

—He dicho que no, Amanda.

—Pero, Brodrick...

—Amanda, cuando digo no es no —sentenció él con seriedad.

Se miraron en silencio. Estaba claro que no estaban de acuerdo en aquello, pero la joven, sin ganas de discutir, murmuró:

—Está bien.

Durante un buen rato hablaron sobre cómo llevar aquella convivencia de la mejor manera posible. Había cosas en las

que estaban de acuerdo, otras en las que no, pero finalmente, y por el bien de todos, consiguieron llegar a un consenso. Una vez más, hablar y comunicarse entre ellos se les daba bien.

—Entonces ¿ha quedado todo claro? —preguntó Amanda al cabo.

Brodrick asintió, aunque sabía que aún había infinidad de temas que tratar.

—De momento, sí —respondió—. Y lo de las mentiras grábatelo a fuego.

—¿Tanto te mintió Scarlett?

—Más de lo que puedas imaginar.

Ella cabeceó, y Brodrick, acercándose a un mueble, cogió una botella y dos vasos y, tras servir un poco de whisky en cada uno, dijo entregándole uno a Amanda:

—Bebe conmigo.

Sin dudarlo, la joven cogió el vaso y él, levantando el suyo, declaró:

—Por ti, lady Herencia Salvaje, y porque sepamos llevar de la mejor manera nuestro error.

Amanda acercó su vaso al de él y lo hizo chocar. ¡Era la condesa de Aviemore! ¡Qué locura! Y, tras dar un trago que la hizo jadear, susurró:

—Por san Ninian, ¡qué horror! Acabo de abrasarme la garganta.

Brodrick sonrió y, mirándola divertido, cuchicheó:

—Lo hace Joshua. Que no te oiga decir eso, pues está muy orgulloso de su whisky.

La joven asintió. Lo tendría en cuenta. Al dejar el vaso sobre la mesa, iba a hablar cuando Brodrick señaló:

—Es tarde, creo que deberíamos ir a descansar.

—Yo también lo creo —convino ella.

En silencio y sin rozarse, los dos caminaron por el castillo. La confusión que había en sus cabezas era tal que sus pies los llevaron hasta sus respectivas habitaciones. Al llegar Amanda a la suya, se detuvo y dijo:

—Buenas noches.

Brodrick se paró y preguntó:

—¿Estás bien?

Con una triste sonrisa, ella se encogió de hombros. Y, conteniendo las ganas que sentía de lanzarse a aquella boca tan apetitosa, dijo sin mirarlo:

—Sí. Aunque nunca imaginé que mi noche de bodas sería así.

El guerrero suspiró. Lo cierto era que él tampoco.

—Me veía bella y guapa, y no con las pintas que llevo —añadió la joven—. Pero, claro, esto es lo que es. ¿Qué voy a esperar? Y para más inri..., me aguarda un odioso colchón.

Acalorado por sus palabras, cuando él la veía preciosa, el guerrero murmuró:

—He ordenado que compren uno nuevo.

—Excelente decisión.

—Si quieres dormir en mi cuarto...

—No, gracias.

—No tienes por qué dormir conmigo —insistió él—. Yo bajaré a mi despacho y...

—He dicho que no.

Esta vez sí se miraron, y, al sentir Amanda que el cuerpo la abrasaba por dentro, abrió la puerta de su dormitorio y dijo antes de cerrar:

—Buenas noches, Brodrick.

—Buenas noches, Amanda.

Y, sin más, el guerrero prosiguió hasta su habitación, donde, después de cerrar la puerta, se apoyó en ella y pensó cómo iba a soportarlo. ¿Cómo iba a soportar no volver a besar a la que ahora era su mujer?

Capítulo 38

Al día siguiente el ambiente en el castillo de Roy Trust era extraño.

Lo sucedido el día anterior con Flora y la posterior boda había dado mucho que hablar a todo el mundo.

Cuando despertó, Amanda se quedó mirando al techo. Era su primera mañana como mujer casada y, tocándose dolorida las lumbares, se sentó. Estaba desperezándose cuando la puerta se abrió y entró Johanna.

—¿Qué haces en el suelo? —inquirió.

Amanda se levantó rápidamente y respondió mientras se sentaba en la cama:

—Es más cómodo que este colchón cutre.

Sorprendida, Johanna se sentó a su lado y, tras darle un beso de buenos días, murmuró:

—¡Eres la condesa de Aviemore!

—¡Qué ilusión! —se mofó Amanda horrorizada, que añadió—: También soy lady Herencia Salvaje.

—¿Qué?!

—Así me llama ese tonto. Y, mira, casi que me gusta más que lo de «condesa». Va más conmigo.

Johanna asintió, aunque cada vez entendía menos.

—Emilia me ha pedido que te diga que Peyton ha desayunado y ha ido al pueblo con Nela y Joshua a comprar

unas cosas —comentó acto seguido.

Ella asintió. Que la niña saliera del castillo y abriera su mente estaba bien.

De pronto Amanda, mirando a su hermana, soltó:

—La culpa fue mía. Lo besé. Lo provoqué. Papá nos pilló, y el resto ya lo sabes.

—¿Y por qué hiciste eso?

—No lo sé.

—Lo sabes, ¡claro que lo sabes! —aseguró Johanna.

Las dos hermanas se miraron. Siempre les había resultado imposible ocultarse secretos. Y finalmente Amanda declaró:

—Vale, reconozco que me atrae... Y en ocasiones siento una loca necesidad de besarlo, tocarlo y mimarlo.

—No tiene los ojitos grises...

—Lo sé. Pero tiene una boca tentadora, unos labios suaves, unos ojos increíbles y un cuerpo que, ¡por san Fergus!, ¡me hace perder la razón! Y ya no te digo cómo me tocó...

—¡Amanda!

—Creo que Ojitos Grises solo existirá en mis sueños.

—¿Sientes algo por Ojitos Negros?

Amanda tomó aire. De un día para otro aquel guerrero, sin tener los ojos grises, se había instalado en su corazón de una manera que no sabía cómo explicar. Admitirlo más contundentemente ante Johanna sabía que la haría parecer débil, y más cuando Brodrick les había dejado claro a todos que no quería nada de ella. Así pues, respondió negando con la cabeza:

—Siento cariño, ¡es de la familia! Y no voy a negar que también siento atracción.

Su hermana asintió.

—¿Te preocupa esa mujer llamada Caroline? —quiso saber entonces.

Amanda, sin querer mostrar sus miedos, volvió a negar con la cabeza.

—La verdad es que no. Pero sí me incomoda que le preocupe a él, aunque dice que no.

—Sabes que estaré ahí siempre que me necesites, ¿verdad?

—Claro que sí, tata, ¡lo sé!

Se abrazaron con cariño y, al separarse, Johanna cuchicheó:

—He estado pensando toda la noche cómo solucionar esto..., cómo sacarte de este ridículo problema y alejarte de aquí.

—¿Ah, sí?

Johanna asintió y luego dijo bajando la voz:

—¿Recuerdas a mis amigos Alison y Harald?

Amanda asintió y su hermana continuó:

—El padre de Alison tiene navíos y...

—Pero ¿no es el pirata?

—Sí. Pero he pensado que, si hablo con ella, seguro que su padre puede esconderte durante este año en alguno de sus navíos que viajan por el mundo y...

—Pero ¿te has vuelto loca, tata?

Johanna asintió. No quería que su hermana fuera infeliz.

—¿Y permanecer un año a saber Dios dónde rodeada de piratas? —insistió Amanda—. ¿Y papá y mamá? ¿Cómo

crees que se lo tomarían? Y luego están Brodrick y Peyton. Ellos no se merecen que yo les haga eso. No, tata. Definitivamente, no. Si he de estar un año aquí haciendo creer a todo el mundo que soy su mujer, lo estaré. No hay más que hablar.

Johanna cabeceó.

—Era una opción —dijo—. Pero si tú prefieres...

—No me dan miedo ni Brodrick ni el año que he de pasar con él.

Johanna, que abrazó a su hermana, sonrió y cuchicheó:

—Vale. Solo quería que supieras que estoy contigo hagas lo que hagas.

Minutos después, una vez que esta se marchó, Amanda se aseó y se vistió. Estaba hecha un lío, y corrió hacia las caballerizas. Allí estaba *Bonnie*. La perrilla seguía débil, muy débil. Una parte de ella deseaba enseñársela a Peyton, pero, viéndola en aquel estado, dudaba que fuera lo mejor. Con mimo, le dio un beso y murmuró:

—Ahora iré a desayunar o te comeré a ti.

Intentando pensar en positivo en cuanto a la cachorra, entró en el salón. Allí estaban Brodrick y sus padres, y cuando fue a sentarse a la mesa, Duncan exigió:

—¿Y mi beso matutino?

Oír eso hizo sonreír a Amanda, que se acercó a ellos y, tras darles su cariñoso beso matutino a ambos, dijo:

—¡Buenos días, Halcones!

Ellos sonrieron complacidos y, al ver que su marido la miraba, acto seguido la joven indicó:

—Buenos días, Brodrick.

—Buenos días —saludó él.

En silencio, Amanda se sentó entonces a la mesa y, cogiendo la leche y después un bollo, comenzó a desayunar sumida en sus pensamientos.

—Esta tarde es la fiesta de Olivia Lannister, ¿verdad? —comentó Duncan al cabo de un rato.

—Sí, es hoy —afirmó Brodrick al tiempo que asentía con la cabeza.

Durante un rato los cuatro hablaron sobre aquella fiesta, hasta que Duncan y Megan, excusándose, se levantaron para marcharse. Querían ir al pueblo a comprarle algo a Olivia. Y, al salir del salón, Megan cuchicheó antes de cerrar la puerta:

—No sé qué pensar.

—¿Qué ocurre?

Ella señaló a Brodrick y Amanda, que desayunaban tranquilamente en silencio.

—Por san Ninian, ¡son recién casados y míralos! —musitó cerrando la puerta.

Duncan, que entendió a su mujer, asintió y repuso bajando la voz:

—Dales tiempo, mujer.

—¡Tiempo, tiempo...! Te juro, Duncan McRae, que como a mi hija esto le parta el corazón, ¡te mato!

Él sonrió al oír eso y, tras dar un beso a su mujer en la frente, murmuró:

—¿Por qué será que te llaman «la Impaciente»?

* * *

En el salón principal, Brodrick y Amanda continuaban desayunando en silencio, hasta que el guerrero, sin poder callar un segundo más, preguntó:

—¿Cómo has pasado la noche?

Según ella lo miró e hizo un gesto señalándose la espalda, él susurró:

—Te dije que durmieras en mi cama.

—Hacerlo habría dado que pensar a mis padres.

—Somos marido y mujer..., ¿qué van a pensar?

En cuanto lo hubo dicho y vio la mirada de ella, el guerrero afirmó:

—Absurdo comentario el mío, lo sé. Disculpa.

Acto seguido guardaron silencio. Se sentían extraños. Luego Brodrick, intentando sacar tema de conversación, preguntó:

—¿Beso matutino?

Amanda asintió.

—En mi familia siempre nos besamos al levantarnos por la mañana y al acostarnos por la noche.

—¿Y por qué hacéis eso?

—Por cariño, amor, cercanía. ¿Tu madre nunca os besaba a ti y a tu hermano al despertar o antes de dormir?

—No. Pero sí recuerdo que lo hacía otras veces.

—Los besos y los abrazos son de las mejores cosas de la vida. Por tanto, deberías cambiar eso y no ser tan frío con Peyton.

El guerrero la miró. Además de aburrido y soso, ¿ahora era frío?

—Vale. Está muy bien que recuerdes cosas como que le gusta el bizcocho de limón y digas delante de tus visitas

que es una niña hermosa y guapa —añadió ella—. Pero un besito o un cariñito de vez en cuando no vienen mal. Aunque, bueno, he de reconocer que el hecho de que ayer, en el enlace, la tuvieras en cuenta para el tema del anillo fue bonito.

El highlander, intentando entenderla, asintió; en ese momento Derek entró en el salón y, acercándose a su amigo, musitó tras sonreírle a Amanda:

—Brodrick, Warren Pelms nos espera.

El aludido afirmó con la cabeza, y a continuación la puerta del salón se abrió de nuevo y Johanna entró como una bala. Rápidamente las dos hermanas se pusieron a hablar y él, junto con Derek, se marchó.

Capítulo 39

Tras un día en el que Amanda estuvo guardando cosas de Peyton y Ossian para cuando hicieran la mudanza y pasó un rato en los establos con *Bonnie*, que seguía muy delicada de salud, llegó el momento de arreglarse para ir a la fiesta de Olivia Lannister.

Una vez que se vistió con la ayuda de Peyton, quien, tras regresar del pueblo, no se había separado de ella, Amanda vistió a la niña. Con mimo, le peinó el cabello, la ayudó a ponerse aquel vestido blanco que tanto le gustaba, y cuando vio que la pequeña sonreía, le colocó sobre la cabeza la diadema de flores secas que sabía que le encantaba.

Peyton estaba feliz. Se la veía sonreír. Y, tras el aviso de Emilia de que debían bajar al salón, pues todos las esperaban para asistir a la fiesta, la niña miró a Amanda y murmuró:

—¿Seguro que el señor quiere que vaya?

—Seguro —confirmó ella.

La cría se miró entonces en el espejo y tomó aire, y Amanda indicó:

—Entre tú y yo, a Brodrick le gustaría que lo llamas «papá»...

Rápidamente ella negó con la cabeza, pero la joven insistió:

—Es tu papá. Y creo que sería un bonito gesto por tu parte que lo llamaras así, y más sabiendo que, cuando se enteró de que Flora había hecho mal las cosas, salió en tu defensa y la echó.

Saber aquello le agradó a Peyton; no tener a Flora cerca era algo bueno para ella y para su hermano. Pero la inseguridad que sentía por todo no la dejaba disfrutar del momento como debería.

—¿Crees que el señor me echará a mí también? —preguntó.

—¿Por qué iba a echarte a ti?

Como siempre, la cría no respondió, y Amanda, mirándola y sin entender por qué Peyton preguntaba esas cosas, replicó:

—Quítate esa tonta idea de la cabeza. Tu papá te quiere, ¿te queda claro?

La niña asintió con lentitud.

—Y sé que tú lo quieres también —continuó Amanda—. Y lo sé porque cada noche enciendes varias velas y la más grande y la que más te protege es la de él.

Como siempre, la niña la miró muda y, para hacerla sonreír, Amanda dijo poniendo su anillo frente a ella:

—Y ahora, bajemos para ir de fiesta.

Al ver eso la chiquilla, sin dudarlo, chocó su anillo con el de aquella y sonrió.

De la mano, Amanda y Peyton bajaron la escalera formando un buen alboroto y, cuando aparecieron ante todos, Duncan fue el primero en decir:

—Pero ¿quiénes son estas dos bellezas?

Rápidamente Peyton se puso roja como un tomate, y, mientras se ocultaba tras las faldas de Amanda, esta dijo:

—Somos las reinas del lugar.

Eso provocó una carcajada general, y Johanna, acercándose a su hermana, cuchicheó:

—Reina del lugar o, mejor dicho, lady Nosequerencia, ese vestido te queda espectacular.

—Gracias, tata.

—Creo que los hábitos los habrías lucido menos, sor Amanda —se mofó Alan.

—¡Cállate, Bicho! —replicó la aludida con una carcajada.

Desde donde estaba, Brodrick observaba a las recién llegadas. Su hija, con aquel vestido y peinada con la diadema de flores, parecía un ángel, y Amanda, con el vestido celeste, parecía una diosa. Aquel atuendo resaltaba todavía más sus preciosos atributos de mujer, y eso agradó al guerrero.

—Estás muy bella —comentó tras acercarse a ella.

Oír eso le gustó a Amanda, que, sonriendo, afirmó:

—Tú también estás muy guapo.

Durante unos segundos el mundo se detuvo para ellos. De nuevo solo estaban los dos, y Brodrick, confundido, de repente dio media vuelta y se alejó.

Estaba pensando en aquello cuando Duncan se le aproximó.

—Sé que has prometido que cuidarás de mi hija —señaló.

—Así es, Duncan.

—Has de saber que, en las fiestas, por su carácter alegre y arrebatador, Amanda suele atraer a muchos moscones. Y,

aunque es lista y sabe manejarse con ellos, nunca está de más andar cerca de ella y dejarles claritas las cosas a los moscones.

Brodrick asintió y tomó en cuenta la advertencia.

—Es mi mujer. Estaré atento —repuso seguro.

Duncan cabeceó y, tras tomar aire, afirmó:

—Estaremos atentos los dos.

Amanda, que intentaba no mirar a Brodrick, pues la acaloraba ver lo guapo que estaba así vestido, de pronto se percató de que Nela cruzaba el pasillo. Eso llamó su atención y, caminando hacia ella, preguntó:

—¿Adónde vas tan guapa?

Emocionada, la joven indicó:

—El señor conde me ha pedido que os acompañe a la fiesta. Así estaré pendiente de Peyton.

Oír eso le gustó a Amanda. Y, viendo que las marcas del golpe en el ojo de aquella ya casi habían desaparecido, cuchicheó:

—Pues que sepas, Nela, que ese vestido que te has puesto te sienta de maravilla.

—¡Gracias, *milady*!

Una vez que Amanda regresó al salón y todos estuvieron preparados para partir, Brodrick se acercó a su hija, se agachó y, sonriéndole, dijo:

—Peyton, estás muy bonita con ese vestido.

La niña, al oírlo, volvió a esconderse entonces tras la falda de Amanda.

—Peyton, tu padre acaba de hacerte un halago —observó esta—. Creo que como mínimo deberías agradecersele, ¿no te parece?

—Gracias, señor —se apresuró a decir entonces la chiquilla.

Brodrick extendió la mano dispuesto a tocar el rostro de aquella, pero le fue imposible, pues la niña se retiró. Así pues, se incorporó y, con gesto serio porque aquella hubiera rechazado su muestra de cariño, ordenó:

—Vayamos todos a los caballos y partamos a la fiesta.

Megan, al ver aquello, miró a Amanda. Estaba claro que la niña, por lo que fuera, no se fiaba ni de su padre. Y cuando Brodrick pasó por su lado, la mujer, enganchándose de su brazo, murmuró siendo consciente del modo en que aquel había mirado a su hija:

—Todo lleva su tiempo. No desesperes.

El guerrero asintió al oírla y finalmente sonrió.

Capítulo 40

Al llegar a la fiesta, cuando se disponían a entrar en el salón principal, Peyton se encontró con Stephanie, una niña con la que había jugado algunas veces hasta que Scarlett se lo prohibió, pues odiaba que la cría se convirtiera en una escocesa de las Highlands.

Peyton se alegró mucho de ver a aquella simpática niña, y más cuando Amanda, a diferencia de la que fue su madre, la animó a ir a jugar con ella, cosa que la chiquilla aceptó.

Amanda, viendo como Brodrick ordenaba con la mirada a dos de sus hombres que la tuvieran controlada, se acercó a él y murmuró mientras sus padres y su hermana entraban en el salón principal:

—Tranquilo, estará bien. Nela la acompaña.

El guerrero asintió al oírla, pero añadió:

—Murdoch y George estarán pendientes de ella.

Oír eso hizo que la joven susurrara:

—Acabas de recordarme a mi padre.

—Eso es bueno, ¿no?

—Depende...

Con complicidad, ambos se miraban cuando ella, observando a los dos highlanders que iban tras Nela y Peyton, preguntó:

—¿Quién es Murdoch de los dos?

—El de la derecha.

Amanda lo siguió con la mirada. Aquel tipo era alto, y por cómo andaba, se notaba que también era rudo.

—¿A qué se debe tu pregunta? —oyó que decía entonces Brodrick.

—A nada. Simple curiosidad.

Él asintió y Amanda, para que dejara de mirarla de aquel modo, añadió:

—Estamos en una fiesta. No te preocupes. Aquí Peyton está más que protegida.

El guerrero cabeceó y, volviendo a mirar a su hija, que correteaba más allá, agregó al ver a gente de otros clanes:

—Con la mirada de mis hombres encima, lo estará más.

Amanda puso los ojos en blanco.

—No has respondido a mi pregunta —insistió él—. ¿Parecerse a tu padre es bueno o malo?

—No pienso contestarrrrr... —canturreó entonces ella.

Ambos se miraron con complicidad y Amanda, viendo como la gente observaba a su familia y también a ella, musitó:

—Está claro que saben que los McRae estamos aquí. Espero que nadie se pase de la raya y tenga que...

—Tú no tienes que hacer nada —la cortó Brodrick, que era consciente de lo que ella decía—. Nadie osará comentar nada de vosotros o se las verá conmigo. ¿Entendido?

Ella sonrió y el guerrero, con gesto serio, señaló:

—Amanda, ¿me has oído?

—Alto y clarooooo...

Durante unos instantes se miraron a los ojos y luego él soltó:

—¿Pretendes responder canturreando cada vez que quieras desesperarme?

—Posiblementeeeeee...

Brodrick apretó la mandíbula con fuerza, y ella, viendo aquello, preguntó evitando canturrear:

—¿Quiénes son los hombres de la derecha?

—McPherson.

—¿Y los de la izquierda?

—Callaghan.

—¿Y no tienes tratos con ellos?

—Yo no. Pero me consta que mi padre los tenía.

Amanda asintió. Y, consciente de cómo se hacían las cosas en las Highlands, dijo entonces tirando de él:

—Vamos, hemos de saludarlos.

Minutos después, una vez que saludaron a los hombres de aquellos clanes y a otros más que se habían acercado a la fiesta de Olivia, cuando se alejaron de nuevo, Brodrick preguntó con gesto adusto:

—¿Contenta?

Oír eso molestó a la joven.

—El que debería estar contento eres tú —siseó—. El buen entendimiento entre clanes y que te respeten a ti significa que respetarán a tu gente, ¿o acaso eres tan tonto que no lo sabes?

El guerrero resopló. Si aquella comenzaba a insultarlo, la tarde iba a ser incómoda. En ese instante Derek se aproximó a ellos y murmuró:

—Acabo de ver a Olivia con sus abuelos y, ¡maldita sea!, me está matando no poder acercarme a mi mujer para estar con ella. ¡Está preciosa!

Amanda, al oír eso, asintió e indicó:

—Tranquilo. Hoy todo el mundo sabrá que sois marido y mujer.

—No veo el momento —susurró él.

—Y que lo somos nosotros también lo sabrán —apostilló Brodrick.

Oír eso hizo que Derek y Amanda se miraran, y esta última se mofó.

—Uisss, qué despiste..., ¡no haberme acordado de ese tonto detalle!

Brodrick, al oírla, la miró con gesto ceñudo. ¿Cómo no se iba a acordar? Y ella, viendo su expresión, musitó:

—Un poquito de sentido del humor, por favorrrrr...

Derek miró a su amigo divertido y, acto seguido, Amanda cuchicheó:

—Seguro que aquí habrá mujeres finas y delicadas como tu amiga la «querida».

—Sin duda alguna —repuso Brodrick—. Es más, ya veo unas cuantas.

Oír eso a Amanda no le agradó, pero indicó:

—Pues ya sabes, *querido*, habla con ellas y valóralas como a Caroline.

Derek dejó de sonreír al oír eso. Pero ¿de qué hablaban aquellos dos?

—Te haré caso, lady Herencia Salvaje —replicó entonces Brodrick.

Derek miró a su amigo con curiosidad. ¿Qué acababa de decir?

—Harás bien —soltó Amanda, y añadió sonriendo—: Y, por cierto, si me llamas así pensando que vas a

molestarme, ya te dije que ni lo más mínimo. Es más, me gusta.

—Eso ya lo sé. —Él sonrió.

—En cambio, si yo te llamo «tonto» te molesta, ¿a que sí?

El gesto de Brodrick cambió y Derek, viendo aquello, murmuró:

—¿Pensáis mataros durante la fiesta?

—¿Te imaginas? —se mofó Amanda.

Brodrick resopló al oírla.

—Espero que ser tu mujer no me amargue la fiesta —soltó ella.

—¿Por qué te la iba a amargar?

—En Eilean Donan, en la fiesta de mis padres, me dijiste que no te gustaba bailar ni divertirte, ¡y a mí me encanta!

Brodrick cabeceó. Recordaba el momento que ella mencionaba.

—Espero que, cuando regresemos al castillo, te duelan los pies de tanto bailar —afirmó mirándola.

—¿Contigo? —replicó ella, y, al ver su gesto, añadió con acidez—: Uisss, perdón, ¡que no te gusta divertirte ni bailarrrrr...!

Brodrick miró a su amigo con gesto serio. La actitud desafiante de la joven lo estaba molestando.

—¿Te importa que baile con otros? —preguntó ella entonces.

—No, Amanda. Puedes bailar con quien quieras, siempre que recuerdes lo que hablamos —apostilló intentando aparentar normalidad ante la mirada curiosa de Derek.

Oír eso le gustó a Amanda y, suavizando el tono, añadió:

—Si no sabes bailar, y me lo permites, yo te enseñaré cuando regresemos a tu hogar.

—*Nuestro* hogar —matizó Brodrick, sorprendiéndose él mismo por lo que acababa de decir.

Asombrada, ella lo miró, y el guerrero, para desviar el tema, preguntó:

—¿Tú me enseñarás a bailar?

Amanda asintió y, tras guiñarle un ojo a Derek, que los miraba boquiabierto, aseguró:

—Soy una excelente profesora. Ya lo verás.

—Conde Fraser, ¿es cierto que os casasteis ayer con una McRae? —preguntó en ese momento una mujer adulta que se había acercado a ellos.

Brodrick y Amanda se miraron, y el guerrero declaró agarrando a su esposa por la cintura:

—Así es, lady Constanza. Os presento a mi mujer, lady Amanda, condesa de Aviemore, antes Amanda McRae. —Y, mirando a la joven, añadió—: Querida, te presento a lady Constanza Callaghan.

La mujer asintió con gesto sorprendido y Amanda, viendo como la miraba, soltó:

—Tranquila..., la espada con la que despedazo a mis víctimas la he dejado en el castillo.

Oír eso le hizo gracia a Brodrick, pero la mujer, tomando aire, la saludó algo asustada:

—Con-condesa de Aviemore..., es un placer conoceros.

Sobrecogida porque la llamara así, y por sentir la mano de Brodrick rodeándole la cintura, Amanda, dispuesta a caerle bien a aquella gente, dijo con la mejor de sus sonrisas:

—Lady Constanza, el placer es mío. Que sepáis que tenéis unos ojos azules preciosos y un cabello increíble. Y, por favor, con que me llaméis «lady Amanda» es suficiente. Somos vecinas y aliadas.

—¡Oh! ¡Qué encanto! —exclamó la mujer maravillada, y cuando se alejó de ellos Derek dijo:

—Muy bien, Amanda.

Ella sonrió y, mirando entonces a aquellos dos, declaró:

—Puedo ser una salvaje cuando toca y un encanto cuando es necesario, ¡que os quede bien clarito a ambos!

Con gusto, Brodrick asintió. Estaba claro que Amanda era una mujer inteligente. Le retiró un mechón oscuro de su cabello de la frente y comentó:

—Si quieres que todo el mundo se entere de algo, solo tienes que contárselo a lady Constanza. Pero, muy bien, Amanda, te la acabas de ganar con tus halagos.

Sin saber por qué, de pronto Amanda y Brodrick chocaron las manos con complicidad y los tres comenzaron a reír.

Instantes después, todo el mundo empezó a acercarse a ellos. Como había dicho Brodrick, la noticia voló por la fiesta y todos querían felicitarlos y, sobre todo, comprobar si la nueva condesa era tan rara y poco amigable como la anterior. Algo que rápidamente descartaron.

Capítulo 41

Desde la distancia, al otro lado del salón, Duncan observaba la situación con una sonrisa.

—Es bonito verlos a todos tan contentos —cuchicheó Megan.

—Lo es —afirmó él.

—Al final puede que incluso tengas razón.

—Siempre la tengo —aseguró el guerrero.

—Tampoco te pases —repuso Megan haciéndolo reír.

—Mañana mismo regresamos a Eilean Donan —anunció Duncan a continuación.

—¿Mañana?

—Sí.

—¿Por qué?

—Primero, porque la insufrible madre de Brodrick llegará pronto. Y, segundo, porque no quiero que me pase como con Johanna —indicó él—. Sé que soy muy intenso tratándose de mis hijas y no tengo intención de causarles problemas con mis quejas y mis exigencias.

—Y tus celos —apostilló Megan.

El guerrero, al oírla, la miró con gesto serio y ella, abrazándolo, susurró:

—Cariño..., no me mires así. Sabes que tengo razón. Asúmelo.

Duncan resopló. Oír eso en cierto modo le molestaba, pero, consciente de que sus celos habían estado a punto de arruinar la relación de Johanna con Alan, finalmente afirmó:

—Vale. Lo reconozco.

Pasado un primer instante de revuelo, durante el cual todas las mujeres querían conocer a la nueva condesa de Aviemore, cuando Brodrick consiguió alejar a Amanda para ir a tomar un refrigerio, se les aproximó un hombre.

—Brodrick, ¿qué tal si me presentas a tu mujer?

El aludido suspiró. Y, entendiendo que la cosa tenía que ser así, respondió:

—Devon, te presento a mi mujer, la condesa Amanda Fraser. Amanda, él es el laird Devon McLeod.

Amanda y el hombre se miraron, y él, tras cogerle la mano, se la llevó a los labios y murmuró:

—Un placer conoceros, condesa.

—El placer es mío —declaró ella con una sonrisa.

Como bien había predicho Duncan, infinidad de hombres de distintos clanes comenzaron a acercarse a ellos. Todos querían conocer a la nueva condesa, que era una McRae, nada menos, y Brodrick, sin perder la compostura, aguantó hasta que su hartazgo llegó a tal punto que, tras mirar a Duncan, que no les quitaba ojo, agarró a Amanda del brazo y dijo a los hombres que estaban frente a ellos:

—Si nos disculpáis..., mi suegro nos reclama.

—¿Te importa si luego la invitamos a bailar? —preguntó Dylan McNab.

Con seguridad, Brodrick miró a aquellos, que esperaban contestación, y, después, mirando a Amanda, que lo

observaba, respondió sabiendo lo que decía y por qué:

—Sois amigos y vecinos. Y tanto ella como vosotros tenéis mi total confianza para bailar y disfrutar de la noche.

Una vez que se alejaron, la joven murmuró sonriendo:

—Muy biennnnnnn, gruñoncito. Eso es estrechar lazos entre clanes.

—Para que veas que tan tonto no soy —replicó él.

Amanda sonrió. Le gustaba saberlo.

—¿Nos ha llamado mi padre? —le preguntó a continuación.

Brodrick no contestó y ella, entendiendo que no era así, afirmó:

—Vuelves a comportarte como él.

Nada más llegar junto a Duncan y familia, una nueva tanda de hombres se les acercó. Estaba claro que su sonriente mujer, lo quisiera Brodrick o no, era una de las atracciones de la fiesta.

Al cabo de un rato, Olivia, la homenajead, se aproximó a ellos y dijo cogiendo a Amanda del brazo:

—Os la robo durante un ratito.

Acto seguido tiró de ella y, en cuanto la alejó de todos aquellos, Amanda comentó:

—Pero qué cantidad de hombres guapos hay por estas tierras.

Ambas rieron por aquello; en ese momento Derek se cruzó con ellas y, con disimulo, preguntó parándose:

—¿Cuándo van a anunciar lo nuestro tus abuelos?

Olivia, viendo que nadie podía oírlos, respondió:

—Durante el brindis, cariño.

Derek asintió. Ver a la que era su mujer hablar y bailar con todos menos con él lo estaba sacando de sus casillas.

—De acuerdo —murmuró.

Dicho esto, se alejó y Amanda, riendo, canturreó:

—Alguien está celositoooo...

Divertidas, las dos muchachas rieron a carcajadas. Al cabo, se dirigieron hacia un lugar apartado junto a una ventana, y Olivia iba a hablar cuando Amanda, adelantándose, dijo:

—Gracias por lo de Calum Buchanan.

Olivia, sabiendo que hablaban del herrero, afirmó:

—Por diez tontos Lannister no vamos a quedar todos de ladrones, y menos con un hombre tan maravilloso como lo es Calum. Sin necesidad de saber quiénes eran los abusadores, una vez que mi abuelo y yo corrimos la voz de que iba a haber consecuencias si no saldaban sus deudas, me congratula saber que fueron a pagar y tema zanjado.

Ambas sonreían por aquello cuando Olivia preguntó:

—¿Es cierto que te has casado con Brodrick Fraser?

Amanda asintió y su amiga, abriendo mucho los ojos, cuchicheó:

—¡No te puedo creerrrrrrrrr!

—Pues créeme.

—¿Condesa de Aviemore?

—Lady Herencia Salvaje.

—¡¿Qué?!

—Así me llama.

Ambas rieron por aquello.

—Pero si no tiene los ojitos grises... —murmuró Olivia.

—Ni yo soy lo que él querría como mujer. Pero, cuando mi padre se pone cerril, no hay quien lo baje del burro.

—¿Qué?!

Rápidamente, y entre susurros, Amanda le contó lo acontecido y comprobó que Derek había omitido ciertos detalles. Y, cuando terminó, indicó:

—Por lo que, durante un año, gracias a mi padre, nos tenemos que aguantar, lo queramos o no. Y posiblemente lady Caroline desee matarme cuando se entere de lo acontecido.

—Vaya con tu padre...

Amanda asintió y, mirando a aquel, que hablaba con su hermana, añadió:

—No es por exculparlo, pero en el fondo lo entiendo.

Ambas se miraban cuando Amanda cuchicheó de nuevo:

—La pasión del momento nos cegó, y nos besamos y nos tocamos de una manera que..., ¡madre mía!

Acaloradas, ambas se miraban cuando Olivia preguntó:

—¿Y qué tal la noche de bodas?

Amanda miró entonces al que era su marido. Estaba hablando con sus padres y unas mujeres al fondo del salón, y, por el modo en que lo observaban algunas, estaba claro que no les resultaba indiferente.

—No ha habido noche de bodas —contestó finalmente con un suspiro.

—No te puedo creerrrrrrr.

—Pues créeme —replicó Amanda—. No somos lo que queremos el uno para el otro. Incluso me llama «lady Herencia Salvaje» con intención de molestarme y... ¡Pero

bueno, ¿quién es esa que le sonríe a Brodrick como una loba hambrienta?! —exclamó de pronto.

Enseguida Olivia miró y, comprobando que aquella llevaba razón, indicó:

—Es Adeline McPilshen.

Amanda la observó. Físicamente era fina y de cabello claro como Caroline, y, sin percatarse de su gesto, musitó:

—Pues, como siga así, se le va a desencajar la mandíbula de tanto sonreírle.

Olivia, divertida, soltó una carcajada.

—Menos mal que Brodrick no es el hombre que quieres en tu vida —cuchicheó.

Amanda, consciente de aquello, dejó de mirar al que era su marido e indicó volviéndose hacia la ventana:

—La tela de los cortinajes es preciosa.

—Oh-oh... ¡Adeline entra en acción! —comentó entonces Olivia.

Rápidamente Amanda se volvió con gesto fiero. Necesitaba mirar. Y, al ver que aquellos continuaban en la misma posición que estaban segundos antes, miró a su amiga y, comprendiendo que había sido engañada, susurró:

—No te puedo creerrrrr...

Reían en confianza cuando Olivia dijo:

—Ahora no es el momento ni el lugar, pero tú y yo tenemos que hablar con sinceridad.

Entendiéndose sin necesidad de decir más, Olivia le dio un abrazo y, cuando se separaron, añadió:

—Derek también me ha contado lo de esa horrible niñera y su marcha.

Amanda asintió; miró hacia donde estaban sus padres, y al ver que Brodrick no estaba con ellos respondió buscándolo por el salón:

—Esa mala bruja no les daba buena vida a los niños. Yo la sustituiré este año hasta que... —al ver como aquel hablaba con unas jóvenes, prosiguió—: finalicemos los votos y Brodrick encuentre una buena niñera o esposa.

—¡Esposa ya la ha encontrado!

—Venga, Olivia, ¡tú me entiendes! —gruñó la joven.

Y su amiga, que sacaba sus propias conclusiones a partir de lo que veía, emocionada con la idea de que aquella se quedara en el castillo de Roy Trust, declaró:

—Me hace muy feliz que vayamos a vivir en el mismo sitio. Lo creas o no, estaba algo agobiada al saber que tenía que vivir en el castillo, pues no conozco a nadie. Pero ahora, como estarás tú, todo será mejor.

Sonriendo, Amanda asintió y, desviando la vista para no seguir mirando a aquel que tan nerviosa la ponía, indicó:

—En el castillo son todos encantadores. Ya lo verás.

Contenta, Olivia asintió y, emocionada, le presentó a dos caballeros que se acercaron a saludarlas. Mientras caminaban por el salón, Amanda, sin poder evitarlo y con el mayor de los disimulos, observaba a Brodrick. Veía como las mujeres le sonreían con coquetería y él las saludaba con una sonrisa distante.

La emoción que veía en las mujeres que sonreían al guerrero le escocía a Amanda, pero al mismo tiempo le hacía gracia. Estaba claro que su marido era un hombre que llamaba la atención. Tendría que acostumbrarse a eso.

Instantes después, unos hombres se acercaron a ellas y las invitaron a bailar, y, sin dudarlo, las jóvenes aceptaron, sin percatarse de que Derek y Brodrick las observaban con las mandíbulas apretadas.

Capítulo 42

Duncan y Megan, que se divertían junto a Johanna y Alan, observaban la situación con disimulo cuando Megan cuchicheó:

—Deja de mirarla así o se enfadará.

El guerrero resopló al oír a su mujer. Ver la cantidad de hombres que seguían a su hija con mirada ávida lo estaba enfermando, y, cuando se disponía a contestar, Johanna terció:

—Papá, mamá tiene razón. Ya está su marido para velar por ella.

Al ver el gesto de su suegro, Alan sonrió.

—Tranquilo, Duncan. Brodrick lo hará bien —musitó mirándolo.

Pero a Duncan eso no lo tranquilizaba y, cuando iba a soltar un bufido, Johanna, al oír que sonaba una nueva canción, propuso mirando a su marido:

—¿Qué tal si bailamos?

—Cariño, en tu estado...

Pero la joven no dejó terminar de hablar a su padre y, de un tirón, se llevó a Alan consigo hasta la pista de baile mientras Megan decía con una sonrisa:

—Papito..., papito...

Duncan resopló. En su estado, su hija debería estar tranquila y serena.

—No sé qué he hecho yo para merecerme este castigo —susurró—. Entre las tres me vais a matar.

—¿Y qué se supone que he hecho yo ahora? —replicó Megan.

El guerrero la miró y, agarrándola por la cintura, afirmó:

—Ser la mujer más preciosa de la fiesta.

Dicho esto, sin importarles lo que dijeran los demás, se besaron con ardor, hasta que oyeron:

—¡Ay, Halcones, Halcones...!

Era la voz de Amanda, que, cuando la miraron, añadió divertida:

—Así somos en mi familia, salvajes y arrebatadores.

Los cuatro rieron por aquello y entonces la cumpleañera preguntó:

—¿Lo estáis pasando bien?

Duncan y Megan asintieron, y acto seguido Olivia comentó emocionada:

—La felicidad me embarga al saber que Amanda vivirá conmigo en el castillo de Roy Trust. Tenerla a ella a mi lado, como a una hermana, me hace tremendamente feliz, y más aún sabiendo que será dichosa junto a su marido Brodrick.

Los padres de la aludida asintieron.

—Uis..., vamos, Amanda —dijo entonces Olivia—. Quiero presentarte a mis amigas, que acaban de llegar.

Tirando de ella, se la llevó, y Megan, viendo como su marido observaba a Brodrick, que hablaba con sus amigos y unas mujeres, musitó:

—Está pendiente de ella.

—Lo dudo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, si se comportara como su marido, no le permitiría bailar con muchos de los babosos que se le acercan.

Oír eso hizo sonreír a Megan, que, cogiendo aire, replicó:

—Qué razón tienes al decir que lo mejor es que nos vayamos mañana...

Capítulo 43

La fiesta prosiguió y, en el momento del brindis, por fin los abuelos de Olivia soltaron lo que llevaban días callando. Todo el mundo se sorprendió al saber que la nieta de aquellos se había casado con Derek, el hombre de confianza del conde Fraser. Pero rápidamente, y sin dudarlo, todos les dieron la enhorabuena. Una unión en una familia siempre era algo que celebrar. Sin embargo, Wallace y Nigel se quedaron sin palabras. Primero Brodrick y ahora Derek; pero ¿qué les estaba pasando a sus amigos?

A partir de ese momento Derek ya pudo comportarse con normalidad. Ya podía bailar todas las veces que quisiera con su mujer, agarrarla por la cintura y besarla, para sorpresa de las amigas de esta, que lo miraban con extrañeza.

A media tarde, después de varios bailes divertidos, Olivia se acercó de nuevo a Amanda, que terminaba de bailar con uno de aquellos hombres, y, cogiéndola por el brazo, le preguntó:

—¿Qué te parecen mis amigas?

Amanda miró a aquellas dos que señalaba y simplemente respondió:

—Majas.

—¿Solo majas?

—Olivia, apenas las conozco..., aunque te voy a ser sincera. Por el modo en que te miran cada vez que Derek te besa, creo que...

—Que se mueren de la envidia.

Oír eso hizo que Amanda soltara una carcajada, y en ese momento Olivia murmuró:

—No te puedo creerrrrrrrrr...

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Con una pícara sonrisa, Olivia volvió a cogerla del brazo y cuchicheó:

—Acaba de llegar Anderson Wellington.

Según oyó ese nombre, Amanda sonrió. Aquel era el hombre que Olivia decía que tenía los ojos grises.

—¡Preséntamelo! —apremió sin dudarlo.

Sonriendo, las dos jóvenes cruzaron el salón. En su recorrido, Amanda sonrió a sus padres, a su hermana y a su cuñado, pero, cuando sus ojos y los de Brodrick se encontraron, de nuevo la inquietud se apoderó de ella. Verlo tan guapo con aquellos pantalones oscuros, la camisa blanca y la levita negra la acaloraba; pero de pronto oyó:

—Anderson, quiero presentarte a mi buena amiga lady Amanda Fraser, condesa de Aviemore.

—Condesa..., un placer conocerlos.

Según lo miró, la muchacha suspiró. Aquel hombre, con aquel color de ojos casi azulado, le pareció simpático. Pero aquellos no eran los ojos grises que ella había visto en sus sueños.

—El placer es mío. Y, por favor, llamadme Amanda —respondió algo decepcionada.

A continuación estuvieron charlando durante unos minutos, durante los cuales Anderson se mostró sorprendido de que fuera la esposa del conde Fraser. ¿Cuándo había vuelto a casarse aquel?

La tarde continuó y Amanda bailó varias veces con Anderson. Era muy agradable y simpático. En un momento dado, disculpándose en el grupo donde estaba, la joven se alejó. Necesitaba tomar el aire. Por el camino buscó a Brodrick con la mirada, y todo su interior se removió al verlo hablando con varias mujeres de cabello claro como el sol, finas y delicadas.

Solo había que ver los ojitos y los movimientos de aquellas para comprender que estaban encantadas de que él les prestara su atención. Durante unos segundos Amanda pensó en acercarse e interrumpirlos, pero finalmente se contuvo. Si Brodrick encontraba a su mujer ideal, ¿quién era ella para impedirlo? Por lo que, dando media vuelta, salió del salón de baile.

Fue en busca de Peyton. Quería ver cómo estaba. La chiquilla jugaba con su amiga Stephanie y otros niños y, al verla sonreír, sin poder evitarlo Amanda sonrió a su vez. Ver la felicidad en aquella y ser testigo de como, al reír, se tocaba el lóbulo de la oreja la hizo pensar en quien no quería.

Luego se dio la vuelta y buscó a Nela. ¿Dónde se habría metido?

Con disimulo, caminó por los jardines, hasta que la vio tras unos arbustos con Murdoch. Se percató de que se estaban besando y, sonriendo, iba a dar media vuelta cuando de pronto vio que el guerrero la retenía

agarrándola del brazo con fuerza. Por su gesto, Nela parecía dolorida, incómoda. Y Amanda, sin dudarlo, se dirigió entonces hacia ellos.

—¡Nela! —gritó.

Oír aquella voz hizo que ellos se separaran.

—¿Estás bien? —preguntó Amanda acercándoseles.

Nela se apresuró a asentir con la cabeza y ella, viendo unas marcas que aquella tenía en las muñecas, soltó ofuscada:

—Deberías estar con Peyton.

La joven cabeceó y, colorada como un tomate, iba a hablar cuando Amanda agregó:

—Ve antes de que Brodrick se percate y tengas un problema.

Sin tiempo que perder, la joven se marchó. El tal Murdoch también echó a andar, pero Amanda, interponiéndose en su camino, dijo mientras lo miraba fijamente:

—Murdoch, ¿verdad?

—Sí, *milady*.

—¿Acaso no deberías estar vigilando a Peyton, Murdoch?

El highlander cabeceó. Lo que aquella decía era cierto.

—Quiero que sepas que aprecio a Nela, y el que hace daño a alguien a quien yo quiero es como si me hiciera daño a mí —indicó Amanda.

—¿Por qué decís eso, *milady*?

Ambos se miraron con seriedad y por último Amanda repuso:

—Mejor no quieras saberlo.

Dicho esto, dio media vuelta y, sin importarle el gesto de aquel guerrero, regresó al salón. Tendría que vigilarlo de cerca.

Como era de esperar, al verla entrar Anderson rápidamente la invitó a bailar. Aquella jovencita de precioso rostro redondo, ojos verdes y pelo oscuro como la noche era una mujer muy apetecible, estuviera casada o no. Y Amanda, aun sabiendo que él no era el Ojitos Grises que aparecía en sus sueños, aceptó y volvió a bailar con él.

Derek, que estaba feliz porque finalmente todos pudieran saber que se había casado con Olivia, reía con sus amigos Wallace y Nigel cuando Brodrick se les acercó.

—¿Quién es el tipo que baila con Amanda? —quiso saber.

Enseguida todos miraron, y Wallace respondió:

—No lo sé. Pero algo me dice que esas jovencitas de ahí están como locas porque nos acerquemos a conocerlas.

Los guerreros miraron hacia donde indicaba y Nigel, sonriendo, afirmó:

—Me gusta la morena. Vamos, Wallace.

Una vez que aquellos se alejaron dispuestos a conquistar, Derek, que miraba al hombre por el que había preguntado Brodrick, murmuró:

—Bueno..., bueno..., bueno...

—Bueno..., bueno..., ¿qué? —replicó Brodrick.

Y Derek, al percibir el tono tenso de su amigo, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Consciente de que se había dejado llevar por lo que sentía, el guerrero respondió:

—Nada.

Derek asintió. Sin necesidad de hablarlo, estaba claro lo que le ocurría a Brodrick.

—¡Me encanta! —exclamó.

—¿Te encanta el qué?

—Saber que continúas vivooooo... —canturreó.

Eso hizo que Brodrick levantara las cejas, y aquel, riendo, susurró al tiempo que dejaba de canturrear:

—Caroline nunca me ha gustado, pero Amanda puede ser algo muy bueno para ti.

—Pero ¿qué dices...?

—Es encantadora, decidida, resolutiva, tiene carácter, es una belleza de mujer y adorable con los niños.

—Te has olvidado de que también es insufrible, contestona, retadora y...

—No disimules, ¡eso te gusta!

Oírle decir aquello a Derek hizo que Brodrick frunciera el entrecejo, y más cuando aquel añadió:

—Creo que lady Herencia Salvaje es justamente lo que necesitas en tu vida. No una mujer como Caroline, que solo se preocupa por llevar el cabello bien peinado.

Boquiabierto, aquel lo miró.

—¿Se puede saber qué estás bebiendo? —musitó.

—Lo mismo que tú.

Derek sonrió y, viendo el gesto de su amigo, dijo:

—Ese tipo al que miras se llama Anderson Wellington. Y, bueno, me ha dicho Olivia que tiene los ojitos grises...

—¡Derek!

—A ver, amigo. No es por jorobar..., simplemente he creído que debías saberlo.

De nuevo Brodrick miró en dirección a Amanda, a quien se la veía encantada bailando con aquel.

—Si Amanda es lista —murmuró Derek—, que me consta que lo es, se apartará de él.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Brodrick.

Con disimulo, su amigo señaló a varias mujeres que observaban como aquellos danzaban. Todas los miraban con gestos de enfado.

—Demasiados lechos visitados y promesas incumplidas —musitó Derek.

Brodrick asintió. Estaba claro lo que era aquel tipo.

—Voy a ver a Peyton —dijo dándose la vuelta.

Sin más, salió del salón de baile. Necesitaba tomar aire fresco y despejarse. Y, sobre todo, permitir que Amanda se divirtiera. No quería interferir en su vida.

Capítulo 44

Llegó la noche y la fiesta se animó a la luz de las hogueras.

Todos bailaban, cantaban, bebían, y Brodrick, viendo a Amanda reír y disfrutar, la observaba con disimulo cuando Wallace se le acercó.

—Sigo sorprendido porque estés casado con ella — comentó este último.

—Ya sabes por qué.

—¿Qué dirá tu madre cuando se entere?

Brodrick, al oír eso, tomó aire.

—Conociéndola, se horrorizará cuando sepa que es una McRae —indicó.

Ambos rieron por aquello, y Wallace, viendo a Amanda reír, señaló:

—De momento, dos cosas buenas ha traído.

—¿De qué hablas?

—La primera: quitarte de encima a Caroline... Que sí, es preciosa, pero no es para ti. Y la segunda: que nos quedemos en Roy Trust, en lugar de regresar a Dumfries después del verano.

Brodrick asintió.

—En cuanto a lo primero, puede que tengas razón. Y en cuanto a lo segundo, se lo prometí y así será.

—Harás bien.

Acto seguido guardaron silencio durante unos minutos, hasta que Wallace dijo:

—Más diferente de la Innombrable y de lady Caroline no puede ser. Y, que yo sepa, la Innombrable nunca le gustó a tu madre, pero lady Caroline le encanta...

Brodrick asintió. Scarlett y su madre nunca se soportaron, pero, en cambio, su madre adoraba a Caroline. Y, viendo a Amanda reír a carcajadas, indicó:

—Conociendo a madre, verá a Amanda no solo como una salvaje, sino también como una descarada e insolente contestona.

Wallace asintió divertido, y Brodrick, que continuaba mirándola, añadió:

—Intentaré que madre entienda que esto durará un año. Eso la tranquilizará.

—¿Y si te equivocas y dura más?

—Dudo que esto dure más —apostilló Brodrick molesto al ver como Amanda volvía a bailar con Ojitos Grises.

Durante unos segundos, los dos guerreros observaron a aquella divertirse danzando con gracia, hasta que Wallace preguntó:

—¿Qué hacíais besándoos? ¿Desde cuándo ocurre eso entre vosotros?

—No pienso responderte —replicó él.

Wallace sonrió y, al ver el gesto de su amigo, dijo:

—Si mi mujer fuera Amanda, sería yo el que bailara con ella, no esos.

Brodrick resopló.

—¿Momento tocapelotas? —soltó mirándolo.

Wallace asintió divertido.

—Soy especialista en ello —matizó—, ¡como tu mujer! Ya lo sabes.

Molesto por aquello, Brodrick continuaba viendo bailar a Amanda cuando su amigo comentó:

—Del mismo modo que la Innombrable nunca me gustó, Amanda me encanta. Es bonita, divertida, ocurrente, rebate ideas y tiene iniciativa propia, cosa que te molesta pero a mí me apasiona. La pena es que se haya casado contigo y no conmigo...

Brodrick miró a su amigo con atención.

—La suerte esta vez está de tu lado... —añadió aquel—, no la desaproveches.

Brodrick volvió a mirar a Amanda. Llevaba toda la fiesta bailando sin parar con todo el que la sacaba. Estaba claro que le encantaba divertirse. Y, sin poder evitarlo, murmuró:

—Piensa que soy frío, soso y aburrido. —Omitió lo de «tonto».

—Es que lo eres.

Oír eso de su amigo lo hizo blasfemar.

—Y no lo entiendo —agregó Wallace—. Porque, antes de conocer a la Innombrable, eras el tipo más ocurrente que he conocido en mi vida. Te gustaba bailar, adorabas divertirte, defendías lo indefendible y, sobre todo, disfrutabas de la vida. Pero fue casarte y el Brodrick que yo conocía desapareció. Te volviste un tipo apático y eso, amigo, no está bien.

Entendiendo sus palabras, él asintió. Wallace llevaba razón. Haber estado casado con Scarlett lo había cambiado. Lo había agotado tanto que había evitado hasta ser él.

—Con los problemas que ella me daba tenía bastante —murmuró.

—Lo sé. Tienes razón. Pero sigues siendo Brodrick Fraser, dueño de tu tiempo y de tu vida, y ella ya no está.

—Wallace...

—Amigo, eras un guerrero seguro de sí mismo.

—¿Y acaso no lo soy ahora?

Wallace negó con la cabeza.

—A ver, no me malinterpretes. Claro que eres un hombre seguro..., pero sé sincero contigo mismo: ¿tienes la seguridad de antaño para hacer o decir las cosas o, por el contrario, delegas en otros?

El guerrero miró a su amigo y no contestó.

—Antes, si algo era injusto, luchabas hasta la extenuación —dijo aquel—. Antes, cuando querías algo, te dejabas la piel para conseguirlo. Ahora, simplemente no.

Él maldijo, y Wallace continuó:

—El Brodrick que yo conocí no habría aguantado lo que aguantaste con la Innombrable. El Brodrick que yo conocí ya se habría presentado en casa de lady Bedellia para dejarle claro que Peyton es su hija y que no hay más que hablar.

El guerrero no respondió. De nuevo, Wallace tenía razón. Scarlett y los continuos problemas sufridos con ella lo habían minado, lo habían hecho pequeño.

—No ha sido fácil —murmuró.

—Sé que no ha sido fácil, amigo, lo sé —afirmó Wallace—. Dudo que yo, por mucho que hubiera querido a Peyton, hubiese podido aguantar lo que tú has aguantado durante años con esa mujer, sus locuras y su amante. Pero la vida te

da una segunda oportunidad, y Amanda no tiene nada que ver con la Innombrable.

—Wallace...

—Lo sé. Soy el tocapelotas del grupo..., lo asumo. Pero alguien tiene que decirte que hagas el favor de volver a ser el hombre que fuiste, porque la mujer que te amargó y te hizo sentir vergüenza hasta de respirar, para tu suerte, la de tus hijos y la de todos, ¡ya no está aquí!

Oír eso hizo que ambos se miraran, y luego Wallace musitó:

—Y ya no digo más, que creo que he dicho bastante.

—Sí. Mejor cállate.

Se quedaron en silencio. Durante un par de piezas de baile los dos amigos observaron como bailaba Amanda, hasta que Brodrick dijo:

—Ya no recuerdo ni cómo se baila.

—Pues eras un excelente bailarín y un conquistador.

Ambos rieron por aquello y Wallace, mirando a Amanda, que estaba rodeada de hombres, añadió:

—Porque está casada contigo, porque pretendientes no le faltarían.

Brodrick asintió y, viendo entonces que Duncan lo observaba, repuso:

—Eso mismo ha dicho su padre.

Minutos después, mientras veía a aquella bailar, a Brodrick se le aceleró el corazón. Amanda era un placer para la vista. Sus ojos. Su sonrisa. Toda ella era una mujer para halagar.

—Sorpréndela y baila con ella —le sugirió de pronto Wallace.

Brodrick rio. Aquello era una locura, llevaba años sin bailar. Pero Wallace insistió:

—Amigo, eres su marido; ¿acaso no mereces un baile, aunque vuestro pacto solo dure un año?

Dicho eso, Wallace se alejó y, mientras Brodrick aún sonreía, Duncan se le aproximó.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —inquirió.

El guerrero, al oírlo, lo miró y respondió:

—Disfrutar de la fiesta, como tú.

Duncan, que había visto a su hija bailar diversas piezas con el mismo tipo, iba a hablar cuando Brodrick comentó con mofa:

—Tiene los ojitos grises...

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes.

—¡Por san Fergus, muchacho! ¿Y sabiéndolo no haces nada?

—¿Acaso quieres que se los arranque?

Duncan resopló. La tranquilidad de aquel lo enfadaba, e, incapaz de callar, siseó:

—¿No te he dicho que a mi hija se le acercan todos los moscones?

—Lo has dicho...

—Brodrick Fraser, ¿y qué haces dejándola bailar con el de los ojitos grises? ¿Por qué no les dejas claro a él y a todos que ella es *tu* mujer?

—A ver, Duncan...

—¡¿A ver qué, maldita sea?! —gruñó encolerizado.

Brodrick tomó aire. Adoraba a Duncan. Lo respetaba. Pero que le hablara de aquella forma ya era extralimitarse.

—Si vuelves a hablarme en ese tono, tú y yo vamos a tener problemas, ¿te queda claro, Duncan McRae? —siseó dejándose llevar.

El aludido levantó las cejas al oírlo, y Brodrick prosiguió:

—Si permito que tu hija, que es *mi mujer*, baile y se divierta con los moscones y Ojitos Grises, ¡es cosa mía, no tuya! Por tanto, ¿qué tal si das media vuelta, regresas con tu encantadora mujer y me dejas en paz para que yo decida cómo quiero llevar mi vida y la de mi esposa?

—Nadie me habla así, y menos cuando mi hija está por medio —replicó Duncan.

—Te recuerdo que es mi mujer.

—¡Es mi hija!

—Efectivamente, es tu hija. Pero, por si lo has olvidado, me obligaste a casarme con ella. Por tanto, ahora ¡es mi mujer!

Duncan, conteniéndose, asintió. Lo que aquel decía era cierto. Contra aquello que él mismo había provocado no podía luchar, y, aunque lo incomodaron sus palabras, en el fondo le gustó que Brodrick le dijera aquello. Eso demostraba que tenía carácter, algo que necesitaría para estar con Amanda. Así pues, se dio la vuelta y se marchó. O hacía eso o le soltaba un puñetazo en plena fiesta al que era su yerno.

Una vez que Brodrick se quedó solo, respiraba con agitación. Oír primero a Derek, a Wallace y luego a Duncan no había sido fácil. ¿Por qué todos tenían algo que decir? ¿Por qué no lo dejaban en paz?

Pero, le gustara o no, aquellos tenían razón. ¿Qué estaba haciendo con su vida? ¿Por qué no marcaba lo que era

suyo, y más si le interesaba? Dándose la vuelta, caminó hacia el grupo donde estaban Amanda y Ojitos Grises, ahora hablando, y, cogiéndola con posesión por la cintura, soltó:

—Bailemos la siguiente pieza, *mi amor*.

Sorprendida, aquella lo miró. ¿«Mi amor»? ¿Bailar él? Pero ¿qué había bebido? Cuando se disponía a protestar, la música comenzó y Brodrick, sorprendiéndola, empezó a bailar. Mientras le seguía el paso, Amanda no daba crédito. Su marido era un excelente bailarín. Se movía con soltura, gracia y una tremenda varonilidad que hacía que se le acelerase el corazón.

Cada vez que se cruzaban en el baile, ambos sentían que se besaban.

Cada vez que se cogían de la mano, el calor de sus pieles los excitaba.

Cada vez que se miraban y sonreían, la pasión que habitaba en ellos se avivaba.

En silencio, solo sonriéndose, bailaron, sin ser conscientes de los muchos ojos que los observaban. Y, tan pronto como la pieza acabó, el guerrero, al que el corazón se le había desbocado, la agarró por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó. Aquel beso tan ardiente y fogoso sorprendió de nuevo a Amanda, y más cuando Brodrick lo dio por finalizado y murmuró en un tono íntimo:

—Esto es para que les quede claro a todos los que babea por ti que eres mi mujer.

Sin palabras, Amanda parpadeó, y él, llevándola hasta el grupo donde estaba inicialmente, al ver que Ojitos Grises lo miraba, dijo tras darle otro posesivo beso en la boca:

—Diviértete, *mi amor*.

Aliviado como si se hubiera quitado un enorme peso de encima y con una seguridad renovada, se dio la vuelta y fue hasta Wallace, quien, al verlo, dijo chocándole la mano:

—Bienvenido, Brodrick Fraser.

Los dos amigos soltaron una carcajada y, cuando sus ojos y los de Duncan se encontraron, al ver que aquel sonreía y asentía, él lo imitó. Estaba claro que lo que había hecho a su suegro le había gustado tanto como a él, aunque Amanda lo observaba sin entender nada.

Capítulo 45

Tras una noche en la que ni Brodrick ni Amanda fueron capaces de descansar, pues no podían dejar de pensar en lo ocurrido en la fiesta, ambos bajaron al salón por separado.

Duncan y Megan, mientras desayunaban, los informaron de su inminente marcha, y les dijeron que junto a ellos partían también Alan y Johanna.

Al enterarse, Amanda se puso nerviosa. No estaba preparada para ese momento. No quería separarse de ellos.

—A ver, mi vida —murmuró Megan mirando a su hija—. Este día tenía que llegar.

—Pero ¿por qué hoy? Creía... creía que estaríais unos días más.

—Yo también lo creía —terció Brodrick sentado a la mesa.

Megan los miró y, al ver que Duncan hablaba con Alan junto a la ventana, respondió:

—Tu padre necesita regresar a Eilean Donan. Tiene que ocuparse de varios asuntos. Y bien sabes, Amanda, que si se queda aquí no parará de criticar todo lo que Brodrick y tú hagáis.

La joven asintió. Conocía a su padre. Su madre prosiguió entonces dirigiéndose a Brodrick:

—Además, pronto llegará tu madre, y Duncan prefiere no estar por aquí.

El guerrero asintió. Su madre nunca se había llevado bien con los amigos de su padre y en especial con los McRae.

—Siento que os marchéis —dijo finalmente.

—Y yo —afirmó Megan.

Amanda escuchaba. Las cosas que había oído decir a su padre de la madre de aquel nunca habían sido buenas. La catalogaba como una mujer fría y rara.

En ese instante la puerta del salón se abrió y apareció una tímida Peyton. Al verla, rápidamente Amanda, olvidándose de la que sería su suegra, la llamó y la niña corrió a su lado sin dudarlo.

Una vez que se ocupó de que la chiquilla tuviera su desayuno y esta comenzara a comer, cuando Alan se sentó a la mesa, Brodrick se levantó, se acercó a Duncan y preguntó:

—¿Por qué os marcháis tan de repente?

El guerrero puso entonces la mano sobre el hombro de aquel y respondió:

—Porque ha llegado el momento de volver al hogar.

—Duncan, si es por mi madre...

—No es por ella. Pero verla tampoco es algo que me agrade. —Brodrick cabeceó y el highlander dijo entonces cambiando de tema—: Disculpa el modo en que te hablé en la fiesta.

—Estás disculpado. Y discúlpame tú a mí si también te hablé mal.

—Anoche estuve a punto de darte un puñetazo... —se mofó Duncan—. Cosa de la que luego me habría arrepentido, porque al final actuaste como había que actuar. Les dejaste muy claro a todos quién es el marido de Amanda.

Oír eso hizo que Brodrick levantara las cejas sorprendido, y el que era su suegro murmuró:

—Mi hija no es fácil, pero tampoco es difícil. Solo hay que cogerle el tiento, y sé que ahora tú se lo cogerás, aunque ya no volverás a dormir en paz.

Brodrick no entendía por qué le decía todo aquello; sin embargo, asintió.

—Ella estará muy bien aquí contigo —continuó Duncan—. Sé que la cuidarás. Pero, por favor, no permitas que tu madre pague con ella la frustración que tiene con los McRae. Y si al final vuestro matrimonio por lo que sea no prospera, sé que te preocuparás porque Amanda regrese sana y salva a su hogar.

Sin dudarlo, Brodrick asintió.

—Ten por seguro que así será.

Amanda, viendo a su padre y a su marido hablar, los observó y no dijo nada. Si sus padres ya habían tomado la decisión de marcharse, poco podía hacer.

* * *

Tras una mañana en la que ayudó a sus padres y a su hermana a preparar su marcha, cuando estaban ya todos en el patio a punto de despedirse, Amanda, viendo a sus padres hablar con Alan y Brodrick, se acercó a Johanna.

—Tata, me habría encantado tenerte más tiempo aquí — declaró.

Su hermana sonrió.

—Lo sé. Pero luchar contra Alan y papá para quedarme se me hace muy complicado.

Ambas sonrieron y luego Johanna añadió:

—Ya que los Halcones vuelven a Eilean Donan, creo que lo mejor es que nosotros regresemos con ellos. Así, cuando nos dejen en casa, se quedarán más tranquilos, que ya sabes lo intensos que son.

Amanda asintió. Su hermana tenía razón.

—Aunque me habría encantado conocer a tu suegra, ¡debe de ser tremenda! —cuchicheó Johanna.

—A mí no me da ningún miedo.

Ambas rieron y luego la joven, posando la mano en la todavía inexistente tripita de aquella, dijo:

—Intentaré ir a verte antes de que nazca el bebé.

—Ven todas las veces que quieras, lady Herencia Salvaje.

—Tataaaaaa. —Amanda rio divertida.

—A Alan y a mí nos encantará recibirlos en nuestro hogar. Y si necesitas que venga aquí para matar a quien sea porque te haga la vida imposible, solo tienes que mandarme llamar.

Ambas se miraron sonriendo.

—Por cierto, hermanita... —susurró Johanna después—. Menudo besazo te soltó anoche el tal Fraser en la fiesta para que todos se enteraran de que era tu marido. Tu carita de encantada era digna de ver.

Oír eso hizo que ambas rieran. Amanda no podía dejar de pensar en ello y en como él la había llamado «mi amor».

—Al final os vais a enamorar y todo —apostilló Johanna.

—Tataaaaaa...

—Pero, vamos a ver, si a ti te gusta y al final tú le gustas, ¿dónde está el mal?

Amanda suspiró. Gustarle a Brodrick no sería tarea fácil, pues, por lo que aquel había dicho, le gustaban las mujeres delicadas como la idiota de Caroline.

—Mejor dejémoslo como está —replicó.

Ambas sonreían por aquello cuando Alan, acercándose a ellas, preguntó dirigiéndose a su mujer:

—¿Está preparada mi Bicha?

Rieron divertidos y luego el guerrero comentó mirando a Amanda:

—Brodrick me cae bien. No lo vuelvas demasiado loco.

—¡Alan!

—Cuñada, ¡que te conozco!

—Vete al infierno —soltó ella divertida.

Para sorpresa de Amanda, el guerrero le cogió las manos y dijo con seriedad:

—Solo tienes que llamarme y estaré aquí para lo que sea, y en ese «lo que sea» entra arrancarle la cabeza a quien no se porte bien contigo.

Según dijo eso, las dos hermanas parpadearon.

—¿Ahora te crees mi padre? —preguntó Johanna.

—Todo se pega, mi Bicha —afirmó Alan.

De nuevo, los tres rieron por aquello y, tras besarse, Alan y Johanna se montaron en sus respectivos caballos. Amanda estaba mirándolos cuando Megan se le acercó.

—Madre mía..., madre mía...

Sonriendo, Megan le cogió las manos. Estaba nerviosa. Lo sabía. Aquellas palabras se lo advertían.

—Escucha, cariño... —dijo mirándola—, sé que te vas a desenvolver bien aquí. Brodrick y la gente de Roy Trust me parecen unas excelentes personas, y aunque nosotros nos vayamos, es bueno para ti que Olivia viva en el castillo.

Amanda asintió; sin duda lo era.

—Se me hace raro que os vayáis y yo me quede —declaró mirándola.

Megan sonrió y, con la sabiduría de los años, indicó:

—Esto es madurar y hacerse mayor. Ahora eres la señora de este lugar, la mujer del conde Fraser y, sin lugar a dudas, la madre de unos niños.

—Madre mía..., madre mía...

—Y lo vas a hacer todo fenomenal —aseguró Megan—. Tranquilízate, mi vida. Solo tienes que ser tú para que todos te quieran como te quieren en casa. Habrá cosas que tengas que aprender de este lugar, como yo las tuve que aprender cuando llegué a Eilean Donan, pero te conozco y sé que lo harás bien. Y, por favor, no desesperes si al principio fallas en algo. Es lo normal. Lo raro sería que lo hicieras todo bien. Y en cuanto a la madre de Brodrick, no la conozco, pero por el modo en que tu padre habla de ella, lo único que has de tener es templanza y paciencia. Solo estará unos días por aquí y luego regresará a su hogar.

Con amor, madre e hija se abrazaron, y luego Megan musitó:

—Te quiero, mi vida. Y si tengo que venir a matar a ese Fraser o a su madre por no comportarse bien contigo, no dudes que lo haré.

—Mamáááá...

Se miraban divertidas cuando Duncan se acercó a su hija, y en ese momento Megan fue a despedirse de Brodrick. Padre e hija se quedaron en silencio, y esta, intentando sonreír, murmuró:

—Te voy a echar de menos, papito.

Emocionado, el guerrero la abrazó. A pesar de saber que entre su hija y Brodrick había una bonita posibilidad, oír eso le atenazó el corazón.

—No tanto como yo a ti —repuso—. Es más, comienzo a pensar que deberías volver con nosotros, y más aún desde que sé que la madre de Brodrick viene de camino hacia aquí.

Eso hizo que ambos rieran, y luego Duncan susurró:

—Todo va a ir bien, pero recuerda, Amanda: has de utilizar la cabeza. Esto no es Eilean Donan, y la gente no te conoce. Esto es Roy Trust y, para ellos, aunque eres su señora, eres una McRae. Eres lista. Tu madre y yo te criamos para que, llegado este momento, supieras desenvolverte con soltura. Pero tienes la impetuosidad de tu madre y eso, hija mía, en ocasiones os vuelve insufribles y...

—Papá, ¿acaso pretendes despedirte echándome la bronca?

El guerrero sonrió e indicó:

—Claro que no, mi vida. Pero quiero que tengas presente que ahora no voy a estar yo aquí. Ahora está él y, dentro de unos días, también la insoportable de su madre. Y ellos no te conocen ni tienen por qué tomarse las cosas como yo... Y,

por Dios, no canturrees para desesperar, porque eso enfada mucho. ¿Te queda claro, Amanda?

La joven asintió. Entendía las palabras de su padre.

—Intentaré no desesperarlos ni a él ni a su madre —le aseguró.

—Permíteme que lo dude.

—Lo dudo hasta yo.

Ambos rieron por aquello y luego el guerrero abrazó con fuerza a su hija.

—Tu hogar siempre será Eilean Donan. ¡Siempre! Y recuerda: si necesitas que despedace por ti a cualquiera, lo haré sin dudar. Incluidos tu marido y su madre.

Conteniendo la emoción de la despedida, la joven asintió y cuchicheó:

—Al final va a ser cierto que somos unos salvajes sanguinarios.

Padre e hija sonrieron y el guerrero, montándose en su caballo, con dolor en el alma por dejar allí a su niña, le pidió a Brodrick, que se acercaba a ella:

—Cuídamela.

Él asintió, y, cuando la comitiva se alejó, Amanda sintió que el corazón se le iba a romper. No estaba preparada para ver alejarse a su familia, y, mientras tragaba el nudo de emociones que tenía en la garganta y que pugnaban por salir, oyó:

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza. Negar lo evidente era absurdo. Pero, sin querer llorar delante de Brodrick, dijo con un hilo de voz:

—Voy... voy a mi habitación.

Según se alejaba, él quiso ir detrás de ella. No había que ser muy listo para entender que Amanda iba a llorar. Pero quería darle su espacio, así que la dejó marchar.

Una vez que la joven llegó al dormitorio, se apresuró a entrar y cerrar la puerta. Como un animal enjaulado, comenzó a caminar de un lado al otro de la habitación. Sus padres se habían marchado, su hermana también, y ella se había quedado allí porque ahora era la esposa de Brodrick Fraser.

Pero ¿cómo había podido ocurrir eso?

Acalorada, se daba aire con la mano mientras murmuraba:

—Madre mía..., madre mía...

Durante un buen rato estuvo así hasta que, parándose de golpe, se fijó en lo que tenía sobre el escritorio. Allí estaba la carta que le había dado su padre. Acercándose a ella, la cogió y leyó: «Amanda McRae». Esa era ella. Con ese apellido se identificaba.

Con la misiva entre las manos, comenzó a caminar de nuevo. ¿Debía abrirla? ¿Debía esperar como había dicho su padre? ¿Qué era lo que debía hacer?

La duda siempre había sido su peor compañera. Y, parándose de golpe, la impaciencia pudo con ella, por lo que rompió el lacre y, tras desplegar la carta, leyó:

Como bien sabía, mi vida, no has obedecido.

¿Acaso ha pasado un mes como te dije?

Ay, Amanda..., Amanda, ¡qué incorregible eres, pero cuánto te quiero!

Si mi vida se repitiera, no solo querría tenerte a mi lado, sino también que hicieras todas y cada una de las

trastadas que me han desesperado pero que han hecho que me enamorara cada día más de ti.

Sé que, cuando llegue el momento de despedirnos porque debemos regresar a Eilean Donan, me faltarán las palabras, pues cuando algo trata de tu madre, de tu hermana o de ti, me puede el sentimiento.

Despedirme de ti no habrá sido fácil. Pero, me guste o no, esto es así. E, igual que yo inicié una vida el día que conocí a tu madre y me casé con ella y Johanna la inició cuando se casó con Alan, ahora es tu momento y has de iniciarla tú.

Soy consciente de que vuestro comienzo no ha sido el mejor. Sois dos personas que apenas os conocéis, y si te sirve de consuelo, tu madre y yo tampoco nos conocíamos, pero seguimos juntos, felices y enamorados, y eso ha pasado porque ambos pusimos de nuestra parte para encontrarnos. Por tanto, vida mía, si ese hombre te gusta, como dijo Johanna, intenta encontrarte con él. Si ves que él no lo desea, desiste. No insistas. Pero si ves que lo intenta como tú, ¡hazlo y encontrarás la felicidad! Porque más vale arriesgar que quedarte con las ganas de saber lo que habría pasado.

Has de saber algo que yo nunca supe. Según me ha contado Brodrick, su padre tuvo un lío con una mujer llamada Marianela que vivía en el pueblo de Dornie. Tuvieron una hija que murió, y Magnus se llevó a la mujer a Roy Trust, donde la metió en su cama. Al parecer, la antipatía que nos tiene Eleanor, su madre, viene provocada porque ella creyó que tanto el abuelo como yo sabíamos de esa infidelidad, y de ahí nuestra

familiaridad. Pero no, hija. Al menos yo nunca supe nada al respecto, pero ahora entiendo por qué esa mujer, dentro de su dolor, siempre fue tan desagradable con nosotros. Si te cuento esto es porque seguro que ella no será agradable contigo, puesto que eres una McRae. Y ante esto solo te digo: paciencia. Esa mujer únicamente estará allí unos días y después se marchará. No entres en conflicto. No merece la pena. Poner a Brodrick entre su madre y tú nunca te beneficiará, y tú eres lista y sé que me entiendes, ¿verdad, mi vida?

Dicho esto, mi instinto me dice que Brodrick y tú estáis hechos el uno para el otro. Vale que sois diferentes. Vale que ahora lo ves como un aburrido y un tonto. Y él te ve a ti como una contestona, una irreverente y una salvaje. Pero, ¿sabes? Eso cambiará el día que os deis una oportunidad y os conozcáis. He visto cómo os miráis y cómo os buscáis, aunque sea para discutir. Y eso, mi vida, aunque ahora no me entiendas, me indica que os complementáis.

Sé que en este instante un año te parece una eternidad, pero créeme que un año en la vida no es nada y pasará antes de que te des cuenta.

Te conozco, sé quién eres. Y, aparte de ser una locuela desesperante y contestona a la que parece que los problemas la persiguen, también eres una mujer mágica, cariñosa y difícil de olvidar. Estoy convencido de que darás tanto amor a esos niños, a Brodrick y a sus gentes que, si algún día decides alejarte de ellos, pondrán objeciones. (A pesar de ser una salvaje McRae.)

Dicho esto, sé feliz, sonríe, canturrea, disfruta de la vida y vuelve loco a ese Fraser para que sea consciente de la increíble mujer que tiene en su hogar y vea en ti el momento más bello y el lugar más precioso de su vida.

Te quiero, mi vida, y siempre estaré para ti.

Papito

Con la cara repleta de lágrimas, Amanda se apoyó en la puerta y, dejándose deslizar por ella, cayó al suelo. El amor que su padre le mostraba siempre le tocaba el corazón, y lloró con tristeza y desesperación.

Capítulo 46

En su despacho, Brodrick se ocupaba de unos asuntos cuando oyó el sonido de los cascos de unos caballos. Incorporándose de su silla, vio que se trataba de Derek, que llegaba con Olivia, su mujer.

Desde donde estaba, se fijó en ellos y se alegró al verlos enamorados y sonrientes. En sus rostros se veía la felicidad más absoluta.

Tras bajarse del caballo e indicar a algunos criados que subieran el equipaje de su mujer a la habitación, Derek ayudó a desmontar a Olivia y la besó. Presenciar aquel beso cargado de complicidad y sentimientos enterneció a Brodrick. Saber que Derek había encontrado la felicidad con Olivia era algo bonito.

Instantes después, los dos, cogidos de la mano, subieron la escalinata que daba a la puerta principal del castillo y Brodrick oyó que Derek decía:

—Y ahora, preciosa, has de entrar en nuestro hogar como manda la tradición.

—No te puedo creerrrrr. —Olivia rio feliz.

Rápidamente Derek la cogió entre sus brazos. Ambos rieron a carcajadas y, tras darse un más que ardiente beso en los labios, Brodrick los vio cruzar el umbral del castillo y

sintió envidia de ellos. ¿Por qué él no había podido vivir un amor así?

Feliz por su amigo, pero agobiado por su propia vida, seguía mirando por la ventana cuando Emilia salió con Peyton de la mano. Ambas hablaban, reían. Ver a la niña con aquella sonrisa tan bonita enamoró a Brodrick. Su hija, cuando sonreía, era pura luz. Desde que había regresado de la fiesta, le constaba que no paraba de hablar de su amiga Stephanie, y Brodrick sonrió.

Emilia y Peyton se montaron entonces en el carro, pues iban al pueblo de compras.

¿Cuándo le sonreiría Peyton a él de ese modo? Suspiró.

Amanda regresó entonces a sus pensamientos. Tras la despedida de su familia, hacía ya un buen rato, no había vuelto a verla, y se preocupó. ¿Estaría bien?

Pensó en ir a buscarla, en preocuparse por cómo estaba. Pero algo en él le decía que lo mejor era dejarla. Ella necesitaba su tiempo. Sin embargo, minutos después, dejándose llevar por la impulsividad, cosa rara en él, salió de su despacho y subió a la primera planta.

Al llegar al pasillo silencioso, miró la puerta del que en otro momento había sido el dormitorio de Scarlett y, retirando la vista de ella, se centró en la habitación donde sabía que estaba Amanda. Sin hacer ruido, se acercó e, inevitablemente, la oyó llorar.

Su primer instinto fue coger la manija y abrir, pero no, no debía hacerlo. Le gustara o no, tenía que respetar su intimidad, por lo que, apoyando la mano en la puerta, preguntó:

—Amanda, ¿estás bien?

La aludida se sobresaltó al oírlo. Brodrick estaba al otro lado de la puerta. Se dispuso a responder, pero de su boca solo salió un sollozo, un lamento. Estaba tan triste que le era imposible hablar.

Conmovido por su tristeza, él apoyó las manos en la pared y dijo:

—Escucha, Amanda. Si me necesitas, estoy aquí.

Oír eso hizo que se redoblaran los lloros de la joven, pero, limpiándose las lágrimas, murmuró:

—No. No hace falta. Ve-vete...

Pero Brodrick no lo hizo. Se sentó en el suelo y, apoyando la espalda y la cabeza en la puerta de aquella, indicó:

—No me voy a ir, Amanda. No me voy a ir.

Esta vez, ella no pudo responder. La pena, junto con la emoción de saber que aquel estaba allí, le martirizaba el corazón, y durante varios minutos lloró y lloró.

Brodrick la escuchaba en silencio. Lo que más deseaba era abrir la puerta para abrazarla y consolarla. Estaba claro que ella no quería estar ahí con él, que quería regresar con su familia. Cuando, después de un rato, fue consciente de que sus lloros ya no eran tan intensos, preguntó:

—¿Estás mejor?

—Sí.

Oír eso al guerrero le agradó y, buscando rápidamente un tema de conversación, soltó:

—Peyton se ha ido con Emilia y Joshua al pueblo.

—Me alegro.

—Según me han comentado Nela y Emilia, no para de hablar de su amiga Stephanie. Anoche regresó emocionada

de la fiesta de Olivia.

Amanda asintió. En el poco rato que había estado con la niña, también le había hablado a ella de Stephanie.

—Es bueno que Peyton tenga amigas —señaló.

De nuevo se hizo el silencio entre ellos. Brodrick, nervioso, intentaba pensar qué decir, qué hacer, cuando ella comentó:

—Quería decirte algo.

—Tú dirás.

—No tienes por qué encargarte ningún anillo. Y menos uno con un rubí. No es necesario. Creo que Peyton se dejó llevar por la emoción del momento y...

—¿Es cierto que tu color preferido es el rojo? —la cortó él.

—Sí.

Se quedaron de nuevo en silencio, hasta que ella matizó abriendo un pañuelo:

—Vale. Ahora dirás eso de que, siendo una McRae, es normal que mi color preferido sea el de la sangre, como el color verde es el de las prostitutas o el azul el de la inocencia.

Oír eso hizo sonreír a Brodrick, que murmuró:

—En la vida diría algo así. Los colores no definen a las personas.

Volvieron a guardar silencio, pero el guerrero, conmovido al oír que se sonaba la nariz, dijo:

—No pensé que fueras a llorar así.

—¿Acaso los salvajes no podemos llorar?

—Amanda, no me entiendas mal.

Eso hizo que ella cabeceara y, secándose las lágrimas, respondió:

—¿Qué crees que pensarán los Peanut y Caroline cuando se enteren de lo ocurrido?

Sin importarle mucho aquello, el guerrero se encogió de hombros.

—Si te soy sincero, lo que piensen o no no es algo que me importe —contestó.

—Pero su madre, tu madre y Caroline piensan...

—Amanda, escúchame. Lo único que tiene que importarte es lo que yo piense, no lo que piensen ellas —la cortó Brodrick.

Al oír eso, ella asintió. Aquellas mismas palabras se las había dicho su madre.

—Pero los sentimientos son algo que no se puede controlar —murmuró.

—No estoy de acuerdo contigo.

—¡Faltaría más! —se mofó ella.

Eso hizo sonreír a Brodrick, que indicó:

—Controlar los sentimientos es algo fácil. Simplemente no tienes que dejarte dominar por ellos.

—Será fácil para las personas frías como tú. Pero a mí, cuando algo me duele, como en este caso la marcha de mi familia, lo manifiesto.

—¿Tan frío, tonto y aburrido crees que soy?

—Sí.

Molesto por aquello, el guerrero iba a hablar cuando ella añadió:

—Pero también creo que lo eres porque las circunstancias te han obligado a serlo. No creo que tú

hayas sido siempre así.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque tienes amigos que te quieren y porque, si hubieras sido el hombre que eres ahora, nunca te habrías ocupado de Peyton.

Conmovido por aquello, el guerrero se mostró de acuerdo. Y, mirando la puerta al fondo del pasillo, que tanto odiaba, susurró:

—Me alegra saber que piensas eso.

Sentados en el suelo y separados por una puerta, Brodrick y Amanda continuaron charlando. Durante un buen rato, el guerrero y la que ahora era su mujer dialogaron e incluso rieron.

—... y, desde entonces, algunos McDonald se lo piensan dos veces antes de meterse con un McRae —contaba ella.

Brodrick sonreía divertido. Amanda era graciosa y ocurrente contando anécdotas.

—¿Y cómo no queréis que a los McRae os vean como a unos sanguinarios? —afirmó.

Divertida, ella asintió, aunque no podía verla. Y, recordando las palabras de todos sus familiares al despedirse, dijo:

—Pues ándate con ojito porque, si te portas mal, su siguiente víctima serás tú.

De nuevo, ambos rieron a carcajadas. Ese momento entre los dos, aun separados por una puerta, estaba siendo muy especial.

—¿Alguien llamó tu atención en la fiesta de ayer? —preguntó entonces Brodrick.

—No.

—¿Ni siquiera Ojitos Grises?

Al oír eso, la joven se sorprendió. Pero, entendiendo su pregunta, repuso:

—Eran más bien azulados. No los tenía grises.

A Brodrick le agradó oír eso. Que de pronto hubiera aparecido Ojitos Grises le molestaba mucho. Y, cuando iba a hablar, ella continuó:

—Me sorprendiste. Eres un gran bailarín.

—Gracias.

Amanda se dio entonces la vuelta y apoyó la frente en la puerta.

—¿Por qué me besaste? —preguntó acto seguido.

El guerrero resopló. Aquella siempre era directa en sus preguntas, cosa que no dejaba de sorprenderlo. Y, dispuesto a ser tan directo como ella, respondió:

—Porque quería dejar claro a todos esos moscones que te rondaban que tu marido soy yo. Y para que tu padre se quedara tranquilo y supiera que voy a saber cuidar de ti.

La joven asintió.

—¿Y por qué me llamaste «mi amor»? —quiso saber a continuación.

El guerrero volvió a resoplar.

—No suelo utilizar palabras empalagosas, pero sentí que, en ese instante, era lo que tenía que decir.

—Lo que tenías que decir... —murmuró ella decepcionada.

Según oyó eso, el guerrero, rebelándose contra sí mismo, indicó:

—Rectifico mis palabras y, siendo claro, como sueles serlo tú, si lo dije fue porque era lo que me apetecía decir.

Turbada al oírlo, Amanda sonrió. Eso le gustaba más.

—Pero qué bonito eres, Brodrick Fraser... —susurró sin pensar.

Al guerrero le encantó oír eso.

—¿Puedo decirte algo que tengo claro pero que quizá te moleste? —preguntó Amanda a continuación.

—¿Ya vas a llamarme «tonto»?

—No.

Ambos sonrieron y luego él pidió:

—Dime entonces eso que deseas.

—Sé que nuestro primer beso, el día que regresábamos de la boda de Derek y Olivia, me lo diste tú, por mucho que te empeñes en decir que no.

Brodrick tomó aire y asintió. Él también lo sabía.

—Tienes razón. Fui yo —afirmó.

—Vaya... ¡Por fin lo admites!

El guerrero cabeceó, olvidando que ella no lo veía.

—En tu defensa repetiré eso de que dos no se besan si uno no quiere, como más tarde y ese día en tu habitación te hice saber.

De nuevo, él sonrió y ella añadió:

—Quiero que sepas que las veces que te he besado siempre ha sido porque me ha apetecido, no porque sea una libertina que vaya besándose con cualquiera.

—Me agrada saberlo. —El guerrero sonrió.

—Y doy gracias porque en este momento nos separe una puerta, porque, a pesar de lo triste que me siento por la marcha de mi familia, volvería a incumplir la séptima regla.

Atónito por aquello, y por cómo su cuerpo reaccionaba a aquellas palabras, durante una fracción de segundo él no

supo qué decir, hasta que murmuró:

—No debemos hacerlo, Amanda.

—Lo sé. Olvídalo. Solo necesitaba decirlo.

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que él, mirando hacia la puerta del fondo, comentó:

—He pensado en algo que me dijiste, y creo que llevas razón.

—¿En qué?

Levantándose, Brodrick tomó aire.

—La habitación que está cerrada con llave, la que fue de Scarlett..., creo que hay que airearla, reformarla y hacer una bonita sala de juego para los niños —indicó.

Oír eso hizo que Amanda también se levantara del suelo y, mirando hacia la puerta, susurrara:

—¿Estás seguro?

El guerrero, con una media sonrisa, respondió:

—No. Pero si tú crees que es buena idea y que eso va a hacer que sus vidas y la mía mejoren, no hay más que hablar.

En ese instante Amanda abrió la puerta. ¿En serio había oído bien?

—Acabas de sorprenderme —cuchicheó mirándolo.

—Estoy sorprendido hasta yo.

Ambos sonrieron y luego Brodrick, sin poder dejar de mirar los dulces labios de aquella, comentó:

—Me alegra que ya estés mejor.

—Gracias.

El silencio se instaló entre ellos. Estar el uno frente al otro los descabalaba, y el guerrero musitó mientras sentía como todo él se deshacía por dentro:

—Siendo sincero, me alegro de que ese hombre no tuviera los ojos grises.

—No te puedo creer.

—Y en este instante solo deseo incumplir la séptima regla...

Acalorada, Amanda se dio aire con la mano y murmuró:

—Madre mía..., madre mía...

Brodrick, que estaba tan confundido como ella, musitó:

—Efectivamente, *madre mía*...

Lo que ambos deseaban era complicado. Mucho. Tan pronto se acercaban como se alejaban. Pero Amanda, deseosa de encontrarse con él como le había indicado su padre, propuso:

—¿Y si nos damos un último beso de despedida?

No hizo falta decir más. Sin hablar, los dos dieron un paso adelante y se besaron. El deseo irrefrenable que ambos sentían a cada segundo que pasaba se volvía más vivo, más ardiente, más intenso, mientras sus bocas se devoraban y sus cuerpos se fusionaban.

Vivir y sentir ese momento entre ellos era lo que ambos deseaban, y cuando el beso acabó, Brodrick dijo en voz baja:

—No sé si ha sido buena idea este beso de despedida.

—Yo tampoco lo sé...

Estaban muy cerca mirándose a los ojos cuando el guerrero preguntó:

—¿Lo que dijo tu hermana era cierto? —Amanda levantó una ceja al oír eso, y él añadió—: Seamos sinceros entre nosotros, por favor, y nada de mentiras.

—¿Por qué recalcas tanto lo de la sinceridad y las mentiras?

Brodrick suspiró.

—Porque durante los años en los que viví con Scarlett todo fue mentira. No contaba ni una sola verdad y nunca fue sincera conmigo. Por eso. Odio las mentiras y todo lo que tenga que ver con la falta de sinceridad.

Amanda asintió, ahora lo entendía mejor, y, tras mirarlo, tomó aire y soltó:

—Lo que dijo mi hermana es cierto.

El guerrero asintió a su vez. Saber que Amanda ya se había fijado en él y le gustaba era una excelente noticia.

—Pues entonces has de saber que tú también me gustas a mí —replicó seguro de lo que decía.

—No te puedo creerrr...

—Créeme —sonrió el guerrero—, me fijé en ti el año pasado en Eilean Donan, pero...

Sin embargo, no pudo proseguir, pues Amanda, lanzándose a su boca, lo besó. Saber aquello era una excelente noticia. Y, cuando se separaron, ella murmuró:

—Yo también me fijé en ti.

—¿Aun no teniendo los ojitos grises?

Ella sonrió divertida. De pronto, que aquel no tuviera los ojos grises era algo que no le importaba absolutamente nada.

—Aun no teniéndolos —afirmó convencida.

El guerrero sonrió. Ella también. Por momentos como ese entre ellos todo merecía la pena. Y, de repente, Amanda susurró:

—Llévame a tu habitación.

—¿Qué?!

—Vale, ¡soy una McRae! Soy lady Herencia Salvaje, y eso implica que soy osada y decidida. Y, dicho esto, llévame a tu habitación.

—¡Amanda!

—O entra tú en la mía, pero el catre es de lo peor... ¡No te lo recomiendo!

Ambos rieron y luego ella añadió evitando mencionar a su padre:

—No tiene sentido lo que voy a decir, pero créeme que en este instante me siento tu mujer, como te siento mi marido. Quiero conocerte, y me encantaría que...

—Amanda...

—Lo sé... Sé que te dije que no iba a compartir lecho contigo, pero el cuerpo me arde, y sé que es por la necesidad que siento de ti.

—Tu claridad me abruma.

La joven asintió, lo entendía.

—Pues lo siento, Brodrick Fraser. Pero así soy yo, tanto para bien como para mal —indicó.

Ambos sonrieron de nuevo y, cogiéndose de la mano, comenzaron a caminar.

Capítulo 47

Cuando Brodrick cerró la puerta de su habitación, estaba nervioso. Inquieto. Excitado. No imaginaba para nada tener a Amanda en ella.

—Madre mía..., madre mía —murmuró de pronto la joven.

El guerrero sonrió y, acercándola a él, susurró:

—¿Sabes que siempre dices eso cuando estás desconcertada?

Ella lo miró sorprendida. Jamás habría pensado que se fijaría en aquello.

—¿Y tú sabes que cuando sonríes de verdad sueles tocarte el lóbulo de la oreja? —dijo sonriendo.

Brodrick levantó las cejas y ella añadió:

—Por cierto, Peyton también lo hace. Ha heredado eso de su papá.

Confundido por aquello, el guerrero sonrió. Le gustaba saber eso de su hija; entonces ella, envalentonándose, susurró mientras lo besaba en el cuello:

—Hueles muy bien.

Brodrick cabeceó. Lo que Amanda pedía era lo que más le apetecía, pero, entendiendo que más tarde ella podría arrepentirse, indicó:

—Escucha... Si nos dejamos llevar por la pasión, difícilmente vamos a poder parar y...

—¿Y por qué íbamos a parar?

—¿Y si luego nos arrepentimos de habernos dejado llevar?

Amanda tomó aire. Lo que él decía podía suceder. Pero, consciente de sus palabras y de lo que le estaba proponiendo, dijo observando la excitación que transmitían sus ojos:

—¿Me estás diciendo que no deseas lo mismo que yo? ¿De verdad no deseas que nos besemos o nos toquemos por si nos arrepentimos luego?

—Lo deseo. Claro que lo deseo. Pero, Amanda, no quiero hacer nada que...

—No estás haciendo nada que yo no quiera. De hecho, he sido yo quien te ha pedido venir a tu habitación, y soy yo la que ha sacado el tema. Y estoy convencida de que las mujeres que se precian de ser «finas y delicadas» como Caroline...

—Olvídate de Caroline.

—... no sugieren lo que acabo de decir. Pero yo soy Amanda, y...

—Y eres preciosa, además de mi mujer y la condesa de Aviemore.

La joven sonrió. Oírlo decir aquello era delicioso. Y, con mimo, murmuró tocando su encantador rostro:

—Pero qué bonito eres, Brodrick Fraser.

Abrumado por la infinidad de sentimientos que de pronto bullían en su interior, el guerrero la besó. Aquel beso cargado de deseo le erizó todo el vello del cuerpo y, cuando

terminó, viendo que Amanda le sonreía, supo que deseaba continuar. Por ello, dio un paso atrás y, desabrochándose el chaleco que llevaba, se lo quitó y lo dejó caer al suelo.

Amanda asintió al verlo. Sobraban las palabras. Aceptaba el reto. Y, a pesar de lo asustada que estaba, se desabrochó el chaleco y, como había hecho él, lo tiró al suelo.

Acto seguido y en silencio, se quitaron las botas, después los pantalones y, cuando quedaron vestidos solo con unas finas camisolas, Brodrick dijo:

—Amanda, si seguimos ya no habrá marcha atrás.

Acalorada como en su vida, la joven asintió. Sabía que estaba en un punto de no retorno, y, tras quitarse la camisola beige, la tiró al suelo y, quedando desnuda ante el guerrero, afirmó colorada como un tomate:

—No quiero que haya marcha atrás.

Durante unos segundos Brodrick, boquiabierto, ni siquiera parpadeó; la belleza del cuerpo desnudo de Amanda lo tenía hipnotizado. Tras recorrerla con sus oscuros ojos, susurró maravillado:

—Eres muy hermosa.

—Gracias.

Instintivamente, el highlander se quitó también la camisola y, una vez que quedó desnudo, al ver que ella recorría su cuerpo con los ojos, centrándose en una parte en particular, iba a decir algo cuando la oyó susurrar:

—Ma-madre mía...

Divertido por su gesto, Brodrick preguntó:

—¿Te inquieta lo que ves?

—Una barbaridad...

Había oído que el miembro del hombre crecía al excitarse, ¡pero ¿tantoooo?! Y con un hilo de voz añadió:

—¿Eso... eso... es lo que ha de...?

Entendiéndola, él asintió.

—Lo haré poco a poco y con delicadeza —dijo para tranquilizarla—. Y si en algún momento quieres parar, solo tienes que decirlo y pararé.

Boquiabierta, y sin poder apartar la mirada, Amanda insistió:

—Pero ¿eso va a...?

Intentando no reír al ver su inocencia, el guerrero musitó:

—Tranquila. Tú por eso no te preocupes.

Trastocada al ver aquel miembro viril tan enorme y erecto, la joven cabeceó; entonces Brodrick la acercó a su cuerpo y susurró mirándola a los ojos:

—Pero antes de que eso pase, disfrutemos de otros momentos.

Acto seguido, el guerrero la llevó a la cama y, tumbándose con ella, la besó con mimo y amor y, con una ternura impresionante, fue guiándola para que ella se sintiera cómoda y segura.

Amanda, acalorada, disfrutaba de aquel contacto tan íntimo entre los dos mientras aprendía rápidamente. Al no ser una joven vergonzosa, sino más bien desinhibida, se atrevía a cosas que a otras les habrían horrorizado, y en un momento dado, cuando él jadeó, ella paró de hacer lo que hacía y preguntó preocupada:

—Madre mía... ¿Qué he hecho mal?

El guerrero, que estaba tumbado en la cama con su mujer encima, murmuró entonces mientras volvía a colocar la mano de aquella sobre su miembro viril:

—Si jadeo es porque me das placer.

—¿Seguro?

—Segurísimo. —Sonrió.

Amanda asintió, y Brodrick movió el dedo en el interior de ella y, al ver que jadeaba, indicó:

—Mi placer es como el tuyo. ¿Me crees ahora?

Entendiendo lo que quería explicarle, ella deslizó la mano por encima de aquel miembro tan duro y erecto, y con una media sonrisa dijo con un hilo de voz:

—Te creo...

Mirándose a los ojos, ambos sonrieron disfrutando del momento, hasta que ella comentó acalorada:

—Creo que tocarnos así podría considerarse indecoroso.

—Entre marido y mujer, no —afirmó Brodrick antes de besarla.

Excitada y tremendamente encendida, Amanda soltó de pronto:

—¿Esto te lo enseñó Caroline?

Oír eso hizo que el guerrero se detuviera de repente, y ella, viendo que la miraba, aclaró:

—Me dijo que ella te había enseñado una determinada cosa que hacías con los dedos.

Sin dudarlo, Brodrick negó con la cabeza.

—Para tu información, esto no me lo ha enseñado ella, en realidad no me ha enseñado nada —replicó—. No te creas nada de lo que ella te haya dicho. Y, por favor, deja de

mencionarla. Ella no tiene cabida ni en esta cama ni en nuestras vidas.

Amanda asintió y, acercando su boca a la de él, lo besó. No había más que hablar.

Durante un buen rato ambos gozaron de la desnudez y la cercanía de sus cuerpos. Para ella todo era nuevo, pero para él no. Había disfrutado con muchas mujeres, pero Amanda era la única mujer a la que había guiado y enseñado.

—Mi madre me dijo que habría un momento de dolor rápido y fugaz —comentó ella al cabo.

—Así es.

—¿Y cuándo se produce?

Comprendiendo su pregunta, Brodrick asintió y se colocó encima; tocó la humedad de entre sus piernas y, apoyando la punta de su pene en ella, dijo:

—El momento de dolor lo sentirás cuando mi miembro entre por completo dentro de ti y te posea.

Amanda afirmó con la cabeza acalorada. Notar como aquel empujaba en su vagina para introducirse en ella le proporcionaba un maravilloso placer, y murmuró:

—Madre mía..., madre mía...

Con mimo y delicadeza, el guerrero fue abriéndola poco a poco. Quería que ella disfrutara de su desfloramiento y que no lo recordara como algo traumático.

—No duele, solo siento placer —dijo Amanda—. Mucho placer.

El guerrero asintió. Le gustaba saber aquello. La contención que estaba empleando para no hacerle daño era extrema, y explicó volviendo a entrar:

—El placer que sentirás una vez esté por completo dentro de ti será descomunal.

—¿Tú también lo sentirás?

—Lo sentiré —aseguró él—. Y lo mejor es que mañana, pasado mañana o dentro de tres meses ese placer será aún más intenso para ti, porque tu cuerpo lo reconocerá como algo que es para disfrutar.

Ella asintió gustosa, y de pronto él murmuró mirándola:

—Lo siento, mi amor...

Y, dando un nuevo empujón que hizo que se hundiera en ella por completo, mitigó el grito de dolor con su boca, y cuando aquel pasó y oyó a la joven jadear, susurró:

—Así es, mi amor. Acóplate a mí. Disfrútalo.

Amanda, a la que el dolor había recorrido de pies a cabeza, jadeaba. Por unos instantes le había faltado el aire, pero de nuevo volvía a respirar. Algo se había roto en su interior, había sentido como algo se había rasgado. Pero, ahora, notar el duro miembro del que era su marido poseyéndola la volvía loca, y exigió:

—Sigue..., sigue...

Sabiendo que ahora el camino estaba ya libre y el acto era indoloro, el guerrero continuó. Con destreza, ahondó en ella arrancándole gemidos de placer. Y, cuando su cuerpo se tensó y supo que había alcanzado el clímax, aceleró sus acometidas y se corrió en un intenso orgasmo.

Acalorados y jadeantes, se abrazaban. Lo que acababa de ocurrir era algo que ninguno de los dos había imaginado que pasaría. Y Amanda, sorprendiéndolo, dijo entonces en su oído:

—Sé que para ti es una palabra empalagosa, pero me gusta cuando me llamas «mi amor».

—¿Ah, sí?

Sin dudarlo, ella asintió.

—Soy una romántica empedernida, aunque en otros momentos veas en mí a una salvaje descarada y...

—Eres mi lady Herencia Salvaje.

Ambos rieron por aquello y luego él añadió:

—Si te gusta que te llame «amor», lo recordaré.

Los dos sonrieron.

—¿Cómo te gustaría a ti que te llamara yo en los momentos ñoños? —preguntó ella.

El guerrero la miró y ella, con gracia, propuso:

—«Cielo», «tontito», «cucuchito», «cariño», «tocinito», «amorcete», «gruñoncito»...

Ambos rieron de nuevo y él, hechizado, pues nunca una mujer le había dedicado una palabra especial, musitó:

—Llámame como tú quieras.

—¿«Tontito»?

El guerrero levantó una ceja y luego ella, divertida, cuchicheó:

—Dicho así es algo cariñoso.

—No sé yo, ¿ehhh? —se mofó Amanda haciendo que ambos rieran.

Aquello desembocó en nuevos besos, nuevas sensaciones, nuevos deseos, y finalmente el guerrero indicó mirándola:

—Llámame como tú quieras, *amor*.

Gustosa de verlo tan receptivo, tras darse un último y cálido beso al incorporarse la joven vio sangre entre sus

muslos. Aquello era por el desfloramiento.

—¿Te ha dolido mucho? —preguntó él.

Amanda, levantándose de la cama, fue hasta donde se hallaba la aljofaina y, tras humedecer un paño en el agua, indicó mientras se limpiaba:

—Fue más doloroso cuando un tipo me atravesó el muslo con su espada.

Al oír eso, Brodrick se incorporó. Y, viendo la cicatriz que aquella tenía en el muslo derecho, iba a preguntar cuando Amanda contó:

—Mi familia y yo regresábamos de Ayr. Habíamos ido a una boda y, a la altura de Kilmarnock, nos asaltaron unos hombres, pero por suerte pudimos defendernos. Ni que decir tiene que esa noche mi padre hizo que el que me clavó su espada dejara de respirar.

Brodrick asintió. Amanda se sentó entonces en la cama.

—Me alegra que Duncan lo hiciera —dijo él.

De nuevo los besos llegaron y el deseo irrefrenable volvió a consumirlos, y esta vez con menos contención. Las ganas que sentían el uno del otro eran abrasivas, al tiempo que dulces, tiernas, cariñosas. Tomarse del modo en que se tomaban era un regalo para los dos, y cuando ella, mirándolo a los ojos, lo llamó «cariño», el guerrero se desvivió.

Una vez que acabaron de disfrutar de la intimidad de sus cuerpos, estaban acalorados y jadeantes sobre la cama cuando Amanda preguntó al recordar algo:

—¿Qué pensará tu madre de esta boda?

—Nada bueno. Créeme —repuso Brodrick.

—¿Es de las que piensan que los de las Highlands somos unos salvajes? Y más yo, que soy una McRae...

—A la primera pregunta, no. A la segunda, sí.

Amanda suspiró.

—Madre mía..., madre mía...

Brodrick sonrió y, dándole un cariñoso beso en la frente, contestó:

—Tranquila. Yo me ocuparé.

Ella asintió, sin duda era la mejor idea. Acto seguido, le acarició la cicatriz que aquel tenía en el estómago y comentó:

—Qué cicatriz tan fea.

—Lo es.

—¿Cómo te la hiciste?

Brodrick se levantó entonces de la cama para que dejara de tocarle la cicatriz y, sin responder, se encaminó hacia una mesa donde había una jarra, se sirvió agua en un vaso y bebió.

Amanda lo miró. Sabía por Emilia que aquello se lo había hecho Scarlett con unas tijeras.

—¿Por qué no contestas a mi pregunta? —insistió incorporándose.

Después de dar un trago, el guerrero dejó el vaso sobre la mesa e indicó:

—Creo que deberías vestirme y marcharte.

Sorprendida por el tono de voz con que le hablaba, ella musitó:

—Venga, no seas tontito.

—Amanda, te estoy hablando en serio.

—¿Me estás echando de tu habitación?

—Te estoy invitando a marcharte. No te estoy echando.

—¿Ah, no?

—No. Porque si te echara te diría: «¡Fuera de mi habitación!», pero, en cambio, te estoy diciendo: «Creo que deberías irte»...

—¿Y cuál es la diferencia, si la finalidad de ambas es que me vaya?

—Amanda...

—Porque esa diferencia que tú dices para mí no existe, y además cre...

—Te agradecería que te callaras.

—¿Que me calle?

—Sí. Que cierres la boca. Que dejes de hablar.

Amanda asintió. Y, enfadada por el brusco cambio de humor de aquel tras el bonito y agradable momento de intimidad que habían vivido, declaró:

—Si pudiera, firmaría la renuncia en este mismo instante.

Oír eso al guerrero no le agradó. Y ella, cada vez más molesta, añadió:

—Muy bien. Si quieres voto de silencio, así será.

Si algo sabía manejar perfectamente Amanda era el voto de silencio. Aquello era algo que a su padre lo desesperaba. Duncan siempre decía que prefería que le contestara lo que fuera a que callara. Y, poniéndose la camisola para no salir desnuda, recogió el resto de sus cosas y, sin más, abrió la puerta y se marchó sin mirar atrás. Eso sí, dando un portazo que hizo que el guerrero se encogiera.

Capítulo 48

Esa noche, tras una cena en la que Derek y Olivia no pararon de bromear para satisfacción de Wallace y Nigel, mientras que Brodrick y Amanda apenas se miraban, esta última se excusó. Quería ir a ver si Peyton dormía.

Al salir del salón Olivia se le unió y, juntas, subieron a ver a la pequeña. Una vez que comprobaron que la niña dormía, regresaban al salón cuando Olivia cuchicheó:

—¿No te parece increíble?

Amanda la miró con seriedad y, sin ganas de bromas, preguntó:

—¿Increíble el qué?

Mientras bajaba la escalera con su habitual felicidad, su amiga respondió:

—Increíble que somos recién casadas, vivimos en el mismo lugar y...

—A ver, Olivia... —gruñó ella parándose de pronto—. ¿Qué parte es la que no entiendes en lo referente a Brodrick y a mí?

Olivia, sorprendida por su tono de voz, parpadeó.

—Tu boda con Derek fue por amor. La mía con Brodrick, no —insistió Amanda—. ¿De verdad crees que yo tengo ganas de tonterías y de situaciones increíbles?

Según dijo eso, al ver el gesto de su amiga, de inmediato se sintió fatal. Estaba pagando con ella lo que no había pagado con Brodrick. Y, sentándose en uno de los escalones, murmuró:

—Lo siento. Perdóname.

Olivia asintió y, sentándose a su lado, iba a hablar cuando aquella soltó:

—Estoy enfadada, ¡mucho!

—Ay, amiga, ¿qué te pasa?

—Me pasa que soy tonta. Que me dejé llevar por el deseo y mi parte romántica y salí escaldada. Y ahora, me apetezca o no, estoy haciendo voto de silencio.

—¿Voto de silencio?

Amanda asintió y, mirando a su amiga, cuchicheó:

—En Eilean Donan, si había algo que a mi padre lo desesperara era que mi madre, mi hermana o yo hiciéramos voto de silencio. —Olivia parpadeó sin entender, pero aquella prosiguió—: Voto de silencio es simplemente ¡no hablar! Y eso a mi padre lo vuelve loco.

Olivia sonrió.

—Recuerdo una vez que yo quería ir a una fiesta en el pueblo de Dornie y mi padre no me dejó —añadió Amanda—. Me enfadé con él. Por supuesto, no fui a la fiesta, pero estuve sin hablarle siete días.

—¿Y qué pasó?

—Pues que al octavo mi padre ya no podía más. ¡Se subía por las paredes! Me pidió perdón, y nunca más volvió a prohibirme ir a ninguna fiesta.

—Yo no creo que pudiera, con lo que hablo... El voto de silencio sería un castigo para mí.

—Para mí tampoco es fácil. Pero si algo he aprendido es que, en ocasiones, los silencios son más perturbadores que las palabras.

Ambas sonrieron y luego Amanda, mirando a su amiga, declaró:

—Olivia, Brodrick me gusta... El corazón se me acelera cada vez que sonrío o me mira de esa manera que solo sabe hacer él y...

—¿Y por eso haces voto de silencio?

—No.

—¿Entonces...?

La joven se tocó su cabello oscuro y dijo:

—Bueno, hoy...

—¿Hoy, qué?

—Madre mía..., ¡no sé ni cómo contártelo!

Olivia levantó las cejas y Amanda, tomando aire, susurró:

—Esta mañana, cuando mi familia se ha marchado, me sentía fatal. Me he encerrado en la habitación, Brodrick ha venido y, separados por la puerta, hemos hablado y hablado y hablado. Me ha tranquilizado. Me ha hecho sonreír. Y... y, bueno, al final he abierto la puerta, le he dicho que me gustaba, él me ha dicho que yo le gustaba también y, sin pensar en nada más porque toda yo ardía de deseo, le he propuesto ir a su dormitorio.

Olivia parpadeó asombrada.

—Lo sé —se apresuró a decir Amanda—. Soy una descarada de mucho cuidado.

Eso hizo reír a Olivia, y su amiga prosiguió:

—El caso es que hemos ido a su habitación y, dejándome llevar por mi impetuosidad y por el deseo irrefrenable que

me provocaba tenerlo cerca, le he sugerido que disfrutáramos de nuestros cuer...

—¡No!

—¡Sí!

—¡No te puedo creerrrrrrr!

Amanda asintió, y Olivia, con los ojos bien abiertos, murmuró con picardía:

—Entonces, Brodrick y tú...

—Sí. Y, madre mía, Olivia..., ni te imaginas lo increíble que ha sido, en especial la segunda vez.

La aludida sonrió.

—Amiga..., creo que sí me lo imagino, porque esta tarde lo he disfrutado yo.

Oír eso hizo que Amanda la mirara y, al ver su gesto, cuchicheó:

—¡No te puedo creerrrrrrrrr!

Acalorada, Olivia asintió y, tras hacer unos aspavientos con las manos que a ambas las hicieron reír a carcajadas, susurró:

—¿No te parece increíble lo que crece eso?

Amanda, divertida, se tapó el rostro con las manos. Sabía a lo que se refería.

—La primera vez que lo vi, me asusté y pensé: «¡Este hombre no está bien hecho!» —musitó Olivia—. Pero luego, cuando nos empezamos a besar, a tocar y a todo lo que siguió, el susto se me pasó. ¡Y, por san Fergus, lo que disfruté! ¡Y lo bien hecho que está mi maridito!

Ambas reían con complicidad por aquello cuando Amanda preguntó:

—¿No sentiste dolor?

—Como me había dicho mi abuela, fue un instante. Pero lo que luego sentí valió mil veces ese dolor. Y, entre tú y yo, estoy deseando regresar a nuestra habitación para volver a sentirlo. Pues cada vez que lo hacemos lo disfruto más y más.

—Serás descarada. —Amanda rio divertida.

—¡A ver si te crees que aquí la única descarada eres tú! —replicó Olivia.

Las dos jóvenes estaban riendo por aquello cuando de pronto Brodrick apareció y preguntó al verlas sentadas en la escalera:

—¿Qué hacéis ahí?

—Hablando —contestó Olivia y, al levantarse, añadió notando el tirón que Amanda le estaba dando a su falda—: Os dejo. Voy a buscar a Derek.

Una vez que aquella se marchó, Amanda se levantó también y, cuando iba a echar a andar, Brodrick la agarró del brazo.

—Amanda...

De un tirón, la joven se deshizo de su mano, pero él insistió:

—¿Quieres hacer el favor de parar un segundo?

Amanda paró, lo miró y este dijo:

—Tengo que pedirte disculpas.

Ella levantó las cejas y negó con la cabeza mientras él decía:

—Lo sé. He sido yo quien lo ha estropeado. He sido un grosero... Pero hablemos.

De nuevo ella negó con la cabeza.

—¿No? ¿A qué dices que no? —preguntó Brodrick.

A punto de hablar, Amanda se mordió los labios. Por gestos, volvió a indicarle que no diría nada, y el guerrero cuchicheó molesto:

—Maldita sea, Amanda. Pero ¿qué dices? ¿Por qué no hablas?

Dando media vuelta, prosiguió su camino. No pensaba romper su voto de silencio. Si antes había sido él quien no quería hablarle, ahora quien no le hablaba era ella a él.

Una vez que Amanda entró en el salón, se unió a Olivia, Derek, Wallace y Nigel y, poco después, lo hizo Brodrick.

—¿Os apetece que os sirva un poco de mi estupendo whisky? —les ofreció Joshua.

Sin dudarle, todos asintieron; aquello era el orgullo de Joshua. Y, cuando dieron el primer trago, Amanda, a la que aquel brebaje le había quemado la garganta, murmuró:

—Madre mía...

—¡Por san Fergus! —susurró Olivia con lágrimas en los ojos.

Joshua, al oírlas, las miró con una sonrisa y preguntó:

—Rico, ¿eh?

Recordando lo que Brodrick le había comentado de aquel whisky, Amanda exclamó sin dudarle:

—Riquísimo.

Oír eso hizo sonreír a Joshua, que, dirigiéndose al conde, afirmó:

—Esta muchacha sí que sabe apreciar lo bueno.

Brodrick y el resto de los hombres asintieron con una media sonrisa, y estaban hablando con el anciano cuando Olivia preguntó dirigiéndose a Amanda:

—¿Te parece rico?

Bajando la voz para no ser oída, la joven respondió:

—Es horrible... Pero lo prepara él y no quiero quitarle la ilusión.

—Lo recordaré —cuchicheó Olivia, a la que la boca le ardía.

Joshua se marchó, y el grupo continuó hablando, hasta que Wallace y Nigel se retiraron a dormir y Derek comentó mirando a su mujer:

—Cariño, tienes cara de cansancio.

Con comicidad, Olivia abrió la boca y afirmó:

—La verdad es que sí... Deberíamos irnos a descansar.

Instantes después, cuando aquellos se marcharon también, Amanda se acercó a la ventana y Brodrick comentó caminando tras ella:

—Bonita noche, ¿verdad?

La joven se limitó a encogerse de hombros y él, que necesitaba comunicarse con ella, insistió:

—¿Te ha gustado la cena?

Sin dudarle, Amanda asintió con la cabeza, y luego Brodrick dijo:

—Hoy Emilia y Joshua han ido al pueblo a recoger el colchón que encargamos para ti. Me consta que, durante la cena, Pedro y Lorenzo lo han subido a tu habitación. Cuando te traslades con tus cosas al dormitorio que ocupaban tus padres, te llevarán el colchón allí.

Saber eso hizo que Amanda asintiera con una media sonrisa, y el guerrero, descolocado, preguntó:

—¿Vas a seguir sin hablarme?

La joven lo miró y, entendiendo que aquel no comprendía lo que estaba haciendo, soltó con comicidad:

—¿Tú sabes lo que es el voto de silencio?

Sin dudarlo, Brodrick negó con la cabeza.

—Pues es lo que Peyton hace contigo y lo que yo estoy haciendo también ahora —explicó ella—. Y, dicho esto, como me pediste que me callara y no puedo firmar la renuncia para marcharme de aquí, no tengo más que añadir.

Sorprendido, él la miró. ¿Otra vez le recordaba lo de la renuncia? Entonces ella, mirándolo, le dijo adiós con la mano y salió del salón.

Una vez que Amanda cerró la puerta, corrió escaleras arriba. Tenía que alejarse de Brodrick antes de que volviera a romper su voto de silencio. Y, al entrar en la habitación y ver un amplio colchón nuevo en el suelo, sin dudarlo, se tiró sobre él y murmuró:

—Ahora sí que podré dormir.

Capítulo 49

Cuando se despertó al día siguiente y abrió un ojo, Amanda sonrió al ver a Peyton dormida a su lado. Durante la noche, la niña debía de haber entrado en la habitación sin que ella se diera cuenta.

La miró con mimo. Su pelo rojo. Su piel blanca. Sus pequitas en las mejillas; Peyton era una auténtica muñequita. En ese momento esta abrió los ojos y saludó:

—Buenos días, Amanda.

—Buenos días, Peyton.

Se quedaron mirándose unos instantes en silencio, hasta que la chiquilla comentó:

—Hoy he soñado con Stephanie.

Oír eso hizo sonreír a Amanda, y luego la niña cuchicheó:

—Me contó que tenía una enorme casa de muñecas en su habitación con la que jugaba todos los días.

—¡Qué bien! —afirmó Amanda, que preguntó—: ¿Tú no tienes una casa de muñecas?

—La tuve.

—¿Y dónde está?

—La señora la rompió. Pero en casa de la señora Eleanor tengo una muyyyy bonita.

Amanda tomó aire. Cada vez que la cría hablaba de su madre, era para recordar cosas terribles.

—¿Te gustaría tener una casita nueva de muñecas aquí, en Roy Trust? —cuchicheó sonriendo.

Sin dudarle, Peyton asintió.

Durante un rato hablaron sobre la nueva amiga de la niña. Y Amanda, viendo la ilusión que aquello le hacía, la dejó hablar, hasta que de pronto Peyton dijo:

—Tu colchón es grande y nuevo. ¡Me gusta!

—Y a mí —declaró Amanda.

—Huele muy bien.

—La verdad es que sí —convino Amanda.

Estaban sonriendo por aquello cuando la joven preguntó:

—¿Y qué haces aquí, cielo?

—Me desperté durante la noche y, cuando recordé que estarías triste por la marcha de tu familia, me vine corriendo a dormir contigo. Así no estarías solita.

Encantada, Amanda la abrazó. Los sentimientos que Peyton le mostraba eran puros, bonitos.

—Eres un precioso amor —aseguró dándole un beso en la cabeza.

Gustosa y encantada, la niña sonrió, y a continuación Amanda comenzó a hacerle cosquillas y la pequeña se puso a reír a carcajadas. Oír su risa era un buen modo de empezar el día.

Un buen rato después, tras vestirse ambas y asearse, bajaron de la mano al salón para desayunar. Al entrar se encontraron con Brodrick, Olivia y Derek, que rápidamente las saludaron al verlas.

Emilia se acercó entonces a Amanda y susurró para que Peyton no la oyera:

—Dice Joshua que, cuando puedas, te acerques al establo. Al parecer, la cachorrita no ha pasado su mejor noche.

Oír eso entristeció a la joven. La situación de *Bonnie* no estaba evolucionando como ella esperaba.

—Dile que iré enseguida —indicó.

Acto seguido se sentaron a la mesa y Amanda, mirando a la niña, preguntó mientras le servía leche en un cuenco:

—¿Bizcocho de miel o de limón?

—Limón.

Con diligencia, e ignorando la mirada de Brodrick, Amanda se ocupó de todo lo que la chiquilla necesitaba, y, una vez que acabó, explicó mirándola:

—Tengo que salir un instante, pero enseguida vuelvo.

El gesto de susto de aquella al saberlo hizo que Amanda enseguida mirara a su amiga y le pidiera:

—Olivia, ¿puedes sentarte un momento con Peyton hasta que yo regrese?

—Por supuesto que sí.

Sin mirar atrás, o el gesto de la niña la detendría, Amanda salió a toda prisa del salón y, corriendo como si no hubiera un mañana, fue hasta el establo, donde se encontró con Joshua.

—Cada día me preocupa más su estado de salud —señaló el hombre al verla.

Al instante Amanda se acercó hasta la cachorrilla. A pesar de que ahora estaba limpia y muchas de sus heridas comenzaban a sanar, su estado continuaba siendo delicado.

—Sigue luchando —murmuró.

—De eso no te quepa duda. Pero tenías que saber que no ha pasado una buena noche.

Después de unos minutos hablando con Joshua y de prometerle que regresaría, Amanda corrió al castillo de nuevo y, una vez que entró sudorosa en el salón, Brodrick preguntó mirándola:

—¿Por qué corres tanto?

Encogiéndose de hombros, ella se sentó en el sitio que Olivia había desocupado y, mirando a Peyton, indicó:

—¿Lo ves? No he tardado mucho.

Molesto y enfadado porque aquella no le hablara, el guerrero tomó aire. Amanda podía ser tan desesperante como él. Y, sin decir más, vio como ella comenzaba a servirse su desayuno.

Olivia, para evitar el silencio que se había creado, miró entonces a Amanda y le preguntó:

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Cuidar a Peyton, quien, por cierto, me ayudará a hacer mi cambio de habitación y, si me da tiempo, el de ella y Ossian.

—¿Te mudas a la habitación de Brodrick? —terció Derek.

Al oír eso, Amanda lo miró y soltó con guasa:

—¿Qué te han echado a ti en el desayuno?

Eso hizo que Derek sonriera, y Brodrick intervino con gesto serio:

—Amanda se trasladará a la habitación que ocuparon sus padres durante su estancia aquí, y los niños ocuparán el dormitorio que ocupa ella ahora.

Derek asintió y, acto seguido, Olivia dijo:

—Quería proponerte que me acompañaras a visitar a mis abuelos, pero, sabiendo cuáles son tus planes, me apunto a ayudarte.

—Gracias. Toda ayuda es poca —afirmó Amanda con una sonrisa.

Las dos jóvenes se miraron sonriendo. Justo después Emilia entró en el comedor y, tras saludarlos a todos, indicó dirigiéndose a Peyton:

—Hemos recibido una misiva para ti.

La niña la miró, y Emilia, tras intercambiar una mirada cómplice con Brodrick, añadió:

—Es de tu amiga Stephanie, que quiere invitarte a ir a su casa a jugar. ¿Qué te parece?

La chiquilla, roja como un tomate, no sabía qué responder. Era la primera vez que la invitaban a casa de una amiga.

—¡Pero qué divertido, Peyton! —murmuró Amanda animándola—. Podrás jugar con su casita de muñecas.

—¡Es genial! —aplaudió Olivia.

—Me parece una idea excelente —apostilló Brodrick mirando a su colorada hija—. Joshua puede llevarte.

—O yo mismo —se ofreció Derek gustoso.

Emocionada, la niña los miró. Aquello era algo nuevo para ella. Pero de pronto su gesto cambió, y Amanda, al percatarse, se apresuró a preguntar:

—¿Qué ocurre, cielo?

Peyton, como siempre, no contestó y simplemente bajó la mirada. Su alegría se había tornado en desconcierto en décimas de segundo. Entonces Amanda le cogió el rostro

para que la mirara a los ojos e insistió sin importarle que todos la observaran:

—Peyton, ¿qué pasa?

La niña, nerviosa al ver que era el centro de atención, miró a la joven y susurró:

—No quiero ir.

Oír eso hizo que todos los presentes intercambiaran miradas sorprendidos. Desde que había regresado de la fiesta de Olivia, Peyton no paraba de hablar de su amiga Stephanie, por lo que Amanda preguntó:

—¿Por qué no quieres ir?

La niña, tras mirarla, desvió la mirada y Amanda comentó:

—Oh-oh-oh... Tienes preguntas. Lo veo en tus ojos.

Según dijo eso, todos la miraron sin entenderla.

—A ver, cielo. Te he dicho que, cuando hay preguntas, es necesario hacerlas o estas se quedan en la cabeza dando vueltas y vueltas y nunca se resuelven —insistió Amanda; y, dirigiéndose a los adultos, que la observaban boquiabiertos, añadió—: ¿A que es bueno preguntar?

—Buenísimo —aseguró Olivia siguiéndole el juego.

—Por supuesto que sí —asintió Emilia.

Amanda, viendo entonces que había captado la atención de la niña, comentó:

—Por cierto, Emilia, tengo una pregunta para ti que lleva días rondándome por la cabeza.

—Pues pregúntame, Amanda.

Ella asintió. Tenía que pensar algo con rapidez, así que, retirándose el cabello oscuro del rostro, finalmente preguntó:

—¿Hay mucho tonto viviendo en el castillo?

Emilia, sin entender a qué se debía aquella pregunta, miró a Brodrick, que estaba tan descolocado como ella, y respondió:

—Que yo sepa, no.

Amanda asintió, Brodrick resopló y ella prosiguió:

—Derek, tengo otra pregunta para ti.

—Tú dirás.

—La espada que llevas ¿dónde la compraste? Es preciosa, y no dejo de preguntarme dónde la adquiriste.

El guerrero, sorprendido por aquello, contestó:

—En Pittenweem.

Al oírlo, Amanda asintió conforme y, mirando a la pequeña, que la observaba, dijo a continuación:

—Dos preguntas que daban vueltas en mi cabeza ya han desaparecido de mi mirada. ¿Has visto qué fácil es preguntar para saber?

Los adultos observaban boquiabiertos a Amanda, hasta que de pronto la niña, sorprendiéndolos, dijo:

—Te-tengo una pregunta.

—¿Lo ves? Lo sabía —afirmó Amanda con tranquilidad.

Brodrick no daba crédito. La manera en que Amanda había llegado a su hija lo fascinaba. Con su desparpajo y su manera de ser, ella había conseguido con Peyton algo único.

—Pues ya sabes, cielo, haz tu pregunta —la oyó decir—. Y recuerda que se la tienes que hacer a quien creas que te la puede responder, ¿entendido?

La cría asintió y, con la respiración acelerada, se volvió hacia el que era su padre.

—Señor..., ¿podré regresar cuando acabe de jugar? —preguntó.

Sobrecogido, Brodrick parpadeó. Pero ¿cómo podía Peyton preguntar aquello? Intentando no mostrar la tristeza y el desconcierto que le provocaba aquella pregunta, con decisión afirmó mirando a la niña:

—Esta es tu casa, tu hogar, y tu gente somos todos nosotros. Por supuesto que regresarás y, si es necesario, yo mismo iré a recogerte al atardecer.

Saber eso hizo que la niña asintiera y una tímida sonrisa apareciera en su rostro. Brodrick sonrió encantado. Era la primera vez que la pequeña le dedicaba algo tan bonito.

—Pregunta resuelta y que ha desaparecido de tu mirada —comentó Amanda a continuación—. ¡Estupendo! Entonces ¿ahora quieres ir a jugar con Stephanie?

La chiquilla asintió y Emilia, conmovida por aquello, indicó:

—Pues termina de desayunar y después Joshua y yo te llevaremos a casa de tu amiga.

Cuando, minutos después, Peyton terminó su desayuno y se marchó, Derek se dirigió a Amanda.

—¿Preguntas en la mirada?

La joven asintió y, sonriendo, contestó:

—Cuando Johanna y yo éramos pequeñas, para saber las cosas que nos inquietaban, mi madre nos decía que veía las preguntas en la mirada, y siempre acababa enterándose de todo.

Eso hizo sonreír a todos, y al cabo Olivia sugirió:

—Ahora que no está Peyton, ¿qué te parece comenzar la mañana acompañándome a casa de mis abuelos y luego,

cuando regresemos, hacer el traslado de tu habitación?

Amanda lo pensó. El día era muy largo, por lo que afirmó:

—Me parece una excelente idea.

—Les diré a Henry y a Paver que os acompañen —indicó Brodrick.

Oír eso hizo que Amanda negara con la cabeza y, mirando a su amiga, pidió:

—Olivia, por favor, ¿podrías informar de que no necesitamos niñeras?

Según dijo eso, Brodrick parpadeó.

—¿Acaso no me lo puedes decir tú? —la reprendió.

Sin responder, la joven seguía mirando a su amiga cuando Olivia dijo:

—Brodrick, no necesitamos niñeras.

El guerrero tomó aire. Si Amanda se proponía sacarlo de sus casillas, iba por buen camino.

—Os agradecería que estuvierais aquí a la hora de la comida —insistió mirándola—. Posiblemente sobre esa hora lleguen mi madre y Ossian.

Amanda, al oír eso, volvió a dirigirse a su amiga:

—Dile a quien corresponda que regresaremos cuando lo veamos pertinente y que bajo ningún concepto venga nadie a buscarnos. —Y, bajando la voz, añadió—: ¡Ni que fuera mi padre!

Olivia se disponía a hablar de nuevo cuando Brodrick, molesto, indicó:

—Lo he oído. No hace falta que me lo repitas.

—Olivia —intervino entonces Derek—, aunque son tierras seguras, creo que...

—Derek —lo cortó ella—, no te pongas pesadito tú ahora.

Los dos guerreros se miraron y, cuando Derek iba a protestar, Amanda se puso en pie y dijo mirando a su amiga:

—Voy a cambiarme de ropa. Nos vemos en las caballerizas.

Una vez que salió del salón dejando a Brodrick y a Derek con la palabra en la boca, estos miraron a Olivia, que dijo:

—Parece que se ha quedado una preciosa mañana, ¿verdad?

Los guerreros resoplaron.

—¿Se puede saber por qué no me habla? —preguntó entonces Brodrick.

Olivia, aun sabiendo el motivo, se encogió de hombros. Aquello era un problema de ellos dos y ella no debía meterse, por lo que simplemente dijo:

—Voto de silencio.

—¿Voto de silencio? —exclamaron los dos hombres al unísono.

Ella asintió y, sin querer hablar de más, indicó mirando a su marido al tiempo que se levantaba:

—Cariño, que tengas una buena mañana.

Y, sin más, la joven salió del salón y ellos, mirándose sin hablar, se preguntaron qué narices era el voto de silencio.

Capítulo 50

Brodrick, inquieto, vio salir de las caballerizas a las dos mujeres montadas en sus respectivos caballos, y Derek, acercándose a él, indicó:

—Tranquilo. Mientras estén en las tierras de los Lannister y los Fraser, no puede sucederles nada.

El guerrero asintió y, volviéndose hacia su amigo, que sonreía, miró a la que era su mujer.

—¿En serio vas a tener esa expresión todo el rato? —soltó.

—Olivia me hace muy feliz —afirmó Derek riendo—. ¿Cómo no voy a sonreír?

Una vez que se alejaron de la ventana, ambos se dirigieron hacia el despacho de Brodrick. Allí, durante horas, resolvieron temas relativos a la fortaleza y las tierras, y, cuando acababan, Emilia entró en el despacho y anunció:

—Mi niño, tu madre y tu hijo acaban de llegar.

Feliz, el guerrero asintió. Ver a Ossian y a su madre le apetecía mucho, y, junto con su amigo, caminó hacia la puerta de entrada. Al abrir, se encontró con varios de los hombres que habían acompañado a su madre y, cuando la vio a ella, la saludó:

—¡Madre!

La mujer, al volverse, sonrió al ver a su hijo y, enseñándole al pequeño, que llevaba entre sus brazos, dijo con su marcado acento francés:

—*¡Par Dieu, Ossian...!* ¡Mira dónde está papá!

Brodrick sonrió clavando la mirada en aquel pequeño de escaso pelo oscuro y ojos negros que tendía las manitas hacia él. Era uno de sus amores. Y, cuando lo tuvo entre sus brazos, aspiró el aroma de su hijo y murmuró:

—Hola, pequeño. Cuánto deseaba tenerte a mi lado.

—¿Y mi niña? —preguntó entonces la recién llegada.

—Peyton no está, madre. Más tarde la verás.

—*Par Dieu...* —se lamentó la mujer decepcionada.

Ossian balbuceó, gorgoteó, gritó; por su padre sentía verdadera adoración. Mientras padre e hijo se deshacían en besos y arrumacos, Derek los observaba emocionado.

—Lady Eleanor, qué alegría volver a veros —saludó al cabo.

—Lo mismo digo, Derek. Y enhorabuena por tu boda. Ya me he enterado.

—Gracias.

Ossian, al ver a Derek, también le echó los brazos, y, una vez que el guerrero lo cogió, Eleanor miró a su hijo y pidió:

—Dime que no es cierto.

—Madre...

—Oh, por Dios, ¡estoy en un sinvivir! No me mientas.

—Las mentiras y yo bien sabes, madre, que no somos amigos.

—Pues dime que no es cierto.

Sin necesidad de preguntar a qué se refería, Brodrick tomó aire y, mirando a aquella, la abrazó y dijo:

—Yo también me alegro mucho de verte, madre.

Emilia, que se había mantenido en un segundo plano, se acercó ahora a saludar.

—Bienvenida, lady Eleanor.

La mujer, al oír aquella voz, se volvió para mirar. En el pasado ambas habían sido excelentes amigas, pero esa amistad se rompió el día que Eleanor se marchó.

—Me alegra volver a verte, Emilia.

Con gesto serio, pero con gusto, Emilia cogió al niño y murmuró con todo su amor:

—Pero qué grande y guapo estás, mi vida. —Y, mirando a Brodrick, añadió—: Mi niño, este pequeño cada día se parece más a ti.

Feliz al oír eso, el guerrero asintió y, notando la mirada de su madre, indicó antes de que dijera algo fuera de lugar delante de todos:

—Vayamos a mi despacho para hablar.

Caminaron por los pasillos de Roy Trust en silencio. Eleanor iba mirándolo todo a su paso. Aquel lugar seguía exactamente igual que estaba cuando se marchó.

—El pésimo gusto de tu padre continúa aquí —señaló—. Podrías cambiarlo.

—Madre...

En cuanto entraron en el despacho y Brodrick cerró la puerta, aquella exclamó:

—¿«Mi niño»?! *Par Dieu!*

—Madre. No empecemos.

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta. Al instante esta se abrió y Joshua dijo:

—Muchacho, ¿dónde les digo a los hombres de tu madre que se instalen? —Y, al ver a aquella, la saludó—: Bienvenida a Roy Trust, lady Eleanor.

La mujer movió la cabeza. Al igual que con Emilia, en el pasado había tenido una bonita amistad con Joshua.

—A la derecha del castillo —señaló Brodrick.

Una vez que la puerta se cerró de nuevo, Eleanor, haciendo aspavientos con las manos, miró a su hijo y le reprochó:

—¿«Muchacho»? ¿«Mi niño»? Por todos los santos, hijo... Eres el conde de Aviemore. ¿Por qué permites que el servicio te llame así?

—Porque son Emilia y Joshua, y a ellos les permito lo que quieran.

Al oír eso, le diera rabia o no, Eleanor calló. Sabía por sus hijos lo bien que aquellos los habían cuidado cuando habían ido a visitar a su padre, por lo que decidió cambiar de tema.

—Dime que no es cierto lo que he oído en referencia a...

—Sí, madre. Me he casado con la hija de Duncan McRae.

—*Par Dieu* —musitó la mujer boquiabierta.

—Se llama Amanda, y espero que no le hagas la vida imposible porque mi padre tuviera un lío amoroso con una mujer de su clan.

—¿Y qué pasa con Caroline Peanut?

Brodrick la miró.

—Mira, madre... No sé qué tratos hiciste con ella y su madre, pero que te quede bien claro que aquí quien decide sobre...

—¡Pero si es una excelente mujercita! —insistió ella—. Tan mona. Tan educada. Con su maravilloso saber estar. *Par Dieu!*, hijo, ¿acaso eso no es importante para ti? Ahora eres conde y debes tener a tu lado a una condesa en condiciones.

El guerrero la miró. Sabía que aquello que su madre decía con respecto a Caroline era cierto, pero a él esa joven nunca lo había removido por dentro.

—Madre, es mi vida. Y yo elijo —respondió.

Eleanor suspiró y, molesta, lo increpó llevándose las manos a la frente:

—Primero te casas con una que... que te dio mala vida en todos los sentidos. Y ahora, ignorando a una joven educada y de buena familia, ¿te casas con una salvaje sanguinaria de las Highlands que encima es una McRae?

Brodrick se molestó al oír eso. Ni Amanda ni su familia eran como se los pintaba.

—Ni es una salvaje ni es una sanguinaria, por lo que deja de dramatizar y hacer tantos aspavientos —indicó a su madre—. Y te recuerdo que una parte de mí es un salvaje sanguinario, según dices tú. Por tanto, mejor omite esos comentarios porque me estás ofendiendo; ¿me has entendido, madre?

La mujer asintió. Le gustara o no, entendía las palabras de su hijo.

—¿Y me puedes explicar por qué te has casado con ella? —preguntó entonces, y, al ver que él la miraba, murmuró—: No me digas que está embarazada.

—No.

—¿Estabas borracho cuando lo hiciste?

—No.

—¿Te has enamorado de ella?

—Claro que no.

—¿Entonces...? —preguntó con dramatismo.

Brodrick estaba inquieto. Le había dicho a Amanda que le explicaría a su madre que la boda había sido orquestada por su padre al pillarlos en una actitud fuera de lo normal. Pero, incapaz de decir eso, respondió:

—Madre..., tu indiscreción me ofende. Solo te diré que mi enlace con Amanda es algo mío y de ella. Por lo que, por favor, respétalo como yo respeto tu vida y a tus amantes, ¿de acuerdo?

Eleanor asintió al oírlo. Tras separarse de Magnus, se había convertido en la dueña y señora de su vida. Siempre le había gustado disfrutar al máximo de las fiestas en Dumfries y habían sido diversos los hombres que habían pasado por su lecho, por lo que indicó:

—Al menos, esta vez el enlace solo durará un año. Algo has hecho bien.

Brodrick tomó aire, y su madre, mirándolo, dijo:

—Tu hermano Richard te manda saludos.

Oír hablar de aquel, que era más pequeño que él, lo hizo sonreír.

—Nos acompañó desde Dumfries hasta Edimburgo y, cuando llegamos a la ciudad, se quedó allí —explicó su madre—. Es como tu padre...

Brodrick la miró. Su hermano, como él cuando estaba soltero, vivía la vida. Y, seguro de lo que decía, afirmó:

—Richard está libre y soltero. Y en cuanto a eso de que es como padre, no puedo decir que no. Pero disculpa,

madre, porque también es como tú. Así que no te quites mérito.

Eleanor, al oír aquella nueva pullita por parte de su hijo, resopló y luego indicó:

—No me quito mérito. Pero al menos mi proceder nunca ha hecho daño a ningún hombre. Siempre he sido clara con ellos, contigo y con tu hermano. Cosa que no puedo decir del indeseable de tu padre.

—Madre, no empecemos.

La mujer suspiró y, mirando a su alrededor, siseó:

—Lo siento, hijo, pero estar aquí me trae tantos malos recuerdos que...

—Padre murió. Este es ahora mi hogar. Empieza a asumirlo.

Madre e hijo se miraron. Aquella conversación ya la habían tenido demasiadas veces.

—Bueno..., ¿y dónde está esa mujer tuya? —preguntó Eleanor al cabo—. ¿Acaso no piensa venir a saludarme?

—No está.

—*Par Dieu!* ¿Y dónde está?

—De paseo con una amiga.

Oír eso hizo que la mujer se llevara de nuevo las manos a la cabeza y preguntase con dramatismo:

—Y, sabiendo que estaba a punto de llegar, ¿se va con una amiga?

—Madre...

—¡Qué poca vergüenza y consideración! Sin lugar a dudas, de educación va muy justita.

—Madre —dijo él para disculparla—, no sabíamos cuándo llegarías. No dramáticas.

—¿Y Peyton? ¿Dónde está mi preciosa niña?

—En casa de su amiga Stephanie. Hoy hemos recibido una misiva invitando a Peyton a su casa para jugar y ella ha aceptado. Cuando regrese la verás.

La mujer sonrió complacida. Ver a la niña feliz era lo único que deseaba. Y Brodrick, entendiendo su sonrisa y su gesto, indicó:

—Ella está bien, pero siento decirte que todo sigue igual.

Eleanor maldijo. Que la niña la llamara «señora» en vez de «abuela» y a su hijo «señor» en vez de «papá», como hacía cuando era más pequeña, no era algo que le agradara.

—He de decirte algo que no te va a gustar... —comentó a continuación.

Brodrick se sentó entonces frente a ella, la miró y aquella, tomando aire, dijo:

—Días después de que os marcharais de Dumfries, lady Bedellia Williamson se presentó en mi casa.

—¿Qué?!

Eleanor asintió.

—Quería ver a Peyton, pero le dije que te habías marchado con la niña y que, si no quería tener problemas con nosotros, más le valía dejarnos en paz.

Oír eso encolerizó a Brodrick, que, levantándose, anunció:

—Mañana mismo partiré hacia Drummore para dejarle las cosas claras a esa mujer.

—Ya se las he dejado yo. Tranquilo, hijo.

Brodrick parpadeó asombrado al oír eso.

—Todos tenemos secretitos —añadió Eleanor—. Y, mira por dónde, yo conocía algunos de ella y su marido.

—¿De qué hablas, madre?

Con gracia, la mujer se retiró hacia atrás su oscuro cabello y, con una media sonrisa, cuchicheó:

—Hace un tiempo, el marido de lady Bedellia, lord John, tuvo un lío con la criada de mi amiga Geraldine Portman. Fruto de ese escarceo hay ahora un niño de diez años que, además de una ricura, es idéntico a su padre, lord John. Y simplemente le dije que, si no quería que se supiera la verdad, y con ello convertirse en la comidilla de todo el mundo, más le valía que se olvidara de nuestra Peyton. Ah..., y por si acaso eso no la convencía, también le recordé las veces que ella metió en su cama a Robert Caldwell antes y después de morir su marido.

—¿En serio?

Eleanor asintió y, tras sonreír, añadió bajando la voz:

—Sí, hijo. Ni te imaginas la cantidad de infieles que hay en Dumfries.

Boquiabierto, el guerrero la miró. Estaba claro que, en todas las casas, incluso en las más regias y conservadoras, se cocían habas.

—En un principio, como es lógico, lo negó todo —continuó la mujer con tranquilidad—. Incluso la muy osada se atrevió a decir que, *par Dieu!*, yo estaba loca. Pero cuando le puse la daga en la garganta y se lo repetí palabrita por palabrita, se hizo pis encima y finalmente aceptó sin rechistar.

—¡Madre!

—Ay, hijo. Aunque me cueste decirlo, he de confesar que algo se me pegó de las Highlands el tiempo que estuve por aquí. Así pues, tranquilo: lady Bedellia no volverá a molestarnos, o su respetable vida se derrumbará.

Aturdido por lo que había descubierto, Brodrick la miraba. Eleanor podía tener miles de fallos, ser la más dramática del mundo, pero con él y su hermano Richard siempre había sido una madre coraje.

—Gracias, mamá —murmuró cogiéndola de las manos.

—Por ti lo que sea, mi amor —contestó ella.

Ambos sonrieron. Sus hijos y ella chocaban en infinidad de cosas, pero el amor que se prodigaban estaba por encima de todo. Y, cuando iba a hablar de nuevo, se oyeron unos golpes en la puerta. Era Emilia, con el pequeño Ossian en brazos, que, mirándolos, dijo:

—La comida ya está en la mesa.

Rápidamente, Brodrick y su madre se levantaron y el primero preguntó:

—¿Han regresado Amanda y Olivia?

—Que yo sepa, no —indicó Emilia.

Brodrick suspiró. Pero, feliz por lo que había hablado con su madre y por ver la sonrisa de su hijo, lo cogió en brazos y, tras mirar a Eleanor, propuso:

—Vayamos al salón. No tardarán en llegar.

Capítulo 51

La mañana cabalgando por el bosque estaba siendo una maravilla. La diversión y la conversación entre Amanda y Olivia estaban aseguradas, y en un momento dado esta última preguntó:

—¿Hasta cuándo va a durar tu voto de silencio con Brodrick?

—Pues, la verdad, no lo sé.

Olivia sonrió y, divertida, cuchicheó:

—Está desconcertado.

—Ese es su problema, no el mío —replicó Amanda.

Ambas reían por aquello cuando Olivia preguntó:

—¿Cómo es su madre? ¡La francesa!

—No la conozco. Pero, por lo que dice mi padre, es insufrible.

Olivia resopló y, mirando a su amiga, susurró:

—¿Y cómo lo vas a llevar?

Sin ningún tipo de problema, Amanda se encogió de hombros.

—Brodrick le explicará que la boda es una pantomima, por lo que ni ella me tiene que tratar como a una nuera ni yo a ella como a una suegra. Simplemente hemos de respetarnos y poco más.

Olivia asintió y, entonces, Amanda propuso:

—¿Te apetece galopar con intensidad otra vez?

Sin dudarle, Olivia asintió; galopar le encantaba. Ambas clavarón los talones en sus caballos y estos comenzaron a correr, a correr y a correr mientras disfrutaban del viento, la velocidad y la libertad.

Cuando llegaron al que había sido el antiguo hogar de Olivia, pasaron a saludar a sus abuelos, quienes al verlas las atendieron encantados. Gran parte de la mañana se la dedicaron a aquellos, hasta que entendieron que, si querían llegar a la hora de la comida a Roy Trust, tenían que marcharse ya.

—¿Quién te ha enseñado a montar así?

Olivia sonrió y declaró mirándola:

—Me enseñaron Russell y Lobrut Birmingham, mis amigos. Ya te dije que mi abuela siempre ha pensado que soy algo atrevida y loquita por lo que hago.

Ambas rieron y luego Amanda indicó:

—A mí me enseñó mi madre.

—Pues lo hizo muy bien.

—Gracias. Ella es la mejor.

Tras aquello, prosiguieron camino. El día era bonito, luminoso, un día perfecto para pasarlo en el campo. Y, cuando volvieron a detenerse a la orilla del lago, cerca de un antiguo molino, para que los caballos se refrescaran, Olivia dijo mientras Amanda saludaba con la mano a un hombre que pasaba por allí:

—Se nos está haciendo tarde para llegar a la hora de la comida; lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—Lo más probable es que cuando vayamos ya haya llegado la madre de Brodrick y estén molestos por la tardanza.

—Sinceramente, eso no me quita el sueño.

—A mí tampoco —apostilló Olivia.

Ambas sonrieron por aquello y Olivia, viendo a su amiga mirar hacia el horizonte, preguntó:

—¿Estás bien, Amanda?

La aludida tomó aire, resopló y, sentándose sobre una roca, respondió:

—Afirmarlo sería mentira. Si te soy sincera, estoy muy confundida, pues nunca he sentido la desazón que siento en estos momentos.

—¿Por Brodrick?

—Sí. Y no es que le eche a él toda la culpa, porque yo tampoco soy fácil, pero no entiendo qué estamos haciendo. Tan pronto nos encontramos con pasión como nos alejamos. Y... y aunque siempre pensé que Ojitos Grises era todo lo que yo quería en mi vida, de pronto...

—¿De pronto...?

—De pronto no puedo quitarme al gruñón de Brodrick de la cabeza, y siento que deseo que ese cabezón me tenga en cuenta porque quiero abrazarlo, quiero besarlo. Quiero que...

—¡No te puedo creerrrrrrr!

Amanda asintió y, soltando el aire que tenía en los pulmones, afirmó:

—Pues créeme. Estoy así de idiota, aunque en mis momentos de calentón le he dicho que firmaría la renuncia para alejarme de él.

—¡Amanda! Pero ¿qué dices?

—Tonterías. Eso digo —farfulló la joven.

—Aisss, Amanda, ¡que estás enamorada!

Oír eso no sorprendió a la aludida; ella también se estaba percatando de ello.

—Recuerdo que la primera vez que lo vi mi cuerpo lo sintió —afirmó mirando a su amiga—. Noté algo especial, pero me negué a pensarlo y aceptarlo, pues no solo no tenía los ojitos grises, sino que además era un hombre casado. Pero, madre mía, Olivia, ha sido verlo otra vez y me ha invadido un loco sentimiento que me está consumiendo porque deseo irrefrenablemente amarlo y matarlo. Y sé que estoy enamorada porque, aun queriendo alejarme de él, ¡no puedo!

—Eso que dices es muy bonito.

—Yo más bien diría que es terrible, y más por la parte de matarlo —protestó Amanda—. Pero, claro, soy una McRae, ¿qué voy a pensar?!

Olivia sonrió y, mirando a su desconcertada amiga, indicó:

—Yo supe que estaba locamente enamorada de Derek cuando vi que, a pesar de odiarlo, no me lo quitaba de la cabeza. Cuanto más difícil era todo, más pensaba en él. Ese idiota no me hablaba, no me miraba, no quería saber nada de mí, ¡y yo no podía ignorarlo! Pero, por suerte para nosotros, apareciste tú y todo se solucionó. Siempre te estaré agradecida por eso, y en todo lo que yo pueda ayudarte, aquí estaré.

—Me considera imperfecta, salvaje y desesperante...

—A ver, Amanda..., yo te quiero. Pero tú misma has admitido que lo eres.

Ambas sonrieron y luego esta última murmuró:

—¿Me estoy volviendo loca?

—No, amiga —repuso Olivia—. Estás enamorada. Y el amor es locura. —Estaban mirándose cuando añadió—: Creo que debéis hablaros desde el corazón.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque, cuando aceptamos casarnos, nos dejamos claras las cosas.

—También dijisteis que no compartiríais lecho, y lo habéis hecho.

Amanda asintió. Si lo habían compartido había sido porque ella así lo había pedido.

—Os habéis confesado que os gustáis —insistió Olivia—, y eso...

—Y después de eso... me echó de su habitación —la cortó Amanda—. ¿No crees que eso me deja claras las cosas?

Su amiga no respondió. En la situación de Amanda, ella no sabría qué hacer ni qué pensar.

Entonces, de pronto, al oír un ruido preguntó:

—¿Qué es eso?

—Mis tripas —dijo Amanda.

—¿Tus tripas?

—Empiezo a tener hambre. Y me suenan así.

—La verdad es que yo también empiezo a tener hambre —cuchicheó Olivia.

—Has de saber que, cuando tengo hambre, me pongo de malhumor. Por tanto, si te digo algo inapropiado o hago

algo que te moleste, desde ya te pido perdón.

—¡Qué exagerada eres!

—Quedas advertida —murmuró la joven.

Dicho esto, las dos se levantaron de la piedra y se encaminaron hacia sus caballos; de pronto oyeron unas voces y posteriormente un grito.

—¿Has oído lo mismo que yo? —preguntó Olivia.

—Sí —afirmó Amanda.

Desde donde estaban, miraron hacia la derecha y Amanda, bajando la voz, señaló:

—Las voces provienen de allí.

Con sigilo se acercaron al lugar del que procedían las voces y divisaron a un grupo de gente frente a una humilde choza. Parecían discutir. Y Amanda, fijándose en uno de los caballos, al ver a dos jóvenes amordazadas sobre él, susurró:

—Oh-oh... Esto no me huele bien.

—Ni a mí.

Olivia, que, como ella, observaba a las jóvenes cautivas y a los hombres discutiendo con una pareja, iba a añadir algo cuando Amanda, fijándose en una de aquellas jóvenes, declaró:

—Yo conozco a esa muchacha.

—¿A cuál?

—A la del pelo claro y la falda verde.

Olivia la miró. Y ella, sobrecogida, insistió:

—Pero bueno..., también conozco a esa pareja.

—¿De qué los conoces? —preguntó su amiga.

Amanda, que veía como la pareja intentaba proteger a una muchachita de cuatro hombres que los increpaban,

respondió:

—Son gente de Brodrick. La muchacha amordazada del caballo es Clementina, la hija de una tabernera, y la pareja son Simon y Brianca Fraser.

—¿Y los otros?

—No lo sé —reconoció Amanda mientras le rugían las tripas.

Capítulo 52

En el salón del castillo de Roy Trust, lady Eleanor disfrutaba acompañada de su hijo y sus amigos Wallace, Nigel y Derek. Mientras comían, la mujer era consciente de que Brodrick y Derek estaban inquietos. No paraban de mirar hacia el gran ventanal que daba a la entrada del castillo, a la espera de oír unos caballos y ver aparecer a sus mujeres.

Cuando la comida terminó y pasaron al salón colindante, Eleanor, viendo el gesto de preocupación de su hijo, que tenía entre sus brazos a Ossian, preguntó dirigiéndose a Nigel:

—¿Cuándo han dicho que regresarían?

El guerrero se encogió de hombros.

—No lo sé, *milady*. No estaba aquí cuando han partido, pero es raro que no hayan vuelto ya.

—*Par Dieu...*

Todos esperaban en tensión cuando se oyeron unos ruidos en el exterior y, al mirar, vieron que se trataba de Joshua, que regresaba junto con Nela de recoger a Peyton de la casa de su amiga.

Eleanor, al ver llegar a su nieta, corrió a recibirla. Adoraba a esa niña. Era su pequeña, y haría cualquier cosa

por ella. Ante los ojos de todos, la abrazó con mimo y dedicación.

Abuela y nieta entraron en el castillo y, cuando Peyton vio a su hermanito Ossian, corrió hacia él y, sin fijarse en quién lo sostenía, lo abrazó. El amor que sentía por aquel era inmenso, y cuando dejó de abrazarlo y vio que era su padre quien lo sujetaba, declaró sin evitar sonreír:

—Me gusta mucho que Ossian ya esté en casa.

«En casa.» Esas palabras le llegaron al corazón a Brodrick. Que Peyton considerara Roy Trust como su casa era algo muy positivo.

Acto seguido la cría, mirando a su alrededor, preguntó:

—¿Dónde está Amanda?

Eso hizo que todos se miraran entre sí.

—Está con Olivia, llegarán en breve —contestó finalmente Derek.

Peyton asintió. Emilia cogió entonces a Ossian en brazos y, viendo la tensión que flotaba en el ambiente, dijo para quitar a los niños de en medio:

—Me los llevo a la cocina. He preparado un maravilloso bizcocho de limón para ellos.

La luz del día comenzó a flaquear. El atardecer llegaba y la noche no tardaría en hacer acto de presencia. Brodrick, que se había retirado a su despacho para estar solo y evitar así que los demás vieran su nerviosismo, murmuró:

—Maldita sea, Amanda..., ¿dónde te has metido?

La desazón que sentía al no saber dónde estaba la joven era algo nuevo para él. En la vida había tenido esa necesidad de ver a ninguna otra mujer, de estar con ella constantemente. Amanda, además de ser una mujer muy

atractiva y atrapante, también era incorrecta y desesperante, pero eso quedaba en un segundo plano, porque ella era muy especial.

Estaba mirando por la ventana cuando la puerta de su despacho se abrió. Era Derek. En su rostro se veía la misma preocupación que en el de su amigo.

—¿Dónde han podido meterse? —preguntó.

Brodrick suspiró angustiado.

—No lo sé. Pero, cuando regresen, se merecen una buena reprimenda.

Durante unos instantes los dos amigos se miraron en silencio. En sus gestos se leía lo que pensaban, hasta que Brodrick sugirió:

—Salgamos a buscarlas. Me da igual si se enfadan o no.

—Iba a proponértelo yo.

En décimas de segundo llegaron al salón, donde estaban Wallace y Nigel, que hablaban con Eleanor. Rápidamente Brodrick los informó sobre lo que iban a hacer, y la mujer, levantándose, declaró:

—Os acompañaré.

—No, madre. No hace...

—¡*Par Dieu*, Brodrick Fraser! —lo cortó ella con dramatismo—. Llevo años tomando mis propias decisiones y no soy una tullida a la que tengas que subir a un caballo. Por tanto, si digo que os acompaño es que os acompaño. ¿Te queda claro?

El guerrero, al ver como lo miraban sus amigos, y sin ganas de discutir con aquella, respondió:

—No voy a estar pendiente de ti.

—¿Acaso te he pedido yo que lo estés?

Brodrick resopló; la cabezonería de aquella era la misma que él había heredado. Sabiendo que era luchar contra un imposible, claudicó:

—Vamos a por los caballos.

Complacida por haberse salido con la suya, Eleanor, tras ir con todos hasta el establo, montó en su bonito caballo marrón y escuchó a su hijo mientras les hablaba a sus hombres y les daba instrucciones.

Sin descanso, cabalgaron durante un buen rato por los alrededores, hasta que decidieron cambiar de rumbo y dirigirse al pueblo. Quizá allí las hubieran visto.

Al llegar cerca de la fuente principal, los aldeanos miraron al conde con cierto resquemor. Brodrick se fijó en que estaban provistos de palos, hachas y azadones, lo que llamó su atención; entonces Eleanor preguntó acercándose a él:

—¿Y esto a qué se debe?

—No lo sé, madre.

Apretando los talones, llegó hasta aquellos. Todos lo miraban con gesto ceñudo, en sus rostros se veía la incomodidad, y se bajó del caballo con gesto adusto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Las gentes, al verlo tan cerca de ellos, se miraron extrañados. Era la primera vez desde que había llegado a Aviemore que les dirigía la palabra. En un primer momento ninguno habló, solo lo miraban, hasta que uno de ellos, un hombre maduro de pelo canoso, dio un paso al frente y declaró:

—Dos jóvenes del pueblo han desaparecido y...

—*Par Dieu...*

El hombre se interrumpió al oír eso. Miró a la recién llegada y, tras tomar aire, prosiguió:

—El mes pasado desapareció otra joven de una aldea vecina y...

—¿Qué?! —murmuró Brodrick.

Las gentes comenzaron a chillar, a vociferar increpando al conde, y Derek, bajándose de su caballo, se situó junto a su amigo a la espera de algún ataque. Entonces, el hombre de pelo cano, tras ordenar a la gente que callara, añadió:

—Nos estamos reuniendo para ir en su busca.

—¿Y por qué no he sido informado de ello? —inquirió Brodrick a continuación.

—Informaros a vos..., ¿para qué? —replicó el hombre.

Oír eso desagradó a Brodrick, y más cuando este soltó:

—¿Acaso os interesamos, señor? ¿O, por el contrario, os habéis desentendido de todos nosotros porque no merecemos la pena?

La fiereza que veía en los ojos de aquel le indicaba lo enfadado que estaba; cuando iba a hablar, alguien gritó entre la multitud:

—¡Por vuestra culpa, desde que murió vuestro padre nadie nos respeta!

—¡Nos roban! —exclamó otro—. ¡Nos saquean!

—¡Nos matan! —voceó una mujer—. Raptan a nuestros hijos, y todo por no tener un señor al frente del clan que nos ayude.

Sin que les importara lo más mínimo el gesto de Brodrick, las gentes comenzaron a gritar reproches. Todo era malo. Nada era bonito. Poco a poco el malestar iba en

aumento, hasta que Eleanor se apeó de su caballo y, levantando la voz, amenazó:

—¡Cuidado con lo que decís de mi hijo, si no queréis que yo, su madre, os mate uno por uno!

Al oírla, Brodrick la miró; su madre era incapaz de matar a una hormiga. Y, cuando el pueblo comenzó a abuchearla, siseó:

—Madre, ¿quieres callarte?

—¿Y no defenderte como haces tú?

—¡Nosotros también tenemos hijos! —voceó el hombre de pelo canoso, que era el herrero del pueblo—. Yo mismo tengo una hija llamada Margot a la que quiero proteger.

Lady Eleanor asintió al oír eso y, dando un paso atrás, indicó mirando al hombre:

—Si es tu hija, tu obligación es protegerla.

El pueblo voceó. Estaba ofendido, molesto, enfadado. Lo que estaba ocurriendo no era bueno para nadie. Y Derek, viendo la agresividad de aquellos, murmuró dirigiéndose a Brodrick:

—De aquí no salimos vivos.

Eleanor, que miraba al hombre de pelo cano, continuó:

—Comprendo tu intranquilidad, pero mi hijo...

—Vuestro hijo —la cortó aquel ofuscado— deja mucho que desear, y me consta que otros miembros de vuestra familia también.

Molesta, Eleanor levantó entonces la mano. A ella nadie le hablaba así. Y Brodrick, entendiendo lo que su madre pensaba hacer, le sujetó el brazo.

—Madre —siseó—. Ni se te ocurra hacer lo que me imagino.

—Brodrick, ese hombre acaba de faltarnos al respeto y...

—¡Madre! —gritó él entonces—, ¿acaso quieres que nos maten?!

Eleanor asintió. Comprendía las palabras de su hijo, pero, dirigiéndose a aquel hombre, que la contemplaba con descaro, soltó al ver que Brodrick y sus amigos se encaraban con otros aldeanos:

—Contén tus palabras si no quieres tener problemas.

El herrero asintió. Y, sabiendo que solo aquella podría oírlo, pues el tumulto de voces era tremendo, se le acercó y susurró:

—Cuidadito, Ely..., no sea que los problemas vayas a tenerlos tú.

Derek y Brodrick, ajenos a lo que aquel le había dicho a Eleanor, se defendían de los hombres que los zarandeaban. Estaban en un grave problema, pues apenas habían ido al pueblo con diez hombres. Wallace, al ver que la tensión aumentaba, se apeó también de su caballo, se situó al lado de sus amigos y, cuando se disponía a intervenir, Brodrick anunció levantando la voz:

—¡Me reuniré con vosotros para hablar de todo lo que me reprocháis! ¡Buscaremos soluciones y daremos con ellas, os lo juro por mi honor! Pero ahora lo importante es encontrar a esas jóvenes. Organizaré a mis hombres para que se sumen a vuestra búsqueda. Podéis contar con ellos.

Los lugareños, sorprendidos por su ofrecimiento de ayuda y por aquel juramento, que no esperaban, se miraron.

—Dicho esto, estamos aquí porque buscamos a mi mujer, Amanda, y a Olivia, la mujer de Derek —continuó Brodrick

—. Han salido a cabalgar esta mañana y aún no han regresado.

Oír eso hizo que todos callaran y, acto seguido, Brodrick preguntó desesperado:

—Por favor, ¿alguien las ha visto o se ha cruzado con ellas por algún lado?

Un murmullo corrió entre el grupo de personas y entonces, el hombre de pelo cano que se enfrentaba a Brodrick y a Eleanor, preguntó:

—¿Lady Amanda McRae es vuestra esposa?

Brodrick asintió sin corregirle el apellido, y el hombre, volviéndose hacia los aldeanos que había allí congregados, declaró a continuación:

—Muchos de aquí sabéis quiénes son tanto lady Amanda como lady Olivia y el buen hacer que siempre han demostrado con todos nosotros. Ellas, como Clementina y Desirée, son dos jóvenes de la zona. Por tanto, si alguien las ha visto, que diga algo ¡ya!

De nuevo el murmullo volvió a recorrer el grupo, y al cabo un hombre dijo:

—Yo las he visto hace un buen rato en la orilla del lago, con unos caballos.

—¿Dónde? —exigió saber Brodrick.

—Cerca del antiguo molino.

—¿Alguien más las ha visto? —insistió el herrero, que hacía de intermediario.

Nadie más habló y Brodrick, dirigiéndose a aquel, dijo sin percatarse del gesto incómodo de su madre:

—Tú y tu hija estuvisteis el otro día a las puertas de Roy Trust, ¿verdad?

El hombre asintió con gesto serio sin querer mirar a lady Eleanor, y Brodrick, intentando recordar el nombre que Amanda le había dicho, indicó a continuación:

—Eres Calum Buchanan. El herrero.

Sorprendido porque supiera su nombre y su oficio, él asintió.

—Sí.

—Brodrick..., es mejor que nos vayamos —apremió entonces Eleanor.

El aludido, al oírla, la miró y, pidiéndole un segundo con la mirada, volvió a dirigirse al herrero:

—¿Y puedo saber qué hacías allí?

—Fui con mi hija Margot a darle las gracias a lady Amanda por resolver mi problema —contestó el hombre con cierta incomodidad.

Sorprendido por aquello, Brodrick parpadeó. ¿Qué problema le había resuelto Amanda? Y Calum, viendo que aquel no sabía nada, añadió:

—Unos guerreros Lannister y Burnett, tras encargarme unas cosas en la herrería, vinieron a por ellas y no me pagaron. Vuestra esposa se enteró y, a través de su amiga Olivia, consiguió que los Lannister, al menos, saldaran su deuda.

Sorprendidos, Brodrick y Derek se miraron; el primero, sin preguntar más, dijo subiéndose a su montura:

—Me encargaré de que los Burnett te paguen y esto no vuelva a ocurrir.

—Gracias, señor —indicó el herrero.

—Nosotros iremos hacia el lago —anunció entonces Brodrick—. Vosotros, que vais a pie, revisad bien los

alrededores. El resto de mis hombres llegará enseguida, ya he ordenado que los avisen. Cualquier cosa, nos informamos.

Calum asintió. No era momento de discutir, sino de actuar en beneficio de las mujeres. Tras mirar a Eleanor, que ahora lo observaba con gesto adusto desde lo alto de su montura, le tendió la mano a Brodrick y declaró:

—Así será, conde Fraser.

Dicho esto, Brodrick estrechó la mano de aquel y, seguido por su madre, que estaba descentrada, sus amigos y sus hombres, cabalgó a toda prisa hacia el lago.

Capítulo 53

Intentando comprender, semiocultas entre los árboles y la maleza, las dos jóvenes observaban lo que sucedía más allá mientras anochecía y las tripas de Amanda rugían de hambre. Estaba claro que aquellos hombres querían llevarse a la jovencita junto con aquellas otras dos que ya tenían amordazadas, y cuando uno de ellos hirió a Simon con su espada en el muslo y golpeó a Brianca, Amanda, levantándose de donde estaba escondida, gritó apuntándolos con una flecha:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! Pero ¿qué estáis haciendo?

Los hombres se volvieron para mirar.

—¡Amanda..., por san Ninian! —murmuró su amiga horrorizada al verla de pie.

Pero la aludida, incapaz de permanecer impasible ante algo así, salió de detrás de los árboles junto a una descolocada Olivia y repitió mirando a aquellos sin bajar el arco:

—¡Os he preguntado qué estáis haciendo!

Los hombres sonrieron al verlas. Aquellas eran dos mujeres muy bonitas.

—Por lo que veo, esta noche el festín nos lo vamos a dar todos..., no solo Douglas —soltó uno de ellos.

—Ay... Ay... —musitó entonces Olivia al oír eso.

Por su parte, Amanda resopló mientras apuntaba con una flecha a uno de los hombres. Y, tras ver a Simon sangrando en el suelo, miró al hombre que sujetaba a la muchachita llorosa y dijo mientras oía como sus tripas rugían:

—Yo que tú la dejaría ir.

Aquel soltó una risotada.

—Mírala, qué valiente —se burló.

Amanda asintió, lo era, e insistió:

—He dicho que la sueltes.

El individuo paseó con avidez su sucia mirada por ella y cuchicheó divertido:

—Palomita, esos humos te los voy a bajar yo cuando te baje esos pantalones de cuero que llevas.

—Atrévete y morirás.

—Amanda... —susurró Olivia—, me estás asustando.

Los hombres rieron de nuevo. La situación estaba controlada. Ellos eran cuatro tipos fornidos, y el resto solo eran tres mujeres (dos de ellas amordazadas), una cría y un herido; por ello, el hombre que tenía sujeta a la niña dio un tirón y, en ese instante, Amanda lanzó la flecha sin dudarlo. Esta se clavó justo donde sabía que el hombro perdía toda la fuerza.

—¡He dicho que la sueltes! —siseó ella entre dientes.

Al sentir un tremendo dolor que comenzó en el hombro y le recorrió todo el brazo, el tipo soltó a la niña, que corrió hacia Brianca, su madre. Y cuando Olivia, al ver que otro de aquellos se movía para ir a por Amanda, sin dudarlo, se sacó la daga que llevaba oculta en la bota, se la lanzó y se la clavó en el muslo.

—Malditas mujeres... ¡¿Qué habéis hecho?! —gritó este al caer al suelo.

—Lo que estabais pidiendo a gritos —respondió Olivia con seguridad.

Mientras los otros dos tipos atendían a sus colegas, Amanda miró a su amiga y murmuró:

—Excelente puntería.

—Lo sé —afirmó Olivia encantada—. Y, por cierto, tu hambre me está asustando.

—Pues no ha hecho más que empezar —musitó Amanda entre dientes.

Una vez que las mujeres corrieron hacia las dos jóvenes cautivas, tras bajarlas del caballo las desataron, y Amanda comentó dirigiéndose a Clementina:

—Sí, soy yo. Y, como ves, te estoy ayudando.

—Gra-gracias, *milady* —murmuró aquella.

Sin tiempo que perder, las cuatro mujeres corrieron hacia donde estaban Simon y su familia y comprobaron que él estaba malherido y perdía mucha sangre. De inmediato Amanda se apresuró a quitarse el cinturón que llevaba.

—Simon, esto te va a doler —declaró—, pero solo así podré parar la hemorragia. —Rápidamente, colocó el cinturón por encima del corte y lo apretó. Simon gritó dolorido—. Brianca, el corte de tu ceja es muy escandaloso, pero podré curarlo —añadió tranquilizando a la mujer.

Ella asintió con la cara bañada en sangre. Su herida le daba igual; a ella lo que la intranquilizaba eran su hija y su marido. Estaba llorando cuando Amanda, mirando a Clementina, preguntó:

—¿Qué estabais haciendo aquí vosotras?

Las dos jóvenes se miraron y finalmente Clementina contó:

—Hemos salido a pasear con dos de ellos y cuando nos hemos alejado del pueblo, nos han amordazado, *milady*. Al parecer, querían llevarnos a Aberdeen, donde pensaban meternos en un barco para vendernos como esclavas.

—Hijos de su madre —murmuró Olivia.

Amanda asintió; estaba claro que aquellos comerciaban con mujeres. Mirando a la otra joven, que lloriqueaba, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—De-Desirée, *milady*.

Mientras Amanda se ocupaba de Simon, dirigió la vista a las jóvenes.

—Que esto os sirva como escarmiento para comprender que no debéis ir con desconocidos —soltó malhumorada.

Las dos muchachas se miraron asustadas, y luego Amanda preguntó:

—Brianca, ¿qué sucede?

La mujer, tremendamente alterada por la situación, respondió:

—*Milady*, estos hombres pretenden llevarse también a Isabella, nuestra hija.

En ese momento Simon perdió el conocimiento y Amanda se apresuró a decir:

—Tranquila.

Angustiada, Brianca pasaba la mirada de su hija a su marido cuando Olivia, frotando el rostro de la mujer con un pañuelo para retirar la sangre, insistió:

—¿Adónde quieren llevarse a Isabella?

Brianca, que observaba como Amanda se manejaba con la herida de su marido, tras mirar a aquellos hombres, que atendían a sus dos amigos, respondió:

—A Aberdeen.

Olivia y Amanda intercambiaron una mirada y Brianca susurró:

—*Miladies*, resulta que el año pasado Logan Clifford le dejó un dinero a Goden, un hermano de Simon. Y como Goden no se lo ha devuelto, ahora quiere cobrarse la deuda llevándose a nuestra hija.

Amanda la miró boquiabierta.

—¿Me estás diciendo que ese tal Logan reclama a tu hija como moneda de cambio? —dijo con un hilo de voz.

Angustiada, Brianca asintió.

—Por eso queríamos hablar con el conde. Necesitábamos su ayuda, pero solo se lo podíamos decir a él. Hemos oído que hay hombres de Clifford entre nosotros, y temíamos hablar con quien no debíamos.

Amanda resopló. Si Brodrick los hubiera atendido, ahora no estarían en esa situación.

—Tranquila, ya estoy yo aquí —indicó.

La niña, asustada, lloriqueaba abrazada a su madre cuando Brianca insistió:

—¡Oh, *miladies*! ¿Cómo vamos a permitir que se lleven a nuestra hija por un error de Goden? Solo tiene once años... ¡Es una niña!

Horrorizada, Amanda miró a la pequeña y siseó:

—Te juro por mi vida que nadie se la va a llevar.

—Pero, *milady*...

—Te lo acabo de jurar por mi vida —insistió ella entre dientes.

La mujer miró a Olivia, que, viendo la expresión fiera de su amiga, afirmó con gesto de susto:

—Si ella lo jura, está todo dicho.

En ese momento se oyó el trote de un caballo y Amanda tomó aire. Con un poco de suerte sería algún hombre de Brodrick que debía de estar buscándolas por su retraso. Sin embargo, sus esperanzas se disiparon cuando oyó al que ella había herido decir:

—Douglas, esas malditas nos han herido a Frankie y a mí.

El tal Douglas se bajó del caballo. Y antes de que Amanda pudiera incorporarse, se les acercó y, cogiendo a Olivia del brazo, masculló mientras la zarandeaba:

—Pagaréis por haber herido a mi hermano Louis.

Amanda se levantó de inmediato y, al ver que aquel tipo llevaba su daga al cuello de Olivia y le desataba el cinto para que la espada de la joven cayera al suelo, se apresuró a decir:

—He sido yo quien ha herido a tu hermano, no ella.

—¡Amanda! —exclamó Olivia.

Rápidamente el hombre la soltó y, agarrando a Amanda, la acercó a él y murmuró mientras le desabrochaba también el cinto:

—Pues serás tú quien lo pagará. Aunque primero me divertiré contigo un rato, antes de llevarle las mujeres a Logan.

Sentir el aliento de su boca, tan cerca de la suya, a Amanda la asqueó y lo mordió en el labio. No iba a permitir

que aquel tipo repugnante la besara. Entonces él, al sentir el mordisco que casi le arranca el labio, le soltó un bofetón que le cruzó la cara y la tiró al suelo.

El sabor a sangre en la boca encolerizó aún más a Amanda. El bofetón le había partido el labio. Se disponía a atacarlo, pero Olivia la detuvo y aquel sinvergüenza gritó:

—¡Conrad, mete a las mujeres en la cabaña! Atenderemos a Frankie y a Louis y, después, nos divertiremos con ellas un rato antes de matarlas.

Horrorizadas, se miraron. Estaba claro lo que iba a pasar si no hacían nada por evitarlo. Entonces Amanda, viendo a su caballo aparecer por detrás del recién llegado, gritó:

—¡Quietos ahí, malditos hijos de Satanás! ¿De verdad creéis que me dais miedo? Pero si sois una pandilla de maleantes de mierda. Vamos, si tenéis lo que hay que tener entre las piernas, ¡venid a por mí!

—Amanda, ¿qué haces? —musitó Olivia despavorida.

—*Milady*, dejad de provocarlos —susurró Clementina.

Al oír a aquella gritar, el hombre se detuvo. ¿Qué hacía? Y, tras escucharla, bramó:

—¡Qué bien me lo voy a pasar contigo cuando te monte como a la perra que eres!

—¡¿Tú montarme a mí?! ¡Venga, por favor! Lo dudo. Se te ve patoso como a ellos. Seguro que ni se te levanta. Es más, tú no podrías montar a nadie ni aunque quisieras, porque tu impotencia es tan grande como el tamaño de tu inutilidad.

Brianca, su hija, Olivia y las chicas se miraban sin entender por qué Amanda los estaba provocando. Olivia miró entonces a su amiga y murmuró:

—Amanda, el hambre que tienes nos va a matar...

La aludida ni la miró, y el tipo, levantando la voz sin percatarse de que el caballo de la joven estaba detrás de él, gritó:

—¡Cierra esa boca tan grande que tienes, morena, o te la cerraré yo a golpes!

—La cerraré cuando te pierda de vista. Mientras tanto, seguirás escuchándome te guste o no, ¿te queda claro, mierdecilla? ¿O tengo que decir «atontado»..., o «inútil»?

Sin dar crédito, él maldijo y, sacándose la daga del cinto, bramó:

—¡O cierras esa bocaza o te arranco la lengua!

Amanda, retirándose la sangre que manaba de su boca, se tocó la mejilla dolorida por el golpe y, oyendo como sus tripas rugían, siseó mientras chillaba como una posesa para alterar más a su caballo, que ya movía la cabeza:

—Ciérramela si eres tan hombre, ¡inútil! Aunque lo dudo, pues mi padre siempre dice que el hombre que ataca a una mujer es un maldito cobarde. Y tú y Logan y todos vosotros no solo sois unos cobardes, sino también unos inútiles.

Sin dar crédito, el hombre se volvió para mirar a sus compañeros, y entonces Amanda cuchicheó dirigiéndose a Olivia y a las chicas:

—Gritad.

—¿Qué?

—Gritad, maldecid... Decid lo que queráis, pero gritad.

Olivia, sin entender nada, la miró, después miró a Clementina y a Desirée y rápidamente, levantando la voz, soltó:

—¡Serán dos bocas las que tengas que cerrar, maldito gusano! ¡Como ha dicho ella, tanto tú como el resto sois unos mierdas, ¿no os da vergüenza ser así?!

—¡Tres bocas! —gritó Clementina—. Hijos de Satanás. Malas personas. Ojalá os pudráis en el infierno...

—¡Atontados! Eso sois, ¡unos atontados! —consiguió balbucear Desirée sin mucha convicción.

El hombre, volviéndose de nuevo para mirar a aquellas, aulló entonces fuera de sí:

—¡¿Vosotras también queréis morir?!

Amanda, satisfecha de que aquellas la hubieran entendido, chilló entonces:

—¡Si alguien va a morir aquí vas a ser tú! Ni te imaginas con quién te estás metiendo, y más aún cuando tengo hambre... Por tanto, prepárate, porque te voy a sacar las tripas y después se las voy a sacar a tus amigos y, con todas ellas, voy a dar de comer a los cerdos de las granjas de alrededor.

Los hombres se miraron boquiabiertos. Pero ¿aquellas mujeres se habían vuelto locas?

Douglas, atónito por lo que había oído, y totalmente fuera de sí, comenzó a gritar y a maldecir como si no hubiera un mañana, y Amanda sonrió. Aquello era lo que buscaba. Entonces, de pronto *Dalmore* abrió la boca y le soltó tal mordisco al tipo en el hombro que lo hizo caer de rodillas al suelo mientras aullaba de dolor.

Acto seguido Amanda se apresuró a acercarse a *Dalmore*, le dio un azote para que se alejara corriendo y, mientras se agachaba, indicó:

—¡Olivia, coge tu espada!

Con habilidad, ambas recogieron los cinturones que aquel había dejado caer al suelo y, cuando aquellos tipos las miraron, las dos jóvenes ya sonreían empuñando sus espadas.

—Ahora, venid a por mí —pidió Amanda—. Tengo ganas de divertirme.

Dolorido por el mordisco, el tal Douglas comenzó a dar órdenes a sus hombres mientras Olivia y Amanda, con maestría, luchaban contra los tipos que aún seguían en pie. Entonces Amanda, viendo a Simon moverse, exclamó:

—¡Brianca, Desirée y Clementina, ayuda a Simon! Meteos en la cabaña con Isabella y atrancad la puerta.

—Pero, *milady*, ¿cómo no os vamos a ayudar?

—¡Haced lo que os digo! —insistió sin perder el hilo en el combate.

Las mujeres, angustiadas, miraban a aquellas luchar con sus espadas. Ayudarlas era imposible. Ellas ni siquiera sabían empuñarlas. Obedeciendo, entre todas consiguieron llevar a Simon al interior de la cabaña y cerrar la puerta.

Cuando se quitaron a uno de encima porque Olivia le dio un espadazo en el costado, Amanda se desembarazó de otro clavándole su espada en el estómago. Y cuando el último soltó la espada y salió corriendo, Amanda exclamó:

—¡Corre..., corre, maldito cobarde!

En ese instante se oyeron unos caballos que se acercaban.

Amanda y Olivia se miraron. Estaban agotadas, pero anclaron los pies en el suelo y estaban dispuestas a seguir luchando cuando, de pronto, vieron que quienes aparecían eran Brodrick, Derek y Wallace con más hombres. Al verlas,

ellos parpadearon sin poder creérselo. Y Brodrick, viendo a aquellos tipos heridos en el suelo, se dirigió a sus hombres y ordenó entre dientes:

—Apresadlos.

Acto seguido bajó de su caballo y se acercó a su mujer. Cuando vio su rostro golpeado y la sangre, sintió que el cuerpo se le descomponía. Estaba a punto de hablar cuando Amanda, limpiándose la sangre de la boca, miró a Wallace, que también acababa de descender de su montura. Entonces, tomando su mano, le pidió:

—Acompáñame. Simon y Brianca necesitan ayuda.

Tras soltar su espada en el suelo, corrió hacia la cabaña. Una vez que ella desapareció, Derek, que abrazaba a Olivia, se disponía a hablar cuando la joven dijo dejando su espada:

—Voy a ayudarlos.

En cuanto esta desapareció en el interior de la cabaña, Brodrick le dirigió una mirada a su madre, que hasta el momento había permanecido en un segundo plano. Acto seguido miró a los hombres que estaban heridos en el suelo y, acercándose a ellos, cogió a uno del cuello y, con gesto fiero, preguntó dispuesto a matar:

—¿Quién ha osado golpear a mi mujer?

Capítulo 54

La noche cayó en el bosque y Brodrick, ya más tranquilo, se ocupó de que Clementina y Desirée regresaran sanas y salvas a sus casas mientras Amanda terminaba de atender a Simon. Su herida era fea, aunque por suerte había podido detener la hemorragia con su cinturón en el momento oportuno.

Los habitantes del pueblo, más tranquilos por haber recuperado a las dos jóvenes, se acercaron hasta el viejo molino. Les agradaba saber que su señora Amanda estaba bien y querían estar allí para mostrarle su respeto y darle su apoyo.

Una vez que terminaron de atender a Simon, Wallace, Amanda y Olivia se despidieron de la familia, y, al salir de la cabaña, Amanda miró a su alrededor. Infinidad de caras desconocidas, hombres y mujeres, la miraban, y se sorprendió al oír como la gente la jaleaba y le aplaudía.

Sin esperárselo, se había ganado el cariño y el respeto de todos aquellos, y sonrió con amor. Instantes después los lugareños se acercaron a ella, se interesaron por cómo se encontraba y se horrorizaron al ver el golpe que había recibido. Sabían por Clementina y Desirée cómo había luchado junto a Olivia contra aquellos hombres. Y, mientras escuchaba lo que aquellos decían, Amanda observaba de

rejo a Brodrick, que la miraba desde la distancia con gesto ceñudo.

Minutos después, cuando la gente, ya más tranquila, se dispersó y comenzó a regresar a casa, Amanda buscó con la mirada a los hombres que las habían atacado y, al no verlos, preguntó dirigiéndose a Olivia:

—¿Dónde están?

—Brodrick se ha encargado de ellos.

Según oyó eso, sorprendida, miró a su amiga y esta afirmó:

—Sin duda, esos cuatro y el que ha escapado ya no verán amanecer.

Entendiendo sus palabras, Amanda asintió. Le parecía bien la decisión de Brodrick, pues habría sido la misma que ella habría tomado.

—Ella está aquí —oyó que decía a continuación Olivia en voz baja.

—¿Ella, quién?

Olivia, advertida por Derek, miró hacia la izquierda, y, al verla junto a una fogata calentándose las manos, aclaró:

—Lady Eleanor. La madre de Brodrick.

Eso captó por completo la atención de Amanda y, cuando miró hacia el lugar donde su amiga indicaba, observó a aquella mujer alta y de aspecto adusto que, moviendo las manos con dramatismo, hablaba con Wallace. Acto seguido, se encogió de hombros e iba a hablar cuando Brodrick se le aproximó y, al ver su rostro amoratado por el golpe y el labio partido, murmuró:

—Por san Fergus..., ¿qué te ha hecho ese animal?

La joven lo miró. En sus ojos estaba la respuesta. Y Brodrick, sintiéndose fatal, murmuró:

—Lo sé... Esto es culpa mía.

—Efectivamente. Es culpa tuya.

—Amanda —susurró entonces Derek viendo que Eleanor se acercaba.

Pero ella, ignorándolo, prosiguió:

—Mira, si rompo mi voto de silencio y te hablo es porque tengo que decirte que lo que ha ocurrido hoy aquí podría haberse evitado si hubieras querido escuchar a tu gente. ¡Tu gente, Brodrick! Te lo dije... Te dije que era algo urgente. Y esta familia ha estado a punto de morir porque tú, *su señor*, no tenías tiempo de escucharlos. Y Clementina y Desirée han estado a punto de ser llevadas a Aberdeen junto a Isabella para ser vendidas como esclavas, porque tú, *su señor*, olvidaste reforzar tus alianzas con otros clanes para que nadie osara hacer estas cosas en tus tierras. Pero ¿qué clase de defensa tienen contigo y qué clase de fidelidad esperas que te tengan a ti?

—Muy bien dicho, *milady* —terció entonces el herrero acercándose.

Sobrecogido por sus palabras, Brodrick cabeceó.

Mientras atendían a su marido, Brianca salió también de la cabaña para contarles lo sucedido. Y, al cabo, Brodrick, consciente de su error, musitó:

—Lo siento, Amanda. Yo...

—No lo sientas por mí, Brodrick —replicó ella—. Siéntelo por Desirée, Clementina, Simon, Brianca y su hija Isabella. Ellos han vivido un auténtico infierno al sentirse solos y desprotegidos aun perteneciendo a *tu* clan. Pero, claro, ¡yo

no puedo decirte nada, pues rápidamente me ordenas callar! Pero ¿sabes, *querido*? Yo vengo de un lugar donde nos cuidamos, nos queremos y nos protegemos. Y mi padre, ese al que llaman «salvaje», ¡por su gente mata! ¿Y sabes por qué mata? Porque su gente, por él, por mi madre, por mi hermana y por mí ¡mata también!

—*Par Dieu!*

Brodrick y Amanda se observaban en silencio cuando Eleanor inquirió dirigiéndose a la joven:

—¿Te parece bien hablarle así a mi hijo? ¿Tu marido?

Amanda la miró. Aquella francesa estirada era la madre del que era su marido, y si algo tenía claro era que, como fuera a por ella a degüello, se iba a enterar.

—Si tu hijo, que es también mi marido, se lo merece, por supuesto que me parece bien —soltó.

—¿Y por qué crees que se lo merece?

—A la vista está, ¿no?

Amanda y Eleanor se miraron con intensidad. Estaba claro que su primer contacto no estaba siendo ideal.

—Madre —terció entonces Brodrick—, creo que no es momento de...

—Hijo, es una falta de respeto que esta *McRae* te hable así.

El herrero se disponía a protestar por aquello cuando Amanda respondió:

—Lo que es una falta de respeto es que abras la boca solo para decir tonterías.

—¿Me acabas de llamar «tonta»? —inquirió Eleanor boquiabierta.

—Como siempre digo, un tonto es aquel que dice tonterías, y *tú* las acabas de decir.

—*Par Dieu...* Pero ¿qué dice esta salvaje McRae de las Tierras Altas?

—¡Madre!

—Por todos los santos, lady Eleanor, pero ¿qué decís? —gruñó Derek.

—No os puedo creerrrrr —murmuró Olivia boquiabierta.

Todos miraban a la mujer con gesto adusto cuando el herrero, sin poder callar lo que pensaba, soltó:

—Señora, tened cuidado con vuestras palabras. Os recuerdo que en este momento estáis en las Tierras Altas y todos los que os rodeamos podemos ofendernos.

—¡Ni que vuestra ofensa tenga que importarme a mí!

—¡Madre, por favor! —siseó furioso Brodrick.

Oír eso hizo que Amanda sonriera con amargura.

—¿«McRae»? ¿«Salvaje»? —cuchicheó a continuación—. ¿Algo más con lo que creas que me ofendes?

Eleanor miró a aquella descarada sin dar crédito. Oírla decir aquello la indignaba.

—Como señora de estas tierras y mujer de tu hijo que soy —continuó Amanda—, estoy en mi derecho de decir, hacer, quejarme o alabar lo que crea pertinente. Y en cuanto a tus ofensas, que sepas que para mí, viniendo de tu boca, y viendo cómo eres tú, son halagos.

Eleanor miró a su hijo boquiabierta. Era inaceptable que aquella le hablara de ese modo.

—¿No piensas reprenderla por su desfachatez? —gruñó.

Brodrick resopló mirándola y soltó:

—Cállate, madre. Y tú —dijo a continuación a Amanda—, contén tus palabras.

Amanda sabía que, tras lo ocurrido, su humor no era el mejor. Así que con una media sonrisa cargada de rabia, y tras dirigir la vista al herrero, que, con su gesto, le pedía prudencia, indicó mirando con descaro a la mujer que la observaba:

—Ah..., se me olvidaba. Encantada de conocerte, Eleanor.

—No puedo decir lo mismo, Amanda.

Brodrick suspiró. Aquel primer contacto entre ellas estaba siendo un desastre.

Y Olivia, tras una señal de Derek, dijo entonces acercándose a su amiga:

—Es tarde y estamos cansados. Regresemos a Roy Trust.

Sin decir nada más, Olivia y Amanda se encaminaron hacia sus caballos y Derek empezó a decir a su amigo:

—Brodrick, Amanda está agotada y...

—Y tiene razón —lo cortó el herrero.

Derek miró a aquel ceñudo, y entonces el hombre añadió antes de alejarse:

—Os guste o no oírlo, y aun sabiendo que mis palabras pueden meterme en un problema, habéis de saber que vuestra esposa ha solucionado lo que deberíais haber solucionado vos..., señor.

Una vez que el hombre montó de nuevo en su caballo y se alejó de allí, Eleanor siseó mirándolo:

—Será insolente.

—Madre..., ahora no.

—¿Cómo permites que te hablen de ese modo?

—Lo permito porque tienen razón. Por tanto, cállate.

Y, dicho esto, todos montaron en sus caballos y en silencio regresaron al castillo.

Capítulo 55

De madrugada, Amanda no podía dormir.

Lo que había sucedido la tenía alterada, y daba vueltas sin parar en su amplio y confortable colchón. Finalmente, cansada, se levantó y se puso unos pantalones debajo de la camisola blanca. Abrió la puerta de su habitación y, tras ver que todas las demás estaban cerradas, salió al pasillo.

Con el máximo sigilo, se dirigió al piso superior, a la habitación de los niños. Antes de llegar vio una puerta entreabierta y, con disimulo, miró. Allí dormía Eleanor, la madre de Brodrick. Pero era mejor ignorarla. Siguió su camino hasta llegar a la habitación de los pequeños y entró sin hacer ruido.

Rápidamente se fijó en Peyton. Estaba dormida y, como siempre, con la manta en el suelo. Se la colocó con mimo. Acto seguido se acercó a la otra camita y el corazón se le aceleró al ver por primera vez a Ossian. El pequeño era idéntico a su padre. Pero ¿cómo podían parecerse tanto?

Con el mismo mimo con el que había arropado a Peyton, lo hizo en esta ocasión con Ossian. Mientras lo miraba deseó que llegara ya el alba para verlo con los ojos abiertos y poder estar con él.

Una vez que comprobó que los niños estaban cómodos y la vela de Peyton estaba encendida, con el mismo sigilo que

había llegado se marchó y decidió bajar a la cocina.

En soledad, puso a calentar un poco de agua en la lumbre. Le dolía el rostro y el labio a causa del golpe que había recibido, por lo que, después de ver que allí había consuelda, la echó al agua y dejó que hirviera.

Acto seguido, Amanda la vertió en una taza y, sentándose al lado de la ventana de la cocina, comenzó a tomársela en silencio, hasta que notó que le caía un poco sobre la camisola y murmuró al ver el manchurrón:

—Maldita sea.

—¿No puedes dormir?

Oír aquella voz, entre tanto silencio, hizo que la joven se sobresaltara y, al volverse para mirar, respondió:

—No.

Eleanor, que la había visto pasar por delante de su habitación, la había seguido hasta la cocina.

—¿Qué estás tomando? —preguntó acercándose a ella.

—Una infusión de consuelda.

—¿Para...?

Amanda se señaló el rostro, que comenzaba a tener un color verduzco, y el labio partido.

—La consuelda es una planta medicinal que alivia el dolor de las heridas —indicó.

Eleanor, que no entendía de plantas medicinales, se sentó entonces frente a ella.

—Tú sabrás lo que tomas..., Amanda —replicó.

—Pues claro que lo sé..., Eleanor.

Sus nombres dichos así les hacían saber que las lanzas de ambas estaban en alto.

—*Par Dieu!* Tienes una pinta desastrosa... —murmuró entonces la mujer.

La joven sonrió y preguntó con descaro:

—¿Lo dices por mi rostro amoratado, por mi lindo labio partido o por mi precioso manchurrón de consuela en la camisola?

—Por todo en general.

—Qué amabilidad la tuya...

—Mi amabilidad es para dejarte clara mi disconformidad con este matrimonio.

—*Par Dieu!* —se mofó Amanda.

Ver que aquella se tomaba a risa lo que le decía molestó a Eleanor, y, cuando iba a hablar de nuevo, Amanda dejó la taza sobre la mesa e indicó:

—Me alegra ver que ambas hablamos el mismo idioma y nos dejamos de absurdos formalismos y falsas palabras.

Acto seguido, la mujer tomó aire y, en busca de verdades, comentó:

—Ya me ha contado mi hijo el porqué de vuestra unión.

Amanda asintió, sabía que Brodrick se lo contaría.

—¿Y tienes algo que objetar? —preguntó.

—Nada. Y menos cuando es una boda que terminará antes de un año.

—Para su suerte y la mía.

—Nunca mejor descrito —afirmó Eleanor.

Ese comentario en cierto modo molestó a Amanda. Estaba claro que aquella no la quería en sus vidas.

—No te gusto porque soy una mujer de las Tierras Altas y, para más inri, una McRae, ¿verdad? —indicó.

—Vuelves a describirlo muy bien.

Amanda la miró sin parpadear. Aquella, al igual que ella, era clara en sus contestaciones.

—Si mi padre no nos hubiera obligado a casarnos, no estaríamos ahora en esta absurda situación —añadió.

—*Par Dieu!*

Ahora lo entendía todo: la rapidez del enlace, por qué su hijo no le contaba nada. ¡Duncan McRae lo había engañado! Y, cuando iba a hablar, la joven prosiguió:

—Como imagino que te ha explicado Brodrick, esta es una boda sin amor ni sentimientos que se acabará dentro de un tiempo. Por tanto, tranquila, la unión de tu hijo conmigo terminará antes o después. Incluso existe la opción de firmar la renuncia.

—Gracias a Dios.

Amanda asintió y, sonriendo con acidez, aseguró:

—Tranquila, que en cuanto se acabe podrás buscarle la mujercita perfecta y...

—Ya la tiene. Lady Caroline Peanut, alguien a quien me consta que conoces, es la mujer perfecta para él. No una salvaje como tú.

El tono que aquella empleaba en cierto modo le hacía gracia a Amanda.

—Soy clara en mis palabras —finalizó esta.

—¡Perfecto! Porque yo también.

Por el modo en que ambas se miraban, no había duda de que de allí no iba a salir nada bueno.

—Ahora que lo pienso..., si no nos hubiéramos casado, lo ocurrido hoy habría sido un desastre total para esas pobres gentes —afirmó Amanda justo después—. Por tanto, por el

simple hecho de haberlos ayudado a mí ya me ha merecido la pena la boda.

—Si tú lo ves así..., yo no te lo voy a discutir.

—Harás bien no discutiéndomelo —replicó la joven.

—*Par Dieu!* ¿Acaso pretendes amedrentarme?

—No, *lady Par Dieu*. Simplemente soy clara en mis palabras, igual que tú.

—¿«Lady Par Dieu»? ¿Cómo eres tan insolente y maleducada?

—Soy una McRae. ¿Qué esperas? Y te recuerdo que siempre me estás llamando «salvaje», ¿acaso eso no te convierte a ti en una maleducada también?

—Eres peor de lo que imaginaba.

—No sabes cuánto me agrada saberlo —se mofó Amanda.

Se miraron en silencio calibrándose la una a la otra, hasta que Eleanor dijo:

—Brodrick me ha contado lo que pasó con la niñera de Peyton.

—Si vas a reprocharme algo de lo sucedido, quiero que sepas que no me arrepiento de que esa insufrible ya no esté aquí. Esa *finá mujer de las Tierras Bajas* —apostilló con retintín— era una zorra sin sentimientos que, desde mi punto de vista, no trataba bien a Peyton y, por consiguiente, tampoco a Ossian, y...

—Amanda —la interrumpió—, iba a agradecerte tu implicación.

Oír eso hizo que la joven parpadeara asombrada, y Eleanor continuó:

—Saber que, gracias a ti, mis nietos ya no tienen a su lado a semejante mujerzuela me agrada mucho. Otra cosa

es que me agrades tú...

Amanda sonrió. Todo no podía ser bonito.

—Me tomaré lo primero como un cumplido —indicó.

—En ese sentido lo he dicho.

—No te puedo creerrrr.

—¿Te estás riendo de mí?

—No. Simplemente he dicho que no te puedo creer.

De nuevo se hizo el silencio entre ellas. La rivalidad en la manera de mirarse era evidente.

—Por lo que he podido comprobar esta tarde, mi nieta Peyton te tiene mucho cariño —comentó Eleanor poco después—. Incluso te llama por tu nombre, y me ha mostrado con orgullo vuestro anillo de la amistad.

—Peyton es una niña maravillosa que, por desgracia, tuvo una madre cruel y desapegada que no se la merecía. Por tanto, todo lo bueno que yo pueda darle se lo daré.

Esa puntualización agradó a Eleanor. Scarlett nunca le había gustado; aquella mala mujer no había sido buena ni para su hijo ni para sus nietos.

—*Par Dieu!* Curiosamente estamos de acuerdo en algo —indicó.

—Madre mía..., ¡qué miedito! —se mofó Amanda.

—¿Ya vuelves a reírte de mí otra vez?

La joven cabeceó. El sentido del humor de aquella era justito.

—Tómate mis palabras como quieras —repuso mirándola.

Las contestaciones de Amanda tenían sorprendida a Eleanor. La claridad y la sinceridad de aquella joven no estaban a la orden del día. Y Amanda, sin amedrentarse, señaló a continuación:

—Hablando de Peyton y de Ossian..., quiero decirte que, mientras estén conmigo, estarán cuidados y protegidos. Si algo tenemos *los salvajes de las Tierras Altas y los McRae* es que protegemos a los nuestros con nuestras vidas.

Eleanor asintió. Aquello que había dicho lo sabía muy bien, aunque en su momento el que fue su marido y padre de sus hijos a ella no se lo demostró. Y, sin saber por qué, preguntó:

—¿Tu padre bien?

El retintín en su tono al preguntarle sobre aquel molestó a Amanda, que simplemente dijo:

—Sí.

Y, sin querer entrar en su juego, la joven calló.

—¿Sigue siendo el gran mentiroso que siempre fue? —insistió entonces Eleanor—. Porque, *par Dieu*, que yo recuerde, se le daba muy bien.

Esas palabras y la cara con que aquella la miraba hicieron que Amanda replicara con sarcasmo:

—Te voy a decir una cosita para que te quede bien clarita... El abuelo no lo sé, pero mi padre nunca supo nada del lío amoroso que Magnus tuvo con esa mujer de Dornie. Así que no vuelvas a llamarlo «mentiroso» o lo vas a lamentar.

—Venga, por favor...

—¿«Venga, por favor», qué?

—Tu padre lo sabía —siseó Eleanor muy seria.

—No lo sabía.

—¿Acaso pretendes decirme cómo he de pensar?

—No. Pero sí pretendo que no culpes a mi padre sin saber.

—¿Y por qué sabes tú esa historia, si se supone que tu padre no conocía la existencia de esa mujerzuela?

—Pues porque Brodrick, tu hijo, se lo contó a mi padre, y él me lo contó a mí.

Boquiabierta por aquello, Eleanor no supo qué contestar.

—Si pretendes ser una borde conmigo por ese motivo los días que estés por aquí, que sepas que me va a dar igual —añadió Amanda—. Por tanto, intentemos facilitarles las cosas a Brodrick y a los niños y seamos solo cordiales. Ni yo confraternizaré contigo, ni tú conmigo.

—Me parece bien —convino Eleanor.

—Que nos ignoremos es una excelente opción.

—La mejor —apostilló la mujer.

—Simplemente nos soportaremos en beneficio de todos y poco más.

—Ni soy tu suegra ni pretendo serlo.

—¡Gracias a Dios! Porque no tengo tan mal gusto. —Y, al ver cómo la miraba, canturreó—: Y esta vez sí me estoy riendo de ti... *Par Dieuuuuuuuu...*

A cada instante más sorprendida por las cosas que aquella le decía, la mujer asintió. Estaba claro que aquella jovencita no tenía pelos en la lengua. Y, antes de levantarse del banco de madera, dijo:

—Entonces ¿tras esta conversación queda todo claro?

—¡Clarísimo!

—¿Segura? Porque no quiero volver a tener ninguna conversación de más de dos palabras contigo.

—Tan segura como que soy la mujer de tu hijo y la condesa de Aviemore. Y, sí, esto también lo digo para molestarte.

—*Par Dieu!* ¡Qué insolente eres!

—No me busques o no solo conocerás mi insolencia.

Eleanor resopló. Aquella muchacha era insufrible. Y, poniéndose por fin en pie, se dio la vuelta y se marchó mientras Amanda decía levantando la voz:

—¡Pasa buena noche!

Una vez que la mujer salió de la cocina, la joven respiró hondo. La tensión que la aparición de aquella le había provocado desapareció de pronto y se sintió mejor. Estaba claro que, a su manera, se habían dejado las cosas claras, y sonrió. Era lo mejor.

Capítulo 56

En su habitación, Brodrick daba vueltas como un animal enjaulado.

Lo ocurrido lo tenía en un sinvivir. Si algo le hubiera pasado a Amanda, nunca se lo habría perdonado, y saber que su gente había estado pasándolo fatal a causa de su ineptitud tampoco lo tranquilizaba.

Estaba pensando en ello cuando oyó un ruido en el pasillo. De inmediato, se apresuró a abrir la puerta y justamente vio que la de Amanda se cerraba, por lo que, sin pensarlo, fue hasta ella y, sin abrir, solo llamando con los nudillos, dijo:

—Amanda, soy Brodrick.

Sorprendida, la joven parpadeó. Si aquel iba a echarle la bronca por lo ocurrido y por cómo había recibido a su madre, lo llevaba claro, así que no respondió.

Y cuando él, al ver por debajo de la puerta que se movía una sombra en el interior de la estancia, insistió:

—Sé que estás despierta y que ya no quieres contestarme otra vez, pero has de saber que nada me gustaría más que poder hablar contigo.

Oír eso hizo sonreír a la joven, y aquel añadió:

—Tienes razón. Lo que ha sucedido hoy ha sido culpa mía y..., me creas o no, nunca me lo perdonaré.

En silencio, Amanda escuchaba conmovida como él le hablaba con un hilo de voz.

—Quiero que sepas que te agradezco lo que has hecho por ellos —continuó Brodrick—. He visto que mi gente te aprecia. Ya te quiere. Y, por lo menos, pueden decir que su señora los escuchó y los ayudó, cosa que no podrán decir de mí. También quiero que sepas que siento mucho que salieras herida. Daría lo que fuera porque eso me hubiera ocurrido a mí y no a ti. Y... y..., ¡maldita sea, Amanda! No sé qué me pasa, pero todo lo hago mal. Soy el tonto que dices, pues no sé cuidar de mi hija, no sé cuidar de mi gente; y ahora tampoco he sabido cuidarte a ti.

Brodrick calló. Aunque decía lo que sentía, no era fácil. Tras suspirar con frustración, agregó:

—Descansa, Amanda.

Dicho esto, dio media vuelta y se encaminó hacia su habitación. No pensaba seguir hablándole a una puerta cerrada.

Después de un rato, Amanda, que había escuchado de pie frente a la puerta, seguía conmovida. Oír aquel triste y desesperado tono de voz en Brodrick y las cosas que había dicho le había tocado el corazón. Así pues, al final abrió la puerta de su habitación y se dirigió hacia la de él.

Al llegar ante su puerta, se detuvo. ¿Debía llamar? Pensó simplemente en abrir y entrar, pero decidió que no. Aquel había respetado su intimidad, y ella debía respetar la suya. Por ello, y, consciente de que en aquella primera planta de momento solo dormían ellos dos, suspiraba dudando aún acerca de qué hacer cuando la puerta de repente se abrió.

Ambos se quedaron unos instantes en silencio, mirándose a la luz de la vela que había en la pared. Brodrick estaba desnudo de cintura para arriba, solo llevaba un pantalón oscuro.

—Hola —murmuró.

Conmovida por la tristeza que veía en sus ojos, ella levantó la mano a modo de saludo, y el guerrero dijo:

—Hoy he aprendido muchas cosas. Entre ellas, que soy un tonto, y también lo que es el voto de silencio.

La joven sonrió, y él, dolido por ver el labio partido y el rostro amoratado de ella, preguntó:

—¿Estás bien?

Amanda afirmó con la cabeza.

—¿Te duele? —insistió él.

Con las manos, ella le hizo entender que era molesto, y acto seguido él suplicó:

—Por favor, háblame. No puedo soportar que no me hables. Tú no. Si es necesario que me arrodille para rogártelo, lo haré. Pero, por favor, háblame.

De nuevo Amanda se encogió de hombros. Estaba claro que sus votos de silencio provocaban más que sus gritos. Entonces él, dando un paso atrás, pidió:

—Entra en mi habitación, por favor.

—No.

—¿Por qué?

Consciente de que había roto su voto de silencio, ella respondió intentando no mirar sus pectorales desnudos:

—Porque no quiero incumplir la séptima regla.

Oír eso hizo que el guerrero suspirara y, con una triste sonrisa, aclaró agarrando una camisa para ponérsela:

—No te estoy pidiendo que entres para eso.

—Es bueno saberlo. Pero yo, por si acaso, ya te aviso.

De nuevo el silencio se instaló entre ellos, hasta que Brodrick dijo:

—No me gusta que menciones lo de la renuncia.

—A mí no me gustan otras cosas de ti.

—No fui justo contigo. —Y, señalándose la fea herida del estómago, aclaró—: Esto me lo hizo Scarlett. Una noche se levantó e intentó matarme porque la salvé de morir quemada días antes. No sé por qué no te lo conté. No sé por qué en ese momento me callé. Pero lo que sí sé es que tú no te merecías que yo te tratara como lo hice.

Amanda no respondió. Que Brodrick estuviera confesándole eso la sorprendió. Y el guerrero, tendiendo entonces la mano hacia ella, musitó:

—Pasa para que podamos hablar con tranquilidad. Te prometo que no me lanzaré sobre ti y seré respetuoso. Por favor, confía en mí.

Cautivada por lo que le hacía sentir, con su mirada, sus palabras, su respiración, finalmente Amanda le cogió la mano y entró. Vestida solo con la camisola blanca y descalza, miró al guerrero, que cerraba la puerta, y aproximándose a la ventana para mirar al cielo, comentó:

—Esta noche hay una luna llena muy bonita.

Brodrick asintió y, acercándose a ella sin tocarla, dijo mientras miraba su rostro dañado:

—Nadie volverá a tocarte o a herirte o lo mataré.

La joven sonrió.

—Esa es una frase muy de mi padre.

—Y ahora también mía, *mi amor* —afirmó él.

Durante unos instantes se miraron bajo la luz de la luna hasta que ella, sorprendida, preguntó:

—¿Has dicho «mi amor»?

—Sí.

—¿Y por qué mientes diciéndome eso?

—No miento. Es lo que siento.

Boquiabierta, ella parpadeó sin saber que, con todo lo que había sucedido, el mundo de Brodrick se había puesto patas arriba.

—Durante el tiempo en que no sabía dónde estabas, algo se ha roto dentro de mí y creía que me volvería loco —explicó él—. No puedo quitarte de mi cabeza. No logro dejar de pensar en ti en todo momento. Y de pronto me doy cuenta de que me gusta saber que eres mi mujer, y solo quiero abrazarte, besarte y...

—Madre mía...

—¿Qué pasa?

La joven, consciente de lo que ocurría, murmuró:

—Que me pasa como a ti, y voy a incumplir la séptima...

Y, sin más, Amanda dio un paso al frente y, como había hecho en otras ocasiones, lo besó. Pero al hacerlo el labio se le resintió y, cuando se retiró dolorida, él iba a hablar pero ella dijo:

—Yo no he prometido que no me abalanzaría sobre ti. Ese has sido tú.

Encantado, Brodrick pasó la mano por la cintura de la joven y la acercó a él. Saber que los sentimientos de ambos eran recíprocos de pronto era un bonito sueño hecho realidad. Dándole un dulce beso en la punta de la nariz, susurró:

—Eres preciosa a la par que desesperante. Me sacas de mis casillas como nadie, y más cuando canturreas con segundas intenciones, pero me enamoras a cada instante, y créeme cuando te digo que eres la mujer más fascinante que he conocido en mi vida y no sabes cuánto deseo estar cerca de ti.

—Madre mía...

Complacido al oírla decir esa expresión, él comenzó a repartir con mimo un sinfín de besos por su rostro. Besos dulces. Besos tiernos. Besos cargados de intención. Pero, cuando el deseo explotó en el interior de ambos, el guerrero se detuvo y musitó:

—Entiendo que antes de seguir hemos de hablar y aclarar cosas para...

—Ya hablaremos luego —lo cortó Amanda.

Y, sin más, y dejándose arrastrar por la pasión, disfrutaron del placer de los cuerpos de una manera salvaje e irracional. Aunque no tenía la experiencia de Brodrick en lo referente al sexo, Amanda se dejó llevar. Su carácter resuelto, atrevido e intrépido le permitía disfrutar de aquel placer de una manera impetuosa que a su marido lo cautivaba. La Amanda osada y valiente volvía loco a Brodrick. Y, cuando el placer estalló, ella se dejó caer sobre la cama y dijo con un hilo de voz:

—Por san Fergus...

Brodrick se disponía a abrazarla cuando esta, levantándose a toda prisa de la cama, dijo mientras iba a servirse un vaso de agua:

—Cariño, ha sido increíble.

Encantado por cómo lo había llamado, él musitó:

—Tú sí que eres increíble, *mi amor*.

Divertido por verla tan desinhibida ante él, cuando Amanda regresó al lecho la abrazó. Aquella irrefrenable atracción que estaba viviendo con ella era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. Tras darle un dulce beso en la punta de la nariz, preguntó mirándole el labio:

—¿Te duele?

—Molesta, pero, tranquilo, no pasa nada.

Con mimo, el guerrero paseó su boca por la de ella repartiendo dulces besos, y luego preguntó separándola:

—¿Estamos bien? —La joven lo miró y él susurró—: No vuelvas a mencionar lo de firmar la renuncia.

Amanda comprendió entonces que las veces que lo había dicho le había dolido.

—Creo que lo más inteligente para ambos es olvidarnos de ella —continuó Brodrick—, a no ser que la situación sea insostenible.

La joven asintió. Si alguien había hecho referencia a la renuncia, había sido ella.

—Estoy contigo —murmuró.

Ambos sonrieron por aquello y la joven, mirándolo, añadió:

—No eres soso ni aburrido.

—¿Ah, no?

—No. Cuando lo decía era para convencerme de que no podías gustarme y para alejarte de mí. Aunque, bueno..., un poquito tonto... sí que eres.

El guerrero soltó una carcajada e indicó:

—Pues tú, mi querida lady Herencia Salvaje, eres contestona, desesperante, osada...

—¿En serioooo...? —canturreó Amanda.

—Y también increíble, fabulosa, hechizante...

—Vaya, qué biennnnnnn...

—Pero no cambiaría nada de ti.

—Woooo... ¡Qué fuerteeee...!

—No me canturrees —cuchicheó el guerrero muerto de amor.

Los dos estaban sonriendo cuando él propuso:

—¿Qué te parece si nos permitimos conocernos con nuestros defectos y virtudes? Simplemente seamos Amanda y Brodrick y veamos hasta dónde llegamos.

—Interesante propuesta.

Tras una nueva ronda de besos, abrazos y cariños, el guerrero comentó mirándola:

—¿Qué tienes, mi preciosa Amanda, para que me estés volviendo loco?

Divertida al oír eso, pero consciente de que no sabía la respuesta, la joven respondió:

—De momento, un labio partido y un feo moratón en la mejilla.

Ver eso enfermó a Brodrick, que, endureciendo de pronto la expresión, juró:

—Si alguien vuelve a rozarte, lo mataré.

—Mmm..., me gusta tu lado salvaje.

—Te recuerdo que mi abuela Siriana era vikinga.

—Es verdad —afirmó Amanda—. Recuerdo que me lo contaste en Eilean Donan. Y, ahora que lo dices, conociendo a tu madre, ¿cómo llevó eso de que tu abuela fuera vikinga?

Brodrick se encogió de hombros.

—Cuando mis padres se unieron en matrimonio, solo vivía mi abuelo. La abuela ya había muerto.

—Vaya. Lo siento.

—Yo también. Me habría encantado conocerla. Al parecer, fue una mujer de armas tomar —afirmó el guerrero, que, paseando la nariz por el cuello de su mujer, preguntó—: ¿Por qué siempre hueles tan bien?

Amanda sonrió excitada.

—¿Y por qué eres siempre tan bonita? —añadió él.

Divertida por unos halagos que no esperaba, la joven sonrió de nuevo y murmuró:

—Para...

—¿Por qué he de parar?

—Porque me da miedo malacostumbrarme.

Brodrick la miró. Quería malacostumbrarla. Deseaba amarla y hacerla feliz. Y, hechizado por ella, declaró:

—Voy a malacostumbrarte todos y cada uno de los días. Es más, quiero malacostumbrarte tanto que, cuando tu padre se entere, se ponga tan celoso que...

—Brodrick..., no quieras ver a mi padre celoso.

Ambos sonrieron por aquello y el guerrero continuó:

—Escúchame, mi amor. En nuestra mano está revertir la situación. Yo quiero. Estoy viendo que tú también; entonces ¿dónde está el problema?

—El problema es que apenas nos conocemos.

—Pues conozcámonos.

Amanda sonrió. La predisposición que veía en él le gustaba.

—¿Qué te parece si hacemos de esta estancia nuestra habitación? —propuso entonces Brodrick.

—¿Y matar a tu madre del disgusto?

Él soltó una carcajada.

—Aquí, quienes decidimos en lo referente a nuestro matrimonio somos tú y yo. ¿Por qué dices eso?

Amanda sonrió y, recordando la conversación que había mantenido en la cocina con aquella, repuso:

—Porque soy la salvaje McRae y no la encantadora Caroline.

—Y también eres mi preciosa y encantadora mujer —se apresuró a añadir él—. Y eso mi madre, le guste o no, tendrá que aceptarlo.

Ambos sonrieron y el guerrero, que ignoraba que su madre y su mujer habían hablado, añadió:

—Sé que el día del enlace ambos dijimos que entre nosotros no habría ningún acercamiento. Pero míranos..., ha ocurrido, y nos gusta.

A Amanda le llenaba el corazón escuchar algo así. Estaba claro que lo que había empezado mal entre ellos a cada segundo que pasaba se convertía en algo bonito y especial.

—¿Cómo podemos ser tan raros? —preguntó ella divertida.

—¿Raros?

La joven asintió.

—Pasamos de pelearnos a desearnos de una manera incomprensible. Hace pocos días decíamos que no habría nada entre nosotros, y ahora me llamas «mi amor» y yo a ti «cariño». Nos encanta besarnos, tocarnos, mimarnos, y ahora deseas que me traslade a tu habitación. ¿Eso no es ser raros?

—Raros, no... ¡Muy raros! —afirmó el guerrero.

Ambos volvieron a reír, y luego Amanda preguntó:

—¿Qué hacemos con lady Par Dieu?

Brodrick parpadeó al oírla.

—¿Hablas de mi madre?

Sin dudarle, Amanda asintió, y el guerrero, sonriendo por aquel ridículo apodo que le iba al pelo a su madre, insistió:

—¿A qué te refieres con qué hacemos?

—Ella sabe que nuestra boda se celebró porque mi padre nos obligó y...

—¿Y cómo es que sabe eso mi madre?

—¿No se lo has dicho tú?

Rápidamente el guerrero negó con la cabeza, y la joven, con cara de circunstancias, cuchicheó:

—Pues se lo he dicho yo.

—*Par Dieu!* —murmuró él.

Que su madre supiera aquello no les iba a facilitar las cosas y, cuando iba a hablar de nuevo, Amanda comentó:

—Me la he encontrado en la cocina hace un rato y la cosa ha sido complicadita entre las dos.

El highlander asintió y, convencido de que tenía que mantener una conversación con su madre para aclarar algunas cosas, indicó:

—Hablaré con ella. Y, por favor, no la llames nunca «lady Par Dieu».

—Ya lo he hecho.

—¡Amanda!

Con una sonrisa, ella le guiñó un ojo y el guerrero, besándola, susurró:

—Eres incorregible, pero me vuelves loco.

Un beso. Dos. Y, al acabar el tercero, Brodrick, apasionado por su mujer, declaró:

—Lo quiero todo de ti y lo quiero ya.

Oírlo decir aquello la hacía entender que ella también lo quería todo, y ya. Y, acariciándole con mimo el rostro, musitó:

—Pero qué bonito eres, Brodrick Fraser.

Hechizado y enamorado como un tonto, él disfrutó aquel momento dulce entre ambos.

—Nunca me mientas, mi amor —murmuró al cabo—. No creo que pudiera soportarlo. Es lo único que te suplico.

—De acuerdo, tontito.

—¿«Tontito» es cariñoso? —preguntó él.

—Muyyyy cariñoso.

Divertido por aquello, el guerrero asintió, y acto seguido ella afirmó con gracia:

—Lo intercalaré con «cariño» o «gruñoncito», que sé que te gustan.

Ambos volvieron a reír.

—He de cambiar muchas cosas que hago mal, Amanda —indicó Brodrick a continuación.

—Harás bien.

—Esta tarde, al ir al pueblo a buscaros, he conocido a Calum Buchanan.

Al oír eso, la joven levantó las cejas sorprendida.

—Ese hombre —continuó Brodrick—, a pesar de su resentimiento y de lo que con toda razón pensará sobre mí, al saber que eras mi mujer y te buscaba, ha sido quien ha conseguido que los aldeanos se calmaran y nos

entendiéramos. También me ha explicado por qué vinieron él y su hija a verte a Roy Trust. ¿Por qué no me lo dijiste?

Amanda suspiró. Si se lo hubiera dicho en aquel momento, con seguridad le hubiera molestado.

—Si no te dije nada fue porque no quería que te sintieras mal y creyeras que me estaba entrometiendo en cosas que te correspondían —respondió con sinceridad—. Pero, Brodrick, cuando me dijo lo que le ocurría, no pude quedarme impasible e intenté solucionarlo dentro de mis posibilidades.

El guerrero asintió y, entendiéndola, murmuró:

—¿Cómo he estado tan ciego con mi gente? ¿Cómo he sido tan tonto de creer que los ayudaba simplemente con lo que hacía?

—Escucha, cariño. Esto que ha pasado te ha hecho darte cuenta de que lo material no siempre es suficiente, si a ello no se le suma afecto, respeto y corazón. A eso me refería cuando te decía que en Eilean Donan hacemos las cosas de otra manera.

Brodrick asintió conmovido. Estaba claro que la vida acababa de darle una lección, y, con pesar, afirmó:

—Como tú dices, el calificativo de «tonto» se me queda corto.

Ver la tristeza y la culpabilidad en los ojos de aquel le dolió a la joven, por lo que se apresuró a añadir:

—Ahora no es momento de reprocharse cosas. Lo hecho hecho está. Y el pasado pasado es. Ahora es momento de mejorar, solucionar, arreglar y entender que tu gente te necesita. Eres su laird, su señor. Y ellos te necesitan para ser respetados como clan.

El guerrero asintió, pero comentó pesaroso:

—Me avergüenzo al pensar que tú, con tus acciones, has hecho por ellos mucho más que yo desde que llegaste. No sé si ha sido por no criarme aquí o por mi ineptitud, pero yo lo veía todo diferente y...

—Brodrick, escúchame. Cuando te crías en un sitio, aprendes a saber cuáles son las carencias y las necesidades del lugar. No te martirices. Tú no te criaste aquí. Tu padre nunca te enseñó cómo liderar Roy Trust, pero la realidad es...

—La realidad es que te necesito a mi lado para poder seguir avanzando —la cortó él.

Se miraron en silencio. Aquellas palabras significaban mucho para la joven, que murmuró:

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Sí.

—¿Tú a mí?

—Sí, mi amor. Yo a ti.

—No te puedo creer...

—Solo tú puedes enseñarme todo lo que necesito saber para poder liderar las tierras que tanto mi padre como mis antepasados han cuidado. Solo tú serás capaz de hacerme entender muchas de las cosas que hasta el momento yo no he entendido. Y solo tú eres la mujer que deseo, en mi corazón, en mi cama y en mi vida. ¿Te queda claro?

Boquiabierta y sobrecogida por lo que eso significaba, la joven murmuró mientras sonreía:

—Madre mía..., madre mía...

Capítulo 57

A partir de esa conversación, todo comenzó a cambiar en Roy Trust.

Las siguientes semanas Brodrick se dejó aconsejar por Amanda y cambió su actitud en un buen número de cosas, mientras Eleanor lo observaba en silencio. Ver a su hijo volver a ser el hombre fuerte y seguro que fue en el pasado era una bendición, aunque la mujer que tenía a su lado no le agradara.

¿Cómo podía preferirla a ella antes que a la encantadora Caroline?

Otra de las cosas que Amanda ordenó cambiar fue Roy Trust. Aquel lugar necesitaba adaptarse a las necesidades de los niños y de ellos, y, con el beneplácito de Brodrick, y ayudada por Emilia y Nela, Amanda convirtió aquel sitio oscuro y feo en un bonito hogar.

Sorprendentemente, Eleanor no se entrometió en nada, aun sabiendo que todos aquellos cambios habían sido obra de Amanda. De la McRae. De aquella joven impetuosa y llena de vitalidad a la que no soportaba, pero que, le agradara o no, a su hijo le hacía bien.

Durante ese tiempo, por el bienestar de la familia, Amanda y Eleanor habían procurado coincidir poco. Aun así, cuando lo habían hecho, aunque disimulando, alguna

pullita se habían lanzado. Estaba claro que no se soportaban.

Eleanor no podía evitar compararla con las jóvenes finas y delicadas de Dumfries o con la mismísima Caroline. Aquella joven, con su empuje y su nervio, era un puro volcán en erupción, y cada vez que veía que su hijo y ella se besaban o se prodigaban palabras ridículas de cariño, resoplaba de frustración.

¿En serio se habían enamorado?

Estaba sentada bajo un árbol junto al lago, pensando en ello y en cómo gestionar los días que aún le quedaban en Roy Trust, cuando de pronto oyó:

—Nunca imaginé que regresarías a este lugar.

Oír esa voz a Eleanor la hizo cerrar los ojos y, cuando los abrió, respondió:

—Esa era mi intención. Pero mi hijo dejó a Ossian a mi cargo y me obligó a traerlo a Roy Trust.

Eleanor se levantó y, tras sacudirse unas briznas de hierba de la falda, se volvió y miró a aquel a los ojos.

—Calum Buchanan, nunca pensé encontrarte aquí —dijo.

El herrero asintió y, bajando de su caballo, se apoyó en el tronco del árbol que tenía al lado.

—Pues te equivocaste..., Ely —replicó.

Se miraron en silencio durante un buen rato. Los recuerdos de momentos pasados de pronto se agolpaban en sus mentes, y luego ella preguntó nerviosa:

—¿Tu hija Margot? ¿No es tu sobrina?

El hombre asintió. Y, consciente de que nadie los escuchaba, afirmó:

—Es mi hija. Inventé la historia de que su madre murió al nacer y...

—*Par Dieu...* No..., no..., no. No quiero hablar de eso —lo cortó Eleanor con dramatismo.

—Que no quieras hablar de ello no quita que...

—¡Calum, no! —volvió a cortarlo ella.

Molesto, él asintió. Los meses en los que había estado viéndose a escondidas con aquella mujer fueron los mejores de su vida.

—Tranquila, que no te pediré nada —siseó—. No te lo pedí en su momento, menos aún lo haré ahora. Pero sí quiero agradecerte que, a pesar de las circunstancias que vivías en tu casa, te preocuparas por mi hija al saber que la inconsciente de mi hermana Marianela y el imbécil de tu marido la abandonaron diciendo que había muerto.

Eleanor asintió. A pesar de lo furiosa que estuvo con el que fue su marido y su amante, ayudó a la pequeña y removié cielo y tierra para encontrar a algún familiar de Marianela, hasta dar con él.

—Siempre te agradeceré el detalle que tuviste en buscarme, localizarme en Inverness y entregarme a mi niña.

Oír eso que ella tenía olvidado hizo que Eleanor asintiera.

—Me alegra que lo veas así, puesto que a veces he pensado que quizá te arruiné la vida —murmuró mirándolo.

Calum sonrió y, al pensar en la que para él era su hija, repuso:

—Olvida eso, Ely. Me diste el mejor regalo que nadie podría haberme dado. Tengo una preciosa hija que me

quiere y a la que quiero, y no la cambiaría por nada del mundo.

Oír como la llamaba «Ely» la enterneció. Nunca nadie la había llamado así. Solo él.

Desde el primer día que la conoció, Calum siempre fue atento con ella. Y cuando, poco después, comenzaron a escondidas una relación amorosa en Inverness, fue el hombre que la hizo entender lo que era el amor y el placer en el lecho. El herrero le pidió que eligiera un nombre para la pequeña y, sin dudarlo, Eleanor escogió el nombre de Margot. El nombre de su madre.

Su matrimonio con Magnus fue un acuerdo. Ella era la hija de un guerrero escocés y una francesa y, por consiguiente, casarla era difícil, por lo que, cuando apareció la oferta de Magnus, su padre, que era un hombre viudo, no lo pensó y aceptó. Su hija era un estorbo.

No obstante, el amor entre Magnus y Eleanor nunca existió, como tampoco existieron la confianza ni el respeto, y mucho menos el placer en el lecho. Con Calum todo fue diferente, y Eleanor se enamoró de aquel simple herrero de Inverness.

Sin embargo, todo cambió el día que Magnus, a pesar de que él ya disfrutaba con su amante en Aviemore, le dijo que le había llegado el rumor de que ella se veía con otro en Inverness y que lo iba a matar, lo que asustó a Eleanor.

Calum no solo era un buen hombre, sino que además ahora tenía a una niña a su cargo. Debía pensar en ello. Y, tras una última visita a Inverness, donde lo había avisado de que debía coger a la niña y desaparecer, ella, a su regreso, también desapareció de la vida de aquel y de la

pequeña sin previo aviso. Su amor y su relación eran imposibles.

Fue entonces, a su vuelta de Inverness, cuando Eleanor se separó de Magnus, se marchó definitivamente de Aviemore y se instaló en Dumfries con sus dos hijos, Brodrick y Richard.

Desde entonces habían pasado catorce años. Unos años en los que el amor dejó de formar parte de la vida de Eleanor porque ella cerró su corazón.

—¿Todo bien con tu esposa? —le preguntó a continuación a Calum.

—No tengo esposa.

—*Par Dieu!* ¿Y por qué?

—Porque, con ocuparme de Margot y la herrería, mi vida ya está bien.

Sorprendida por aquello, cuando imaginó que se habría casado para tener ayuda con la niña, la mujer asintió.

—Tú tampoco volviste a casarte —comentó aquel acercándose a ella.

Haciendo aspavientos con las manos, Eleanor se alejó de él y respondió:

—Con un matrimonio horrible y fallido ya tuve bastante.

El herrero volvió a acercarse a ella y, aun habiendo pasado catorce años, aun habiendo sufrido por su ausencia, murmuró:

—Mi preciosa Ely...

—Oh, no. No me llames así —repuso ella llevándose la mano a la frente.

Calum sonrió y, sin apartar la mirada de la mujer, musitó:

—Sigues tan dramática como siempre.

Eleanor se dio aire con la mano.

—Nunca he podido olvidarte —insistió él.

Conmovida por aquello, Eleanor jadeó al sentirse identificada con el comentario, y, sin esperarlo, el herrero la besó. Aquel beso cargado de recuerdos les erizó a ambos el vello de todo el cuerpo, hasta que ella, empujándolo, lo apartó y dijo alterada:

—No vuelvas a hacerlo.

—Ely...

—¡Eleanor! Ese es mi nombre.

Agitado por todos los sentimientos que habían regresado a él en tromba al reencontrársela, Calum declaró entonces sin moverse de donde estaba:

—Fui varias veces a Dumfries.

—¿Qué?

Él asintió y, mirando a aquella mujer de la que nunca había podido olvidarse, añadió:

—Te busqué y te encontré.

—*Par Dieu...* —respondió Eleanor conmovida, con un hilo de voz.

Se miraban en silencio cuando el herrero susurró:

—Necesitaba verte. Quería saber que estabas bien, a pesar de que tú te alejaste de mí sin decirme...

—No tenía que decirte nada. Simplemente me marché.

Calum asintió dolido; estaba claro que los sentimientos que él había tenido por ella no habían sido correspondidos. Entonces la mujer, acalorada, preguntó:

—¿Desde cuándo vives en el condado de Aviemore?

—Desde hace unos doce años.

—¿Doce años?

—Sí. Me mudé aquí cuando Margot tenía tres.

Sobrecogida, Eleanor parpadeó. Le había dicho que se alejara de Magnus, no que se acercara a él.

—¿Por qué? ¿Por qué te arriesgaste tanto? —preguntó.

El herrero, entendiéndola, respondió entonces sin dudarlo:

—Porque pensé que, si algo me ocurría, no quería que mi hija pasara penurias teniendo a su padre vivo. Pero, por suerte, eso no sucedió.

—Calum...

—Por suerte, ha transcurrido el tiempo. Margot es una mujercita lista y espabilada, y sé que si algo me sucediera sabría salir adelante... sin sus hermanos.

—A ellos no los metas en esto. Ellos no saben nada.

—Tranquila, mi preciosa Ely. Ni mi hija ni yo os necesitamos.

Pero la tranquilidad de la mujer se había esfumado ya y el dramatismo se había apoderado de ella, y más cuando aquel preguntó:

—¿Por qué no les contaste que tenían una hermana viva?

Eleanor se retorció las manos nerviosa. Había estado a punto de contárselo infinidad de veces, pero respondió:

—*Par Dieu...* Porque el error fue de su padre, y no mío.

—Mi hija no es un error, Ely. Margot se merece lo mejor. Y tú, sabiendo de su existencia, lo mínimo que podrías haber hecho era contarles la verdad.

La mujer asintió; entendía sus palabras. Y todo el amor que habría podido darle a Margot en aquellas circunstancias se lo había dado a su nieta Peyton.

—Mis hijos eran unos muchachos que ya tenían bastante con gestionar la ruptura de sus padres, la amante de su padre y el cambio de residencia y de vida, como para encima contarles que tenían una medio hermana —susurró—. Acertado o no, decidí hacerlo así.

—Y cuando crecieron, ¿por qué no se lo contaste entonces?

—Porque mis hijos tienen unas vidas y Margot no entra en ellas.

Aun doliéndole esa respuesta, Calum asintió y, marcando unas diferencias que segundos antes no existían, repuso:

—Tenéis razón, lady Eleanor. Mi hija no necesita nada de nadie, porque ya tiene a su padre.

Una ventolera pasó entonces rozándoles la piel mientras ellos se miraban en un silencio lleno de reproches y preguntas. Y, cuando el viento cesó, Calum tomó aire y dijo subiéndose en su caballo con gesto serio:

—Lo mejor, lady Eleanor, es que nos despidamos aquí y ahora.

—Acertada decisión.

—Que tengáis un buen día.

Y, dicho eso, el hombre se alejó, dejando a Eleanor totalmente descentrada y con el dulce sabor del recuerdo de aquel hombre en la boca.

Capítulo 58

Después de una mañana en la que Amanda terminó de redecorar la habitación que en su momento había sido de la Innombrable, consciente de lo bien que había quedado fue en busca de Peyton y Ossian, que estaban con Nela. Si a ellos les gustaba la estancia, todo iría bien.

Pero, cuando llegaron frente a la puerta, Peyton se agarró a la pierna de la joven.

—¿Va-vamos a entrar ahí? —murmuró.

Consciente de los miedos que aquella habitación le despertaba a la niña, Amanda asintió y, sin tiempo que perder, abrió la puerta.

Rápidamente Ossian, que estaba entre sus brazos, dio un chillido de satisfacción. Aquel lugar, colorido y lleno de juguetes de madera, le gustó. Y, una vez que Amanda lo dejó en el suelo y el crío gateó hasta llegar a una caja, se agachó y preguntó mirando a Peyton:

—¿Qué te parece el nuevo cuarto de juegos?

Con unos ojos como platos, y abandonado ya el miedo, la niña sonrió. Aquello que veía no tenía nada que ver con lo que ella recordaba.

—Es muy bonito —respondió.

—Uis..., fíjate, ¡allí hay una casita de madera!

De la mano, Peyton y Amanda entraron en la estancia y, cuando la niña se sentó frente a la casita, Amanda se sentó a su lado.

—Tu papá y Joshua la han construido para ti —dijo.

—¿Para mí?

—Sí, mi cielo. Para ti.

Feliz y encantada, la niña miraba aquello que tanto le gustaba cuando, viendo unas muñecas de trapo, cogió una y la joven declaró:

—Esa muñeca te la ha hecho tu abuela. Cuando la veas, agradéceselo, ¿vale?

Sin dudarlo, la cría asintió.

Durante un buen rato Amanda estuvo sentada en el suelo jugando con los niños. Aquella estancia, que en otro momento había sido un sitio horrible para ellos, gracias a su intervención era ahora un sitio lleno de luz, risas y color.

Contenta por lo que veía, Amanda miró a Peyton.

—¿Puedes ocuparte un momento de Ossian? —pidió.

Sorprendida porque le pidiera eso, cuando, hasta hacía bien poco, Flora no dejaba ni que lo cogiera en brazos, la niña preguntó:

—¿Yo?

Ella afirmó con la cabeza.

—Eres la hermana mayor —dijo—. Y creo que, si tengo que salir un momento de la habitación, puedo confiar en ti, ¿verdad?

Sin dudarlo, la niña asintió. Que le dijera eso la hacía sentir valorada y muy especial.

—Pues ocúpate de él un momento. Enseguida regreso —añadió Amanda levantándose.

Una vez que salió de la estancia, corrió escaleras abajo; la sonrisa que lucía en el rostro era sinónimo de su felicidad. Entró en el despacho de su marido sin llamar y empezó a decir:

—Cariño, tienes que...

—*Par Dieu!* —exclamó de repente Eleanor—. ¿Nadie te ha dicho que es de buena educación llamar a la puerta antes de entrar?

Amanda miró a la mujer. Y al ver que, como siempre, disimulaba delante de Brodrick, omitiendo lo que realmente deseaba decirle, respondió:

—Oh..., ¡qué despistada soy!

El guerrero las miró. Sabía que aquellas fingían cordialidad, cuando no se soportaban, pero decidió seguirles el juego y comentó acercándose a su mujer:

—Madre me estaba hablando de organizar una gran fiesta con motivo de nuestro enlace.

Según oyó eso, Amanda parpadeó. ¿Aquella quería organizar una fiesta para ellos?

En ese instante se oyeron unos golpes en la puerta entreabierta y, segundos después, Derek dijo entrando en el despacho:

—Brodrick, ¿tienes un momento?

El guerrero asintió y, mirando a aquellas dos, pidió:

—Dadme un segundo.

Una vez que él salió del despacho, Amanda miró a la que era su suegra.

—Te veo un poco pálida... —señaló.

Consciente del porqué de aquello, tras su conversación con Calum, la mujer se apresuró a replicar:

—Posiblemente sea a causa de tu compañía.

Amanda asintió. Estando a solas las dos, podían ser ellas mismas.

—Y luego la borde soy yooooo... —canturreó.

Oírla canturrear y ver su sonrisa hizo que Eleanor resoplara, y acto seguido Amanda preguntó:

—¿Tú celebrando una fiesta por nuestro enlace? ¿Acaso has bebido whisky de Joshua?

—*Par Dieu!* Si lo hago no es por ti, sino por mi hijo.

—Saber eso me deja más tranquila.

Ver que aquella sonreía sacó de sus casillas a Eleanor, que, mirándola, siseó:

—¿Por qué todo lo que digo parece hacerte gracia?

—Porque llorar no es lo mío.

Con gesto serio, la mujer iba a responder cuando la puerta del despacho se abrió de nuevo. Era Brodrick, quien, apurado por haber dejado a aquellas dos a solas, entró y preguntó mirándolas:

—¿Por dónde íbamos?

Amanda, encantada de ver que el guerrero se acercaba a ella para cogerla por la cintura, respondió:

—Lo de la fiesta me encanta.

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó Brodrick encantado.

—Será una gran fiesta para lairds de la zona —puntualizó Eleanor—. Gente influyente y...

—Si se celebra una fiesta por nuestro enlace —la cortó Amanda—, quiero que venga todo el mundo. Desde el panadero, hasta...

—*Par Dieu*, pero ¿qué tontería es esa?

Amanda miró entonces a Brodrick e, ignorando a su madre, explicó:

—A ver, cariño. Si lo que queremos es celebrar una fiesta con nuestra gente, ¡ha de estar nuestra gente! Eso los hará sentirse de la familia. Y nosotros lo que buscamos es eso, dar cariño al pueblo. ¿Recuerdas lo que hablamos?

Él asintió sin dudarle; lo que Amanda decía era cierto. Y, dirigiéndose a su madre, afirmó:

—Madre, si hacemos una fiesta por nuestro enlace, ha de ser como Amanda dice. Si algo deseo en estos momentos es que la relación con mi gente mejore, y este puede ser un buen punto de inflexión.

Amanda sonrió. Eleanor, no.

Para Brodrick, las últimas semanas con Amanda habían sido las mejores de su vida. De pronto había descubierto en ella a una excelente aliada, amiga, cómplice. Se acercó a sus labios, la besó, y en ese momento su madre protestó:

—*Par Dieu!* ¿Es que acaso no sabéis comportaros?

Brodrick y Amanda sonrieron, y acto seguido esta última musitó:

—Cariño..., ¿te he dicho lo guapo que estás hoy?

—Tú sí que estás guapa, mi amor —afirmó él volviendo a besarla.

Eleanor los miraba boquiabierta. Pero ¿desde cuándo su hijo era tan cariñoso? Y Amanda, sin perder la sonrisa, dijo sabiendo cuánto le molestarían a aquella sus palabras:

—Tontito, compórtate..., que tu madre ya tiene una edad.

—¡*Par Dieu*, cuánta bobería! —gruñó la mujer.

Brodrick sonrió divertido; le encantaba que Amanda lo llamara como quisiera. Cuando se separó de su mujer,

Eleanor declaró con gesto serio:

—De acuerdo, hijo. Entiendo lo que dices y así será. Todo el mundo que desee venir a la gran fiesta será bien recibido.

—¡Qué maravilla! —exclamó la joven.

Brodrick asintió. Que su madre y su mujer estuvieran de acuerdo en algo era agradable.

—¿Qué os parece si la organizamos para dentro de un mes? —propuso a continuación.

Amanda rápidamente asintió y Eleanor, pensando en todo lo que necesitaba, dijo:

—Me parece bien.

—¡Genial! —exclamó Amanda sonriendo.

—¿Cuál es tu color preferido? —le preguntó Eleanor.

—El rojo.

Según dijo eso, la mujer asintió y luego comentó dirigiéndose a su hijo:

—Qué curioso que su color preferido sea el de la sangre...

—Madre...

—Soy una McRae, ¿qué esperabas?

Brodrick resopló. Y Amanda, con inquina, soltó a continuación:

—¿Y cuál es tu color preferido, Eleanor?

—El verde.

Según oyó eso, Brodrick recordó algo que Amanda le había dicho en referencia a ese color y se apresuró a decir:

—Rojo y verde, ambos colores son preciosos y...

—Uis... —lo interrumpió Amanda—, pues fíjate que siempre he oído que el verde es el color de las prostitutas...

En cuanto dijo eso, Brodrick cerró los ojos. Había tenido que soltarlo.

—*Par Dieu!* —siseó Eleanor—. ¿Acaso se puede ser más grosera?

—¡Basta ya! —gruñó entonces Brodrick alzando la voz—. Sé que no os soportáis. Sé que disimuláis delante de mí. Pero ¿en serio vamos a estar siempre así?

Amanda suspiró. Acababa de pasarse, lo sabía. Se había dejado llevar por el momento.

—Te pido disculpas, Eleanor —dijo, consciente de sus palabras—. Mi comentario ha estado fuera de lugar.

Oír eso a la mujer la sorprendió y, levantando la barbilla, indicó:

—Disculpas aceptadas.

Dicho eso, tras mirar a su hijo, se recogió la falda y salió del despacho, y en ese momento Amanda protestó:

—¡Anda que ella me pide disculpas a mí!

Brodrick se sentó y, cuando iba a hablar, su mujer insistió:

—Porque, vale, yo he sido desagradable, pero ¿acaso ella no?

El guerrero tomó aire.

—Mi amor, no quiero discutir —repuso—. Dejémoslo.

Se miraron unos instantes en silencio. Tener a Eleanor en la fortaleza les creaba crispación. Y Amanda, que no quería continuar con aquello, dijo entonces:

—Vamos, levántate y acompáñame. Quiero enseñarte algo.

Viendo lo alegre que estaba de repente, el highlander se levantó y, cuando ella lo cogió de la mano y tiró de él,

sonrió. La vivacidad de Amanda lo volvía loco.

Cuando llegaron frente a la habitación que había pertenecido a Scarlett, Amanda se detuvo y declaró al ver el gesto serio de él:

—Espero que te guste.

Acto seguido abrió la puerta. Brodrick rápidamente se fijó en la claridad del lugar y en que sus hijos estaban en el suelo jugando. En sus caras vio felicidad, dicha, regocijo. Y cuando Ossian comenzó a gatear en su dirección y Peyton le sonrió, enternecido por aquello el guerrero miró a Amanda y murmuró:

—¿Te he dicho hoy ya lo mucho que te quiero?

Capítulo 59

Olivia, que estaba feliz con la próxima fiesta en Roy Trust, afirmó espada en mano:

—Tengo un precioso vestido celeste para la fiesta que aún no he estrenado.

—¡Genial!

Las dos jóvenes, que se ejercitaban en el bosque para no perder práctica en lo que a la lucha con espada se refería, cruzaron varios mandobles y, cuando ambas pararon, Amanda indicó:

—Yo tengo uno que traje de Eilean Donan que todavía no me he puesto. Creo que será el ideal para esa fiesta.

—¿De qué color es?

—Rojo. —Amanda sonrió—. ¡Y espero que escandalice a lady Par Dieu!

Estaban divertidas por aquello cuando de pronto aparecieron un grupo de mujeres. Entre ellas, Amanda reconoció a Clementina, Desirée y Margot, la hija de Calum, el herrero.

—Buenos días, *miladies* —las saludaron.

Amanda y Olivia bajaron sus espadas al verlas, y la segunda preguntó:

—¿Qué hacéis por aquí?

Las chicas se miraron entre sí, y finalmente fue Clementina la que respondió:

—Nos llegó la noticia de que lady Eleanor estaba buscando una joven para que os ayudara a vos, lady Amanda, en el cuidado de los niños, por lo que hemos estado en el castillo, para que nos conociera.

—No te puedo creerrrr —murmuró Olivia.

Boquiabierta al enterarse de eso, Amanda parpadeó. Si alguien tenía que buscar una ayudante era ella, no Eleanor. Y, tras intercambiar una significativa mirada con Olivia, preguntó dirigiéndose a las muchachas:

—¿Y qué os ha dicho lady Eleanor?

Desirée, sobreexcitada por haber estado en aquel bonito lugar, contestó:

—Ha dicho que, dentro de unos días, avisará a la elegida. ¿No os parece emocionante?

—Emocionantísimo —afirmó Amanda molesta.

Mientras Olivia les preguntaba más cosas a las muchachas, ella las observaba en silencio. Pero ¿cómo estaba haciendo aquello Eleanor sin contar con ella? ¿Y Brodrick lo sabía?

—*Miladies*, ¿puedo comentaros algo? —preguntó entonces Clementina.

Amanda y Olivia asintieron y aquella, tras intercambiar una mirada con el resto de las muchachas, dijo:

—Nos gustaría aprender el arte de la espada. Vimos cómo os defendisteis el día que ocurrió lo de esos hombres y..., bueno, lo hemos hablado y queríamos saber si podríais enseñarnos.

Boquiabiertas, Amanda y Olivia se miraron, y la primera, sonriendo, dijo:

—¿Y qué van a decir vuestros padres?

—A mi padre le parece bien —respondió una joven a la que Amanda no conocía—. Pasa mucho tiempo fuera con el ganado y sé que le agradaría que yo supiera manejar una espada, por si ocurriera algo.

Amanda sonrió y luego otra joven murmuró:

—Vivo con mi madre, mi padre murió. Soy la mayor de tres hermanas y deseo saber manejar una espada por si lo necesitara.

Olivia asintió; que algunas mujeres quisieran saber defenderse era bueno. Entonces Margot, dirigiéndose a Amanda, contó:

—En mi caso, sé empuñar una espada porque mi padre me enseñó. Siempre quiso que pudiera defenderme llegado el caso.

Sorprendidas por aquello, Amanda y Olivia se miraron; esta última le entregó su espada a la joven y pidió:

—Muéstranos qué te enseñó tu padre.

Acalorada y roja como un tomate por ser el centro de atención, Margot agarró la espada y, nada más hacerlo, Amanda asintió. Por el modo en que Margot sujetaba la espada, se notaba que no era la primera vez que lo hacía. Ella levantó la suya y dijo chocándola con la de ella:

—Vamos, embísteme.

Una vez que se lanzó al ataque, la timidez de Margot se esfumó. La muchacha se manejaba bien, y, tras cruzar varias estocadas, ambas bajaron las espadas.

—Tu padre te enseñó muy bien —afirmó Amanda.

—Gracias, *milady*.

El resto de las jóvenes observaban asombradas a Margot. Aquello que la habían visto hacer las había sorprendido.

—Si queréis aprender, sabed que Olivia y yo nos reunimos aquí todos los días sobre esta hora para ejercitar —dijo Amanda mirándolas a todas—. Solo tenéis que venir y...

—¿Y de dónde sacamos una espada? —preguntó Clementina.

—De momento, con que vengáis provistas con un palo largo es suficiente —indicó Olivia—. Antes de manejar una espada, tenéis que aprender otras cosas importantes, como sujetar o moveros.

Motivadas y felices, las jóvenes asintieron. En sus ganas de aprender, comenzaron a preguntarle miles de cosas a Olivia, hasta que Clementina, dirigiéndose a Amanda, comentó:

—*Milady*, quería agradeceros lo que hicisteis por mí el otro día.

Oír eso hizo que ella la mirara, y acto seguido la joven susurró:

—Y más, tras lo sucedido en la taberna de mi madre. Podríais haberme dejado allí y olvidaros de mí.

Amanda sonrió. Clementina se refería al día que tuvo que llamarle la atención por el modo en que se pavoneaba delante de su padre.

—Eso que ocurrió ya está olvidado —dijo mirándola—. Pero lo que no se te tiene que olvidar es que, para que te respeten, primero has de respetar. Si provocas, puedes meterte en muchos problemas y...

—*Milady*, lo creáis o no, entre vuestro toque de atención y lo ocurrido al irme a dar un paseo con uno de esos hombres, puedo aseguraros que he aprendido la lección.

Amanda asintió. Y, como no quería estar a malas con la joven, indicó:

—Como diría mi padre, en ocasiones las lecciones de la vida se aprenden en los peores momentos y de los peores errores.

—Qué razón tiene vuestro padre, *milady*.

—Lo sé. Pero no se lo diremos o se lo creerá.

Ambas rieron por aquello y, como estaban sudorosas, Amanda propuso:

—¿Qué tal si nos vamos al lago a darnos un bañito?

Sin dudarlo, todas aceptaron.

—Vamos. Sé de un lugar donde nadie nos verá —indicó Olivia.

Encantadas, todas se dirigieron hacia allí. Como bien había dicho Olivia, el lugar era íntimo, raramente alguien las vería, y, tras quitarse las ropas, se lanzaron al agua desnudas y las jóvenes disfrutaron del baño. Unas sabían nadar. Otras no. Y enseguida Amanda se ofreció a enseñarles.

Tras un buen rato de juegos y risas dentro del agua, al salir todas corrieron hacia sus ropas.

Amanda estaba vistiéndose cuando algo llamó su atención. Al fijarse en el cuello de Margot, vio una marca y, acercándose más a la joven, que se vestía entre risas, comentó:

—Curiosa mancha en forma de estrella.

Margot se tocó la mancha de nacimiento con la mano. Sonrió y dijo mirándola con sus bonitos ojos negros:

—Mi padre siempre dice que nací una noche en la que el cielo estaba plagado de estrellas, y una de ellas se impregnó en mí.

Amanda asintió, sin duda era una bonita historia. Pero cuanto más miraba aquella mancha más se convencía de que era exacta a la que Brodrick tenía. ¿Cómo podía ser eso posible?

Una vez que todas se vistieron y comenzaron a caminar hacia sus casas, Clementina comentó:

—Debéis saber que nos hace mucha ilusión asistir a la gran fiesta que lady Eleanor está organizando por vuestro enlace con su hijo, *milady*.

Ella asintió. Darse cuenta de nuevo de que Eleanor parecía estar al frente del castillo la incomodó. Pero, callando lo que pensaba, repuso:

—Nos lo vamos a pasar fenomenal, ¡ya veréis!

Contentas, las muchachas llegaron a las inmediaciones de Roy Trust, donde se despidieron de Amanda y Olivia, y el resto continuaron hacia el pueblo.

—Curiosas jóvenes, ¿verdad? —comentó esta última.

—Y agradables —apostilló Amanda.

Olivia rio y, cogiendo a aquella de la mano, la apremió:

—Corramos al castillo. Me muero de hambre.

—*Par Dieu!* —se mofó Amanda.

Entre risas, entraron en la fortaleza. Debían subir a cambiarse y asearse antes de sentarse a la mesa a comer, pero en la escalera se cruzaron con Nela, que llevaba en las manos un cesto de ropa.

—*Miladies* —saludó al verlas—, acabo de cambiar las sábanas de vuestras habitaciones.

Amanda, que la miraba con una sonrisa, dejó de sonreír de pronto. Nela tenía en la frente un chichón.

—¿Qué te ha pasado? —inquirió acercándose a ella.

Olivia, que, como Amanda, veía aquello, rápidamente murmuró:

—Por san Ninian, Nela... ¿Qué te ha ocurrido?

La joven las miró con gesto asustado, y luego Amanda preguntó:

—¿Quién te ha hecho esto?

—*Mi-milady...*, he sido yo. Soy muy torpe y...

Pero Amanda negó con la cabeza. No iba a creer ni una sola palabra de aquella.

—¿Ha sido Murdoch? —insistió mirándola.

—Nooooo.

—Nela —reclamó—, ¿ha sido Murdoch?

—No, *milady*. Claro que no.

Pero, sin querer creerla, Amanda dio media vuelta y soltó:

—Se lo dije... Le dije que era mejor que no quisiera saberlo.

Acto seguido salió a toda prisa del castillo. Su humor había cambiado drásticamente. Y Olivia, intentando bromear con ella mientras caminaba a su lado, preguntó:

—¿Tienes hambre?

Amanda negó con la cabeza y, entendiendo su pregunta, respondió:

—No. Pero estoy muy enfadada.

—¿Quién es Murdoch? —insistió su amiga siguiéndole el paso.

Amanda miró a su alrededor para buscarlo entre los hombres de su marido.

—Su pareja y, por lo que veo, un indeseable —respondió.

Durante un buen rato las dos jóvenes estuvieron buscando a Murdoch, hasta que Amanda lo localizó. Estaba con varios hombres, en el patio de armas. Según caminaba en su dirección, vio a Nela llegar corriendo. Hablaba con él, parecía apurada, y cuando Amanda se les acercó, sin mediar palabra empujó a Murdoch y soltó:

—Te dije que no quisieras saber, ¡¿lo recuerdas?!

El guerrero, al notar el empujón, la miró mientras el resto de los hombres observaban. Aquella que increpaba a Murdoch era la mujer de su laird. La miraban descolocados, y de pronto Amanda le soltó un puñetazo con todas sus fuerzas y siseó:

—Maldito cobarde.

—¡*Milady!* —gritó Nela.

Desconcertado, el guerrero miró a su novia. Lo último que debía hacer era dañar a la mujer de su laird. Si hacía algo así, tendría serios problemas. Pero Amanda, dándole otro puñetazo que esta vez hizo que le sangrara la boca, insistió:

—Vamos, atrévete a golpearme. ¡Cobarde!

El jaleo que se había formado en el patio de armas era descomunal. Brodrick, que acudió presuroso para ver lo que pasaba, exclamó al ver allí a su mujer:

—Por todos los santos... ¿Qué estás haciendo, Amanda?

La aludida, que miraba furiosa como Murdoch sangraba, gritó:

—¡Este malnacido pega a Nela! ¡¿No ves cómo tiene la cara?!

Brodrick miró a la joven; Amanda tenía razón. Pero entonces Nela se apresuró a exclamar:

—No, *milady*. ¡Él no me pega!

Amanda no la creyó. No era la primera mujer que negaba algo así por miedo. Y su marido, al verla tan terriblemente enfadada, preguntó:

—¿Tienes hambre?

Molesta porque aquel también le preguntara lo mismo, la joven siseó:

—Que nooooo. Solo estoy enfadada.

—Murdoch —preguntó entonces Brodrick—, ¿es cierto lo que dice mi mujer?

El guerrero, desconcertado, miraba a Nela y a su señor cuando Amanda le soltó un nuevo rechazazo que lo hizo caer de culo en el suelo.

—¡Por san Ninian, pero qué fuerza tiene tu mujer! —terció Derek, que estaba tan boquiabierto como el resto.

—¿Qué es todo este jaleo? —preguntó lady Eleanor acercándose. Y, al ver a Amanda con los puños ensangrentados, siseó—: *Par Dieu!* ¡¿Quién iba a ser sino ella?!

—¡Madre!

Amanda decidió ignorar a la mujer, y en ese momento Murdoch susurró:

—*Milady...*, yo nunca le he puesto la mano encima ni a Nela ni a ninguna otra mujer.

Oír eso, sabiendo ella lo que sabía, a Amanda la enfadó más aún, y cuando se disponía a golpearlo de nuevo Nela se interpuso entre ellos y gritó llorando:

—¡Es mi padre, *milady*! Es mi padre quien me agrade... No Murdoch.

Paralizada por aquello, Amanda vio que el guerrero abrazaba a la joven con mimo, y Nela, viendo como todos la miraban, añadió llorosa:

—Padre tiene la enfermedad del olvido y... y... a veces él... se pone agresivo y... y..., por vergüenza a lo que pensarían de él, ni mi madre ni yo queríamos decirlo. Pero... pero Murdoch no es. Él me trata con delicadeza, *milady*. Él me protege.

Horrorizada, Amanda bajó los puños y acercándose al guerrero, que sangraba por la boca, murmuró:

—¿Por qué no lo has dicho...?

—Porque no es a mí a quien corresponde contarle, sino a Nela.

—Lo siento...

Murdoch suspiró, y Amanda, con un hilo de voz, empezó a decir:

—Os vi en la fiesta de los Lannister y... y creí que tú...

—No, *milady*. Yo nunca haría algo tan atroz. Lo que visteis aquel día fue una discusión en la que le decía que esto tenía que acabarse. Que su madre y ella necesitaban ayuda y que o hablaban con nuestro señor o yo tomaría cartas en el asunto.

Brodrick, al oír eso, miró a Nela. En el pasado los padres de aquella joven habían trabajado en el castillo. Eran personas queridas.

—Nela, ¿por qué no lo habías dicho? —dijo con un hilo de voz. La muchacha no respondió, y el guerrero indicó—: Esta tarde me acercaré a ver a tus padres, y veré la ayuda que os puedo prestar.

—Gracias, señor —musitó ella.

Amanda, horrorizada por lo que había hecho, abrazó entonces a Murdoch y susurró:

—Por favor..., por favor..., perdóname. A veces soy demasiado impulsiva.

Brodrick miró a su madre y con la mirada le exigió que no abriera la boca, hasta que Murdoch, incómodo por el modo en que Amanda lo abrazaba, señaló:

—*Milady...*, todos nos miran.

—Pues que miren —replicó ella—. No voy a dejar de abrazarte hasta que me perdone.

Sorprendido por aquello, y viendo el gesto divertido de su señor, el guerrero repuso con una sonrisa:

—Estáis perdonada, y gracias por querer a Nela. Con vuestra preocupación por ella me hacéis saber que en vos tenemos a una buena señora.

Conmovida por sus palabras, Amanda sonrió, y en ese momento Eleanor se marchó sin abrir la boca.

A ella la siguieron Derek y Olivia, y cuando el grupo de guerreros se dispersó y Wallace, junto con Nela, empezó a atender a Murdoch, Brodrick agarró de la mano a su mujer y echó a andar hacia el interior de la fortaleza.

—Tu padre ya me advirtió con respecto a tu hambre —comentó.

Al oír eso, la joven aclaró:

—Pero si no tengo hambre.

El guerrero sonrió al oírla y, cogiendo a su mujercita entre sus brazos, e ignorando el gesto incómodo de su madre al cruzársela, subió de dos en dos los escalones hacia su dormitorio, donde, tras cerrar la puerta, le hizo apasionadamente el amor.

Capítulo 60

Aquella noche, tras cenar todos juntos, Amanda, que percibía a Eleanor más callada y dispersa de lo normal, se retiró con Brodrick a la habitación, donde se hicieron de nuevo el amor. Estaban besándose cuando el guerrero comentó:

—Me gusta esto.

Sin necesidad de preguntar, Amanda supo a qué se refería.

—¿Y por qué te gusta? —dijo.

Sintiendo una calma y una relajación que nunca antes había sentido, Brodrick le dio un beso en la frente con mimo y respondió:

—Porque este sitio es nuestro remanso de paz, el lugar donde simplemente somos tú y yo.

—Me gusta eso que dices —señaló Amanda.

—¿Aunque no tenga los ojitos grises?

Divertida, la joven rio y, tras besar con pasión a aquel, al que adoraba, afirmó:

—Solo deseo que me miren tus preciosos e inigualables ojos negros, que, por cierto, son una preciosa herencia de tu abuela Siriana, y más con esas pestañas tan tupidas.

—Hummm..., me gusta oír eso.

El romanticismo que Brodrick le estaba demostrando desde que habían decidido encontrarse le encantaba a Amanda. La joven era una romántica del amor, y sentir a Brodrick tan entregado a ella la apasionaba, por lo que, sonriendo, murmuró mientras lo abrazaba:

—Es muy curiosa esa mancha tuya en forma de estrella. Brodrick asintió.

—¿Alguien más de tu familia la tiene? —insistió ella.

—Mi hermano Richard.

—Sí. Eso ya me lo dijiste. Me refería a algún primo o tío...

—Padre era hijo único. Al parecer, mi abuela Siriana, tras tenerlo a él, enfermó y ya no pudo tener más hijos.

Amanda asintió. Aquella mancha y la de Margot eran idénticas. Pero preguntarle si creía que su padre había tenido más hijos era algo muy indiscreto, por lo que, olvidándolo, dijo en cambio:

—¿No has notado a tu madre como rara?

—¿En qué sentido?

—No sé..., rara. Incluso esta noche me ha pasado el pan en la mesa sin rechistar.

Brodrick lo pensó y, tras encogerse de hombros, respondió:

—Simplemente se comporta.

Amanda asintió. Si él lo decía, así debía de ser.

—Por cierto —añadió—, ¿sabes que lady Par Dieu ha entrevistado hoy a varias jóvenes del pueblo en busca de una que me ayude con los niños?

El guerrero levantó las cejas.

—Vale. Veo que tampoco lo sabías —dijo Amanda.

Molesto al oír eso, pues su madre no tendría que meterse en ese tema, el guerrero indicó:

—Mañana mismo hablaré con ella al respecto. Si alguien ha de buscar a una persona que te ayude con los niños eres tú, no ella. Quiero que tú, con tu buen ojo, elijas a alguien de quien nos podamos fiar. Hablamos de los niños, y ellos son lo más importante.

Amanda asintió emocionada y, besándolo, susurró:

—Pero qué bonito eres, Brodrick Fraser.

Muerto de amor ante las carantoñas que le hacía su mujer, el guerrero la besó, y, una vez que sus apasionados besos se calmaron, ella comentó mirándolo:

—Leí la carta que mi padre me dejó el mismo día que se marchó.

—¡¿Cómo?!

—Lo que oyes.

—Pero, Amanda, te dijo que esperaras un mes.

—Lo sé. Pero, como me conoce, él sabía que yo no esperaría ni dos días y se aseguró de que la leyera.

Ambos rieron por aquello y luego él preguntó:

—¿Puedo saber qué decía?

Amanda se acurrucó entonces entre sus brazos.

—Que te desespere para que te des cuenta de la increíble mujer que soy —declaró.

—Vaya con tu padre...

—Y también que, si ambos queremos y ponemos de nuestra parte, podríamos conocernos y encontrarnos.

Al guerrero le agradó oír eso.

—Y me encanta haberme encontrado contigo —murmuró ella abrazándolo.

Permanecieron abrazados en silencio un buen rato. Solo oyendo el sonido de sus respiraciones; solo percibiendo el olor de sus cuerpos; solo sintiendo el calor de la piel contra la piel, hasta que él dijo:

—Dentro de unos días he de ir a Oban a recoger unas cosas con mis hombres. Estaré fuera dos o tres noches.

—Me parece bien.

—¿Crees que madre y tú os mataréis en mi ausencia?

—Posiblemente...

—¡Amanda!

Eso hizo soltar una carcajada a la joven, que respondió:

—Tranquilo, tontito. Sabes tan bien como yo que nos evitaremos. —Y, viendo como él la miraba, añadió—: Si vas a Oban, te diré de un sitio donde venden unas galletas impresionantes, que, por supuesto, tienes que traer.

—Sin duda lo haré —afirmó el guerrero.

Complacido y enamorado, besó a su mujer; besarla era delicioso. Cuando se separó de ella, declaró:

—Estar aquí contigo es lo mejor de mi día.

Amanda sonrió.

—Empiezo a arrepentirme de no haber tenido nuestra luna de miel —agregó Brodrick—. Habría estado bien poder pasar los dos solos unos días sin preocupaciones, ocupándonos únicamente de nosotros...

—Habría sido bonito.

Instantes después la joven se levantó de la cama y se puso la camisola. Brodrick se levantó a su vez y preguntó abrazándola:

—¿Por qué te vistes?

—Porque en breve amanecerá.

Con mimo, el guerrero paseó sus labios por los de ella y, hechizado, murmuró:

—Ya deseo que llegue la noche de nuevo.

Sonriendo, Amanda se disponía a responder cuando sonaron unos golpes en la puerta y oyeron:

—Brodrick, ¿estás despierto?

—Dime, Joshua, ¿qué pasa? —contestó él.

—Brodrick..., se trata de *Bonnie*, la cachorrita de Amanda —dijo el hombre desde el pasillo.

Según oyó eso, Amanda clavó la mirada en la puerta.

—He ido a verla y, por desgracia, la perrita ha muerto —continuó Joshua—. Venía a preguntarte si despierto a Amanda para decírselo o...

Como un resorte, la aludida se precipitó hacia la puerta y, abriéndola, murmuró:

—¿*Bonnie* ha muerto?

Sin sorprenderse por encontrarla allí, Joshua asintió, y, mirando a Brodrick, que estaba desnudo, musitó volviendo a mirar a la joven:

—Lo siento, Amanda. Cuando he ido a verla, no respiraba. He hecho todo lo que he podido por ella, pero ya te dije cuando la trajiste que *Bonnie* no estaba muy bien.

Con los ojos repletos de lágrimas, la joven asintió. Siempre había pensado que *Bonnie* saldría adelante.

—Gracias, Joshua —dijo entonces Brodrick.

Una vez que este cerró la puerta, rápidamente abrazó a la joven, que seguía paralizada, y murmuró:

—Lo siento, amor. Lo siento mucho.

Con las lágrimas cayendo por sus mejillas, Amanda asintió. Ella era una persona que se encariñaba enseguida.

—Ne-necesito ir a mi cuarto —musitó separándose de él.

Sin poder más, salió de la habitación de Brodrick, y él comenzó a vestirse a toda prisa. Quería estar con ella.

Capítulo 61

Cuando Amanda entró en su dormitorio, las lágrimas corrían sin control por sus mejillas.

Bonnie había estado con ella poco tiempo, pero ya la quería. Ya la echaba de menos. Se sentó en la cama y se tapó los ojos con las manos. La pena podía con ella, y estaba llorando cuando oyó a su espalda:

—¿Qué te pasa, Amanda?

Al darse la vuelta se encontró con Peyton. La niña, una vez más, estaba en su habitación medio dormida en la cama y, mirándola con cara de sueño, preguntó:

—¿Por qué lloras?

Ella quiso responder, pero, en lugar de palabras, lo que salió de su boca fue un lastimero sollozo. La tristeza podía con ella, y, tumbándose en la cama, se tapó toda entera con la manta. Peyton, al ver eso, se asustó. Amanda no lloraba. Amanda era fuerte. Y, sin dudarlo, salió de la habitación, fue hasta la de su padre y, llamando a la puerta, gritó:

—¡Papá..., papá...!

Brodrick, que se vestía a toda prisa, abrió la puerta descalzo al oír la voz de su hija. ¿Lo había llamado «papá»? Y seguía boquiabierto cuando la cría lo miró directamente a los ojos y dijo cogiéndole la mano:

—Amanda está llorando. No sé qué le pasa... Necesito ayuda.

Aturdido al sentir la manita de Peyton entre la suya y porque lo hubiera llamado «papá», se dejó guiar. La niña lo llevó hasta la habitación de Amanda, y, al ver a aquella llorando bajo la manta, se acercó y, sentándose en la cama sin destaparla, murmuró:

—Tranquila, Amanda. Tranquila. Peyton y yo estamos aquí.

—Sí. Estamos los dos —afirmó la niña desconcertada.

Acalorada y sin entender nada, la chiquilla miraba a su padre, cuando este le preguntó:

—¿Qué haces aquí, que no estás durmiendo en tu habitación?

—He venido por si Amanda me necesitaba.

Sorprendido por su respuesta, el guerrero levantó las cejas y la niña añadió:

—Está triste desde que se fue su familia, y yo algunas veces vengo a dormir con ella y a hacerle compañía para que no esté sola.

Brodrick asintió. No tenía ni idea de aquello. Y, viendo como su hija lo miraba, señaló la jarra y un vaso y pidió:

—¿Podrías traerle un poco de agua? Quizá quiera beber.

Sin tiempo que perder, la niña hizo lo que aquel le pedía. En las últimas semanas, y gracias a Amanda, el trato entre ellos había mejorado mucho. Pero, cuando Peyton le ofreció el agua a la joven, esta se negó a beber. La niña dejó entonces el vaso sobre la mesilla y preguntó preocupada:

—¿Amanda está bien, señor?

De nuevo volvía al «señor», aunque no le importaba porque antes lo había llamado «papá».

—Sí, cielo. Tranquila —respondió Brodrick.

Pero Peyton no podía estar tranquila oyendo a aquella llorar, e insistió subiéndose a la cama:

—¿Llora porque se acuerda de su familia?

—No, cielo.

—Entonces ¿por qué llora?

Conmovido por la imagen que las dos le ofrecían, al ver que su hija se tumbaba junto a Amanda, el guerrero dijo sin querer mentirle:

—Llora porque se encontró una perrita malherida en el bosque. La estaba cuidando con la ayuda de Joshua, pero el animalillo ha muerto esta noche.

Oír eso hizo que Peyton asintiera y murmurara:

—Oh..., qué triste.

La niña sabía del amor de Amanda por los animales. Solo había que ver cómo trataba a los caballos. Y, mirando el bulto que era Amanda bajo las sábanas, preguntó a su padre:

—Pobrecita... ¿Qué podemos hacer?

Brodrick sintió aquella pregunta como algo especial; que su hija lo incluyera en un plan para alegrar a Amanda se le antojó increíble.

—Creo que ahora lo que necesita es que estemos a su lado y le demostremos cariño —respondió con afecto.

Peyton asintió.

—Yo me tumbo aquí y tú te tumbas ahí —cuchicheó—. Así, ella se queda en el centro, ¿vale?

Sin dudarle, el guerrero hizo lo que su hija le pedía. Se tumbaron a los lados de Amanda, y Brodrick, aprovechando el momento, dijo mientras pasaba uno de los brazos por encima del cuerpo de la joven:

—Dame la mano para que se sienta abrazada por los dos. Seguro que eso la reconfortará.

Peyton obedeció. Todo lo que fuera por el bienestar de Amanda era poco, así pues, le dio la mano a su padre y se la apretó.

—¿Así está bien?

Conmovido por volver a sentir la manita de su hija, Brodrick afirmó:

—Así es perfecto.

Durante un buen rato padre e hija custodiaron a una desconsolada Amanda, que lloraba oculta bajo la manta. Estaban en silencio pero sin separarse de aquella cuando de pronto oyeron:

—¿Qué se supone que estáis haciendo?

Al mirar hacia la puerta abierta, Brodrick se encontró con su madre. Había amanecido y el castillo se despertaba. Aquella, que no entendía nada, indicó:

—Al levantarme no he encontrado a Peyton, la estaba buscando y... *Par Dieu!* Pero ¿quién llora con tanta pena?

—Amanda —dijo la niña con un puchero.

Atónita al ver aquello, Eleanor entró en la habitación y soltó mirando a su hijo:

—¿Qué le has hecho?

Boquiabierto, él se apresuró a responder:

—Madre, ¡nada! ¿Qué le voy a hacer?

—Es por su perrita. Se ha muerto —aclaró Peyton.

Al oír eso, miró a su nieta con gesto apenado.

—Madre, baja a desayunar con Ossian y Peyton —señaló entonces Brodrick—. Cuando Amanda esté mejor, ya bajaremos.

—¿Y si bajáis vosotros y yo me quedo con Amanda? —propuso la mujer.

—Noooooo —exclamó Amanda bajo la sábana.

Oír eso hizo que él mirara a su madre y dijera:

—Ya lo has oído: ¡no!

Ambos se miraron unos instantes y, acto seguido, la mujer pidió:

—Vamos, Peyton. Ven conmigo.

Rápidamente la niña negó con la cabeza y respondió con los ojos llorosos:

—No. Yo quiero quedarme con Amanda.

Pero Eleanor insistió:

—Escúchame, preciosa mía. Bajamos Ossian, tú y yo, y...

—Abuela, ¡no quiero! —gritó aquella.

—*Par Dieu...* —murmuró Eleanor sobrecoyida.

¿Peyton la había llamado «abuela»? ¿Había oído bien? Miró a Brodrick, que, como ella, lo había oído, e iba a hablar cuando él dijo:

—Mamá, ocúpate de Ossian. Peyton y yo nos quedaremos con Amanda. ¿Te parece bien, Peyton?

La niña enseguida asintió y Eleanor, entendiendo las señas de su hijo, y sobrecoyida porque la hubiera llamado «abuela» después de tanto tiempo, finalmente dio media vuelta y se marchó.

Padre e hija se quedaron entonces en silencio, hasta que, pasado un rato, Amanda susurró:

—Ya estoy mejor.

Oír eso hizo que ellos dos se miraran y sonrieran, y Amanda, destapándose, se sentó en la cama y, parapetada entre Peyton y Brodrick, murmuró:

—Lo siento, pero quería mucho a *Bonnie* y...

De nuevo la joven comenzó a llorar y Brodrick, abrazándola con cariño, musitó:

—Tranquila, mi amor. Tranquila.

De inmediato Peyton se puso al lado de él y, cogiendo la mano de Amanda, indicó:

—Papá y yo estamos aquí contigo. No te dejaremos.

Oír eso hizo que Amanda, aún llorosa, mirara al guerrero y, emocionada, afirmó sin poder dejar de sollozar:

—Nada me gusta más que saber que tú y papá estáis aquí.

Brodrick sonrió al oírla. Estaba claro que, cuando Peyton no pensaba, las palabras «papá» o «abuela» le salían solas. Sin poder parar de sonreír, acarició con cariño el rostro de su hija y se emocionó.

Esa mañana, cuando al fin Amanda se tranquilizó, Peyton, Brodrick y ella buscaron un bonito lugar bajo un enorme árbol y dieron sepultura a *Bonnie*. La perrita se lo merecía.

Capítulo 62

La gran fiesta que estaba organizando Eleanor se acercaba y todo el mundo estaba revolucionado.

En Roy Trust, la última fiesta se había celebrado hacía más de siete años, ya que el conde Magnus prefería ir a fiestas ajenas que organizar las suyas propias. Así pues, todo el mundo estaba muy motivado porque en esta ocasión se organizaba allí y, lo mejor, porque era para ellos, para el pueblo.

Después de una tarde en la que Amanda no paró de jugar con Ossian y Peyton, cuando estos se marcharon con su abuela, como Olivia no estaba, pues se había marchado a pasar la noche con sus abuelos, y Wallace atendía a unos guerreros, la joven decidió coger su caballo e ir al pueblo. Brodrick se había ido a Oban a recoger unas cosas con sus hombres, Derek y Nigel, y regresarían al cabo de unos días.

Nada más entrar en el pueblo, los aldeanos se acercaron a ella. Después de lo ocurrido con aquellos tipos que las atacaron, querían saber cómo se encontraba, y Amanda los atendió con mimo y tranquilidad. Entendía que quisieran conocerla. Ahora era su señora, y sabía que les debía un respeto. Por ello, con paciencia, fue pasando por varias de las casas a las que la invitaban a entrar, escuchó lo que le contaban y se sorprendió al enterarse de que Owen, el

médico, se había marchado. Saber eso le hizo comprender que tenía que buscar un médico. Su gente necesitaba uno cerca de ellos.

Viendo que la noche estaba al caer, y gustosa de estar tan bien acompañada, decidió mandar un mensaje a Roy Trust a través de uno de los aldeanos indicando que cenaría en el pueblo y que después regresaría. Seguro que a Eleanor le parecería mal, pero a Amanda le daba igual. Sin Brodrick y Olivia en casa, la cena solo con aquella podría ser un horror.

En la última casa donde estuvo fue en la de Adele. Ver a Genoveva feliz y sin dolor tras lo ocurrido con su muela la alegró, y disfrutó de un bonito rato con aquellas y los niños.

Ya entrada la noche, al notarse cansada, decidió dar por finalizada la velada. Adele y sus hijos se ofrecieron a acompañarla hasta su casa, pero Amanda se negó. Roy Trust estaba cerca, y no le daba miedo el trayecto de regreso.

Sonriendo, caminaba por las calles vacías del pueblo con las manos cargadas de flores y galletas que le habían regalado los aldeanos, cuando, viendo a su caballo, que la esperaba atado a un poste, se acercó a él y dándole un beso en el hocico murmuró:

—Regresemos a casa, *Dalmore*.

Una vez que metió las galletas y las flores en las alforjas, en vez de subirse al caballo tiró de las riendas e inició el regreso a pie. Hacía una noche bonita, perfecta para caminar.

Poco después, cuando salió del pueblo, decidió acortar por el bosque, e iba caminando por él cuando de pronto

oyó:

—Lady Amanda.

Al oír su nombre, se volvió para mirar y, sorprendida, preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

Flora, la antigua niñera de Ossian y Peyton, se acercó entonces a ella y, tras darle un fuerte azote a *Dalmore* en el lomo que lo hizo salir corriendo, soltó:

—Arruinasteis mi vida y yo ahora voy a arruinar la vuestra.

Y, antes de que Amanda pudiera reaccionar, la mujer le clavó con saña una daga en el costado.

Un horrible dolor atravesó el cuerpo de la joven y la hizo caer de rodillas al suelo mientras Flora siseaba:

—La siguiente será Peyton y después el señor. Pero ahora muere, maldita McRae.

Acto seguido aquella se alejó corriendo sin mirar atrás.

Dolorida y casi sin aliento, Amanda apenas podía respirar. Con manos temblorosas, bajó la mirada para ver como su ropa se empapaba de la sangre que manaba de su cuerpo.

—No..., no..., nooooo —murmuró para sí, y, cerrando los ojos, continuó—: Tengo que levantarme... Tengo que buscar ayuda..., tengo que avisar.

Con esfuerzo, y sintiendo que el cuerpo le pesaba una barbaridad, consiguió levantarse a duras penas. Necesitaba dar aviso a Roy Trust. Peyton y Brodrick estaban en peligro.

Apoyándose en el tronco de los árboles decidió regresar al pueblo, que estaba más cerca que el castillo. Las fuerzas

comenzaron a fallarle, pero de pronto oyó unos golpes secos y supo que provenían de la herrería. Tenía que seguir el sonido de aquellos golpes.

A cada paso que daba, Amanda sentía como el dolor de la herida provocada por la daga la mataba, pero sabía que no podía detenerse. Si lo hacía, si caía al suelo en medio del bosque, moriría desangrada antes de que la encontraran, y eso no iba a permitirlo.

Cuando por fin salió de la espesura, consiguió llegar hasta la herrería, donde entró sin dudarlo. Al fondo divisó a Calum, que golpeaba una barra incandescente.

—Calum... —susurró.

Pero el hombre estaba tan metido en su trabajo que no la oyó.

—Calum... —repitió ella.

El herrero seguía sin oírla, por lo que, al ver varios utensilios de hierro, Amanda les dio un manotazo y estos cayeron al suelo causando un buen estruendo.

El herrero se volvió entonces rápidamente y, sobrecogido al ver a Amanda, murmuró soltando lo que tenía entre las manos:

—Por todos los santos, *milady*... ¿Qué os ha ocurrido?

Amanda, a la que apenas la sujetaban las piernas, musitó:

—Ne-necesito ayuda.

Viendo como la sangre corría por la ropa de aquella y goteaba en el suelo, Calum se apresuró entonces a cogerla en brazos y gritó:

—¡Margot!... ¡Margottttt!

Cruzando la puerta que separaba la herrería de su propio hogar, entró en su casa y, al encontrarse con su hija, que se quedó parada al ver a Amanda de aquella guisa, exclamó:

—¡Dile a Coleman que vaya a Roy Trust a avisar al conde! ¡Su mujer está herida!

—¡Por san Fergus!

—¡Ve, Margot! No pierdas tiempo.

Una vez que la joven se fue corriendo, Calum acomodó a la joven sobre su lecho, e iba a hablar cuando esta dijo con un hilo de voz:

—Peyton... Brodrick...

—Tranquila, *milady*. Margot ha ido a pedir ayuda.

—A-avisa de que están en peligro... ¡Avisa!

—Lo haré, mi señora. Pero ¿quién os ha hecho esto?

—Flora..., ha sido Flora... Avisa, por favor..., por favor...

Aunque ignoraba quién era la tal Flora, el herrero asintió asustado. La sangre salía a borbotones del costado de la muchacha.

—Aprieta la herida con las manos —le indicó Amanda al verlo.

Cuando él lo hizo, Amanda gritó de dolor, y en ese momento Margot regresó con Edelmira, una vecina.

—Papá, Coleman ya ha partido —informó.

—¡Edelmira! —exclamó entonces el hombre—. Que alguien vaya a Roy Trust y avise de que el conde y la señorita Peyton están en peligro, ¡corre!

—¡Por todos los santos! —murmuró la vecina asustada.

Desconcertado, el herrero se echó a temblar. Él no era médico. Una cosa era curar una pequeña herida y otra aquello; sin embargo, Amanda señaló en un susurro:

—Necesito que... que... traigáis una barra de hierro al rojo vivo.

—¿Para qué, *milady*...?

—¡Calum, tráela!

Con el corazón a mil, el hombre miró a su hija y le pidió que ocupara su lugar, debía apretar la herida de Amanda para detener el flujo de sangre, y él corrió hacia la herrería. Allí, tras coger una de las barras que tenía en el fuego, regresó a la que era su habitación, donde Margot susurró asustada:

—Papá, la sangre no para de salir...

Consciente de que aquella tenía razón, el hombre asintió, y Amanda, a la que todo le daba vueltas, indicó:

—Tenéis... tenéis que cauterizar la herida con el fuego.

Horrorizado, él negó con la cabeza, pero Amanda, a la que las fuerzas le fallaban cada vez más, insistió:

—Calum..., si no lo hacéis..., cuando llegue la ayuda ya estaré muerta...

Con el cuerpo rígido, el herrero miró el hierro incandescente que tenía en las manos.

—Por todos los santos, *milady*... —murmuró agachándose.

—Tranquilo, papá. Yo lo haré —se ofreció Margot quitándole el hierro.

—¡¿Tú?!

—Sí, papá. Te tiemblan demasiado las manos —insistió la joven.

Acto seguido, y en susurros, Amanda le explicó a la muchacha cómo proceder. Debía examinar la herida, ver la trayectoria de entrada de la daga y cauterizar. Si lo hacía,

de ese modo daría tiempo a que llegara Wallace desde la fortaleza para atenderla.

Padre e hija se miraban cuando Amanda pidió algo para morder. No quería que oyeran sus gritos hasta en Eilean Donan. Y, una vez que el herrero le hubo puesto en la boca un trozo de madera, Margot, demostrando la templanza que tenía, aplicó el hierro al rojo en la herida sangrante, mientras Amanda aullaba de dolor y perdía el conocimiento.

Capítulo 63

Agobiado, el herrero se movía por la habitación mientras, en el exterior de la casa, todo el pueblo, al saber lo ocurrido, quería ayudar. De pronto se oyó el furioso cabalgar de unos caballos, y Margot y su padre se miraron. Debían de ser los hombres de Roy Trust.

Atacado de los nervios, Calum abrió la puerta de su casa y, al encontrarse con Eleanor, Wallace y unos guerreros de Brodrick, indicó:

—Pasad. Rápido.

Eleanor y Wallace, sin saber realmente qué había ocurrido, lo siguieron. Cuando de repente descubrieron a Amanda ensangrentada y tumbada sobre la cama sin sentido se asustaron muchísimo.

—Por todos los santos... —murmuró Wallace.

—*Par Dieu! Par Dieu!* Ay, Dios mío..., Dios mío..., Dios míoooooooo —exclamó Eleanor.

El pánico que le entró le revolvió el estómago. La imagen que tenía ante ella era dantesca. Y, con el drama instalado en el cuerpo, inquirió:

—Pero... pero... ¿qué le ha pasado? ¿Qué ha ocurrido?

Wallace, sin perder tiempo, rápidamente comenzó a cortarle la ropa, el tiempo apremiaba.

Y Calum, que estaba en un sinvivir, empezó a contar mientras veía que Eleanor se subía las mangas del vestido:

—Estaba en la herrería cuando lady Amanda ha llegado ensangrentada y pidiendo ayuda. Como he podido, la he cogido, la he traído a casa y os he mandado avisar.

Eleanor lo escuchaba sin entender nada. Tenía que tranquilizarse, debía centrarse. Nunca entendería la brutalidad. Y, mientras Wallace hacía su trabajo, la joven Margot, todavía alterada, dijo mirándolos:

—Por-por mandato de lady Amanda, y para que dejase de sangrar, he cauterizado la herida con una barra de hierro al rojo vivo.

—*Par Dieu...* —murmuró Eleanor al ver la piel quemada.

Wallace, que observaba lo que aquella había hecho, afirmó:

—Gracias a eso sigue con vida. Siéntete orgullosa por ello.

Calum, viendo el nerviosismo de su hija, la abrazó y, besándola con cariño en la cabeza, indicó:

—Sal y toma un poco el aire. Lo necesitas, mi cielo.

Angustiada y sobrepasada por la situación, la joven hizo caso a su padre.

—Necesito agua caliente con urgencia —pidió entonces Wallace apurado.

—Ahora mismo la traigo —afirmó Calum.

Una vez que el herrero hubo salido de la habitación, Eleanor se lamentó mirando a una pálida Amanda:

—Por todos los santos, ¿qué le habrá pasado? ¿Quién ha podido hacerle esto?

—No lo sé, *milady* —respondió Wallace—. Lo que sí sé es que, cuando Brodrick se entere, removerá cielo y tierra para matar a quien haya osado herir a su mujer.

Eleanor asintió y Calum, entrando de nuevo con un cubo con agua caliente, indicó:

—Lady Amanda me ha dicho que ha sido Flora... ¿Os suena ese nombre?

Según la nombró, Wallace y Eleanor se miraron, y esta última siseó:

—Por supuesto que nos suena.

Sin descanso, pero con mano segura, Wallace atendió a Amanda, mientras Eleanor, intranquila, limpiaba el rostro de sudor y sangre a la joven. Verla así, tan indefensa, tan vulnerable, tras conocer la vivacidad y la irreverencia de aquella, no le gustó nada a la mujer, y de pronto fue consciente de que, si algo le ocurría a aquella, su hijo se sumiría en el dolor y la pena.

La noche fue larga, dura. En un par de ocasiones se asustaron al creer que perdían a Amanda, pero la joven se aferraba a la vida como una guerrera y volvía a remontar.

La mañana llegó y todos los vecinos estaban revolucionados. La señora, ¡su señora!, había sido atacada en el bosque. Eso no solo los alarmó, sino que también los enfureció. ¿Quién había osado hacerlo?

En el interior de la casa del herrero, la noche llegó de nuevo mientras Wallace y Eleanor cuidaban sin descanso de Amanda, que en ocasiones gritaba y deliraba a causa de la fiebre y el sufrimiento. Se despertaba y, por el terrible dolor que sentía, volvía a caer desmayada, algo que a

Eleanor la asustó mucho, a pesar de que Wallace le indicaba que era normal.

Al amanecer del segundo día, Amanda empezó a respirar ya con normalidad. El color le había regresado al rostro y ahora dormía, no deliraba.

—Todo lo que podíamos hacer ya está hecho —declaró Wallace.

—¿Nos la llevamos a Roy Trust? —inquirió Eleanor.

Él negó con la cabeza.

—Creo que lo más sensato es que esta noche vuelva a quedarse aquí.

—Temo el momento en que se entere mi hijo.

Wallace suspiró. Aquello iba a ser un varapalo para Brodrick.

—Buscará y matará a Flora, si antes no la encuentro y la mato yo mismo —indicó—. Ahora, *milady*, deberíamos descansar. Tenemos por delante otra noche larga, aunque espero que menos complicada.

Eleanor asintió y, secando el sudor de la frente de Amanda, murmuró con dramatismo:

—Por suerte, estabas tú aquí. Menos mal que la providencia hizo que no te marcharas con mi hijo. Si tú no hubieras estado, ¡yo no habría sabido qué hacer!

Wallace asintió. Esta vez la suerte había estado de su lado. Y, mirando a aquella mujer que diligentemente lo había ayudado sin rechistar para salvar a Amanda, preguntó:

—¿Puedo hablaros con sinceridad, lady Eleanor?

—Por supuesto.

Wallace y ella se miraron y, acto seguido, él dijo:

—Sé que vuestra relación con lady Amanda no es buena porque no os gusta como mujer para vuestro hijo y, mucho menos, que pertenezca a la familia McRae. Pero debéis saber que ella, en muchos sentidos, está siendo una bendición para este lugar. Entiendo que su manera de hacer las cosas, o incluso de respondernos y encararse con nosotros nos sorprenda en ocasiones. Pero si hay alguien real, valiente y genuina en estas tierras es ella. Y si digo esto es porque vuestro hijo la ama con locura, como me consta que ella lo ama a él. Por primera vez en años, Brodrick vuelve a ser el hombre fuerte y decidido que era, y si algo llegara a pasarle a ella...

—Nada le va a pasar —lo cortó Eleanor.

Wallace suspiró al oírla.

—Nuestra relación es complicada —insistió la mujer—. Y aunque nunca admitiré esto delante de ella, tienes razón en lo que has dicho. Esta insufrible muchacha es especial, y que mi hijo y mis nietos vuelvan a sonreír es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Por tanto, a esta joven descarada e irreverente no le va a pasar nada porque yo no lo consentiré. Y como se te ocurra contarle lo que he dicho a alguien, yo...

—Prometo guardaros el secreto.

—Más te vale, o juro que lo lamentarás.

Dicho eso, ambos sonrieron y la mujer, levantándose, preguntó:

—¿Te importa si te dejo unos instantes?

Wallace negó con la cabeza y Eleanor, recogiendo las faldas, salió de la habitación. Al cerrar la puerta, vio a Calum y a su hija frente a la chimenea de su pequeño salón.

—¿Está bien lady Amanda? —quiso saber la muchacha mirándola.

Conmovida al ver a aquella muchachita a la que ella había dejado siendo un bebé, Eleanor sonrió. Aquella joven de ojos negros como los de Brodrick y cabello claro como el de su madre o el propio Calum era una preciosidad.

—Sí, Margot. Poco a poco todo se va solucionando —respondió acercándose a ella.

Al oír eso, la joven, sorprendiéndola, la abrazó y murmuró:

—Gracias, señora. Lady Amanda es muy importante para todos nosotros.

Conmovida, cuando la joven se separó de ella, Eleanor trató de mantener sus emociones a raya y miró a Calum.

—¿Puedo pasar a la habitación a verla? —preguntó Margot entonces.

—Pero que sea rápido —afirmó Eleanor.

Una vez que la chica desapareció en el dormitorio, Calum y aquella se miraron.

—Es preciosa y encantadora —comentó ella bajando la voz.

Él asintió conmovido.

—¿Qué voy a decir yo, que soy su padre?

Aquellos dos se miraban en silencio, y con los sentimientos a flor de piel, cuando Calum, para acabar con aquel momento que no iba a llevarlo a nada bueno, dijo manteniendo las distancias:

—*Milady*, quizá os incomode lo que os voy a decir, pero mientras atendíais a lady Amanda, me permití el

atrevimiento de organizar a un grupo de hombres para que salieran en busca de esa tal Flora.

Oír eso sorprendió a Eleanor, y más cuando aquel añadió:

—La hemos encontrado, y la tengo atada en la herrería para entregársela a vuestro hijo tan pronto como regrese de su viaje.

Boquiabierta, Eleanor asintió y, sin más, pidió:

—Llévame con ella.

Sin dudarle, Calum abrió la puerta que separaba la casa de la herrería y ambos entraron en ella. Eleanor vio entonces que la herrería se hallaba cerrada al público, y, a la derecha, atada a un poste de madera, se encontraba Flora.

Allí estaba aquella mujer que había vivido en Dumfries cuidando de sus nietos infinidad de veces. Aquella a la que ella misma había dado las gracias por el cuidado que les prodigaba. Estaba sucia, despeinada, sudada. Nada tenía que ver con la Flora de moño estirado que ella conocía.

—¿Cómo has osado hacer algo así?! —siseó acercándose a ella.

Flora, al oír la voz de aquella, levantó el rostro, la miró y, sonriendo, respondió:

—Esa perra...

—¡Respeta a mi nuera! —le espetó Eleanor dándole un bofetón seco.

Flora, a quien la cabeza se le volteó a causa de la bofetada, volvió a sonreír.

—Os conozco, lady Eleanor —prosiguió luego—. Y esa mujer no os gusta. Es demasiado osada, maleducada y

salvaje para lo que vos queréis para vuestro hijo. ¿Qué hacéis defendiéndola?

Oír eso desagradó a Eleanor. Efectivamente, Amanda no era santo de su devoción, pero nadie tenía derecho a hacerle lo que le había hecho.

—Esa mujer arruinó mi vida —añadió Flora—. Decidme que ha muerto.

Eleanor, con gesto adusto, se acercó más a ella y, agarrándola con furia de la barbilla, masculló sin percatarse de que Wallace entraba en la herrería:

—Para tu desgracia, sigue con vida.

—Nooooooooo —exclamó aquella horrorizada.

—Cuando mi hijo regrese, te hará pagar por lo que has hecho.

Flora, fuera de sí, se daba cabezazos contra el poste al que estaba atada y, como si un demonio la hubiera poseído, comenzó a decir:

—Por culpa de esa maldita McRae, nunca tendré la casa que lady Bedellia me prometió.

—¿Qué? —murmuró Eleanor.

Flora, a la que ya todo le daba igual, soltó entonces:

—Lady Bedellia me prometió una casa en Glasgow. Solo tenía que hacer ver al señor conde que la niña no estaba bien de la cabeza, como su madre, para que la internara en Kilmarnock. Una vez allí, se olvidaría de ella y lady Bedellia la rescataría.

—*Par Dieu...*

Boquiabierta, Eleanor parpadeó, y la otra, perdiendo la cordura, gritó:

—¡Lady Scarlett tenía razón! ¡Vuestro hijo debería haber muerto la noche que le clavó las tijeras en el estómago, como tendría que haber muerto Peyton en el incendio!

—Pero ¿qué dices, insensata? —susurró Wallace.

—Esa maldita McRae lo ha jorobado todo... Y debería estar muerta, ¡muerta! Y yo... yo la mataré. No sé cómo, pero lo haré. Morirá sin que nadie pueda remediarlo.

Oír eso y ver su rabia enloqueció a Eleanor. Pero ¿qué decía esa mujer? ¿Cómo osaba decir aquellas barbaridades ante ella? Y, sin pensarlo, y con un rápido movimiento, se sacó la daga que llevaba en la cintura y, mientras se la clavaba en el corazón, murmuró:

—Tú no la matarás, maldita mujer.

—¡Lady Eleanor! —exclamó Wallace.

Calum, al ver aquello, rápidamente fue hasta ella. Eleanor, consciente de lo que acababa de hacer, dio un paso atrás y comenzó a temblar al ver la daga clavada en el cuerpo inerte de Flora. Era la primera vez que mataba a alguien, que cometía aquel horror. Y, cuando sintió que Wallace se le acercaba, musitó:

—No me toques.

Calum, boquiabierto por lo ocurrido, miró a Wallace. Acto seguido, los tres guardaron silencio, hasta que la mujer dijo con un hilo de voz:

—Yo... yo...

De inmediato se dio la vuelta y, sin mirar a Wallace, que estaba tan sorprendido como Calum, se dirigió hacia la habitación donde se hallaba Amanda. Al entrar, la mujer se apresuró a meter las manos en una palangana con agua.

Necesitaba lavarse, limpiarse la sangre. ¿Qué había hecho? ¿Cómo la había llevado la rabia a hacer aquello?

Estaba con el corazón a mil y respirando con dificultad cuando Calum entró en el cuarto y, tras atrancar la puerta para que nadie más entrara, se acercó a ella y, esta vez sin dudar, la abrazó.

En un principio Eleanor se resistió. No quería aquel abrazo. Pero poco a poco fueron fallándole las fuerzas y finalmente lloró cobijada entre los fuertes brazos de aquel, mientras Calum, con mimo, murmuraba:

—Ely... Ely..., ya está.

Eleanor respiraba con dificultad. No podía creerse lo que acababa de hacer. Había matado a una persona presa de la furia.

—Yo... yo... —empezó a decir— no podía soportar lo que decía de Peyton, de Brodrick, de Amanda. Hablaba de matarla y...

—Ely. Tranquila.

—Yo... yo no quería.

—No te martirices más.

—He matado, Calum, ¡he matado! —insistió horrorizada.

El herrero asintió. Segar una vida nunca era fácil, pero a veces era necesario para proteger a los que uno quería.

—Has hecho lo que tenías que hacer, Ely —declaró mirándola a los ojos—. Porque quien ose querer matar a nuestros hijos no merece nuestra piedad. Y esa mujer no merecía la tuya.

Por primera vez Eleanor entendió aquello que tantas veces había reprochado. Acababa de hacer lo que muchos escoceses hacían en defensa de sus familias. Y, bloqueada,

pero necesitada de cariño y amor, se puso de puntillas y besó a Calum.

Sin saber qué hacer, el herrero no se movió y, cuando el beso acabó, ella murmuró:

—Calum Buchanan, nunca he dejado de pensar en ti.

Oír eso que no esperaba le gustó al hombre. En la vida había imaginado oír algo así por parte de ella, y, encantado, esta vez fue él quien la besó.

Un beso llevó a otro y, cuando el deseo se acrecentó, el herrero se detuvo.

—Veámonos dentro de un par de días —propuso.

—¿Para qué?

—Para hablar.

—*Par Dieu...*

—Ely, nos lo debemos.

La mujer, aún llorosa por lo ocurrido, suspiró. Aquello que le pedía era complicado. Pero él insistió:

—Sé que ahora no es el mejor momento para hablar, pues estás confundida por lo ocurrido. Pero quedemos dentro de dos días, cuando caiga el sol, bajo el puente negro.

Eleanor finalmente asintió. Había pasado de estar horrorizada por lo que había hecho a estar tranquila y sosegada.

—Tu hijo y la familia de Amanda alabarán lo que has hecho por ella —le aseguró Calum.

Oír eso hizo que la mujer negara con la cabeza.

—No quiero que sepan que he sido yo. Ni él ni nadie.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué?

—Porque no quiero la simpatía de los McRae. Precisamente de ellos, no.

Calum suspiró. Sabía por qué decía eso.

—Diremos que has sido tú. Tú mataste a Flora en defensa de Amanda. Eso te beneficiará con mi hijo y con los McRae —añadió la mujer mirándolo.

—Pero, Ely...

—Por favor, Calum..., por favor...

El herrero, confundido, pensaba rápidamente.

—Wallace ha visto lo que ha pasado —indicó.

—De Wallace me ocupo yo —afirmó ella.

Tras un segundo en el que se miraron en silencio, el herrero volvió a besarla y, deseoso de ayudarla, a pesar de que pensaba que era un error, murmuró:

—Las alabanzas te las tendrías que llevar tú, no yo.

—Por favor, Calum...

Al final él asintió conforme. Entonces Eleanor, ya más tranquila, dijo tratando de sonreír:

—Wallace cree que Amanda debería quedarse aquí también esta noche.

Sin dudarle, Calum asintió y, dándose la vuelta para desatracar la puerta y salir o la volvería a besar, indicó:

—Mi hogar es tu hogar y también el de Amanda, mi preciosa Ely.

Capítulo 64

La luz que entraba por la angosta ventana hizo que Amanda despertara.

Pero ¿dónde estaba?

Cuando se dispuso a moverse, el dolor le recorrió todo el cuerpo y, con un hilo de voz, jadeó mientras lo sucedido acudía en tromba a su mente. Flora. Aquella maldita mujer la había atacado en el bosque.

—¡Peyton! ¡Brodrick! —gritó rápidamente.

Eleanor y Wallace, que dormían sentados en unas sillas, se sobresaltaron y se precipitaron hacia ella de inmediato; entonces Amanda murmuró con los ojos desorbitados:

—Peyton... Flora va a por Peyton y a por Brodrick...

Wallace asintió, y Eleanor, tomando las manos de la joven, susurró:

—Tranquila...

—¡No! —E, intentando levantarse a pesar del dolor, insistió—: Flora... Flora quiere matarlos.

Eleanor, al ver la angustia en su mirada y la fuerza que aquella sacaba para levantarse e ir en busca de su hijo y de su nieta, le apretó las manos y le pidió:

—Mírame, Amanda, ¡mírame! —Y, una vez que aquella lo hizo, esta sentenció con seguridad—: Calum ya se ha ocupado de Flora, no tienes nada que temer de ella.

Con la mirada, ambas se entendieron.

—¿Calum? —dijo entonces Wallace sorprendido.

La mujer asintió enseguida.

—Calum organizó la búsqueda, la encontró y la mató. Eso es lo que ha pasado. Y eso es lo que todo el mundo ha de saber. Incluido mi hijo.

Al oír eso, Amanda, que tenía la boca seca, musitó:

—Calum..., he de darle las gracias a Calum.

Wallace parpadeó sorprendido; pero ¿qué mentira era aquella que contaba lady Eleanor? Cuando se disponía a replicar, la mujer insistió:

—Por favor, recuerda mis palabras, Wallace. No me falles y atiéndela.

La mujer y aquel se miraron, hasta que finalmente el guerrero asintió y, dirigiéndose a la herida, pidió:

—Amanda, tumbate, por favor.

—¿Dónde y con quiénes están Peyton y Ossian? —quiso saber Amanda preocupada.

—Están en Roy Trust con Olivia, Emilia, Joshua y varios guerreros.

Ya más tranquila, la joven obedeció y se tumbó.

—Menudo susto nos has dado —comentó Wallace.

—Y lo dice en plural. Quédate con eso.

Oír las palabras de Eleanor hizo que la joven la mirara y, con un hilo de voz, cuchicheara:

—*Par Dieu...*

Wallace, sonriendo al ver el gesto de Eleanor, rápidamente destapó la herida y, tras coger una vasija, mojó un trapo en el líquido que contenía.

—¿Con qué vas a limpiar la herida? —preguntó Amanda.

Wallace le mostró la preparación y respondió:

—Con tomillo. Es un excelente antiséptico.

—Lo sé —afirmó Amanda.

Con cuidado, Wallace le limpió la herida ayudado por Eleanor. Los tres estaban en silencio y sumidos en sus propios pensamientos cuando Wallace acabó y, levantándose, dijo:

—Necesito desayunar.

Amanda sonrió y, acto seguido, se dirigió a Eleanor:

—Acompáñalo.

—No. Mejor espero a que él regrese. No quiero que te quedes sola.

En ese instante se oyeron unos golpes en la puerta y la voz de Calum, que decía:

—¿Podemos pasar?

Amanda miró a Eleanor, que se apresuró a colocarse bien el pelo, y a Wallace, que contestaba:

—Por supuesto, Calum. Pasad.

Al abrir la puerta y ver a Amanda despierta, el herrero y su hija sonrieron. El aspecto de la joven ciertamente no era el mejor, pero estaba viva.

—*Milady*, ¡qué felicidad veros despierta! —exclamó Margot.

Ella sonrió dolorida y, mirándola, empezó a decir:

—Si sigo aquí es gracias a ti y a tu padre. Ambos me ayudasteis y...

—*Milady*, ¿cómo no íbamos a ayudaros? —la interrumpió Calum.

El herrero y Eleanor intercambiaron una rápida mirada y luego la mujer contó:

—Como te he dicho, Amanda, Calum se ocupó de que Flora, esa maldita mujer, no haya visto amanecer, por lo que creo que deberías agradecerle su deferencia.

Con disimulo, Calum y Wallace se miraron, y Amanda declaró:

—Aunque ahora soy una Fraser, te voy a decir algo que siempre se dice en mi familia, que es que quien salva o ayuda a un McRae se convierte en familia. Gracias, y nunca olvides que siempre estaré aquí para lo que necesites.

—Me siento muy honrado, *milady* —murmuró el hombre conmovido.

Emocionada, la joven sonrió, y, dirigiéndose a Wallace y a Eleanor, indicó en un tono de voz cansado:

—Id a comer algo. Como veis, estoy muy bien acompañada.

Una vez que estos dos se marcharon, Amanda estiró los brazos y pidió:

—Por favor, acercaos.

Al hacerlo, la joven cogió con esfuerzo las manos de aquellos y, mirándolos, susurró:

—Si no hubiera sido por vuestro arrojo y vuestra valentía, dudo que yo ahora estuviera hablando con vosotros.

Los tres sonreían cuando de pronto se oyeron unos pasos apresurados que entraban en la casa y, cuando la puerta del dormitorio se abrió, apareció Brodrick.

El agotamiento se reflejaba en el rostro del guerrero, quien, acercándose a ella, sin importarle que Calum y su hija estuvieran allí, se postró con cuidado junto a la cama de Amanda.

—Pero ¿qué ha pasado, mi amor? —musitó.

Ver sus ojos asustados enterneció a Amanda, que levantó la mano, le tocó el rostro con afecto y respondió:

—Tranquilo, cariño, estoy bien.

A Brodrick le latía con fuerza el corazón. Cuando pasaban por el pueblo en dirección a Roy Trust, de pronto unos hombres habían corrido hacia él para contarle lo que había sucedido. Y, según los oía, Brodrick sintió como el corazón se le ralentizaba.

¿Amanda herida? ¿Qué había pasado?

Bajándose de su caballo, corrió entre la gente hasta llegar a casa del herrero, donde, al ver a su madre y a Wallace en la entrada, ni siquiera se detuvo. Entró directamente en aquel humilde hogar y solo pudo tranquilizarse cuando vio a Amanda.

Necesitado de ella, la abrazó. Deseaba sentirla, olerla, quererla, saberla viva. Pero, al hacerlo y ver que esta se quejaba por su efusividad, la soltó y murmuró:

—Perdón..., perdón.

Amanda sonrió y luego Brodrick preguntó con mimo:

—¿Qué te duele?

—Mejor pregunta ¡qué no me duele!

Oír eso agobió al guerrero, y Amanda, para que se calmara, dijo mirando a Calum y a su hija, que los observaban en silencio:

—Brodrick, ellos fueron los primeros que me ayudaron, y en cierto modo quienes me han salvado. Sin su rápida intervención, Wallace poco podría haber hecho. Y, bueno, Calum fue también quien se ocupó de que Flora no vuelva a molestarnos.

Brodrick los miró y, acercándose a aquel, lo abrazó en silencio. De lo nervioso que estaba, no le salían ni las palabras, pero Calum declaró con solemnidad:

—Es mi señora, y por ella doy mi vida.

Oír eso le puso todo el vello de punta a Brodrick. Lo que el herrero decía era aquello que Amanda siempre había declarado en cuanto al respeto, el apego y la devoción. Estaba claro que su mujer había conseguido en poco tiempo una unión.

—Gracias, Calum. Muchísimas gracias —musitó emocionado.

Sin necesidad de decirse más, los dos hombres se separaron, hasta que Brodrick, mirando a la jovencita que los observaba con una sonrisa, preguntó:

—¿Y tú eres Margot?

—Sí, señor.

Brodrick, recordando entonces las cosas que su mujer le contaba, indicó:

—Amanda me ha dicho que manejas muy bien la espada.

—Papá me enseñó.

Gustoso al oír eso, él asintió y comentó mirando a la joven:

—¿Sabes que te llamas igual que la madre de mi madre?

Margot sonrió y, viendo que entraba lady Eleanor, repuso:

—No lo sabía, pero me gusta.

—¿Qué te gusta, jovencita? —preguntó la mujer.

—Llamarme como vuestra madre. Me lo acaba de contar el señor.

—*Par Dieu...*

—Margot es un nombre muy francés —insistió Brodrick—. Y no suele oírse mucho por las Highlands.

Eso hizo que Calum se atragantara, y rápidamente Margot comenzó a darle golpes en la espalda. Una vez que a este se le pasó el ataque de tos, dijo mirándolos:

—Si nos disculpáis, señor, hemos de salir.

—¡Os acompaño! —apostilló Eleanor con apuro.

De inmediato los tres se marcharon, y Brodrick preguntó mirando a Amanda:

—¿He dicho algo inconveniente?

La joven, que estaba tan sorprendida como él pero tenía muchas otras cosas en la cabeza, respondió:

—No, cariño.

Se quedaron en silencio y, acto seguido, Amanda propuso:

—¿Qué te parece si elegimos a Margot para que me ayude con los niños y le damos trabajo en Roy Trust? Les debo la vida a ella y a su padre.

—Si a ti te parece la más indicada, no hay más que hablar.

Ambos sonrieron por aquello, y el guerrero, que necesitaba entender lo que había ocurrido, se sentó entonces en la cama y le cogió la mano con delicadeza.

—Cuéntame qué ha pasado —pidió.

Amanda le explicó lo acontecido sin omitir ni un solo detalle, y, en cuanto terminó, Brodrick, tras maldecir y decir las peores cosas de aquella maldita mujer llamada Flora, ordenó mirándola con seriedad:

—No vuelvas a salir sin escolta de Roy Trust, ¿entendido?

Amanda suspiró. Para nada quería aquello, pero estaba tan cansada y dolorida para discutir que simplemente murmuró:

—Vale...

Oír eso sorprendió a Brodrick, que enseguida dijo:

—¿Dónde está lady Herencia Salvaje y quién eres tú?

Divertida, Amanda estaba a punto de reír a carcajadas cuando, tocándose la herida, protestó con un hilo de voz:

—No me hagas reír, por favor. Duele.

Feliz por encontrarla bien pero dolido por lo ocurrido, el guerrero finalmente le dio un dulce beso en los labios que le supo a vida y susurró:

—Tengo un regalo para ti.

—¿Para mí?

Él asintió y, guiñándole el ojo, dijo levantándose:

—Dame un instante.

Amanda, postrada en la cama, vio como él salía de la habitación y cuando, poco después, volvió a entrar, musitó boquiabierta:

—¿Qué... qué es eso?

Brodrick se le acercó con una sonrisa y, enseñándole entonces un precioso cachorrito negro que no podía tener más de un mes, comentó:

—Fue verlo y pensar en ti.

Maravillada por aquel precioso detalle, Amanda se emocionó, y el guerrero declaró:

—Sé que no es *Bonnie*, pero sé que lo vas a adorar como él te adorará a ti.

Amanda, deseosa de cogerlo, iba a hacerlo cuando él lo apartó.

—No, amor —dijo—. Tu herida es aún muy reciente, y Wallace me ha dejado bien claro que no te deje cogerlo para evitar infecciones.

—Jooooo...

Oír eso hizo sonreír a Brodrick, que, dándole un beso en los labios, dijo en voz baja:

—Cuando te recuperes, te hartarás de cogerlo. ¿Y sabes lo mejor? La regla de que en Roy Trust no pueden entrar animales se acabó. Ahora las reglas las ponemos tú y yo. Y si tú quieres animales en la fortaleza, los habrá.

Sorprendida por aquello, Amanda sonrió.

—¿Sabes que eres muy tonto? —murmuró.

—Pero si soy tu tonto preferido me doy por satisfecho.

Ambos sonrieron y luego la joven, enamorada, musitó:

—Te quiero muchísimo, Brodrick Fraser.

—Tanto como yo a ti, mi amor.

Durante unos minutos se prodigaron infinitas muestras de cariño que les salían directamente del corazón, hasta que el guerrero preguntó mirándola:

—¿Te encuentras con fuerzas para que te lleve a casa?

—Sí.

—Voy a hablar con Wallace.

Una vez que él salió por la puerta con una sonrisa y el cachorrito entre sus brazos, entró Eleanor. En silencio, aquellas dos se miraron, hasta que la mujer dijo:

—Qué pálida estás.

—Quizá es porque tú estás aquí —replicó Amanda.

Al oír eso, la mujer levantó una ceja y rápidamente señaló:

—Me la tenías guardada, ¿verdad?

Amanda sonrió, pero, mirándola a los ojos, dijo con sinceridad:

—Gracias, Eleanor. Gracias por atenderme y ayudar a Wallace.

La mujer asintió al oírla. Lo que había sucedido y haberla visto con tan poca vida, siendo ella un torbellino de vitalidad, la asustó, pero, sin poder remediarlo, soltó:

—Sigues sin agradarme, pero no te deseo ningún mal.

—*Par Dieu!* —se mofó Amanda.

Eleanor reprimió una sonrisa. Aquella joven era tremendamente ocurrente.

—He de contarte algo que Flora le explicó a Calum —manifestó a continuación.

Y, sin más, le relató lo que aquella mujer había dicho en referencia a lo que le habían prometido si conseguía alejar a Peyton de Brodrick. Amanda la escuchaba sin dar crédito, y cuando acabó indicó mirando a la mujer:

—Debes contárselo a Brodrick. Ha de saberlo.

—Lo haré, pero cuando lleguemos a la fortaleza.

Brodrick entró entonces en la habitación junto con Wallace y, acercándose a su mujer, dijo mientras se agachaba para cogerla con cuidado entre sus brazos:

—Muy bien, mi amor, nos vamos a casa.

Capítulo 65

Los días pasaron y Amanda se encontraba mucho mejor.

La herida sanaba, su cuerpo se recuperaba y las fuerzas volvían a ella, aunque, en su afán de cuidarla, Brodrick apenas le permitía levantarse de la cama ni recibir visitas. Tenía que coger fuerzas y descansar. Eso generó algunas discusiones entre ellos porque Amanda no estaba de acuerdo, pero esta vez, por más que protestó, a él le dio igual.

La parte buena fue que, con el paso de los días, aquello cambió y los niños pasaban con ella muchos ratos en la habitación. Incluso el cachorrillo, al que bautizaron con el nombre de *Max*. Tenerlos por las tardes con ella era un gran premio que la joven agradecía.

Tal como le había prometido a Amanda, Eleanor le contó a su hijo las últimas palabras de Flora. Enterarse fue todo un mazazo para Brodrick. Pero ¿cómo no se había dado cuenta de aquello? El guerrero se prometió que, una vez que Amanda sanara, iría a ver a lady Bedellia. Quería echárselo en cara.

Durante aquellos días Eleanor y ella se veían poco. La mujer pasaba a verla un momento por la mañana y al atardecer, y el resto del día desaparecía.

Sus encuentros con Calum se habían convertido en diarios. Incluso había veces que se veían dos veces al día, pero siempre en la clandestinidad. Ella, igual que en el pasado, no quería que los vieran juntos, y Calum, una vez más, lo aceptó por el amor que le profesaba. Le gustara o no, eran de diferente clase social.

Gracias a su carisma y a su encanto, Margot rápidamente se integró en Roy Trust y se ganó con facilidad a los niños. Su carácter dulce y encantador consiguió que los pequeños la adoraran.

Para Eleanor, tener a Margot tan cerca era algo bonito pero, al mismo tiempo, muy doloroso. Aquella muchachita que ella había salvado de ser pasto de las ratas era un encanto, y siempre que podía disfrutaba de su compañía. Algo de lo que Amanda enseguida se percató.

Emilia, que, como todos, adoraba a la joven Margot, caminaba un día por el pasillo cuando le entró un ataque de tos. Sintió un mareo y se agachó, y entonces oyó que alguien decía:

—*Par Dieu*, Emilia... ¿Qué te ocurre?

La mujer se apresuró a incorporarse, pero al hacerlo el mareo pudo con ella, y, si no llega a ser por Eleanor, que la sujetó, se habría estampado contra el suelo. En ese instante apareció Nela, y Eleanor dijo mirándola:

—Avisa a mi hijo, ¡rápido!

Asustada, la muchacha se marchó corriendo, mientras Eleanor abría la puerta de su habitación y metía a Emilia en ella. La sentó en la cama, llenó un vaso con agua e indicó tendiéndoselo:

—Bebe, Emilia.

La mujer bebió sin dudar, lo necesitaba. Y, en cuanto lo hizo, aseguró mirando a aquella:

—Ya me encuentro mejor. He de regresar a mis quehaceres.

Pero Eleanor la sujetó del brazo para evitar que se levantara.

—De aquí no te mueves hasta que yo vea que el color regresa a tu rostro.

Emilia resopló incómoda, y Eleanor se sentó junto a ella sin decir nada.

Aquel silencio era incómodo, raro. Y Emilia, sin poder soportarlo ni un segundo más, iba a hablar cuando Eleanor se le adelantó:

—Si estoy callada es porque estoy buscando las mejores palabras para expresar lo que quiero decir.

Emilia resopló de nuevo. Se encontraba mal y no le apetecía discutir con aquella en ese momento.

—Cuando llegué a Roy Trust siendo casi una niña —empezó a explicar Eleanor—, fuiste la primera en recibirme con una sonrisa y la única que me dio amistad, cariño y amor sin importarte que fuera francesa. Después, cuando nacieron Brodrick y Richard, gracias a ti conseguí sobrevivir, y sé que más adelante, cuando supe lo de esa mujer con Magnus, no me porté bien contigo.

—Lady Eleanor...

—*Par Dieu*, Emilia, ¡me comporté de un modo horrible! En cierta manera te culpé porque Magnus la metiera en su cama, y créeme que, con el paso del tiempo, me di cuenta de mi error.

Emilia suspiró. Le dolía recordar aquellos duros momentos, cuando entre ellas había habido una conexión verdadera y muy especial.

—Escucha, Emilia. No soy perfecta —prosiguió Eleanor—. Cometo muchos errores, y contigo los cometí. Y si te digo esto es porque nunca tendré vida para agradecerte todo el amor que me diste y todo el amor que les has dado a Brodrick y a Richard. Y lo sé porque ellos, cuando regresaban a Dumfries después de visitar a su padre, me lo contaban, y yo, tonta de mí, me en celaba.

—Oh, *milady*, yo...

—Emilia, no te disculpes por haberles dado amor a mis hijos. La que tiene que disculparse soy yo contigo, por mi mal comportamiento y por haber sentido esos tontos celos.

Las dos mujeres se miraron a los ojos y luego la francesa prosiguió:

—Y ahora no solo te desvives por ellos, sino que también lo haces por Peyton, Ossian y hasta por la insufrible McRae.

—Amanda no es insufrible. Ahí os equivocáis, *milady*.

Eleanor negó con la cabeza. Quizá aquella no fuera la palabra exacta.

—Dejémoslo en que no es el tipo de mujer que yo quiero para mi hijo —indicó.

—La Innombrable sí que no lo era.

—*Par Dieu*, en eso te doy por completo la razón.

Las dos mujeres se miraban cuando Eleanor declaró:

—Emilia..., eres importante en este lugar. Eres indispensable para todos nosotros. Por ello, te ruego y te suplico que te cuides. Y si eso significa que tus tareas en

Roy Trust tienen que reducirse, estoy convencida de que mi hijo no pondrá ninguna objeción.

Agobiada por aquello, la mujer iba a hablar cuando la puerta se abrió y aparecieron Brodrick y Nela:

—¿Qué ocurre? Emilia, ¿estás bien? —se interesó Brodrick.

Eleanor, al ver su desconcierto, se levantó entonces de la cama y aseguró mientras se dirigía a la puerta:

—Tranquilo, hijo, todo está bien. Pero creo que ha llegado el momento de que Emilia y tú tengáis una conversación.

Dicho esto, fue hasta Nela e indicó:

—Vamos. Seguro que nos necesitan en algún lugar de la casa.

Una vez que aquellas dos se marcharon, Brodrick se aproximó a Emilia, que seguía sentada en la cama, y preguntó acucillándose frente a ella:

—¿Qué sucede?

La mujer lo miró con los ojos llorosos y, consciente de la verdad, declaró:

—Sucede que estoy vieja y ya no puedo encargarme de Roy Trust.

Conmovido por aquello, Brodrick parpadeó. Amanda, a su manera, ya lo había avisado.

—Pero soy egoísta... No quiero marcharme —dijo la mujer lloriqueando con un hilo de voz—. Llevo toda mi vida viviendo aquí y sé que, cuando deje de desempeñar mis funciones, Joshua y yo deberemos marcharnos y...

—¿Marcharos adónde?

Oír eso hizo que la mujer levantara la vista.

—Emilia, si algo tengo claro es que os quiero a Joshua y a ti a mi lado para siempre —añadió Brodrick—. Pero ¿qué tontería es esa de que tenéis que marcharos?

—A ver, mi niño. Si otras personas se ocupan de nuestras tareas, necesitarás nuestra estancia y...

—No, Emilia, no. Esa estancia es vuestra. Es vuestro hogar.

Emocionada, la mujer lo miró y él continuó:

—En general, la gente solo tiene un padre y una madre, pero yo he tenido la suerte de haber podido contar con dos padres y dos madres. Tú eres mi madre, como Joshua es mi padre. Y aunque mañana ninguno de los dos desempeñéis las funciones que lleváis toda la vida desempeñando, este es vuestro hogar, y yo os voy a cuidar como vosotros siempre me habéis cuidado a mí.

—Ay, mi niño...

Emocionado por lo que decía, Brodrick tomó aire y prosiguió:

—Escucha, Emilia. Sé que, durante el tiempo que estuve casado con Scarlett, nada fue fácil. Todo fue complicado. Mi infelicidad era evidente para todos, así como vuestra propia infelicidad por lo que estábamos viviendo. Sin embargo, ahora, y gracias a Amanda, todo eso ha cambiado. Ella arroja una luz que nos hace sonreír a todos, y sé que te quiere y te aprecia tanto como te quiero yo. Por tanto, busca a alguien que pueda ayudarte en tus tareas, supervísala y delega. Y cuando el cansancio pueda contigo, hazme feliz viviendo conmigo y con mi mujer y ejerciendo como abuela de mis hijos.

A la mujer le salían las lágrimas a borbotones. Aquello que Brodrick le decía le estaba llegando al corazón. Y, al ver que el guerrero se emocionaba, declaró:

—Sabía que me querías, pero no sabía cuánto.

Brodrick sonrió, e, incorporándose para abrazar a la mujer, repuso:

—Pues ya lo sabes. Por tanto, quiéreme tú a mí y, sobre todo, cuídate, por favor.

Minutos después, y con las cosas claras, ambos salían de la habitación de Eleanor con una sonrisa de felicidad en el rostro.

Capítulo 66

Aquella tarde, Amanda estaba hablando con Brodrick en la cama cuando de pronto oyeron unos caballos al galope entrando en el patio de armas. El guerrero se levantó a toda prisa para mirar por la ventana y a continuación Amanda oyó un silbido.

Sin darle tiempo a Brodrick a reaccionar, la joven salió a toda velocidad de la cama, abrió la puerta de la habitación y, como si no hubiera un mañana, bajó la escalera de dos en dos ante el gesto de horror de su marido, que le pedía que parara.

Eleanor, que estaba en el salón, al ver pasar corriendo a Amanda descalza y en camisola, se levantó, y entonces vio a su hijo que corría tras ella y le gritaba:

—Amanda, ¡paraaaaaa!

Pero Amanda no escuchaba. Amanda no paraba. Amanda corría y corría, y, cuando abrió la puerta principal, se tiró en brazos del hombre al que adoraba: su padre, Duncan McRae.

Al sentir a su hija en sus brazos, Duncan respiró aliviado. Las noticias que había recibido lo habían alarmado. Miró a su mujer, que como él estaba angustiada, e indicó:

—Tranquila, mi amor. Nuestra niña está bien.

Megan asintió y, cuando abrazó a su hija, susurró:

—Ay, mi vida, qué susto nos hemos llevado.

—Mamáááá, ¡pero si estoy bien!

Megan sonrió, y en ese momento Brodrick apareció en la puerta y, boquiabierto al ver allí a tanta gente, murmuró:

—Pero ¿qué hacéis aquí?

Duncan, que había estado en un sinvivir desde que Brodrick le había enviado la misiva para informarlo de lo ocurrido, al ver a su mujer y a su hija abrazadas, respondió:

—Comprobar con mis propios ojos que mi hija está bien.

El guerrero asintió al ver su gesto serio.

—Myles e Ewen querían venir, aunque tu padre les ordenó que se quedaran en Eilean Donan. Pero que sepas que te mandan todo su amor —indicó Megan abrazando a su hija.

Amanda sonrió al oír eso y, viendo a su hermana, exclamó dando un salto de alegría:

—¡Tataaaaaa!

—¡Amanda, la herida! —gruñó Brodrick. Y, agarrándola, empezó a decir—: Escucha, mi amor...

Oír eso hizo que Megan y Duncan se miraran. ¿Había dicho «mi amor»? Pero más sorprendidos se quedaron cuando oyeron a su hija decir:

—Cariño, ¡es mi familia! ¿Cómo no quieres que salte y ría feliz?

Brodrick suspiró, y Duncan, mirando a su mujer, sonrió y le chocó la mano con disimulo. Su instinto no le había fallado.

Duncan estaba emocionado y feliz. Lo que había intuido con respecto a aquellos dos había sucedido. Su hija y

Brodrick se habían encontrado. Y, cuando su mujer lo abrazó, tomó aire y ella comentó:

—Tenías razón, Halcón... Tenías razón.

Ajenas a aquello, las hermanas rápidamente se abrazaron y se besaron. Y, cuando dejaron de hacerlo, viendo la barriga de Johanna, Amanda iba a preguntar cuando Alan dijo acercándose a ellas y dándole un cariñoso beso:

—Menudas ojeras tiene tu marido, cuñada. Pobre..., ¡lo compadezco!

—¡Alan!

Johanna, que miraba a aquel, que ahora hablaba con su padre, afirmó:

—Es lo que tiene estar casado con una McRae.

Eso los hizo reír. Megan se unió a ellos y, cuando Alan se marchó a saludar al ojeroso, Johanna cogió la mano de su madre y dijo al comprender la pregunta en los ojos de su hermana:

—Mamá intercedió por mí. Por eso estoy aquí.

Amanda miró entonces a su madre.

—Con cuidado y cabeza se puede ir a todas partes —declaró Megan—. Y montada en un carro, en vez de en su caballo, Johanna ha podido venir. Pero ahora cuéntanos, porque, que yo sepa, Brodrick no tiene los ojitos grises...

La joven sonrió al oír eso. Y, mirando al hombre que la hacía feliz, respondió:

—Solo os puedo decir que es maravilloso. Que me quiere. Lo quiero. Y nos estamos dando una oportunidad, aunque a veces me encantaría matarlo.

—A ver..., a ver..., ¿dónde está mi sobrina favorita?

—¡Tío Zac! Pero ¿esa no soy yo? —protestó Johanna divertida.

El guerrero, tras darle un cándido beso a Johanna, se acercó a Amanda y, abriendo los brazos, cuchicheó:

—¿Qué tal si cierras la boca para que no te entren moscas y le das a tu tío un beso?

Tirándose sobre aquel, Amanda lo abrazó. Adoraba a su tío. Zac siempre se había desvivido por ella y por su hermana.

—¿Estás bien, mi vida? —le preguntó él entonces, muy serio.

—Sí, tío.

—Si llego yo a coger a esa mujer, le arranco la cabeza.

—Lo sé. —La joven sonrió.

Acto seguido Zac miró a Brodrick. Los dos hombres siempre habían sido amigos.

—Ya me contó tu padre —dijo—. Y que sepas que me enfadé con él cuando me explicó lo que os hizo hacer, porque creo que...

—Nos queremos, tío Zac —declaró Amanda.

—¡¿Qué?!

—Brodrick es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Aunque no tenga los ojitos grises?

Eso hizo reír a carcajadas a la joven, que respondió:

—No querría a otro que no fuera él. Quédate con eso.

Boquiabierto al oír aquello, que no esperaba, Zac asintió y luego murmuró feliz:

—¿Hablas en serio, mi niña?

Amanda afirmó con la cabeza y, con una seguridad aplastante, añadió:

—Totalmente en serio, tío Zac.

Complacido por saber de la felicidad de aquella, Zac miró de nuevo a Brodrick y, levantando la voz, lo saludó:

—Jodido Fraser... ¿O tengo que llamarte «sobrinito»?

Asombrado, Brodrick, al ver a Zac, rápidamente lo abrazó. Y entonces Amanda exclamó:

—¡Tía Sandraaaaaaaaaaaa...!

—Ehhh..., eh hh, que tu tía Angela también está aquí —apostilló una pelirroja sonriendo.

Amanda miraba a su alrededor maravillada. De pronto, y sin esperarlo, su familia al completo se había presentado allí. Además de los mencionados estaban también los tíos Niall, Lolach y Kieran, y las tías Gillian y Shelma. Emocionada, los besaba a todos, los abrazaba a todos, bromeaba con todos, hasta que de pronto se oyó a su espalda:

—*Par Dieu!* ¡Qué desagradable visita!

—¡Madre! —gruñó Brodrick.

Duncan, al oír aquello y ver las caras de los miembros de su familia, les indicó con un gesto de las manos que se calmaran y, mirando a la mujer, replicó:

—Tan desagradable como tú.

Brodrick y Amanda se miraron, pero ella no pensaba reprender a su padre.

Entonces Eleanor inquirió dirigiéndose a su hijo:

—¿Van a dormir en la fortaleza?

Todos se miraron entre sí, hasta que Duncan indicó mirando a sus familiares:

—Sed listos y robad solo lo de valor.

—*Par Dieu!* ¡Qué insolente! —exclamó Eleanor.

Divertidos, los demás sonrieron, y Brodrick, agarrando a su madre del brazo, la metió dentro de la fortaleza y, una vez que estuvieron solos, le soltó:

—¿Se puede saber qué haces?

—¿Quién es toda esa gente, aparte del bobo de su padre?

—Es la familia de Amanda.

—*Par Dieu!* ¡Qué horror!

Intentando no perder la paciencia en un momento así, Brodrick empezó a decir:

—Escucha, madre..., esa gente se merece un respeto y...

—¿Y yo no lo merezco?

—Madre, ¡pero si has sido tú la primera en faltárselo!

Molesta, Eleanor dio entonces media vuelta y se marchó. No pensaba discutir más.

Brodrick resopló y, saliendo de nuevo a la puerta, se dirigió a aquellos:

—Os pido disculpas. Mi madre...

—Tu madre me odia —lo cortó Duncan—. Y que conste que yo tampoco siento un gran cariño por ella.

—Papááá...

—Hija, es la verdad. Seamos claros.

Agobiada por aquello, Amanda asintió, y luego oyó a su padre decir:

—Acamparemos a las afueras de Roy Trust. No queremos molestar.

—Pero, papá, ¿qué dices?

—Lo que oyes. No digo más.

—Duncan —intervino Brodrick—. Hay habitaciones para todos. Este es el hogar de tu hija, no es necesario que...

—No, Brodrick, no insistas. La familia no sé, pero mi mujer y yo pernoctaremos fuera.

Al oír eso todos se miraron.

—Pero, papá —intervino Amanda—, como ha dicho Brodrick, este es mi hogar, y a mí no me parece bien que durmáis al raso.

—Me niego a dormir bajo el mismo techo que esa mujer.

—Papááá.

Brodrick suspiró. De entrada su madre ya la había liado bien.

—¿Habéis decidido ya dónde dormimos? —preguntó el tío Kieran.

—Sí, porque anochece —apremió el tío Lolach.

—Si mi hermano dice que fuera, ¡pues fuera! —apostilló Niall.

La tía Shelma, tras mirar a su hermana Megan, indicó:

—Si puedo elegir, yo prefiero dentro.

—Fuera o dentro, voy a dormir como una bendita —afirmó la tía Gillian, que, dirigiéndose a su sobrina, indicó —: Por cierto, los tíos Axel y Alana te mandan recuerdos. No les ha sido posible venir a causa de unos problemillas con Jane y su marido.

Amanda asintió y, feliz por tener a aquellos allí, sonrió. Los adoraba a todos.

Entonces, de pronto, su madre levantó la voz e informó:

—Dormimos todos dentro.

—¡Estoy con mamá! —Johanna sonrió.

—Excelente decisión, Megan —afirmó Angela.

—La mejor —Sandra también sonrió.

Brodrick, sorprendido por aquello, y más viendo el gesto ceñudo de su suegro, no sabía qué decir cuando Alan, acercándose a él, cuchicheó:

—Tranquilo, cuñado, que la sangre no llegará al río.

Amanda, que trataba de no sonreír para no enfadar más a su padre, lo miró, y Megan, colocándose frente a aquel guerrero tan temido por todos, señaló:

—Escúchame, Duncan. Nuestra familia ha venido hasta aquí para estar con Amanda, y nadie nos va a privar de ello.

Brodrick, al ver como su suegro resoplaba, intuyó que nada bueno podía salir de allí, y, cogiendo con premura a Amanda en sus brazos, indicó:

—Vas descalza. Vamos a subir a ponerte unos zapatos y mientras tanto yo avisaré a Emilia y a Nela para que preparen las habitaciones.

Una vez que se alejaron, Amanda miró a su marido y preguntó:

—¿Qué haces?

—Apartarnos de la tempestad.

Mientras tanto, Duncan miraba a Megan en silencio. Que hubiera tomado aquella decisión delante de todos, aun sabiendo lo que él pensaba, le molestaba.

—¿Por qué me llevas la contraria, mujer? —murmuró con gesto hosco.

Al oír eso, Zac se apresuró a comentar:

—Uissss, ¡¿habéis visto qué flores tan bonitas?!

Rápidamente todos se volvieron para mirar las flores, debían dejar intimidad a aquellos dos para que discutieran. Pero Megan, sin importarle quién pudiera oírlos, repuso dirigiéndose a Duncan:

—Como he dicho, hemos venido para estar con nuestra hija, y no voy a permitir que esa mujer nos estropee la visita. —Asombrado al oír aquello, el guerrero parpadeó, y ella cuchicheó—: Pero ¿acaso no te das cuenta de que, durmiendo al raso, ¡esa insufrible gana! Si lo hacemos, ella estará feliz por no tenernos en la casa. Y, no, cariño, no. Eso no se lo vamos a permitir. Si está incómoda con los McRae, ¡que sea ella la que duerma a la intemperie o se vaya! Pero nosotros venimos desde muy lejos para estar con nuestra hija en su hogar, y eso ni san Fergus ni una jodida francesa que se cree muy lista nos lo van a jorobar.

Duncan asintió despacio. Visto así, era una excelente idea. Si a esa mujer le molestaba su presencia, que fuera ella quien se marchara.

—¿Te he dicho ya hoy lo lista que eres y lo preciosa que estás? —murmuró sonriendo.

Megan sonrió y, tras darle un cariñoso beso a aquel hombre, al que adoraba, vio que su hija volvía a salir por la puerta con unas botas puestas.

—¡Familia, entremos en el hogar de Amanda! —gritó Megan.

Capítulo 67

Después de una incómoda cena junto a Eleanor, al día siguiente, mientras el gran grupo desayunaba alrededor de la mesa del salón, Amanda sonreía sentada al lado de su hermana.

—Realmente el bizcocho de limón está exquisito —indicó Johanna.

—Disfrútalo. Es maravilloso —dijo Olivia.

—Mi tía es una excelente cocinera —apostilló Derek con orgullo.

Estaban sonriendo por aquello cuando Eleanor, que comía en silencio, preguntó:

—¿Vuestros cocineros no saben hacer bizcochos?

—Nuestros cocineros saben hacer muchas cosas —respondió Duncan.

Eleanor lo miró con gesto adusto.

—Seguro que despedazar carne se les da fenomenal —cuchicheó.

—¡Madre!

Eso hizo que todos se callaran, pero Duncan replicó:

—Cortar lenguas se les da mejor.

—¡Papá!

De inmediato se hizo un silencio incómodo en el salón. La mecha estaba encendida.

—Bebed de este vino, lady Megan —ofreció al cabo Eleanor señalando una jarra—. Es exquisito.

Megan, que deseaba arrancarle los ojos a aquella por cómo se estaba comportando, se disponía a coger la jarra cuando Duncan terció:

—Que beba primero ella, mi vida. A saber si no lo ha envenenado...

—Papááááá.

Brodrick miró a su suegro molesto, y Megan, poniendo una mano sobre la pierna de su marido para que se relajara, contestó:

—Gracias por el ofrecimiento, lady Eleanor. En cuanto a nuestros cocineros, me congratula deciros que en Eilean Donan preparan platos exquisitos. Cuando queráis, estáis invitada para que vos misma podáis comprobarlo.

Según oyó eso, Duncan miró a su mujer. ¡Ni loco iba a permitir que aquella pusiera un pie en su casa!

—Os agradezco la invitación —respondió Eleanor—, pero permitidme declinarla.

—Oír eso me hace muy feliz —apostilló Duncan.

Padre e hija se miraron.

—Tan feliz como me quedaré yo cuando os marchéis de aquí —indicó Eleanor.

—Madre —protestó Brodrick.

Niall, que veía que su hermano iba a saltar de un momento a otro, comentó entonces mirando hacia la ventana:

—Parece que va a llover...

Los demás asintieron y, acto seguido, comenzaron a hablar del tiempo para relajar la tensión.

—Cuidado, cariño, no te vaya a dar un cuchillo —
cuchicheó Johanna en voz baja dirigiéndose a su marido.

—Está la cosa calentita —murmuró Alan.

Eso hizo que ambos sonrieran; justo después la puerta del salón se abrió y entró Peyton acompañada por Margot, que sujetaba en brazos a Ossian. La muchacha llevaba días ejerciendo el trabajo para el que había sido contratada.

—Familia, os presento a Margot Buchanan. La hija de Calum, el herrero del pueblo —anunció Amanda para distender el ambiente.

Los demás asintieron y, al cabo, Niall preguntó:

—¿Tu padre fue quien...?

—Sí —lo cortó Amanda. No quería que delante de Peyton se dijeran ciertas cosas, y añadió—: Y Margot fue quien me cauterizó la herida.

Megan, al oír eso, se levantó rápidamente y le dio un sentido abrazo a la muchacha.

—Muchísimas gracias por lo que hiciste por mi hija.

Colorada como un tomate, Margot asintió y Duncan terció:

—Dile a tu padre que iré a agradecerle personalmente lo que hizo por Amanda.

—Se lo diré, señor.

Peyton, a quien la sonrisa no le abandonaba el rostro desde hacía días, se aproximó entonces a Amanda.

—¿Podemos ir Ossian, Margot y yo a jugar al lago con *Max*? —le preguntó.

—Por supuesto que sí. Pero no os alejéis mucho, que parece que va a llover.

—Peyton, cariño —terció entonces Eleanor—, ¿por qué no le preguntas eso a tu padre?

Brodrick, al oír eso y ver como todos lo miraban, contestó:

—No hace falta, madre. Con que se lo pregunte a Amanda es suficiente.

—Muy bien respondido —declaró Megan.

Eleanor, molesta por aquello, miró a Amanda, que la observaba con seriedad. Después miró a su hijo e insistió:

—Peyton y Ossian son tus hijos, y creo...

—Madre —gruñó Brodrick—. Mis hijos también son ahora los hijos de Amanda. ¿Qué estás diciendo?

Amanda parpadeó al oír eso. Era la primera vez que Brodrick decía algo así. Y Peyton, acercándose a aquel, murmuró:

—Papá, ¿Amanda ya es mi mamá?

Conmovido porque lo llamara «papá», algo que cada día la pequeña hacía más a menudo, el guerrero asintió y, tras intercambiar una significativa mirada con Amanda, afirmó:

—Sin ninguna duda, ella es tu mamá.

De inmediato Peyton empezó a brincar de felicidad, y Duncan, conmovido por aquello, declaró mirando a la chiquilla:

—Y yo soy el abuelo Duncan.

—*Par Dieu!* ¡Ni hablar! —exclamó Eleanor.

Todos miraron a la mujer, que enseguida añadió:

—Una cosa es que vuestra hija, por haberse casado con mi hijo...

—Maldita sea, Eleanor, ¿te quieres callar?! —la cortó Megan furiosa.

Que aquella saltara en lugar de su padre a Amanda le indicó que la cosa iba a ir a peor, por lo que, tras pedirle a su madre prudencia con la mirada, se dirigió de nuevo a Peyton:

—Vamos, tesoro, id al lago a jugar con *Max*.

Tras mirar a Margot, que rápidamente la entendió, cuando esta salió del salón con los niños, Amanda soltó dirigiéndose a Eleanor:

—Pero ¿a ti qué te pasa?

—Pasa que se está pasando y me está hartando —intervino Megan. Miró a Brodrick y añadió molesta—: Y lo siento, Brodrick, pero es la verdad.

El aludido contempló a su madre con gesto serio mientras Duncan intentaba tranquilizar a su mujer. Amanda, enfadada por aquello, dirigió la vista a la que era su suegra e insistió:

—¿Pretendes ser así de desagradable todos los días?

La mujer levantó entonces la barbilla con tranquilidad y, cuando Brodrick se disponía a intervenir, Duncan se puso en pie y pidió:

—Familia, salgamos al patio a tomar el aire, o juro por san Ninian que esto va a terminar muy mal.

En silencio todos, a cuál más indignado, siguieron al guerrero. Estaba claro que Eleanor no se lo estaba poniendo fácil. Y cuando se hubieron marchado todos, excepto Brodrick y Amanda, el guerrero siseó:

—Madre, ¿se puede saber qué estás haciendo?

La mujer sonrió.

—De momento, y a partir de este instante, desayunar con la tranquilidad que me merezco —contestó con regocijo.

—Eres maléfica.

—¡Amanda!

—*Par Dieu...* Ya habló la McRae...

Furiosa, la joven dio entonces un golpe con la mano sobre la mesa y gruñó dirigiéndose a su marido:

—No voy a decir que siento haberla llamado «maléfica» porque no es así. Pero escúchame lo que te voy a decir, Brodrick. Tengo aguante y bien lo sabes. Sin embargo, cuando se trata de mi familia y de injusticias, mi aguante se disipa rápido. Por tanto, o haces que tu madre se comporte, o juro que la primera que va a dejar de comportarse aquí voy a ser yo.

Él asintió. Entendía perfectamente lo que aquella le decía. Su madre buscaba todo el rato la confrontación. Y Eleanor, al ver que su hijo guardaba silencio, soltó entonces mientras se levantaba de la mesa:

—Me insulta..., me veja..., ¿y tú permaneces callado? ¿Acaso la salvaje y su familia son más que yo para ti?

—Madre, ¡por favor!

—¡No quiero oír nada más! ¡Me voy a mi habitación!

Caminó hacia la puerta, la abrió y desapareció.

Amanda y Brodrick resoplaron mientras se levantaban también. Estaba claro que aquello no iba a ser fácil. Y el guerrero, acercándose a su mujer para abrazarla, empezó a decir:

—Escucha, mi amor...

—Cariño, esto no puede ser.

—Lo sé. Lo sé...

—Pero ¿es que tu madre no tiene sentimientos? ¿Acaso un momento tan bonito como el de antes, en el que por

primera vez has afirmado delante de todos que soy la madre de Peyton, no la emociona?

Él resopló frustrado. La reacción de su madre no le había gustado nada. Y, hundiendo la nariz en el cabello de aquella, murmuró:

—Me gusta que seas la madre de mis hijos.

Amanda sonrió conmovida, pues sabía lo que eso representaba para Peyton y para todos. Pasó los brazos alrededor del cuello de Brodrick y declaró:

—Nada me hace más feliz.

Capítulo 68

Por la tarde, animada por Johanna, y tras informar a Brodrick de por dónde estarían, Amanda y ella salieron a dar un paseo por los alrededores. Johanna estaba preciosa con su embarazo.

—¿Se han acabado ya las náuseas? —se interesó su hermana.

—No te creas. De vez en cuando vuelven y lo paso fatal.

Amanda asintió y luego fue Johanna quien preguntó:

—La herida de tu costado, ¿bien?

—¡Perfecta! —aseguró la joven.

—Ya veo que todo va bien por aquí —añadió Johanna—. No tiene los ojitos grises, pero...

—Tataaaaaa —repuso ella, y, sonriendo, afirmó—: Nunca imaginé que sería tan feliz. Siempre he querido un amor bonito y verdadero. Un amor como el que papá y mamá tienen, pero créeme que nunca pensé que el amor pudiera ser así. Y menos con Brodrick, que ya sabes cómo empezamos.

—Ni te imaginas lo feliz que me hace oír eso.

—Brodrick es tan increíble que creo que ya no podría vivir sin él.

Ambas sonreían por aquello cuando Amanda gruñó:

—Lo que no sé es qué hacer con Eleanor. Hay momentos en los que siento que conecto con ella, pero luego hay otros en que lo único que deseo es arrancarle la cabeza.

—Se la deseo arrancar hasta yo... —apostilló Johanna.

Durante un buen rato, mientras paseaban, siguieron hablando sobre ello, el tema Eleanor ocupaba básicamente toda su conversación. Hasta que, al encontrarse en un bonito campo con un precioso manto de hierba verde, decidieron detenerse y tumbarse sobre ella.

—Como te diría mamá en un momento así, paciencia. Esa mujer, más pronto que tarde, regresará a su casa, y, con un poco de suerte, solo tendrás que soportarla en fechas señaladas.

—Me da tanta rabia caerle mal...

—Ella se lo pierde.

—Tata, te juro que nada me gustaría más que...

—A los McRae siempre se nos señala. Corren tantas historias sobre nosotros, la mayoría de ellas, de sangre y de terror, que, claro, una francesa como ella que vive en Dumfries pues se las cree. De ahí que le caigas mal.

—No solo le caigo mal por eso, sino también porque ella quería a Caroline en la vida de su hijo.

—Pues que se joda, porque quien está en la vida de su hijo se llama ¡Amanda!

Ambas sonrieron y luego la aludida añadió:

—También le caigo mal porque papá le cae mal.

—Desde luego, bien no se llevan... Y a mamá ya está empezando a sacarla de sus casillas.

Amanda resopló y, mirando a aquella, indicó notando que iba a llover:

—Al parecer, Magnus, mientras estaba casado con ella, tuvo una amante de Dornie que...

—¿Que el bueno de Magnus tuvo una amante? ¿De Dornie?

—El buen recuerdo que nosotras tenemos de Magnus no tiene nada que ver con el recuerdo que ella le guarda. Y, sí, tuvo una amante de Dornie llamada Marianela a la que finalmente metió en su lecho aquí, en Roy Trust, y con la que, al parecer, tuvo una hija que murió. Y, bueno, Eleanor cree que papá y el abuelo lo sabían y lo encubrieron.

—Pero ¿qué dices?

Amanda se encogió de hombros.

—Según papá, él no sabía nada al respecto. Otra cosa era que el abuelo lo supiera y no dijera nada.

—¿Y cómo es que lo sabes tú?

—Porque papá me lo contó.

—Pero ¿no me acabas de decir que él no sabía nada?

—A papá se lo contó Brodrick. Y papá me lo contó a mí.

Johanna asintió y, cuando iba a hablar, una risotada de hombre hizo que guardara silencio.

Despacio, las dos hermanas se incorporaron para ver a quién pertenecía aquella risa, pero volvieron a tumbarse de inmediato. Sorprendidas, intercambiaron una mirada.

—Arrastrémonos hasta ese árbol. Si nos levantamos, nos verán —cuchicheó Amanda.

Johanna asintió y, una vez que llegaron detrás del árbol y se pusieron en pie, esta musitó mirándose la tripa:

—Yo no estoy para estos trotes...

Amanda, al oírla y ver su barriga, rápidamente murmuró:

—Ay, tataaaa, ¡que no me acordaba!

Johanna, con una sonrisa, le indicó que estaba bien, pero susurró:

—Que no se enteren papá ni Alan o nos matarán.

Divertidas por aquello, y parapetadas tras el enorme tronco del árbol, las dos hermanas observaban. No muy lejos de ellos estaban Calum y Eleanor, que paseaban.

—¿Veo mal o van cogidos de la mano? —musitó Amanda.

—Van cogidos de la mano —afirmó Johanna.

Boquiabierta por aquello, que nunca habría imaginado, Amanda los observaba. Pero ¿qué hacían Eleanor y el herrero juntos y de la mano? Sin dar crédito, los seguía con la mirada cuando aquellos se detuvieron y se besaron.

—Madre mía..., madre mía...

Las dos jóvenes se miraron sorprendidas y entonces aquellos se tumbaron sobre el bonito manto de hierba y prosiguieron con su pasión.

—¿En serio vamos a tener que ver y oír esto? —dijo Johanna en voz baja.

—Calla, ¡que es interesante!

—¡Amanda!

La aludida resopló y, en un susurro, gruñó:

—¿Y qué pretendes que hagamos, tata?

Horrorizadas porque, si se movían para marcharse, las verían, las dos jóvenes se agacharon, y en ese momento oyeron a Calum decir:

—Ely, ¿qué vamos a hacer a partir de ahora?

Las hermanas se miraron y Johanna inquirió:

—¿*Ely*?

Amanda se encogió de hombros. ¿Qué estaba pasando allí?

—Ahora no nos preocupemos por eso —oyó que contestaba Eleanor a continuación.

Acto seguido comenzaron a oír ruido de besos y jadeos, y Amanda cuchicheó mirando a su hermana con gesto de guasa:

—*Par Dieuuuuuuuuu...*

—¡Amandaaaaa!

Calum y Eleanor disfrutaban del momento llevados por la pasión, sin percatarse de que cerca de ellos las dos jóvenes permanecían ocultas.

—Mírala..., si hasta sabe disfrutar —se mofó Amanda al oír que Eleanor soltaba un jadeo.

Estaban divertidas cuando aquellos dos llegaron al clímax, y, sin levantarse del suelo, siguieron hablando.

—En cierto modo me incomoda que Margot trabaje en Roy Trust —comentó Calum.

—Pues no debería. Es más, debería ser al revés, porque estando allí tiene un buen trabajo que...

—Ely, sabes muy bien por qué lo digo.

Oír eso hizo que Amanda y Johanna se mirasen. Lo que acababan de oír para Johanna no significaba nada, pero para Amanda comenzaba a significar algo.

—¿A qué se referirán? —cuchicheó haciéndose la tonta.

De repente comenzó a chispear. Y, como solía suceder en las Tierras Altas, el chispeo se convirtió enseguida en un fuerte aguacero. Rápidamente, Calum y Eleanor empezaron a vestirse entre risas, pero, al igual que se vestían, se desvestían, y la pasión irrefrenable que sentían hizo que volvieran a hacerse el amor.

Capítulo 69

Alertado por la copiosa lluvia, Brodrick pensó en sus hijos, que estaban jugando en el lago con Margot. Y, de inmediato, Derek y él montaron en sus caballos y fueron a buscarlos.

No tardaron en encontrarlos, pues sabían dónde estaban. Y, al verlos, bromearon y rieron con ellos. La lluvia los había empapado.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó Brodrick a su hija, que sonreía feliz.

—Sí, señor.

No siempre lo llamaba «papá». Todo dependía del momento en el que Peyton estuviera. Pero verla sonreír y feliz era lo que más deseaba.

—Creo que es mejor que regresemos ya —dijo mirando a su amigo—. Peyton y Ossian cabalgarán conmigo. Margot que vaya contigo y sujete a *Max*.

Sin tiempo que perder, todos regresaron a Roy Trust. La lluvia arreciaba.

Una vez que llegaron y bajaron a los niños de los caballos, Duncan y Alan se les acercaron en sus monturas.

—Amanda y Johanna no han regresado —informó Duncan.

Brodrick asintió y, volviendo a montar en su caballo, le indicó a Derek:

—Dile a mi madre que se ocupe de que los niños se cambien de ropa.

Tan pronto como Derek se alejó, Brodrick miró a aquellos dos y dijo:

—Vamos. Amanda me ha dicho dónde iban a estar.

Sin importarles la lluvia, los tres guerreros se internaron en el bosque. Brodrick conocía bien aquella zona y, al llegar a una preciosa explanada donde la hierba verde crecía salvaje, echó una ojeada pero no las vio, hasta que de pronto sus ojos se centraron en dos personas que se besaban y, reconociéndolas, gritó:

—¡Madre!

Oír esa voz hizo que la mujer se quedara paralizada. Al volverse y ver a su hijo con aquellos dos, murmuró:

—*Par Dieu...*

Calum resopló. Aquello iba a ser un problema.

Con expresión furiosa ante el gesto de guasa de Duncan y Alan, Brodrick se acercó entonces a caballo a Eleanor y siseó:

—Madre, ¿qué narices estás haciendo con el herrero?

Nerviosa, la mujer miró a su hijo; su acompañante iba a hablar, pero ella indicó agarrándolo:

—No, Calum. Déjame a mí.

El aludido suspiró. Como hombre sabía explicar muy bien lo que ocurría, otra cosa era que Eleanor estuviera de acuerdo. Y entonces Duncan, al oír eso, preguntó:

—¿Calum Buchanan?

El hombre se apresuró a asentir y Duncan, bajándose presuroso de su caballo e ignorando a Eleanor, se acercó a él y musitó:

—Estaba deseando conocerte para agradecerte personalmente lo que hiciste por mi hija.

—Señor..., no hace fal...

—Amanda me lo contó. Y saber que no solo la ayudaste, sino que también diste muerte a la mujerzuela que la hirió, me hace decirte que quien salva a una hija mía es mi amigo para toda la vida y pasa a ser de mi familia.

Calum sonrió conmovido. Las palabras que le había dedicado Duncan eran bonitas, ¡las mejores! Aunque en realidad había sido Eleanor quien se había encargado de Flora. Sin embargo, al ver que aquella, con disimulo, negaba con la cabeza, cuando Duncan le estrechó con fuerza la mano, murmuró:

—Os agradezco vuestras palabras, laird McRae.

—Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedirla —insistió aquel.

Después de ese íntimo y emotivo momento entre aquellos, Duncan regresó a su caballo y montó en él, y estaba sonriendo cuando Eleanor gruñó:

—¿Por qué sonreís, maldito McRae?

—Lo de «maldito McRae» sobra —replicó Duncan.

—Eso lo decidiré yo —matizó la mujer.

—Madre, deja en paz a Duncan y responde a mi pregunta.

—Ya habéis oído a vuestro hijo —indicó Duncan—. Respondedle y olvidaos de mí.

Eleanor, furiosa por aquello, iba a protestar, pero, viendo el gesto adusto de su hijo, contestó mirándolo:

—Hijo, ¿podríamos hablar en privado?

—Vaya..., con lo interesante que está —se mofó Alan ante el gesto divertido de su suegro, pero, viendo la expresión con que Brodrick lo miraba, finalizó—: Aunque creo que es una excelente idea que lo habléis en privado.

Acto seguido todos guardaron silencio, hasta que Duncan, pensando en sus amores, preguntó a Calum:

—¿Por casualidad no habrás visto por aquí a mis hijas?

—Estamos aquí.

Al volverse, Eleanor se quedó de piedra al ver aparecer a Amanda y a Johanna. ¿Qué hacían allí? ¿Qué habían visto?

Amanda, para disimular y no mostrar lo que habían visto y oído, ignorando a Eleanor y a Calum, que las miraban con los ojos muy abiertos, dijo entonces dirigiéndose a su marido:

—Cariño, hemos oído tu voz y hemos venido corriendo... ¡Madre mía, cómo llueve!

Igual que los demás, las dos jóvenes estaban empapadas por la lluvia. Y Alan, bajándose del caballo, murmuró preocupado:

—Por todos los santos, Johanna... ¡Te vas a poner enferma!

La joven sonrió y, cuando él la cogió entre sus brazos para llevarla hacia su caballo, murmuró:

—Lo que tengo que contarte...

Alan asintió mirándola con gesto divertido, y Brodrick, que se había bajado del caballo, pasó junto a su madre y Calum y se acercó a una empapada Amanda.

—¿Estás bien, amor? —preguntó—. ¿Tu herida bien?

La joven afirmó con la cabeza. Y, agarrando la mano que aquel le tendía, dijo después de darle un beso en los labios que a su suegra la enfadó aún más:

—Sí, tranquilo, tontito. Estoy bien.

Feliz con aquel reencuentro, Duncan volvió a sonreír. ¡¿«Tontito»?! Y, viendo a sus hijas empapadas, apremió:

—Regresemos al castillo. Deben cambiarse de ropa o caerán enfermas.

Alan y Brodrick asintieron y este último, tras subir a su mujer a su caballo, indicó luego mirando a su madre:

—Vamos, madre. Has de cambiarte de ropa y hemos de hablar.

Calum miró a Eleanor y, acto seguido, incapaz de dejarla a solas con aquel problema, empezó a decir:

—Señor, iré a Roy Trust y...

—De momento solo quiero hablar con mi madre —lo cortó Brodrick—. Contigo ya hablaré.

Para no liarla más, el hombre simplemente asintió, y Eleanor, acercándose a los caballos, soltó dirigiéndose a su hijo:

—Me niego a cabalgar con el McRae.

—No pensaba invitaros a hacerlo —afirmó Duncan.

—*Par Dieu...*, qué fastidioso que sois.

—*Par Dieu* —se mofó Duncan—. Me encanta saberlo.

Brodrick y Amanda intercambiaron una mirada; lo de aquellos no tenía remedio. La joven se bajó del caballo de su marido de un salto e indicó:

—Iré con mi padre.

—Será lo mejor —convino Brodrick.

Rápidamente el guerrero ayudó entonces a montar a su madre en su caballo y, una vez que montó él también, tras echar una última ojeada a Calum, todos partieron rumbo a Roy Trust.

Capítulo 70

En el castillo el ambiente estaba muy cargado, y no solo a causa de Duncan y Eleanor, sino que ahora Brodrick también se había sumado a ellos. Jamás habría esperado encontrar a su madre de aquella guisa en el bosque con Calum, y estaba furioso en su despacho con Derek, que lo tranquilizaba, cuando exclamó:

—Como lo oyes... ¡Ha sido indignante!

—Brodrick...

—Delante de mi suegro y de mi cuñado...

—Brodrick...

—¿Cómo puede hacer algo así? Y no lo digo porque él sea herrero... Calum es un buen hombre. Lo digo porque, conociéndola, ¿qué se supone que está haciendo con él? ¿Acaso no tiene ya sus amantes en Dumfries?

Con tiento, Derek calmaba a su amigo cuando este señaló bajando la voz:

—La familia de Amanda está aquí. ¿Qué van a pensar?

—Me parece que la familia de Amanda ya está curada de espantos, amigo.

—¡Pero es mi madre! —insistió él—. Y, sí, sé que ella tiene su vida. Nunca la he juzgado ni soy quién para hacerlo. Pero, maldita sea, ¡¿aquí?! ¿Acaso no puede

esperar a regresar a Dumfries para hacer lo que le dé la gana?

Por su parte, Amanda, que se había cambiado de ropa, fue a ver a los niños antes de bajar al salón. Peyton y Ossian estaban con Margot, y al verlos entretenidos y con ropa seca en la habitación de juegos, les dio un cariñoso beso y se marchó.

Con rapidez bajó la escalera y, al pasar por delante del despacho de su marido, se detuvo. Acercó la oreja a la puerta, lo oyó hablar con Derek y, comprendiendo de lo que hablaban, decidió pasar de largo. No quería meterse en nada que tuviera que ver con Eleanor.

Con una sonrisa en los labios llegó al salón. Allí su familia y Olivia hablaban y disfrutaban del día cuando Joshua, contento, comentó aproximándose a ella:

—Les acabo de ofrecer una copita de mi whisky y parece que les gusta.

Amanda asintió y, viendo el gesto de su padre y de sus tíos, aseguró:

—Sin duda están encantados.

Una vez que el anciano salió de la estancia, Zac se acercó a la joven.

—Por cien rayos, sobrina... —murmuró—. ¡Qué brebaje tan espantoso!

Divertida, Amanda sonrió y, mirándolo, cuchicheó:

—Pues es el orgullo de Joshua. No se lo pisotees.

—Tomamos nota —terció el tío Niall.

Amanda se aproximó entonces a las mujeres de su familia y a Olivia, e iba a hablar cuando su madre susurró:

—¿Tu suegra y el herrero? ¿Acaso esa elitista se fija en hombres que no están a su altura?

—*Par Dieu!* —se mofó la joven al comprender que su padre y Alan ya se habían ido de la lengua.

Todas rieron y luego Johanna musitó:

—Ni os imagináis cómo daban rienda suelta a su pasión...

—Tremendo —afirmó Amanda.

—No te puedo creerrrrrr. —Olivia rio.

—¡Qué escándalo! —apostilló Shelma.

Entre risas, todas se miraron. Aquel era un tremendo cotilleo. Y Amanda, al oír las voces que daba su marido en ese momento desde el despacho, dijo:

—Está terriblemente enfadado. Creo que debo ir a tranquilizarlo.

—Mejor deja que se desahogue —repuso Megan—. No sea que te vayas a llevar tú lo que es de otra.

Las demás asintieron dando su aprobación. Solo había que oír las voces de aquel para saber el enfado que tenía.

Y Duncan, dando otro traguito al terrible whisky de Joshua, se mofó:

—Si quieres, voy yo a tranquilizarlo. Tengo muchas cosas que decir sobre esa molesta mujer.

—Papááááá.

Duncan sonrió y Megan lo agarró del brazo.

—Tú te quedas aquí conmigo, ¿entendido, Halcón?

El guerrero asintió, y Amanda, cogiendo entonces la copa que su madre tenía en las manos, dio un trago al brebaje de Joshua y murmuró arrugando el gesto:

—Al final me va a gustar y todo...

Todos sonrieron por aquello. Aquel whisky era insufrible.

* * *

Brodrick, que seguía con Derek en su despacho, caminaba de un lado a otro como un animal enjaulado cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—Adelante —indicó.

En cuanto esta se abrió, Eleanor, ya con ropa seca, miró a su hijo.

—Os dejaré a solas —comentó Derek.

Brodrick y su madre asintieron y, cuando el guerrero salió del despacho y cerró la puerta tras de sí, madre e hijo se quedaron mirándose en silencio.

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada, hasta que finalmente él siseó:

—Sabes que odio las habladurías. Por desgracia, he vivido rodeado de ellas durante muchísimos años, ¿y ahora tú me harás pasar por lo mismo? ¿Aquí? ¿En Aviemore?

—Hijo...

—Madre. Te he encontrado en una actitud con Calum Buchanan que...

—Sabes que tengo vida privada —lo interrumpió ella apurada—. Tanto Richard como tú siempre lo habéis sabido. Nunca os lo he ocultado.

El guerrero resopló, su madre tenía razón, pero insistió:

—Lo sé, madre, lo sé. Jamás me he metido en ella. La he respetado. Pero estás aquí, en Roy Trust. En Aviemore. Calum Buchanan vive aquí. Es mi herrero y...

—Calum Buchanan no dirá nada.

—Pero, madre...

—*Par Dieu*, hijo —lo cortó—. Ese hombre y yo somos adultos. Ni él está casado ni lo estoy yo. Simplemente decidimos compartir un momento de pasión.

—¿«Simplemente»?!

Eleanor asintió quitándole importancia al asunto.

—En efecto, Brodrick. «Simplemente», no hay más.

Apurado al tiempo que enfadado, el guerrero miró a su madre. Hablar sobre aquello no le resultaba agradable.

—Mira, madre. Para mí no ha sido fácil encontraros en esa situación —musitó—. Y, dicho esto, contén tus instintos hasta que regreses a Dumfries, por favor.

—De acuerdo. No volverá a ocurrir —mintió aquella.

Se observaron en silencio hasta que Brodrick, notando en la mirada de su madre cierta inquietud, tomó aire y añadió:

—Escucha, madre. Si me ocultas algo más, es mejor que...

—Pero ¿qué te voy a ocultar?

Atónito, él levantó las cejas y resopló.

—Si me ocultabas tu lío con el herrero, ¿no crees que puedo pensar que ocultas algo más?

—Te equivocas. No hay nada más.

—Madre, algo me dice que mientes. No sé qué es, pero lo presiento.

Eleanor, apurada porque su hijo dijera aquello, pensó entonces en la joven Margot, que era su medio hermana. Pero ¿cómo decirle aquello? ¿Cómo contarle una verdad que había estado ocultándole durante toda la vida?

—*Par Dieu*, hijo. No oculto nada —insistió.

El highlander se movió incómodo. Desde que Amanda le estaba enseñando a ver, no solo a mirar, inconscientemente se cuestionaba muchas cosas. Enfadado por el mal trago de aquella mañana, voceó furioso:

—¡Maldita sea, madre! ¿Acaso no piensas que, al igual que yo te he visto, alguien del pueblo ha podido veros también? Esas personas son mi gente. Calum Buchanan es ¡mi gente! ¡Por Dios, madre! ¡Por Dios!

La mujer no respondió; le gustara o no, su hijo tenía razón. Entonces Brodrick, ofuscado, protestó:

—¡Qué situación tan molesta!

—Lo primero de todo, baja la voz.

—¿Ahora te importa lo que los demás piensen? —gruñó él.

Sabiendo que se refería a la familia de Amanda, la mujer replicó:

—*Par Dieu*, hijo. Lo que piense esa gentuza de los McRae no me im...

—Pues debería, madre —la cortó él furioso—. Esa gentuza, como tú dices, es ahora mi familia.

Fastidiada, aquella negó con la cabeza y, sin saber por qué, soltó:

—Mira, hijo, seamos claros... El hecho de que, en su momento, aceptara a Peyton en la familia no significa que deba aceptar a cualquiera.

—¿A qué viene eso, madre?

Eleanor, aun consciente de que su comentario estaba fuera de lugar, pues si alguien adoraba a Peyton esa era ella, respondió intentando que su hijo entendiera lo que quería decirle:

—Viene a lo que sabes.

—¿Y qué sé? ¿Que Peyton no es hija mía? ¿Que ella no es una Fraser?

Madre e hijo comenzaron a discutir. Si uno decía blanco, el otro decía negro, y Brodrick, fuera de sí, gritó:

—¿Y qué pretendías que hiciera con Peyton, madre? ¡¿Tirlarla por un barranco?! ¡¿Regalársela a unos comerciantes?! O, mejor, ¡¿quemarla en una habitación como quiso hacer su madre?! ¿O tal vez dejarla en mitad del bosque para que muriera?

—*Par Dieu*, hijo, por Dios —murmuró ella horrorizada, consciente de su error.

¿Por qué había hecho alusión a la niña?

¿Por qué no se había callado?

Ella adoraba a Peyton. Daría su vida por ella.

Pero Brodrick, fuera de sí, y con el corazón encogido por las barbaridades que le había hecho decir el enfado con su madre, susurró entonces:

—Peyton es mi orgullo y la adoro, como sé que la adoras tú. No sé a qué han venido tus horribles palabras.

Eleanor, viendo la desesperación en su tono y en su mirada, se acercó entonces a él, pero Brodrick la rechazó. Le dolía que el enfado lo hubiera hecho decir aquellas cosas tan horribles de su princesa, y, tapándose los ojos con las manos, se rompió.

Bloqueada, Eleanor miró a su hijo. Era la primera vez en muchos años que lo veía llorar.

—Hijo, por Dios... Lo siento. Lo siento —musitó temblorosa.

* * *

Amanda, que, junto a su familia y Olivia, había oído las barbaridades que Brodrick había dicho con respecto a Peyton, una vez que consiguió que los demás se quedaran en el salón, corrió al despacho. Pero ¿qué estaba diciendo Brodrick?

Sobrecogida, se disponía a abrir la puerta del despacho cuando se fijó en que de debajo de los cortinones que tenía enfrente sobresalían unos zapatitos que reconoció de inmediato. Se quedó paralizada. Si ella había oído todas aquellas atrocidades, estaba claro que Peyton también. Tenía que hablar con ella.

Por su mente pasó la vez en que, cuando Johanna y ella eran unas niñas, oyeron a su padre llorar, gritar y aullar de dolor. Fue cuando su madre, Megan, tuvo unas fiebres terribles. Ver a su padre de aquella manera y oír las cosas que decía las asustó tanto que pensaron que su madre moriría, y solo se tranquilizaron cuando él habló con ellas demostrándoles de nuevo su fortaleza.

Por ello, dando media vuelta, tomó aire, apoyó la mano en la manija de la puerta del despacho y la abrió. No era momento de andar llamando para anunciarse.

Cuando Amanda entró en la estancia y cerró la puerta tras de sí, al ver a Brodrick con los ojos rojos e hinchados, sintió unos deseos irrefrenables de abrazarlo y mimarlo. En cambio, murmuró muy bajito para no ser oída desde fuera:

—Tengo que decirte algo.

—La que faltaba —protestó Eleanor con mal gesto.

Brodrick, levantándose, rápidamente se retiró las lágrimas de las mejillas y, con voz tensa porque Amanda viera esa faceta suya, dijo alejándose hacia el fondo de la habitación para servirse una copa:

—No es momento. Vete.

Amanda empezó a andar hacia él, pero Eleanor la detuvo.

—Ya lo has oído. ¡Vete! —murmuró.

Suegra y nuera se miraron con animadversión. Y Amanda, viendo que su marido se servía whisky en un vaso, bajó la voz e indicó:

—No me cabrees más, *Ely*...

La mujer parpadeó sobrecoyida al oír cómo la había llamado, pero Brodrick, ajeno a aquello, una vez que se sirvió el whisky la miró y dijo:

—Amanda, he dicho que te vayas.

—Peyton lo está oyendo todo —soltó ella entonces.

Al oír eso, el guerrero dejó el vaso sobre la mesa, y la joven, acercándose a él, insistió hablando en susurros:

—Está escondida detrás de las cortinas que hay enfrente del despacho.

Eleanor se llevó las manos a la cabeza; Brodrick también. Saber que la niña los había oído los desconcertó por completo.

—Pensaba hablar con ella —continuó Amanda—, pero..., pero entonces he recordado la vez que oí a mi padre llorar de dolor porque mi madre estaba enferma y diciendo cosas que yo como niña no entendía. Solo me tranquilicé cuando fue mi padre quien habló conmigo y me hizo entender que

la furia del momento lo había hecho decir aquellas barbaridades.

Brodrick resopló confuso, pero en ese instante Eleanor miró a su hijo y dijo en un murmullo:

—Debemos hablar con ella.

—Tú no, ¡él! —replicó Amanda.

—Tu desfachatez es inmensa... ¡¿Quién eres tú para decirme cuándo he de hablar o no con mi nieta?!

—¡Su madre! ¿Te parece poco?

Furiosa, Eleanor la miró y el guerrero musitó desconcertado:

—¡Amanda es su madre, asúmelo!

Eleanor no respondió, y Brodrick, retirándose el pelo del rostro, miró entonces a la que era su mujer y dijo:

—Es demasiado pequeña para entender lo que haya podido oír. He... he dicho muchas barbaridades, cosas sin sentido, y...

—Brodrick —lo cortó ella—. Has dicho cosas terribles. Y precisamente por eso Peyton necesita una explicación y una disculpa ¡ya!

Apoyando las manos en la enorme mesa de madera, el guerrero maldijo. Tener que explicarle a una niña tan pequeña lo que había oído no iba a ser fácil. Y, volviéndose hacia Amanda, arremetió contra ella:

—¿Por qué, si me estabas oyendo, no lo has impedido? ¿Acaso cotillear tras la puerta era más interesante que evitar que mi hija oyera lo que no debía?

—¡Brodrick! —lo regañó Eleanor.

Le gustara o no aquella joven, lo que su hijo decía no era justo.

—Que te quede bien clarito que, cuando he llegado frente a tu puerta no he visto a Peyton, porque, si la hubiera visto, por supuesto que no habría dejado que lo oyera —replicó Amanda acto seguido—. Pero ¿qué clase de persona crees que soy?

Terriblemente enfadada, la joven se dio la vuelta para marcharse, pero Brodrick, percatándose de su error, fue hasta ella y la detuvo. Enseguida la abrazó y murmuró:

—Lo siento. Lo siento, amor... No sé qué digo. No sé qué hago. Solo sé que vuelvo a hacer las cosas mal contigo y con Peyton.

—En efecto, muy mal —repuso la joven.

Ignorando a Eleanor, que los observaba en silencio, aquellos dos por último se miraron. En sus ojos estaba el amor que se tenían.

—Lo siento. Por favor, perdóname —murmuró Brodrick.

Finalmente la joven asintió. Lo quería demasiado como para no perdonarlo, y más viendo lo nervioso que estaba.

—Tranquilo, cariño —susurró—, claro que estás perdonado.

Conmovida por los ojos vidriosos de Brodrick, le acarició el rostro con mimo, y él, necesitado de ayuda, preguntó:

—¿Qué puedo decirle a Peyton? ¿Cómo puedo hacerle entender que lo que he dicho era fruto de la rabia y que yo nunca haría algo así?

Aquellas preguntas no eran fáciles de responder. La joven miró a Eleanor, que continuaba en silencio, y luego indicó:

—Después de las cosas horribles que ha oído, sin duda tendrá cientos de preguntas que necesitarán una respuesta

que has de dar desde el corazón.

—¿Y eso cómo se hace?

Conmovida, Amanda musitó:

—A ver, cariño, cuando el corazón se expresa, hay que saber escucharlo para que cuando la boca hable no mienta.

—El guerrero parpadeó desconcertado, y la joven aclaró—: Sé sincero con ella y habla, porque las mentiras no se pueden sostener eternamente.

—Es terrible lo que tengo que decirle. ¡Terrible! Es muy pequeña como para contarle cosas dolorosas y...

—Lo sé, cariño. Pero es mejor que sepa la verdad de todo por ti que por otras personas. Es preferible que te pregunte a ti a que pregunte a otras personas.

—Estoy con ella —terció entonces Eleanor.

Al oírla Amanda asintió y, sin apartar la vista del hombre al que amaba, indicó:

—Cariño, hay una verdad que Peyton ha de saber. Y hoy, después de lo que habrá oído, es el día más indicado para ello.

Angustiado, el guerrero cabeceó. Lo que debía contarle a Peyton era duro, mucho. Pero, como decía Amanda, su hija se merecía la verdad y, tomando aire, caminó hacia la puerta y apoyó la mano en la manija dispuesto a abrir.

Capítulo 71

Cuando Brodrick abrió la puerta de su despacho, de inmediato vio los zapatitos que asomaban por debajo de las cortinas.

Desesperado, salió al pasillo. Pero ¿cómo había podido ser tan idiota? ¿Cómo había dicho todas aquellas barbaridades?

Durante unos momentos permaneció inmóvil, hasta que Amanda murmuró a su espalda:

—Acércate a ella y háblale con cariño, pero que sea ella quien retire las cortinas, no tú. Dale tiempo y espacio. Y, por favor, no desesperes. Su dolor en estos momentos es muchísimo más grande que el tuyo.

Brodrick asintió. Sabía enfrentarse al más fiero guerrero, pero se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo hacerlo con su hija. Tomando aire empezó a decir:

—Peyton, mi vida, sé que estás ahí...

La niña ni respondió ni se movió, y, animado por Amanda y por su madre, Brodrick insistió:

—Sé que has oído cosas muy feas, y me gustaría poder hablar de ellas contigo para aclarártelas.

Pero Peyton siguió sin responder. Estaba claro que había vuelto al voto de silencio. Entonces Amanda, por gestos, le indicó a Brodrick que se sentara en el suelo frente a ella.

Aun sin entender por qué le pedía aquello, el guerrero lo hizo. Y, segundos después, su madre y su mujer también se sentaron. Nervioso como en su vida, Brodrick apretó la mandíbula e, inspirando hondo, dijo mientras intentaba hablarle a su hija desde el corazón:

—Escucha, cariño... Estoy tan nervioso que no sé ni por dónde empezar, y...

—¿Me... me tengo que marchar de Roy Trust?

Oír eso, aun sin verla, a Brodrick le partió el alma, por lo que rápidamente respondió:

—No, cariño, no. Claro que no.

—¿Y por qué lo has dicho?

Brodrick miró con recelo a su madre, que estaba muy pálida, y volviendo de nuevo la vista a los cortinajes respondió:

—Estaba discutiendo con la abuela y decía cosas sin sentido. Pero, créeme, mi amor, cuando te digo que...

—¿No me quieres porque no eres mi papá?

El guerrero rápidamente negó con la cabeza y aclaró:

—Te quiero, y soy tu papá.

—No lo eres. —La chiquilla sollozó tras las cortinas—. La... la señora y Flora dijeron que mi papá era un hombre que tiene el cabello como yo y... y...

—Tu papá soy yo, cariño —la cortó Brodrick horrorizado. Pero ¿qué estaba diciendo su hija? Y, sintiendo que el estómago se le revolvía, repitió—: Tu papá soy yo.

Amanda, boquiabierta, no daba crédito. Que Flora y Scarlett hubieran sido tan crueles con Peyton no le entraba en la cabeza. Era una niña; ¿cómo podían haberle hecho aquello? Acto seguido oyó a Brodrick decir:

—Escúchame, cariño. Si sales de detrás de las cortinas, y me lo permites, te explicaré todas esas cosas que has oído y que merecen una aclaración.

Acalorada, Eleanor se dio aire con la mano. La tarea que su hijo tenía entre manos era tremendamente difícil.

Entonces las cortinas se apartaron por fin y Peyton, con la cara congestionada de llorar y los ojos hinchados, murmuró:

—¿Soy una Williamson y no una Fraser?

—¡¿Qué?! —musitó Amanda.

—¡¿Cómo?! —apostilló Brodrick.

—*Par Dieu...*

Las dos mujeres se miraron sin dar crédito. ¿Cómo podía saber aquel apellido la niña, si ellos no lo habían mencionado en ningún momento?

Y Brodrick, con el corazón encogido y sin querer apartar la mirada de su hija, declaró:

—Eres una Fraser, mi vida. Tan Fraser como lo soy yo.

Peyton se tapó los ojos y volvió a llorar mientras Amanda, Eleanor y Brodrick se miraban. La niña sabía más de lo que habían imaginado. Ahora eran capaces de entender su raro comportamiento, sus miedos y sus inseguridades. Entonces el guerrero, conmovido, se levantó del suelo dispuesto a abrazarla, pero ella se echó atrás.

Su rechazo le dolió, pero, sentándose de nuevo en el suelo, él esperó, y cuando su hija se sentó frente a él, indicó mirándola:

—Escucha, cariño... Lo que tengo que explicarte no es fácil. Eres demasiado pequeña para que puedas entenderlo, pero creo que he de hacerlo. —Sin quitarle ojo, la niña

asintió, y él prosiguió tras tomar aire—: Antes de casarse conmigo, Scarlett, tu madre, estuvo con un hombre llamado Errol Williamson. —Y, omitiendo determinadas cosas que ya entendería cuando creciera, continuó—: Tu madre se quedó embarazada de él, pero se casó conmigo. Y yo, a partir de ese momento, me convertí en tu padre, por lo que eres una Fraser, y también mi hija.

—¿Por eso mi pelo no es oscuro como el tuyo y el de Ossian?

Conmovido, Brodrick asintió y, cuando iba a hablar de nuevo, Peyton añadió:

—Flora y la señora decían que me odiabas a causa de mi cabello. Que yo era tu vergüenza.

Asombrado, Brodrick negó con la cabeza y, arrastrándose para acercarse más a su hija, respondió:

—Eso no es verdad, cariño. Nunca has sido mi vergüenza, porque siempre has sido mi orgullo y mi amor.

Acto seguido los cuatro se sumieron en un silencio cargado de extrañeza, hasta que Brodrick agregó:

—Te quise antes de tenerte y te quiero ahora que te tengo. Eres mi sol. Eres mi luz. Eres mi vida, Peyton Fraser.

—¿De verdad?

—De verdad —aseguró el guerrero.

Padre e hija se miraban a los ojos cuando Brodrick, de pronto, fue consciente de que ahora ya no solo miraba, sino que también veía. Por fin entendía aquello que su mujer tantas veces le había repetido.

En ese instante Amanda vio a su familia aparecer por el pasillo. Conociéndolos, seguro que habían estado

escuchando en silencio. Y, tras hacerles una seña, todos se sentaron en el suelo. El primero, su padre.

Eleanor, al verlos, miró a la joven y esta, sabiendo que iba a protestar, murmuró:

—Ahora no, *Ely*.

—No vuelvas a llamarme así.

—Ya hablaremos tú y yo —replicó Amanda con seriedad.

Una vez que su familia se hubo sentado en el suelo en silencio, Peyton los miró a todos, y luego devolvió la mirada a su padre.

—La señora... —continuó—, ella siempre dijo que yo no debería haber nacido. Que arruiné su vida y la del señor y... y... que me echarías de la casa para quedarte solo con Ossian.

Boquiabiertos al oír eso, Brodrick y Amanda se miraron. Ni en el peor de sus sueños podrían haber imaginado que Scarlett hubiera estado haciendo algo así con la pequeña.

—¿Por eso huyes de mí? —preguntó Brodrick con un hilo de voz.

—Sí.

—¿Por eso me tienes miedo?

—Sí.

Conmovido y deseoso de abrazar a su hija, el guerrero, al que se le quebró la voz, murmuró:

—De verdad, mi vida, ¿tú crees que yo, después de conocerte, podría vivir sin ti?

Eso hizo que todos tuvieran que tomar aire; los sentimientos estaban a flor de piel. Y Amanda, al ver entonces a Emilia aparecer al fondo del pasillo, pidió intentando no llorar:

—¿Podrías traernos un poquito de agua, por favor, Emilia?

Sorprendida al ver a toda aquella gente sentada en el suelo del pasillo, la mujer rápidamente desapareció, y Brodrick, sin apartar los ojos de su hija, aseguró:

—Peyton, eres mi niña, mi vida. Y me gusta todo de ti.

—¿Y por qué pediste que me cortaran el cabello?

Aturdido, él cabeceó, y enseguida respondió:

—Yo nunca pedí eso.

—Pero la señora dijo...

—La *señora* —la cortó Brodrick— me dijo a mí que te lo cortaste tú.

La niña se apresuró a negar con la cabeza y, entre lloriqueos, repuso:

—Ella... ella y Flora me lo cortaron y... y... me hicieron daño.

Brodrick no daba crédito. Pero ¿qué habían hecho aquellas dos con su hija? Se quedó sin saber qué decir, y Amanda aprovechó para preguntar:

—La herida que tienes en la cabeza, ¿te la hicieron ellas? Sin dudarlo, la cría asintió.

—¿Qué herida? —inquirió Brodrick.

Levantándose, Amanda se acercó a Peyton y se sentó junto a ella. Y, una vez que la niña se acomodó entre sus piernas buscando cobijo, le tocó la cabeza y, cuando encontró lo que buscaba, tras enseñárselo a un horrorizado Brodrick, musitó:

—Se la vi al poco de llegar aquí.

—Santo Dios...

Horripilado, el guerrero observó la fea cicatriz que Peyton tenía en el cuero cabelludo. Estaba claro que a la niña había tenido que dolerle. Tras maldecir a las arpías que habían hecho aquello, miró a su hija a los ojos y murmuró:

—Lo siento, cariño. Siento no haberme dado cuenta de todo lo que estaba pasando. Por favor, Peyton... Por favor, perdóname.

Todo el mundo que permanecía en silencio asintió; lo que la niña contaba era espeluznante. Y cuando Emilia regresó con una jarra de agua y diversos vasos, Amanda preguntó:

—¿Por qué nunca le contaste a nadie lo que te hacían tu madre y Flora?

La niña, viendo que todos la observaban, hizo un puchero y, mirando a Amanda, contestó:

—Porque, si lo decía, ellas tratarían mal a Ossian.

—Oh, Dios mío —susurró Megan.

—*Par Dieu* —dijo Eleanor horrorizada.

—Una... una vez estuve a punto de contárselo a Emilia. Pero Flora me pilló, y esa noche metió la cabecita de Ossian dentro de la bañera. —Y, mirando a su padre, lloriqueó—: Y... y él no... no podía respirar y... y luego lloraba y... y... yo sabía que había sido por mi culpa.

—No, mi cielo —dijo Amanda abrazándola—. No fue culpa tuya.

Brodrick cerró los ojos. Emilia también. ¿Cómo no se habían dado cuenta de aquello? ¿Cómo habían podido vivir en la misma casa que aquellas dos y no haber sido capaces de ver lo que ocurría con los niños?

Turbado y con unas terribles ganas de rematar a aquellas dos, Brodrick tomó aire, y Duncan, que había permanecido callado junto al resto de la familia, al ver el agobio de su yerno y que la madre de aquel, emocionada, no podía hablar, intervino dirigiéndose a la niña:

—Escucha, cariño. Todos los que estamos aquí te queremos y te vamos a proteger siempre. Esas dos malas mujeres ya no están y nunca volverán, pero si alguna vez alguien vuelve a amenazarte o a hacerte daño, tienes que decírnoslo. Y al primero, a tu padre. Él te quiere más que nadie. Él ha luchado siempre por ti. Y si alguien es un buen padre, ese es Brodrick Fraser.

La cría, emocionada y algo asustada por ser el centro de atención, sollozaba abrazada a Amanda.

Brodrick las miraba. Tenía mucho que hablar con Peyton. Con seguridad, la niña le contaría cosas que le partirían el corazón, pero en ese instante solo deseaba abrazarla, ser él quien le diera seguridad y protección, pero no se atrevía a tocarla.

—Quien no arriesga no gana —dijo entonces Amanda mirándolo—. Debes intentarlo.

Entonces el guerrero posó las manos sobre la espalda de su hija y, para su sorpresa, esta, sin dudarlo, cambió de manos, lo abrazó y se cobijó en él.

Ver aquello emocionó a todos los presentes. Johanna lloraba, Kieran también... Allí lloraba todo el mundo. Y Amanda, dirigiéndose a Eleanor, que hacía esfuerzos para no llorar, susurró:

—Que demuestres que eres humana no es malo.

La mujer la miró al oírla, y de pronto Peyton preguntó mirando a su padre:

—Entonces ¿no me tengo que ir?

—Por supuesto que no.

—¿Me lo prometes?

—Claro que te lo prometo, mi vida.

Estaban abrazados cuando la niña insistió:

—¿Y me vas a querer?

—Siempre te he querido. Nunca he dejado de quererte.

—¿Y me quieres a pesar de que...?

Al comprender lo que quería decir, Brodrick miró a su hija. Nunca pensó que una niña tan pequeña pudiera entender aquello de lo que hablaban. Tras darle un beso en la punta de la nariz que le salió del corazón, aseguró:

—Eres mi hija. Yo soy tu padre. Y mataré a quien se atreva a cuestionarlo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —afirmó el highlander, al que le corrían las lágrimas por las mejillas.

Sentada frente a ellos, Amanda, entre lágrimas, sonreía emocionada.

—Como dice Amanda, no más votos de silencio —ordenó Brodrick.

Eso hizo que todos sonrieran, y acto seguido el guerrero murmuró:

—Me harías muy feliz si volvieras a llamarme «papá».

—Y a mí, «abuela» —musitó Eleanor emocionada.

La cría los miró y entonces Duncan soltó conmovido:

—Y a mí, «abuelo».

Uno tras uno, todos los McRae, para horror de Eleanor y gusto de Amanda y Brodrick, se presentaron a Peyton como su familia. La niña sonreía, y, cuando estos terminaron, Megan afirmó ignorando el gesto incómodo de Eleanor:

—Como ves, ahora tienes una familia enorme, mi vida.

La chiquilla asintió gustosa. Había pasado de pensar que estaba sola por lo que la señora y Flora le decían a tener una enorme y maravillosa familia.

—Yo te llamo «papá», pero tú tienes que llamarme «princesa» —declaró mirando de nuevo a su padre.

—¡Pero mírala! —se mofó el tío Lolach al oírla.

—Di que sí, cariño —afirmó tía Angela—. Tú pide todo lo que quieras.

Todos reían, todos bromeaban, cuando Brodrick, enternecido porque su pequeña recordara aquello que él nunca había olvidado, afirmó:

—Por supuesto, princesa.

Capítulo 72

La felicidad de Peyton era también la de todos los demás. Brodrick estaba exultante después de haber solucionado aquel problema con la niña.

En cambio, el trato entre su madre y su suegro iba cada vez peor, y en ese sentido Amanda y él estaban de los nervios. Duncan y Eleanor no se lo ponían fácil, y estar todo el día frenando las pullitas que aquellos se lanzaban comenzaba a pasarles factura a los recién casados.

La fecha de la fiesta que había organizado Eleanor se acercaba. Solo faltaban ya dos días cuando Amanda, que se estaba vistiendo en su habitación, señaló:

—A ver, Brodrick, solo te estoy diciendo que no entiendo por qué tu madre tiene que quejarse porque mi padre coja en brazos a Ossian.

—Yo tampoco entiendo por qué tu padre tiene que hablar de los franceses con el desprecio con el que lo hace. Y, por cierto, ¿puedes decirle a *Max* que se baje de la cama?

Amanda miró a su perro, aquel precioso cachorro que él le había regalado, y preguntó:

—¿Y qué me dices de que tu madre se pavonee ante mi padre por haber tenido dos hijos varones y él, en cambio, dos chicas?

—Amanda, por san Ninian, ¿dónde le ves el mal a eso?

—Brodrick, por favor... ¿Es que eres tonto?

—No empecemos, Amanda.

—Pero ¿es que tú no ves que tu madre...?

—¿Y tu padre qué? —exclamó él.

Aquel espacio de paz y armonía que era para ellos la intimidad de su habitación, de pronto se había convertido en su campo de batalla privado. Todo lo que no se decían delante de aquellos se lo decían ahora en soledad, lo que significaba continuas discusiones entre ellos.

—Mira, Amanda, no quiero seguir discutiendo. Mejor cállate. Y tú —dijo acto seguido hablándole al cachorro—, ¡bájate de ahí!

Con rapidez, el perro obedeció y se escondió debajo de la cama. La voz seria de Brodrick lo impresionaba.

—Cuidadito con lo que pides —replicó Amanda mientras se ponía las botas—, que luego el voto de silencio no te gusta.

Brodrick resopló y siseó abrochándose la camisa:

—No te lo estoy diciendo en ese sentido..., no hagas que me enfade.

—Y tú no hagas que me enfade yo.

Estaban mirándose cuando se oyeron los cascos de unos caballos en el patio de armas. Rápidamente los dos se asomaron a la ventana y Amanda, al ver allí a sus familiares, protestó:

—¿Te parece justo que para darnos un día de paz, por culpa de lady Par Dieu, mi familia tenga que pasar el día fuera?

—Van a ver a unos amigos, eso han dicho, ¿no?

—Sí. Así es.

—Es su decisión. ¿O acaso mi madre lo ha ordenado?

—¡Brodrick!

El guerrero, al ver que aquellos salían del patio de armas y se alejaban con los caballos, respondió mientras observaba como el perro husmeaba por la habitación:

—Mira, hoy, que no van a estar, tengamos el día en paz.

—Pues ya podría marcharse tu madre y dejarme tener a mí un día en paz.

Al oír eso, Brodrick la miró y, sin darle su habitual beso de buenos días ni dedicarle un simple cariño, dijo abriendo la puerta:

—Me voy. Derek me espera.

Y, sin más, cerró y se marchó.

Apenada, Amanda resopló. ¿Cómo podía estar pasándoles aquello?

Brodrick y ella habían conseguido encontrarse. Quererse. Amarse. Pero la situación que había entre sus padres los estaba separando. Con pena, la joven se sentó en la cama y, nada más hacerlo, *Max* saltó sobre ella. De inmediato ella lo miró y preguntó:

—¿Te parece justo lo que está pasando?

El perro al instante le lamió el rostro. Otra cosa, no, pero lametazos los daba a diestro y siniestro. En ese momento la puerta se abrió, era Peyton, que dijo con una sonrisa:

—¿Sabes que hoy Margot, la abuela Eleanor y yo vamos al pueblo para comprar las cintas que llevaré en el cabello durante la fiesta?

—Eso es fantástico. —Amanda sonrió.

La niña fue hasta ella y, tras darle un cariñoso beso a *Max* en la cabeza, se acurrucó entre los brazos de Amanda

buscando cobijo e indicó:

—Las voy a elegir en rojo y blanco. Tu color preferido y el mío.

Encantada, ella asintió; en ese momento Eleanor apareció en el umbral de la puerta abierta y dijo mirándolas:

—Vamos, Peyton. Margot nos espera.

Tras darle un cándido beso en la mejilla a Amanda y otro a *Max*, la niña salió saltando del dormitorio y, cuando se alejó, Eleanor soltó mirando a la joven:

—Baja a ese perro de la cama. A mi hijo no le gusta.

No obstante, Amanda no se movió. No pensaba hacerle caso.

—Veo que tu familia ha decidido pasar el día fuera —comentó entonces la mujer.

La joven se levantó y, caminando hacia aquella, soltó:

—Era eso o matarte.

—*Par Dieu...* —Eleanor rio—. ¿Cómo crees que reaccionará mi hijo si le cuento lo que acabas de decirme?

Sin dudarlo, Amanda se encogió de hombros.

—Posiblemente se moleste, pero, ¿sabes?, me da igual.

—Tu descaro es tremendo. ¡Tremendo!

Amanda asintió y, al ver que aquella daba media vuelta para marcharse, murmuró:

—Ely..., Ely...

Según oyó eso, la mujer se detuvo. Y Amanda, consciente de que nadie podía oírlas, cuchicheó:

—Vaya..., vaya... Calum Buchanan y tú.

—¡Cállate!

—Veo que te gustan grandotes y masculinos —se mofó.

—He dicho que te calles —repitió la mujer bajando la voz.

Pero Amanda, que ya estaba calentita por la discusión con Brodrick, insistió:

—¿Desde cuándo os veis? Porque, si te soy sincera, vi entre vosotros una familiaridad que no se consigue en dos días.

Según oyó eso, Eleanor abrió mucho los ojos y caminó hacia ella. Entró en la habitación y, tras cerrar la puerta a su espalda, siseó bajito para no ser oída:

—¿Acaso pretendes que se entere todo el mundo y dejarme en evidencia?

—En evidencia ya te has dejado tú solita.

Las dos mujeres se miraron, y acto seguido Amanda soltó:

—Mira..., lo que tengas o dejes de tener con Calum a mí no me importa. Es tu vida y ya eres una mujer adulta, como lo es Calum. Pero, por tu hijo, por favor, te pido que te comportes. Sabes bien que odia las habladurías.

Eleanor calló ante aquello; rechistar no era de sabios. Pero, cuando se disponía ya a darse la vuelta para marcharse, Amanda preguntó:

—¿Por qué a Calum lo incomoda que su hija trabaje aquí?

—Pero ¿qué dices?

—Vamos, *Ely*..., no te hagas la tonta.

—Te prohíbo que me llames «Ely».

—Vale, *Ely*.

Con las pulsaciones a mil por la desvergüenza de aquella, la mujer empezó a decir:

—Mira, no sé lo que has visto u oído, pero...

—¿Por qué tiene Margot la misma mancha en la piel que Brodrick?

Sorprendida por aquello, Eleanor no supo qué responder.

—En la base de la nuca, una mancha en forma de estrella —añadió.

—*Par Dieu* —susurró la mujer desconcertada.

Amanda, que durante los últimos días había ido sacando sus propias conclusiones, prosiguió al ver el absoluto desconcierto de aquella:

—Mira tú por dónde, Richard, tu otro hijo, también la tiene. Por lo que sé, la heredaron de su padre, Magnus Fraser. Y, por si todo eso no fuera poco, Margot lleva el nombre de tu propia madre... ¿No te parece muy curioso?

Paralizada, la mujer no sabía qué responder. Aquello podía convertirse en un grave problema. Y Amanda, segura de todo, continuó, cogiendo a *Max* entre sus brazos:

—A tu hijo no le gustan las mentiras, Eleanor. Lo sabes tan bien como yo. Por tanto, más vale que le cuentes que tiene una hermana antes de que lo descubra.

—O de que se lo cuentes tú...

Amanda suspiró al oírla. No estaba bien esconderle a Brodrick aquello que ahora sabía. Si él se enteraba de que le ocultaba aquel dato tan importante en su vida, se enfurecería y con razón, por lo que se apresuró a decir:

—Debes decírselo tú. Y mi consejo es que lo hagas antes de que regreses a Dumfries.

—Pero ¿por qué? ¿Qué necesidad hay?

La joven miró a la mujer.

—Brodrick merece saber que Margot es su hermana.

—¡Medio hermana!

—Me da igual «hermana» o «medio hermana» —replicó Amanda—. Yo sé algo que él debe saber y no me siento bien ocultárselo. Por tanto, busca la manera de contárselo antes de la fiesta.

Y no pudo decir más, pues Eleanor, abriendo la puerta, salió de la habitación tremendamente enfadada.

Capítulo 73

Esa mañana, cuando su suegra, Margot y la niña se marcharon al pueblo de compras, Amanda se reunió con Olivia. Y, tras desfogarse con las espadas en el campo, regresaron al castillo. Al llegar a Roy Trust, las jóvenes subieron a sus respectivas habitaciones a refrescarse, y, en cuanto abrió la puerta de la suya, Amanda sonrió al ver al cachorro.

—*Max*, como venga alguien que tú y yo sabemos y te vea durmiendo sobre la cama, te va a regañar...

El perro ni se inmutó. Solo movía el rabito mientras su ama se acercaba a él. Amanda se tumbó entonces a su lado, lo besuqueó y cuchicheó divertida:

—¿Sabes que eres una preciosidad?!

Minutos después, tras cambiarse de ropa y refrescarse, bajó con *Max* en brazos y salió. Jugar con el cachorro siempre era divertido, y estaba lanzándole un palo cuando al fondo del camino divisó a Calum Buchanan. Amanda siguió tirándole el palo a su perro hasta que llegó a la altura del herrero.

—Hola, Calum —lo saludó.

El hombre asintió y, con una media sonrisa, dijo:

—Buenos días, *milady*. Venía a ver al señor.

—No está. Ha salido con Derek.

Calum cabeceó y Amanda, tras lanzarle de nuevo el palo a *Max* para que corriera tras él, declaró:

—Mira..., no sé cómo decirte esto, pero he de hablar contigo.

El hombre asintió. Después de lo sucedido con Eleanor, con seguridad Amanda querría saber.

—Vos diréis, *milady* —murmuró Calum.

Apurada, pero decidida a hacerlo, la joven empezó a decir:

—Me he enterado de algo que supuestamente yo no debería saber y que esta mañana Eleanor me ha confirmado con todo su pesar.

El herrero asintió y, negando con la cabeza, susurró:

—Lady Eleanor me dijo que no lo comentara.

—Ya. Pero ya me lo ha explicado ella.

Calum suspiró y, sentándose en una roca, miró a la joven y empezó a contar:

—Cuando, tras soltar barbaridades, esa mujer gritó y perjuró que acabaría con vuestra vida, antes de que Wallace y yo pudiéramos detenerla, lady Eleanor la mató.

Atónita al escuchar eso, que no esperaba, Amanda asintió con la cabeza.

—Después me hizo prometer que debía decir que había sido yo —añadió aquel—. No quería que vos ni vuestra familia supierais que había matado por una McRae. No me pareció bien mentir, pero lady Eleanor se empeñó y no pude negarme.

Boquiabierta, Amanda volvió a asentir. Saber que Eleanor había matado a Flora por ella era algo inaudito. Se

sentó sobre la roca que estaba enfrente de la de Calum, dispuesta a conocer más verdades, y soltó a bocajarro:

—Sé que Margot no es hija tuya. Y sé también quién es su verdadero padre.

Calum parpadeó asombrado, y, cuando iba a hablar, Amanda continuó:

—Pero el problema no es que yo lo sepa, sino que Brodrick se entere, igual que me he enterado yo.

Calum suspiró alarmado. Como su padre en vida decía, las mentiras tenían las patitas muy cortas. Y, olvidándose de los formulismos debido a los nervios, preguntó:

—¿Os lo ha dicho Ely?

—No. Ella solo me lo ha confirmado después de que yo le presentara las pruebas que tenía de que lo que pensaba era cierto.

A cada segundo más nervioso, el herrero se levantó.

Aquello, que no esperaba que nadie supiera nunca, de pronto hizo que se le revolvieran las tripas. Se mareó incluso, y Amanda, viendo lo pálido que se había puesto, le pidió:

—Siéntate, Calum.

—Mi señora..., yo... yo...

—Calum, por favor, siéntate y tranquilízate.

Aturdido, el hombre se sentó. Aquello era un desastre, un tremendo desastre. Si su hija se enteraba de la verdad, temía su reacción.

—Vi la mancha en forma de estrella que tiene Margot —aclaró Amanda—. Y si a eso le sumas los oscuros ojos, iguales que los de Brodrick, y el nombre francés que tiene, pues...

—Por san Ninian... —murmuró el hombre.

—Calum. El otro día os oí hablar a Eleanor y a ti. Vi tu temor a que Margot trabaje en Roy Trust, y...

—Margot es mi hija.

—Sin duda que lo es —afirmó Amanda—. Pero, como pasa con Peyton, tras la historia hay una realidad. Y ambos sabemos que esa realidad no es la que Margot conoce.

—Ni quiero que la conozca —replicó el herrero.

Horrorizado, Calum se tocó el cuello; no podía estar pasando aquello. Y Amanda, que entendía su agobio, indicó a continuación:

—Quiero saber la verdad, y por qué tanto Eleanor como tú guardáis el secreto. Dicho esto, te juro por mi familia y por mi honor que no seré yo quien le cuente nada de esto a Brodrick Fraser. Que te quede bien claro que no voy a ser yo la que se lo diga. No me corresponde.

El hombre asintió. Si en alguien confiaba era en Amanda, a pesar de saber que Eleanor y ella no se llevaban bien.

—Margot es mi sobrina —declaró entonces.

—¿Tu sobrina?

—Sí, *milady*.

Amanda lo escuchaba sin dar crédito.

—Mi hermana Marianela... —empezó él.

—¿Marianela era tu hermana?

Calum asintió.

—Sí. Ambos nos criamos en Inverness con nuestros padres. Luego, madre murió y, con catorce años, Marianela se marchó. Yo tenía doce. Padre y yo la buscamos durante un tiempo, hasta que la localizamos en un prostíbulo en Dornie. Al descubrir el camino que mi hermana había

tomado y que no quería abandonar, padre no se lo perdonó y decidió que la echáramos de nuestras vidas. Los años pasaron, padre murió y un día una elegante mujer llamó a la puerta de mi casa en Inverness. Era Eleanor Fraser y traía un bebé.

—¿Qué?

El herrero asintió.

—Eleanor sospechaba de su marido y mi hermana, y la providencia hizo que estuviera espiándolos cuando una noche los vio a ambos dejar un bulto en un callejón. Una vez que aquellos se marcharon, ella se acercó a mirar y su sorpresa fue mayúscula cuando vio que se trataba de un bebé. Rápidamente lo cogió y lo llevó a Applecross, donde una familia, pagada por ella, lo cuidó, y allí estuvo Margot hasta que Ely descubrió que Marianela tenía un hermano y apareció en mi casa.

Conmovida por lo que estaba oyendo, Amanda no se movió y aquel prosiguió:

—Me contó que la bebé era hija de mi hermana y su marido. Que, para quitarse a la niña de encima, aquellos dijeron que había muerto y, poco después, mi hermana se trasladó a vivir a Roy Trust, donde se metió en la cama que por derecho le correspondía a Ely.

—Madre mía...

—Conmovido por la historia, decidí ocuparme del bebé, a quien Eleanor le había puesto el nombre de Margot, que era también el nombre de su madre. Fue entonces cuando ella comenzó a venir a Inverness. Al principio venía a ver a Margot y a traerle regalos y comida. Se encariñó con la niña. Pero, con el tiempo, también venía a verme a mí.

Durante meses Ely y yo mantuvimos una bonita historia, que solo podíamos vivir a escondidas y dentro de mi pequeño hogar. Pero un día ella vino muy alterada. Su marido se había enterado de que se veía con alguien de Inverness y había ordenado que lo buscaran y lo mataran. Por ese motivo tuvimos que separarnos. Ella era una señora y yo un simple herrero que nunca podría darle la vida de comodidades que ella tenía. Yo me marché con Margot a Thurso. Y fue entonces cuando Ely se separó de su marido y se trasladó con sus hijos a Dumfries.

—¿Y os habéis seguido viendo durante todos estos años?

El hombre negó con la cabeza.

—No volvimos a vernos hasta que nos reencontramos aquí recientemente. Aunque, bueno, no voy a mentir y admitiré que varias veces, cuando Margot aún era pequeña, fui a Dumfries para verla desde lejos. Eleanor ha sido la única mujer que he amado en mi vida. La que me dio el mejor regalo que un hombre puede tener, que es un hijo, y, aunque solo sea por eso, le estaré eternamente agradecido.

—¿Sigues amándola?

—*Milady*...

Amanda lo miró y, acto seguido, él declaró:

—Verla de nuevo ha hecho que mi corazón se despertara, pero ahora vivo la realidad. Los sueños de príncipes y princesas pocas veces se cumplen.

—¿Por qué dices eso?

—Porque antes nos separaba su marido y ahora, sus hijos. Además, yo soy un simple herrero, *milady*, y ella es una respetable dama que...

—Calum, el amor, si es verdadero, no entiende de clases sociales.

Acto seguido guardaron silencio y, al cabo, Amanda preguntó:

—¿Y por qué, si te fuiste a Thurso, ahora vives aquí?

—Porque el padre de Margot vivía aquí y pensé que, si algo me ocurría, no quería que mi hija se quedara sola y abandonada. En el cajón de la mesilla de mi casa tuve durante años una carta firmada por mí en la que contaba lo que os he referido. La tuve hasta el año pasado, cuando Margot cumplió quince, y luego la rompí. Ahora mi hija sabría salir adelante sin la necesidad de... lo que ya sabéis.

Conmovida e impresionada a partes iguales, Amanda asintió. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Brodrick si se enteraba de aquello.

—Mi señora, os pido, por favor, que esto que os he contado quede entre nosotros —le rogó entonces Calum—. Sé que mentirle a vuestro marido no está bien, pero Margot es mi hija, y me gustaría que siguiera siéndolo sin que tenga que sufrir ni sentir vergüenza al saber lo que sus padres hicieron con ella.

Sin dudarlo, la joven asintió.

—Como te he jurado, no seré yo quien le cuente esto a Brodrick.

—Confío en vos —dijo él, e, incorporándose, añadió aún descolocado—: Ahora, si me disculpáis, he de regresar a la herrería.

Amanda cabeceó y, levantándose ella también, preguntó mientras veía a *Max* correr detrás de una liebre:

—¿De qué querías hablar con Brodrick?

—Me hizo un encargo y necesitaba hablarlo con él.

Ella asintió y, tras despedirse del hombre, tomó el camino de regreso a Roy Trust con *Max* correteando a su lado. No podía dejar de pensar en aquel asunto. Lo que había descubierto era fuerte. Mucho. Algo que a Brodrick y a Richard los sorprendería sin duda. Sin embargo, no pensaba ser ella quien dijera nada. Se lo había prometido a Calum y no iba a incumplir su promesa, aun sabiendo que, si su marido se enteraba de lo que ocultaba, quizá no se lo perdonaría en la vida.

Capítulo 74

Poco después, una vez que Amanda dejó a *Max* a cargo de Joshua en los establos, se dirigió a la cocina. Se moría de sed.

Mientras bebía agua sumida en sus pensamientos, Emilia se le acercó.

—¡Qué contenta estoy! —exclamó la mujer.

—¿Y eso?

Emilia, con una enorme sonrisa, respondió:

—Porque ver como Peyton llama a su padre «papá» me hace muy feliz.

Amanda asintió. Después de lo sucedido, la niña había cambiado totalmente su actitud. Ahora llamaba «papá» a su padre, «abuela» a Eleanor, y, para horror de esta, «abuelo» a Duncan, «abuela» a Megan y «tíos» al resto de su familia. Y eso Eleanor lo llevaba fatal.

—Por cierto —añadió entonces Emilia—, con tanto jaleo por aquí no te he contado que hablé con lady Eleanor y Brodrick.

Oír eso sorprendió a la joven.

—Lady Eleanor se percató de que yo estaba débil —aclaró la mujer—. Me atendió y me hizo saber que mi presencia era muy importante en Roy Trust. Me pidió

disculpas por su comportamiento con lo de Magnus y me agradeció el cariño que siempre les he dado a todos.

Anonadada, Amanda sonrió. Todavía le daba vueltas en su cabeza a aquello que Calum le había contado en lo referente a que Eleanor había matado a Flora por ella.

—¿Había bebido whisky de tu marido? —preguntó.

—Dios no lo quiera. —Emilia rio.

Ambas sonreían por aquello cuando la mujer indicó:

—Lady Eleanor es una buena persona. Es solo que la vida ha sido dura con ella y es tremendamente desconfiada.

—¿Solo desconfiada?

Emilia negó con la cabeza y cuchicheó:

—Desconfiada, hostil y fastidiosa en muchas ocasiones.

—Eso me cuadra más. —La joven sonrió.

Emilia, que adoraba a Amanda, acarició entonces con cariño el óvalo del rostro de la joven y comentó:

—Nunca entenderé cómo lady Eleanor no ve el bien que les haces a su hijo y a sus nietos.

—¿Quizá porque soy una McRae?

Divertida, la mujer asintió.

—¡Y a mucha honra lo eres, cariño!

Amanda rio a carcajadas y, abrazando a Emilia, preguntó:

—¿Te he dicho que te quiero un montón?

La mujer sonrió encantada. El cariño que Amanda les prodigaba a todos era increíble.

—El día que Eleanor se dé cuenta de su error, sé que te pedirá perdón —afirmó—. Y si te digo esto es porque a mí me lo ha pedido, sin que yo se lo exigiera. Esa mujer tiene buenos sentimientos, aunque hay que hurgar para encontrarlos.

Amanda sonrió, aunque dudaba que aquel día llegara.

—Como te decía —continuó Emilia—, lady Eleanor mandó llamar a Brodrick, y mi niño me dijo cosas preciosas, como que no solo había tenido una madre, sino dos. Y que, como una de sus madres que era, lo único que deseaba era que yo estuviera bien y feliz, porque necesitaba tenerme a su lado mucho tiempo para que pudiera mimar y besar a sus hijos. Y yo... yo...

Conmovida porque Brodrick hubiera demostrado aquella sensibilidad para con Emilia, Amanda sonrió. Su marido estaba aprendiendo a hablar desde el corazón.

—Y yo lloré de emoción al darme cuenta de que todos los besos y todo el cariño que le he dado a mi niño le han servido para que me quiera como me quiere —añadió Emilia—, y eso es muy importante para mí, y más cuando dijo que Joshua es su segundo padre también.

Con afecto, Amanda abrazó a la mujer, que agregó:

—En definitiva, me dijo que eligiera a quien yo creyera que supiera hacer mi trabajo, que delegara y lo supervisara. Y que, por supuesto, que ni Joshua ni yo pensemos en marcharnos de aquí. Según él, este es también nuestro hogar y... ¡Oh, Amanda, estoy tan feliz!

Encantada, la joven murmuró:

—¿Lo ves? Brodrick te quiere mucho. Y tanto tú como Joshua sois importantes para él. Por tanto, ahora que sabes que te quiere en su vida, y no fuera de ella, hazle caso. Busca a alguien que pueda comenzar a desempeñar tu trabajo y delega. Sé que nunca dejarás de hacer cosas, porque te conozco, pero delega y cuídate, para que todos podamos disfrutar de ti durante muchos años, ¿entendido?

Emocionada, la mujer asintió; entonces Nela entró en la cocina y, al verlas a las dos allí, preguntó:

—¿Ocurre algo?

Ellas se miraron, y Amanda, dirigiéndose luego a ella, preguntó:

—¿Cómo está tu padre, Nela?

La joven sonrió. Gracias a Brodrick, habían podido llevar a su padre a un lugar donde era atendido por su enfermedad.

—Está igual, *milady*. Pero al menos madre está tranquila, y eso es importante para mí —respondió.

Comprendiendo, Amanda asintió y entonces Emilia, mirando a aquella joven, indagó:

—Nela..., ¿a ti te gustaría hacerte cargo de esta casa algún día?

Boquiabierta, la muchacha la miró y Emilia aclaró:

—He hablado con el señor, le he dicho que estoy muy cansada, y me ha pedido que busque a alguien que en el futuro pueda hacer las cosas que hago yo. Y, la verdad, creo que tú serías perfecta para ese puesto. Conoces de sobra la fortaleza, sabes cuál es su funcionamiento y...

—Sí, Emilia —la cortó de pronto la muchacha ilusionada —, ¡claro que quiero!

Capítulo 75

Esa noche, tras una desagradable cena en la que Eleanor y Duncan no pararon de tirarse pullitas, el remate llegó cuando unos guerreros de Brodrick entraron en el salón para anunciarles que estaban llegando al castillo lord Athol y lady Augusta Peanut, junto a su hija Caroline.

—¡*Par Dieu*, qué ilusión! ¡Han venido! —aplaudió Eleanor levantándose.

Boquiabierta, Amanda miró a Brodrick. Y rápidamente pudo ver que él sabía lo mismo que ella con respecto a aquella visita.

—Les envié una misiva invitándolos a la gran fiesta —aclaró entonces Eleanor dirigiéndose a su hijo—. Los esperaba mañana, ¡pero se han adelantado!

—¿Y por qué no me habías informado de eso, madre? —preguntó Brodrick sin dar crédito.

La mujer, que había echado a correr hacia la puerta, respondió:

—Porque son mis invitados... ¿De qué voy a tener que informarte?

Una vez que ella desapareció, Amanda miró a su marido.

—Vamos —dijo él—. Hemos de recibir a los invitados.

—Ve tú. Yo estaré con mi familia en el jardín. Os esperamos allí.

La familia, animada por Megan, se desplazó entonces hacia el jardín, y cuando Amanda iba a moverse también, Brodrick pidió:

—Te agradecería que vinieras conmigo.

La joven resopló al oírlo y cuchicheó:

—Mira... Bastante tengo ya con tu madre como para, encima, tener que soportar también ahora a tu *amiga* Caroline.

El guerrero la entendió. Pero, no dispuesto a ceder en su empeño, insistió:

—¿Acaso le tienes miedo, Amanda?

Oír eso hizo que la joven se parase en seco.

—¿Miedo a Caroline yo?

—No sé si a Caroline o a qué. Pero, si no sales a recibirlos conmigo, les dejarás claro que no sientes que este sea tu hogar ni yo tu marido.

La joven asintió; entendía perfectamente lo que aquel decía. Por ello, lo cogió del brazo y declaró decidida:

—Pues no se hable más, cariño. Vayamos a recibirlos.

Brodrick sonrió, y, con ella a su lado, caminaba hacia la puerta cuando vio a su madre abrazar a los recién llegados. En sus gestos se veía la complicidad que había entre ellos, y rápidamente Caroline, mirando al guerrero al que seguía deseando, se acercó a él.

—Enhorabuena por tu enlace, *querido* —dijo.

Amanda, al ver que no la miraba, sonrió y, mientras sentía las manos de Brodrick alrededor de su cintura, soltó:

—¿Y a mí no me das la enhorabuena?

Durante una fracción de segundo aquellas dos se miraron; la antipatía entre ellas se había acrecentado. Pero,

percatándose de que el highlander la observaba, al final Caroline dulcificó el tono e indicó:

—Por supuesto. Enhorabuena para ti también, *querida*.

Con la misma fingida candidez que aquella, Amanda sonrió y, segundos después, cuando Eleanor requirió a su hijo y este se alejó, al quedar las dos a solas Caroline siseó:

—Ya sabía yo que no tenía que fiarme de ti. Menuda mosquita muerta estás hecha.

Amanda la miró.

—Eres una aprovechada y una cazafortunas —añadió aquella.

Sin dar crédito, Amanda replicó:

—¿Tú me llamas a mí «aprovechada» y «cazafortunas»? ¿Precisamente tú?

Molesta, y tras observar que nadie pudiera oírla, Caroline respondió:

—Has jorobado todos los planes que teníamos con lady Eleanor.

—Oh..., cuánto lo siento.

—Ya puedes sentirlo, maldita salvaje... A Brodrick y a mí nos han criado en la elegancia, el saber estar y la distinción, y nos merecemos estar con personas acordes a nosotros. Y tú, te guste o no, no lo eres ni lo serás nunca. Por favor, ¡pero si eres una McRae...! Pobre Eleanor, ¡hay que ver el disgusto que tiene!

Sin sorprenderse por aquello que oía, Amanda asintió y, dispuesta a ser tan desagradable como aquella, cuchicheó:

—Por cierto, *querida*... Eso que me dijiste que hacía Brodrick con los dedos en la intimidad..., mmm, ¡me encanta!

—¡Qué insolente!

—Ni te cuento cómo lo disfruto.

—Serás descarada...

Amanda asintió y, acto seguido, tras empujar a aquella con disimulo hacia la pared, la acorraló contra ella y murmuró:

—Si quieres que tengamos la fiesta en paz, no me provoques, porque entonces sí que vas a conocer a Amanda McRae. ¿Te queda claro?

Dicho eso, la joven se dio la vuelta y, con la mejor de sus sonrisas, se acercó a saludar a lord Athol, consciente de como su mujer Augusta la miraba con recelo. Estaba claro lo que pensaba.

Cuando Brodrick regresó junto a ella y la agarró de la cintura para que fueran todos hacia el salón principal, al ver que su madre iba hablando con Caroline, le preguntó:

—¿Todo bien, mi amor?

—Siento decirte que ya he tenido que poner a la zorra de tu *amiga* en su lugar.

—¡Amanda! ¡Baja la voz! —reprochó el guerrero.

—Nada más verme ya me ha llamado «mosquita muerta», «aprovechada», «cazafortunas» y «salvaje McRae»... ¿En serio tengo que bajar la voz?

Sorprendido porque él no había oído nada de eso, el guerrero miró a Caroline, y, al verla sonreír con su madre, indicó:

—Lo que ha hecho no está bien, pero son nuestros invitados y...

—En Eilean Donan, si un invitado le dice eso a mi madre, te aseguro que de la puerta no pasa.

Brodrick asintió. La entendía.

—Si vuelve a sobrepasarse contigo, dímelo y yo me encargaré de que no vuelva a suceder —indicó.

—Sé defenderme yo solita.

—Lo sé, amor. Pero si algo estoy aprendiendo es que, por mi preciosa mujercita, mato.

Oír eso hizo que Amanda sonriera y finalmente susurrara:

—Pero qué bonito eres, Brodrick Fraser.

—Tú lo eres más, mi amor.

Y acercando su boca a la de aquella, la besó.

—*Par Dieu...* ¡¿Queréis comportaros?! —oyeron que decía entonces Eleanor.

—Son recién casados, ¡dejadlos en paz! —Lord Athol Peanut sonrió, ajeno a lo que su hija, su mujer y lady Eleanor pensaban.

Capítulo 76

Al día siguiente iba a celebrarse la fiesta de Eleanor, y la paciencia de Amanda estaba llegando a su límite. Tener que soportar todo el santo día las pullitas de su suegra, y ahora también las de Caroline, era inaguantable, y más aún al no poder responderles como se merecían.

Brodrick y ella lo habían hablado. Ambos sabían que aquellas no se lo estaban poniendo fácil, pero habían quedado en que respirarían hondo antes de contestar. La gran fiesta estaba al caer y, una vez que pasara el festejo, ambas volverían a su casa y ellos regresarían a su tranquila normalidad.

Tras una mañana en la que Amanda fue al lago a darse un baño con su hermana Johanna y Olivia, las jóvenes regresaron al castillo y se retiraron a sus respectivas habitaciones a cambiarse de ropa. Amanda miraba por la ventana cuando vio pasar a Eleanor con Caroline y su madre.

Desde donde estaba las observó. Iban hablando, murmurando. Lo que se contaban parecía muy interesante, y de pronto quiso saber. Necesitaba saber qué era aquello que cuchicheaban. Así que, en cuanto desaparecieron tras los árboles, sin dudarlo Amanda se sentó en el alféizar de la ventana y, agarrándose a las piedras, comenzó a descender

por la pared exterior del castillo. Llegaría antes así que si bajaba por la escalera.

Una vez que sus pies tocaron el suelo, corrió con sigilo hacia el lugar por donde aquellas habían desaparecido y rápidamente las divisó junto al tronco de un enorme árbol seco. Amanda se arrojó entonces al suelo y se arrastró hasta llegar a un lugar desde donde podía escuchar sin ser vista.

—Pero ¿y si quiere seguir casado con ella? —oyó que decía Caroline.

Eleanor suspiró.

—Ese será un problema que deberemos solventar llegado el momento. Ahora lo importante es que mi hijo te vea como a la mujer perfecta que yo sé que puedes ser para él.

—Solo hay que ver cómo la mira —mintió lady Augusta—. La observa con pasión y admiración cuando cree que nadie lo ve.

Oír eso era lo que Caroline quería. Sabía que lo que decía su madre no era cierto, pues Brodrick solo tenía ojos para Amanda. Pero era necesario tener a Eleanor de su lado para conseguir su propósito, que, en el fondo, también era el de aquella.

—He de contarte algo, Eleanor —dijo entonces.

—Dime, Caroline.

La joven tomó aire y luego soltó:

—Anoche, de madrugada, Brodrick y yo coincidimos en el pasillo y nos besamos...

—*Par Dieu!*

Eso sorprendió a la francesa y, cuando iba a hablar, lady Augusta miró a su hija y cuchicheó:

—Caroline, ¿cómo no me lo habías dicho?

La joven la miró y, mientras sonreía, murmuró sonrojándose:

—Madre, por favor...

Amanda jadeó al oír eso. ¿Cómo que se habían besado? Y, molesta y enfadada por lo que había oído, resopló cuando Caroline añadió en tono lastimero:

—Oh, Eleanor... Cuando leí la misiva que nos enviaste contando que Brodrick y esa... se habían casado, pasé unos días horribles.

—Con deciros que no pudo salir de la cama —apostilló lady Augusta.

Eleanor, con gesto tierno, se acercó entonces a la joven y, abrazándola, la consoló:

—Tranquila, querida... Te entiendo. A mí también se me revolvieron las tripas. Está claro que mi hijo tiene un pésimo gusto para elegir esposa, pero, teniéndote cerca, creo que eso cambiará, y más aún si dices que te besó.

—Con mucha pasión —aseguró la joven gustosa.

Sin saber si alegrarse o no por aquello, Eleanor indicó:

—Si te besó significa que no está todo perdido.

—Pero ¿y la fiesta de mañana?

—Eso ya es inevitable, hay que celebrarla igualmente —afirmó Eleanor—. Lo que tiene que quedarte claro es que, conociendo a Brodrick, cumplirá la unión de manos por un año. Eso sí, después de ese tiempo, si te besó, la acabará. Conozco a mi hijo.

—Es que le arrancaría la cabeza.

Al oír esa voz a su lado, Amanda miró a su derecha y, sorprendida, murmuró:

—¡Mamá!

Megan sonrió con pesar.

—Hola, mi vida.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

Megan, que, como su hija, estaba tumbada en el suelo, respondió:

—Si tu padre o tu marido llegan a verte bajar por donde has bajado, ten por seguro que ahora estarías recibiendo una buena reprimenda.

Sin ganas de sonreír por lo que acababa de oír, la joven iba a hablar cuando su madre susurró:

—Te he visto y te he seguido. —Y, señalando a aquellas tres, añadió—: En cuanto a esas, ni caso. Como habría dicho el abuelo: «No hay mejor desprecio que no hacer aprecio».

Amanda asintió. Sabía que su madre tenía razón.

—Caroline acaba de decirles que anoche Brodrick y ella se besaron —comentó viendo que aquellas seguían caminando.

Megan, al oír eso y ver el gesto de su hija, replicó:

—Está claro que eso es mentira. Brodrick solo tiene ojos para ti.

—Pero ¿y si es verdad? —insistió Amanda.

—No lo creo.

—Mamá, pero ¿y si lo es?

Conmovida, Megan miró a su hija.

—Pues para conocer la verdad ya sabes a quién se lo tienes que preguntar.

La joven resopló. Preguntarle aquello a su marido era lo último que le apetecía.

—¿Por qué el amor es tan difícil a veces? —soltó tumbándose boca arriba.

Megan la imitó antes de responder:

—Porque lo que realmente merece la pena nunca es fácil.

Madre e hija se quedaron en silencio, hasta que la joven comentó:

—Mamá, sé que Brodrick y yo nos queremos, pero todo lo que está pasando nos está separando.

Megan suspiró. Entendía lo que su hija le decía.

—Lo he hablado con tu padre, y créeme que se contiene todo lo que puede, pero esa mujer lo busca, no para decirle cosas desagradables... Y, mira, Amanda, aunque me enfado con él por responderle, en el fondo me alegro cuando lo oigo.

—Mamá, te entiendo, porque eso mismo me pasa a mí. Por eso no puedo enfadarme con papá. Porque le dice lo que se merece y, conociéndolo, se contiene.

—Y mucho —afirmó Megan.

—Mamá...

—¿Qué, mi vida?

—¿Qué tengo que hacer con Caroline y Eleanor?

—Matarlas.

—Mamáááá.

Riéndose, Megan se levantó del suelo y, tras conseguir que su hija se levantara también, la cogió con cariño de la cintura e indicó:

—Regresemos al castillo. Es lo mejor.

Poco después, una vez que llegaron allí, Megan se marchó al ser requerida por su cuñada Gillian.

Amanda, por su parte, fue a ver a Peyton y a Ossian. Los niños estaban en la habitación de juegos con Margot y *Max*, y, con una candorosa sonrisa, la joven se unió a ellos.

Estaba riendo con aquellos cuando la puerta se abrió y entró Brodrick. De inmediato, Ossian y Peyton fueron hacia él y el guerrero se deshizo en mimos y cariños con ellos; tras saludar a Margot, miró a Amanda y pidió muy serio:

—¿Puedes acompañarme un segundo, por favor?

Sin dudarlo, la joven lo hizo. Caminaron juntos hasta su habitación y, una vez que el guerrero cerró la puerta, comentó:

—Mis hombres acaban de decirme que han avistado a varios clanes llegando a Roy Trust. La gran fiesta es mañana y empiezan a llegar.

Amanda asintió y Brodrick indicó:

—Está todo preparado a las afueras del castillo para que puedan acampar junto a los hombres de tu padre. ¿Te parece bien?

La joven asintió. Le gustó que le comentara aquello y, sin poder callar un segundo más, acto seguido soltó:

—¿Es cierto que anoche besaste a Caroline?

—¡¿Qué?!

—¿Es cierto? —insistió ella.

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué ella se lo asegura a tu madre y a la suya?

Según dijo eso, ambos se quedaron en silencio, hasta que él continuó:

—A ver, Amanda...

—Madre mía... —musitó ella alejándose—. Ese «a ver, Amanda» no me gusta nada...

El guerrero se acercó a ella y, sin paños calientes, explicó:

—Anoche, cuando subía a la habitación, me la encontré en la escalera y ella intentó besarme, pero...

—¡Será zorra!

—Amanda...

—¡Al final le arrancaré la cabeza!

—Amanda, ¡deja de decir barbaridades!

—¡¿Barbaridades?! —gruñó—. Maldita sea, Brodrick...

Enfadada, la joven se alejó del guerrero; la situación, en general, estaba comenzando a sobrepasarla. Brodrick se acercó a ella e insistió:

—A ver, mi amor... No me besó. No se lo permití. Le dejé claro que...

—¿Por qué no la echaste en ese momento de Roy Trust?

—Amanda, por favor...

—¡Ni por favor ni nada! Esa mujer se ha sobrepasado, y eso debería tener sus consecuencias.

—Escúchame, cielo...

—No. Escúchame tú a mí. ¿Has pensado por un momento en la misma situación, pero al revés? ¿Acaso no te molestaría saber que un hombre intenta seducirme aun sabiendo que tú eres mi marido?

Oír eso no le agradó al guerrero, y Amanda prosiguió furiosa:

—Te lo digo muy en serio, Brodrick. Cuando me eche a esa pájara a la cara, yo...

—Amanda, ¿acaso no confías en mí?

La joven lo miró y, tras unos segundos, murmuró:

—Claro que confío en ti. Pero...

—Pues, si confías en mí, no valen los «peros». Ambos sabemos cómo es Caroline.

—Una buena zorra, eso es lo que es..., aunque tu madre piense que es la mejor.

El guerrero resopló; entendía a su mujer. Y, agarrándola de la cintura para acercarla más a él, declaró:

—A ti es a la única que deseo besar. ¿Cuándo te vas a convencer de eso? —Amanda no respondió y él, aproximando su boca a la de ella, susurró—: Y ahora me muero por incumplir la séptima regla contigo. ¿Qué te parece?

La joven sonrió. En el fondo sabía que lo que decía Brodrick era verdad. Caroline no significaba nada para él. Dejándose llevar por el momento, besó a su marido y, cuando la pasión se apoderó de ellos, se hicieron el amor con locura y deseo.

Capítulo 77

Esa noche, después de una cena en la que Megan quiso asesinar a Eleanor y a Caroline a causa de su desfachatez, cuando los hombres se dirigieron al salón para tomarse un whisky Amanda se acercó a Caroline. Acto seguido la agarró del brazo y, llevándosela a un rincón, siseó:

—Si intentas besar de nuevo a mi marido, te corto la lengua, ¿te ha quedado claro?

Al oírla, Caroline parpadeó.

—Creo que estás equivocada —repuso con fingida indiferencia.

—¿Además de perra también eres mentirosa?

—Fue él quien me besó a mí.

—Estás mintiendo y lo sabes. ¡Quedas advertida!

Dicho eso, dio media vuelta y se alejó de ella, y Megan, que se había percatado de la situación, se le acercó.

—¿Todo bien, mi vida?

—Sí, mamá.

—¿Has hablado ya con Brodrick?

Amanda asintió.

—Sí. Y me ha dicho que fue ella quien quiso besarlo, pero que él la detuvo. Aunque ahora mismo ella acaba de decirme lo contrario. Pero, ¿sabes, mamá? Yo creo a Brodrick. Punto final.

Megan asintió. Amanda era luz, vida e ilusión. Sin embargo, todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor la estaba opacando, y eso ella, como madre, no lo iba a consentir. Así pues, acariciando con cariño el rostro de su hija, al ver que Johanna y sus tías salían a la terraza a tomar el aire y lady Augusta y Caroline subían a sus habitaciones, dijo:

—Ve con la familia. Yo iré enseguida.

—¿Adónde vas?

—Al aseo.

Amanda asintió y, tras sonreírle a su madre, se encaminó hacia la terraza.

Una vez que Megan vio que desaparecía de su vista, se dio la vuelta en busca de Eleanor, a la que finalmente encontró leyendo en un saloncito. Sin frenar su paso, fue hasta ella y se le plantó delante.

—Me gustaría hablar un segundo contigo —dijo.

—Estoy leyendo. Ahora, imposible.

Oír eso enfermó a Megan. No estaba para tonterías, y la poca paciencia que le quedaba ya se le había agotado. Por lo tanto, quitándole el libro de las manos con ferocidad siseó:

—He dicho que quiero hablar contigo, ya leerás luego.

—*Par Dieu!*

—No te ofendas tan rápido por mis palabras y contente como lo estoy haciendo yo —soltó a continuación Megan, que ya estaba harta de aquella.

Eleanor miró hacia el salón colindante. Allí estaba su hijo, con los hombres, y Megan, entendiendo su mirada, cuchicheó:

—Tranquila, mujer, que no te voy a matar.

La mirada de Megan atemorizó a la mujer. En sus ojos vio una determinación que la hizo temblar, pero, consciente de que aquella no iba a hacerle nada, se puso en pie y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Ve a la cocina.

—¿Qué?

—Que vayas a la cocina. Y, por favor, no hagas que tenga que cogerte de la oreja para llevarte hasta allí.

—Tu osadía es tremenda.

—Pues no quieras ver mi determinación...

Acalorada, Eleanor finalmente hizo lo que aquella pedía. En silencio, ambas caminaron por el largo pasillo. Después bajaron una escalera y, cuando llegaron a la cocina, que en ese momento estaba vacía, Megan se detuvo.

—Hablares aquí —dijo.

Eleanor levantó una ceja, y, tras mirar a su alrededor, soltó con retintín:

—¿En la cocina? ¡Menuda vulgaridad!

—La vulgaridad no está en el lugar, sino en la persona. Y, la verdad, Eleanor, me sorprende que digas eso, pues la cocina suele ser un lugar que une y reúne a las familias.

Eleanor caminó por la cocina.

—Ah, claro... Rodeados de cuchillos, vosotros os sentís como en casa... —replicó acto seguido.

Megan suspiró; aquella mujer era insoportable. Cogió un cuchillo, lo clavó con fuerza en una tabla y afirmó:

—La verdad es que siempre me han gustado los cuchillos.

—No sé por qué eso no me extraña...

—No sabes cuánto me agrada que no te extrañe.

Dicho eso, Eleanor se dio aire con la mano y Megan, apoyándose en la mesa que había enfrente de aquella, declaró:

—Ni tú nos soportas ni nosotros te soportamos a ti. Y, mira, por fortuna, la fiesta por el enlace de nuestros hijos es mañana y pasado mañana, como mucho, mi familia y yo nos iremos de aquí. Porque si tuviéramos que estar más tiempo contigo esto no iba a terminar bien.

—*Par Dieu...*

Estaban mirándose como rivales cuando Megan prosiguió:

—Mi marido es Duncan McRae. Yo soy Megan McRae y mi hija es Amanda McRae. Por tanto, como vuelva a oírte menospreciar el apellido que para nosotros es un orgullo, te juro por mi vida que te arranco la lengua.

—Oh, por Dios...

—Y que te quede claro que me dará igual que esté delante tu hijo, tu perro o tu vecino. Quedas advertida.

Eleanor levantó las cejas.

—No sé si te has percatado, o tal vez tu imbecilidad no te permita verlo, pero tu hijo y mi hija se quieren —añadió Megan—. Están enamorados. Por tanto, deja de alentar a otras en referencia a tu hijo, porque te estás equivocando. Si fueras una madre en condiciones, te alegrarías por su felicidad, porque a las madres nada nos gusta más que saber que nuestros hijos son felices y correspondidos.

—Dijo la excelente madre —se mofó aquella.

—Aunque esté mal decirlo, mejor que tú, ¡sin duda!

Eleanor no respondió.

—Deja a Amanda en paz porque, como le hagas daño, yo te lo haré a ti —continuó Megan—. Puede que Amanda no sea santo de tu devoción, pero haz el favor de abrir los ojos y darte cuenta de que sí lo es de tu hijo y tus nietos. Así pues, respétalos y permíteles disfrutar de su felicidad. Y en cuanto a esa repelente de Caroline, deberías...

—Bueno... —replicó Eleanor.

—¿Bueno, qué? —inquirió Megan.

—Anoche mi hijo y ella se besaron. ¿No crees que si él lo hizo fue por algo?

Megan, al oírla, cabeceó y, sin dudarlo, respondió:

—¿Y crees que Caroline dice la verdad?

—*Par Dieu!* ¿Y por qué iba a mentir?

—Muy fácil: porque quiere lo que mi hija tiene, y sabe que, sembrando la duda y la desconfianza entre ellos, puede causarles problemas. Y, por cierto, está muy mal que menosprecies a mi hija delante de esa repelente y de su madre. Eso te deja en muy mal lugar como suegra.

—¿Acaso me espías?

Megan sonrió.

—Al enemigo siempre hay que tenerlo vigilado; ¿no sabes eso, Eleanor? —Y, como aquella la miraba, se mofó—: Ah, claro, no. No lo sabes porque eso es algo que solo hacemos los salvajes de las Tierras Altas...

Furiosa por aquello, Eleanor, al ver asomar la cabeza de Caroline por la puerta, siseó:

—Caroline cuenta con mi confianza y mi apoyo. Es una mujer elegante y cultivada y... y dudo que mienta sobre algo así.

Con una tranquilidad que interiormente no sentía, Megan asintió.

—Sé por Brodrick que ella intentó besarlo y él la rechazó —repuso—. Así que ten cuidado con las cosas que crees sin ninguna duda de las mujeres elegantes y cultivadas, porque te están mintiendo.

Fastidiada por escuchar a aquella, Eleanor cogió entonces una bolsa con verduras y se la arrojó.

Megan sonrió y, quitándose una coliflor de encima, murmuró:

—Conque esas tenemos...

Cogió un saco de harina, metió la mano y, rebozándose a aquella en el rostro y el cabello, afirmó:

—No eres rival para mí, Eleanor.

La mujer, enfadada al tener el rostro lleno de harina, asió entonces un cuchillo sin pensarlo y se lo lanzó a Megan, que rápidamente lo esquivó. Acto seguido agarró una huevera metálica y se la arrojó también con todas sus fuerzas. La huevera le dio en la frente y los huevos rotos le cayeron por encima, ensuciándola.

Megan se tocó la frente. La huevera le había hecho un corte y estaba sangrando. Eleanor, al verlo, se horrorizó y, apresurándose a coger un paño limpio, se lo tendió mientras decía:

—Lo... lo siento. *Par Dieu...* No pretendía hacerte daño. Ay, por Dios... Ay, por Dios...

Megan la miró desconcertada y, cogiendo el paño para limpiarse la sangre que manaba de su frente, susurró:

—Maldita francesa...

De inmediato, al oír eso Eleanor se abalanzó sobre ella. El impulso hizo que ambas rodaran por el suelo mientras se atacaban con las manos. Pero la diferencia entre una y otra era evidente. Megan sabía muy bien cómo defenderse, cómo inmovilizarla, y cuando lo hizo poniendo su daga en el cuello de aquella, siseó:

—Si no fueras la madre de mi yerno, esto lo acababa yo aquí y ahora. Pero por respeto a él me aguantaré las ganas locas que tengo de rebanarte el pescuezo.

Acto seguido, furiosa, Megan la soltó y se levantó del suelo, mientras Eleanor, horrorizada, respiraba con agitación. Aquella mujer podría haberla matado, pero no lo había hecho.

Mientras se incorporaba, con el rabillo del ojo miró hacia la puerta, donde sabía que estaba escondida Caroline. Si Megan volvía a atacarla, necesitaría su ayuda, pero se sorprendió al ver que aquella había desaparecido. ¿En serio no iba a ayudarla con la McRae?

Guardándose la daga en la cintura, y sin importarle la sangre que le corría por el rostro, Megan comentó entonces:

—Yo también la he visto. Pero, ¿sabes, Eleanor? Las ratas, como Caroline, son las primeras en abandonar el barco..., y más cuando mienten.

La mujer, sobrecogida porque Caroline se hubiera marchado dejándola en aquella situación, resopló.

—Deja a mi hija en paz —pidió Megan—. No vuelvas a hacerle la vida imposible o te juro que...

—Oh, Dios mío... ¡La sangre no para de manar!

Acto seguido Eleanor cogió otro trapo limpio y, acercándose a Megan, que se sentó en el suelo, dijo con gesto preocupado:

—Deberíamos buscar a Wallace, él... él puede curarte.

Sorprendida por su repentina preocupación, Megan replicó con gesto hosco:

—Sé curarme sola.

Apurada, Eleanor asintió. Y, arrepentida de lo que había hecho, murmuró:

—Lo siento..., lo siento..., no quería hacerte daño.

—Mira, Eleanor. Lo que realmente me hace daño es cómo tratas a mi hija y cómo sacas de sus casillas a mi marido. Y si te he traído aquí ha sido para pedirte que termines con esta absurda situación que al final acabará con el amor de nuestros hijos.

La mujer no respondió. Ver el rostro ensangrentado de aquella la tenía en un sinvivir.

—Sé que pagas con Amanda la rabia que les tienes a los McRae porque crees que mi marido y el abuelo sabían que tu marido tenía una amante —dijo Megan—. Das por hecho que ellos conocían ese dato y, me creas o no, el abuelo no lo sé, porque está muerto para preguntarle, pero Duncan me ha jurado y perjurado que no tenía ni idea. Y créeme cuando te digo que sé que él dice la verdad. Así que, por favor, para de una vez.

Se miraban la una a la otra en silencio cuando Eleanor, sentándose al lado de Megan, musitó:

—Soy una idiota.

—Lo eres —asintió ella—. No puedo estar más de acuerdo contigo.

Horrorizada, no por su comentario, sino por ver el trapo con sangre que aquella se sujetaba en la cabeza, la mujer insistió:

—Por favor, vayamos a buscar a Wallace. Él es médico y podrá atenderte.

—¿Acaso quieres que mi marido te mate?

Oír eso inexplicablemente hizo que las dos sonrieran, y al cabo Eleanor cuchicheó:

—Creo que le encantaría hacerlo.

—Sin duda. Pero también tiene cabeza y sabe que, por respeto a tu hijo, y en especial a nuestra hija, no ha de hacerlo.

Conmovida por sus palabras, Eleanor suspiró. Saber que por amor a su hijo Megan intentaba protegerla de su marido la hizo entender muchas cosas. Su rabia, aquella que un día la asaltó por sentirse engañada, la había cegado. La había hecho convertirse en una mala persona con aquellos.

—No solo siento haberte herido, sino también mi comportamiento con tu hija y tu marido —declaró mirando a Megan—. El resentimiento me hizo odiar a...

—Como diría mi marido, el resentimiento nace de un largo y silencioso enojo que desencadena en odio, y a quien primero daña es a uno mismo.

Para Eleanor, esas palabras tenían mucho sentido y, curiosa, preguntó:

—*Par Dieu...* ¿Eso dice tu marido?

—Duncan es una persona maravillosa. Tan maravillosa que, si lo conocieras, te sorprendería.

Las dos se quedaron en silencio durante unos minutos, hasta que Megan, consciente de que había conectado con aquella, añadió:

—Escucha, Eleanor, creo que si sigues por el mismo camino finalmente conseguirás separar a nuestros hijos, pero créeme que también conseguirás que Brodrick se separe de ti. Hace tiempo tu hijo no lo pasó bien, pero ahora está feliz. ¿Por qué no abres los ojos y te das cuenta de que por fin a Brodrick la vida le sonrío?

Conmovida, la mujer asintió. Pero ¿qué tonterías hacía?

El toque de atención que Megan le daba de pronto le estaba abriendo los ojos.

—Tienes razón. ¿Qué estoy haciendo? —murmuró.

Durante un buen rato las dos hablaron sentadas en el suelo, dialogaron, se entendieron, mientras la sangre poco a poco iba dejando de salir de la frente de Megan.

—¿Mamá? ¿Eleanor? ¿Qué pasa?

Al mirar hacia la puerta, las dos mujeres vieron allí a Amanda.

—Le estoy explicando a Eleanor cómo se hace un pastel —contestó Megan.

La joven, boquiabierta al ver a aquellas dos sentadas en el suelo, a Eleanor embadurnada de harina y a su madre pringada de huevo y de sangre, iba a contestar cuando musitó:

—Por todos los santos, mamá, ¿qué te ha pasado en la frente?

—Tranquila, mi vida. No es nada.

—Ha... ha sido sin querer —susurró Eleanor.

Pero Amanda, acercándose a ella, rápidamente le examinó el golpetazo y, mirando a Eleanor, soltó furiosa:

—¡Te voy a matar por haber herido a mi madre!

—*Par Dieu...* —dijo la mujer asustada.

—No se puede negar que eres hija de tu padre. —Megan rio.

—¡Mamá, no te rías! ¡Tienes sangre! —Y, dirigiéndose de nuevo a Eleanor, siseó—: Esto sí que no. Esto no te lo voy a consentir. ¡A mi madre no la tocas!

Megan se levantó y enseguida sujetó a su hija; la fidelidad familiar era algo que los McRae tenían muy interiorizado. Eleanor se levantó también y, viendo el gesto hosco de Amanda, dijo:

—Lo siento... De verdad que lo siento. La rabia me ha llevado por el camino erróneo, pero hablar con tu madre me ha hecho ver lo equivocada que estaba... Por favor, Amanda, necesito que me escuches.

Sorprendida por aquello, la joven parpadeó, y en ese momento su madre cuchicheó:

—Creo que merece ser escuchada.

Sin moverse de su sitio, Amanda escuchó a Eleanor. La oyó decir lo horrible que se sentía por todo el mal que les había hecho a ella y a Brodrick, e incluso a su padre, Duncan. La mujer habló de sus sentimientos, de sus miedos y sus inseguridades. En ningún momento mencionó el asunto de Margot delante de Megan, pero, a través de determinados comentarios, le hizo saber cómo le agradecía que le guardara el secreto. Boquiabierta, Amanda escuchó todo aquello que nunca había pensado oír y, una vez que Eleanor calló, murmuró:

—Madre mía...

Megan sonrió al oírla.

—Dicho esto —añadió Eleanor—, he pensado que, mañana no, porque es la gran fiesta, pero pasado hablaré no solo con mi hijo, sino también con tu padre, para pedirles disculpas y...

—Como mi padre se entere de que has sido tú quien le ha hecho eso a mi madre —indicó señalando la herida—, te va a matar.

—Pues no se va a enterar, mi vida —declaró Megan—. Será nuestro secreto.

La joven miró a su madre. Si le decía eso, sin duda era porque, llegados a ese punto, era la mejor opción.

—¿Por qué has ocultado a todo el mundo que fuiste tú quien mató a Flora? —preguntó a Eleanor.

La francesa no esperaba oír eso, y Megan, tan sorprendida como ella, exclamó:

—¿Tú mataste a esa mujer?

Finalmente Eleanor asintió y, mirando a Amanda, repuso:

—No quería que ningún McRae me felicitara por lo que hice. Por eso le pedí a Calum que mintiera. La vaerdad..., cuando te vi tan malherida y oí a esa horrible mujer decir cosas terribles de ti, algo se apoderó de mí y...

No pudo terminar. Megan, abrazándola, la apretó contra su cuerpo y susurró:

—Gracias, Eleanor. Gracias por hacer por mi hija lo que yo misma habría hecho si hubiera tenido a esa horrible mujer delante.

Conmovida por aquel abrazo, Eleanor sonrió.

—Sin Calum Buchanan no habría sido posible —murmuró—. Él fue quien organizó las batidas para buscar a Flora y quien la apresó. Y si afirmó haberla matado él fue porque yo lo obligué, no por sentirse el héroe del momento ni ganar puntos con mi hijo o los McRae.

Una vez que aquellas dos se separaron, Amanda musitó con una sonrisa:

—Al final, hasta voy a tener que cogerte cariño...

Las tres mujeres sonrieron por aquello, y Amanda, dando un paso hacia aquella, la abrazó a su vez y susurró:

—Gracias, Eleanor. Muchísimas gracias.

Estaban fundidas en un bonito y cálido abrazo cuando la joven comentó:

—Y ahora te voy a decir algo que es muy de mi familia y que posiblemente te horrorice, y es que siempre estaré ahí para lo que necesites, porque quien ayuda o salva a un McRae se convierte en familia.

Emocionada, la mujer asintió, pero, intentando sacarle el lado cómico al momento, cuchicheó:

—*Par Dieu...* ¡¿Yo, una McRae?! ¡Ni loca!

Y, con una sonrisa y una complicidad que horas antes no tenían, después de que Megan dejara claro que le diría a todo el mundo que se había hecho daño con la contraventana de su habitación, las tres se fueron a dormir. Al día siguiente tenían la gran fiesta.

Capítulo 78

La mañana amaneció preciosa.

Había llegado el día de la fiesta por el enlace de Amanda y Brodrick, y el castillo engalanado de Roy Trust comenzó a llenarse de gente. No solo se acercaron los vecinos de los pueblos y aldeas cercanos, sino también numerosos lairds de tierras colindantes.

Antes de que diera comienzo la fiesta, Duncan estuvo ayudando a su yerno a relacionarse con los lairds que iban llegando. Al igual que su padre, Magnus Fraser, Duncan McRae era respetado y querido, y si Brodrick utilizaba eso con inteligencia, el resultado sería el mejor. Para aquellos lairds él era un completo desconocido. Todos sabían que era el hijo mayor de Magnus Fraser, pero se había criado en Dumfries, lejos de las Highlands, y ese detalle despertaba cierto recelo en muchos de ellos, aunque Duncan lo solventó con maestría.

Una vez que él, Brodrick y los lairds salieron de su despacho, estos últimos se fueron a ver a sus gentes, y Duncan comentó a su yerno cuando ambos se quedaron a solas:

—Muy bien, muchacho. Todo ha ido como esperábamos.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Ambos sonreían cuando el Halcón indicó:

—Ahora, ya sabes, simplemente has de estar atento a todo lo que te rodea. Corresponder para que te correspondan, y pronto serás uno más.

Brodrick asintió y, acto seguido, Duncan señaló:

—Voy a cambiarme de ropa, y tú deberías hacer lo mismo.

Aquellos se despidieron y Duncan se alejó hacia la escalera; entonces Brodrick, que se dirigía hacia el salón, se encontró con Peyton y Amanda, que llevaba en brazos a Ossian. Al verse, se sonrieron y la niña, corriendo hacia él, dijo tirándose a sus brazos:

—¿Sabes, papá?

—Dime, princesa.

—Mamá me ha dicho que ha hablado con la mamá de mi amiga Stephanie y ella se quedará a dormir esta noche aquí.

Henchido por el amor que su hija ahora le prodigaba, el guerrero, tras mirar a Amanda, que le mordía el cuello a Ossian haciéndolo reír a carcajadas, afirmó:

—Esa es una excelente noticia.

Encantado, y sin soltar a su hija de los brazos, se acercó entonces a Amanda y, tras agarrarla por la cintura y darle un cariñoso beso en la frente, preguntó:

—¿Preparada para la fiesta?

—Por supuesto. Solo me queda cambiarme de ropa —respondió, y a continuación dejó al pequeño Ossian en el suelo y este empezó a moverse alrededor de ellos junto con Peyton.

De pronto Eleanor apareció por el pasillo. Durante unos instantes Amanda y ella se miraron y, con curiosidad,

Brodrick vio que ambas sonreían. Finalmente Eleanor, sin decir nada, entró en el salón y cerró la puerta a su espalda.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó el guerrero asombrado.

—Nada.

—Amanda, ¿a qué han venido esas sonrisitas?

—No seas tontito.

—No me llames «tontito». ¿Qué pasa?

—Aisss, Brodrick, por favor.

—¿Desde cuándo os sonreís mi madre y tú?

—Pues quizá desde que ambas sabemos que hoy tenemos una preciosa fiesta en Roy Trust y debemos comportarnos, especialmente por ti.

Brodrick tomó aire. Si algo tenía claro era la enemistad que existía entre aquellas.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —musitó mirando a la mujer que adoraba.

—Pues claro que sí, cariño.

Ambos se sonreían cuando la puerta del salón se abrió. En esta ocasión era Margot, que, mirando al guerrero, anunció:

—Señor, mi padre ha llegado ya.

Brodrick asintió al oírla y, tras coger a Ossian en brazos, dijo agarrando a Amanda de la mano:

—Vamos.

—¿Adónde?

Margot, Peyton y Brodrick se sonrieron, y Amanda, viendo aquello, preguntó mientras se encaminaban hacia el exterior del castillo:

—¿Y esas sonrisitas?

—Tenemos una sorpresita —se mofó Peyton.

Divertida por aquello, la joven se dejó guiar por su marido y, al salir por la puerta principal, se quedó parada. Allí estaba Calum, el herrero, junto a su hermana Johanna y su cuñado Alan, sujetando un precioso caballo blanco de ojos azules. Amanda estaba boquiabierta.

—Quiero llenarte de regalos, consentirte y mimarte..., porque si algo has traído a mi vida ha sido felicidad —declaró Brodrick.

Emocionada, parpadeó.

—Olivia me dijo que tener un cruce de un sangre caliente y un sangre fría era una de tus ilusiones —prosiguió este—. Y, bueno, con la ayuda de Alan y de tu hermana, he conseguido que *Nieve* ahora esté aquí.

—Amanda, ¡es preciosa! —afirmó Johanna.

—Lo que nos ha costado conseguirla, cuñada —dijo Alan sonriendo.

Amanda no daba crédito, no sabía qué hacer ni qué decir. Oírle decir aquellas palabras a su marido y recibir aquel increíble regalo la habían dejado sin habla. En ese momento Calum intervino:

—¿Recordáis, *milady*, cuando nos encontramos y os dije que venía a hablar con vuestro marido? —La joven asintió y, acto seguido, él aclaró—: Venía a decirle que la yegua había llegado, cosa que, por supuesto, no os expliqué a vos.

Boquiabierta, Amanda se soltó entonces de la mano de su marido y bajó los escalones para llegar al patio de armas. Embobada, se acercó a aquella imponente yegua blanca como la nieve de ojos azul claro y patas y cabeza grande. Y, tocándole con mimo el hocico, saludó:

—Hola, *Nieve*.

Durante unos segundos la yegua y ella se miraron directamente a los ojos. Amanda necesitaba conectar con ella, y, cuando esta resolló y sacudió la cabeza, sonrió. En ese momento Peyton se le acercó.

—Mamá, ¿se llama *Nieve*? —quiso saber la pequeña.

Emocionada, Amanda cabeceó y, tras abrazar a la niña y agradecerle el bonito regalo, miró a Calum, a su hermana y a Alan y murmuró:

—Graciassssssss...

Estos asintieron, y a continuación la joven, dándose la vuelta, subió rápidamente los escalones y, tirándose a los brazos de Brodrick, exclamó:

—Te quiero..., te quiero..., te quiero...

El guerrero, que segundos antes le había pasado al pequeño Ossian a Margot, emocionado por aquella demostración de cariño soltó una carcajada e indicó mirando a su mujer:

—Pero qué bonita eres, Amanda Fraser.

Conmovida por el amor que aquel le demostraba, la joven replicó:

—Más bonito eres tú, mi tontito preferido.

Olvidándose de quienes los rodeaban, se besaron con pasión. Eso hizo que todos rieran a carcajadas y, cuando el beso acabó, Amanda miró a Brodrick a los ojos y cuchicheó:

—Gracias, cariño. Tener a *Nieve* ha sido siempre mi sueño.

El guerrero asintió.

—Mi sueño eres tú —declaró—. Y nada me hace más feliz que verte sonreír.

Sus palabras la conmovieron. Ambos se miraban a los ojos cuando él murmuró divertido:

—Aunque tu padre ya me ha advertido que, por culpa de *Dalmore* y posiblemente también de *Nieve*, envejeceré antes.

Al oír aquello la joven soltó una carcajada.

—Ni caso, cuñado —terció Johanna—. Papá es muy exagerado.

—Estoy contigo, tata.

—Lo siento, Bichas, pero yo estoy con vuestro padre —repuso Alan.

Eso hizo que de nuevo todos sonrieran, ajenos a que Caroline los estaba observando con gesto molesto desde la ventana. Esa mañana Eleanor y ella habían tenido unas palabras no muy agradables, y ver toda aquella felicidad la ofuscaba.

Capítulo 79

La fiesta dio comienzo, y la música sonaba mientras la gente bebía, comía y disfrutaba.

Tras arreglarse, y entendiendo que Amanda tardase un poco más, Brodrick había bajado solo al salón para atender a los invitados.

Sus gentes, aquellas a las que en un principio había alejado de él, le estaban demostrando que todo estaba olvidado al manifestarle su cariño y su devoción, y, emocionado, Brodrick estuvo con ellos, bebió, habló y disfrutó de su compañía.

Poco después su suegro se acercó a ellos y estuvieron un rato de risas, hasta que se quedaron a solas y el guerrero comentó:

—La vida me sonríe tanto que hasta me da miedo.

—Lo importante aquí es entender que, aunque la vida te ha golpeado, no ha logrado robarte la sonrisa.

Ambos se miraron, y luego Brodrick afirmó:

—Todo se lo debo a Amanda.

Gustoso por oír eso, Duncan cuchicheó:

—Siempre les he dicho a mis hijas que permitan que sus sonrisas cambien el mundo, pero que nunca permitan que el mundo cambie sus sonrisas.

—Buen consejo. —Y ambos sonrieron.

Por su parte, Amanda empezó a bajar por la escalera, feliz y contenta, y, una vez que llegó al pie, se dio de bruces con Eleanor. La mujer llevaba un vestido de color verde, y Amanda se disponía a hablar cuando aquella murmuró:

—Ni se te ocurra decir nada del color de mi vestido.

La joven sonrió y, acto seguido, comentó:

—Bonito vestido verde.

—El rojo a ti, con lo morena que eres, ¡te sienta muy bien!

Ambas se sonrieron. Estaba claro que las dos deseaban estar bien. Y Eleanor, bajando la voz, preguntó a continuación:

—¿Cómo está tu madre?

—Bien —aseguró Amanda.

—*Par Dieu...* Apenas pude dormir. Me siento fatal por...

—Eleanor —la cortó la joven—. Te recuerdo que se golpeó con una contraventana. Olvídalo porque, como mi padre se entere, la vamos a tener.

La mujer, aún apurada por aquello, asintió.

—Lady Eleanor, ¿podrías venir un instante, por favor? —la llamó Emilia.

Sin dudarlo, la mujer se alejó y en ese momento Megan apareció en la escalera y exclamó mirando a su hija:

—Por todos los santos, mi vida, ¡estás preciosa!

Amanda sonrió. Se había esmerado para estar muy bonita aquella noche.

—¡Tú, mamá, estás radiante! —indicó.

Madre e hija, felices y cogidas de la mano, entraron entonces en el salón, donde todo el mundo hablaba y se divertía.

De pronto, Brodrick, que estaba con Duncan, se quedó sin habla al ver a Amanda. Por la puerta acababa de aparecer su mujer, acompañada de Megan. Estaba preciosa con aquel vestido rojo y el cabello recogido en lo alto de la cabeza. Era la primera vez que la veía tan elegante, tan bonita, tan femenina, tan sensual, y estaba mirándola maravillado cuando Duncan, al ser consciente de ello, dijo:

—Lo sé, muchacho, lo sé. Amanda se ha convertido en tu hogar, en el aire que necesitas para respirar y en tu luz de cada día. Y lo sé porque la preciosa mujer que va a su lado lo es para mí. Un día, cuando menos lo esperaba, ella me hizo entender lo que era el amor, y, aunque en ocasiones sigue desesperándome, es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Oír eso hizo que Brodrick asintiera y, enamorado y encantado, repuso:

—No has podido explicarlo mejor.

Ambos sonreían por aquello cuando de pronto el guerrero exclamó:

—Por san Ninian... ¿Qué le ha ocurrido en la frente a Megan?

Duncan, que no podía apartar los ojos de su mujer, contestó:

—Al parecer, anoche tuvo la mala suerte de darse contra la contraventana de la habitación.

—Pues se dio un buen golpe —afirmó Brodrick.

Duncan asintió, y Megan, llegando hasta ellos, dijo:

—Sois los hombres más guapos de la fiesta. ¿Y sabéis lo mejor? Que uno es mi marido y el otro, mi yerno.

—Con el permiso de Duncan, he de decirte que tú estás preciosa —terció Brodrick.

—Gracias. —Megan sonrió.

Durante unos instantes estuvieron charlando, y en un momento dado Brodrick murmuró:

—Lamento lo de tu accidente.

Megan, tocándose la herida de la frente, afirmó para quitarle importancia:

—Peor ha quedado la contraventana...

Los tres sonrieron y, acto seguido, Brodrick, sin poder apartar la mirada de Amanda, que saludaba a todo el mundo a su paso, indicó:

—Disculpadme un momento.

Una vez que aquel se marchó, Duncan miró a su esposa, la acercó a él y la besó.

—De nuevo, eres la mujer más bonita de la fiesta —murmuró—. Y, como te he dicho más de una vez en todos estos años, me enamoro miles de veces al día y todas son de ti, mi vida.

—Gracias, Halcón —contestó Megan emocionada.

Con los ojos puestos en su preciosa mujer, Brodrick se acercaba a ella. Como a Amanda, todos lo paraban para hablarle y saludarlo. Llegar hasta ella no estaba siendo fácil, pero cuando la alcanzó y ella lo miró, le preguntó con una sonrisa:

—¿Me puedes explicar cómo, a cada instante que pasa, estás más bella?

Divertida, Amanda rio. Le encantaba que le dedicara esa clase de palabras dulzonas.

—Ven. Vamos a bailar —pidió agarrándolo de la mano.

Sin dudarlo, bailaron, rieron, bebieron. La fiesta era por y para ellos y querían disfrutar.

Por su parte, Caroline hablaba con los invitados junto a sus padres, y, aunque intentaba ignorar a aquellos dos, no lo conseguía. Aquella fiesta debería haber sido organizada para ella y para Brodrick, y no para aquel y Amanda. Y, enfadada como estaba, se dirigió hacia el lugar donde estaban los niños correteando y jugando y, acercándose a Margot, soltó:

—¡Eh! ¡Eh, tú...!

La joven se volvió al oír eso, y en ese momento Caroline, aproximándose más a ella, inquirió:

—¿Es que no vas a regañar a Peyton por correr y gritar como lo está haciendo? Por san Ninian, es una niña y ha de tener un poco de contención...

Margot parpadeó asombrada. Que Peyton jugara, corriera o gritara como el resto de los niños era lo normal.

—La niña está jugando —respondió— y...

—Si su padre la viera, te reprendería.

—Os equivocáis, señora. Él...

—¡Por todos los santos! —Caroline levantó la voz—. ¿Quién te has creído que eres para llevarme la contraria, maldita niñera?

Eso hizo que la joven callara, y en ese momento Eleanor se les aproximó.

—No te preocupes por nada, Margot —dijo.

Acto seguido cogió del brazo a Caroline, se la llevó a un lado y siseó:

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Reprender a quien se lo merece.

Oír eso sorprendió a Eleanor, y más cuando Caroline añadió:

—Si no queremos que Peyton se convierta en una indecorosa escocesa de las Highlands, lo mejor es hacerle saber desde bien pequeña cómo ha de comportarse. Y así, tal y como va esa mocosa, no es el camino.

Eleanor miró hacia el lugar donde estaba su nieta. Peyton jugaba con otros niños, su actitud era la que debía ser. Reía, jugaba, saltaba, chillaba. No hacía nada que otros niños de su edad no hicieran.

—¿Y tú quién te crees que eres para reprenderla? —replicó molesta.

Caroline levantó una ceja. Después de las palabras que había tenido con aquella por la mañana, las cosas entre ellas no estaban muy bien.

Eleanor, por su parte, a quien la discreción de Amanda y su madre al no acusarla por lo ocurrido la noche anterior le había dado mucho que pensar, indicó:

—Como te he dicho esta mañana, Caroline, anoche te vi.

—¿Y qué? ¿Acaso pretendías que saliera a pelear como una vulgar aldeana?

—*Par Dieu...*

—*Par Dieu*, ¿qué?

Consciente del gesto de soberbia con el que aquella la miraba, Eleanor indicó:

—Como dijo Megan, las ratas son siempre las primeras en abandonar el barco... Así que, visto lo visto, has de saber que la ayuda que tú me ofreciste será la misma que puedas esperar de mí a partir de ahora. Básicamente, ninguna.

Eres una mentirosa, y no hay nada peor que una persona que miente, aun sabiendo que va a hacer daño.

Eso hizo que Caroline parpadeara asombrada, y acto seguido murmuró:

—Pero ¿se puede saber qué te ha pasado? ¿Qué ha ocurrido para que me hables así?

La mujer, viendo a Peyton jugar y a Margot sonreír, respondió:

—Que he abierto los ojos. Eso me ha pasado.

Indignada, Caroline se dio entonces la vuelta y se alejó. ¿Por qué le hablaba de ese modo? ¿Con qué derecho se creía? Se acercó a sus padres, que charlaban con otros invitados, mientras seguía con la mirada a Eleanor, y decidió que las cosas no iban a quedar así.

Capítulo 80

En el salón del castillo Brodrick y Amanda disfrutaban de la fiesta y de su mutua compañía. Algo sorprendido, el guerrero veía a su madre reír y confraternizar con los familiares de su mujer, y, aunque le extrañaba, lo cierto era que lo agradecía. Al final parecía que Eleanor comenzaba a entrar en razón.

Feliz y contento al terminar un baile con su mujer, Brodrick ordenó que parara la música y dijo en voz alta para que todos lo oyesen:

—Por favor, que alguien traiga a Peyton y a Ossian.

Shelma y Sandra rápidamente fueron hacia el lugar donde sabían que estaban los niños, y Amanda, curiosa al ver que todos los miraban, cuchicheó:

—¿Qué pasa, Brodrick?

El guerrero intercambió una mirada cómplice con su suegro y, al cabo, respondió:

—Ahora lo verás, mi amor.

Una vez que los pequeños estuvieron a su lado, sin importarle los cientos de ojos curiosos que los observaban, Brodrick se sacó una cajita del bolsillo de su levita azul oscuro y declaró:

—La primera vez que te vi mis ojos ya se enamoraron de ti, aunque las circunstancias no eran las ideales. Pero el

destino hizo que volviéramos a encontrarnos, y la providencia, que termináramos casados. —Todo el mundo sonrió y luego el guerrero prosiguió—: El día de nuestra unión de manos, te prometí que tendrías un precioso anillo, y por fin ha llegado.

—Mamá, es un rubí rojo, ¡precioso! —afirmó Peyton entusiasmada.

Todo el mundo sonrió de nuevo al oír eso y Brodrick, emocionado, tras mirar a su madre, que lo observaba con los ojos llorosos, añadió dirigiéndose de nuevo a su mujer:

—Mi preciosa Amanda, ante tu familia, la mía, y ante toda nuestra gente y amigos, te pongo este anillo, que representa nuestro amor, porque te quiero, eres la luz de mis días y nunca permitiré que nadie te haga daño porque, si alguien se atreve, lo mataré.

—Así se habla, Brodrick Fraser —señaló Duncan levantando la voz y haciéndolos reír a todos.

Emocionada, Amanda observó como él le ponía en el dedo aquel precioso anillo con un rubí rojo en el centro, y, cuando terminó, sin importarle el decoro o el saber estar, lo besó mientras todo el mundo aplaudía y vitoreaba encantado.

Capítulo 81

La fiesta se alargó hasta bien entrada la madrugada. Todo fue perfecto. Nada salió mal. Y cuando se dio por finalizada, mientras Amanda se despedía de los asistentes en la puerta, Brodrick se dirigió a su despacho para recoger unos papeles.

—A tu madre siempre se le ha dado muy bien organizar fiestas.

Al oír esa voz el guerrero levantó la vista. Caroline estaba entrando en su despacho.

—Así es —afirmó.

En silencio, él recogió lo que había ido a buscar y, acto seguido, preguntó mirando a aquella:

—Caroline, ¿qué quieres?

—Querido..., ¿tampoco podemos ser amigos?

—Con respeto y educación, por supuesto que sí. Pero, si no te importa, ahora es tarde, estoy cansado, y voy a ir a buscar a mi mujer.

La joven, al oírlo, puso los ojos en blanco y musitó con retintín:

—¿Acaso ella se enfadará si te ve hablando conmigo?

El guerrero la miró entonces con gesto serio.

—Si vuelves a mentir y a decir que yo te besé, lo vas a lamentar —siseó—. Y que te quede claro que si no te he

echado del castillo no ha sido por ti. Ha sido por tu padre. Mi relación con Athol siempre ha sido muy buena, y...

—¿Cómo puedes preferirla a ella antes que a mí? ¿Cómo puedes preferir la vulgaridad a la excelencia?

Brodrick la miró sin dar crédito.

—Déjame decirte dos cosas —replicó—. La vulgaridad eres tú. Y si la prefiero a ella es porque tiene infinidad de cosas que tú no tienes, entre ellas empatía, sinceridad y corazón.

—Oh, querido, ¡qué equivocado estás!

—Lo dudo..., *querida*.

Caroline suspiró y, deseosa de hacer el mayor mal que pudiera antes de marcharse, añadió:

—Venía a despedirme. Mis padres quieren partir. Han decidido que vayamos a dormir a casa de lord y lady Brenton. Al parecer, tienen un sobrino que llegará mañana y quieren presentármelo.

Brodrick asintió, aquellos eran unos vecinos.

—Que tengáis buen viaje —afirmó.

Molesta y furiosa por aquello, Caroline siseó entonces:

—Espero que tu madre y la madre de tu mujer terminen llevándose mejor, porque cosas como las de anoche son de lo peor...

Según oyó eso, el guerrero se detuvo y preguntó:

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

Caroline, que sabía muy bien cómo sembrar la duda, se hizo la sorprendida y cuchicheó:

—Aisss, creo que he hablado de más.

—¿Cosas como cuáles? —insistió Brodrick.

La joven, al ver que el gesto de aquel ya no era el mismo de segundos antes, inquirió:

—¿No has visto la herida que tiene la madre de tu mujer en la frente?

—Claro que la he visto. ¿Qué quieres decir con eso?

Y Caroline, dispuesta a meter a Eleanor en problemas, susurró:

—Fue tu madre, querido...

—¡¿Que mi madre hizo qué?!

—Tu madre la agredió.

Sorprendido, él parpadeó. Su madre tenía infinidad de defectos, pero ¿aquello?

—Lo sé porque yo bajaba a la cocina a por un vaso de agua cuando las vi. Discutían. Se enfrentaban. Entonces tu madre cogió un cuchillo y, al no conseguir clavárselo, agarró una huevera y se la lanzó a la cabeza.

—¿Qué?

—Le dio tal golpe que, ¡oh, Dios mío!, pensé que la había matado.

Atónito y furioso, Brodrick siseó:

—Mientes.

—No, querido, no miento. Es más, puedes preguntárselo a tu mujer.

Ofuscado, el guerrero dio un puñetazo sobre la mesa y ordenó:

—Sal de mi despacho, vamos.

—Ve y pregúntale a la sincera de tu mujercita...

—Maldita sea, Caroline, ¡sal de mi despacho y márchate de mi casa! Y, por tu bien, más te vale que no regreses nunca más, ¡¿entendido?!

Satisfecha de haber conseguido lo que había ido a provocar, sin decir más Caroline se marchó, mientras Brodrick, enfadado, volvía a dar otro golpe a la mesa. Si aquello era cierto y algo le hubiera pasado a Megan, el problemón con Duncan habría sido memorable, terrible. Tonto de él, al ver aquella mañana la sonrisa entre su madre y su mujer, pensó que era de acercamiento, cuando en realidad había sido una sonrisa la mar de fingida.

Por ello, muy enfadado, salió del despacho olvidándose de los papeles y, a grandes zancadas, fue hacia el salón, que ya estaba parcialmente vacío. Allí buscó a su madre, pero no la encontró. Acto seguido se dirigió a la puerta principal. Amanda tampoco estaba allí. Y, al ver a Wallace en el pasillo, preguntó:

—¿Has visto a mi madre?

—La he visto con Emilia en el salón.

Con gesto hosco, él asintió y Wallace le preguntó:

—¿Qué ocurre?

Desesperado, Brodrick la buscó con la mirada, pero al no encontrarla miró a su amigo y siseó:

—Acabo de enterarme de algo acerca de mi madre que no me habría imaginado en la vida y, ¡maldita sea!, necesito dar con ella para que me aclare la verdad.

Wallace resopló e, intuyendo que se trataba de lo que pensaba, murmuró:

—No te lo tomes a mal. Ella no quería que nadie lo supiera.

Según oyó eso, el guerrero miró a su amigo e indicó con gesto adusto:

—Por lo que veo, tú también estás al tanto de ese asunto.

—Yo estaba allí.

Boquiabierto, Brodrick parpadeó. ¿Estaba allí cuando su madre agredió a Megan? Y, antes de que pudiera abrir la boca, Wallace aclaró:

—Sorprendiéndonos a Calum y a mí, tu madre mató a Flora.

—¡¿Qué?!

—Luego le pidió a Calum que dijera que había sido él, y nos suplicó a ambos que le guardáramos el secreto. —Al ver a Brodrick totalmente descuadrado, Wallace cuchicheó —: Imagino que lo hizo para no demostrar que, aunque pretende ser una gruñona, Amanda le importa.

Atónito y petrificado, el guerrero miraba a su amigo. ¿Que su madre había matado a Flora? Estaba intentando entender aquello cuando Derek y Olivia se les acercaron y el primero, al ver el gesto de Brodrick, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Sobrecogido por lo que Wallace acababa de decirle y por lo que Caroline le había contado de su madre, el guerrero reaccionó de repente y se alejó de ellos a grandes zancadas. Pero Derek fue tras él y, parándolo, insistió:

—Brodrick..., ¿qué pasa?

Enfadado y asombrado a partes iguales, él miró a su amigo.

—¿Tan tonto soy? —preguntó.

Ahora el sorprendido era Derek, y acto seguido Brodrick siseó:

—Pasa que odio que me mientan y me oculten información. Eso es lo que pasa.

En ese instante Brodrick vio a su madre más allá e, ignorando a Derek, fue a por ella. Al ver que su hijo se acercaba, Eleanor le sonrió, pero este la cogió del brazo y tiró de ella sin importarle la mirada de Duncan y sus familiares.

—He de hablar contigo, madre.

Eleanor, apurada porque Brodrick casi la llevaba a rastras, se quejó:

—*Par Dieu*, hijo... ¡¿Por qué me agarras así?!

Madre e hijo llegaron hasta el despacho. Al entrar Brodrick dio un fuerte portazo para cerrar.

—¿Por casualidad no tienes nada que contarme, madre?
—inquirió mirándola.

Oír eso hizo que Eleanor levantara una ceja.

—Si se te ocurre decirme que no, me lo voy a tomar muy mal —añadió el guerrero—. Por tanto, piénsalo, medítalo, y haz el favor de decirme la verdad antes de que mi enfado llegue a tal punto que no lo pueda controlar.

Sin entender bien a qué podía referirse, Eleanor empezó a andar por el despacho, hasta que Brodrick, muy enfadado, levantó la voz y gritó:

—¡Odio las mentiras y que me oculten cosas! Lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y aun así lo haces?

—Hijo..., no sé de lo que hablas, pero...

—Por el amor de Dios, madre, ¡esto es la gota que colma el vaso! ¡Habla! ¡Cuéntame! Di esas cosas que callas.

Nerviosa, la mujer se retorció las manos. No sabía realmente de qué le estaba hablando su hijo, pero,

entendiendo su enfado, imaginó que se había enterado de lo de Margot y, con un hilo de voz, al final reconoció:

—Yo... yo no sabía cómo contártelo.

—Madre, ¿tan idiota crees que soy? ¿De verdad pensaste que nunca iba a enterarme?

—A ver, hijo, yo...

—¿Cómo has podido ocultarme algo así? ¡¿Cómo?! —gritó descompuesto—. Pero ¿es que tú no piensas en las consecuencias?

Eleanor, que casi no podía respirar, se llevó la mano al cuello y murmuró:

—Creo que...

—Madre..., pero ¿quién eres?

La mujer, acorralada, y tremendamente nerviosa, levantó entonces la voz y exclamó:

—¡No... no podía hacer otra cosa!

—Madre, ¡por favorrrrrr!

Eleanor, a quien la ropa no le llegaba al cuerpo, susurró:

—Cuando... cuando la vi allí tirada como si fuera basura, sentí que tenía que ayudarla. Era un bebé, una niña preciosa y... y...

Al oír eso, Brodrick parpadeó. ¿De qué hablaba su madre? ¿Qué bebé? ¿Qué niña? No solo le había ocultado lo de Megan y lo de Flora, ¿sino que también le ocultaba algo de una niña? Pero, sin abrir la boca, escuchó.

—... y no pude dejarla. Esa pobre niña no tenía la culpa de los errores de su madre, ni, por supuesto, de tu padre, por lo que...

En ese instante la puerta se abrió. Era Amanda, que, alarmada por las voces de aquel, preguntó entrando en el

despacho:

—¿Se puede saber qué ocurre?

Eleanor, al verla entrar, siseó rápidamente mirándola con enfado:

—¿Por qué se lo has dicho, eh? ¿Por qué?

Consciente de como Brodrick la miraba con gesto adusto, Amanda, sin moverse, preguntó:

—¿De qué hablas?

Y Eleanor, ofuscada, chilló sin mirar a su hijo:

—¡No has podido callarte, ¿verdad, maldita McRae?!

—A mí no me chilles, y menos aún menciones mi apellido de ese modo —replicó Amanda.

—Te chillo como me da la gana.

—Pues mira, yo también a ti, ¡maldita francesa!

Al oír eso, Brodrick se acercó a la que era su mujer y siseó:

—A mi madre tenle un respeto, como yo se lo tengo a tu padre.

Oír eso hizo que la joven lo mirara y replicara:

—Tengo mucho que objetar en lo referente a eso...

—¡¿Ah, sí?!

—¡Sí! —gritó ella.

Brodrick y Amanda comenzaron entonces a discutir. Él defendía a su madre. Ella defendía a su padre. Estaba claro que los últimos días con todos allí las cosas no habían sido fáciles entre ellos. Y Eleanor, que no paraba de darle vueltas a la cabeza, intervino:

—Amanda..., ¿por qué no has podido tener la boca cerrada? Creí que anoche habíamos llegado a un entendimiento.

Brodrick, tremendamente enfadado, miró a Amanda. ¿Por qué decía eso su madre?

—Te juro, Eleanor, que no te entiendo —murmuró entonces la joven—. No sé de qué hablas.

—¿Por qué has tenido que contarle a Brodrick que Margot es su medio hermana?

Atónita, Amanda no supo qué responder, y el guerrero, sobrecogido, musitó:

—¿Cómo que Margot es mi medio hermana?

—Brodrick...

—¿De qué habla mi madre, Amanda? —La joven lo miró con gesto de sorpresa y aquel, que estaba pálido, insistió—: ¿Qué sabes tú que no me has contado?

Al oír eso, Eleanor se llevó las manos a la boca. En su fuero interno había dado por supuesto algo que no era, y horrorizada comenzó a sollozar:

—*Par Dieu... Par Dieu... Par Dieu...*

Enloquecido, Brodrick se le acercó.

—Madre, exijo saber la verdad ahora mismo —siseó.

Entre lamentos y sollozos, Eleanor finalmente le contó a su hijo lo que Calum le había explicado a Amanda, mientras a Brodrick el gesto se le descomponía por momentos. ¿Una hermana? ¿Tenía una hermana?

En la vida habría imaginado algo así. Nunca se paró a pensar en aquella niña que supuestamente había muerto de la relación que su padre tuvo con Marianela. Y, sin darle tregua a su madre, y con una dureza extrema, no paró de hacerle infinidad de preguntas que esta contestó como pudo.

Escuchar aquella historia y ver a aquella llorar y a Brodrick sufrir a Amanda le dolió. Estaba claro que lo que había ocultado Eleanor era algo que debería haberles contado a sus hijos hacía ya tiempo. Y al ver a su marido atosigar a su madre, murmuró acercándose a él:

—Brodrick, basta ya.

El guerrero la miró de una forma extraña, por lo que de inmediato supo que el enfado que tenía era monumental, y más aún cuando ordenó:

—Amanda, no te metas.

Pero la joven, incapaz de seguir viendo a Eleanor llorar y temblar de aquella manera, se interpuso entre ellos.

—Por el amor de Dios, Brodrick —insistió—, ¿no ves lo mal que está?

Desconcertado, él la miró y añadió con frialdad:

—¿Acaso yo estoy bien?

—Brodrick...

—¿De verdad me estás diciendo que he de comportarme con ella cuando ella nos ha ocultado a mi hermano y a mí algo de vital importancia?

—Creo...

—Maldita sea, Amanda, ¡tengo una hermana! ¿Acaso eso no era lo suficientemente importante para contarlo?

A cada palabra que aquel decía Eleanor lloraba más y más. Entendía la rabia de su hijo, su frustración. Entonces Amanda fue hasta el mueble, donde agarró una copa que llenó de agua de una jarra y, entregándosela a Eleanor, pidió:

—Bebe, por favor. Lo necesitas.

Sin rechistar, la mujer la aceptó y ella, mirándola, le cogió la mano y declaró:

—Yo no he dicho nada. Te lo juro por mi familia.

El guerrero, al oír eso, dio un bramido y, clavando la mirada en su mujer, soltó:

—¿Te parece bonito que yo tenga que oír lo que acabas de decir?

—A ver...

—¿Por qué, si sabías algo así, no me lo has contado?

Bloqueada, la joven tomó aire y, viendo a Eleanor destrozada, respondió:

—Yo...

—Contesta a mi pregunta, Amanda —exigió el guerrero furioso.

—Lo sé desde hace unos días —dijo ella sintiendo la dura mirada de Brodrick—. Por casualidad vi que Margot tenía en el cuello una marca de nacimiento idéntica a la tuya y a la de tu padre y... y, bueno, comencé a atar cabos y...

—Y, en vez de decírmelo, te lo has callado.

—Si no dije nada fue porque pensé que no era mi...

—Pues pensaste mal. Muy mal —la cortó él.

Un incómodo silencio flotó en el aire durante unos momentos, hasta que Brodrick murmuró:

—Si Margot es mi hermana, ella ha de saberlo. Hablaré con Richard. Le contaré lo ocurrido. Y, por supuesto, ella debe vivir conmigo, que soy su familia y...

—Hijo, pero ¿qué dices?

—Madre, ¡cállate!

—Pero, Brodrick...

—¡Madre!

La incomodidad entre los tres podía mascarse. Amanda, sabiendo que lo que estaba a punto de decir iba a enfadarlo mucho más, declaró:

—Margot ya vive con su familia: vive con su padre.

—¡Pero ¿qué dices?! —voceó el guerrero.

—Tú mejor que nadie deberías entender lo que digo. Eres padre, ¿no?

—¿De qué hablas?

—Hablo de que tanto tú como Calum sois padres de dos hermosas niñas. La tuya se llama Peyton Fraser y la de Calum, Margot Buchanan. ¿De verdad vas a hacerle a esa niña lo que tú tanto has criticado de lady Bedellia? ¿En serio se la vas a arrebatar al hombre que la ha criado y la quiere?

Oír eso hizo que a Brodrick le estallara la cabeza. Lo que Amanda decía era una realidad. Pero no..., estaba tan furioso y enfadado que no quería entenderla.

—Comprendo que estés sorprendido —añadió ella—. Comprendo que te enfade haberte enterado de algo así. Pero sé juicioso, Brodrick, porque esa niña es hija de Calum Buchanan. No es una Fraser, del mismo modo que Peyton no es una Williamson. Si quieres hablar con Calum de ella, habla. Pero acata lo que él decida, porque para eso lleva cuidándola, amándola y criándola desde el día en que tu madre la dejó en sus brazos porque ni su madre ni tu padre la quisieron en sus vidas.

Según terminó, Eleanor extendió la mano, tomó la de Amanda y, entre sollozos, dijo:

—No has podido explicarlo mejor.

Con una triste sonrisa, la joven la miró, pero Brodrick, que seguía tremendamente enfadado, soltó:

—¿Acaso vuelves a darme lecciones de vida?

Amanda resopló.

—No. Solo digo lo que pienso. Nada más.

Brodrick se movía por el despacho como un animal enjaulado. Saber aquello acababa de desbaratarle la vida. Lo que pensaba de su padre, el amor que le tenía se resquebrajaba. ¿Cómo había podido hacerle eso a una niña? ¿Cómo podía haberle hecho eso a su hermana?

Mil cosas y mil preguntas pasaban por su cabeza cuando el guerrero, mirando a su mujer, preguntó:

—¿Sabías que mi madre agredió a tu madre y que fue ella quien mató a Flora?

Amanda asintió sin dudarlo y, acto seguido, Brodrick exclamó furioso:

—¡Maldita sea, Amanda!

—Maldita sea, ¿qué?

—Creí que podía confiar en ti.

—¡Pues claro que puedes!

—Pues tus actos dicen todo lo contrario...

Inquieta, la joven se acercó a él. Entendía sus palabras, comprendía su enfado. Cuando fue a cogerlo del brazo, este siseó:

—No me toques.

—Escucha, cariño...

—No me llames «cariño»...

La joven tomó aire y el guerrero, sobrepasado por todo, siseó:

—Sabes que odio las mentiras. Y tú no solo me has mentido, sino que además me has ocultado información tremendamente importante para mí.

—Pero...

—El «pero» no me vale, Amanda —la cortó—. Creí que eras diferente. Pensé haber encontrado en ti a una mujer en la que podía confiar, pero está claro que me equivoqué.

Ver sus ojos, su mirada y oír su voz desesperada asustó a la joven. Nunca lo había visto así; jamás la incomunicación había llegado a tal extremo. Se dispuso a abrazarlo, pero él de nuevo la rechazó.

—No vuelvas a rechazarme, Brodrick Fraser, o lo vas a lamentar —indicó molesta.

Oír esa amenaza hizo que él la mirara con una cínica sonrisa y preguntara:

—¿Que lo voy a lamentar?

—Eso he dicho.

La fiereza con la que aquellos dos se miraban asustaba a Eleanor. Ellos siempre se habían entendido. Nunca los había visto tan distantes.

—¡¿Acaso perder a una mentirosa ha de preocuparme?!
—bramó entonces su hijo.

—No soy ninguna mentirosa.

—Permíteme que lo dude.

—No te lo permito. Claro que no —musitó Amanda, cada vez más furiosa.

En décimas de segundo, el enfado que él tenía se lo había contagiado a ella. Si Brodrick no controlaba sus palabras, ella tampoco pensaba hacerlo. Amanda sabía que

aquel camino no era el correcto, como lo sabía él, pero ambos eran incapaces de reconducirlo.

—Madre me miente. Scarlett me mintió, y tú me mientes.

—Brodrick, no digas eso.

—¿Cómo no decir eso cuando es la verdad?

Acercándose a él, fue a abrazarlo de nuevo. Ambos necesitaban un abrazo que los tranquilizase, que volviera a acercarlos, pero cuando este la rechazó nuevamente, ella dio un paso atrás y, segura de que no iba a volver a intentarlo, explicó:

—Mira, si no te dije nada de lo de Margot o lo de Flora fue porque no me correspondía a mí hacerlo, sino a tu madre. Y en cuanto a mi madre y el encontronazo que tuvo con la tuya, si me callé fue porque mi madre me lo pidió. No quería que mi padre se enterara o las cosas podrían haber ido a peor. Dicho esto, veo que has sacado tus propias conclusiones, y aunque puedo comprender tu enfado inicial, no me cabe en la cabeza que seas incapaz de entender que a veces hay ciertas cosas, y ciertas situaciones, en las que uno ha de ser prudente y callar, y más cuando no son asuntos de vida o muerte.

—Para decir lo que has dicho, mejor te callas.

—Pues va a ser que no.

—¡Cómo no! —bramó el guerrero.

Amanda, con el mismo gesto fiero que él, siseó:

—Cargo con las culpas de no contarte cosas que a mi juicio no me correspondían por ser muy personales, pero que te quede muy claro que no voy a permitir que me llames «mentirosa» y mucho menos me pisotees como lo estás haciendo, ¿te queda claro?

La ferocidad con la que ambos se miraban era tremenda. Eleanor tenía ante sí a dos rivales, y daba la impresión de que ninguno daría un paso atrás. Acto seguido oyó a su hijo preguntar:

—Pero ¿de verdad crees que soy tan tonto?

Sin dudarlo, de inmediato la joven afirmó:

—En estos momentos, creo que eres muyyyy tonto.

Ofuscado, el guerrero la miró. La rabia y la frustración que sentía por lo que estaba pasando apenas lo dejaban respirar e, incapaz de razonar, musitó:

—Renuncio a seguir casado contigo.

—*Par Dieu!* ¿Qué has dicho? —murmuró Eleanor.

Sin mirar a su madre, él clavó sus ojos negros en los de su mujer e indicó con decisión:

—Hablaré con tu padre y firmaré la renuncia. Los meses que quedan hasta la finalización del enlace puedes pasarlos en Eilean Donan. En tu hogar.

—¡Brodrick! —susurró Eleanor sobrecogida.

Amanda apenas si podía respirar. ¿Había oído bien?

Habían quedado en que no volverían a hablar de aquello. No lo mencionarían a no ser que la situación fuera insostenible.

—¿Renuncias a seguir casado conmigo? —preguntó con un hilo de voz.

—Eso he dicho.

Boquiabierta y sin dar crédito, Amanda parpadeó. La seguridad con la que había hablado Brodrick le hizo entender que todo había cambiado y, recomponiéndose, asintió. Si él la negaba, si él no quería continuar casado con ella, por supuesto que no le suplicaría. Y, sintiendo que el

corazón se le rompía en mil pedazos por aquello, afirmó para dejarle claro que ella estaba de acuerdo con esa decisión:

—Yo también renuncio a seguir casada contigo.

—*Par Dieu!* ¡Amanda, nooooo!

Oír eso hizo que a Brodrick se le cortara la respiración. Pero ¿qué había hecho?

—Yo también firmaré la renuncia —afirmó Amanda con seguridad.

Dolor. Oír eso al guerrero le ocasionó un dolor insoportable.

Su furia, su rabia, su... *todo* no lo dejaba razonar. Y, sin pensar, cogió papel, pluma y tinta. Rápidamente escribió algo y, cuando acabó, se lo tendió a Amanda y la retó:

—Aquí tienes mi renuncia. ¿Deseas firmar?

—Ni se te ocurra, Amanda —protestó Eleanor.

La joven, a quien le costaba respirar, miró el papel que él le tendía. Sabía que la firma importante en aquello era la de él. Si un hombre rechazaba a una mujer, estaba todo dicho. Pero, cogiendo aquel papel para dejarle claro que ella también lo rechazaba, lo firmó y, mientras se lo devolvía, indicó:

—Se terminó. Vuelvo a ser Amanda McRae.

El guerrero se estremeció al oírla, pero, incapaz de recluir ante el gesto fiero de ella, afirmó:

—Está claro que tengo un gusto pésimo para las mujeres. Primero Scarlett y ahora tú.

—*Par Dieu*, Brodrick... Deja de decir tonterías.

—Madre, no las digo. Simplemente te doy la razón porque me doy cuenta de que ni supe elegir la primera vez,

ni tampoco he sabido hacerlo la segunda.

Amanda, a quien el corazón parecía que cada vez le bombeaba más lento, declaró entonces incapaz de callar:

—Y seguramente la fastidiarás una tercera.

El guerrero, al oírla, se enfureció. Sentir su chulería y ver su ácida sonrisa lo encabritaron más aún.

—Fuera de mi despacho, ¡vete! Porque cada instante que estás aquí y abres la boca, enrareces el aire.

—Serás...

Sin terminar la frase, Amanda calló. Pero, con la misma frialdad que él la miraba, ella lo miró a él. Si aquel idiota quería hacerle daño, lo estaba consiguiendo.

—Créeme que ahora mismo me iría con mi familia —musitó con una cínica sonrisa—, pero están Peyton y Ossian y...

—Por ellos no te preocupes. Son mis hijos y sé cuidar de ellos muy bien.

—Hijo..., pero ¿qué dices?

—Digo la verdad, madre. Con un padre que se preocupa por ellos ya tienen bastante.

Oír eso enfureció más aún a Amanda. Ya no solo la echaba de su vida, sino también de la vida de los niños.

—Efectivamente, lo de «tonto» se te queda corto —murmuró.

—*Par Dieu...*, Amanda.

—No vuelvas a llamarme «tonto».

—Lo diré tantas veces como crea pertinente.

Al decir aquello, la joven sabía que lo provocaba más aún. Pero, llegados a ese punto, en el que estaba claro que

ambos iban a hacerse daño, sonrió de nuevo y, cuando se disponía a hablar, oyó que Brodrick decía entre dientes:

—Amanda..., tu comentario me ofende.

—Lo sé. Por eso te lo digo.

Acto seguido la joven se acercó a Eleanor y, tras posar una mano en su hombro, declaró:

—Aunque ya no sea la mujer de tu hijo, como te dije, siempre estaré para lo que necesites. Adiós, Eleanor.

Ella asintió con un sollozo y Amanda, sin mirar a Brodrick, se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Si algo tenía claro era que no iba a estar donde no la querían. Pero, al llegar a la puerta, se detuvo. Mientras se retorció las manos fue consciente de algo y, quitándose el anillo que poco antes Brodrick le había puesto delante de todos, lo dejó sobre una pequeña mesita y luego abrió la puerta y salió.

Al hacerlo, se encontró en el pasillo a su familia al completo. Todos la miraban muy serios, y estaba claro que habían oído lo sucedido. Entonces Duncan, acercándose a su hija, se disponía a hablar cuando la joven terció:

—Ahora no, papá. Ambos hemos firmado la renuncia y, ¡por Dios!, no se te ocurra no aceptarla. Así pues, recojamos nuestras cosas y vayámonos de aquí.

Sin necesidad de decir más, los McRae subieron a sus habitaciones. Tenían que partir.

Capítulo 82

Una vez que Amanda salió del despacho, Eleanor preguntó:

—¿En serio, Brodrick?

Él, agitado y ofuscado, miró a su madre. De un instante para otro, su corazón se había roto en tantos pedazos que ni él mismo lo entendía. Y, cuando iba a hablar, oyó que su madre decía:

—La intransigente de la familia siempre he sido yo. ¿Qué haces siéndolo tú?

—Madre, por favor...

—Brodrick, pero ¿qué has hecho?

—Madre..., no es momento.

—*Par Dieu!* ¡Por supuesto que es momento!

Eleanor se acercó entonces a la mesa donde Amanda había dejado el anillo, lo cogió y, enseñándoselo, dijo mientras se tragaba las lágrimas:

—¿Por qué pagas mis errores con ella? —El guerrero no respondió y ella insistió—: ¿Por qué eres incapaz de pararte a pensar y...?

—¿Quizá porque me parezco a ti? —la interrumpió Brodrick.

Oír eso, dicho con tanta rabia, hizo asentir a Eleanor. En aquellos momentos su hijo se estaba comportando como ella.

—Aprende de mis errores, Brodrick —afirmó—. Lucha por lo que necesitas y no te amargues la vida como hice yo.

Desesperado, él no contestó, y Eleanor añadió:

—Cuando encontré a la niña, a Margot, no pude abandonarla. Fui incapaz de hacer lo que tu padre y esa mala mujer le...

—¿Padre la abandonó?!

Eleanor asintió.

—Tu padre, al igual que Marianela, abandonó a Margot en aquel callejón sin mirar atrás. Y si yo no la hubiera encontrado, se la habrían comido las ratas.

El gesto de Brodrick al oír eso era todo un poema.

—Sé que es duro oír esto de tu padre, pero es la verdad, hijo —musitó la mujer—. No tengo por qué mentir. Fue un buen padre contigo y con Richard, pero nunca fue una buena persona.

Bloqueado por todo y más, el guerrero miraba a su madre cuando esta prosiguió:

—Cuando tuve a la niña a salvo, comencé a buscar a algún familiar de Marianela y encontré a Calum en Inverness. Él es su hermano.

—¿Qué? —murmuró Brodrick.

—Desde un primer momento, Calum aceptó a la pequeña con amor y devoción. La cuidaba con un mimo que a mí me llenaba el alma, y yo... yo me enamoré de él, como sé que él se enamoró de mí. Durante un tiempo estuvimos viéndonos. Él y Margot conseguían sanar la tristeza que sentía por el modo en que tu padre me trataba aquí, en Roy Trust. Pero llegó a oídos de Magnus que me veía con alguien en Inverness, y él ordenó encontrarlo y matarlo. Cuando lo

supe, por temor a que le hicieran daño a Calum o a la pequeña, lo avisé para que se marchara de Inverness y yo abandoné a Magnus. Os cogí a ti y a Richard y, sin mirar atrás, nos trasladamos a Dumfries, donde comencé una nueva vida y traté de olvidar al único hombre que me había querido y me había tratado con dignidad.

Confundido por los miles de cosas que a Brodrick le pasaban por la cabeza, el guerrero no sabía qué pensar. Todo lo que había descubierto aquella noche en referencia a su madre, Margot y Calum; lo de Flora; la mala relación entre su madre y su suegro; lo que su madre le había hecho a su suegra, y las cosas que Amanda sabía y no le había contado lo habían sacado completamente de sus casillas.

—Sé que te he fallado —susurró entonces Eleanor tras un quejido de dolor—. Sé que hice mal al no contaros a ti y a Richard lo de Margot. Pero mal favor te haces pagando con Amanda mis errores, porque eso te perseguirá el resto de tu vida. Por tanto, ve en busca de esa muchacha y arréglalo.

—Madre...

—Escucha, mi amor, si te digo esto es porque he aprendido que, en los asuntos del corazón, vivir es atreverse a que sucedan cosas, y que uno de los grandes riesgos de la vida es arriesgarse para ser feliz. Yo en su momento no me arriesgué, pero tú aún estás a tiempo.

Dicho eso, Eleanor comenzó a llorar de nuevo sobrepasada por la situación. Entonces Brodrick, al que todo le daba vueltas, se encaminó hacia la puerta y salió. Necesitaba tomar el aire.

Una vez sola, Eleanor lloró y lloró. Recordar era doloroso, y si a eso le sumabas lo mal que se sentía porque su hijo, ofuscado, la hubiera tomado con Amanda, era aún peor.

Acalorada, se levantó de la butaca en la que estaba sentada y se dio aire con la mano. ¿Cómo había sido tan tonta? ¿Cómo se había dejado llevar por la rabia con Amanda y su familia cuando aquellos querían, cuidaban y respetaban a su hijo?

El dolor la consumía, y, consciente de que no podía dejar que las cosas quedaran así, salió del despacho y, subiendo la escalera de dos en dos, fue directa a la habitación que ocupaban Megan y Duncan, sus consuegros.

Llamó con precaución. Tras lo sucedido, posiblemente no querían hablar con ella. Y cuando, segundos después, Duncan abrió la puerta, este la miró y dijo con mal gesto:

—Si vienes a regocijarte de...

Al oírlo, Eleanor rompió a llorar y él, malhumorado, dijo entonces volviéndose hacia su mujer:

—Atiéndela tú, que yo con esto no puedo.

Rápidamente Megan la metió en la habitación y, una vez que cerró la puerta y la sentó en la cama, iba a hablar cuando aquella declaró entre sollozos:

—Tenías razón... Por mi culpa..., por mi intransigencia y mis continuos y desacertados comentarios, he... he conseguido que ellos se separen. Todo es culpa mía, ¡todo!

Megan y Duncan se miraron. Debido a los gritos que Brodrick había dado esa noche, se habían enterado de casi toda la conversación. Y el guerrero, sorprendiendo a aquella, preguntó entonces:

—¿Mataste a Flora por mi hija?

Sin dudarlo, la mujer asintió y susurró:

—Y tú, ¿en serio no sabías nada de lo que había entre Magnus y Marianela?

—Te lo juro por mis amores —afirmó Duncan.

Saber eso, que Megan ya le había dicho, la hizo redoblar su llanto, y el guerrero, conmovido por lo que aquella había hecho por Amanda, la abrazó y dijo:

—Gracias, Eleanor. Gracias por cuidar de mi hija.

Ver eso hizo sonreír a Megan.

—Sé por mi mujer que tanto ella como mi hija te lo han dicho ya —continuó Duncan—. Pero necesito que sepas que yo también estaré ahí siempre para lo que haga falta, pues quien ayuda a un McRae se convierte en uno más de la familia.

Oír eso hizo que la mujer llorara aún con más fuerza, y Duncan, sin entender nada, miró a Megan, que le aclaró con una sonrisa:

—Le ha emocionado saber que ahora es de la familia.

Eleanor rio y lloró al mismo tiempo al oírlo. A pesar de los pesares, aquellas personas le demostraban que tenían buen corazón.

Y Megan, secándole las lágrimas de los ojos, indicó:

—Escúchame, Eleanor, ahora no es momento de llorar, es momento de buscar una solución a lo que ha ocurrido.

—Por mi culpa ambos han firmado su carta de renuncia. ¡Ya no están casados!

—A ver, Eleanor —insistió Megan—. Sabemos que nuestros hijos se quieren, y ese es un excelente punto de

partida. Ahora solo tenemos que encontrar el modo de volver a unirlos.

—Megan..., conozco a mi hijo, y cuando se obceca es muy cabezón.

—Pues ni te imaginas lo cabezota que es Amanda —repuso ella.

Se miraron en silencio y Duncan, consciente de lo ocurrido, indicó:

—La culpa no es solo tuya, Eleanor. Creo que ni tú ni yo se lo hemos puesto fácil a ninguno de los dos. Creo que, a causa de nuestros rifirrafes, abrimos una fea brecha entre ellos que se ha hecho más grande después de otros asuntos que han surgido. Por ello, y para intentar arreglar esto, creo que somos nosotros quienes debemos buscar una solución.

—Y ha de ser rápida —apremió Megan—, porque cuando Amanda venga a buscarnos con sus cosas ya preparadas nada la va a detener.

Agobiada, Eleanor asintió e, incapaz de callar, miró a Duncan y se sinceró:

—Yo herí a Megan.

Oír eso hizo que el gesto de Duncan cambiara, y Megan, mirando a la mujer, murmuró:

—Por Dios, Eleanor... ¿Acaso ahora es el momento de contar esto?

Boquiabierto, Duncan parpadeó, y Eleanor, con un hilo de voz, afirmó:

—Lo sé. Hice mal. Me dejé llevar por la rabia y la furia. Y cuando la dañé con la huevera y...

—¿Con la huevera? —bramó Duncan.

—Eleanorrrrr... —canturreó Megan.

Duncan, que miraba a su mujer y a aquella, iba a protestar cuando la francesa aclaró:

—No fue una contraventana, fui yo. Discutimos, la situación se nos fue de las manos y...

—Te arranco la cabeza —musitó Duncan.

—*Par Dieu...* —susurró la mujer asustada.

Rápidamente Megan se interpuso entre ellos y, mirando a su marido, empezó a decir:

—Escucha, cariño... Del mismo modo que ella me hirió, yo podría haberla herido a ella. Por tanto, agradece la sinceridad de Eleanor ante algo que yo le dije que no contara.

El guerrero bufó. Saber que aquella había agredido a su mujer no era algo que le agradara.

—Si... si te lo cuento es porque no quiero más mentiras entre nosotros —terció Eleanor—. Por favor, por favor, Duncan, perdóname... Te juro por mi vida que no volverá a ocurrir.

Megan, sonriente, observó al guerrero. Y al ver cómo este la miraba cuchicheó:

—Vamos, Halcón. Se ha sincerado, ha sido valiente y te está pidiendo perdón.

Duncan tomó aire. Que aquella se hubiera atrevido a hacer eso lo ofuscaba, pero ver la sonrisa de su mujer le hizo entender sus palabras.

—Para tu suerte, Eleanor, lo que hiciste por mi hija te libra de que te arranque la cabeza —indicó mirándola.

—*Par Dieu...* ¡Gracias a Dios!

—Pero vuelve a hacerle daño a mi mujer o a cualquiera de mis hijas y quizá no tengas tanta suerte.

—Duncan, para. —Megan sonrió al ver el gesto de susto de aquella.

Tras unos instantes en los que un silencio cargado de emociones se instaló en la habitación, los tres comenzaron a hablar atropelladamente. Necesitaban una solución. Necesitaban hacer algo por Brodrick y Amanda.

—Propongo encerrarlos en su habitación y no abrirles hasta que solucionen su problema —sugirió Eleanor.

Megan y Duncan se miraron, y la primera repuso:

—Es una primera planta, Amanda saldría por la ventana.

—Pero ¿qué dices?

El matrimonio se miró y, conscientes de que desconocía muchas cosas de su hija, sonrieron y el guerrero propuso:

—¿Qué tal si los maniatamos uno frente al otro para que hablen?

Megan y Eleanor negaron con la cabeza, y luego la primera dijo:

—Desde fuera he visto que en la última planta de la fortaleza hay una ventana, ¿estoy en lo cierto?

Eleanor asintió.

—Esa habitación suele utilizarse para guardar las cosas que nadie sabe dónde poner —aclaró Eleanor—. Está llena de muebles viejos y otras cosas sin importancia.

—El lugar perfecto —afirmó Megan.

—¿Qué tal si los encerramos en esa habitación? —propuso Duncan.

—*Par Dieu!* Pero esa habitación es un desastre.

—Desastre o no, al estar tan alta —indicó Megan— dudo que Amanda se atreva a descolgarse por la ventana.

—La mato si osa hacerlo —apostilló Duncan.

Sin tiempo que perder, hablaron sobre aquello. Era la única solución que se les ocurría. Y una vez que trazaron el plan, sin tiempo que perder, Duncan se fue en busca de Brodrick, Megan en busca de Amanda, y Eleanor en busca de Emilia para que le proporcionara la llave que cerraba aquella habitación.

Capítulo 83

En el establo, Brodrick cepillaba a su caballo sumido en sus pensamientos cuando vio aparecer a Duncan. En silencio, los dos hombres se miraron durante unos segundos, hasta que el primero dijo:

—Mejor no digas nada de Amanda. Te lo agradecería.

Duncan asintió. Decirle..., le diría cientos de cosas, pero como no estaba dispuesto a jorobar el plan, repuso:

—No vengo a hablarte de mi hija, pero necesito un favor antes de marcharnos.

Brodrick dejó el cepillo sobre una vieja mesa del establo y lo miró.

—La última vez que estuvimos aquí, Megan se dejó un broche que le regalé hace años en la habitación —dijo Duncan—. Se lo contamos a Emilia y ella nos explicó que lo había subido a la habitación del último piso, esa que utilizáis como almacén.

Brodrick asintió y, sin entender nada, propuso:

—Dile a Emilia o a Nela que suban a por él y te lo den.

—Es tarde y deben de estar durmiendo ya... Y, bueno, después de lo sucedido, como partimos en breve hacia Eilean Donan, Megan quiere recuperarlo, y no me parece pertinente despertarlas para ello.

El guerrero asintió. Y, entendiéndolo, pero aún molesto por la situación, indicó:

—Acompáñame. Subiré contigo.

Oír eso le agradó a Duncan. Era todo lo que necesitaba.

Según salieron del establo, Megan, que miraba por la ventana, al verlos caminar hacia la fortaleza, fue corriendo hacia la habitación de Amanda. Sin llamar a la puerta, entró y, dirigiéndose a su hija, que recogía sus cosas, preguntó:

—¿Tú sabes adónde llevan las cosas Emilia o Nela?

Ella la miró.

—¿A qué te refieres?

—La última vez que estuve aquí me dejé el broche de plata que tu padre me regaló en la habitación. Y, la verdad, me gustaría recuperarlo. Lo hablé con Emilia y me dijo que lo había subido a una habitación que es como un almacén y que está en la última planta.

Sorprendida, Amanda levantó las cejas. Emilia no le había comentado nada de aquello, pero, sin querer cuestionarlo, dijo:

—Cuarta planta. Solo hay una puerta.

Según dijo eso, la joven prosiguió recogiendo sus cosas, y Megan apremió:

—Acompáñame.

—Mamá —protestó ella—, estoy recogiendo. Quiero irme de aquí cuanto antes y...

—Lo sé, hija, lo sé. Pero, venga, acompáñame. No me hagas subir sola a un sitio que no conozco. Me da un poco de ¡cosa!

—¡Mamáááá!

Al oír eso y ver el gesto de su madre, la joven finalmente sonrió, y, dejando la camisa que tenía entre las manos, murmuró:

—Venga, ¡vamos!

En silencio, madre e hija subieron hasta el último piso de la fortaleza. Y, una vez que estuvieron frente a la única puerta que allí había, Amanda se quejó al abrirla:

—Uff..., cómo huele a polvo aquí.

Megan asintió y, entrando en el lugar lleno de muebles y trastos viejos, susurró mientras encendía unas velas:

—Vamos. Ayúdame a buscar el broche. Mira tú por el fondo y yo miraré por aquí.

Sin tiempo que perder, Amanda fue a donde le decía y comenzó a mirar, sin percatarse de que su madre salía de la habitación y, segundos después, entraba Brodrick con su padre. Al oír la voz de aquellos, se volvió y, mirándolos, susurró:

—Papá...

El guerrero, al ver que su hija y Brodrick se miraban, salió de la estancia con un rápido movimiento y Eleanor cerró la puerta tras meter la llave en la cerradura.

De inmediato, al ver aquello, Amanda fue a donde estaba Brodrick y, al intentar abrir la puerta y no poder, gritó:

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Qué estáis haciendo?

En el pasillo, Duncan sonrió mientras Eleanor respondía:

—De ahí no salís hasta que hagáis las paces.

—¡Madre! Pero ¿qué dices? —exclamó Brodrick.

—Mamá, por favor —insistió la joven—. Dejad de hacer el tonto y sacadnos de aquí.

—Lo siento, mi vida. Estoy con Eleanor. Haced las paces y os abriremos.

Sin dar crédito, Amanda dio entonces un puñetazo a la puerta y volvió a gritar:

—¡Papá, pero ¿qué hacéis?!

Duncan suspiró y repuso, hablando a la puerta cerrada:

—Intentamos que os encontréis. Por nuestra culpa, por estar todo el día lanzándonos dagas a la cabeza, estáis así y...

—Por el amor de Dios, Duncan... —lo interrumpió Brodrick—. Creo que...

—*Par Dieu!* Lo que tú creas, Brodrick Fraser, me da igual —exclamó Eleanor—. Quiero a Amanda en mi vida, y de ahí no vas a salir hasta que lo hagas con mi nuera entre tus brazos.

—¡Madreeeeeeee!

—¡Pero ¿es que os habéis vuelto locos?! —chilló Amanda.

—A ver, mi vida —terció Duncan—, sé que la perfección no existe, pero creo que Brodrick es perfecto para ti.

—Papááááá.

—Y que sepas que lo lleva diciendo desde antes de venir a expresarle las condolencias —apostilló Megan.

Atónita, la joven miró a un Brodrick que estaba tan sorprendido como ella.

—Ya sé de quién he heredado el mal gusto —cuchicheó.

—Os dejamos —indicó entonces Megan—. Subiremos al amanecer y, si no habéis hecho las paces, regresaremos al atardecer y, si continuáis ofuscados, lo haremos al anochecer. Pero de ahí no salís sin haber vuelto a daros otra oportunidad, ¿entendido?

Brodrick y Amanda se miraron asombrados. ¿Acaso sus padres se habían vuelto locos?

—Hijo —dijo Eleanor—, os he dejado una jarra de agua y unas copas por si tenéis sed. También algunos bollitos muy ricos que han sobrado de la fiesta, y vuestra carta de renuncia para que la rompáis.

—Madreeee.

—No os matéis —se mofó Duncan mientras se alejaba con su mujer y su consuegra.

Una vez que las pisadas de aquellos se alejaron, Amanda, furiosa, se apartó de la puerta y fue hasta la ventana. Abrió las contraventanas, después las ventanas y, al mirar hacia abajo, oyó a Brodrick, que decía:

—¡Ni se te ocurra hacer lo que estoy pensando!

—¡¿Perdona?!

—He dicho que ni se te ocurra hacer lo que estoy pensando.

Oír eso hizo que la joven sonriera.

—¿Qué tal si me dejas en paz? —soltó.

El guerrero, ofuscado, se acercó entonces a la ventana. Se asomó y, al ver la enorme altura que había desde allí hasta abajo, indicó:

—Si se te ocurre sacar un pie o sentarte en el alféizar de la ventana, te juro que...

Según decía eso, la joven se subió al alféizar de un salto. Estaba claro que miedo no le daba. Y Brodrick, agarrándola, la bajó.

—¡Suéltame! ¡He dicho que me sueltes! —gritó ella.

—Y yo he dicho que no te subas... ¡Pero ¿estás loca?!

—Loca estuve cuando acepté casarme contigo.

Molesto por aquello, la soltó y miró hacia el otro lado de la habitación intentando buscar una solución para ambos.

—Mira, está claro que nuestros padres van a hacer que estemos aquí un buen rato —indicó—. ¿Qué tal si tú te acomodas en esta parte y yo en aquella de allí?

Amanda, al oír eso, asintió. Intentar bajar por la ventana era demasiado arriesgado.

—Buena decisión —murmuró levantando la barbilla.

Una vez que Brodrick se alejó, ella comenzó a tirar de un mueble con todas sus fuerzas y a arrastrarlo.

—Maldita sea, Amanda, ¡vas a hacerte daño! —exclamó él al verla.

—A ser posible, no me hables.

—Piensa en tu herida. Si haces el bruto, te...

—Por Dios, ¡olvídate de que estoy aquí!

—Pero, Amanda...

—¡Que no me hables! —insistió.

El guerrero, viendo los esfuerzos que aquella hacía para mover los muebles y crear una línea divisoria entre ellos, se disponía a ayudarla cuando esta, mirándolo, inquirió:

—¿He pedido tu ayuda?

—Vas a hacerte daño.

—Ese será mi problema, ¡no el tuyo!

Al oírla, Brodrick levantó las manos y, alejándose, cuchicheó:

—Haz lo que quieras.

—Por supuesto que lo voy a hacer.

Desde donde estaba, el guerrero observó con preocupación como Amanda colocaba con esfuerzo varios

muebles para separarlos, y cuando esta acabó indicó acalorada:

—Ese es tu lado y este es el mío. Olvídate de que existo.

El guerrero la miró y ella, sentándose en el suelo, cerró los ojos y maldijo para sus adentros. ¿Por qué sus padres la hacían pasar por aquella situación?

Durante un buen rato ambos guardaron silencio. No se veían. Solo escuchaban sus respiraciones mientras estaban sumidos en sus propios pensamientos, hasta que de pronto la joven oyó que él decía:

—Siento esta encerrona.

—Más lo siento yo. En especial, porque a cada segundo que permanezco aquí enrarezco el aire que respiras...

A Brodrick le dolió oírla, y murmuró:

—Eso que he dicho ha sido...

—Ha sido una tontería. Lo sé. Pero, claro, ¿qué dicen los tontos? Pues tonterías.

En ese momento él se puso en pie y, acercándose al límite de los muebles que ella había puesto, indicó:

—Si empiezas a pasarte, te aseguro que yo empezaré a hacerlo también.

—¡Hazlo! —dijo ella levantándose. Y, poniéndose frente a él, añadió—: Ya sabes que me gusta. Venga. Dime algo que me permita decirte a ti lo tonto que eres y lo mal que haces las cosas.

El guerrero tomó aire. Si había alguien a quien no le faltaba nunca una contestación, esa era Amanda, por lo que indicó en busca de silencio:

—¿Qué tal si ejerces tu voto de silencio?

—¿Y privarme de decir lo que pienso de ti? *Par Dieu*, no, no, no. He de aprovechar para decirte todo lo que pienso, porque una vez que me vaya de aquí espero no volver a verte en mi vida.

Brodrick, molesto, regresó a su sitio y se sentó. Apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos.

Amanda lo imitó. Y de nuevo se hizo el silencio en la estancia. Ninguno habló. Ninguno dijo nada. La noche pasaba y comenzaba a amanecer.

En un momento dado, Amanda, cansada de estar sentada, se levantó y se encaminó hacia el lugar donde estaba la jarra de agua y, tras servirse en una copa, bebió. Con el rabillo del ojo, vio que Brodrick la miraba. Sus oscuros ojos estaban sobre ella.

—¿Qué? —inquirió volviéndose para mirarlo.

—¿Qué de qué?

Ambos se miraban con rivalidad. Pero aquella rivalidad ya no era la que habían mantenido en el despacho de él. Su nivel de enfado había bajado considerablemente. Y el guerrero, tras echar una ojeada a la carta de renuncia que habían firmado y que se encontraba sobre una mesa, preguntó sin moverse de su sitio:

—¿Qué nos ha pasado?

Amanda se encogió de hombros al oírlo, e, intentando mantener su corazón a raya, respondió:

—Lo que tenía que pasarnos. Que no estamos hechos el uno para el otro y, tarde o temprano, debíamos darnos cuenta.

Brodrick suspiró. La tensión entre ellos se había rebajado y eso le permitía razonar, por lo que dijo

mirándola:

—Me he excedido al hablarte como te he hablado.

—Lo has hecho fatal. Pero da igual..., ya no importa.

—Sí importa, Amanda. No he sido justo y...

—Mira, justo o no, la realidad es la que es —repuso ella—. No le des más vueltas.

Amanda se movió y Brodrick, al ver que se acercaba a algo y lo tocaba, comentó:

—Esa fue la cuna que compré para Peyton la primera vez que vine con ella de visita aquí. Y, bueno, luego fue la cuna que utilizó Ossian.

Ella asintió. Aquella cuna estaba relativamente nueva, apenas tenía unos rasguños.

—¿No te parece increíble que Peyton y Ossian cupieran alguna vez aquí? —murmuró.

Brodrick se levantó y se acercó a ella mientras afirmaba sonriendo:

—La verdad es que sí.

—Es bonito que los niños crezcan —indicó Amanda—, aunque siempre se añoren los momentos en que los veías en la cuna.

El guerrero asintió. Scarlett podía haberle robado muchas cosas, pero nunca pudo robarle los bonitos momentos vividos con aquellos.

—Cuando era un bebé, Peyton te habría encantado —aseguró—. Era diminuta, regordeta, y siempre sonreía.

—¡Qué monada!

—Lo era —afirmó Brodrick, que añadió—: Y, gracias a ti, vuelve a serlo.

Al oír eso, la joven asintió.

—No me despediré de los niños —susurró—. Si lo hago, me derrumbaré, y no quiero que se queden con ese recuerdo de mí. Ossian, al ser tan pequeño, rápidamente me olvidará, pero Peyton me preocupa. Sé que, aunque no soy su madre, ella me ve como tal, y creo que...

—*Eres su madre...*

—No lo soy, Brodrick. Lo sabes tan bien como yo.

El guerrero, al oírla, la miró y afirmó seguro de lo que decía:

—*Eres su madre. Le has dado cariño, protección, cobijo y amor, y ella te quiere en su vida. No hay más que hablar.*

Amanda no respondió. Le dolía hablar de Peyton.

—Me habría gustado que nuestros hijos hubieran dormido en esta cuna —dijo Brodrick en voz baja.

Oír eso hizo que a Amanda se le acelerara el corazón, pero, consciente de la realidad, y sin dejarse llevar por los sentimientos, indicó en tono de mofa:

—Cuando vuelvas a casarte, los hijos que tengas dormirán aquí.

—Eso no ocurrirá nunca.

Pero, sin querer bajar la guardia, la joven afirmó:

—Tranquilo, Brodrick Fraser. En el momento en que las mujeres sepan que de nuevo estás en el mercado, ¡se te rifarán! La primera, tu querida Caroline...

—Amanda, ella no es «mi querida Caroline»...

—Pues tu amiga Caroline.

—Tampoco es «mi amiga Caroline». Es más, esta noche, al terminar la fiesta, cuando se ha excedido en sus comentarios, la he echado del castillo y le he dicho que no

quería volver a verla nunca más. Tenías razón: es una perra, una mala persona.

Oír eso hizo que la joven pusiera los ojos en blanco con dramatismo y musitara:

—No te puedo creer...

Acto seguido se alejó de él. La voz de Brodrick volvía a ser la del hombre que la había enamorado.

—Te quiero —declaró de pronto el guerrero, sorprendiéndola.

—No. No me quieres —replicó ella.

Él asintió.

—Amanda..., yo te quiero.

Ella negó con la cabeza y, volviéndose para mirarlo, repuso:

—Si me quisieras, no habrías dicho las tonterías que has dicho y...

—Soy un tonto. ¿Qué esperas que diga?

Oír eso descuadró a la joven.

—Tú eres mi mujer —insistió él.

—¿Yo?! —Y, con mofa, a pesar del dolor, añadió—: Como diría tu madre, *¡par Dieu*, qué equivocado estás...!

Brodrick resopló. Y Amanda, con ganas de arrancarle la cabeza, respondió:

—Yo *fui* tu mujer.

—¿Lo *eres*!

—¿Lo *fui*! —Y, al ver como la miraba, añadió—: Te recuerdo que ambos hemos firmado la carta de renuncia.

Dolido, y con la necesidad de llegar a ella tras la que había montado, el guerrero cogió el papel y, poniéndolo delante de la joven, murmuró:

—Podemos romperla.

—Vuelves a decir tonterías...

—Amanda...

—Hemos firmado los dos, ¿de qué vas ahora?

Brodrick tomó aire.

—Soy un idiota. Un gran idiota —se lamentó.

—Madre mía..., ¡por fin estamos de acuerdo en algo!

—Lo siento, mi amor.

—Ah, no..., no..., no... Ahora no me vengas con esas, ¡que no!

Incapaz de proseguir con aquella locura, Brodrick se disponía a cruzar la línea divisoria que Amanda había creado cuando esta dijo:

—¿Qué se supone que vas a hacer?

—Pedirte perdón y recuperarte.

—Lo llevas claro...

Pero Brodrick anhelaba reconducir la situación, así que saltó por encima de los muebles. Él lo había jorobado y él tenía que arreglarlo.

—Si me tocas, te rompo la nariz —siseó Amanda al verlo.

El guerrero sonrió al oír eso.

—Sin duda lo merecería —murmuró.

Y, sin tocarla, se plantó frente a ella y añadió:

—Me he comportado mal. El enfado me ha nublado la razón. No puedes irte. No puedes dejarnos. Los niños te necesitan. *Yo* te necesito... Perdóname.

Según fue a tocarla, ella se apartó y Brodrick, con tiento, y comprendiendo su rechazo, insistió:

—He pagado contigo la furia que sentía hacia mi madre, hacia tu padre..., por las noticias que me llegaban... Y

escúchame, amor, ahora sé que tienes razón. Me he dado cuenta de que en la vida hay cosas y situaciones que se han de hablar y resolver con la persona pertinente, y en este caso era mi madre quien tenía que contármelo.

Oír eso hizo que la joven asintiera. Se alegraba de que finalmente lo hubiera entendido.

—Me quieres. Lo sé —susurró entonces él.

Amanda, que sentía como sus palabras le calababan en el corazón, soltó:

—También quiero al panadero de mi pueblo, y eso no me hace desear estar casada con él.

Brodrick asintió y, sonriendo, cuchicheó:

—Pero yo no soy el panadero de tu pueblo. Soy Brodrick. El tonto que suele decir tonterías, que comete infinidad de errores, pero que sabes perfectamente que está loco por ti.

Al oír eso, a la joven se le curvó la comisura de la boca.

—¿Has sonreído? —dijo él.

—No.

—Sí..., creo que sí —insistió esperanzado.

Amanda negó con la cabeza, y él, acercándosele un poco más, musitó:

—Escúchame, amor. Soy el tonto que te hace vibrar cuando te besa. El tonto que te hace estremecer cuando te toca. El tonto que da su vida por ti. El tonto que te promete hacerte feliz el resto de tus días. Y, por supuesto, el tonto que asume que esta noche ha hecho la mayor tontería de su vida al redactar y firmar esa carta de renuncia.

—Madre mía, hija..., ¡cómetelo a besos! —se oyó entonces la voz de Megan proveniente del pasillo.

—Mamáááá.

Acalorada, la joven lo miró. Cuando Brodrick se ponía romántico, podía con ella.

—Lo sé, Amanda. Me he comportado mal. He hablado sin pensar. He vuelto a mirar sin ver. Pero escúchame, cariño, si sé lo que es el amor es gracias a ti, y tú y solo tú eres, entre tantos errores que cometo, el mejor acierto de mi vida.

—¡Muy bien, muchacho, así se habla!

—Papááááá...

—¡*Par Dieu*, pero qué romántico es mi hijo!

—Madreeeeeeee...

Sonriendo, pero en silencio, Amanda y Brodrick se miraban cuando el guerrero, evitando tocarla para no incomodarla, murmuró:

—Esto es cosa de dos, amor. Me muero por romper este ridículo papel que los dos hemos firmado en un calentón. Me muero por abrazarte, por besarte, por hacerte el amor..., pero ante todo te respeto y no quiero hacer nada que tú no desees.

Oír eso y saber que lo que decía le salía directamente del corazón a Amanda la enamoró. Lo que le decía era todo cuanto ella necesitaba oír. Por ello, acercándose a él le quitó el papel de las manos, lo rompió y, cuando los pedazos cayeron al suelo, susurró:

—Si vuelves a comportarte como lo has hecho...

—Tienes mi beneplácito para arrancarme la cabeza —la cortó él.

Eso la hizo sonreír y, mirándolo, cuchicheó:

—Sabes que eres muy tonto.

—Me gusta ser tu tonto.

Y, sin necesidad de decir nada más, aquellas dos personas que un día se habían conocido y se enamoraron, dando un paso al frente, se abrazaron y se besaron con auténtico amor.

Epílogo

Castillo de Roy Trust, dos años después

Amanda corría y corría por el verde prado riendo a carcajadas acompañada de su hermana Johanna. El día era bonito, soleado, familiar, y cuando se dejaron caer sobre la mullida y verde hierba, Amanda miró al precioso niño que sujetaba entre sus brazos y preguntó:

—¿Te gusta correr con mamá, Dave?

El pequeño, de apenas un año, sonrió. Y Amanda, mirando aquellos preciosos ojos grises con los que había soñado toda su vida, murmuró:

—¿Te he dicho que eres mi sueño hecho realidad?

—Mami, *tero* agua.

Johanna, al oír a su hija, volvió rápidamente la cabeza y llamó:

—¡Alan, tráeme agua para Mairi!

Su marido asintió al oírla, y Johanna musitó besuqueando a su pequeña:

—Ahora viene papá y la trae.

Con complicidad, las dos hermanas se miraron. En aquellos dos últimos años, la vida les había sonreído y

colmado de felicidad al hacerlas madres de Dave y Mairi, dos niños muy deseados que hacían las delicias de sus padres y de sus abuelos.

Tras lo sucedido en Roy Trust, Caroline desapareció de sus vidas. Sabían que se había casado con un adinerado hombre de Dumfries que le doblaba la edad, pero a ellos eso no les interesaba lo más mínimo, así que enseguida se olvidaron de aquella.

Brodrick y Amanda se presentaron un día los dos juntos en Drummore, en casa de lady Bedellia. Allí hubo muchos gritos, insultos, amenazas y palabras, pero una vez que salieron de aquel lugar, supieron que por fin todo estaba aclarado con respecto a Peyton. Por la cuenta que le traía, lady Bedellia no volvería a molestarlos.

Por su parte, y para sorpresa de todos, Emilia fue delegando poco a poco en Nela, cosa que Joshua, su marido, agradeció, puesto que ahora la mayor parte de su tiempo la ocupaban ejerciendo de abuelos con Peyton, Ossian y Dave en Roy Trust.

En cuanto a Nela, esta contrajo matrimonio con Murdoch. El padre de la joven finalmente murió, y la madre se trasladó a vivir con su hija y su yerno, algo que a los tres los hacía muy felices.

Calum Buchanan, Brodrick y su madre, Eleanor, hablaron sobre Margot. En un principio pensaron ocultarle la verdad a la muchacha, pero, tras mucho discutirlo, decidieron que vivir en la mentira no era bueno para la joven. Y, para sorpresa de todos, y en especial de su padre, esta les confesó que estaba al corriente desde bien pequeña, pues un día, al ir a guardar algo de ropa en un cajón, se

encontró con una carta que había escrito Calum en la que contaba quién era realmente Margot, por si a él le pasaba algo.

Al enterarse, el herrero lloró emocionado, igual que Eleanor. Y más cuando la joven le dio las gracias de todo corazón a la mujer por recogerla de la calle, darle un nombre, una familia y una oportunidad. A su padre le dijo que era el mejor del mundo, y que todo lo que a él le viniera bien ella lo aceptaría.

Brodrick vivió también aquel bonito momento y, conmovido por la madurez de la muchacha, le hizo saber que él, de la manera que ella quisiera, deseaba formar parte de su familia, algo que Margot aceptó gustosa.

Solucionado ese tema, Eleanor regresó a Dumfries con toda la pena del mundo. Pero, al llegar allí y sentir su soledad, aun estando rodeada de gente, decidió arriesgarse y volver a Roy Trust. Cuando hubo regresado, habló con su hijo y su nuera Amanda de sus sentimientos, y fue a la herrería con el beneplácito de aquellos, donde sorprendió a Calum pidiéndole una oportunidad. Y él, sin dudarlo, se la dio. Aquella mujer era el amor de su vida, y pocos días después se casaron para sorpresa de todo el mundo.

Derek y Olivia fueron padres de una preciosa niña a la que le pusieron el nombre de Aina y de un niño al que llamaron Bruce. La vida les sonreía y eran felices en Roy Trust.

Las gentes del condado de Aviemore adoraban a su señor y a su señora. Aquellos jóvenes condes eran dos personas que se preocupaban por ellos, y eso era de agradecer. Dejándose aconsejar por Amanda, Brodrick comenzó a

hacer las cosas como las hacían en Eilean Donan, todo empezó a fluir y la felicidad y la prosperidad llegaron para todos. En cuanto a los lairds de las tierras que lindaban con las de los Fraser, los asuntos que trataban funcionaban a la perfección. Brodrick rápidamente se hizo un hueco y, dispuesto a no perderlo, lo defendió como el guerrero gallardo y valeroso que era.

Amanda y Brodrick eran muy felices. Tras la hecatombe que había tenido lugar entre ellos a causa de los malentendidos, una vez que volvieron a darse una oportunidad, todo volvió a ser lo que era. Discutir, discutían como todos los matrimonios, pero si algo tenían claro era que se adoraban y se querían. No podían vivir el uno sin el otro.

Para Peyton y Ossian, vivir con su mamá y su papá era cuanto deseaban, y todo fue a mejor cuando nació su hermanito Dave, que enseguida se convirtió en el juguete de la familia.

Johanna y Amanda seguían con sus hijos en el prado, y sonrieron al ver a su padre, que se acercaba a ellas. El abuelo Duncan estaba como loco con sus nietos. De pronto al hombre lo llenaba de felicidad tener cuatro. Y, cuando llegó hasta sus hijas y le entregó a Johanna el agua que ella le había pedido a su marido, preguntó:

—¿Todo bien por aquí, mis amores?

Las hermanas asintieron, y el guerrero, mirando entonces a su nieta, dulcificó el tono y murmuró:

—Eres tan bicho como tu madre... ¡Nunca quieres dormir!

Eso los hizo reír; acto seguido Duncan, cogiendo a Dave en brazos, indicó:

—Me llevo a ojitos grises. Tu madre dice que tiene que merendar.

Amanda asintió y Johanna decidió mientras se ponía en pie:

—Voy contigo, papá. A ver si Mairi se duerme un rato.

Tan pronto como aquellos se alejaron, Amanda sonrió al ver a su madre, a sus tías y a sus tíos, bromeando con Peyton y Ossian. Sabía cuánto los adoraban, el amor que su familia daba a aquellos niños alegraba su corazón.

—¿Qué te parece si esta noche tú y yo, cuando los niños se duerman, nos escapamos al lago y nos damos un bañito?
—oyó de pronto.

Eso le gustó a la joven y, mirando a Brodrick, que se sentó con ella, cuchicheó mimosa:

—Me parece una estupenda idea.

Entre mimos y besos, ambos se levantaron del suelo y echaron a andar hacia el lugar donde toda la familia estaba pasando un bonito día de verano; entonces Amanda preguntó curiosa:

—¿Quiénes son las mujeres que están con Nigel y Wallace?

Brodrick miró a donde le señalaba y se encogió de hombros.

—Mi amor..., conocer a todas las mujeres con las que Wallace y Nigel se ven es complicado. Ya sabes cómo son.

Amanda asintió y, volviendo a besar a su marido, murmuró:

—Hasta que llegue una para cada uno que haga que entiendan el significado del amor.

—O los llame «tontos»...

—No te quejes, que te gusta.

El guerrero sonrió e hizo aquel gesto tan suyo de tocarse la oreja.

—Pero qué bonito eres, Brodrick Fraser —susurró Amanda emocionada.

—Tú sí que eres bonita, mi amor...

Felices y enamorados, Amanda y Brodrick se unieron al resto de la familia. Estar todos juntos era siempre un acontecimiento que los llenaba de alegría y amor.

A todos la vida les había enseñado que el amor les había llegado cuando menos lo esperaban: en su día Johanna sedujo a Alan, su marido, siendo «libre como el viento»; Zac enamoró a Sandra diciéndole cosas tan bellas como «Una flor para otra flor»; Kieran se volvió loco por Angela el día que gritó «¡Siempre te encontraré!»; «Desde donde se domine la llanura» fue lo que unió a Niall y a Gillian. Y todas esas historias, junto a la de Brodrick y Amanda, ocurrieron gracias a un «deseo concedido», que fue el comienzo del amor entre Duncan y Megan.

Biografía



Megan Maxwell es una reconocida y prolífica escritora del género romántico que vive en un precioso pueblecito de Madrid. De madre española y padre americano, ha publicado más de cuarenta novelas, además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional de Novela Romántica Villa de Seseña, en 2010, 2011, 2012 y 2013 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com. En 2013

recibió también el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta), y en 2017 resultó ganadora del Premio Letras del Mediterráneo en el apartado de novela romántica.

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres Plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la Novela Romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

WEB: <https://megan-maxwell.com/>

Facebook: @Megan Maxwell

Twitter: @megan__maxwell

Instagram: @MeganMaxwell

Las guerreras Maxwell, 10. Una herencia salvaje
Megan Maxwell

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: José Luis Paniagua
© Fotografía de la autora: Alejandra Vera Matos

© Megan Maxwell, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2025

ISBN: 978-84-08-30024-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu
próxima lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!





Pack ¿A qué estás esperando? + Tampoco pido tanto

Maxwell, Megan

9788408298335

162

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Las novelas que han inspirado la serie ¿A qué estás esperando? El pack incluye los títulos: Tampoco pido tanto

y ¿A qué estás esperando? Tampoco pido tanto Una novela erótica de alto voltaje que hará realidad tus más secretas fantasías. Carol trabaja como bailarina en distintos espectáculos, aunque su sueño es volver a ejercer de tripulante de cabina, y la oportunidad se le presenta en la compañía High Drogo. Daryl es comandante y viaja por todo el mundo pilotando aviones de dicha compañía. Ambos se conocen a través de Lola, hermana de Daryl y amiga de Carol. Y, aunque se atraen, y los dos están abiertos a disfrutar del sexo sin tapujos, intentan no acercarse más de lo debido, pues no quieren causarle problemas a Lola. Sin embargo, todo cambia cuando el corazón puede a la razón. Incapaces de resistirse a la atracción que sienten el uno por el otro, deciden al fin disfrutar de las oportunidades, de la vida y del placer. Sexo telefónico, tántrico, tradicional, tríos, dogging... y todo cuanto puedas imaginar.

Con Tampoco pido tanto, Megan Maxwell nos adentra en un sinfín de posibilidades para disfrutar de las relaciones íntimas. ¿Te la vas a perder? ¿A qué estás esperando? Una novela romántico-erótica tan ardiente que se derretirá en tus manos. Can Drogo, piloto e hijo del dueño de la empresa aeronáutica High Drogo, es un hombre alto, guapo, adinerado, simpático... Puede elegir a la mujer que desee, y aunque disfruta de esa «magia especial» con la que le ha dotado la vida, en su interior siente que todas lo aburren. Por su parte, Sonia Beched es la mayor de cuatro hermanas y la propietaria de una empresa de eventos y de una agencia de modelos. Can ve en ella a una chica divertida, atrevida, sin tabúes, con la que se puede hablar de todo,

incluido de sexo, pero poco más, pues considera que no es su tipo. Hasta que un día las sonrisas y las miradas de la joven no van dirigidas a él, y eso, sin saber por qué, comienza a molestarlo. Sexo. Familia. Diversión. Locura. Todo esto es lo que vas a encontrar en ¿A qué estás esperando?, una novela que te hará ver que, en ocasiones, tu corazón se desboca por quien menos esperas sin que puedas frenarlo.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Consecuencias de retar a un conde

Nieva, Lola P.

9788408252580

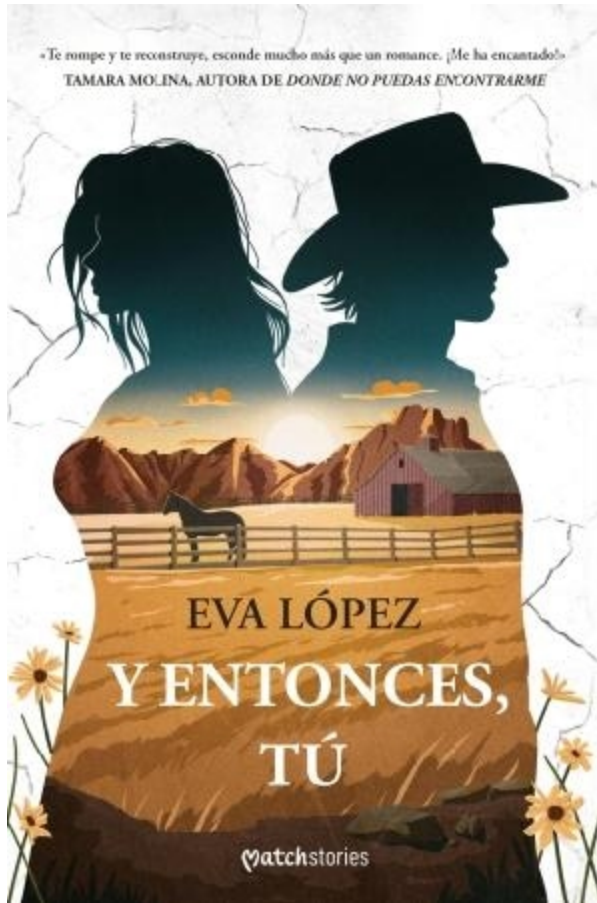
384

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

En el Londres de la Regencia, una dama solo tiene una manera de escapar de su destino. Lady Roselyn Domer, hija del conde de Dorchester, le promete a su madre en el lecho de muerte que no se someterá a ningún hombre. Al inicio de la temporada, ella y sus amigas Margot, Lily y Alice planean esquivar sus obligaciones sociales y eludir el matrimonio. En el evento social más importante de la temporada, el gran baile que organizan los duques de Fitzwilliam en Londres, las cuatro se asignan un fingido trastorno nervioso para ahuyentar a los pretendientes. Rose simula ser torpe y patosa, Margot finge tartamudear, Lily lanza insultos a discreción, y Alice estornuda violentamente a conveniencia. El conde de Nortfolk, un hombre hermético y de carácter huraño, acaba de regresar de una de sus expediciones a Japón para encontrar al culpable de la muerte de su hermano pequeño. Junto con su sirviente nipón, Takeshi, acude a los eventos con ese único cometido hasta que descubre a una extraña debutante que se dedica a pisotear a sus compañeros de baile. Cuatro damas y un duelo:

batirse contra su destino. Un conde sombrío que descubre la luz de una mujer singular. ¿Podrá Rose esquivar su propio corazón?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)



Y entonces, tú

López, Eva

9788408301936

344

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

«Te rompe y te reconstruye, esconde mucho más que un romance. ¡Me ha encantado!», Tamara Molina, autora de *Donde no puedas encontrarme*. Olivia Lara está dispuesta a darle una última oportunidad a la vida después de perderlo todo. Para ello decide abandonar su hogar y no regresar hasta que su presente sea tan valioso como sus recuerdos. Sin embargo, no esperaba encontrarse con alguien que le iba a poner las cosas todavía más difíciles. Carson Dallas es taciturno y solitario. Por eso, cuando Olivia se presenta en la puerta de su rancho, contratada por su madre sin previo aviso, su único objetivo es conseguir que desaparezca de su vida para volver a su oscura normalidad. Lo que él no sabe es que la soledad es el mayor enemigo de Olivia. Lo que ella no se espera es que Carson esté luchando contra sus propios demonios, que amenazan con ganarle la partida. Dos personas con duelos incompatibles, pero cuya superación está entrelazada. Dos mitades de un corazón roto.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Las guerreras Maxwell, 9. Libre como el viento

Maxwell, Megan

9788408288107

512

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Novena entrega de «Las guerreras Maxwell». Una saga romántico-histórica que nos traslada a la Escocia medieval.

Lady Johanna McRae, hija de lady Megan y el laird Duncan McRae, es una joven intrépida que, junto con su hermana Amanda, trae a su padre de cabeza. Si algo le gusta a Johanna es disfrutar de su libertad ayudando a quien puede y, en especial, retar a todo aquel que se enfrente a ella. Alan McGregor es un valeroso guerrero que, junto con su buen amigo y familiar Iver McGregor y con Beth, esposa de este, se dedica a la compraventa de caballos y ovejas en sus tierras en Fort William. Los tres reciben una invitación para asistir a la fiesta que Megan y Duncan celebran cada año en el castillo de Eilean Donan. Johanna y Alan solo se han visto una vez, pero cuando se encuentren de nuevo, surgirá entre ellos una magia muy especial que serán incapaces de obviar. Adéntrate en las páginas de Libre como el viento y descubre que, algunas veces, los besos más cálidos y ardientes son los que se dan con la mirada.

Opiniones de los lectores de Las Guerreras Maxwell, 8.

Mírame y bésame «Genial. Como todos los libros de la saga, me los leería cinco veces sin aburrirme. Me encanta cómo enlaza los personajes de cada libro», Pedruska. «Gracias por hacerme soñar leyendo, por dibujar sonrisas en mi rostro, por hacer con tus palabras que recapacitemos y seamos mejores personas, y, lo más importante, que seamos felices, ya que es lo único que realmente importa», Kira Moya. «La verdad que cada vez que leo un libro de Megan Maxwell pienso que no se podrá superar pero, ciertamente, siempre me equivoco», Susana.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



El cielo que nos une

Vaquero, María

9788408301806

352

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

El friends to lovers en el que querrás quedarte para siempre. Alice viviría en un libro si pudiera, ya que piensa que el romance fuera de ellos nunca podrá llegar a ser tan épico. El problema es que ella jamás ha sabido huir del

amor cuando se lo ha encontrado de frente. Harry no quiere enamorarse. Las montañas que tiene a su alrededor y su grupo de amigos ya llenan su pecho a diario. El problema es que él nunca se ha tenido que enfrentar al amor sin previo aviso. Ambos son mejores amigos desde pequeños y han crecido en un pueblecito de Alberta, con la nieve cubriéndoles los zapatos en invierno y bajo el agua de sus lagos en verano. Nunca han estado el uno sin el otro, hasta que un viaje inesperado hará que la distancia les descubra una nueva realidad con la que no contaban. Cuando ambos tengan que compartir casa durante unos días, los sentimientos que creían tener claros se transformarán en dudas. ¿Pueden dos personas redescubrirse a pesar del tiempo vivido? Dos amigos, un secreto, una apuesta y un viaje que lo cambiará todo.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

